



NICARAGUA

(1979-1990),

**ACTOR SINGULAR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
EN EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA**

Valor e insuficiencias del pragmatismo y protagonismo
de la revolución sandinista en la escena internacional

Tesis Doctoral de

V. Santiago Pozas Pardo

dirigida por Francisco Aldecoa Luzarraga

LEIOA, Noviembre de 2000


Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

DEPARTAMENTO DE DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO,
RELACIONES INTERNACIONALES
E HISTORIA DEL DERECHO

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO / EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA
DEPARTAMENTO DE DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO, RELACIONES
INTERNACIONALES E HISTORIA DEL DERECHO

NICARAGUA (1979-1990), ACTOR SINGULAR
DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
EN EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

Valor e insuficiencias del pragmatismo y protagonismo
de la revolución sandinista en la escena internacional

TESIS DOCTORAL

Elaborada por V. SANTIAGO POZAS PARDO

Dirigida por FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA

LEIOA, NOVIEMBRE, 2000

ÍNDICE GENERAL	i
Índice de anexo	v
Abreviaturas	vi
Preámbulo	ix
I. INTRODUCCIÓN	1
I.1. Justificación e hipótesis de trabajo	1
I.2. Plan de la obra	5
II. MARCO TEÓRICO Y CONTEXTO INTERNACIONAL	
DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA	7
II.1. La política exterior de los estados revolucionarios	7
II.2. La política exterior de la revolución nicaragüense: mayor pragmatismo y moderación que en revoluciones precedentes	16
II.3. Contexto del protagonismo internacional de la revolución sandinista	21
II.3.1. Papel fundamental de la intervención de Estados Unidos en la evolución y derrota de la revolución sandinista	22
II.3.2. La Guerra Fría mediatiza el desarrollo y el final de la revolución sandinista.	27
II.3.3. Creciente afirmación de América Latina frente a una menor hegemonía de Estados Unidos.	30
III. ESTRATEGIA, OBJETIVOS, PRINCIPIOS Y ORGANIZACIÓN	
DE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA	35
III.1. Antecedentes: Relaciones internacionales del FSLN antes del triunfo	35
III.2. Estrategia y objetivos de la política exterior sandinista en el gobierno	44
III.3. Fundamentos de la política exterior sandinista: nacionalismo, antiimperialismo, latinoamericanismo y marxismo	51
III.4. Organización de la política exterior sandinista	63

IV. INFLUENCIA DE LAS POLÍTICAS INTERNAS SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA	69
IV.1. La importancia de los factores geográficos	70
IV.2. Las características del triunfo	72
IV.3. Las políticas internas	76
IV.3.1. El pluralismo político	77
IV.3.2. El problema étnico	86
IV.3.3. La cuestión religiosa	89
IV.3.4. La visión unilateral sobre la “contra”	94
IV.3.5. El fracaso de las políticas económicas	98
IV.4. Pragmatismo y radicalidad: cara y cruz de las políticas internas	105
V. LA INTERVENCIÓN DE EEUU EN NICARAGUA: FACTOR DECISIVO EN EL DESARROLLO Y DESENLACE DEL PROCESO REVOLUCIONARIO	109
V.1. Antecedentes: siglos XIX y XX	109
V.1.1. El intervencionismo norteamericano en América Latina	109
V.1.2. Nicaragua, paradigma de país intervenido	116
V.2. La administración Carter: una extraordinaria oportunidad perdida	124
V.2.1. Carter: Ni Somoza, ni triunfo revolucionario	126
V.2.2. El desencuentro entre el gobierno sandinista y la administración Carter	135
V.3. Destruir la revolución sandinista: las políticas de la administración Reagan	146
V.3.1. Introducción; ¿victoria incompleta de EEUU?	146
V.3.2. El universo conservador de Ronald Reagan	148
V.3.3. La derrota total de la revolución, objetivo de la administración Reagan	151
V.3.4. Una guerra de muy alta intensidad contra Nicaragua	157
V.3.4.1. La doctrina Reagan	159
V.3.4.2. El ejército contrarrevolucionario de la Resistencia Nicaragüense	161
V.3.4.3. Public Diplomacy o cómo desacreditar a una revolución	167
V.3.4.4. El peso de las sanciones económicas	174
V.3.4.5. Cerco centroamericano a Nicaragua	179
V.3.4.6. Oposición a Contadora y Esquipulas	185
V.4. Cambio y continuidad de la administración Bush : una política más pragmática y eficaz	189
V.5. Resultado de la estrategia de Washington: restauración "limitada" de la hegemonía norteamericana en Nicaragua	194

VI. NICARAGUA, ACTOR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: MULTILATERALIDAD Y PRESENCIA SANDINISTA EN LA ESCENA INTERNACIONAL	197
VI.1. La multilateralidad en las relaciones internacionales de Nicaragua: alcance y limitaciones	197
VI.2. Presencia en organizaciones internacionales: Las Naciones Unidas, principal base de defensa ante la comunidad internacional	198
VI.3. La sentencia de la Corte Internacional de Justicia en contra de Estados Unidos, un hito histórico	203
VI.4. La relación con la Organización de Estados de América: de la desconfianza al acercamiento	209
VI.5. Fortaleza y debilidad de la política de no alineamiento: Nicaragua en el Movimiento de Países no Alineados	211
VI.6. El recurso a los organismos internacionales, signo de la moderación de la política exterior sandinista, y ocasión para la notoriedad y el respeto a la revolución	216
VII. LAS LIMITACIONES DEL "NATURAL" APOYO DEL BLOQUE SOCIALISTA	219
VII.1. La pertenencia del FSLN a una cultura socialista	219
VII.2. La singular colaboración de Cuba	221
VII.2.1. Papel notable antes del triunfo	221
VII.2.2. Intereses mutuos de las dos revoluciones	223
VII.2.3. Cuba, extraordinaria fuente de apoyo para la revolución nicaragüense	224
VII.2.4. Influencia contradictoria	227
VII.2.5. Matizaciones	231
VII.3. Decisivo apoyo de la Unión Soviética, teñido de cautela y oportunismo	232
VII.3.1. Ausencia de relaciones antes del triunfo	232
VII.3.2. Prosovietismo interesado de los sandinistas	233
VII.3.3. Oportunismo de la URSS y comprensión sandinista	236
VII.4. La cooperación del resto de los países socialistas	242
VII.5. La influencia de los países socialistas no radicalizó a la revolución sandinista	244

VIII. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON EUROPA OCCIDENTAL-COMUNIDAD EUROPEA, CON LA INTERNACIONAL SOCIALISTA Y CON ESPAÑA. EL PAPEL DEL MOVIMIENTO INTERNACIONAL DE SOLIDARIDAD	247
VIII.1. Contradicciones con los gobiernos de Europa Occidental frente a una posición más positiva de la Comunidad Europea	248
VIII.1.1. Esperanzas sandinistas	248
VIII.1.2. Coincidencias y diferencias entre Europa Occidental y Estados Unidos sobre el conflicto de Nicaragua	249
VIII.1.3. Relaciones económicas y comerciales	254
VIII.1.4. Límites y contradicciones	257
VIII.2. Las complejas relaciones entre la Internacional Socialista y la revolución nicaragüense	259
VIII.3. Nicaragua y el gobierno socialista español: una colaboración valiosa y vacilante	273
VIII.4. Complementariedad, entusiasmo y limitaciones del movimiento internacional de solidaridad	278
VIII.5. El pragmatismo de las relaciones con los gobiernos de Europa Occidental frente al carácter "revolucionario" de los vínculos con el movimiento internacional de solidaridad	287
IX. AMÉRICA LATINA: DE CONTADORA A ESQUIPULAS, LA VÍA DEL DIÁLOGO COMO MECANISMO DE NORMALIZACIÓN DE NICARAGUA	289
IX.1. De la doctrina de seguridad nacional a la victoria sandinista: proceso de autonomía creciente de la región latinoamericana	290
IX.2. Nicaragua-América Latina: relaciones bilaterales	294
IX.3. La diplomacia de Contadora, centrada en Nicaragua, se estrella en Washington y en sus propias limitaciones	299
IX.4. Esquipulas: del enfrentamiento a la "solución" del conflicto nicaragüense	311
IX.4.1. La revolución sandinista, motivo real de desestabilización de Centroamérica	311
IX.4.2. El proceso de Esquipulas, vía de normalización de la revolución nicaragüense	318
IX.5. Contadora y Esquipulas: reintegración de Nicaragua a la homogeneidad internacional	327
X. CONCLUSIONES	329
ANEXO	343
FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	353

ÍNDICE DE ANEXO

Anexo	343
Cuadro nº 1	
Relaciones diplomáticas de Nicaragua (1987)	344-345
Cuadro nº 2	
Víctimas directas de la guerra (1980-1989)	346
Cuadro nº 3	
Población afectada por la guerra (1980-1990)	346
Cuadro nº 4	
Ejercicios militares de EEUU en Centroamérica y el Caribe (1981-1988)	347-348
Cuadro nº 5	
Ayuda oficial aprobada por el Congreso de EEUU para la Resistencia contrarrevolucionaria Nicaragüense	349
Cuadro nº 6	
Financiamiento ilegal de la Resistencia Nicaragüense, promovido por el National Security Council (NSC)	349
Cuadro nº 7	
Cooperación de los países socialistas con Nicaragua (1979-1989) (en millones de dólares)	350
Cuadro nº 8	
Cooperación de la Comunidad Europea y los países nórdicos con Nicaragua (1979-1989) (en millones de dólares)	351

ABREVIATURAS

AID	Agencia para el Desarrollo Internacional (EEUU)
ANC	African National Congress (Sudáfrica)
APRA	Alianza Popular Revolucionaria Americana (Perú)
ARDE	Alianza Revolucionaria Democrática (Nicaragua)
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
CAME	Consejo de Ayuda Mutua Económica
CDN	Coordinadora Democrática Nicaragüense
CE	Comunidad Europea
CEPAL	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CIA	Central de Inteligencia de EEUU
CIJ	Corte Internacional de Justicia
CONDECA	Consejo de Defensa Centroamericano
COSEP	Consejo Superior de la Empresa Privada (Nicaragua)
DIA	Agencia de Inteligencia de Defensa (EEUU)
DRI	Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN
EPS	Ejército Popular Sandinista
EEUU	Estados Unidos
FAR	Fuerzas Armadas Revolucionarias (Guatemala)
FDN	Fuerza Democrática Nicaragüense
FDR	Frente Democrático Revolucionario (El Salvador)
FMLN	Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (El Salvador)
FPLP	Frente Popular para la Liberación de Palestina
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional
IHCA	Instituto Histórico Centroamericano
INEC	Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Nicaragua
INICAE	Instituto Nicaragüense de Capacitación y Asesoría Económica
INNSBI	Instituto Nicaragüense de Seguridad Social y Bienestar
IS	Internacional Socialista
JGRN	Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (Nicaragua)
MINEX	Ministerio del Exterior de Nicaragua
MINT	Ministerio del Interior (Nicaragua)
MISURASATA	Organización de Miskitos, Sumos, Ramas y Sandinistas Unidos
NOAL	Movimiento de Países No Alineados
NSA	Archivo de Seguridad Nacional (EEUU)
NSC	Consejo de Seguridad Nacional (EEUU)
OEA	Organización de Estados Americanos
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
ONU	Organización de Naciones Unidas

ONUCA	Observadores de las Naciones Unidas en Centroamérica
OPD	Oficina de Diplomacia Pública (EEUU)
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PLN	Partido Liberación Nacional (Costa Rica)
PRI	Partido Revolucionario Institucional (México)
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
RDA	República Democrática Alemana
RFA	República Federal Alemana
RN	Resistencia Nicaragüense
UNO	Unión Nacional Opositora (Nicaragua)
UNITA	Unión Nacional para la Independencia Total de Angola
URNG	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
YATAMA	Organización de Miskitos del Atlántico Norte (Nicaragua)

PREÁMBULO

El origen de mi decisión de profundizar, a través de este estudio, en la política exterior de la revolución sandinista, se encuentra en los siete años, desde 1980 a 1987, en que tuve la extraordinaria fortuna de vivir en Nicaragua uno de los acontecimientos más estimulantes política y humanamente del último cuarto del siglo XX. Mi trabajo primero en el Ministerio de Educación, más tarde en la Dirección de Información y Prensa de la Presidencia de la República, y por último en la Universidad Centroamericana de Managua me permitió ser testigo del desarrollo de la revolución nicaragüense desde distintas y enriquecedoras perspectivas, todas ellas marcadas por la terrible experiencia del conflicto armado, social y político que sufrió el pueblo nicaragüense durante esos años.

Tras haber publicado en 1988 unas reflexiones iniciales sobre ese momento histórico en una obra titulada *La Revolución Sandinista, 1979-1988* (Madrid: Editorial Revolución), me propuse posteriormente estudiar con mayor detalle la incidencia de la política exterior en la evolución y derrota de la revolución, influido, sin duda, por el hecho de haber vivido las presiones de todo tipo que las administraciones Reagan y Bush desplegaron contra Nicaragua.

Con ese fin he estado en Nicaragua en varias ocasiones, en julio- agosto de 1990, en julio de 1992, en junio de 1994, en agosto de 1995 y en agosto de 1999. Allí me entrevisté con algunos de los protagonistas directos de la política exterior sandinista: con Miguel D'Escoto, ministro del Exterior, con Víctor Hugo Tinoco, viceministro del Exterior, con Alejandro Bendaña, director general de Política Exterior, con Henry Ruiz, ministro de Cooperación Externa, y con Antonio Jarquín, embajador en Washington. En El Salvador me entrevisté con Facundo Guardado, comandante y posteriormente secretario general del FMLN. Debo agradecer la colaboración que me prestaron Fernando Cardenal, S.J., ex ministro de Educación, Manuel Espinoza, ex ministro de Información, Silvio Prado, responsable de las relaciones con España en el Departamento de Relaciones Internacionales (DRI) del FSLN, y William Gribbsby, director de Radio la Primerísima, con quienes tuve la suerte de compartir largas discusiones sobre las políticas de la revolución.

Paralelamente durante esas estancias en Nicaragua fui recogiendo abundante información bibliográfica y documentación en el Ministerio del Exterior, en la Universidad Centroamericana (UCA), en el Centro de Documentación (CEDOC) de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, vinculado a la

UCA, y en los archivos del diario Barricada, perteneciente al FSLN, donde pude examinar la colección de este periódico, y la del mensual Barricada Internacional. En este trabajo encontré la inestimable ayuda y asesoría de Xabier Gorostiaga, rector de la Universidad Centroamericana, y de Guillermo Fernández, editor de Barricada Internacional. En la UCA y en el CEDOC accedí a las colecciones de Envío y Pensamiento Propio, revistas que hicieron un seguimiento detallado y analítico de la revolución sandinista durante la década de los 80.

No puedo menos que agradecer el apoyo que en todo ese tiempo recibí para mi trabajo en Managua de Lola Ocón, Mertxe Brosa, Enrique Ortego, Angel Barraión y otras personas, cuyos nombres, pese a no citarles, no he olvidado.

Para recoger documentación referida a las relaciones de Nicaragua con América Latina y Estados Unidos, estuve durante una semana en julio de 1990 en el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE) de México D.F. Allí conté con la ayuda y consejos de Gabriel Aguilera.

Durante quince días de marzo de 1992 realicé trabajo de investigación y documentación sobre las relaciones Nicaragua-América en Madrid, en la biblioteca de la Universidad Complutense y en los centros de investigación sobre América Latina y Europa, IRELA y AIETI, y en IEPALA. Agradezco la colaboración recibida del profesor Marcos Roitman, y de Carmelo García, director de IEPALA.

Ese mismo año me desplacé durante el mes de octubre al Center for Latin American Studies de la Universidad de Stanford, California. Su directora, Terry Karl, me facilitó el uso de las instalaciones del centro y el acceso a las colecciones del National Security Archive de Washington de varios miles de microfilms de documentos desclasificados sobre las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua. En la misma universidad de Stanford tuve la oportunidad de consultar la documentación existente en la Hoover Institution On War, Revolution and Peace gracias a la amable colaboración del profesor William E. Ratliff.

En julio de 1994 pude hacer la revisión de la colección microfilmada de The New York Times en la biblioteca de la Universidad de Navarra, para lo que recibí una gran ayuda de Juana Lajos.

En la hemeroteca de la Universidad del País Vasco he utilizado principalmente la colección del diario El País para hacer, un seguimiento de las informaciones sobre las relaciones entre Nicaragua y España en los años 80.

Para la realización de este trabajo me he basado ampliamente en discursos, entrevistas y declaraciones de los protagonistas directos e indirectos de las relaciones

internacionales de la revolución nicaragüense, así como en documentos del gobierno nicaragüense, del gobierno norteamericano y de instituciones y organismos internacionales relacionados con la revolución sandinista.

En algunos casos he empleado fuentes directas de personas nicaragüenses sin citar sus nombres por respeto a la confidencialidad con la que me proporcionaron en su momento la información.

En cuanto a la bibliografía usada la mayor parte procede del ámbito anglosajón, y más específicamente de Estados Unidos. La razón es obvia y tiene que ver con el hecho de que es precisamente en este país, donde la revolución nicaragüense se ha estudiado más y con más detalle, en contra y a favor, con pasión, con parcialidad y también con objetividad.

Las traducciones de las citas de los textos en inglés han sido realizadas por mí. Espero no haber traicionado ni el contenido ni el espíritu de los originales.

Quiero por último reconocer que no hubiera realizado de la misma manera esta investigación sin los ánimos de mi familia y de mis amigos Luis, Idoe, Koldo, Juan Luis, Sarah, Contxa, Mariví, Ioseba, Irene, Lula, y sobre todo sin la insistencia de Zubi.

Asimismo debo agradecer la paciencia y el apoyo prestado por mi director de tesis, Francisco Aldecoa. Sus sugerencias, correcciones y aportes han sido claves para este trabajo.

I. INTRODUCCION

I.1. Justificación e hipótesis de trabajo

La revolución que se desarrolló en Nicaragua entre 1979 y 1990 -la revolución sandinista- fue la última experiencia revolucionaria triunfante del siglo XX en el Tercer Mundo con un contenido antiimperialista, utópico y socializante reivindicado desde una perspectiva racionalista y laica.

Fue la última revolución que se vio envuelta en el esquema de enfrentamientos entre las dos superpotencias de la Guerra Fría, Estados Unidos y la Unión Soviética. Su devenir y su ocaso están estrechamente ligados al auge y final de la Guerra Fría en los años 80.

La sandinista fue al mismo tiempo la primera revolución que se mostró magnánima con los enemigos derrotados. La sangre de los vencidos no anegó las calles y los campos del país centroamericano.

Fue la primera revolución radical de tradición socialista en que los creyentes desempeñaron un papel destacado tanto en las filas de combatientes, como en los puestos de gobierno.

Y fue asimismo la primera revolución que se sometió en elecciones libres, aunque con fuertes presiones internas y externas, a la voluntad popular que se había manifestado contraria a la continuación del gobierno revolucionario en el poder. El poder conquistado con las armas fue entregado en las urnas de acuerdo a la votación mayoritaria del pueblo.

Los aspectos citados son alicientes importantes para reflexionar sobre este episodio revolucionario que convulsionó la historia centroamericana durante los años 80, evocó los enfrentamientos entre Estados Unidos y Nicaragua ocurridos a mediados del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX, y alcanzó un eco extraordinario en la opinión pública mundial.

La revolución sandinista, sorprendente tanto en su victoria, como en su derrota, pese a su fugacidad suscitó durante la década de los 80 un interés y un seguimiento muy por encima del peso real de Nicaragua en la sociedad internacional. Se pueden apuntar varias explicaciones para intentar comprender este fenómeno.

Era la primera revolución importante en América Latina después de la experiencia cubana¹. Su éxito cogió por sorpresa a casi todo el mundo, incluidos sus propios protagonistas. El mismo Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) no esperaba un triunfo tan rápido y aplastante. Estados Unidos no se percató de las posibilidades de la victoria sandinista hasta el último momento. La colaboración de Cuba sólo fue importante en los últimos meses, en parte porque el gobierno cubano tampoco confiaba en el triunfo. Para la URSS de Breznev fue una sorpresa aún mayor: sus análisis de América Latina descartaban la posibilidad de una victoria revolucionaria armada, y en concreto el Partido Comunista de la Unión Soviética no mantenía ninguna relación con el FSLN.

La revolución sandinista provocó una gran aceptación internacional de gobiernos y pueblos de todo el mundo por la forma en que se produjo: fue el resultado de una vasta insurrección popular frente a una de las dictaduras más antiguas y odiadas de América Latina.

En el levantamiento dirigido por el FSLN participaron miles de jóvenes, vecinos de los barrios marginales de las ciudades, campesinos, grupos de la burguesía opositora, cristianos de diferentes confesiones, religiosos... Algunos de los acontecimientos bélicos tuvieron una cobertura destacada en los medios de comunicación internacionales, sobre todo a partir del asesinato del periodista norteamericano Bill Steward por parte de la Guardia Nacional somocista ante las cámaras de televisión. Esos mismos medios informaron con simpatía sobre las primeras medidas del gobierno revolucionario y sobre su generosidad inicial: se descartó la pena de muerte como castigo a los criminales somocistas; no hubo paredones ni fusilamientos planificados, como en la revolución cubana; enseguida se instauró el orden; se realizó una campaña masiva de alfabetización...

El carácter humano, abierto y plural de la revolución nicaragüense -alejado de la atmósfera de ultraradicalismo de experiencias revolucionarias anteriores- y las expectativas e ilusiones de diferentes sectores sociales y políticos de que pudiera convertirse en un modelo viable en América Latina y en otros lugares del Tercer Mundo, propiciaron el amplio apoyo inicial señalado.

Incluso el propio gobierno norteamericano de Jimmy Carter -en contraste, por ejemplo, con el comportamiento de Washington con respecto a la revolución cubana- aceptó el hecho de la revolución sandinista en los primeros momentos, y se mostró dispuesto a colaborar económicamente en la reconstrucción de Nicaragua.

¹ La revolución de Grenada ocurrió unos meses antes que la revolución sandinista, pero dadas las minúsculas dimensiones del país, su ubicación geográfica y las mismas características del triunfo sin enfrentamientos armados, este hecho apenas tuvo repercusión internacional.

Pero lo que en los años siguientes llegó a concitar más la atención internacional de gobiernos, organizaciones políticas y sectores populares fueron las políticas de acoso que la administración Reagan, durante sus dos mandatos (1981-1989), desplegó contra la revolución sandinista, y la forma en que se defendió Nicaragua.

Este país, pequeño y con recursos escasos, hizo frente durante esos años a las numerosas iniciativas de Washington para destruir la revolución: a las presiones económicas y al embargo comercial, al cerco político y diplomático, y a las acusaciones de ser una amenaza para Estados Unidos, de apoyar militarmente a la insurgencia en Centroamérica, de acoger a terroristas internacionales, de violar sistemáticamente los derechos humanos de la población nicaragüense, y de ser un satélite de Moscú y un estado totalitario...

Nicaragua hizo frente también a una guerra mal llamada de baja intensidad, que, provocada y sostenida por Washington al dirigir y financiar un ejército contrarrevolucionario, causó miles de víctimas, todas nicaragüenses, y destruyó importantes recursos económicos del país.

Para defender la revolución el gobierno sandinista desarrolló una estrategia internacional múltiple. Defendió su causa en las principales organizaciones internacionales, encontró apoyo político, económico y militar en los países socialistas, buscó también la colaboración política y económica en Europa Occidental, en el Tercer Mundo y muy en especial en América Latina, y acudió a la Corte Internacional de Justicia de La Haya, solicitando el amparo de la legalidad internacional frente al acoso de Estados Unidos.

Esta estrategia internacional, fundamentada en una defensa militar básicamente exitosa, impidió el aniquilamiento de la revolución, pero no la derrota electoral. El régimen revolucionario, derrotado en las urnas, aceptó el dictamen popular y dio paso a la normalización y homogeneización política de Nicaragua con el resto de América Latina.

Habiendo conocido directamente algunos de estos hechos durante mi estancia en Nicaragua, dos son los motivos principales que me empujan a estudiar la política exterior sandinista: Primero, arrojar luz sobre cómo este país, pobre e insignificante en los escenarios internacionales, resistió el asedio de la primera superpotencia mundial durante casi una década. Segundo, averiguar si la conducta internacional de Nicaragua durante esos años sigue las pautas de revoluciones anteriores, o más bien discurre por caminos nuevos y menos radicales, como es mi hipótesis, los cuales podrían llegar a ser una referencia interesante en el futuro para otros pequeños estados que atraviesen por circunstancias revolucionarias, si éstas llegan a producirse.

Estos presupuestos me hacen plantear varios interrogantes, a los que intentaré dar respuesta a lo largo de la investigación, sobre el contexto internacional de la revolución, sobre el contenido y las características de la política exterior sandinista, sobre los factores que influyen en su desarrollo, sobre sus resultados y sobre las derivaciones que se desprenden de todo ello.

¿Qué importancia para la revolución nicaragüense tiene el intervencionismo de Estados Unidos?. ¿Cómo afecta la existencia de la revolución a la propia política exterior norteamericana?. ¿Cómo influye el final de la Guerra Fría en la experiencia sandinista?

¿Cómo diseña y ejecuta el gobierno sandinista su política exterior?. ¿Qué errores comete y qué trascendencia tienen?. ¿Cuáles son las características claves de la política exterior sandinista?, ¿representan un modelo alternativo al comportamiento internacional de otras revoluciones?, ¿aportan alguna novedad al estudio de las relaciones internacionales de los estados revolucionarios?.

¿Qué implicaciones tiene la política exterior para la propia revolución?. ¿Qué relación existe entre la política exterior y las políticas internas revolucionarias?. ¿El final de la revolución significa el fracaso de la política exterior seguida?.

Las hipótesis sobre las que voy a trabajar para dar respuesta a los interrogantes anteriores son las siguientes:

1ª.- La intervención de Estados Unidos es decisiva en el desarrollo de la revolución en el contexto del resurgimiento y final de la Guerra Fría.

2ª.- Para hacer frente a la intervención norteamericana, el gobierno sandinista formula por primera vez en la historia de Nicaragua una política exterior que está basada en una estrategia de relaciones múltiples en todo el mundo, que pretende ser no alineada y que se apoya en la legalidad internacional.

3ª.- Son características fundamentales de la política exterior sandinista el protagonismo en la sociedad internacional, el pragmatismo y la moderación. Estas dos últimas se dan en un grado superior al habido en revoluciones anteriores.

4ª.- La política exterior sandinista, pragmática, moderada y activa no consigue impedir la derrota electoral de la revolución, pero obstaculiza su destrucción total.

5ª.- Hay una fuerte interrelación entre la política exterior y las políticas internas: éstas condicionan en parte la orientación de la política exterior, pero el manejo de esta última interfiere a su vez en las decisiones sobre política interna.

Para comprobar si estos supuestos se ajustan o no a la realidad voy a seguir el siguiente plan de trabajo:

I.2. Plan de la obra.

Presentadas las motivaciones e hipótesis de la investigación en esta introducción, en el capítulo II examino el modelo de política exterior de los estados revolucionarios expuesto en estudios de relaciones internacionales al respecto y planteo la hipótesis de que la política exterior sandinista no se ajusta exactamente al patrón descrito en esa literatura por su mayor moderación y pragmatismo. Examino asimismo el contexto internacional -y la literatura ad hoc- en que la revolución sandinista despliega un cierto protagonismo propiciado primero por la intervención norteamericana en Nicaragua en el marco contradictorio del final de la Guerra Fría, y segundo por la mayor “presencia” de América Latina frente a Estados Unidos.

En el capítulo III describo el comportamiento internacional del FSLN como fuerza guerrillera antes de tomar el poder, para seguidamente plantear la estrategia y las metas de su política exterior ya en el gobierno, los principios ideológicos en los que se fundamenta dicha política, y cómo el gobierno revolucionario organiza la ejecución de la misma.

En el capítulo IV doy respuesta a la hipótesis de cómo las políticas internas del gobierno sandinista influyen sobremanera en la política exterior, aparte de señalar la importancia que en el mismo sentido tienen factores como la ubicación geográfica de Nicaragua y la forma en que se produjo el triunfo revolucionario.

En el capítulo V planteo cómo la estrategia de agresión de Estados Unidos fue el factor más importante en la evolución y en la derrota de la revolución, obligando al gobierno sandinista a diseñar una política exterior centrada en hacer frente a dicha estrategia.

En los cuatro capítulos siguientes analizo cómo el gobierno revolucionario desarrolla esa política exterior en base a un planteamiento multiforme: presencia activa en las organizaciones internacionales y confianza en el Derecho Internacional y en el crédito de su política de no alineamiento (cap. VI), estrechas relaciones con los países socialistas, a los que considera aliados estratégicos (cap. VII), búsqueda de colaboración política y económica en Europa Occidental, Comunidad Europea y España, y de apoyo político en la Internacional Socialista (cap. VIII), y aceptación de América Latina como actor de intermediación que contribuye a encontrar una salida política al conflicto que vive Nicaragua en su enfrentamiento con Estados Unidos (cap. IX).

En estos capítulos muestro en segundo lugar el comportamiento protagonista, moderado y pragmático de la revolución nicaragüense en cada uno de los espacios señalados, con contadas y matizadas excepciones como su colaboración temporal con la insurgencia salvadoreña (cap. IX) y su impulso a prácticas no normalizadas de colaboración internacional como fue el apoyo de la red de solidaridad popular en Estados Unidos y Europa Occidental principalmente (cap. VIII). En tercer lugar señalo tanto los aspectos positivos como las insuficiencias de la estrategia sandinista, y cómo influyen en el desenlace de la revolución.

Finalmente en el capítulo X abordo las conclusiones que considero se desprenden del estudio realizado sobre la política exterior de la revolución nicaragüense. Conclusiones que al mismo tiempo que señalan errores sandinistas, presentan los logros y las aportaciones que la revolución nicaragüense ofrece no sólo a la comprensión de la política exterior de un pequeño estado en revolución, sino también a un manejo diferente y más maduro de dicha política.

II. MARCO TEÓRICO Y CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA

II.1. La política exterior de los estados revolucionarios

La Revolución Nicaragüense entronca sus raíces en las ansias socializantes de la Revolución de Octubre, bebe directamente de las fuentes de la Revolución Cubana, forma parte de la última oleada revolucionaria del siglo XX, y su desarrollo coincide y está influido por la reactivación y el final de la Guerra Fría, escenario internacional bajo el que encontraron cobijo la mayor parte de las revoluciones acaecidas desde la Segunda Guerra Mundial hasta la década de los 90.

Como fenómeno revolucionario que en ese contexto incide, de manera patente y más allá de la voluntad de sus protagonistas, en la sociedad internacional de los años 80, la experiencia nicaragüense en su dimensión exterior participa de varias de las características que autores como Wight, Armstrong, Halliday, principalmente, han descrito como propias de los procesos revolucionarios, incluyendo tanto las tres grandes revoluciones (la francesa, la rusa y la china), como las más recientes que han tenido lugar en la segunda mitad del siglo XX, bien como revoluciones antidictatoriales (Cuba, Irán, Etiopía, y Libia), o como procesos anticoloniales (Indonesia, Vietnam, Angola y Mozambique)¹.

¹ Véanse David Armstrong, *Revolution and World Order: The Revolutionary State in International Society*, Oxford: Clarendon Press, 1993; Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy: The Case of South Yemen 1967-1987*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990; el capítulo VI "The Sixth Great Power: Revolutions and the International System" de la obra del mismo autor, *Rethinking International Relations*, London: The MacMillan Press, 1994, y su reciente y más completo estudio sobre la política exterior de los estados revolucionarios, *Revolution and World Politics*, London: MacMillan Press, 1999; y Martin Wight, *Power Politics* (específicamente el capítulo VII titulado "International Revolutions"), London: Leicester University Press/Royal Institute of International Affairs, 1995. Otros autores que analizan asimismo aspectos globales de la política exterior de los estados revolucionarios son Peter Calvert, *Revolution and International Politics*, London: Pinter, 2ª edic., 1996; Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Révolutions*, tesis doctoral, Université de Rennes I, Faculté de Droit et de Science Politique, 1995; y Odd Arne Westad, "Rethinking Revolutions: The Cold War in the Third World", *Journal of Peace Research*, vol. 29, n.º. 4, 1992, pp. 455-464. Estudios particulares sobre la política exterior de varias revoluciones se encuentran en Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States: The Evolution of Revolutionary Foreign Policy*, Manchester: Manchester University Press, 1994 (se estudian las revoluciones de Francia, Rusia, China, Corea del Norte, Irán, Nicaragua, Angola, Etiopía e Irak); en Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Ma.: Harvard University Press, 1989; y en Anthony Payne, "The Foreign Policy of the People's Revolutionary Government", en Jorge Heine (ed.), *A Revolution Aborted: The Lessons of Grenada*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1991, pp. 123-151. Se abordan algunos rasgos de la política exterior de las revoluciones de Vietnam, Nicaragua, Irán, Afganistán, Camboya, Zimbabue, y Palestina en Jack A. Goldstone, Ted Robert Gurr, y Farrokh Moshiri (eds.), *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Boulder: Westview Press, 1991; de la revolución de Irán en Nikki R. Keddie, y Eric Hooglund (eds.), *The Iranian Revolution & the Islamic Republic*, Syracuse: Syracuse University Press, 1986; y de la revolución libia en Lillian Craig Harris, *Libya: Qadhafis Revolution and the Modern State*, Boulder: Westview Press, 1986. La política exterior de la revolución nicaragüense es examinada de manera específica por Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1986; por Hazel Smith, "Revolutionary diplomacy Sandinista style: lessons

La diversa perspectiva desde la que estos autores examinan la política exterior de las revoluciones - Wight y Armstrong desde los matizados postulados realistas de la "escuela inglesa", mientras Halliday se sitúa en la tradición marxista - no les impide coincidir en sus apreciaciones. Y aunque no pretenden trazar una teoría general sobre el comportamiento exterior de las revoluciones - Armstrong lo señala expresamente² -, lo cierto es que las analogías, que ellos plantean con un énfasis excesivamente universalizador, se producen en un contexto histórico concreto y en unas circunstancias difícilmente repetibles, lo cual debería implicar que su proyección a otras experiencias revolucionarias haya de hacerse con el máximo cuidado, en la medida que son rasgos y características de un tipo de comportamiento que se transforma a través del devenir histórico y de la conciencia potencialmente renovada en cada proceso revolucionario, y que por tanto es susceptible de desarrollar nuevas posibilidades, como planteo que ocurre en el caso nicaragüense.

El comportamiento internacional de la revolución nicaragüense no se ajusta de manera exacta a los rasgos que dichos autores señalan como propios de los estados revolucionarios. Antes bien en aspectos importantes que señalaré, y en coherencia con la conducta flexible y el rostro humano que la revolución muestra internamente, sus políticas internacionales intentan nuevos caminos menos radicales que, pese al desplazamiento sandinista del poder, marcan una pauta difícilmente eludible para experiencias revolucionarias futuras. Sin duda en el comportamiento más pragmático de la revolución nicaragüense influye el propio aprendizaje de los sandinistas aprehendido de experiencias revolucionarias anteriores y de la necesidad de hacer frente a las presiones exteriores.

Armstrong, Halliday y Wight³ consideran que en la política exterior de los estados revolucionarios se repite un comportamiento que estaría definido por las siguientes

and limits", *Race & Class*, vol. 33, nº 1, julio-septiembre 1991, pp. 57-70 y "The conservative approach: Sandinista Nicaragua's foreign policy", en S.Chan, y A.J.Williams, *Renegade States*, op. cit., pp.138-169; por Boris Yopo, "Nicaragua: diez años de política exterior", en Heraldo Muñoz (ed.). *El desafío de los 90: Anuario de políticas exteriores latinoamericanas 1989-1990*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad / PROSPEL, 1990, pp. 263-278; por Tom Barry, "Foreign Influence", en Kent Norsworthy, y Tom Barry, *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter- Hemispheric Education Resource Center, 1990, pp. 149-182; y por Harry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution, in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 295-320. Desde el lado sandinista una visión global de la política exterior de la revolución está recogida en MINEX (Ministerio del Exterior). *Diez años de política exterior (elementos para un balance)*, documento interno, mimeografiado, Managua, 1988; en Alejandro Bendaña, "David resistió a Goliath: 10 años de política exterior", entrevista en *Envío*, nº 95, julio 1989, pp. 28-51; en Denis Torres Pérez, "La política exterior de la Revolución Popular Sandinista", en *Cuadernos de Sociología*, nº 9-10, enero-agosto 1989, p.153-165; y en Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, nº 110, diciembre 1990, pp. 32-44.

² David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 8.

³ Armstrong analiza las revoluciones de Estados Unidos, Francia y Rusia, y varias de las ocurridas después de la Segunda Guerra Mundial: Indonesia, Cuba, China, Libia e Irán: véase David Armstrong, *Revolution and World Order*, op.cit. . Halliday extrae sus conclusiones de la experiencias revolucionarias acaecidas en Francia, Rusia y durante la Guerra Fría (China, Corea, Cuba, Vietnam, Yemen, Camboya, Angola, Etiopía, Irán, Nicaragua y Afganistán): véase Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy: The Case of South Yemen 1967-1987*, op. cit. ; *Rethinking International Relations*, op. cit., pp. 124-146 y *Revolution and World Politics*, op. cit. Wight se centra básicamente en las revoluciones de Francia y Rusia: véase Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., pp. 81-94. El

pautas, que a continuación describiré: importancia de la ideología (secundaria para Halliday), una conducta radical real o percibida, el quebrantamiento de la legalidad internacional, la exportación de la revolución al exterior, el uso de la diplomacia como instrumento revolucionario, la política exterior empleada para subsanar los problemas y errores de la política interior, la generación de guerra y de conflictos como consecuencia de la revolución, y, por último, la acomodación final del proceso revolucionario y su aceptación en la escena internacional.

Importancia de la ideología

Para algunos de los autores citados la ideología juega un papel sustancial en la implementación de la política exterior de los estados revolucionarios⁴.

Wight considera que el poder revolucionario en cuanto tal pretende "*alterar los fundamentos de la sociedad internacional*"⁵. Y Armstrong, al examinar varias de las revoluciones de la segunda mitad del siglo XX, concluye que éstas ven la política mundial como "*un enfrentamiento entre ricos y pobres, entre oprimidos y opresores*"⁶.

Halliday, aun planteando que "*el reto ideológico (de las revoluciones) a la conducta internacional es en general un tema secundario*", mantiene como una de sus tesis centrales que "*todos los estados revolucionarios, casi sin excepción, han buscado promover la revolución en otros estados*", que consideran este objetivo como "*una parte fundamental de su política exterior, como un derecho y como una obligación*"⁷, y que quieren "*cambiar el mundo*"⁸.

Akhavan se manifiesta en términos similares: "*De una manera general los revolucionarios consideran que no solo tienen el derecho, sino también el deber de transformar el orden sociopolítico existente en otros países, así como el sistema dominante en la escena internacional, al cual ellos consideran injusto*"⁹. Akhavan

estudio comparativo de Calvert es el más amplio, abarcando las revoluciones de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Rusia, México, China, Bolivia, Indonesia, Vietnam, Cuba, Irán y Nicaragua: véase Peter Calvert, *Revolution and International Politics*, op. cit. . Akhavan con una mirada realista extrae sus conclusiones del análisis de las que él considera "grandes revoluciones" (Francia, Rusia, China e Irán): véase Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Revolutions*, op. cit.

⁴ Véase también el análisis de Cassels sobre la importancia de la ideología en las relaciones internacionales de las revoluciones francesa, rusa e iraní en sus primeros momentos, a los que seguiría un comportamiento más pragmático y convencional: (Alan Cassels, *Ideology and International Relations in the Modern World*, London: Routledge, 1996, pp. 21-34, 139-146, y 237-238).

⁵ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p. 88.

⁶ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 197.

⁷ Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 136.

⁸ Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., p. 132.

⁹ Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Revolutions*, op. cit., p. 435.

reconoce , no obstante , que los regímenes revolucionarios combinan en su política exterior momentos de exaltación ideológica con posiciones más pragmáticas¹⁰.

Una conducta radical real o percibida

Como una forma de ganar legitimidad moral dentro y fuera del país, las revoluciones manifiestan su radicalismo apoyando pública y abiertamente las causas revolucionarias en el mundo¹¹. Durante la Guerra Fría en numerosas ocasiones los gobiernos revolucionarios, aunque en sus políticas internas no rompan ni transformen de una manera rotunda las estructuras sociales y económicas heredadas, emplean una retórica radical y marxista con el fin de conseguir el apoyo político, económico y militar de las grandes potencias del mundo socialista, en especial de la URSS¹².

Ahora bien, en general y más allá de sus convicciones y objetivos reales o retóricos, los estados revolucionarios, por el hecho de existir, quiebran el orden y el consenso internacional establecido en su región durante decenios y provocan posiciones enfrentadas con los estados vecinos y con la potencia dominante en el área. Todos ellos perciben el estallido revolucionario como una amenaza para su estabilidad o para sus intereses, por miedo a que el ejemplo de la revolución se extienda, o porque el régimen revolucionario proporciona ayuda a los elementos opositores en los países colindantes¹³.

El radicalismo de los estados revolucionarios se manifiesta asimismo en el cambio de sus relaciones internacionales, concretado en la ruptura con los aliados del régimen derrocado y en el estrechamiento de vínculos con los enemigos del mismo. Armstrong cita como ejemplos de este proceder a las revoluciones de Francia, Rusia, China, Irán y Cuba¹⁴.

El quebrantamiento de la legalidad internacional

Los estados revolucionarios no respetan "*nuestras normas y prácticas*", sostienen Williams y Chan, entendiendo por "*nuestras*" las del mundo occidental¹⁵. La legalidad internacional no es aceptada y su violación se produce con frecuencia, bien porque se

¹⁰ *Ibid.*, p. 437

¹¹ Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p. 229; y David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p.171.

¹² Odd Arne Westad, "Rethinking Revolutions: The Cold War in the Third World", *Journal of Peace Research*, op. cit., p. 460.

¹³ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., pp.301-302; y Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p. 229.

¹⁴ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p.294. Un juicio similar se encuentra en Peter Calvert, *Revolution and International Politics*, op. cit., p. 130.

¹⁵ Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States*, op. cit., p. 12.

niegan su validez y aplicabilidad en el ámbito revolucionario¹⁶, bien porque se considera justificada su inobservancia debido a las agresiones exteriores que sufre la revolución, como argumentaba Fidel Castro en 1975: *"Vivimos en un mundo, donde el respeto de las normas internacionales es una obligación. Nosotros hemos estado siempre dispuestos a respetarlas. Pero quienes han tratado de exportar la contrarrevolución, nunca tendrán el derecho de exigir que respetemos las normas internacionales"*. En esa situación, concluía Castro, Cuba demuestra *"nuestra solidaridad con los movimientos revolucionarios en la medida que no estamos atados por ninguna norma"*¹⁷.

De acuerdo a Armstrong para los estados revolucionarios de la Guerra Fría las leyes internacionales no son de fiar, *"porque reflejan los intereses de los poderosos frente a los débiles y la preservación del status quo y no la consecución de cambios radicales"*¹⁸. Las propias instituciones internacionales como las Naciones Unidas y la Corte Internacional de Justicia de la Haya, de las que emana dicha legalidad, son también consideradas sospechosas de parcialidad y en consecuencia menospreciadas, y a veces denunciadas por los gobiernos revolucionarios¹⁹.

La exportación de la revolución

Entre los gobiernos mantenedores del status quo internacional la exportación de la revolución es, sin duda, la característica más citada y publicitada de la política exterior de los estados revolucionarios, y a la que aquellos otorgan la mayor atención (reacción militar incluida).

De forma paralela la afirmación de que los estados revolucionarios promueven la revolución internacional de manera activa, es uno de los argumentos centrales de la literatura académica, bien se examinen las revoluciones francesa, rusa y china o las más próximas de Cuba, Libia, Irán y Nicaragua:

Los gobiernos revolucionarios se apoyan entre sí en un encadenamiento lógico y coherente. Es parte de su propia naturaleza. Quieren impulsar la revolución no solo en su propio país, sino en todo el mundo. Y lo hacen por distintas razones. Por compromiso internacionalista-idealista, como un componente básico de su política exterior, y también por razones mucho más pragmáticas. Por causas internas, para

¹⁶ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., pp.242-243.

¹⁷ *Gamma Weekly Review*, 31 agosto 1975, p.7, citado en Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, op. cit., p. 121.

¹⁸ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 240.

¹⁹ Philip G. Philip, "The Islamic Revolution in Iran: its impact on foreign policy", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States*, op. cit., pp. 129-130, y David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., pp. 238-239.

superar dificultades y divisiones dentro de la propia revolución. Y por un cálculo internacional interesado: se colabora con las fuerzas radicales de otros países para establecer un frente común y desestabilizar a los poderes enemigos. Es decir, se exporta la revolución, como un mecanismo de autodefensa del propio poder revolucionario²⁰.

El uso de la diplomacia como instrumento revolucionario

Para Armstrong la diplomacia convencional representa algunos de los antivalores más denostados por los revolucionarios. Estos en un primer momento ven la diplomacia como negociaciones y pactos realizados a espaldas del pueblo por aristócratas o miembros selectos de las clases dominantes, que mediante esas prácticas y con un lenguaje falto de principios contribuyen a mantener el injusto orden internacional²¹.

Un juicio similar emite Calvert al señalar que *"una de las características del estado revolucionario es con frecuencia el rechazo de las técnicas y métodos diplomáticos tradicionales, con los argumentos de que están viciados y representan los rasgos de un orden internacional al que él se opone"*²².

Halliday también comparte estas tesis, planteando que *"las revoluciones proclaman una nueva forma de diplomacia a la expectativa de insurrecciones casi simultáneas en otros países"*, al mismo tiempo que desprecian las viejas y elitistas prácticas diplomáticas, y confían en las ventajas que pueden derivarse de un tipo de diplomacia *"entre los pueblos"*²³.

Pasados los primeros momentos de enfebrecimiento radical, los mismos estados revolucionarios llegan a comprender las ventajas que un uso inteligente de los resortes diplomáticos puede representar para su causa. Y en consecuencia se sirven de los mismos, bien como un soporte para el espionaje, bien como un instrumento para la promoción de la revolución internacional y para la propaganda de sus ideas²⁴.

²⁰ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p. 88; David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 301; Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 136; *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., pp. 229-230, y *Revolution and World Politics*, op. cit., pp. 94-132; Philip G. Philip, "The Islamic Revolution in Iran: its impact on foreign policy", op. cit., p. 121; Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, op. cit., pp. 113-183; y Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Révolutions*, op. cit., p. 439.

²¹ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 270.

²² Peter Calvert, *Revolution and International Politics*, op. cit., p. 121.

²³ Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., p. 95.

²⁴ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p. 89.

En este último caso estamos ante la que Der Derian denomina como antidiplomacia²⁵ y Wight califica de diplomacia abierta, la cual pasa de la negociación a la propaganda para apelar directamente a la opinión pública y, más en concreto, a aquellos sectores populares a los que se pretende ganar en los países, cuyos gobiernos se oponen de forma activa a la revolución²⁶.

La política exterior, medio para apuntalar las políticas internas

Las revoluciones sufren el acoso y el cerco de los estados vecinos o de la potencia hegemónica, quienes pretenden evitar que "el mal ejemplo" se extienda, y promover al mismo tiempo una reacción que limite o revierta el proceso revolucionario en curso.

Los gobiernos revolucionarios responden a estas iniciativas agresoras con la movilización popular, motivando para ello en muchos casos los sentimientos nacionalistas del pueblo²⁷. El poder revolucionario aprovecha así la coyuntura de la intervención exterior para galvanizar al pueblo, achacando a la misma tanto los desastres económicos y sociales producidos en el conflicto, como los fallos en la implementación de su propio programa, derivados de su incapacidad para ejecutarlo²⁸.

Guerras y conflictos, consecuencia inevitable de la revolución

Con las revoluciones estalla la estabilidad, se multiplican los conflictos bélicos y crece el desorden internacional. A ello contribuyen tanto el comportamiento de los gobiernos revolucionarios encaminado a transformar la sociedad internacional, como la reacción de los gobiernos que se oponen a la revolución desde el exterior²⁹.

El resultado es guerra y provocación de graves conflictos internacionales, cuya importancia se incrementa por la percepción negativa que la potencia hegemónica tiene sobre la revolución. Como ejemplo de ello, limitado a la segunda mitad del siglo XX, se puede constatar cómo Estados Unidos se ha opuesto a la mayor parte de las revoluciones sucedidas en el Tercer Mundo durante ese tiempo.

La guerra es la compañera inseparable de la revolución. Dentro y fuera del país. Es la situación permanente en las relaciones de los estados revolucionarios con sus

²⁵ James Der Derian, *On Diplomacy*, Oxford: Basil Blackwell, 1987, pp. 135-136.

²⁶ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p. 89.

²⁷ Odd Arne Westad, "Rethinking Revolutions: The Cold War in the Third World", *Journal of Peace Research*, op. cit., p. 457.

²⁸ Andrew Williams, "The Russian Revolution", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States*, op. cit., p. 63; Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p. 229; y Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Révolutions*, op. cit., pp. 439-440.

²⁹ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., pp. 197-198; Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 143; y Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., pp. 91-92.

vecinos, "incluso aunque jurídicamente se esté en paz", como plantea Wight, porque ambas partes se sienten obligadas a defender su sistema y a alterar el del contrario³⁰.

El enfrentamiento se traduce asimismo en guerra civil, que librada por los residuos del régimen derrotado y alimentada desde el exterior, rompe al país donde la revolución se ha puesto en marcha, hasta que ésta se consolida y modera o es derrotada³¹. Halliday sostendrá que en la mayor parte de los casos la contrarrevolución no triunfa³². Akhavan mantiene esta misma posición, refiriéndose a la contrarrevolución exterior³³.

La moderación del proceso revolucionario

La actitud de los estados revolucionarios en relación al orden internacional establecido sufre una transformación que va del rechazo inicial a los elementos claves del mismo (derecho internacional, diplomacia y equilibrio de poder) a una aceptación renuente, limitada e incompleta.

Es lo que Armstrong define como "*proceso de socialización*" de las revoluciones³⁴, o expresado en otros términos, el proceso de acomodamiento de las mismas. La moderación de los regímenes revolucionarios se concreta en su aceptación final de las leyes internacionales, en la vuelta a la diplomacia convencional, en su comprensión de la necesidad e inevitabilidad del equilibrio de poder como gozne de la estabilidad, y en la conclusión de su apoyo a las fuerzas revolucionarias en el exterior³⁵. Como sostiene Wight, los intereses nacionales terminan imponiéndose sobre las consideraciones acerca de la revolución internacional³⁶.

Halliday, sin embargo, aún admitiendo el proceso de acomodamiento de los estados revolucionarios, matiza que ésta no es la última etapa de su evolución, ya que en todo momento persisten las tensiones y enfrentamientos entre las revoluciones y el sistema internacional, y cita los ejemplos de las revoluciones en Francia, Rusia, Irán y Cuba³⁷.

³⁰ Martin Wight, *Ibid.*, p.90; y Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p. 230.

³¹ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p.91.

³² Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 138. Sobre la interrelación entre revolución, contrarrevolución y guerra véase asimismo Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., pp. 207-260.

³³ Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Revolutions*, op. cit., p. 443.

³⁴ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., p. 302.

³⁵ *Ibid.*, pp. 243 y 271; Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., pp. 230-231; y Masood Akhavan Kazemi, *Dimensions Internationales des Revolutions*, op. cit., pp. 444-446.

³⁶ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., pp. 92-93.

³⁷ Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., pp. 137-138

Las razones de este proceso de acomodamiento de los estados revolucionarios hay que encontrarlas en la disminución del optimismo revolucionario ante las dificultades para el triunfo de otras revoluciones, en la autorrestricción a implicarse de una manera más directa en favor de aquellas por miedo a las represalias y a poner en peligro su propia existencia, y en la necesidad sentida de ser más eficaces en sus programas de gobierno, lo que conlleva conseguir ayuda y aliados exteriores, así como recuperar el acceso a los mercados internacionales³⁸.

En síntesis lo que planteo como uno de los temas claves a investigar en este trabajo es que en la política exterior sandinista, mientras ciertamente se encuentran algunas de las pautas que los autores citados - y en particular Armstrong, Wight y Halliday - consideran comunes a las experiencias revolucionarias precedentes, se observa, sin embargo, una conducta exterior más pragmática, producto tanto de la propia conciencia y voluntad de los sandinistas, como de las presiones y posibilidades del contexto internacional.

La voluntad revolucionaria del sandinismo, convertida en praxis, no solo tiene efectos dentro de Nicaragua, sino que incide también - incluso más allá de su intencionalidad expresada - en la estructura del sistema internacional. Pero a su vez la realidad de dicho sistema plantea dificultades y ofrece oportunidades que a su vez modelan el desarrollo de la revolución.

En esta interacción el final del proceso revolucionario en 1990 confirma que son las limitaciones impuestas por la estructura del sistema internacional y en concreto por la presión de Estados Unidos las que prevalecen en esa relación dialéctica de enfrentamiento, pero no lo hacen de forma absoluta, sino que a su vez el accionar de la revolución no solo impacta en las estructuras internas de Nicaragua, sino también en el marco regional, e incluso en aspectos sustantivos del sistema internacional, como es el uso del Derecho Internacional en defensa de un pequeño país aún en medio de una revolución³⁹.

Ambos aspectos -mayor pragmatismo del proceso revolucionario y contexto internacional como estructura constrictora y a la vez como espacio con pequeñas oportunidades para influir en dicha estructura- serán abordados a continuación.

³⁸ David Armstrong, *Revolution and World Order*, op. cit., pp. 302-303. Fred Halliday, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p. 230.

³⁹ En el debate sobre la relación entre capacidad de acción y estructura (agency-structure), la experiencia sandinista plantea así la preponderancia final de las limitaciones estructurales exteriores, pero paralelamente apunta algunas de las potencialidades abiertas a la voluntad y a la actuación de un pequeño estado. Sobre el debate "capacidad de acción-estructura" véanse Alexander E. Wendt, "The agent-structure problem in international theory", *International Organization*, vol. 41, n° 3, Summer 1987, pp. 335-370; David Dessler, "What's at stake in the agent-structure debate?", *International Organization*, vol. 43, n° 3, Summer 1989, pp. 441-473; y Walter Carlsnaes, "The Agency-Structure Problem in Foreign Policy Analysis", *International Studies Quarterly*, vol. 36, n° 3, septiembre 1992, pp. 245-270.

II.2. La política exterior de la revolución nicaragüense: mayor pragmatismo y moderación que en revoluciones precedentes

Al igual que en experiencias revolucionarias anteriores, la revolución nicaragüense, más allá de sus intenciones e incluso de sus actos, es contemplada por Estados Unidos y por sus aliados centroamericanos, como una amenaza para sus intereses, y en consecuencia se arbitra desde Washington un programa para frenarla, subvertirla y derrotarla.

Como resultado de esta reacción a la existencia del proceso revolucionario, y sin olvidar tampoco la importancia de la inicial actitud sandinista proclive a compromisos internacionalistas en la región centroamericana, la revolución nicaragüense se vio inmersa en un serio conflicto que no guardaba proporción con los intereses que allí estaban en juego, y con la importancia de un actor internacional como Nicaragua, país pequeño y con unos recursos materiales y humanos muy escasos.

En ese contexto el gobierno sandinista utilizará la amenaza exterior -convertida en intervención durante nueve años- para fortalecer la conciencia nacional, y como una trinchera efectiva en defensa de la revolución, pero también para justificar sus propios errores en numerosas ocasiones.

La moderación de las políticas exteriores del proceso revolucionario nicaragüense, manifestada con contadas excepciones desde el primer momento, se acentuará de una manera acusada en la segunda mitad de los 80, cuando el inicial entusiasmo revolucionario ha desaparecido, la ayuda exterior se ha reducido, y las dificultades económicas se han convertido en un obstáculo insalvable para la revolución. Y aquí la socialización planteada por Armstrong y Akhavan llega a un punto no alcanzado hasta ese momento por ninguna experiencia anterior, al dar paso la propia revolución derrotada a un modelo político diferente de manera consciente y pacífica.

El reconocimiento de que la revolución sandinista comparte varias de las características del modelo de conducta internacional de las revoluciones que la precedieron, no me impide desarrollar la hipótesis de que Nicaragua durante el sandinismo despliega una política exterior con características propias de mayor moderación y normalización que aquellas.

Pese a la ayuda proporcionada a la guerrilla salvadoreña antes de la ofensiva de enero de 1981, y pese a la retórica internacionalista presente en una buena parte de los discursos oficiales de los dirigentes del FSLN, y principal espacio donde la ideología antiimperialista y radical de los sandinistas brilló con fuerza, el apoyo a la revolución en América Latina y en otras partes del mundo no es ni una prioridad, ni

un objetivo real de la política exterior de la Nicaragua revolucionaria, como lo fue, por ejemplo, para las revoluciones de Cuba, Irán o Libia.

Esto no me hace olvidar, sin embargo, que en los albores de la revolución los sandinistas en el gobierno colaboraron con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador por varias razones. En cierto modo pagaban así la solidaridad que ellos mismos habían recibido del movimiento insurgente salvadoreño durante la guerra contra Somoza. Pero además tenían motivaciones más pragmáticas e interesadas, pues consideraban que una rápida victoria del FMLN ayudaría a fortalecer su propia revolución ante las políticas de acoso contra ella, programadas claramente en la plataforma electoral del candidato a la presidencia de Estados Unidos, Ronald Reagan.

Ahora bien, en contraste con las afirmaciones de Halliday cuando señala que *"el reto que (los estados revolucionarios) representan para el sistema internacional no es tanto que propongan una nueva forma de diplomacia, o que desarrollen relaciones internacionales de una forma distinta, sino que hagan de la alteración de las relaciones sociales y políticas en otros estados casi el centro de su política exterior, y que se contemplan a si mismos no solo con el derecho, sino también con la obligación de dirigir su política exterior de acuerdo a dicha base"*⁴⁰, los revolucionarios nicaragüenses ni siquiera en aquellos momentos iniciales pusieron en el centro de su política exterior la subversión de las relaciones sociales y políticas en otros estados y mucho menos aún por motivos ideológicos.

Fue en la diplomacia abierta y multilateral y en la heterodoxia -para un régimen revolucionario- de sus relaciones internacionales amplias y contradictorias donde el gobierno sandinista buscó la fuerza y el fundamento para su política exterior.

No lo entendieron así ni el gobierno Reagan ni la pléyade de autores y académicos norteamericanos cuyos estudios a lo largo de la década de los 80 cimentaron la política intervencionista de las administraciones republicanas contra la revolución sandinista. Para ellos Nicaragua no era más que un nuevo satélite comunista, y por tanto expansionista, y la cabeza de puente del expansionismo soviético en el continente americano⁴¹.

⁴⁰ Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 136.

⁴¹ El grupo de autores conocido como Comité de Santa Fe elaboró la obra fundacional de esta política: véase Comité de Santa Fe (L. F. Bouche, R. W. Fontaine, D. C. Jordan, G. Summer, L. Tabs), "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1° semestre 1981, pp. 181-214. Además del grupo de autores del citado Comité de Santa Fe, véase Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987. Una buena parte de los numerosos trabajos recopilados en esta obra sobresalen, a la hora de analizar el conflicto centroamericano y nicaragüense, por su visión dogmática y simplista, en ocasiones por una llamativa ausencia de rigor, y por su parecido a "encargos de propaganda". Entre ellos se pueden destacar los siguientes: la breve pero "insuperable" introducción de Jeanne J. Kirkpatrick, pp. xiii; "Central America: The Larger Regional Scenario" de R. Bruce McColm, pp. 1-27; "The 'Mantos' of the Sandinistas" de Douglas W. Payne, pp. 55-78; "Revolutionary Change and the Nicaraguan People" de Nestor D. Sanchez, pp. 105-118; "U.S. Options -and Illusions- in Central America" de David C. Jordan, pp. 227-246, y "Covert Action: A Substitute for Clear U.S. Policy" de Malcom

La teoría del efecto-dominó fue sacada a relucir para explicar la revolución sandinista, como una de las olas revolucionarias que, subiendo por Centroamérica, anegaría los campos de petróleo mexicanos y terminaría alcanzando las propias orillas del río Grande. *"Los soviéticos -sostiene en esa dirección Rothenberg- consideraron que la victoria sandinista tenía la capacidad para provocar un efecto dominó en Centroamérica. Operando básicamente a través de Cuba y de los comunistas locales, Moscú pretendió repetir la experiencia de Nicaragua en El Salvador"*⁴².

Nicaragua como trampolín para exportar la revolución, fue uno de los argumentos más queridos de estos autores. *"Hoy Nicaragua -en palabras de Bruce McColm- se ha convertido en una sólida base para las insurgencias de los países vecinos. Una elaborada red logística se extiende desde Nicaragua a las guerrillas salvadoreña y guatemalteca"*⁴³.

Y no faltaron quienes llegaron a describir un escenario apocalíptico, provocado por los sandinistas en la región. *"La guerra secreta en Centroamérica ilustra -según John Norton Moore- el peligro para el orden mundial que se origina en el asalto protagonizado por un régimen radical. En Nicaragua los nueve líderes comandantes se han unido a Cuba en una guerra secreta contra sus vecinos"*⁴⁴.

El orwelliano argumento sobre el peligro del expansionismo sandinista también fue esgrimido con fuerza y hasta sus últimas consecuencias por los gobiernos de Estados Unidos con el fin de minar el efecto ejemplar de la revolución nicaragüense en América Central, como experiencia atractiva por su propia existencia victoriosa y por sus características de pluralidad, apertura y moderación.

En líneas generales, sin embargo, el apoyo sandinista a los movimientos revolucionarios de América Latina tuvo un carácter político, humanitario, retórico y limitado. En el caso nicaragüense los intereses nacionales de la revolución estuvieron habitualmente por delante de la colaboración efectiva con la revolución internacional. Y la coincidencia ideológica dejó paso al pragmatismo de estado.

Wallop, pp.265-279. De unas características muy similares, véanse John Norton Moore, *The Secret War In Central America: Sandinista assault on World Order*, Frederick, Maryland: University Publications of America, 1987; Timothy Ashby, *The Bear in the Backyard: Moscow's Caribbean Strategy*, Lexington: Lexington Books, 1987; Richard H. Schultz, "Recent Regional Patterns", en Uri Ra'anán, Robert L. Pfaltzgraff, Richard H. Schultz, Ernst Halperin, Igor Lukes, *Hydra of Carnage: The International Linkages of Terrorism and Other Low-Intensity Operations*, Lexington: Lexington Books, 1986, pp. 95-124; y Morris Rothenberg, "The Soviets and Central America", en Robert S. Leiken (ed.), *Central America. Anatomy of Conflict*, New York: Pergamon Press, 1984, pp. 131-149.

⁴² *Ibid.*, p. 136.

⁴³ Bruce R. McColm, "Central America: The Larger Regional Scenario", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, op. cit., p. 17.

⁴⁴ Norton Moore John, *The Secret War in Central America: Sandinista Assault on World Order*, op. cit., p. 151.

Esto, sin embargo, fue mucho más patente a final de la década de los 80, cuando el gobierno sandinista se sumó a la petición del resto de los gobiernos centroamericanos de que los revolucionarios del FMLN salvadoreño abandonaran su actividad armada. La urgente necesidad de acabar con el conflicto interno que amenazaba la sobrevivencia de la revolución nicaragüense, y de hacerlo a través de la normalización de sus relaciones con los países vecinos, explica esta posición sandinista, tan poco radical, como coherente con su trayectoria anterior de moderación.

La revolución nicaragüense no se sitúa al margen de las leyes internacionales, como lo hicieron las de Cuba, Libia e Irán⁴⁵. Más bien lo contrario. Pretende encontrar en el derecho internacional protección frente a las políticas intervencionistas fomentadas por Estados Unidos y secundadas por algunos de los gobiernos de la región. Muestra de ello -y como una de las piezas centrales de su defensa- es el recurso nicaragüense a la Corte Internacional de Justicia de La Haya en contra de Estados Unidos, Honduras y Costa Rica.

Para la revolución sandinista las organizaciones internacionales -en especial las Naciones Unidas y la propia OEA- no se sitúan del lado de quienes se oponen a su proceso. El gobierno nicaragüense intentará estar presente en ellas y utilizarlas como foros para denunciar la agresión norteamericana, e incluso desplegará una fuerte actividad diplomática, en ocasiones, para ocupar puestos de responsabilidad en las mismas.

Frente al habitual comportamiento de las revoluciones del siglo XX de considerar la legalidad y las instituciones internacionales como parte del orden capitalista establecido y diseñado para aplastar los procesos revolucionarios, el sandinismo apelará a los principios universales que dichas instituciones representan, para levantarlos como un baluarte contra la fuerza de la superpotencia norteamericana, consiguiendo que aparezca en el ámbito internacional como transgresora de las leyes que ella misma contribuyó a dictar.

La diplomacia sandinista no puede calificarse de revolucionaria en el sentido citado por Wight⁴⁶. El gobierno nicaragüense no utiliza los canales diplomáticos como recursos para el espionaje, ni menos para el terrorismo, ni tampoco para promover la revolución internacional. Los sandinistas harán uso de mecanismos diplomáticos habituales y convencionales: presencia en las instituciones internacionales, ampliación de sus relaciones diplomáticas, apertura de nuevas

⁴⁵ Véanse Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, op. cit., pp. 113-146; Lilian Craig Harris, *Libya. Qadhafi's Revolution and the Modern State*, op. cit., pp.89-91; Philip G. Philip, "The Islamic Revolution in Iran: its impact on foreign policy", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States*, op. cit., pp. 117-137; Peter Calvert, *The Foreign Policy of New States*, New York:St. Martin Press, 1986, p. 41; y Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., pp. 127-128.

⁴⁶ Martin Wight, *Power Politics*, op. cit., p. 89.

embajadas, cultivo de contactos con congresistas y medios de comunicación de masas de manera muy especial en Estados Unidos (y utilización de los servicios de agencias de Relaciones Públicas para ello), celebración de conferencias internacionales en Managua, realización de numerosos viajes por parte de los dirigentes sandinistas a países de diferente signo ideológico, y visitas a Nicaragua de líderes políticos de Occidente, de los países socialistas y del Tercer Mundo...

Pueden encontrarse, sin embargo, rasgos originales y “revolucionarios” en las formas con las que los sandinistas desplegaron su actividad, tanto en la intensidad y militancia con que la realizaron, como sobre todo en el empleo de vías de comunicación -paralelas a las convencionales- para llegar directamente a aquellos sectores de Estados Unidos que se oponían a la política de la Casa Blanca: comités de apoyo, giras y conferencias de dirigentes sandinistas por ciudades y universidades norteamericanas, encuentros con líderes políticos y religiosos...

Un significado similar tuvo el impulso a la creación de redes de solidaridad popular en otras partes del mundo y muy en particular en Europa Occidental con el objetivo prioritario de que desde esas instancias se presionara a los gobiernos respectivos en contra de la política intervencionista de Estados Unidos, y en segundo término como plataformas de soporte material para la revolución.

En la construcción global de su política exterior la revolución sandinista difiere igualmente de las pautas de experiencias revolucionarias anteriores, por propia convicción y también porque el contexto internacional había sufrido importantes transformaciones, que permitieron al gobierno sandinista desarrollar una política exterior más abierta y multilateral.

Nicaragua en revolución no se reubica en el otro campo -el de los países socialistas- en el escenario internacional (aunque sí crea una vinculación preferencial y estrecha con ellos); no rompe las relaciones que sostenía el gobierno anterior -pese a ser éste una dictadura ligada a Washington, enemigo ideológico de los sandinistas; es más, desde el primer momento -aunque con contradicciones- la revolución nicaragüense intenta mejorar sus vínculos con Estados Unidos; mantiene sus lazos políticos con el resto de países latinoamericanos, incluso con los gobiernos vecinos, cuando éstos se oponen activamente a la revolución; mejora sus relaciones políticas y económicas con Europa Occidental y Canadá; y las establece por primera vez con numerosos países del Tercer Mundo de África, Asia y América.

La Nicaragua sandinista pretendió hacer, en su política exterior, aquello que otros países del Tercer Mundo, y especialmente de América Latina habían intentado conseguir anteriormente: ampliar sus relaciones internacionales, tener una presencia adecuada en los escenarios internacionales, y en definitiva, comenzar a crear una política exterior propia. Como Vanderlaan señala, esos objetivos se concretaban en

*"incrementar la interacción con los países vecinos, jugar algún papel en los organismos internacionales, escapar del conflicto entre las dos superpotencias, buscar nuevos socios comerciales y ampliar el control del estado sobre la economía propia"*⁴⁷

Pero lo que relativa y ocasionalmente podía ser válido para otros países latinoamericanos como Perú y Argentina, no lo iba a ser en absoluto para un país en pleno proceso revolucionario y en un momento en que Washington había decidido demostrar de nuevo su hegemonía mundial debilitada tras la derrota de Vietnam.

Sin duda uno de los motivos principales de la oposición frontal de EEUU a la revolución de Nicaragua estuvo en la voluntad de este país de desligarse de la obediencia norteamericana y de tener política exterior por primera vez en muchos años, pues durante casi todo el siglo XX la política exterior de Nicaragua había sido la de EEUU, como enfatiza Miguel D'Escoto, ministro del Exterior sandinista: *"Durante toda esa pesadilla de 70 años, que comienza con la intervención norteamericana en 1909, Nicaragua no tuvo su propia política exterior..., todas las decisiones fundamentales eran tomadas en el departamento de Estado o en la embajada norteamericana en Managua"*⁴⁸.

Esta pretensión absolutamente legítima -una política exterior propia- tenía, contemplada desde el Washington republicano, unas implicaciones muy distintas a las de iniciativas concretas y parciales de otros países latinoamericanos: era la política de un gobierno revolucionario, podía tener una dimensión ejemplificadora inconveniente para los intereses norteamericanos en América Latina, recordaba la experiencia de Cuba, y, sobre todo, era interpretada no como una política independiente, sino como un nuevo alineamiento de un país del continente americano con la superpotencia rival, la URSS. Por tanto, tal política no iba a ser tolerada y no lo fue.

II.3.Contexto del protagonismo internacional de la revolución sandinista

La revolución sandinista y su política exterior se desarrollan en un contexto internacional que impacta decisivamente en el devenir de las mismas⁴⁹. Ahora bien, como analizaré en el capítulo IV, la inadecuada conducción de las políticas internas es la otra referencia en la que también se encuentran explicaciones acerca de dicho

⁴⁷ Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., p. 20.

⁴⁸ Miguel D'Escoto, conferencia de prensa, Managua, 21 diciembre 1982. Citado en Instituto Histórico Centroamericano (IHCA), "Política exterior de Nicaragua: No Alineamiento", *Envío*, n° 19, enero 1983, p. 7.

⁴⁹ En este sentido el caso nicaragüense se ajusta al análisis de Skocpol sobre la importancia crucial del contexto internacional para las revoluciones del Tercer Mundo: véase Theda Skocpol, *Social Revolutions in the Modern World*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994, pp. 287-295.

devenir. La interrelación de ambos fenómenos, aunque con un peso desigual por la disparidad de fuerzas presentes en el conflicto nicaragüense, conduce al resultado final del proceso revolucionario⁵⁰.

Con la revolución sandinista Nicaragua por primera vez en su historia comienza a tener una política exterior altamente activa y, después de muchos años, independiente de la marcada por Washington. Esta última característica parece lógica, en la medida que el sandinismo, al romper la vinculación con Estados Unidos, pone un gran énfasis en fortalecer la conciencia nacional nicaragüense, y en construir un país que haga respetar su soberanía.

Lo que se presenta como extraordinario es el alto grado de notoriedad y protagonismo que esta pequeña nación centroamericana alcanza en los escenarios internacionales durante la década de los 80. Fenómeno cuya causa principal se encuentra en la propia existencia del hecho revolucionario nicaragüense. La revolución, sobredimensionada como amenaza por el gobierno de Ronald Reagan, catapulta a Nicaragua al primer plano de la atención internacional. Cuando la revolución sea derrotada a principios de los 90, Nicaragua volverá a la oscuridad en la que había permanecido desde su independencia en el siglo XIX.

El protagonismo internacional de Nicaragua en los años 80 se ve propiciado por dos factores contradictorios y de muy distinto peso: uno, negativo y determinante tanto de la notoriedad internacional como del truncamiento del proceso revolucionario: la intervención de los gobiernos estadounidenses en el marco de la agudización y final de la Guerra Fría; y otro, favorable a la revolución nicaragüense: la pequeña pero creciente autonomía de América Latina frente al relativo debilitamiento de la hegemonía de Estados Unidos ofrece a la revolución un espacio y una oportunidad para no ser aniquilada.

II.3.1. Papel fundamental de la intervención de Estados Unidos en la evolución y derrota de la revolución sandinista

No puede analizarse la política exterior nicaragüense sin valorar el peso decisivo que en ella tuvo la intervención de Estados Unidos. La revolución sandinista surge en un momento en que el establishment republicano liderado por Ronald Reagan ha decidido pasar a la contraofensiva de lo que considera intolerable expansionismo soviético en el Tercer Mundo, produciéndose, como consecuencia de ello, un reavivamiento de la Guerra Fría. Y la revolución es derrotada en Nicaragua, cuando el enfrentamiento entre el Este y el Oeste termina con "*la rendición incondicional*"

⁵⁰ Se observa aquí lo que Wilhelmy denomina "*interpenetración o condicionamiento mutuo*" al analizar la relación entre políticas internas y políticas exteriores: véase Manfred Wilhelmy (ed.), *Política Internacional: Enfoques y realidades*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 149-150.

de aquel⁵¹. Ambos momentos -y sobre todo el primero- impactan decisivamente en la experiencia revolucionaria sandinista, en la medida que la principal potencia del sistema internacional pugna -hasta conseguirlo - por la recomposición de la homogeneidad de Centroamérica alterada con la victoria revolucionaria de 1979.

La revolución nicaragüense es contemplada por los sectores republicanos conservadores, predominantes en la administración Reagan, como una más de las victorias comunistas en la arena internacional durante la segunda mitad de los 70. En la Plataforma Republicana de 1980 se resalta que *"las tiranías marxistas se expanden más rápidamente en todo el Tercer Mundo y en América Latina"*, y que *"a pesar de las claras señales de peligro que indicaban que la Unión Soviética estaba utilizando a Cuba, a Alemania Oriental y ahora a Nicaragua, tanto como a sus propias fuerzas militares para extender su poder en Africa, Asia y el hemisferio occidental, la Administración (Carter) a menudo debilitó a los gobiernos que estaban siendo atacados"*⁵².

Los conflictos a los que alude la Plataforma Republicana (Afganistán, Camboya, Etiopía)⁵³, y otros como Mozambique, Angola, Grenada y Zimbabwe, además de Nicaragua, se encuadran en lo que Halliday llamó la Segunda Guerra Fría -y que desde la perspectiva actual se pueden describir como las últimas batallas de la Guerra Fría en el Tercer Mundo-, en la que se enfrentan las dos superpotencias en la segunda mitad de los 70 y en la primera de los ochenta. *"Desde mediados de los 70 -afirma Halliday- el mundo presencié el inicio de una Segunda Guerra Fría, un periodo de hostilidad Este-Oeste y de atención concentrada en este conflicto que fue comparable en sus aspectos esenciales a la Primera Guerra Fría de 1946-1953"*⁵⁴.

Los procesos revolucionarios desatados en Centroamérica y el Caribe provocan la alarma en Estados Unidos y resucitan el miedo al expansionismo soviético-comunista en toda la región, considerada históricamente el "patio trasero" y "la cuarta frontera" norteamericana. Los republicanos consideran que su Mare Nostrum -el Caribe- se ha convertido en un "mar rojo". Y ya en el gobierno con Ronald Reagan, protagonizan una serie de sistemáticos esfuerzos con el objetivo de revertir, ejemplarmente, la situación.

⁵¹ Es el concepto desarrollado por Halliday para explicar el fin de la Guerra Fría: véase Fred Halliday, "The End of the Cold War and International Relations: Some Analytic and Theoretical Conclusions", en Ken Booth, y Steve Smith (eds.), *International Relations Theory Today*, Cambridge, UK: Polity Press, 1995, p. 49. Un planteamiento similar es el realizado por Jochen Hippler, *Pax Americana?: Hegemony o Decline*, London: Pluto Press, 1994, p. 45.

⁵² P. Republicano, "Selección de la Plataforma del Partido Republicano", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 273 y 277.

⁵³ *Ibid.*, p.278

⁵⁴ Fred Halliday, *Génesis de la Segunda Guerra Fría*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 21.

Sustentando esta política de reacción se encuentran los teóricos ultraconservadores de la derecha norteamericana, que terminarán copando algunos de los principales puestos en la política exterior de Estados Unidos. *"Las políticas norteamericanas, afirma Jeanne Kirkpatrick, no sólo han resultado ineptas para encarar la expansión soviético-cubana en el área, sino que han contribuido a su recrudescimiento, a la desestabilización de gobiernos amigos, a la difusión de la influencia cubana y al declive del poder norteamericano en la región. De ahí que una de nuestras tareas más urgentes sea criticar y revisar el enfoque norteamericano hacia América Latina y el Caribe"*⁵⁵.

Es la misma tesis central sostenida por Roger W. Fontaine, Gordon Summer y otros autores en el primer informe del Comité de Santa Fe, que influyó enormemente en la política exterior del presidente Reagan: *"El continente americano se encuentra bajo ataque. América Latina, la compañera y aliada tradicional de Estados Unidos, está siendo penetrada por el poder soviético. La Cuenca del Caribe está poblada por satélites soviéticos y delimitada por estados socialistas"*⁵⁶. La conclusión obvia de tales premisas no podía ser otra que la puesta en marcha de una política intervencionista: pasar a la contraofensiva para recuperar las posiciones perdidas⁵⁷.

Así lo recoge la Plataforma Republicana citada: *"Los republicanos reconocemos la importancia de nuestras relaciones en este hemisferio y nos comprometemos a una nueva y vigorosa política por parte de Estados Unidos en el continente americano. Mantendremos firme nuestra posición junto a aquellos países que buscan desarrollar sus sociedades, al tiempo que combaten la subversión y la violencia exportadas por Cuba y Moscú. Retornaremos al principio fundamental de tratar a un amigo como tal y a los autoproclamados enemigos como tales, sin disculpas. Dejaremos claro a la Unión Soviética y a Cuba que la subversión y el incremento en las fuerzas militares ofensivas son inaceptables"*⁵⁸.

La intervención norteamericana influye en los ritmos y rumbos de la política exterior del gobierno sandinista, y lo que es más importante, consigue paralizar primero y revertir más tarde la revolución nicaragüense. Es el factor decisivo que conduce a la derrota sandinista.

⁵⁵ Jeanne J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, New York: The American Interprise Institute/Simon & Schuster, 1982, pp. 54-55 .

⁵⁶ Comité de Santa Fe (L. F. Bouche, R. W. Fontaine, D. C. Jordan, G. Summer, L. Tabs), "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 181. Durante la administración Reagan, Roger W. Fontaine fue nombrado asesor del National Security Council (NSC), y Gordon Summer, general retirado, fue designado como asesor del vicesecretario para Asuntos Interamericanos, Thomas Enders.

⁵⁷ G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, Boulder: Westview Press, 3ª edición, 1995, pp. 128-130.

⁵⁸ P. Republicano, "Selección de la Plataforma del Partido Republicano", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 295.

Es también muy abundante la literatura norteamericana que aborda el conflicto de Nicaragua, asumiendo el análisis anterior. La mayor parte de estos autores plantean la responsabilidad directa de las distintas administraciones estadounidenses en la guerra civil que asoló a Nicaragua durante la década de los 80⁵⁹.

Para Kornbluh *"la campaña norteamericana para derrocar a la revolución nicaragüense comenzó incluso antes de la derrota de la dictadura somocista el 19 de julio de 1979. La administración Carter trató desesperadamente de bloquear el triunfo de la insurrección dirigida por los sandinistas. La administración Reagan usó cualquier medio imaginable de guerra -a excepción de una invasión militar directa- en sus esfuerzos por revertir la revolución. La administración Bush, al no poder continuar la política de la contra de su predecesor por limitaciones internas, empleó métodos más suaves y sutiles"*⁶⁰.

No fueron vanos los esfuerzos norteamericanos por desalojar a los sandinistas del poder. Como señala Walker, *"la obsesión norteamericana con Nicaragua se apaciguó sólo en 1990, cuando -destruida la economía del país y habiendo muerto casi un 1% de la población- un electorado desesperado vota por poner fin a la experiencia revolucionaria y por reemplazarla con un régimen sostenido por Estados Unidos"*⁶¹.

Si nos atenemos al hecho real del desplazamiento de los sandinistas del gobierno en las elecciones de febrero de 1990, en cierto sentido es justo hablar de triunfo norteamericano. Las estrategias de las administraciones norteamericanas habían dado su fruto. Comenzando la década de los 90, la revolución nicaragüense había desaparecido como experiencia de gobierno. Es lo que afirma Norsworthy: *"La derrota electoral de Daniel Ortega debe ser considerada como una victoria para la política exterior de EEUU. Una combinación de tácticas militares, económicas y políticas apartó al FSLN del poder"*⁶². Sin embargo, la realidad era más compleja:

⁵⁹ Véanse Peter Kornbluh, *The Price of Intervention: Reagan's War Against the Sandinistas*, Washington: Institute for Policy Studies, 1987; Holly Sklar, *Washington's War on Nicaragua*, Boston: South End Press, 1988; William I. Robinson y Kent Norsworthy, *David and Goliath: The U.S. War Against Nicaragua*, New York: Monthly Review Press, 1987; E. Bradford Burns, *At War In Nicaragua: The Reagan Doctrine and the Politics of Nostalgia*, New York: Harper & Row, 1987; Roy Gutman, *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua 1981-1987*, New York: Simon & Schuster, 1988; Noam Chomsky, *Turning the Tide: U.S. Intervention in Central America and the Struggle for Peace*, Boston: South End Press, 1985; *On Power and Ideology: The Managua Lectures*, Boston: South End Press, 1987; *La cultura del terrorismo*, Barcelona: Ediciones B, 1989; y *Deterring Democracy*, New York: Hill and Wang, 1992; y William M. LeoGrande, *Our Own Backyard*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1998. La misma posición se expresa en la obra colectiva editada por Thomas W. Walker, *Reagan Versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987; véanse dentro de ella Peter Kornbluh, "The Covert War", pp. 21-38; Eva Gold, "Military Encirclement", pp. 39-56; Michael Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Warfare", pp. 57-79; y Noam Chomsky, "U.S. Polity and Society: The Lessons of Nicaragua", pp. 285-310.

⁶⁰ Peter Kornbluh, "The U.S. Role in the Counterrevolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, p. 323.

⁶¹ Thomas W. Walker, "Introduction", *ibid.*, p. 1.

⁶² Kent Norsworthy, *Nicaragua: A Country Guide*, New Mexico: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, Albuquerque, 1990, p. 149.

los sandinistas, pese a su derrota electoral, consiguieron conservar algunas cuotas importantes de poder, y la herencia de la revolución continúa presente durante la década de los 90.

Desde una perspectiva ideológica opuesta hay también autores que no sólo reconocen el intervencionismo norteamericano, sino que lo justifican teóricamente, como un mecanismo necesario para crear la democracia allí donde no existe. Esa es la tesis de Muravchick: *"Donde las actividades encubiertas han sido la alternativa al comunismo, dichas actividades deben ser consideradas, desde una perspectiva democrática, como un mal menor"*⁶³. Más adelante el mismo Muravchik afirma con mayor rotundidad: *"En la medida que el destino de la democracia estaba interrelacionado con el éxito de EEUU en la Guerra Fría, la Doctrina Reagan sirvió a la democracia"*⁶⁴.

En este análisis, sobre el que se basaron la filosofía y las políticas intervencionistas de la administración Reagan, el concepto "democracia" tiene unas claras resonancias orwellianas, ya que plantea llevar la democracia a un país, destruyendo el fundamento y la condición sine qua non de la misma: la capacidad de un pueblo para decidir su destino por su propia cuenta, sin intromisiones en su soberanía.

Chomsky explica con acre e irónica agudeza este sentido orwelliano del concepto "democracia" en el pensamiento oficial de las administraciones norteamericanas: *"En la teología política estadounidense, el término 'democracia' tiene un significado técnico: se refiere a un sistema de gobierno, en el cual los grupos de elite que dominan la economía privada han conseguido asegurar su control, permitiendo que la población ratifique periódicamente las decisiones de la elite. Si la población llega a organizarse para entrar en la arena política y participar en la conformación de algunos temas que afectan al estado, esto no es "democracia", sino más bien "una crisis de la democracia", que tiene que ser superada, bien a través de los escuadrones de la muerte en Centroamérica, bien por medios más sutiles dentro de Estados Unidos. Por eso las "cuatro democracias" (centroamericanas) son "democracias" en el sentido orwelliano del pensamiento oficial estadounidense, mientras que Nicaragua definitivamente no lo es..."*⁶⁵.

⁶³ Joshua Muravchik, *Exporting Democracy*, Washington D.C.: The AEI Press, 1991, p. 143.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 145.

⁶⁵ Noam Chomsky, "U.S. Polity and Society: The Lessons of Nicaragua", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan Versus the Sandinistas*, op. cit., p. 291.

II.3.2. La Guerra Fría mediatiza el desarrollo y el final de la revolución sandinista

La intervención de EEUU en Nicaragua, así justificada, se convierte en uno de los últimos enfrentamientos de la Guerra Fría. Donde los sandinistas ven erróneamente sólo una contienda Norte-Sur, los gobiernos norteamericanos lo analizan como el momento apropiado para detener el avance comunista en su propia área de influencia, la Cuenca del Caribe. El colapso soviético, presentado a finales de los años 80, termina dándoles en parte la razón, cuando el conflicto centroamericano, y sobre todo el nicaragüense comienzan a encauzarse y remitir coincidiendo con la retirada de la URSS de la región centroamericana y caribeña.

La derrota de la revolución nicaragüense en 1990 no solo coincide en el tiempo con el entendimiento entre Estados Unidos y la URSS y con el final de la Guerra Fría, sino que guarda una relación clara (aunque no de causa-efecto) con ambos fenómenos.

La Guerra Fría se mostró como una de las épocas más fecundas en estallidos revolucionarios, "*uno de los grandes momentos de revolución*", según Westad⁶⁶. Líderes revolucionarios - pero también contrarrevolucionarios - supieron aprovechar el enfrentamiento entre las dos grandes superpotencias -Estados Unidos y la URSS- en beneficio de su propia causa. Las revoluciones encontraron en la URSS un aliado oportunista la mayor parte de las veces. Los contrarrevolucionarios (combatientes de UNITA en Angola, mujaidhines en Afganistan, "contras" en Nicaragua...) lo hallaron en Estados Unidos.

Ambas superpotencias influyeron, interviniendo, en las guerras civiles originadas en el momento revolucionario, como reconocía Yevgeny Primakov⁶⁷: "*El enfrentamiento entre fuerzas internas ocurre en el contexto de la existencia de dos sistemas opuestos en el mundo, socialista y capitalista. Nunca ha estado aislado de este contexto. El factor exterior afecta de una forma o de otra a la plataforma de las fuerzas internas... Por eso no ha habido una guerra civil "pura" en ningún país durante mucho tiempo y hoy es simplemente inconcebible*"⁶⁸.

La nueva atmósfera de confianza, diálogo y entendimiento entre la URSS y Estados Unidos durante el gobierno de Gorbachov, en la cual maduró el fin de la Guerra Fría, tuvo como consecuencia el que ambas superpotencias se plantearan incrementar la estabilidad internacional, y ello pasaba por desactivar y encontrar

⁶⁶ Odd Arne Westad, "Rethinking Revolutions: The Cold War in the Third World", *Journal of Peace Research*, op. cit., p. 460.

⁶⁷ Y. Primakov fue asesor de Gorbachov en política exterior, y ministro del Exterior y primer ministro de la Federación Rusa bajo la presidencia de Yeltsin.

⁶⁸ Yevgeny Primakov, "USSR Policy on Regional Conflicts", *International Affairs*, nº 6, junio 1988, p. 7.

salidas políticas a los enfrentamientos en que estaban implicadas en el Tercer Mundo, los llamados conflictos regionales.

Ese contexto favorece la resolución de la crisis centroamericana. La guerra de Nicaragua -prototipo de conflicto regional por su alto nivel de ideologización por parte de Estados Unidos y por la implicación de las dos superpotencias⁶⁹- concluye con la derrota de la revolución en un momento en que la URSS y Estados Unidos han decidido cortar su asistencia militar a las partes en conflicto en Nicaragua, así como aceptar los resultados de la contienda electoral de 1990.

No se puede atribuir, sin embargo, el fracaso sandinista al cese del apoyo soviético, como plantea Crockatt⁷⁰, pero también son unilaterales los planteamientos sandinistas (del presidente Daniel Ortega y del viceministro del Exterior V. H. Tinoco) sobre la incidencia básicamente positiva de la URSS en la solución del conflicto centroamericano⁷¹.

La derrota de la revolución nicaragüense se gesta en pleno recrudescimiento de la Guerra Fría en la primera mitad de los 80 con una administración norteamericana volcada en ese objetivo, y se concreta al producirse el entendimiento entre las dos superpotencias en la segunda mitad de esa década.

Dicho entendimiento hace que el conflicto de Nicaragua esté presente en las conversaciones entre la URSS y Estados Unidos, -como reconoce Daniel Ortega⁷²- y tiene consecuencias asimétricas en cuanto a los compromisos que ambas superpotencias se imponen al respecto. Ambas, como señalaba antes, cesan el envío de armas a sus respectivos aliados. Y ambas, aunque con matices por parte de Washington, se comprometen a reconocer al vencedor de las elecciones.

Pero mientras la URSS suspende el envío de equipo militar y se niega a las peticiones de ayuda financiera solicitada por el gobierno sandinista para mejorar la situación económica durante la campaña electoral, Estados Unidos sigue otorgando "ayuda humanitaria" a la contrarrevolución, que le permite a ésta seguir operando militarmente dentro de Nicaragua, y jugar un papel destacado a la hora de recordar a

⁶⁹ Jochen Hippler, "Third World Conflicts after the End of the Cold War", en Chester Hartman, y Pedro Vilanova (eds.), *Paradigms Lost*, Pluto Press: London, 1992, p. 71.

⁷⁰ Richard Crockatt, *The Fifty Years War*, London: Routledge, 1995, p. 335.

⁷¹ Daniel Ortega, entrevistas en *Barricada Internacional*, n° 283, 22 noviembre 1988, p. 12 y en *Pensamiento Propio*, n° 61, julio 1989, p. 3; y *entrevista propia* con Victor Hugo Tinoco, 5 agosto 1990.

⁷² Daniel Ortega, entrevista en *Barricada Internacional*, n° 283, op. cit., p. 12.

Yuri Pavlov, director del departamento de América Latina del ministerio de Exteriores soviético en aquel momento, señala que tuvieron lugar cuatro encuentros entre la URSS y Estados Unidos para discutir la crisis centroamericana: véase Yuri Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance 1959-1991*, New Brunswick: Transaction Publishers, 1994, pp. 205-206.

los votantes que sólo la victoria de la candidata -Violeta Chamorro- apoyada por Estados Unidos aseguraba el final de la guerra y de la crisis económica.

Sí hay, pues, una relación entre el entendimiento EEUU-URSS y la derrota sandinista, en el sentido que apuntan Blight y Weiss⁷³, en cuanto que Estados Unidos saca partido para sus intereses (aquí, derrotar a los sandinistas), del New Thinking de Gorbachov en política exterior, es decir, del pensamiento de una superpotencia en proceso de desideologización que comienza a plantearse el salir de aquellos países del Tercer Mundo, que sólo le suponen una pesada carga económica, y le obstaculizan la mejoría de relaciones con su otrora enemigo, Estados Unidos⁷⁴.

A finales de los 80 la revolución nicaragüense, muy dependiente de la ayuda de la URSS para sobrevivir, no tenía muchas alternativas sino aceptar los consejos soviéticos de finalizar el conflicto interno a través de un acuerdo político. Alejandro Bendaña, director de Política Exterior sandinista, reconoce que Estados Unidos presionó a la URSS para que ésta a su vez lo hiciera sobre Nicaragua. *"No hay duda -señala Bendaña- de que los soviéticos fueron duramente presionados por Washington para que se nos retorciera el brazo, como condición abierta para las concesiones económicas procuradas afanosamente por Moscú"* ⁷⁵.

La asunción de las propuestas soviéticas por parte del gobierno sandinista y su concreción en el desarrollo de unas elecciones en las peores condiciones posibles para quien las convocaba (crisis económica durísima y no conclusión de la guerra) contribuyeron a la creación de un marco propicio para la derrota electoral.

La derrota del proyecto revolucionario, sin embargo, se había producido mucho antes como consecuencia de la guerra inducida desde el exterior, la cual había paralizado los propósitos de la revolución de transformación del país, defraudando así las esperanzas depositadas en ella por miles de nicaragüenses.

La derrota se había debido asimismo a los errores de los sandinistas, que habían abordado el conflicto con el habitual optimismo de las revoluciones en sus inicios, así como con un planteamiento excesivamente centrado en la victoria militar sobre la contrarrevolución. Esta aproximación al conflicto tuvo como consecuencias que el gobierno revolucionario no se preocupara por la ruptura de vínculos con numerosos

⁷³ James G. Blight/ Thomas G. Weiss, "Must the grass still suffer? Some taughts on Third World conflicts after the Cold War", *Third World Quarterly*, Vol. 13, nº. 2, 1992, p. 238.

⁷⁴ Andrei Kozyrev, vicedirector del Departamento de Organizaciones Internacionales en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, y posteriormente ministro del Exterior con Yeltsin era el portavoz más visible de esta posición durante el gobierno de Gorbachov. Véanse Andrei Kozyrev, y Andrei Shumikhin, "East and West in the Third World", *International Affairs*, marzo 1989, pp. 64-74; y Andrei Kozyrev, "Puente sobre el Rubicón: a lo largo y a través", *Tiempos Nuevos*, nº 45, 1990, pp. 26-27.

⁷⁵ Alejandro Bendaña, "El colapso del comunismo a nivel internacional", en Centro Ecuménico Antonio Valdivieso, *Dando razón de nuestra esperanza*, op. cit., p. 32.

sectores de la sociedad nicaragüense, y tampoco percibiera cómo el campesinado del centro y norte del país se había alejado de la revolución, acercándose paradójicamente a las posiciones de la contrarrevolución dirigida desde Estados Unidos.

La Guerra Fría se había demostrado por tanto en el caso nicaragüense, como un momento histórico ambivalente y contradictorio. Si bien durante ella los sandinistas hallaron un importante apoyo en el bloque soviético para defender su proyecto revolucionario, la propia agudización y el fin de la Guerra Fría -todo en la década de los 80- empujaron a la propia revolución nicaragüense a su final como experiencia política en el poder.

II.3.3. Creciente afirmación de América Latina frente a una menor hegemonía de Estados Unidos

La ligera autonomía que América Latina comienza a manifestar en relación a Estados Unidos a finales de los 70 conforma una atmósfera propicia para el triunfo de la revolución nicaragüense y se concreta en la posición de intermediación e interposición entre Washington y Managua que algunos de los principales países latinoamericanos intentan mantener en la primera mitad de los 80.

Esta es una de las oportunidades que la revolución sandinista encuentra en el sistema internacional y que le posibilita primero hacer frente a las presiones de Washington y más tarde hallar una salida política al conflicto propio, aunque esa vía al mismo tiempo dé paso al final del proceso revolucionario.

El estudio de la política exterior de la revolución sandinista debe, pues, contemplarse también en el marco de una América Latina, que a finales de los años 70 comienza a afirmarse tímidamente frente a la hegemonía casi absoluta que Estados Unidos había mantenido desde finales del siglo XIX sobre toda la región. Una buena prueba de ello fue la negativa latinoamericana en 1979 a secundar la "fuerza de paz" propuesta por Estados Unidos para evitar la victoria sandinista.

Será a mediados de los 80, cuando por primera vez en la historia de América, ocho naciones latinoamericanas -mediante el llamado grupo de Contadora, apoyado más tarde por el grupo de Lima- comiencen a articular, desde una perspectiva multilateralista, propuestas, que si bien no se enfrentan frontalmente a las posiciones de Estados Unidos, al menos plantean alternativas que intentan conciliar los conflictos en curso en Centroamérica, y "*limitar la hostilidad de la administración Reagan hacia Nicaragua*"⁷⁶.

⁷⁶ Boris Yopo, "Nicaragua: política exterior de sobrevivencia", en Heraldo Muñoz (ed.), *América Latina y el Caribe: Políticas exteriores para sobrevivir*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986, p. 379.

El planteamiento multilateralista por parte de los principales países de América Latina le proporcionará a la revolución nicaragüense, como reconocía el presidente sandinista Daniel Ortega⁷⁷, la oportunidad para desenvolverse en el espacio latinoamericano con ciertos márgenes de libertad y autonomía, aunque no sin dificultades, en ningún momento comparables, por ejemplo, con las sufridas por la revolución cubana en sus inicios.

Durante las décadas de los 70 y 80 Estados Unidos, ni siquiera con la administración Reagan, ya no es la superpotencia que impone, sin dificultad ni miramiento, su voluntad a los gobiernos latinoamericanos, a no ser que los adversarios sean extremadamente débiles, como en los casos de Grenada y Panamá.

La beligerancia de la primera parte de la Guerra Fría, traducida en la doctrina de seguridad nacional⁷⁸, se había mitigado durante los años 70. El éxito de las políticas contrainsurgentes de la Alianza para el Progreso durante los años 60 había aislado a la revolución cubana, evitando la difusión de experiencias similares en el continente. Esto había permitido que los gobiernos norteamericanos prestaran atención a otras áreas del planeta (Oriente Medio), donde sus intereses estratégicos estaban más en juego en su pugna con la URSS.

El debilitamiento de la hegemonía norteamericana en América Latina está recogido por numerosos autores. Abraham Lowenthal lo expresa rotundamente, cuando señala que *"hacia 1980 Estados Unidos tenía menor dominio sobre el hemisferio occidental que en cualquier otra época desde la segunda Guerra Mundial..."*⁷⁹, y que *"Estados Unidos continúa siendo la nación más fuerte en América, pero su hegemonía ha disminuido durante la última generación por razones que van más allá de las políticas específicas de cualesquiera de sus distintas administraciones. La capacidad de Estados Unidos para controlar los acontecimientos en el hemisferio occidental se ha debilitado durante los últimos 30 años debido, en primera instancia, a las grandes transformaciones internas en América Latina"*⁸⁰.

Mary B. Vanderlaan estudia también este fenómeno con lujo de detalles⁸¹. Algunos de los principales datos que estos y otros autores, como Jeane J. Kirkpatrick, aportan

⁷⁷ "América Latina -afirmaba Daniel Ortega- hoy no es la de los años 60. Entonces fue posible aislar a Cuba. Proliferaban las dictaduras militares, los Somoza, los Duvalier. Estados Unidos tenía sometidos a los gobiernos del área a su política intervencionista... Estos son otros tiempos; la fuerza de los pueblos, su voluntad y decisión de lucha han provocado cambios en América Latina." (Declaraciones en *Barricada Internacional*, nº 192, 20 febrero 1986, p. 4).

⁷⁸ Véase Saul Landau, *The Dangerous Doctrine: National Security and U.S. Foreign Policy*, Boulder: Westview Press, 1988.

⁷⁹ Abraham Lowenthal, *Partners in Conflict: the United States and Latin America in the 1990s*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1990, pp. 27.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 49.

⁸¹ Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit. pp. 12-18.

para apoyar sus afirmaciones son los siguientes: las exportaciones latinoamericanas a EEUU descienden de un 45% en 1958 a un 34% en 1979. De forma paralela tiene lugar un aumento considerable de la presencia japonesa y europea: Japón multiplica por diecisiete sus relaciones comerciales con América Latina en las décadas de los 60 y 70, y en 1982 la deuda latinoamericana con Japón asciende a 18.216 millones de dólares, aproximadamente la mitad de la norteamericana. Estados Unidos pierde importancia como proveedor militar: en 1978 sólo el 10% del armamento adquirido por América Latina proviene de EEUU; otros competidores notables en el mercado de armas latinoamericano son la Unión Soviética, Israel, Gran Bretaña, Francia, Italia, Brasil y Argentina; asimismo se asiste a una reducción notable del número de asesores militares norteamericanos en suelo latinoamericano: de 800 en 1968 a menos de 100 en 1980⁸².

Muchos otros autores coinciden en la misma apreciación sobre el declive relativo de la hegemonía estadounidense en América Latina⁸³, inscribiendo dicho declive en la disminución de la hegemonía de Estados Unidos en todo el mundo. José Miguel Insulza plantea que *"Estados Unidos ya no tiene, en términos relativos, los recursos materiales con los cuales sustentar su pretensión hegemónica (sobre América Latina); también se ha erosionado parcialmente su legitimidad política... Por su parte, América Latina, con profundas diferencias en cada una de sus subregiones y a pesar del estancamiento de la última década, también ha cambiado muy profundamente. Su economía, que era un octavo de la norteamericana hace cuarenta años, es hoy equivalente a un cuarto de ella"*⁸⁴. Para Paul Kennedy *"también en América Latina se producen crecientes desafíos a los intereses nacionales de los Estados Unidos... Todo esto se complica más por el hecho de que, económica y socialmente, América Latina ha estado cambiando con notable rapidez en las últimas décadas"*⁸⁵.

⁸² Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., p. 62.

⁸³ Véase Pablo A. Maríñez, "El intervencionismo norteamericano en el Caribe: aspectos militares, políticos, económicos y sociales", en Marcos Roitman y Carlos Castro-Gil (eds.), *América Latina: entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 423-428.; Morris J. Blachman, Douglas C. Bennett, William M. LeoGrande, y Kenneth E. Sharpe, "The Failure of the Hegemonic Strategic Vision", en Morris J. Blachman, William M. LeoGrande, y Kenneth E. Sharpe (eds.), *Confronting Revolution: Security Through Diplomacy in Central America*, New York: Pantheon Books, 1986, pp. 334-350. Para una posición muy matizada sobre el declive de la hegemonía de Estados Unidos en América Latina, véanse Alberto Van Klaveren, "La crisis de la hegemonía norteamericana y sus repercusiones en América Latina. Antecedentes y proyecciones futuras", en *Cuadernos Semestrales*, n° 8, 2º semestre 1980, pp. 103 - 129; y Carlos Rico F., "Crisis ¿y recomposición? de la hegemonía norteamericana. Algunas reflexiones en torno a la coyuntura internacional en la segunda mitad de los ochenta", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Buenos Aires: RIAL/Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp. 37-57. Sobre la decadencia (relativa) global de Estados Unidos véanse Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona: Plaza&Janes, 1988, pp. 626-651; y Carlos J. Moneta, "La evolución de los espacios económicos regionales en el contexto de los cambios mundiales", en Luciano Tomassini, *La política internacional en un mundo postmoderno*, Buenos Aires: RIAL/ Grupo Editor Latinoamericano, 1991, pp. 113-118.

⁸⁴ José Miguel Insulza, "Estados Unidos y la nueva realidad internacional: límites y desafíos", en Carlos Portales (ed.), *El mundo en transición y América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, p. 117.

⁸⁵ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, op. cit., p. 629. Boswell alude por su parte a la disminución global de la hegemonía norteamericana para explicar triunfos revolucionarios como los de Nicaragua e Irán, en la medida que se había reducido la capacidad de Estados Unidos para *"prevenir o controlar rebeliones periféricas"*, (Terry Boswell, "World Revolutions and Revolutions in the World-System", en Terry Boswell (ed.), *Revolution in the World-System*, Westport: Greenwood Press, 1989, p.7).

Teniendo en cuenta estos cambios, la administración Carter pretendió establecer un nuevo tipo de relaciones caracterizadas por una mayor horizontalidad en su aproximación a América Latina, basándose en las recomendaciones hechas en ese sentido por la Comisión sobre las Relaciones entre Estados Unidos y América Latina, un grupo independiente y bipartidista financiado por las fundaciones Ford y Rockefeller⁸⁶.

En dichas recomendaciones se reconocía la nueva realidad latinoamericana y en consecuencia se aconsejaba cambiar el tipo de acercamiento de Estados Unidos hacia esa región, el cual debía centrarse más en los intereses y valores compartidos entre ambas partes, que en las cuestiones de seguridad militar.

Jeane Kirkpatrick rechaza esta interpretación y considera que es la causa de la debilidad de EEUU en América Latina y otras partes del Tercer Mundo, y uno de los motivos de las victorias del expansionismo soviético a finales de los 70. Kirkpatrick sostiene que *"el enfoque 'global' adoptado por la administración Carter constituía otra ruptura drástica con las prácticas del pasado... Incorporar a las naciones de América Latina a un "marco global" significaba quitar énfasis a las relaciones de EEUU con ellas. Especialmente significaba reducir la asistencia norteamericana a esa región... El enfoque global alentó también la imposición de restricciones sin precedentes en la venta de armas..., el manifiesto desinterés por los lazos económicos hemisféricos (según las recomendaciones de Linowitz y del Instituto de Estudios Políticos) derivó en una pérdida gradual de terreno ante competidores europeos y asiáticos..."*⁸⁷

El énfasis de la administración Carter sobre el respeto a los derechos humanos constituía un hito histórico en las relaciones entre EEUU y América Latina, provocando desconcierto y rechazo entre los sectores conservadores latinoamericanos, y creando con respecto a Nicaragua una cierta confusión y enfrentamiento en las propias líneas de actuación de las diversas estructuras burocráticas norteamericanas relacionadas con la política exterior, como meticulosamente describe Anthony Lake, miembro del Consejo de Seguridad Nacional (NSC) y director de planificación del departamento de Estado con Carter⁸⁸.

⁸⁶ Véase Commission on United States-Latin American Relations, *The Americas in a Changing World*, New York: Quadrangle Books, 1975, pp. 1-61.

⁸⁷ Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships*, op. cit., pp. 61-62. Kirkpatrick, profesora de la universidad de Georgetown, fue embajadora de Estados Unidos en la ONU, y asesora influyente del presidente Reagan durante su primer mandato.

⁸⁸ Véase Anthony Lake, *Somoza Falling: A Case Study of Washington at Work*, Amherst: The University of Massachusetts Press, 1990.

En esta situación, hasta cierto punto novedosa en las relaciones de Estados Unidos con las dictaduras latinoamericanas, se produce a finales de los 70 y principios de los 80 el estallido revolucionario del área centroamericana. En El Salvador y Guatemala los gobiernos militares -aliados tradicionales de EEUU- se ven seriamente amenazados por la izquierda insurgente. Y en Nicaragua fuerzas populares dirigidas por el Frente Sandinista obtienen una rotunda victoria contra la vieja dictadura de los Somoza. Lejos de las vacilaciones de Carter, la respuesta contundente de la administración Reagan para revertir el avance revolucionario, exacerbará la crisis de la región para alcanzar sus objetivos.

Cómo la revolución sandinista concibió y orientó su política exterior en este contexto internacional de finales de la Guerra Fría, ambivalente y contradictorio, de presiones extremas y de algunas oportunidades será objeto de mi atención en el próximo capítulo

III. ESTRATEGIA, OBJETIVOS, PRINCIPIOS Y ORGANIZACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA

III.1. Antecedentes: Relaciones internacionales del FSLN antes del triunfo

Cuáles fueron los ejes fundamentales sobre los que la revolución nicaragüense hizo girar su política exterior, qué metas pretendía alcanzar, sobre qué principios se asentaba dicha política y cómo estaba organizada son los interrogantes que voy a abordar a continuación.

Pero antes de introducirme en el estudio de la política exterior revolucionaria durante la década en que el FSLN estuvo en el poder, expondré algunas de las actividades que el propio Frente Sandinista desarrolló en la escena internacional, mientras era un grupo guerrillero que intentaba derrocar a la dictadura somocista: en esos hechos se pueden ya observar varias de las líneas de actuación en política exterior que los sandinistas seguirán una vez que lleguen al gobierno: multilateralidad de sus relaciones y un activismo internacional -en los meses anteriores a la victoria- en parte heterodoxo, si se contempla desde la tradición revolucionaria.

Desde la creación del FSLN en 1961 hasta su victoria en 1979, se pueden distinguir dos etapas en las que hallamos claras diferencias en cuanto a la estrategia que siguen los sandinistas en sus relaciones con fuerzas exteriores.

En una primera y prolongada parte, que abarca hasta finales de 1977, momento en que comienzan a imponerse las ideas de la tendencia tercerista -una de las tres en las que se había dividido el FSLN a partir de 1975-, los sandinistas mantienen un perfil nada extraordinario en sus contactos con el exterior.

El FSLN se comporta como una fuerza guerrillera típica de la izquierda latinoamericana en los años posteriores a la Revolución Cubana. Su relación exterior más importante es con Cuba; el propio Frente nace al calor del triunfo cubano; los dirigentes y militantes sandinistas encuentran en la Cuba revolucionaria un ejemplo y una guía para su acción guerrillera, una retaguardia de entrenamiento y apoyo fundamentalmente moral, similar e incluso inferior al que allí encontraban en esa época otros movimientos guerrilleros latinoamericanos más poderosos.

Tomás Borge, ministro del Interior del gobierno sandinista con un tono barroco característico de su oratoria, valora lo que significó la revolución cubana para Nicaragua y América Latina: *"La victoria de la lucha armada en Cuba, más que una alegría, es el descorrer de innumerables cortinas, fagonazo que alumbra más allá de los dogmas ingenuos y aburridos del momento. La Revolución Cubana fue, ciertamente, un escalofrío de terror para las clases dominantes de la América Latina y un violento atropello a las de repente tristes reliquias con las que habíamos iniciado nuestros altares"*¹. Un poco más parco Carlos Fonseca, fundador y líder más respetado del FSLN, afirma que *"con la victoria de la revolución cubana, recobró su fulgor el rebelde espíritu nicaragüense"*².

Durante toda la década de los 60 y hasta bien entrada la segunda mitad de los 70 el FSLN tenía una consistencia inferior y menos posibilidades de triunfar que las guerrillas de Venezuela, Guatemala o El Salvador. Y los revolucionarios cubanos en el poder trataban a los sandinistas de acuerdo a esas posibilidades, es decir, no les prestaban excesiva atención, como lo demuestra el hecho, narrado por el comandante de la revolución Humberto Ortega, de que el fundador del FSLN, Carlos Fonseca, que vivió varios años refugiado en Cuba, murió en 1976, sin haber conocido personalmente a Fidel Castro³.

Cuba fue, durante esta primera etapa, el lugar de entrenamiento de los primeros guerrilleros sandinistas, como lo reconoce Tomás Borge, uno de los fundadores del FSLN junto con Carlos Fonseca y Silvio Mayorga: *"(En 1961) pasamos un curso de morteros. Un profesor checo y dos cubanos nos enseñaron a voltearlo al revés y a dar en el blanco... Los graduados (en el curso) fueron Carlos Fonseca, Silvio Mayorga, Iván Andrés, Modesto Duarte, Bayardo Altamirano, Rodolfo Romero (todos ellos, militantes del FSLN) y yo (Tomás Borge)"*⁴.

Pero Cuba fue sobre todo puerto de acogida y de refugio para los sandinistas después de operaciones armadas exitosas o simplemente mientras se preparaban para combatir la dictadura de los Somoza. A Cuba se dirigió en 1970 el único avión secuestrado por el FSLN en su historia como fuerza guerrillera. En Cuba se refugió el comando sandinista que en diciembre de 1974 mantuvo retenidos en

¹ Tomás Borge, *Carlos, el amanecer ya no es una tentación*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982, p. 22.

² Carlos Fonseca, *Obras, Bajo la bandera del sandinismo*, tomo 1, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, p. 359.

³ Citado en Roger Miranda, William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua*, New Brunswick: Transaction Publishers, 1992, p. 98. El vicepresidente Sergio Ramírez confirma esta versión: *"Carlos Fonseca, mientras vivió en La Habana, nunca logró una entrevista con él (Fidel Castro), y tampoco ninguno de los otros dirigentes. Se conformaban con verlo de lejos, en lo alto de la tribuna, en los actos de la Plaza de la Revolución"*; véase Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos: Una memoria de la revolución sandinista*, México: Aguilar, 1999, p. 171.

⁴ Tomás Borge, *La Paciente Impaciencia*, Managua: Editorial Vanguardia, 1989.

Managua a algunos de los principales personajes del somocismo, en lo que fue el primer gran éxito político-militar del FSLN. Y también en Cuba pasaron largas temporadas algunos de los principales dirigentes sandinistas, como Carlos Fonseca, Humberto Ortega y Tomás Borge.

La figura de Fidel Castro tuvo, sin ninguna duda, una gran influencia sobre los dirigentes del FSLN⁵. Pero fue sobre todo la personalidad y las ideas del Che Guevara las que marcaron más directamente la experiencia guerrillera de los sandinistas. La obra del Che "Guerra de guerrillas" se encontraba ya en las mochilas de los guerrilleros nicaragüenses que fueron emboscados por el ejército hondureño en junio de 1959, tan sólo seis meses después del triunfo de la revolución cubana⁶. Es el mismo Tomás Borge quien muchos años después y tras la derrota electoral sandinista en 1990 reconocerá con su estilo habitual el papel jugado por el Che en la revolución nicaragüense: *"Las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, pero otras tierras del mundo reclaman esfuerzo. El responsable moral de Pancasán, y más atrás de Raití y Bocay y Wankí (hitos de la lucha del FSLN), es usted, Guerrillero; y de lo que venga en los próximos años, de nuestra victoria, algún día, siempre. Así sea. Así fue"*⁷.

No sólo en Cuba se preparan los guerrilleros del FSLN. A mediados de la década de los 60 hay sandinistas combatiendo en las filas de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) de Guatemala, como reconoce el periodista sandinista Carlos Guadamuz: *"En 1966 viajó a Guatemala enviado en misión especial por el Frente (Julio Buitrago, uno de los principales dirigentes de entonces del FSLN). Ahí se entrevistó personalmente con Turcios Lima... Durante su estadía en el seno de las FAR, anduvieron juntos, absorbiendo de boca del propio dirigente guerrillero, las tácticas y formas de organización que ahí se aplicaban. Turcios Lima lo llevó a presencia de Edmundo Pérez Flores, compañero del FSLN que desde hacía algunos meses había llegado con otros más de aquí, en el propio campo de batalla, con balas de verdad y enemigos de verdad. En una solidaridad perfecta. Y de qué clase: FAR-FSLN"*⁸.

Esta solidaridad internacionalista atravesó las fronteras del continente americano y también se manifestó en el apoyo que diferentes militantes sandinistas prestaron y recibieron de alguno de los grupos de la Organización de Liberación Palestina (OLP). En una de estas actividades de colaboración el 6 de septiembre de 1970

⁵ Según Borge " *Fidel fue para nosotros la resurrección de Sandino, la respuesta a nuestras reservas, la justificación de los sueños de las herejías de unas horas atrás*", en Tomás Borge, *Carlos, el amanecer ya no es una tentación*, op. cit., p. 22.

⁶ Carlos Fonseca, *Bajo la bandera del sandinismo*, op. cit., p.395.

⁷ Tomás Borge, *La Paciente Impaciencia*, op. cit., p. 341.

⁸ Carlos Guadamuz, " Y... las casas quedaron llenas de humo", *Nicarahuac*, n° 6, diciembre 1981, p.33.

murió el sandinista Patricio Argüello, abatido a disparos al intentar secuestrar un avión israelí junto con la palestina Leila Khaled, miembro del Frente Popular para Liberación de Palestina (FPLP)⁹. Pocos días después otro militante sandinista, Juan José Quezada, participó junto a un comando del FPLP, en el secuestro de un avión británico. En estos episodios marcados por la sangre es donde se pueden encontrar las raíces de la solidaridad que el FSLN demostró hacia la OLP después del triunfo sandinista.

Desde octubre de 1977 hasta la victoria insurreccional en julio de 1979 el FSLN transforma radicalmente su estrategia hacia el exterior. Sigue apoyándose en las fuerzas de izquierda del área, pero lo verdaderamente novedoso de su planteamiento está en los esfuerzos que realiza para convencer y ganar para la causa sandinista, consiguiéndolo, a corrientes, partidos y personalidades que se sitúan en un espectro político moderado e incluso de derechas, aunque claramente antisomocista.

Humberto Ortega, uno de los estrategas de esta nueva política internacional de ampliación de alianzas, la defiende en los siguientes términos: *"Hubiese sido muy difícil alcanzar el triunfo contando sólo con el desarrollo interno logrado. Una vez que lo logramos, nos dimos cuenta de que había que engarzarlo a la fuerza que había en el exterior. Y para lograrlo había que aplicar una política madura, hábil, dando a conocer los planteamientos programáticos revolucionarios, democráticos, patrióticos de la reconstrucción nacional. Esto fue lo que permitió contar con el apoyo de todas las fuerzas maduras del mundo, de las fuerzas revolucionarias, de las fuerzas progresistas... era importante ganarse el apoyo de todos, no sólo de los sectores de izquierda"*¹⁰.

El viraje en la estrategia exterior sandinista se produce cuando los sandinistas, por medio de la llamada "ofensiva de Octubre" de 1977 (una serie de ataques temerarios contra varios cuarteles de la Guardia Nacional), comienzan a demostrar que tienen capacidad para poner en más dificultades de las previstas a la dictadura somocista. Los ataques, aunque se saldaron con sucesivas derrotas en el terreno puramente militar, tuvieron la virtud de entusiasmar a amplios sectores del pueblo, al comprobarse que el somocismo era vulnerable. De esta manera se cumplía lo previsto por la tendencia "tercerista" del FSLN, de la que había partido la iniciativa de octubre. El "tercerismo" en una plataforma programática dada a conocer en mayo de 1977, sostenía que ya era el momento adecuado para pasar a la ofensiva contra el tambaleante régimen de Somoza, y que en ese empeño había que apoyarse en todos

⁹ Humberto Ortega, *50 años de lucha sandinista*, Managua: Ministerio del Interior, 1980, p.107.

¹⁰ Entrevista a Humberto Ortega, en Marta Hamecker, *Pueblos en armas*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 43-44.

los sectores antisomocistas de la población, lo que suponía buscar en el interior del país el apoyo de una buena parte de la burguesía¹¹.

El instrumento utilizado por el FSLN-tercerista para dar conocer sus posiciones en América Latina especialmente, y también en Europa y EEUU, fue el llamado "Grupo de los Doce", compuesto por personalidades destacadas del mundo intelectual, profesional y empresarial, que se dio a conocer en el mismo momento en que los "terceristas" lanzaron sus ataques¹².

El objetivo central de este grupo organizado por el escritor sandinista, y más tarde vicepresidente del país, Sergio Ramírez, a instancias de los hermanos Ortega¹³ fue primero convencer a gobiernos y políticos latinoamericanos de que para terminar con la dictadura de los Somoza era necesario el aislamiento y la condena internacional; posteriormente pedirían el apoyo para el Frente Sandinista y el reconocimiento del gobierno provisional en el exilio.

Su éxito mayor se produjo en aquellos países latinoamericanos en los que sus planteamientos coincidieron con gobernantes claramente proclives, por razones diversas, a la caída de Somoza, como el socialdemócrata Carlos Andrés Pérez en Venezuela, el general populista Omar Torrijos en Panamá, el conservador Rodrigo Carazo Odio en Costa Rica, y José López Portillo en México. La contribución de los tres primeros a la lucha sandinista fue de gran importancia para el triunfo. Colaboraron con recursos económicos y con armas (Venezuela), y prestaron su territorio para el pase de las mismas (Panamá) y como retaguardia segura (Costa Rica). En el envío de armas pidieron y contaron con la ayuda de Cuba¹⁴. Fue un momento único, en el que gobiernos tan dispares se pusieron de acuerdo en el objetivo de ayudar a los sandinistas a derrocar a Somoza. No se volvería a repetir nunca más una situación similar.

¹¹ FSLN, *Acerca de la plataforma general político-militar de lucha del FSLN para el triunfo de la Revolución Popular Sandinista*, mimeo., Algún lugar de Nicaragua, 1987. Entre 1976 y 1979 existieron tres tendencias enfrentadas dentro del FSLN: la citada "Tercerista", la "Guerra Popular Prolongada (GPP)" y la "Proletaria". Frente a los posicionamientos más audaces e innovadores de la "Tercerista", la GPP defendía el desarrollo de la lucha armada en las montañas entre el campesinado, mientras la "Proletaria" planteaba una acumulación previa de fuerzas políticas entre el proletariado urbano y rural.

¹² El Grupo de los Doce lo integraron Sergio Ramírez (escritor), Emilio Baltodano Pallais (gerente de la fábrica "Café Soluble"), Ricardo Coronel Kautz (ingeniero agrónomo), Fernando Cardenal (jesuita), Miguel D'Escoto (religioso de la orden Maryknoll), Carlos Tunnerman (ex-rector de la Universidad Nacional), Joaquín Cuadra Chamorro (abogado vinculado al grupo financiero BANAMER), Ernesto Castillo (abogado), Arturo Cruz (economista, funcionario del BID en Washington), Casimiro Sotelo (arquitecto), Felipe Mantica (propietario de supermercados, relacionado con el BANAMER) y Carlos Gutiérrez (odontólogo). Los ocho primeros eran sandinistas y desempeñaron después altas responsabilidades en el gobierno sandinista; también lo hizo Arturo Cruz, dirigiendo la contrarrevolución más tarde, y retirándose de la vida política al final de los ochenta; los tres restantes no participaron en ninguna actividad política pública durante la década sandinista.

¹³ Entrevista a Sergio Ramírez, en Pilar Arias, *Nicaragua: Revolución*, México: Siglo XXI Editores, 1980, p. 129.

¹⁴ Robert A. Pastor, *Condemned To Repetition*, Princeton: Princeton University Press, 1987, p. 127.

Carlos Andrés Pérez intentó primero convencer tanto a Somoza para que abandonara el gobierno, como a Carter para que dejara de sostener a Somoza. Más tarde, al fracasar en sus propósitos, pasó a apoyar a los sandinistas. El apoyo financiero, militar y diplomático de Venezuela, uno de los países más fuertes de América Latina, ayudó a desnivelar la balanza en favor del FSLN. Pero no fue desinteresada esta colaboración de Carlos Andrés Pérez. Como se aborda en el capítulo octavo, durante la década de los ochenta intentaría cobrar esta deuda, presionando a los sandinistas.

Muy distinta fue la simpatía del general Omar Torrijos por la causa sandinista. El apoyo de Torrijos al FSLN comenzó en 1975 a través del dirigente sandinista Eduardo Contreras¹⁵, continuó posteriormente con los hermanos Ortega y no concluiría hasta el día de su no esclarecida muerte en accidente de aviación en 1981. Torrijos, junto con Carazo Odio, tomó la iniciativa para involucrar a Cuba en el envío de armas ¹⁶, y Panamá se convirtió en el puente perfecto para hacerlas llegar a los sandinistas en Costa Rica. El nacionalismo frente al imperialismo norteamericano fue el nexo que unió a Torrijos con los sandinistas.

En Costa Rica casi todo el mundo detestaba a la dictadura de los Somoza. Especialmente el gobierno conservador de Carazo Odio, quien otorgó todo tipo de facilidades al FSLN para convertir a Costa Rica en una extraordinaria retaguardia en la guerra contra Somoza. Sólo desde diciembre de 1978 a julio de 1979 entraron en Costa Rica cerca 500 toneladas de armas y municiones con destino a los sandinistas¹⁷.

México, por su parte, jugó un papel determinante en los escenarios diplomáticos en los últimos meses antes del triunfo. Fue uno de los primeros países en romper sus relaciones con la Nicaragua somocista, alentó a otros países latinoamericanos a hacerlo, y quizás su contribución más importante la aportó en la OEA en junio de 1979 al oponerse rotundamente a la propuesta norteamericana de enviar una "fuerza de paz" a Nicaragua para impedir la victoria final sandinista. De acuerdo a Pastor, *"en su intervención Castañeda (ministro del Exterior de México) alabó a los sandinistas por ejercer el sagrado derecho de la rebelión contra la tiranía, como hizo el pueblo mexicano 70 años antes. Y se opuso a cualquier plan de la OEA para negociar con Somoza algún tipo de compromiso que pudiera llevar a un somocismo sin Somoza"*¹⁸.

¹⁵ José de Jesús Martínez, *Mi General Torrijos*, Panamá: Centro de Estudios Torrijista, 1987, p. 167.

¹⁶ Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 127.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 125-126.

¹⁸ *Ibid.*, p. 147.

Nunca antes los gobiernos de EEUU habían cosechado una derrota semejante en la OEA, un organismo al cual habían manejado a su antojo desde su fundación. Quizás ningún otro hecho como este rechazo de la propuesta norteamericana ejemplifica mejor la relativa autonomía que los países latinoamericanos estaban adoptando con respecto a la superpotencia estadounidense.

Los propios sandinistas no habían confiado nunca en la OEA, por considerarla un alfil del ajedrez norteamericano, como en 1965 esta organización había demostrado al avalar la intervención norteamericana en Santo Domingo. Y sólo un año antes de la derrota diplomática de la administración Carter, en agosto de 1978, el FSLN había rechazado la operación mediadora promovida por la OEA y EEUU para convencer a Somoza de que llegara a un acuerdo con la oposición burguesa y abandonara el gobierno. Es lo que los sandinistas llamaban "*un somocismo sin Somoza*"¹⁹. Sin embargo en esta ocasión, en junio de 1979, la decisión de la OEA fue un ejemplo de dignidad y de respeto a la soberanía de un pueblo que estaba liquidando la dictadura más vieja de América Latina.

Los esfuerzos "diplomáticos" del FSLN antes del triunfo no se limitaron al área latinoamericana. Los círculos de poder de EEUU también estuvieron en su punto de mira. Si Sergio Ramírez llevó el peso en los contactos con los presidentes latinoamericanos²⁰, Miguel D'Escoto, buen conocedor de la sociedad norteamericana como periodista al frente de la comunicación del Consejo Mundial de Iglesias en Nueva York, realizó el trabajo de lobbying con los responsables de la política exterior de la administración Carter y con miembros del Congreso, como reconoce Anthony Lake: "*Las actividades de lobbying sobre el problema de Nicaragua las realizaban unos pocos grupos e individuos fervientemente pro o antisomocistas. Los más eficaces entre quienes trabajaban para conseguir unas políticas más duras contra Somoza eran algunos visitantes ocasionales nicaragüenses como Miguel D'Escoto. Éste y otros nicaragüenses que visitaban o escribían a miembros del Congreso y a funcionarios de la administración sobre las violaciones de los derechos humanos por parte del régimen de Somoza generalmente conseguían ser oídos*"²¹.

Robert A. Pastor, director de Asuntos Latinoamericanos y del Caribe en el Consejo de Seguridad Nacional en el gobierno Carter, atestigua escuetamente haber concedido una entrevista a D'Escoto, sin apuntar que de la misma se hubiera derivado ninguna actitud contraria al régimen somocista: "*Una organización de derechos humanos consiguió que Miguel D'Escoto se entrevistara conmigo el 11 de*

¹⁹ Comunicado del FSLN en hoja volante, 30 agosto 1978.

²⁰ Sergio Ramírez, *El alba de oro*, México: Siglo XXI Editores, 1985, 3ª edición, p. 67.

²¹ Anthony Lake, *Somoza Falling: A Case Study of Washington at Work*, op. cit., p. 195.

*Noviembre de 1977. Su mensaje era simple: los sandinistas tenían un vasto apoyo. No eran marxistas ni castristas, aunque en sus filas había elementos radicales. Los nicaragüenses estaban cansados de vivir en la "granja nacional" de Somoza e iban a derrocar su régimen. D'Escoto me dijo también que esperaba que los Estados Unidos tomaran una posición neutral"*²².

Todos estos esfuerzos no tuvieron grandes repercusiones en las decisiones de la administración Carter sobre Nicaragua²³. En el Congreso norteamericano sí se dió algo más importancia a las acusaciones sobre los abusos de los derechos humanos en Nicaragua y algunos congresistas llegaron a hacer suyas las denuncias de la oposición nicaragüense, pero sin mayores consecuencias, porque, como admite Lake abiertamente, los grupos de presión antisomocistas carecían de dos elementos fundamentales para imponerse en el Congreso: dinero y votos²⁴, algo que no le faltaba al lobby somocista.

Más de un año después, en enero de 1979, ya en plena guerra civil y tras el fracaso de las presiones para que Somoza dejara el gobierno, la administración Carter dictó algunas tímidas y tardías sanciones contra la dictadura de Somoza, que, sin embargo, produjeron consecuencias positivas para el triunfo de la revolución.

Siguiendo la estrategia de conseguir en el exterior los apoyos más amplios posibles, el FSLN promovió la creación de comités de solidaridad con la revolución nicaragüense en América Latina, en EEUU y en Europa Occidental. Estos grupos no tuvieron gran relevancia en el triunfo sandinista, pero constituyeron el embrión de la amplia red de solidaridad que después de la victoria de la revolución desempeñará un papel prioritariamente propagandístico en contra de las agresiones de la administración Reagan contra la Nicaragua sandinista.

Mayor trascendencia, sin embargo, tuvo la aproximación del FSLN a la corriente socialdemócrata internacional representada por la Internacional Socialista, por lo que significaba de ruptura con la tradición de movimientos revolucionarios ligados exclusivamente a países de socialismo planificado, y por lo que suponía de nuevo camino y de nuevo modelo de alianzas para otros grupos similares en América Latina. En noviembre de 1978 el FSLN participaba como observador en el congreso que la IS realizó en Vancouver (Canadá), status que no abandonaría durante todos los años en el poder.

²² Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 64.

²³ Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., p.195

²⁴ *Ibid.*, p. 196.

En la diversificada y multilateral estrategia que los sandinistas siguen en el exterior para conseguir apoyo en sus esfuerzos para derrocar a Somoza se pueden vislumbrar ya la mayor parte de las líneas maestras que desarrollarán, una vez llegados al poder.

América Latina es en esos años previos a la victoria insurreccional uno de los centros de mayor atención para el FSLN, como lo demuestran los esfuerzos, viajes y visitas de los integrantes del grupo de los Doce a los gobernantes de los países que años más tarde impulsarán la iniciativa de Contadora: Colombia, Venezuela, Panamá y México. La contribución de estos tres últimos, como señalé anteriormente, fue importante para el triunfo sandinista.

Como país latinoamericano, pero sobre todo como revolución con la que el sandinismo se sentía básicamente identificado, Cuba colabora con los sandinistas a lo largo de los 60 y 70, pero, como se ha señalado anteriormente, lo hace de manera destacada sólo en los últimos meses, cuando comienza a atisbarse la victoria sobre la dictadura de los Somoza²⁵. Esa colaboración se profundizará con los sandinistas en el gobierno.

El apoyo y la cooperación entre los distintos movimientos revolucionarios centroamericanos -uno de los pretextos que esgrimen las administraciones norteamericanas durante los años 80 para intervenir en la zona- no fueron especialmente altos en las dos décadas anteriores. No puede hablarse de colaboración estable en ningún caso, y mucho menos de que las guerrillas tuvieran un planteamiento estratégico para toda Centroamérica²⁶. Además de las puntuales relaciones entre FSLN y FAR en los años 60, sólo se encuentra la presencia de un pequeño grupo de guerrilleros salvadoreños en el Frente Sur en los últimos meses antes del triunfo.

En este Frente Sur situado en la zona fronteriza entre Costa Rica y Nicaragua se dieron cita también voluntarios de distintos países de América Latina y de Europa: una "brigada" de panameños, otra de troskistas latinoamericanos y europeos, y una tercera de jóvenes latinoamericanos que habían recibido instrucción militar en Cuba²⁷. La presencia de estos voluntarios significaba el comienzo de la gran

²⁵ De acuerdo a Castañeda también Cuba jugó un papel destacado al presionar con éxito al movimiento revolucionario argentino Montoneros para que éstos donaran un millón de dólares al FSLN en los meses anteriores a la insurrección final. Véase Jorge G. Castañeda, *Utopia Unarmed: The Latin America Left after the Cold War*, New York: Alfred A. Knopf, 1993, pp. 13-14.

²⁶ *Entrevista propia* con Facundo Guardado (comandante del FMLN en los años 80 y secretario general del partido del mismo nombre en la segunda mitad de los 90), San Salvador, 20 agosto 1992.

²⁷ Este último dato está recogido de varias conversaciones propias en 1983 con "Antonio Solórzano", militante del Partido Comunista de Uruguay y miembro del último grupo citado. El término brigada no tenía la acepción militar convencional; equivalía simplemente a una pequeña agrupación de combatientes.

atracción que la revolución sandinista iba a ejercer en los años siguientes sobre jóvenes progresistas de todo el mundo, dando lugar al desarrollo de un gran movimiento de solidaridad popular.

El trabajo de lobbying de D'Escoto en Washington, las arduas y prolongadas negociaciones de Sergio Ramírez con el enviado especial estadounidense William Bowdler para discutir las condiciones de la salida de Somoza del poder en los últimos días antes del triunfo y el activismo de los grupos solidarios con la causa sandinista en San Francisco, Los Angeles o Boston prefiguran lo que constituirá una de las mayores preocupaciones del sandinismo en el poder: cómo mantener unas relaciones correctas y al mismo tiempo dignas e impregnadas de respeto mutuo entre la Nicaragua revolucionaria y la gran potencia del Norte, a cuyos gobiernos se les tilda de "*enemigos de la humanidad*", pero con quienes se quiere discutir y negociar una y otra vez, mientras de forma paralela se busca el apoyo de los sectores progresistas del pueblo norteamericano.

La especial aproximación del FSLN a la Internacional Socialista es un signo de la pluralidad con la que los sandinistas se plantean sus relaciones internacionales; muestra su talante pragmático, en la medida que esperan que la vinculación a la IS les sirva de una cierta protección frente al previsible acoso de Estados Unidos, y al mismo tiempo equilibre las estrechas relaciones que mantienen con la Cuba de Castro, y las que se sienten legitimados a establecer con el resto de países socialistas. Y más allá de sus intenciones, la presencia sandinista en las reuniones de la Internacional Socialista dará inicio a la redefinición de un nuevo marco de relaciones entre esa organización y los movimientos radicales de izquierda en América Latina. Once años después del triunfo sandinista, esta tendencia se reforzará, al desaparecer el socialismo soviético, punto de referencia ineludible para la izquierda latinoamericana desde 1917.

Paradójicamente la carencia de relaciones con la URSS antes de su victoria militar fue la única laguna en las conexiones internacionales que el FSLN mimará una vez en el poder. Pese a las denuncias de la derecha republicana en Estados Unidos, los sandinistas no tuvieron ni apoyo ni tan siquiera acceso al gobierno de la URSS durante toda su existencia como organización político-militar opositora. Los primeros contactos formales se produjeron, cuando los sandinistas se hallaban ya en el gobierno.

III.2. Estrategia y objetivos de la política exterior sandinista en el gobierno

La estrategia de política exterior que el FSLN desarrolló durante los casi once años de gobierno estuvo centrada en garantizar la supervivencia de la revolución.

Desde el primer momento la mayor parte de sus acciones, en política interior y exterior, estuvieron marcadas por ese objetivo.

En el programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional dado a conocer en vísperas de la victoria se trazaba una orientación general de la política exterior con un contenido moderado y alejado de planteamientos revolucionarios: *"Se seguirá una política exterior independiente y de no alineamiento que relacione a nuestro país con todas las naciones respetuosas de la autodeterminación y de las relaciones económicas justas y mutuamente beneficiosas. De acuerdo con estos principios se mantendrán relaciones diplomáticas y comerciales con aquellos países del mundo que respeten el proceso revolucionario interno de Nicaragua. Se perseguirá, asimismo, la apertura de nuevos mercados y la solidaridad con los países democráticos de América Latina y del resto del mundo"*²⁸.

Pocas semanas después del triunfo, en septiembre de 1979, el FSLN explicitaba tanto el objetivo fundamental como algunas líneas concretas de su actuación en política exterior. En esta exposición realizada en una reunión interna de los principales dirigentes del FSLN, aunque se expresaban algunos puntos radicales como el antiimperialismo y el apoyo a las luchas antidictatoriales en América Latina el objetivo central era el reforzamiento de la revolución: *"La meta de la política exterior del FSLN -señalaba la declaración sandinista- es consolidar la revolución nicaragüense, porque esto ayudará a reforzar la revolución en Centroamérica, en América Latina y en el mundo... Las líneas centrales de esta política son las siguientes:... d) desarrollar relaciones políticas y diplomáticas que refuercen nuestra consolidación militar y la independencia económica; e) trazar y perseguir una política internacional nacionalista, antiimperialista y democrática en el continente y en la región del Caribe en particular; f) apoyar las luchas de las naciones de América Latina contra las dictaduras fascistas y en pro de la democracia y de la liberación nacional; g) aplicar los mismos principios en Centroamérica, que tiene una gran importancia estratégica en la actualidad. Debemos subrayar la necesidad de contrarrestar la política agresiva de las dictaduras militares en Guatemala y en El Salvador, aprovechando las fricciones internas en esos países, al mismo tiempo que hacemos énfasis en nuestras diferencias con Honduras y en la conducta amistosa de Costa Rica y Panamá..."*²⁹.

En la primera intervención de Daniel Ortega como jefe de estado ante las Naciones Unidas el dirigente sandinista dejaba clara la voluntad de moderación de la revolución nicaragüense, al plantearse una apertura al mundo sin distinción de

²⁸ JGRN, "Programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional", reproducido en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, Santiago de Chile: Naciones Unidas, 1981, p. 108.

²⁹ FSLN, "'Seventy-two Hours' Document", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (ed.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, p. 224.

ideologías: *"Hemos definido -proclamaba Ortega- una política encaminada a normalizar nuestras relaciones con todos los gobiernos del mundo, en un marco de igualdad y de respeto mutuo"*³⁰.

El establecimiento de relaciones diplomáticas y políticas a lo largo y ancho del mundo con todo tipo de gobiernos y de corrientes políticas, la diversificación de relaciones económicas, el apoyo que ofrecieron y regatearon a las luchas de liberación en el área centroamericana, pero sobre todo la solidaridad que solicitaron en los principales foros internacionales, todo ello tenía la misma meta: que la Revolución no fuera aniquilada. Cuando en febrero de 1990, el FSLN sufrió una clara derrota electoral, también la revolución salió gravemente maltrecha de dicha derrota. Y cabría entonces preguntarse hasta qué punto ese fracaso electoral no significaba que igualmente había fallado la estrategia seguida por los sandinistas en su política exterior. A responder esta pregunta dedicaré una buena parte de mis esfuerzos en este trabajo.

La defensa militar contra cualquier intervención extranjera, la multiplicación de relaciones internacionales, y la diversificación de la dependencia económica de Nicaragua fueron los tres pilares fundamentales sobre los que el gobierno sandinista diseñó su estrategia en política exterior.

Sobrevivir, alcanzar que la revolución no cayera derrotada por el "imperialismo yanqui" fue la obsesión del FSLN desde antes incluso del triunfo, el objetivo central que determinó todo el resto de sus aspiraciones³¹.

Conseguir que la revolución se mantuviera en el poder implicaba, para los sandinistas, en primer lugar defenderse militarmente de la intervención que el "imperialismo yanqui" terminaría lanzando contra el proceso revolucionario para destruirlo³².

La certeza de los sandinistas se basaba en su constatación del comportamiento intervencionista de Estados Unidos en el Caribe y Centroamérica, y especialmente en Nicaragua desde mediados del siglo XIX. Los temores sandinistas se basaban también en su consideración de los gobiernos norteamericanos como un todo

³⁰ Daniel Ortega, "El triunfo sandinista, ejemplo y alegría para los pueblos", discurso en la XXXIV Asamblea General de la ONU, (28 septiembre 1979), *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, p. 30.

³¹ FSLN, "Comunicado de unificación (9 diciembre 1978)", *Análisis de la coyuntura política actual*, editado por la representación del FSLN en Europa, febrero de 1979, pp.38-39.

³² Un documento interno del Ministerio del Exterior (MINEX) sostiene lo siguiente: "...*estos factores, unidos a una historia en la cual los Estados Unidos usaron la agresión e intervención como un instrumento de su política exterior, sugerían que el imperialismo no quedaría de brazos cruzados ante nuestra realidad como Revolución. Por lo anterior, una primera tarea asignada a la política exterior sería la consecución de los medios para garantizar la defensa militar del joven proceso*", (MINEX, *Diez años de política exterior*, Managua, mimeo., agosto 1988, p. 3.).

monolítico, que, más allá de la administración demócrata o republicana de turno, pretendían no perder la hegemonía política, económica y militar que habían mantenido en la región centroamericana desde principios del siglo XX.

El énfasis y la priorización de la defensa militar de la revolución, consecuencia de un fatalismo justificado por la historia nicaragüense, se convertiría, por sus costos sociales, políticos y económicos, en una grave hipoteca para la propia experiencia revolucionaria y en un obstáculo que dificultaría la creación de relaciones de no confrontación entre la nueva Nicaragua y los gobiernos de Estados Unidos.

Los sandinistas desde el mismo momento del triunfo en 1979 comenzaron a prepararse militarmente ante la eventualidad de una invasión norteamericana. Era su manera de interpretar y seguir el pensamiento que A.C. Sandino expresó en 1929 en una carta dirigida al contralmirante norteamericano Sellers: " *la soberanía de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano*"³³. Era, como apunté anteriormente, su respuesta a las actitudes y actividades intervencionistas de Washington. Era la lógica reacción de una fuerza nacionalista, como el FSLN, ante la larga secuencia de agresiones norteamericanas en la historia de América Latina en los últimos ciento cincuenta años.

Dentro de Nicaragua estas políticas del FSLN se tradujeron en la rápida formación de un ejército popular basado en las columnas guerrilleras que habían logrado derrocar a Somoza. A lo largo de los años 80 este ejército, además de ampliarse, fue adaptando su estrategia y su composición a las necesidades que le imponía la defensa de la revolución frente a la amenaza de intervención de Estados Unidos y a la guerra desatada por las fuerzas contrarrevolucionarias. Y así de una defensa estructurada durante los tres primeros años de revolución a partir de batallones de milicias voluntarias pero poco eficaces, se pasó a un ejército regular conformado en base a un reclutamiento obligatorio de jóvenes. Esta modalidad si bien se mostró efectiva desde un punto de vista estrictamente militar, llegó a convertirse en uno de los flancos políticos más débiles de la revolución e influyó negativa y decisivamente en la derrota de 1990.

Para conformar el nuevo ejército el gobierno revolucionario en un primer momento manifestó su voluntad de conseguir equipamiento militar en Occidente con la esperanza de evitar así la acusación de alianza con el bloque socialista³⁴. Pero apenas obtuvo una respuesta positiva. El Congreso de Estados Unidos -todavía en la época de Carter- votó mayoritariamente a favor de eliminar una pequeña cantidad en

³³ Sergio Ramírez (ed.), *El pensamiento vivo de Sandino*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1981, p. 247.

³⁴ Richard Meislin, "Nicaraguan Says Red Bloc Won't Be Asked for Arms", *The New York Times*, 13 agosto 1979, p. A3; véase también la declaración de Daniel Ortega ("...tratamos de obtener armas de Estados Unidos, pero nuestros esfuerzos fueron totalmente bloqueados") en *Playboy*, septiembre 1983, p. 196.

ayuda militar³⁵. En 1982 Francia, con Mitterrand ya en el poder, suministró una pequeña partida de armas a Nicaragua, lo cual, no obstante, provocó las iras de Washington³⁶. Y en 1984 el gobierno de Grecia de Andreas Papandreu donó diez mil fusiles G-3 al régimen sandinista³⁷. Ahí terminó la cooperación militar de Occidente con la Nicaragua revolucionaria.

A pesar de sus declaraciones, el gobierno sandinista no estaba lógicamente interesado en establecer relaciones militares con Estados Unidos -de quien se temía ya entonces lo peor-, pero por la razón antes citada tampoco podía rechazarlas públicamente y declarar su preferencia por establecerlas con los países del área socialista³⁸. La negativa del Congreso norteamericano a conceder a Nicaragua ayuda militar proporcionó a los sandinistas la justificación perfecta para acudir al bloque soviético en busca de armamento. Cuba, Corea del Norte, Alemania Oriental, pero sobre todo la URSS, se convirtieron enseguida en las principales fuentes suministradoras de las armas, con las que el ejército nicaragüense hizo frente a las fuerzas militares de la contrarrevolución, apertrechadas a su vez por Washington. De esta manera el gobierno sandinista disponía de los recursos militares necesarios para proteger a la revolución, pero contribuía a hacer buena la profecía de Washington: Nicaragua pasaba a depender fundamentalmente de la ayuda militar soviética. Esta dependencia que, como señalaré más adelante, llegaría a tener un peso importante en algunas decisiones claves del gobierno sandinista sobre política interior, daba fuerza a las acusaciones norteamericanas, que calificaban al gobierno sandinista como un satélite soviético.

Sería unilateral, sin embargo, sostener, que los sandinistas se limitaron a consolidar su revolución simplemente mediante la creación de un ejército fuerte y el aumento de su potencial bélico.

La estrategia sandinista pasaba también por otros objetivos, en cuya consecución la diplomacia revolucionaria invirtió muchos esfuerzos. El FSLN en el gobierno

³⁵ Cynthia J. Arnson, *Crossroads: Congress, the President, and Central America, 1976-1993*, Pennsylvania: The Pennsylvania Press University Press, 1993, p. 46

³⁶ Robert A. Pastor, miembro del Consejo de Seguridad Nacional con Carter, manifiesta que el gobierno sandinista nunca solicitó formalmente ayuda militar al gobierno Carter, y que tampoco rechazó ni utilizó la ayuda en entrenamiento militar que el gobierno norteamericano estuvo dispuesto a facilitarle: véase Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 205.

³⁷ Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 160; y FSLN, Departamento de Relaciones Internacionales (DRI), *La Internacional Socialista*, documento interno, mimeo., Managua, s.f., p.14.

³⁸ Siempre de acuerdo a Pastor, Venezuela ofreció en agosto de 1979 ayuda militar al gobierno revolucionario por medio de su ministro de Exteriores José Zambrano y del general Jose Antonio Olavarría, vicedirector del Consejo de Seguridad Nacional de Venezuela, pero Humberto Ortega, entonces jefe del Estado Mayor del ejército sandinista, rechazó la ayuda, manifestando que habían recibido ya suficiente armamento de Cuba: véase Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 206

pretendió que Nicaragua tuviera un alto perfil en sus relaciones internacionales, un perfil que nunca antes había poseído.

En parte para romper la imagen de una Nicaragua aliada a la URSS, en parte para salir del aislamiento internacional de la época de Somoza, y sobre todo como vía para romper el cerco de EEUU en torno a la revolución, el gobierno sandinista se esforzó en multiplicar sus relaciones internacionales a lo ancho del mundo³⁹.

Partiendo del principio de conservar todas las relaciones del gobierno de Somoza -con la excepción de la ruptura con Israel a raíz de la invasión del Líbano en 1982- la Nicaragua revolucionaria priorizó sus lazos con los países de América Latina, intentó no romper con Estados Unidos pese a los graves enfrentamientos de la década de los 80, estrechó vínculos con los países de Europa Occidental, especialmente con aquellos gobernados por partidos socialdemócratas, y abrió dos nuevas áreas de relaciones: la del mundo socialista, y la de los países del Movimiento de No Alineados.

La voluntad del gobierno revolucionario de convertir las relaciones internacionales en uno de los principales puntos de apoyo a la revolución, se concretó asimismo en la presencia y utilización de todos los foros internacionales posibles (ONU, OEA, Corte Internacional de Justicia...), en los que los sandinistas defendieron la autodeterminación de su país y el derecho a existir de la revolución nicaragüense.

La multiplicación de las relaciones diplomáticas tuvo su correspondencia en los intentos del gobierno revolucionario por diversificar sus lazos económicos en el exterior. A finales de los años 70 Nicaragua no dependía de un único mercado - el norteamericano-, como había sido el caso de Cuba en el momento del triunfo de su revolución en 1959. La Nicaragua de Somoza ya había comenzado a ampliar sus vínculos económicos, y éstos en 1977 se extendían a Europa, América Latina y Asia, aunque los más importantes eran aún los que mantenía con Estados Unidos⁴⁰.

El FSLN en el gobierno reforzaría la política de diversificación de las relaciones comerciales de Nicaragua⁴¹. En esto los sandinistas continuaban la línea general seguida por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos: abrir nuevos mercados y

³⁹ Véase Alejandro Bendaña, "The Foreign Policy of the Nicaraguan Revolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua in Revolution*, New York: Praeger Publishers, 1982, p. 322.

⁴⁰ Michael E. Conroy, "Pautas del cambiante comercio exterior de la Nicaragua revolucionaria", en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 215-218.

⁴¹ Dirección de Divulgación y Prensa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, *Principios y políticas del Gobierno de Nicaragua*, Managua, 1982, p.9; y Ministerio de Planificación, *Plan de reactivación económica en beneficio del pueblo*, Managua, 1980, pp. 55-66.

no limitarse a las relaciones económicas con Estados Unidos, por más que éstas siguieran siendo las principales.

La diversificación económica y comercial significaba además la posibilidad de defenderse frente al embargo con que el gobierno norteamericano amenazaba a la Nicaragua revolucionaria y que terminó imponiendo en 1985. Este embargo y las presiones de Washington limitaron sobremanera el éxito de la estrategia de diversificación y las políticas económicas del gobierno sandinista. Nicaragua terminó dependiendo de la Unión Soviética en cuanto al suministro de algunos recursos fundamentales, como el petróleo. Y en última instancia la crisis económica interna y la falta de ayuda exterior contribuyeron a acelerar la caída del sandinismo.

Con frecuencia aparecen citados en los discursos de los principales dirigentes sandinistas como objetivos importantes de política exterior el apoyo y la solidaridad con las luchas de liberación nacional en el mundo, la condena del "*imperialismo, del colonialismo, del neocolonialismo y del racismo*", y la lucha por la paz⁴².

Sin minimizar la importancia, ni mucho menos la seriedad y la sinceridad de estos posicionamientos de los gobernantes sandinistas (ahí está el apoyo directo al FMLN en el primer año de revolución), conviene también relativizar el énfasis que dieron a tales metas. En bastantes casos la defensa de estos principios fue un ejercicio retórico con el que los sandinistas pretendían mostrar su identidad y sus convicciones revolucionarias ante el mundo.

No obstante no se puede negar el atrevimiento del gobierno revolucionario al actuar de esta manera, en la medida que dichas intervenciones inexorablemente ahondaban el abismo entre Nicaragua y los gobiernos de Estados Unidos, alimentando las llamas de la confrontación entre los dos países. Se puede discutir si una administración más prudente de tales recursos retóricos -además de estar más en consonancia con la realidad de una Nicaragua pequeña y rodeada de gobiernos opuestos al proceso revolucionario nicaragüense- hubiera sido más positiva para la revolución, pero lo indiscutible hoy es que esa táctica, si bien proporcionaba un

⁴² Daniel Ortega, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de países No Alineados, (6 septiembre 1979), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 20-22; "El triunfo sandinista, ejemplo y alegría para los pueblos", discurso en la XXXIV Asamblea General de la ONU, (28 septiembre 1979), *Ibid.*, p. 31; "Propuestas para la paz en Centroamérica", discurso en la XXXVI Asamblea general de la ONU, (7 octubre 1981), *Ibid.*, pp. 34-35; "Endeudamiento de los países pobres", discurso en la V Reunión Ministerial Extraordinaria del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados, (12 enero 1983), *Ibid.*, p. 78; "La intervención militar de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en la VII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (9 marzo 1983), *Ibid.*, pp. 88-90; "Centroamérica: tema urgente en las Naciones Unidas", discurso en la XXXVIII Asamblea General de la ONU", (27 Unión septiembre 1983), *Ibid.*, pp. 98-101; "¿Están a favor o en contra de la paz", discurso en la XXXIX Asamblea General de la ONU, (1 octubre 1984), *Ibid.*, pp. 118-120; "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (4 septiembre 1986), *Ibid.*, pp. 148-151; "Preservar y defender la vida, la paz, la seguridad de la humanidad entera", discurso en la 77ª Conferencia de la Unión Interparlamentaria, (27 abril 1987), *Ibid.*, p. 172.

prestigio antiimperialista a Nicaragua sobre todo en el Tercer Mundo, no allanaba las diferencias con las administraciones norteamericanas, y superar esas contradicciones paradójicamente era uno de los principales objetivos sandinistas, como una y otra vez apuntaban los mismos gobernantes sandinista⁴³.

Indagar en las razones de ese aparente obstinamiento sandinista en manifestar, en todas las ocasiones posibles, su condena a las actuaciones de los gobiernos norteamericanos a pesar de las consecuencias negativas de tal actitud y de que los sandinistas eran conscientes de esto, me lleva a exponer lo que fueron las bases ideológicas sobre las que el FSLN en el gobierno asentó su política exterior.

III.3. Fundamentos de la política exterior sandinista: nacionalismo, antiimperialismo, latinoamericanismo y marxismo

En la Constitución aprobada en 1987 se recoge que *"Nicaragua fundamenta sus relaciones internacionales en el principio de no alineamiento, en la búsqueda de la paz y en el respeto a la soberanía de todas las naciones; por esto, se opone a cualquier forma de discriminación, es anticolonialista, antiimperialista, antirracista y rechaza toda subordinación de un Estado a otro Estado"*⁴⁴.

Se encuentran aquí expresados con claridad dos ejes sobre los que giraron las estrategias de la política exterior sandinista. El no alineamiento es un principio reiterado en el discurso sandinista sobre su política exterior⁴⁵. Por convencimiento propio y por la ubicación geopolítica de Nicaragua, el FSLN tenía claro que Nicaragua no podía ni debía formar parte de ningún bloque, por más que ideológicamente sus preferencias se inclinaran hacia el mundo socialista, y que la potencia rectora del bloque antagónico se hubiera propuesto la destrucción de la revolución nicaragüense. Pese a esto, Nicaragua optaba por mantener una posición internacional no alineada, a la que, como veremos más adelante, no le faltaron debilidades e insuficiencias.

⁴³ Daniel Ortega, "Denuncia ante el Consejo de Seguridad, de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, (25 marzo 1982), *Combatiendo por la paz*, op. cit. p.49; "Unidad de los trabajadores de América y el mundo", discurso en la clausura del Consejo General Extraordinario de la Conferencia Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina, Managua, (11 noviembre 1982), *Ibid.*, p. 73; "Apelación por la paz ante las Naciones Unidas", discurso en la XLII Asamblea General de la ONU, (8 Octubre 1987), *Ibid.*, p.179.

⁴⁴ Asamblea Nacional de Nicaragua, "Constitución de Nicaragua", *La Gaceta, Diario Oficial*, 9 enero 1987, p. 35.

⁴⁵ Daniel Ortega, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (6 septiembre 1979), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 19; "Endeudamiento de los países pobres", discurso en la V Reunión Ministerial Extraordinaria del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados sobre América Latina y el Caribe. Managua, (12 enero 1983), *Ibid.*, p. 86. "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, Harare, (4 septiembre 1986), *Ibid.*, p. 148.

El antiimperialismo es, sin embargo, el principio que marca de una forma determinante el comportamiento del FSLN en política exterior durante la década de los 80: constituye el sustrato ideológico en el que se fundamentan muchas de las actitudes del FSLN al abordar las relaciones entre Nicaragua y Estados Unidos; y nutre sus raíces en la práctica y en el pensamiento de Augusto (*Calderón/César*) Sandino⁴⁶, el general liberal que a la cabeza de un pequeño ejército de campesinos se enfrentó, entre 1928 y 1933, a las tropas estadounidenses hasta conseguir su salida de Nicaragua en un contexto internacional propicio para que Estados Unidos tomara esta decisión⁴⁷.

A. C. Sandino no desarrolló un acabado pensamiento antiimperialista⁴⁸. Fue un hombre de acción, que luchó con las armas contra las tropas invasoras estadounidenses, y que en el fragor de los combates y como respuesta a la presencia militar de los marines permitida por la oligarquía conservadora y por algunos sectores de la burguesía liberal, expresó su indignación contra la agresión de Estados Unidos, planteando una política nacionalista y antinorteamericana.

Sandino califica a las fuerzas estadounidenses de "*invasores cobardes*"⁴⁹, "*piratas*"⁵⁰, "*bucaneros*"⁵¹, "*bandoleros*"⁵², "*bandidos*"⁵³, "*gleba de morfinómanos*"⁵⁴, "*asesinos de pueblos débiles*"⁵⁵, "*bestias rubias*"⁵⁶; considera "*al imperialismo yankee como el más brutal enemigo*"⁵⁷ de América Latina y de Nicaragua, país al

⁴⁶ Sandino era hijo natural de Gregorio Sandino y de Margarita Calderón. Sandino firmaba sus escritos como A. C. Sandino; con el paso del tiempo la C de Calderón se convirtió en *César*, como se le ha conocido posteriormente: Augusto César Sandino. Véanse Instituto de Estudio del Sandinismo, *El Sandinismo: documentos básicos*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983, p. 29, y *Ahora sé que Sandino manda*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1986, p. 29; y Neil Macaulay, *The Sandino Affair*, Chicago: Quadrangle Books, 1971, p. 49.

⁴⁷ Véase Brice Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, New York: Norton & Company, 1967, p. 45.

⁴⁸ "*El pensamiento político de Sandino -afirma S. Ramírez- no es el resultado de una preparación intelectual, porque un artesano que dejó sus herramientas para pasar directamente al combate, difícilmente pudo tener una formación semejante...*", en Sergio Ramírez, *Las armas del futuro* (selección de discursos), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987, p. 37. Sobre la formación del pensamiento político de Sandino véase la obra del historiador sandinista Alejandro Bendaña, *La mística de Sandino*, Managua: Centro de Estudios Internacionales, 1994; véanse asimismo los cuatro primeros capítulos del meticuloso ensayo de Donald C. Hodges, *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*, Austin: University of Texas Press, 1986, pp. 3-158

⁴⁹ A. C. Sandino, en Sergio Ramírez (ed.), *El pensamiento vivo de Sandino*, op. cit., p.145.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 163, 164, 226, 227, 266, 268, 317, 335, 351 y 353.

⁵¹ *Ibid.*, p. 240.

⁵² *Ibid.*, p.350.

⁵³ *Ibid.*, pp. 262, y 146.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 146.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 145,163 y 168.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 225, 227, y 229.

⁵⁷ *Ibid.*, p.231.

que pretende colonizar "*para construir un canal interoceánico*"⁵⁸ a través de su territorio, rechaza la intromisión norteamericana en Nicaragua y exige una y otra vez el retiro de las tropas invasoras⁵⁹.

Para Sandino es una obligación sagrada el defender la soberanía de Nicaragua "*puesta en peligro por el imperio yankee*"⁶⁰, pese a que reconoce la insignificancia y exigüidad de su ejército de campesinos frente a las inmensas fuerzas estadounidenses, a las que se enfrenta desoyendo los consejos del general Moncada, el principal líder del Partido Liberal, quien sí cede y pacta con Estados Unidos⁶¹.

En la conformación del pensamiento antiimperialista de Sandino ocupa un lugar relevante el orgullo nacional herido y el desprestigio del país no sólo a causa de la presencia de las tropas norteamericanas en el territorio nacional con el visto bueno de una gran parte de los políticos nicaragüenses, sino también por acuerdos como el llamado tratado Chamorro-Bryan (1914), por el que el gobierno de Nicaragua concedía a Estados Unidos a perpetuidad el derecho exclusivo de construir un canal entre el Atlántico y el Pacífico por el sur del territorio nicaragüense⁶².

"*Desde 1909... los banqueros de Wall Street introdujeron la cizaña del dólar en Nicaragua*"⁶³: así, con un lenguaje directo aprehendido en los círculos masónicos y libertarios obreros de México en su juventud, ataca Sandino en alguna ocasión la presencia del capital norteamericano en América Latina y en Nicaragua; sólo en un momento se refiere al imperialismo como la última etapa del capitalismo norteamericano⁶⁴, parafraseando a Lenin, algo que sólo se explica por la influencia que en la redacción de algunos de los escritos de Sandino tuvo durante un corto tiempo el revolucionario y comunista salvadoreño Farabundo Martí.

La visión de Sandino sobre el imperialismo se centra en el hecho de la ocupación militar de Nicaragua por los marines norteamericanos y en su voluntad decidida de expulsarlos del territorio nicaragüense. Por eso, cuando los marines abandonan Nicaragua el 2 de enero de 1933, A. C. Sandino considera cumplida en lo

⁵⁸ *Ibid.*, p.329.

⁵⁹ *Ibid.*, pp.193-4, 215, 254 y 258.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 97

⁶¹ "*Moncada -asegura Sandino en el manifiesto en que da a conocer su disposición a combatir a las fuerzas norteamericanas de ocupación- con su palabra fácil procuró convencerme de una vez, respecto a la claudicación, diciéndome que sería una locura pelear con los Estados Unidos de Norteamérica, porque es aquella una nación poderosa que tiene ciento veinte millones de habitantes; que yo no podría hacer nada con trescientos hombres que tenía a mi mando*", *Ibid.*, p.123.

⁶² *Ibid.*, p. 330.

⁶³ *Ibid.*, p. 267.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 276.

fundamental su misión y se retira con un pequeño grupo de hombres armados a impulsar una red de cooperativas agrícolas en el norte del país. Pese a la existencia de la Guardia Nacional, ejército creado por los Estados Unidos, y a los constantes enfrentamientos entre sus soldados y la Guardia, Sandino no considera correcto el recomenzar una nueva guerra civil⁶⁵.

Sin duda el aspecto más discutible del pensamiento de Sandino acerca del imperialismo es la identificación frecuente que de forma consciente realiza entre éste y el pueblo norteamericano, a quien señala como cómplice de las acciones imperialistas de los gobiernos norteamericanos en América. *"También en Nicaragua -son palabras de Sandino- creíamos en la famosa democracia del pueblo yankee, como todavía hay quien cree, y que los abusos que cometían los gobiernos de la Casa Blanca no eran vistos con agrado por el pueblo norteamericano, pero más tarde nos convencimos de lo contrario... Aunque mi declaración anterior, atribuyéndole al pueblo norteamericano la misma actitud imperialista que a sus dirigentes, provocaron (sic) explicaciones en oposición a lo que sostengo, estoy plenamente convencido de que el pueblo norteamericano apoya y apoyará siempre la política expansionista de sus inmorales gobiernos"*⁶⁶.

Al mantener esta posición, en ocasiones matizada, Sandino no fue justo con la postura antiintervencionista de algunos sectores de la sociedad norteamericana que se manifestaron en contra de la presencia de los marines en Nicaragua. Grupos radicales, como la Sociedad Antiimperialista de las Américas, organizaron conferencias y manifestaciones exigiendo el retiro de los marines de Nicaragua; 107 miembros de dicha organización fueron detenidos en una de sus protestas frente a la Casa Blanca. Asociaciones religiosas, como un grupo de cuáqueros que llegó a Nicaragua para entrevistarse con Sandino y medios de comunicación como el New York Times, el Post Dispatch y las revistas Literary Digest, New Republic y The Nation atacaron las posiciones del gobierno sobre Nicaragua. The Nation publicó uno de los mejores reportajes sobre la guerra en Nicaragua escrito por su corresponsal Carleton Beals⁶⁷. Incluso en el propio Congreso hubo una fuerte oposición a la intervención en Nicaragua, destacando el senador por Nebraska George W. Norris, el presidente del Congreso William L. Green, y sobre todo el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado William E. Borah. El 16 de junio de 1932 los congresistas opuestos a la presencia de fuerzas norteamericanas en Nicaragua consiguieron la aprobación de una enmienda en que se prohibía la

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 528-529.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 346-347

⁶⁷ El reportaje, publicado en *The Nation* en febrero, marzo y abril de 1928, y posteriormente como libro (Carleton Beals, *Banana Gold*, Filadelfia: Lipincott, 1932) tuvo una gran resonancia en Estados Unidos, por el tono respetuoso con que trataba a la figura de Sandino y porque era la primera entrevista que Sandino concedía a un periodista norteamericano.

asignación de fondos para el envío de marines al país centroamericano. Siete meses después los marines abandonaban Nicaragua⁶⁸.

El FSLN no repetirá el error de Sandino y tendrá un cuidado consciente y exquisito en diferenciar las actividades intervencionistas de los gobiernos estadounidenses y las posiciones del pueblo norteamericano. Los sandinistas del FSLN intentarán por todos los medios llevar su mensaje a amplios sectores de la población norteamericana, para buscar en ellos un aliado frente a las políticas de sus propios gobernantes. Y aunque en el himno del FSLN se ensalce la lucha en contra del "*yanqui, enemigo de la humanidad*", en ningún momento hay una identificación entre imperialismo y pueblo norteamericano⁶⁹.

A pesar de estas matizaciones los dirigentes del FSLN son, sin embargo, herederos de las concepciones de Sandino sobre el imperialismo norteamericano, concepciones que se enraízan en la propia experiencia histórica nicaragüense y en la tradición latinoamericanista enfrentada al expansionismo norteamericano, concepciones que en el caso del FSLN se sustentan asimismo en el pensamiento de la izquierda de América Latina que veía en EEUU el paradigma del imperialismo.

Esta visión sandinista sobre el imperialismo norteamericano tendrá unas consecuencias importantes sobre las relaciones de la Nicaragua revolucionaria con Estados Unidos y, a la postre, sobre las relaciones internacionales de la revolución.

Para los principales dirigentes sandinistas la lucha contra el imperialismo norteamericano no obedece a orientaciones del exterior, sino que forma parte de la historia misma de la Nicaragua independiente⁷⁰. Ya desde mediados del siglo XIX los nicaragüenses tuvieron que combatir para defender la soberanía de su país, amenazada por el ejército de aventureros del estadounidense William Walker, al que lograron derrotar en 1857 con la ayuda de tropas centroamericanas, después que

⁶⁸ Lejeune Cummis, *Don Quijote en burro. Sandino y los marines, estudio para la formulación de una política de relaciones exteriores*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983, pp. 122-144.

⁶⁹ Daniel Ortega quiso en algún momento explicar públicamente el significado de esa frase (origen de constantes incidentes protocolarios), y de expresiones similares coreadas en las manifestaciones populares: "*Cuando decimos 'aquí, allá, el yanqui morirá' nos estamos refiriendo al yanqui que nos odia, al yanqui que nos hace la guerra, al yanqui que intenta invadir nuestra patria. Ese el yanqui que morirá. Esto lo digo sin ningún temor, aunque en medio del pueblo se encuentra un norteamericano, un yanqui, pero ése no es el enemigo de la humanidad: el alcalde Koch de Nueva York, quien, cuando era congresista, siempre estuvo a favor del pueblo de Nicaragua y en contra de Somoza*", (Daniel Ortega, "La vocación de paz de Nicaragua y los acuerdos de Esquipulas", discurso ante organizaciones populares (5 de noviembre 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 208.

En 1996 el FSLN -como símbolo de su voluntad de mejorar sus relaciones con Estados Unidos- suprimió de su himno la frase en que estaba presente la expresión citada.

⁷⁰ Carlos Fonseca, *Bajo la bandera del sandinismo*, op. cit., p. 382.

aquél se hubiera autonombrado presidente de Nicaragua, y hubiera incendiado la ciudad de Granada⁷¹.

Es en la casi ininterrumpida ocupación de Nicaragua por Estados Unidos entre 1909 y 1933, donde el FSLN ve el arquetipo del imperialismo norteamericano y de lo que éste significó para Nicaragua: firma de varios tratados -Dawson (1910), Knox-Castillo (1911) y, sobre todo, Chamorro-Bryan (1914)- gravemente lesivos para la soberanía nicaragüense⁷², incremento espectacular de las inversiones norteamericanas de tres a veinticuatro millones de dólares entre 1913 y 1929⁷³, control de las bananeras, de los ingenios de azúcar, de las minas y de las exportaciones de maderas⁷⁴, control del comercio exterior, en el que entre 1913 y 1926 las importaciones procedentes de Estados Unidos suben del 56% al 76,6% y las exportaciones hacia ese país se incrementan del 55% al 71,1%⁷⁵, control de las aduanas, del ferrocarril, del Banco Nacional⁷⁶; en síntesis, subordinación absoluta del país a los intereses de Washington⁷⁷.

Para Sergio Ramírez esta abrumadora intervención de Estados Unidos en Nicaragua *"significó la condena a cumplir a perpetuidad un papel de simple productor de materias primas..., significó el saqueo y el desperdicio de nuestros recursos naturales... (y) el congelamiento de un esquema económico que sus resortes culturales e ideológicos reproducían permanentemente"*⁷⁸.

Los sandinistas del FSLN encuentran en Sandino su ejemplo y su fuente de inspiración para enfrentarse a este modelo de dominación, y al régimen somocista, al que ellos consideran con razón una criatura de Estados Unidos⁷⁹.

El asesinato de Sandino por el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza García, con la connivencia tácita de la embajada norteamericana⁸⁰, en febrero de

⁷¹ Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, op. cit., pp.220-221.

⁷² Víctor Tirado, *Sandino y la doctrina de liberación nacional*, Managua: Editorial Vanguardia, pp. 34-36.

⁷³ *Ibid.*, p.25.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 39-40.

⁷⁵ *Ibid.*, p.41.

⁷⁶ Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, México: Siglo XXI editores, 6ª edición, 1982, p.109.

⁷⁷ *Ibid.*, p.111.

⁷⁸ Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, op. cit., p. 223.

⁷⁹ Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, op. cit., p. 126.

⁸⁰ Anastasio Somoza se jactó de haber tenido el consentimiento del embajador norteamericano Arthur Bliss Lane para perpetrar el asesinato, y aunque éste lo desmintió, lo cierto es que la muerte de Sandino fue muy oportuna para los intereses de Estados Unidos. Con la eliminación de Sandino se consolidó la Guardia Nacional, cuya constitucionalidad era cuestionada por el líder insurgente. A partir de ese momento los Estados Unidos ya no necesitarán enviar los marines a Nicaragua. Poco tiempo después, en 1936, Somoza dará un golpe de estado sin ninguna oposición por parte de Washington. Para el asesinato de Sandino y la implicación de Estados Unidos en el mismo, ver Neill Macaulay, *The Sandino Affair*, op. cit., pp. 251-257; Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, op. cit., pp. 140-141; y Volker Wunderlich, *Sandino: una biografía política*, Managua:

1934, y la aniquilación posterior de los restos del ejército de Sandino dieron paso a la instauración de una dictadura que se mantendrá hasta julio de 1979.

Para el FSLN el somocismo es *"la forma de dominación intermediaria que impuso el imperialismo para asegurar los lazos de dependencia política, económica y cultural sobre Nicaragua"*⁸¹, *"las tropas de ocupación"*⁸² creadas por Estados Unidos para sustituir a sus propios marines, *"la dictadura militar que bajo la más cruel represión permitía el enriquecimiento de una minoría capitalista"*⁸³.

Esta identificación entre imperialismo y somocismo (justificada por la dependencia total de este régimen con respecto a los gobiernos de Estados Unidos y por el papel de peón que en sus cuarenta y cinco años de existencia la dictadura somocista jugó, colaborando con las políticas norteamericanas en Centroamérica y el Caribe), le hizo al FSLN concluir que la derrota de la Guardia Nacional y el fin de la dictadura significaban una derrota de Estados Unidos⁸⁴, lo cual era incuestionable. La victoria sandinista fue el golpe más fuerte recibido por la dominación estadounidense en el área centroamericana a lo largo de su historia conjunta.

Sin embargo, los sandinistas llevaron demasiado lejos su conclusión, al llegar a plantearse que la derrota somocista resolvía la contradicción histórica, a la que se había comenzado a enfrentar Sandino, entre imperialismo y nacionalismo en favor de éste último⁸⁵. La caída del somocismo no acaba con esa contradicción; es una grave derrota para Estados Unidos en una de sus áreas de influencia histórica, pero no implica la eliminación de la influencia económica y cultural, ni el fin del peso político y militar de Washington sobre Nicaragua. Y más importante aun, la revolución triunfante no podrá hacer el milagro de borrar los hechos determinantes y claves que suponen la proximidad geográfica entre Nicaragua y Estados Unidos, y su propia existencia en el corazón del continente americano, rodeada de gobiernos abiertamente hostiles, aliados con Washington.

La subestimación en la práctica de esta realidad geopolítica, y la valoración exagerada de la ruptura de la dependencia política y militar con respecto a Estados Unidos son graves errores de los sandinistas que incidirán de forma negativa en el

Editorial Nueva Nicaragua, 1995, pp. 303-318.

⁸¹ Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, op. cit., p.195.

⁸² Daniel Ortega, *Combatiendo por la paz*, op. cit., p.28.

⁸³ Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, op. cit., p.187.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 87.

⁸⁵ *"...al producirse la destrucción de la Guardia Nacional -afirma S. Ramírez- como aparato de dominación interno y externo, se resuelve toda la contradicción histórica planteada por Sandino"*, (*Ibid.*, pp. 83-84).

desarrollo de las relaciones del gobierno revolucionario con las distintas administraciones estadounidenses que se suceden entre 1979 y 1990.

La misma identificación entre somocismo e imperialismo hace temer al FSLN desde antes del triunfo que Estados Unidos ante la pérdida del régimen somocista reaccionará con violencia en contra de la revolución nicaragüense⁸⁶. Y aunque su presentimiento no tardaría en hacerse realidad en cuanto el presidente Reagan subió al gobierno en 1981, los sandinistas, como veremos en detalle más adelante, desaprovecharon, durante la administración Carter y en los primeros meses de la administración Reagan, algunas oportunidades para quitar pretextos a la voluntad de Washington de acabar con la revolución nicaragüense.

El FSLN, no obstante, tenía clara conciencia de cuáles eran las razones por las que Estados Unidos había intentado dominar el área centroamericana desde mediados del siglo XIX, razones que siguieron siendo, en buena medida, determinantes en la decisión de la administración Reagan de no permitir el éxito de la experiencia revolucionaria nicaragüense.

La situación geoestratégica de Nicaragua, su proximidad a Estados Unidos, las posibilidades para construir un canal interoceánico en su territorio son algunos de los motivos que varios de los dirigentes sandinistas reconocen que Washington ha esgrimido desde el siglo XIX para argumentar su intervención en Nicaragua. La agresión a la revolución en la década de los ochenta es entendida por el FSLN como un remozamiento de la "*vieja tesis del destino manifiesto*"⁸⁷ bajo el pretexto ahora de poner freno al expansionismo soviético.

Los sandinistas explican los ataques contra su revolución como consecuencia de la incompatibilidad entre la concepción nacionalista de su proyecto revolucionario, como un modelo de transformaciones y de independencia, y la concepción imperialista que pretende recomponer las relaciones históricas de dependencia, cesión de la soberanía y alineamiento estrecho con Estados Unidos⁸⁸. En definitiva el FSLN reconoce que en la Nicaragua revolucionaria se concreta en esos años la contradicción entre la visión expansionista norteamericana y el concepto de soberanía de y para América Latina⁸⁹.

⁸⁶ Alejandro Bendaña, director de política exterior del gobierno sandinista, sostiene que "*desde el principio nosotros estábamos bien claros que acabar con Somoza y el somocismo necesariamente conllevaba un enfrentamiento con los Estados Unidos y con su doctrina Monroe, que no admite la independencia, menos aún en Centroamérica*", (Alejandro Bendaña, "David resistió a Goliath: 10 años de política exterior", entrevista en *Envío*, n° 95, julio 1989, p. 29).

⁸⁷ Sergio Ramírez, "Nicaragua, la primera frontera", discurso en el Congreso sobre el pensamiento político centroamericano, Caracas, (junio 1983), *Las armas del futuro*, op. cit., p. 220.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 226.

⁸⁹ *Ibid.*, p.219.

Latinoamericanismo frente a imperialismo norteamericano, esta idea, frecuente en Sandino⁹⁰, es recogida y destacada una y otra vez por los líderes del FSLN para alertar sobre las pretensiones intervencionistas de Estados Unidos en América Latina en la década de los 80⁹¹, resaltar el contenido bolivariano de la revolución nicaragüense⁹², y al mismo tiempo pedir el apoyo y la solidaridad latinoamericanas frente a las agresiones yanquis⁹³.

No solo en América Latina busca el FSLN solidaridad para hacer frente con éxito a las políticas intervencionistas de Washington. Como señalaba anteriormente, a los sandinistas de los 80 no les duelen prendas a la hora de marcar claras diferencias entre la actitud de algunos sectores populares de Estados Unidos y las actuaciones de los gobiernos de ese país. El FSLN reconoce así el planteamiento anti-intervencionista de los grupos liberales y progresistas estadounidenses que se oponen a las posiciones de las administraciones republicanas Reagan y Bush sobre Centroamérica y Nicaragua.

No es, pues, ciego el antiimperialismo del FSLN, ni mide con el mismo rasero al pueblo y al gobierno de Estados Unidos, como hizo Sandino en algunas ocasiones. Los sandinistas de los 70 y 80, habiendo comprendido el decisivo papel jugado por la contestación ciudadana dentro de Estados Unidos en el desenlace de la guerra de Vietnam, aprendieron a moverse en la complejidad de la sociedad norteamericana y a veces lo intentaron, aunque sin mucho éxito, en los propios estamentos del poder.

Sin embargo, esa flexibilidad y esa capacidad de diferenciación no se extendió a los análisis de los sandinistas sobre los gobiernos norteamericanos, a todos los cuales llegaron a considerar, con pocos matices, perjudiciales para Nicaragua⁹⁴. Esa flexibilidad de juicio y praxis, presente en otras muchas facetas de la conducta sandinista en el gobierno, tampoco se reflejó en un compromiso auténtico de establecer unas relaciones con Estados Unidos, las cuales tuvieran en cuenta la realidad insoslayable de los intereses norteamericanos en la región centroamericana y caribeña.

El mismo miedo a la intervención de Estados Unidos, y sobre todo el atrevimiento provocado por el mecanicismo histórico y el fatalismo triunfalista de los dirigentes

⁹⁰ A.C.Sandino, en Sergio Ramírez (ed.), *El pensamiento de Sandino*, op.cit., pp. 222- 224.

⁹¹ Daniel Ortega, "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 149.

⁹² Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, op. cit., p. 223.

⁹³ Daniel Ortega, "Una hora decisiva para América Latina: consolidar la autodeterminación de los pueblos", discurso ante la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), (11 noviembre de 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 204.

⁹⁴ "... lo que sí sabemos -afirma D. Ortega en 1987- es que los gobiernos norteamericanos de cualquier signo siempre han llevado políticas equivocadas en contra de Nicaragua", (*Ibid.*, p.235).

del FSLN acerca del triunfo irreversible de los pueblos, y por tanto de la revolución popular nicaragüense, sobre el imperialismo contribuyeron a que el FSLN no aprovechara los importantes matices de la administración Carter para construir una relación diferente, y además dieron pie a que la administración Reagan magnificara algunas de las controvertidas decisiones del FSLN en los primeros meses de revolución (como el apoyo militar a la guerrilla salvadoreña), para justificar su política intervencionista en Nicaragua, que en cualquier caso, hay que decirlo, se hubiera desarrollado de forma similar. Eso era, al menos, lo que planteaba en agosto de 1980 el programa republicano citado anteriormente⁹⁵.

Los dirigentes sandinistas en distintos momentos afirmaron estar dispuestos a mantener con la administración demócrata de Carter unas relaciones diferentes no basadas en el antagonismo histórico entre las fuerzas latinoamericanas nacionalistas y de izquierda y Estados Unidos, dieron algún paso en esa dirección, y llegaron a reconocer algún matiz positivo a las políticas de dicha administración⁹⁶. Sin embargo, la comprensión sandinista del significado de lo nuevo que la administración Carter representaba y suponía para América Latina y para la propia Nicaragua, fue insuficiente, y el FSLN no pudo sustraerse al pensamiento dominante en la izquierda latinoamericana en cuanto a considerar igualmente imperialistas a todos los gobiernos de Estados Unidos, demócratas o republicanos⁹⁷.

Hay que reconocer, no obstante, que a los sandinistas no les faltaban motivos para desconfiar de las posibilidades de establecer una relación sincera y digna con la administración demócrata de Carter: tanto gobiernos republicanos como demócratas habían apoyado a la dictadura somocista durante toda su existencia, y con administraciones demócratas se habían producido la intervención norteamericana en Santo Domingo en 1965, y el desembarco contrarrevolucionario de Bahía de Cochinos en Cuba en 1961.

En el inadecuado planteamiento de la actitud del gobierno revolucionario con respecto a Estados Unidos, sin embargo, tuvo más peso la convicción sandinista de que la revolución era un hecho histórico irreversible, que era invencible, y que terminaría triunfando sobre la agresión del imperialismo norteamericano, porque el

⁹⁵ P. Republicano, "Selección de la Plataforma del Partido Republicano en política exterior", en *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 295.

⁹⁶ Véanse las declaraciones de Sergio Ramírez a principios de 1980: "*La administración Carter y ciertos sectores demócratas del Congreso de Estados Unidos, yo diría que tienen una actitud positiva hacia Nicaragua. Por nuestra parte hemos declarado públicamente que nuestra intención es mantener relaciones estables, normales y abiertas con Estados Unidos*", entrevista en *Cuadernos de Marcha*, México, enero-febrero 1980, recogida en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (ed.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 215.

⁹⁷ Sergio Ramírez, "Pelear con las armas del futuro", discurso preparado para ser presentado en nombre del grupo de los Doce en la asamblea de Latin America Studies Asociation, Pittsburgh, (abril 1979), *Las armas del futuro*, op. cit., pp. 50-51.

pueblo estaba con la revolución, porque revolución y pueblo estaban identificados, y porque los pueblos terminan siempre venciendo a sus opresores⁹⁸.

Esta visión determinista de la historia hundía sus raíces en la simplificación del pensamiento revolucionario influido por el marxismo ritual y dogmático del bloque socialista: la historia tiene un único fin, el triunfo del proletariado, la victoria de los pueblos⁹⁹. Dicha visión se basaba asimismo en la experiencia histórica, en el espejismo existente hasta la década de los ochenta: las revoluciones más importantes del siglo XX (URSS, China, Vietnam, Cuba...) se habían manifestado irreversibles hasta ese momento, lo cual confirmaría la validez y el rigor científico de esa supuesta ley del sentido único de la historia hacia el triunfo del socialismo.

Esta es una de las cuestiones claves que dominaron el pensamiento y la actuación del FSLN a lo largo de su estancia en el gobierno, e impidieron a los sandinistas contemplar con mayor objetividad sus propias debilidades y la fortaleza del adversario, influyendo de una manera destacada en el desarrollo de los acontecimientos y en la derrota de la revolución en 1990.

Esa concepción de la historia y de las revoluciones puede explicar, en una buena parte, el tono atrevido y desafiante de las intervenciones sandinistas en muchos de sus discursos en los distintos organismos internacionales.

Más allá de provocar las simpatías en algunos países del Tercer Mundo y en círculos radicales del mundo desarrollado, no parece que un lenguaje retórico, en el que aparecían como un estribillo frases como *"seguiremos condenando el colonialismo, el neocolonialismo, el apartheid, el racismo, y seguiremos respaldando las causas justas en el mundo, aunque ello no sea del agrado de los gobernantes norteamericanos y signifique más dolor, sacrificio, amenaza y exterminio para el pueblo heroico de Sandino"*¹⁰⁰, en primer lugar se pudiera materializar, y llegara a concretarse -con algunas excepciones- en hechos cuyo valor

⁹⁸ "Las Revoluciones cuando son verdaderas -afirma Daniel Ortega- son invencibles y aquí hay una revolución verdadera... Y deben estar claros los que aconsejan al presidente Reagan..., que a este pueblo pueden agredirlo, pueden invadirlo, pero que a este pueblo no pueden derrotarlo, porque aquí, repetimos, hay una revolución verdadera", (Daniel Ortega, "Unidad de los trabajadores en América Latina y el mundo", discurso en la clausura del Consejo General Extraordinario de la Conferencia Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina, Managua, 11 noviembre 1982, *Combatiendo por la paz*, op. cit., p.75). Bayardo Arce, coordinador del FSLN, sostiene posiciones similares: "Hay que hacerle saber a Reagan que será Nicaragua un país pequeño, humilde, subdesarrollado y pobre... pero mientras siga habiendo un pueblo como el nuestro, un pueblo revolucionario, un pueblo sandinista, seremos invencibles", (Bayardo Arce, *Sandinismo y política imperialista*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, p.81).

⁹⁹ Como un ejemplo paradigmático de estas concepciones véanse los apartados "Fundamentos objetivos del proceso revolucionario mundial" y "El contenido y las principales leyes del proceso revolucionario mundial", en Alexándrov S.V., Zagladin V.V. y otros, *Las fuerzas motrices del proceso revolucionario mundial*, Moscú: Editorial Progreso, 1983, pp. 7-62.

¹⁰⁰ Daniel Ortega, "¿Están a favor o en contra de la paz", discurso en la XXXIX Asamblea General de la ONU, (1 octubre 1984), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 119-120.

se extendiera más allá de su expresión pública, y que significaran una ayuda objetiva a las luchas de liberación nacional; pero, sobre todo tal retórica, si no resultaba eficaz en el objetivo señalado, sí lo era en cuanto a reafirmar las convicciones de los gobiernos de Estados Unidos, especialmente el de Reagan, de que el gobierno sandinista estaba conspirando y colaborando con las causas revolucionarias en América Latina y en otras partes del mundo; y que con ello estaba cumpliendo el papel asignado por la URSS y por Cuba.

Y en consecuencia, para Washington el sandinismo era una experiencia a extinguir y un régimen a derrocar, máxime cuando se encontraba en una de las áreas de mayor influencia histórica de Estados Unidos.

¿Era necesaria la fraseología antiimperialista?. Como apunté anteriormente, Bendaña sostiene que sí, que era el único camino que le quedaba a un país pequeño, como Nicaragua, en su enfrentamiento con una gran potencia como Estados Unidos, y que en muchos casos sirvió para alertar a la comunidad internacional¹⁰¹.

Ciertamente los Estados Unidos no invadieron Nicaragua, y el sandinismo no cayó derrocado por las armas del ejército contrarrevolucionario. En ello no cabe duda pudo influir el tono elevado que imprimieron los sandinistas a sus denuncias contra las administraciones Reagan y Bush, pero la derrota electoral de la revolución y la recuperación por parte de Estados Unidos de su dominio en toda la región centroamericana, obligaron a los propios sandinistas en la década de los 90 a aproximarse a los gobiernos norteamericanos con una mirada diferente y más atenta a los detalles, y les hicieron considerar que puede haber diferencias, matices y fisuras en las distintas administraciones "imperialistas", republicanas o demócratas, que se alternan en Washington¹⁰².

Este cambio en la percepción tradicional sobre los gobiernos de Estados Unidos tal vez llegue a tener alguna consecuencia notable, si es asumido por la izquierda latinoamericana. La experiencia sandinista, con sus errores difícilmente evitables, habría servido para que aquella contemple a los estamentos de poder norteamericanos con una visión más compleja, menos monolítica y homogénea, y no porque de repente hayan cambiado las pretensiones estadounidenses de hegemonía sobre América Latina, sino porque esas pretensiones se producen en un momento y en una época diferentes a cualquiera anterior, con unos gobiernos latinoamericanos menos dóciles y más fuertes, y porque el propio Estados Unidos tiene necesidad de unas relaciones económicas nuevas con América Latina, y “carece de la capacidad”

¹⁰¹ *Entrevista propia*, Managua, 1 agosto 1990, y Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., p. 35.

¹⁰² Véase Humberto Ortega Saavedra, *Nicaragua: Revolución y Democracia*, Organización Editorial Mexicana, 1993, pp. 46, 163, 199-200, y 203-207.

de imponerlas con los mismos esquemas de dominación que en las décadas anteriores.

Esa nueva apreciación de la izquierda latinoamericana sobre los gobiernos norteamericanos podría servir de inicio de unas relaciones maduras entre ambas partes, basadas más en la cooperación que en el antagonismo, siempre que en Estados Unidos se produjera una reacción similar, aceptando la presencia de la izquierda en América Latina no sólo como un hecho normalizado, sino también necesario y útil para las obligadas transformaciones sociales y económicas en el hemisferio americano.

III.4. Organización de la política exterior sandinista

"Eramos pocos, sin experiencia, sin entrenamiento, pero rápidamente nos dimos cuenta cómo es que había que hacer", así describe Alejandro Bendaña los primeros momentos de la política exterior de la revolución¹⁰³.

Pese a la escasez de recursos y a la falta de experiencia en el trabajo internacional, el gobierno sandinista creó con prontitud una estructura para ocuparse de las relaciones internacionales¹⁰⁴, la cual se mostró eficaz y muy activa, y se enfrentó con un cierto éxito a la poderosa maquinaria del Departamento de Estado y de otros organismos del gobierno norteamericano¹⁰⁵.

Los sandinistas centraron sus relaciones diplomáticas en cuatro grandes áreas: Estados Unidos, Europa Occidental, el bloque socialista y América Latina; no descuidaron, sin embargo, el estrechar vínculos con los países no alineados de África y Asia. De 41 países con los que el somocismo mantenía relaciones diplomáticas en 1979, se pasó a 114 ocho años más tarde. En 1987 llegaban a 45 los países donde Nicaragua tenía embajadores residentes, los cuales a su vez atendían de manera concurrente otros 28 países más. Y se mantenían relaciones con otros 41 países, aunque no había embajadores acreditados en ellos. (*Ver cuadro n° 1 en anexo*).

¹⁰³ Véase Alejandro Bendaña, "David resistió a Goliath: 10 años de política exterior", entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., p.51.

¹⁰⁴ El Ministerio del Exterior (MINEX) estaba organizado en ocho secciones específicas (información y análisis, jurídica, administrativa, protocolo, protección e información, prensa, consular y política exterior). Al frente de las secciones se hallaba una unidad de dirección superior, cuyo responsable fue Alejandro Bendaña durante la mayor parte de la década de los 80. Esta dirección incluía expresamente el seguimiento de los organismos internacionales, las relaciones económicas, la problemática de las distintas áreas geográficas donde el gobierno sandinista tenía algún interés, y las cuestiones relacionadas con los derechos humanos. Los dos puestos más elevados del MINEX estuvieron ocupados por Miguel D'Escoto como ministro y Victor Hugo Tinoco, como viceministro.

¹⁰⁵ *Entrevista propia* con Antonio Jarquín (embajador sandinista en Washington), Managua, 10 agosto 1992; Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., pp. 51; y Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío* 110, diciembre 1990, pp. 37-4.

Al frente de las tareas diplomáticas estuvo durante todo el período revolucionario Miguel D'Escoto, hijo de un embajador de Anastasio Somoza Debayle en París, religioso de la orden norteamericana Maryknoll y periodista licenciado en la Universidad de Columbia, que había dirigido en Estados Unidos durante diez años las comunicaciones de su congregación, del Consejo Mundial de Iglesias y algunos programas religiosos en televisión.

Miguel D'Escoto, ligado a la corriente tercerista del FSLN, mantuvo durante toda la década de gobierno sandinista, una estrecha relación con el presidente Ortega, lo que le permitió una importante capacidad de decisión en los largos procesos de negociación en que se vio envuelta la región centroamericana en la segunda mitad de los ochenta¹⁰⁶.

Ambos, Ortega y D'Escoto, fueron los dirigentes sandinistas que actuaron visiblemente como máximos responsables de las decisiones claves en política exterior. Sin embargo, durante mucho tiempo, hasta bien entrada la segunda mitad de la década de los 80, la última palabra en el proceso de toma de decisiones estaba en la Dirección Nacional del FSLN (el organismo partidista de mayor autoridad, en el que participaban los nueve comandantes más prestigiosos de la Revolución), como reconoce el ex-embajador sandinista en Washington, Antonio Jarquín¹⁰⁷. El propio D'Escoto se queja abiertamente de los problemas creados por las intervenciones espontáneas de miembros de la Dirección Nacional sobre asuntos de política exterior¹⁰⁸.

Estas interferencias eran consecuencia lógica de un problema más amplio que se producía también en otras áreas de gobierno: la confusión entre las estructuras del partido-FSLN y del Estado. Así, por ejemplo, Bayardo Arce, coordinador durante algún tiempo de la estructura partidista del FSLN y sin ningún cargo gubernamental, era el dirigente sandinista que mantenía con regularidad las relaciones con la Internacional Socialista, relaciones que con frecuencia incluían aspectos ligados directamente a responsabilidades y tareas de gobierno.

Otro dirigente sandinista, Humberto Ortega, ministro de Defensa y comandante en jefe del ejército, desde detrás del telón desempeñó en la toma de decisiones un papel mayor de lo que aparecía formalmente y de lo que su cargo implicaba. El general Humberto Ortega, el estratega político y militar de la victoria contra Somoza, aparecía en escena en los momentos claves del período revolucionario: él llevó las negociaciones y firmó el primer acuerdo con la contrarrevolución en 1988; él

¹⁰⁶ *Entrevista propia* con Miguel D'Escoto, Managua, 6 agosto 1992.

¹⁰⁷ *Entrevista propia* con Antonio Jarquín, op. cit. .

¹⁰⁸ *Entrevista propia* con Miguel D'Escoto, op. cit. .

defendió públicamente la decisión del gobierno sandinista de pedir la desmovilización del FMLN salvadoreño en 1989, y de apoyar al gobierno de Cristiani; él negoció las condiciones del traspaso de poderes del gobierno sandinista a Violeta Chamorro en 1990; y él -ya durante el gobierno de la Presidenta Chamorro- dio un giro radical a las relaciones sandinistas con EEUU, promoviendo una serie de gestos amistosos que suscitaron fuertes polémicas públicas dentro del FSLN¹⁰⁹.

Humberto Ortega, Daniel Ortega y Miguel D'Escoto -en ocasiones también el vicepresidente Sergio Ramírez- (los cuatro pertenecientes al ala más pragmática del FSLN), fueron los responsables tanto del estilo, como de las principales líneas seguidas en política exterior por el gobierno sandinista, sobre todo a partir del momento en que el proceso negociador iniciado en Contadora cobró fuerza, concretándose en los acuerdos de Esquipulas. En ese momento las contradicciones permanentes entre el aparato partidista de política exterior del FSLN (llamado Departamento de Relaciones Internacionales, DRI) y el aparato de política exterior del gobierno, el ministerio del Exterior (MINEX), se solucionaron en favor de este último. El MINEX terminó dirigiendo e imponiendo sus posiciones en las negociaciones que culminaron en la salida del conflicto representada por la victoria electoral de Violeta Chamorro en 1990¹¹⁰.

En el marco de la ambiciosa amplitud de las relaciones internacionales de la revolución sandinista, este equipo de política exterior del gobierno dedicó una atención extraordinaria al cuidado y seguimiento de la opinión pública del país que ellos consideraron determinante para el éxito o fracaso no ya sólo de la política exterior, sino de la propia revolución: Estados Unidos. Allí los sandinistas (aparte de impulsar, como señalaré más adelante, un fuerte movimiento de solidaridad) se dirigieron directamente a la opinión pública norteamericana a través de giras y conferencias e interviniendo en debates en algunos de los programas estelares de las cadenas de televisión norteamericanas. En ocho ocasiones participó en dichas discusiones el canciller Miguel D'Escoto, enfrentándose dos veces a Jeane Kirkpatrick, cuando ésta era embajadora de Estados Unidos ante la ONU. Y en una ocasión el director de Política Exterior del MINEX, Alejandro Bendaña, tuvo como antagonista a Elliot Abrams, subsecretario norteamericano para América Latina.

El gobierno sandinista tampoco dudó en utilizar técnicas habituales de Relaciones Públicas para defender su imagen en EEUU. Desde 1981 contrató a un grupo de

¹⁰⁹ Véase Humberto Ortega Saavedra, *Nicaragua: Revolución y Democracia*, op. cit., pp. 199-200, y 203-207

¹¹⁰ *Entrevista propia* con Antonio Jarquín, op. cit. .

abogados -la empresa Reichler, Appelbaum & Wippman¹¹¹- que, haciendo trabajo de lobbying, ayudaron al gobierno nicaragüense a abrirse paso en la maraña de las múltiples agencias gubernamentales norteamericanas¹¹².

Con objetivos similares en cuanto a influir en los medios de comunicación norteamericanos estaba contratada por el gobierno sandinista la empresa de Relaciones Públicas Agendas International, fundada por los periodistas Darryl L. Hunt y Donald J. Casey, ex-sacerdotes maryknoll y ex-colaboradores del ministro D'Escoto, quienes además facilitaban al gobierno nicaragüense un análisis diario de la cobertura que los principales medios de EEUU daban a Nicaragua¹¹³.

Los sandinistas utilizaron los servicios de especialistas extranjeros en un tema de máxima importancia para la revolución nicaragüense, como fue la demanda interpuesta en la Corte Internacional de Justicia de La Haya contra EEUU y que terminó con un éxito clamoroso a favor de Nicaragua. El equipo jurídico en esa ocasión estuvo compuesto por Carlos Argüello, embajador en Holanda, Augusto Zamora, director jurídico del MINEX, Ian Brownlie, profesor de Oxford y experto en temas de utilización de la fuerza, Alain Pellet, profesor de la Universidad de París Nord, Antonio Remiro, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, y los norteamericanos Abram Cheyes, profesor de Harvard, y el ya citado abogado Paul Reichler¹¹⁴.

Los sandinistas contaron asimismo con el respaldo de una amplia red de solidaridad popular en la mayor parte de los países de Europa Occidental y América Latina, en Estados Unidos y en Canadá.

Si bien la trascendencia de las actividades de estos organismos populares fue limitada (denuncias de la intervención norteamericana y colaboración en pequeños

¹¹¹ El abogado Paul Reichler, especialista en negociación, fue asimismo uno de los principales asesores del gobierno sandinista en la serie de negociaciones con la contra iniciadas en Sapoá en 1988.

¹¹² Véanse U.S. Department of Justice, *Suplement Statement (Reichler, Appelbaum & Wippman Lobbying Report for Six Month Period Ending 9 November 1987)*, 9 diciembre 1987. E igualmente *Suplement Statement (Reichler, Appelbaum & Wippman Lobbying Report for Six Month Period Ending 9 November 1988)*, 12 diciembre 1988. Estos dos documentos incluyen un cuestionario sobre propaganda política, la lista de entrevistas realizadas y los pagos recibidos del gobierno de Nicaragua por el trabajo de lobbying y Relaciones Públicas llevado a cabo por la empresa Reichler, Appelbaum & Wippman en pro de Nicaragua. Forman parte de una serie de 3236 documentos oficiales, muchos de ellos desclasificados, sobre las relaciones del gobierno de Estados Unidos con Nicaragua entre 1978 y 1990. Dichos documentos han sido recogidos en microfichas por el National Security Archive de Washington: véase Peter Kornbluh, *Nicaragua: The Making of U.S. Policy 1978-1990*, Washington: National Security Archive, 1991. A partir de ahora, P.K. & N.S.A., más el número correspondiente; en este caso P.K. & N.S.A., n° 03046 y n° 03140).

¹¹³ *Entrevista propia* con D'Escoto, op. cit. Conocí directamente la labor de estos periodistas por mi trabajo en la Dirección de Comunicación y Prensa de la Presidencia de Nicaragua entre 1981 y 1985.

¹¹⁴ Augusto Zamora, *Envío* 110, op. cit., p. 40.

proyectos económicos y sociales), no cabe duda de que, como plantearé más adelante, esta red de solidaridad jugó un papel testimonial destacado, contribuyendo a la defensa de la revolución sandinista en el exterior, al actuar como grupos de presión ante los gobiernos de sus respectivos países, sobresaliendo en ese sentido los distintos organismos de solidaridad activos en Estados Unidos, los cuales jugaron un papel destacado, enfrentándose a la estrategia intervencionista de los gobiernos Reagan y Bush en contra de la revolución nicaragüense.

IV. INFLUENCIA DE LAS POLÍTICAS INTERNAS SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA

El amplio apoyo inicial a la revolución parecía el marco propicio para impulsar cambios profundos -sociales, políticos y económicos- que dieran respuesta a las expectativas e ilusiones con las que una buena parte de la sociedad nicaragüense había acogido la victoria de 1979.

Sin embargo la revolución sandinista, aprisionada por un entorno de presiones y dificultades crecientes e interrelacionadas dentro y fuera del país, se mostró incapaz de desarrollar unas políticas internas adecuadas para dar satisfacción a las expectativas levantadas, hacer frente a las limitaciones exteriores, y asegurar así su propia sobrevivencia.

Afirmar que la intervención de Estados Unidos contra Nicaragua jugó un papel decisivo en la derrota de la revolución, y señalar ese factor externo como la única causa de dicho desenlace sería unilateral e insuficiente para explicarlo, y significaría dejar de lado elementos claves de las políticas internas que incidieron en ese mismo resultado, así como en el manejo de la política exterior revolucionaria.

Por ello, antes de analizar la implicación de Estados Unidos, voy a profundizar en la responsabilidad del propio gobierno revolucionario. Sus decisiones en algunos ámbitos de la política interna, su concepción y su práctica del pluralismo político, el trato a la Iglesia Católica y a los grupos indígenas de la Costa Atlántica, las respuestas dentro de Nicaragua a la guerra impulsada por Estados Unidos -en concreto su visión de la contra como un simple ejército mercenario de las administraciones norteamericanas-, y la política económica fueron también elementos que condicionaron extraordinariamente la revolución y su política exterior.

Previamente quiero abordar también la gran importancia que para la política exterior del gobierno revolucionario tuvieron factores internos como la propia ubicación geográfica de Nicaragua y la forma en que se produjo el triunfo sobre la dictadura de Somoza. Si el primero resultaba ineludible, el accionar sandinista en el triunfo y su interpretación del mismo iban a marcar el desarrollo futuro de la revolución.

IV. 1. La importancia de los factores geográficos

Las características geográficas de Nicaragua son las de un país pequeño, situado en las regiones tropicales de Centroamérica. Nicaragua es el país más extenso del área centroamericana (130.700 kilómetros cuadrados.), tiene fronteras al Norte con Honduras y El Salvador (con éste, marítimas), y al Sur con Costa Rica. Este hecho jugará un papel muy importante al propiciar un santuario seguro a los grupos contrarrevolucionarios a partir de 1980. Al Este y al Oeste bañan las costas de Nicaragua el Mar Caribe y el Océano Pacífico respectivamente¹.

La población nicaragüense no es numerosa: 3.745.000 habitantes en 1989. La densidad poblacional apenas alcanza los 31 habitantes por kilómetro cuadrado, pero el crecimiento vegetativo es, sin embargo, alto: un 3,4%. La mayor parte de esta población vive en las llanuras del Pacífico (una de las tres regiones en que la Naturaleza divide al país). Solamente en la capital, Managua, habita cerca del 30% de la población total. Esta región con el 16% del territorio, de clima tropical seco, es además la más rica del país, y donde se encuentran las tierras más fértiles, las pocas industrias existentes y las mayores ciudades. En esta zona, de población de mayoría mestiza, hispanohablante y católica, se desarrolló principalmente el alzamiento insurreccional contra la dictadura de los Somoza entre 1977 y 1979.

En la región norteña y central con un 29% del territorio vive cerca del 31% de la población. El café, los granos básicos de la alimentación nicaragüense (arroz y frijoles) y la ganadería son las principales riquezas de esta área que disfruta de un clima más templado. Aquí de manera especial se desarrolló la acción guerrillera del FSLN desde su fundación en 1961, y aquí también, paradójicamente, la contrarrevolución encontró sus bases más fuertes entre una población campesina, mestiza y católica en su mayoría.

La región del Caribe (clima tropical húmedo) es otra Nicaragua, la otra Nicaragua. Muy diferente a las regiones anteriores, habita en ella una población muy reducida - el 6%- en más de la mitad del territorio -el 55%-. En esta zona la población no es homogénea: además de mestizos viven grupos indígenas (miskitos, sumos y ramas) y negros (creoles y garífonas); el idioma más común no es el español, sino el inglés, y la influencia cultural no es la hispana, sino la anglosajona y la caribeña. Su religión tampoco es la católica, sino distintas confesiones protestantes. Estas circunstancias y una historia diferente a la del Pacífico y centro de Nicaragua convirtieron a la Región Atlántica en una zona especialmente problemática, en la que los sandinistas

¹ Véase Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC, *Nicaragua: Diez Años en Cifras*, Managua, 1989, pp. VII y 10.

encontraron mayor resistencia al proceso revolucionario, y los gobiernos norteamericanos, un área oportuna para promover su estrategia en contra de la revolución.

Si Nicaragua no sobresale ni por su cuantiosa población ni por sus dimensiones territoriales, tampoco sus recursos naturales son extraordinarios. Aunque esto último se puede matizar. Algunos autores coinciden en que Nicaragua dispone de "*un gran potencial agrícola, ganadero y forestal*"², y de "*un considerable potencial en energía hidroeléctrica y geotérmica*"³.

Nicaragua no es un país de monocultivo, como, por ejemplo, lo ha sido Cuba durante muchos años. En Nicaragua hay una mayor variedad de productos: el café, el algodón, la carne, los bananos, y el azúcar son los principales. La pesca, el oro y las maderas preciosas, en segundo término. La industria se reduce al empaquetado y ensamblaje de productos. Y no hay petróleo. La economía nicaragüense es básicamente agroexportadora de unos productos, cuyos precios no dependen en lo fundamental del mejor o peor acierto de las políticas económicas internas, o de la mejor o peor cosecha del año. Es una economía dependiente financiera, tecnológica y comercialmente del exterior, y en concreto de algunos de los países más industrializados del planeta. Los recursos naturales son limitados, y en cualquier caso insuficientes para servir de base a un desarrollo distinto al habido hasta los años ochenta, si no se cuenta con abundantes recursos financieros. Y Nicaragua carece de ellos.

Con pocas materias primas apetecibles para los países industrializados, con una población escasa, un clima más bien extremo y una topografía difícil, ¿qué es lo que ha hecho a Nicaragua objeto de la ambición de Estados Unidos, en el último siglo y medio?

En su ubicación geográfica se encuentra la respuesta. Nicaragua ya en la época colonial bajo el imperio español había sido utilizada como lugar de tránsito entre el Océano Atlántico y el Pacífico. La disposición natural del río San Juan y del lago de Nicaragua propiciaba el paso entre los dos océanos por su territorio. Británicos y norteamericanos se disputaron en el siglo XIX la primacía por el control de la posible vía interoceánica, que, a semejanza del canal de Suez, pudiera facilitar las rutas comerciales y el dominio militar de los mares de aquellas latitudes.

² Orlando Nuñez Soto, *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, México: Siglo XXI Editorial, 1987, p.41.

³ George Black, *Triumph of the People: The Sandinista Revolution in Nicaragua*, London: Zed Press, 1981, p.1.

A principios del siglo XX, y una vez construido el canal de Panamá, los Estados Unidos impusieron su hegemonía exclusiva sobre el control de un posible canal por territorio nicaragüense. La presencia norteamericana en Nicaragua estuvo asegurada directamente entre 1912 y 1933, e indirectamente a través de un régimen satélite -la dictadura de los Somoza- desde entonces hasta 1979.

En ese momento el triunfo sandinista y su interpretación en Estados Unidos como parte del expansionismo soviético contribuyeron a que reapareciera la importancia estratégica de Nicaragua y de toda Centroamérica, como señalaba el presidente Reagan: *"Los problemas de Centroamérica afectan directamente a la seguridad y al bienestar de nuestro pueblo. Centroamérica está mucho más cerca de Estados Unidos que muchos de los lugares conflictivos del mundo que nos preocupan... El Salvador está más cerca de Texas, que Texas de Massachusetts. Nicaragua está más cerca de Miami, San Antonio, San Diego y Tucson, que estas ciudades de Washington... Pero la cercanía en el mapa sólo comienza a indicar la importancia estratégica de una Centroamérica que bordea el mar Caribe, nuestro paso vital hacia el mundo exterior. Dos tercios de nuestro comercio exterior y del petróleo pasan por el canal de Panamá y por el Caribe. En una crisis europea, por lo menos la mitad de nuestros suministros para la OTAN irían hacia aquel continente por mar..."*⁴.

Si bien ese resurgimiento de la importancia geoestratégica que Estados Unidos daba a esta zona del mundo estaba sobredimensionado por motivos ideológicos, el resultado de tal valoración no pudo ser más determinante para el futuro de Nicaragua y de toda la región centroamericana. Estados Unidos invertiría suficientes esfuerzos, dinero y recursos militares para detener un proceso de excesiva autonomía dentro de su área de influencia más próxima.

IV.2. Las características del triunfo

La forma en que se produjo la victoria revolucionaria sandinista con su estrategia de alianzas dentro y fuera del país, con sus numerosos aciertos y con sus errores, la propia situación de ruina y destrucción en que se encontró Nicaragua al salir de la guerra contra Somoza, la contundencia del triunfo, inesperada aún para los mismos sandinistas con sus consecuencias de prestigio y radicalización, otorgaron a la revolución nicaragüense un punto de partida que ejercería un peso ineludible ,

⁴ Ronald Reagan, "Central America: Defending Our Vital Interests", Address before a joint session of Congress, 23 abril 1983, *Current Policy*, n° 482, Washington, D. C.: United States Department of State, Bureau of Public Affairs, (P. K. & N.S.A., n° 01683).

enmarcaría y constreñiría las políticas internas y externas del gobierno del FSLN durante la década de los ochenta.

La entrada de las columnas guerrilleras del FSLN en Managua el 19 de julio de 1979 sirve de broche a toda una serie de acontecimientos que desde 1977 han precipitado el triunfo sandinista, y convierten esta primera etapa de la revolución nicaragüense en una experiencia singular e inédita en relación a otras experiencias revolucionarias.

Las fuerzas guerrilleras del FSLN pudieron derrotar al ejército de la Guardia Nacional, al ponerse al frente de las insurrecciones populares que se suceden en las ciudades del Pacífico y en el norte de Nicaragua a veces de forma espontánea como en Monimbó y Matagalpa (febrero y septiembre de 1978), y planificadamente en otras ocasiones, como en Estelí, Managua y la misma Matagalpa⁵.

Más que el poderío militar, fueron la amplitud de estas insurrecciones, la presencia masiva de jóvenes en ellas y la participación interclasista en un esfuerzo común, que no idéntico, por derrocar la dictadura personalista de Somoza, algunos de los factores claves del éxito revolucionario.

Año y medio más tarde la guerrilla del FMLN de El Salvador con una mayor capacidad organizativa que los sandinistas fracasó en su intento por derrocar al régimen de su país: además de enfrentarse a un gobierno militar con corrientes distintas en su seno, que no obedecía a una sola persona, y que seguía contando con el respaldo mayoritario de las clases pudientes, y con el apoyo explícito de Washington, al FMLN le faltó lo que había sido determinante en Nicaragua: la insurrección masiva del pueblo⁶. Una insurrección protagonizada por personas de todas las edades y clases sociales, hombres y mujeres, cristianos y marxistas, liberales y conservadores, gentes del campo, y sobre todo de las ciudades. La nicaragüense fue una insurrección mayoritariamente urbana⁷, lo que iba a determinar las prioridades del sandinismo en los primeros años de revolución. En la insurrección hubo también un importante componente de clases medias e incluso de algunos grupos de la burguesía.

⁵ Véase Humberto Ortega, "La estrategia de la victoria", en Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 15-49.

⁶ Sobre las diferencias que contribuyeron al diferente resultado de la revolución en Nicaragua y en El Salvador véase el sugerente análisis de Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas & Revolution in Latin America*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1993, pp.282-284 y 292. Véase también Edelberto Torres-Rivas, *Centroamérica: La democracia posible*, San José: EDUCA/FLACSO, 1987, pp.162-163.

⁷ Véase Carlos M. Vilas, *Perfiles de la Revolución Sandinista*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987, pp. 167-186.

Fundamental tanto para esta incorporación multitudinaria como para el éxito final se demostró la política de alianzas que el FSLN trazó en 1976 por medio de un frente común antidictatorial que intentaba agrupar *"a todos los sectores, partidos y organizaciones de masas antisomocistas del país, incluyendo a la burguesía opositora"*⁸.

Si bien los objetivos del FSLN en esta posición eran limitados y tácticos: *"aislar al somocismo, formar una unidad nacional antisomocista y neutralizar a las corrientes reaccionarias de intervención"*⁹, y los sandinistas concebían la alianza asimismo como *"táctica y temporal"*¹⁰, la presencia, en el frente antidictatorial, de la burguesía opuesta a Somoza, en concreto de los sectores empresariales más dinámicos agrupados primero en el Instituto Nicaragüense de Desarrollo (INDE) y posteriormente en el Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN) produjo unos resultados inestimables dentro y fuera de Nicaragua, por más que la alianza estuviera minada por enfrentamientos y tensiones, que una vez en el gobierno llevaron a la ruptura de la política de unidad nacional.

Numerosos autores coinciden en destacar la importancia y originalidad, en relación a otras revoluciones, de la participación de la burguesía nicaragüense en el triunfo revolucionario¹¹. Las diferencias comienzan a la hora de valorar lo que supuso para la victoria el hecho de que una parte importante de la burguesía se enfrentara -aún con timidez- al gobierno de Somoza, y más tarde apoyara el estallido revolucionario dirigido por el FSLN.

Vilas considera que *"la participación institucional de la burguesía (después del triunfo) resultaba sobredimensionada frente al papel que desempeñó en la lucha contra la dictadura"*¹²; Vargas, sin embargo, plantea más acertadamente que fue *"un grave error haber considerado la presencia de los representantes de la burguesía como puramente decorativa, al haber exigido la exclusión inmediata del gobierno a*

⁸ FSLN, *Acerca de la plataforma general político-militar de lucha del FSLN para el triunfo de la Revolución Popular Sandinista*, op. cit., p. 41.

⁹ Humberto Ortega, "La estrategia de la victoria", en Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, op. cit., p. 41

¹⁰ FSLN, *Acerca de la plataforma general político-militar de lucha del FSLN para el triunfo de la Revolución Popular Sandinista*, op. cit., p. 42.

¹¹ Véanse Carlos M. Vilas, *Perfiles de la Revolución Sandinista*, op. cit., pp. 200-242; Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, Managua: Ediciones Nicarao, 1991, pp. 14-16 y 21-23; Orlando Nuñez Soto, *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, op. cit., pp. 63-65; George Black, *Triumph of the People*, op. cit., p.152; IHCA (Instituto Histórico Centroamericano), "Partidos y movimientos políticos en Nicaragua", *Envío* n° 38, agosto 1984, pp. 9b-15b; Hazel Smith, *Nicaragua: Self-determination and Survival*, London: Pluto Press, 1991, p.127.

¹² Carlos M. Vilas, *Perfiles de la Revolución Sandinista*, op. cit., p. 231.

esos representantes"¹³, despreciando no sólo el hecho de que algunos sectores de la burguesía hubieran jugado un papel activo en la caída de Somoza, y de que la población así lo entendía, sino también el que dichos sectores contaban con un cierto apoyo en el exterior, en Estados Unidos y entre las burguesías latinoamericanas, apoyo que hubiera sido útil -de haber permanecido más tiempo en el gobierno tales sectores- para refrenar la política agresiva de Washington hacia la revolución nicaragüense.

Mientras los sandinistas hablaban de unidad nacional con ciertos grupos de la burguesía -y durante años se dieron acuerdos concretos con agrupaciones de empresarios y grandes productores del campo¹⁴- la primera opción del FSLN fue no otorgar poder político a esos sectores y considerar la unidad nacional sólo en términos económicos, repitiendo en alguna manera la fórmula utilizada por Somoza¹⁵.

Este análisis se ve confirmado por la actitud del FSLN al excluir del gobierno a los ministros no sandinistas en diciembre de 1979, y al ampliar de forma unilateral el Consejo de Estado en mayo de 1980, pasando por alto el acuerdo existente en cuanto a la composición del mismo.

Con buena lógica la burguesía no aceptó tales planteamientos, en la medida en que no se resignaba a perder la posibilidad de acceder al poder político, y comenzó a distanciarse del gobierno sandinista. Pronto, en marzo de 1980, los dos personajes símbolo del apoyo de las clases altas a la revolución -Violeta Chamorro, viuda del periodista y dueño de La Prensa Pedro Joaquín Chamorro, y el empresario Alfonso Robelo- se retiraron de la Junta de Gobierno, y unos pocos meses después los representantes de la burguesía abandonaron el Consejo de Estado.

Más tarde algunos sectores burgueses agudizaron su enfrentamiento político, incorporándose a la oposición armada a la revolución y aliándose con Washington en un intento común de desalojar a los sandinistas del poder.

La postura contradictoria del FSLN ya en el gobierno -pactos serios en lo económico y discurso sobre unidad nacional en lo político, mientras la burguesía era

¹³ Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, op. cit., pp. 22-23.

¹⁴ Entrevista al ministro de Reforma Agraria Jaime Wheelock en G. Invernizzi, F. Pisani y J. Ceberio, *Sandinistas*, Managua: Editorial Vanguardia, 1986, p. 188.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 171-194. El mismo Jaime Wheelock (uno de los nueve comandantes de la Dirección Nacional del FSLN) afirmaba en 1983: "...que la burguesía sólo produzca; que se limite como clase a un papel productivo. Que utilice sus medios de producción para vivir, no como instrumento de poder, de imposición" (Jaime Wheelock, *El gran desafío*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, p. 31).

alejada de las instancias de decisión política- se explica por la doble percepción que el FSLN tenía sobre la realidad de los primeros tiempos de la revolución.

Por un lado Nicaragua salía de la guerra con un coste humano elevadísimo (35.000 muertos, más de 100.000 heridos, 40.000 huérfanos, 150.000 refugiados...) y una economía muy deteriorada: pérdidas materiales superiores a los 480 millones de dólares, evasión de capitales por encima de los 900 millones de dólares, una deuda externa de más de 1.500 millones de dólares, y una caída aguda de la producción algodonera, entonces el sector más dinámico de la economía¹⁶.

En conclusión, la revolución debía comenzar reconstruyendo el país, para lo que se necesitaban profesionales destacados en todas las esferas de la administración pública, y sobre todo era necesario un sólido apoyo internacional. Todo esto empujaba al FSLN a practicar una política de alianzas abierta a todos los sectores de la burguesía, que a su vez debía verse complementada con una política internacional flexible, plural y realmente no alineada.

Por otra parte la rotundidad del triunfo militar del FSLN sobre el somocismo, a partir de la destrucción de la Guardia Nacional, y la extraordinaria popularidad de los sandinistas entre la población alentaron el triunfalismo inicial y la confianza ciega en la victoria de la revolución en toda Centroamérica. Como consecuencias de ello se derivarían la radicalización sandinista de los primeros tiempos (detención temporal de líderes de la oposición, disputas crecientes con la jerarquía católica...), el retraso en la convocatoria de elecciones, los innecesarios y contradictorios enfrentamientos verbales con el gobierno de Estados Unidos durante la presidencia de Carter, y el apoyo logístico a la guerrilla del FMLN salvadoreño.

Este grave error sandinista de sobrevaloración de las propias capacidades y fuerzas en el inicio de la revolución tuvo consecuencias muy negativas para el futuro de la misma dentro y fuera de Nicaragua, y se suma e influye en las decisiones equivocadas adoptadas por el gobierno sandinista al impulsar las políticas internas de la revolución, que analizaré seguidamente.

IV.3. Las políticas internas

Se ha dicho con razón que el gobierno sandinista supeditó reiteradas veces sus decisiones en política interna a consideraciones de política internacional¹⁷. Y se

¹⁶ Veáanse CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, Santiago de Chile: Naciones Unidas, 1981, pp. 16-35 y Orlando Nuñez Soto, *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, op. cit., pp. 82-84.

¹⁷ Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*,

puede constatar cómo los sandinistas mientras estuvieron en el poder, fueron ajustando sus políticas en el interior de Nicaragua, teniendo en cuenta tanto los consejos de sus aliados y amigos en el exterior (por ejemplo en la convocatoria de las elecciones de 1984 y en el proceso de paz de Contadora), como las presiones políticas, económicas y militares de gobiernos opuestos a la revolución nicaragüense, especialmente las presiones de Estados Unidos.

Dicho esto, es necesario remarcar, sin embargo, que fueron precisamente algunos planteamientos de política interior y sobre todo la ejecución de esas mismas políticas los factores que en última instancia influyeron, condicionaron y llegaron a determinar las orientaciones en política exterior, y los logros y fracasos que el gobierno sandinista alcanzó en la esfera internacional.

El contradictorio desarrollo del pluralismo político, el tratamiento que los sandinistas dieron al problema étnico y a la cuestión religiosa, la caracterización de la contrarrevolución y las políticas económicas y sociales son los principales referentes que voy a examinar, intentando reflejar el peso que tuvieron en la política exterior, sin olvidar que se trata de fenómenos muy influidos al mismo tiempo desde instancias exteriores ajenas a la voluntad del gobierno sandinista.

IV.3. 1. El pluralismo político

Junto a la economía mixta y al no alineamiento en política internacional, el pluralismo político fue uno de los tres pilares fundamentales sobre los que el sandinismo proclamó que se asentaba su revolución.

Más allá de la voluntad y de los deseos de los sandinistas, el pluralismo era una consecuencia lógica y obligada de la forma en que se había producido el triunfo sobre la dictadura somocista.

La colaboración -de muy distinto nivel, pero real en cualquier caso- de partidos y sectores de izquierda y derecha en la victoria había quedado reflejada tanto en acuerdos informales previos al 19 de julio, como en el propio Programa de Gobierno, que garantizaba *"el derecho de todos los nicaragüenses a la participación política y al sufragio universal, así como la organización y el funcionamiento de los partidos políticos, sin discriminaciones ideológicas"*¹⁸, pero no fijaba un plazo concreto para la celebración de las elecciones.

Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1992, pp. 401-403.

¹⁸ JGRN, "Programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua", en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit., 1981, p. 105.

En torno a este punto comenzaron las primeras fricciones serias. Mientras que los partidos de la burguesía consideraron enseguida que era necesario convocar elecciones ya en 1980, el gobierno sandinista dio prioridad a la reconstrucción del país destruido por la guerra y a la preparación de la defensa, es decir, a la conformación de un ejército adecuado para repeler las agresiones que se temía podían avecinarse, tomando en cuenta la tradición intervencionista de Estados Unidos en Centroamérica, y especialmente en Nicaragua, y la voluntad insinuada en ese sentido en 1980 por el entonces candidato a la presidencia, Ronald Reagan¹⁹.

Si parece obvio que en los primeros años de revolución las condiciones para convocar unos comicios no eran las mejores debido a la desastrosa situación en que la guerra había dejado a Nicaragua, no es menos cierto que en la decisión del gobierno de postergar las elecciones hasta 1985 intervinieron otros componentes como la indecisión del FSLN sobre el alcance de ese proceso electoral, la desconfianza sandinista sobre la democracia parlamentaria²⁰, y su voluntad de conceder un protagonismo fuerte a las organizaciones de masas, para afianzar así la llamada democracia participativa.

Esa no preferencia inicial por la democracia representativa está perfectamente reflejada en el discurso del ministro sandinista de Defensa, Humberto Ortega, en la clausura de la campaña de alfabetización en agosto de 1980. Ortega, como respuesta a las exigencias de la burguesía, anuncia que las elecciones se celebrarían en 1985, una vez superada la situación de emergencia, y remarca que "*las elecciones de las que nosotros (los sandinistas) hablamos son muy distintas a las elecciones que quieren los oligarcas y traidores, conservadores y liberales, los reaccionarios y los imperialistas... recuerden bien que son elecciones para mejorar el poder revolucionario, pero no para rifar quién tiene el poder, porque el poder lo tiene el pueblo a través de su vanguardia, el Frente Sandinista de Liberación Nacional y su Dirección Nacional*"²¹.

Después de oír esto, no parece extraño que la burguesía dedujera que el FSLN estaba pensando más en elecciones según el modelo de los llamados países socialistas que en elecciones parlamentarias de carácter representativo con la

¹⁹ Ronald Reagan, "Paz y seguridad en los ochenta", discurso ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Chicago, 17 marzo 1980, en *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 305.

²⁰ Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, op. cit., p. 27; Orlando Nuñez Soto, *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, op. cit., p. 213 y Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo Gonzalez Casanova y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, op. cit., p. 396.

²¹ Humberto Ortega, "Discurso en la clausura de la campaña de alfabetización", 23 agosto 1980, en MED/DEI, *Nicaragua triunfa en la alfabetización*, San José, 1981, p. 184.

presencia de varios partidos disputándose el gobierno. Y no eran sólo los discursos, también algunos hechos parecían indicarlo. Al cese de ministros no sandinistas y a la ampliación unilateral del Consejo de Estado en 1980 en detrimento de la burguesía -decisiones del FSLN que abonaban dicha interpretación- se sumaron otros hechos en 1981 que contribuyeron a que se produjera la ruptura política del sandinismo con algunos sectores de la burguesía, que poco después se decantarían por la oposición armada.

En marzo de 1981 manifestaciones populares avaladas por el FSLN²² impedían la concentración pública del Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN), uno de los partidos más dinámicos de la burguesía, cuyo principal dirigente, Alfonso Robelo, miembro de la Junta de Gobierno durante los primeros ocho meses, terminaría convirtiéndose en uno de los líderes de la contrarrevolución.

En julio el gobierno revolucionario promulgaba cuatro decretos-leyes que fueron decisivos tanto para la profundización y defensa de la revolución, como para producir tensiones con la burguesía que los consideraba un atentado contra el principio fundamental de la economía mixta (Vargas situará en esta coyuntura el momento clave de la ruptura de la unidad política nacional²³). Son la primera Ley de Reforma Agraria, la ley contra la descapitalización y los decretos de confiscación de propiedades de las personas ausentes del país durante más de seis meses, o condenadas a más de cinco años de prisión por actividades contrarrevolucionarias.

En septiembre de ese mismo año la detención de cuatro de los principales dirigentes de la principal organización empresarial, el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), que se había manifestado muy crítica con el gobierno sandinista, acentuó la sensación de la burguesía de que el FSLN no estaba dispuesto a permitir la competencia abierta y libre por el poder político.

En una línea coherente con las declaraciones citadas de los comandantes Jaime Wheelock y Humberto Ortega, fueron redactados los dos primeros anteproyectos de la ley de partidos políticos por el FSLN en 1981 y 1982. En ambos estaba ausente, como objetivo de los partidos políticos, la conquista del poder.

Sin embargo un año después se produce un cambio radical en la postura del FSLN que, ya en el tercer borrador aprobado en el Consejo de Estado en agosto de 1983, admite que todos los partidos políticos tienen derecho a acceder al poder.

²² *Barricada*, 16 marzo 1981, p. 1.

²³ Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, op. cit., p. 29.

Varios son los factores que influyen en ese cambio de perspectiva sandinista: el éxito de las fuerzas contrarrevolucionarias al introducirse desde Honduras hasta la profundidad del territorio nicaragüense, adquiriendo una cierta base social campesina²⁴, el abierto y multilateral intervencionismo de la administración Reagan contra la revolución²⁵, el inicio de los primeros síntomas de lo que pronto sería una gravísima crisis económica²⁶, y la conclusión del debate dentro del FSLN, que, dejando atrás las indecisiones, se posicionaba por aceptar con todas sus consecuencias las reglas de juego de la democracia parlamentaria²⁷ y por tanto la posibilidad de que los partidos de la derecha aspiraran a recuperar el poder. También influyen en la decisión sandinista los consejos y presiones de algunos gobiernos latinoamericanos y de partidos de la socialdemocracia internacional, próximos a la revolución nicaragüense desde antes del triunfo²⁸.

El ministro del Interior, Tomás Borge, argumentaba así el cambio de posición del FSLN: "*Este factor geopolítico (la ubicación de Nicaragua en la esfera de influencia inmediata de Estados Unidos) nos ha obligado independientemente de nuestra voluntad al desarrollo del pluralismo político y de la economía mixta. El desarrollo de esta táctica se ha ido convirtiendo en estrategia*"²⁹.

Esta opción por el modelo de democracia representativa significaba el fin de una etapa en la que el FSLN había optado por dar un influyente papel a las organizaciones de masas. Las ilusiones de conformar un modelo democrático distinto, más auténtico y más popular habían terminado³⁰. Por primera vez en un

²⁴ Víctor Santiago Pozas, *La Revolución Sandinista (1979-1988)*, Madrid: Editorial Revolución, 1988, pp.109-112; Raul Vergara Meneses, Jose R. Castro y Deborah Barry, *Nicaragua: país sitiado*, Managua: CRIES, p. 28-32; y Orlando Nuñez, Gloria Cardenal, Amanda Lorío y otros, *La guerra en Nicaragua*, Managua: Editorial Vanguardia, pp. 275-276.

²⁵ El corte de la ayuda económica en marzo de 1981, el apoyo explícito a la contrarrevolución, el boicot a la asistencia financiera a Nicaragua por parte de organismos internacionales, y las múltiples declaraciones amenazantes contra Nicaragua son algunas de las primeras actuaciones de la administración Reagan en contra de la revolución sandinista.

²⁶ César Samillán, "Dinámica de la economía nicaragüense", en *Nicaragua: cambios estructurales y políticas económicas 1979-1987*, Managua: INIES, 1988, pp. 45-66.

²⁷ Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, op. cit., p. 27.

²⁸ Véanse las declaraciones de Tomás Borge a la revista soviética *América Latina*, donde reconoce las presiones de los gobiernos de Contadora "para que Nicaragua se convierta en un régimen democrático-burgués", (*América Latina*, enero 1987, nº 1, p. 39). Sobre los consejos de partidos pertenecientes a la Internacional Socialista véase FSLN. Departamento de Relaciones Internacionales (DRI). *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 14.

²⁹ Tomás Borge, "El nuestro es un proyecto enredado", entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 24, junio-julio 1985, p.8.

³⁰ Eric Weaver & William Barnes, "Opposition Parties and Coalitions", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder, Colorado: Westview Press, 1991, p. 124; Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, op. cit., p. 406.

proceso revolucionario de tradición marxista y triunfante después de una confrontación armada, los dirigentes de la Revolución -bien que en medio de presiones internas y externas- escogían el camino de las "democracias burguesas", atreviéndose a arriesgar en las urnas el poder que habían conquistado con las armas.

Las elecciones de noviembre de 1984 se celebraron en el marco de la ley electoral más democrática hasta ese momento en la historia de Nicaragua³¹. Fue redactada por una comisión del Consejo de Estado, siguiendo los modelos de Venezuela y Costa Rica³²; garantizaba la presencia de todos los partidos políticos en la Asamblea Legislativa que hubieran obtenido un porcentaje superior al 1%, concedía el derecho de voto a las personas mayores de 16 años, y aseguraba la misma ayuda económica por parte del gobierno a todos los partidos políticos e igual tiempo de intervención en radio y televisión³³.

En la contienda electoral participaron siete partidos de todo el espectro ideológico desde la derecha conservadora hasta la extrema izquierda³⁴. Los partidos de derecha agrupados en la Coordinadora Democrática Nicaragüense (CDN) se abstuvieron al considerar que no había suficientes condiciones democráticas, pero en realidad fueron presionados a hacerlo por la administración Reagan, de acuerdo a informaciones de prensa norteamericana³⁵. Su candidato Arturo Cruz, entonces en la nómina de la Agencia Central de Inteligencia (CIA)³⁶, reconocía años más tarde el error de la decisión de abstenerse³⁷.

³¹ Durante el siglo XX Nicaragua había "disfrutado" de cuatro leyes electorales: dos elaboradas durante la ocupación de los marines entre 1912 y 1933 y otras dos durante la dictadura somocista.

³² Andrew A. Reding, "The Evolution of Governmental Institutions", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., pp. 24-26.

³³ IHCA, "Ley electoral: nuevo paso hacia la institucionalización", *Envío*, n° 34, abril 1984, pp. 5b-9b.

³⁴ Participaron por la derecha el Partido Conservador Demócrata (PCD), el Partido Liberal Independiente (PLI), por el centro derecha el Partido Popular Social Cristiano (PPSC), por la izquierda el Partido Socialista Nicaragüense (PSN), el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), y por la extrema izquierda el partido Comunista de Nicaragua (PC de N) y el Movimiento de Acción Popular- Marxista Leninista (MAP-ML).

³⁵ *The New York Times*, 21 octubre 1984, p. 12.

³⁶ Oliver North, (*Contra leader*) *Control*, Secret memorandum for Robert McFarlane. U.S. National Security Council, NSC// ICS 402001, 27 febrero 1985, (P.K.&N.S.A., n° 02375). En este memorandum North propone que Arturo Cruz sea transferido de la nómina de la CIA a otra fuente financiera distinta no oficial, para evitar que ponga en peligro el voto a la ayuda a la contra en el Congreso. Véase también Oliver L. North, *Meeting with (Arturo Cruz, Sr.)*, Secret memorandum for Robert McFarlane. U.S. National Security Council, NSC// ICS-400298, 15 marzo 1985, (P.K.&N.S.A., n° 02401). Oliver L. North informa que se ha reunido con Arturo Cruz para discutir "his funding relationship with the CIA", que en ese momento se concretaba, según el propio North, en 6.000 dólares mensuales.

³⁷ *The New York Times*, 8 enero 1988, p. 3.

Los resultados electorales no fueron los típicos de un gobierno totalitario. Triunfó el FSLN, obteniendo el 47,4% de los votos de las personas inscritas, o el 62,9% de los votos depositados. La oposición obtuvo casi un tercio de los votos emitidos y más de un tercio de los escaños³⁸.

Más allá de los resultados concretos, las consecuencias políticas de las elecciones de 1984 fueron ambivalentes para el gobierno sandinista tanto en relación a su política dentro de Nicaragua, como a su política internacional.

La limpieza de las elecciones fue reconocida por personas y entidades tan diversas como el ex-presidente de Costa Rica, José Figueres, delegaciones de los parlamentos de Irlanda y Gran Bretaña, la Asociación norteamericana de Estudios Latinoamericanos (LASA) y distintas organizaciones internacionales de derechos humanos³⁹. Las irregularidades existentes fueron escasas y se deben contemplar en el contexto de la guerra en que tuvo lugar el proceso electoral, y de la falta de tradición democrática del país.

Positivo asimismo fue el informe de la Internacional Socialista, elaborado por el ex ministro noruego de Defensa Thorvald Stoltenberg⁴⁰. A partir de ese momento algunos dirigentes de la Internacional Socialista, como Felipe Gonzalez, adoptaron una actitud de mayor aproximación hacia el sandinismo.

El abstencionismo protagonizado por los partidos de la CDN sirvió de pretexto al gobierno norteamericano para calificar de farsa todo el proceso electoral y cuestionar el carácter democrático de los resultados⁴¹, descalificación que fue asumida en cierta medida por varios gobiernos de Europa occidental y de América Latina⁴². Como

³⁸ Véase IHCA, "Análisis de los resultados electorales", *Envío*, n° 4, noviembre de 1984, pp.1c-9c.

³⁹ Sobre la limpieza de los resultados electorales véanse Irish Inter-Party Parliamentary Delegation, *The Elections in Nicaragua, November 1984*, Dublin: Irish Parliament, 21 noviembre 1984; *Report of the British Parliamentary Delegation to Nicaragua to Observe the Presidential and National Assembly Elections*, London: British Parliament, noviembre 1984; Latin American Studies Association, *The Electoral Process in Nicaragua*, Austin, Tex.: LASA, 1984; International Human Rights Law Group /Washington Office of Latin America, *A Political Opening in Nicaragua, Report on the Nicaraguan Elections of November 4, 1984*, Washington, diciembre 1984; Canadian Church and Human Rights Delegation, *Nicaragua 1984: Democracy, Elections and War*, Toronto, diciembre 1984; y Americas Watch, *Human Rights in Nicaragua: Reagan, Rhetoric and Reality*, New York: Americas Watch, 1985.

⁴⁰ Véase Thorvald Stoltenberg, *Report to Willy Brandt, President of the Socialist International, on the Nicaraguan Elections, November 4, 1984*, London, 12 noviembre 1984.

⁴¹ El Presidente Reagan calificó a las elecciones de "*farsa al estilo soviético*", antes incluso de que se hubieran celebrado: citado en Steven R. Weisman, "Reagan Predicts Nicaragua Vote Will Be 'Sham'", *The New York Times*, 20 julio 1984, pp. 1 y A4.

⁴² Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo González Casanova y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, op. cit., p. 402.

consecuencia de esto, uno de los objetivos principales de las elecciones -legitimar al gobierno sandinista y a la revolución- no se alcanzaba más que parcialmente.

En Nicaragua las elecciones permitieron a la contrarrevolución aparecer ligada estrecha y públicamente a la oposición cívica de la CDN, y fueron el marco en el que se produjo la ruptura del bloque opositor "patriótico", que hasta 1984 se había mantenido crítico, pero aceptando las líneas básicas de la revolución⁴³.

Pese a todo ello, las elecciones de 1984 suponían, como se apuntaba antes, la primera experiencia de democracia parlamentaria en una revolución radical y el inicio de un proceso de democratización que maduró más en la Constitución vigente desde 1987 y en el proceso electoral de 1990, en el que los sandinistas demostraron su compromiso con el pluralismo político, al aceptar sin demora su derrota electoral⁴⁴.

La Constitución de 1987, de corte presidencialista, consagra el sistema de democracia representativa en Nicaragua, al reconocer la alternancia en el poder en base a elecciones por sufragio universal cada seis años. El texto constitucional -para cuya elaboración por parte de los siete partidos presentes en la Asamblea Legislativa se estudiaron las constituciones de 17 países⁴⁵- garantiza la división de poderes; además del ejecutivo, legislativo y judicial, se reconoce un cuarto poder autónomo: el Consejo Supremo Electoral. Se admiten cinco formas de propiedad (privada, pública, mixta, cooperativa y comunitaria); se garantizan los derechos individuales (a la vida, a la libertad de expresión, de religión, y de movimiento...), los derechos políticos a las personas mayores de 16 años (reunión, manifestación, voto...), los derechos sociales (a la salud, a la educación, a un medio ambiente sano...), los derechos familiares (formar una familia a través del matrimonio o por la unión de hecho, divorcio por mutuo consentimiento o por decisión unilateral, igualdad para todos los hijos...), los derechos laborales (derecho a la huelga, seguridad social, libertad sindical...), y los derechos étnicos (desarrollo de la identidad cultural y de las propias formas de organización social, uso de la lengua propia, derecho a la propiedad comunitaria...)⁴⁶.

⁴³ En este bloque se encontraban el Partido Liberal Independiente, el Partido Socialista de Nicaragua y el Partido Popular Social Cristiano.

⁴⁴ Véase Daniel Ortega, "La democracia, la mayor obra del FSLN", discurso anunciando el respeto a la voluntad popular, *Barricada Internacional*, nº 311, 10 marzo 1990, pp.8-9.

⁴⁵ España, Francia, Alemania Federal, Gran Bretaña, Suecia, Costa Rica, Perú, Argentina, Colombia, Panamá, Venezuela, Cuba, URSS, Hungría, Polonia, Bulgaria y Alemania Oriental.

⁴⁶ Asamblea Nacional de la República de Nicaragua, "Constitución Política", *La Gaceta, Diario Oficial*, Managua, 9 enero 1987.

Tanto los ciudadanos reunidos en asambleas públicas (cabildos)⁴⁷, como los partidos de oposición consiguieron introducir enmiendas importantes, como la aprobación del presupuesto del país por el Parlamento, la introducción de las leyes internacionales de derechos humanos en el texto constitucional, y la definición precisa del carácter nacional del ejército.

La Constitución fue aprobada por la mayoría de los diputados. Además de los sandinistas votaron a favor nueve de los catorce diputados del Partido Conservador de Nicaragua (PCN), cinco de los nueve del Partido Liberal Independiente (PLI), los seis del Partido Popular Social Cristiano (PPSC), los dos del Partido Socialista (PSN) y los dos del Partido Comunista (PC). Sólo votó en contra de la totalidad el Movimiento de Acción Popular-Marxista Leninista (MAP-ML), porque, a su entender, era una Constitución democrático-burguesa⁴⁸.

La administración Reagan y los partidos de la CDN rechazaron la Constitución, puesto que en su opinión el régimen sandinista seguía siendo totalitario. Sin embargo, tres años más tarde esos mismos partidos terminaron aceptándola en el contexto de la preparación de las elecciones de 1990.

Con la elaboración de la Constitución y su posterior desarrollo en cinco leyes fundamentales (ley de Municipalidades, ley de Autonomía para la Costa Atlántica, leyes de Emergencia y de Amparo, y nueva ley electoral) el sandinismo demostró su voluntad de profundizar la democratización del proceso revolucionario, utilizando la Asamblea Nacional como el foro más adecuado para ello. Sin embargo, y siguiendo a Vilas y a Vargas⁴⁹, el FSLN no se libró, en el período 1985-1990, de los modos tradicionales de hacer política fuera del Parlamento. Decisiones claves como las adoptadas en el proceso de paz y negociación en Centroamérica, o el endurecimiento de la política económica, fueron tomadas fuera de la Asamblea Legislativa, cumpliendo ésta la función de ratificarlas a posteriori.

El menosprecio sandinista por la plasmación en leyes de la hegemonía revolucionaria durante los años 80 conllevó consecuencias peores y dió paso a actuaciones frágiles y muy criticadas, cuando el FSLN perdió el poder⁵⁰. Tuvo que

⁴⁷ Se realizaron 73 cabildos, en los que estuvieron presentes unas 100.000 personas; 2.500 presentaron propuestas verbalmente, y 1800 las presentaron por escrito.

⁴⁸ Víctor Santiago Pozas, *La Revolución Sandinista (1979-1988)*, op. cit., p. 256.

⁴⁹ Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo Gonzalez Casanova y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, op. cit., p. 408; Oscar René Vargas, *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, op. cit., p.47.

⁵⁰ Ejemplos patentes de ello fueron el mantenimiento -en sus líneas básicas- del Código de Trabajo de la época somocista, o la falta de reconocimiento legal de los miles de títulos de propiedad entregados a los campesinos en la Reforma Agraria, lo que dió lugar a un problema de una gran inseguridad y a fuertes enfrentamientos sociales después de la derrota electoral de 1990.

producirse la derrota electoral del sandinismo para que en los dos meses hasta el traspaso de poderes al nuevo gobierno de Violeta Chamorro, y con la Asamblea Nacional todavía en ejercicio de su poder legislativo, se aprobara un maratón de nuevas leyes para subsanar el vacío legislativo anterior.

La aceptación por parte del sandinismo de su derrota en las elecciones de 1990 marca un hito histórico en el desarrollo del pluralismo político en Nicaragua. Nunca antes, (salvo un aislado precedente en 1925) se había producido un relevo pacífico en el poder. Y ahora un partido revolucionario se sometía al dictado de los votos y traspasaba el gobierno a los sectores de la burguesía representados por la presidenta Chamorro.

Esta actitud le granjeaba al FSLN una legitimidad internacional de la que había carecido durante sus más de diez años en el gobierno. Esto y la remisión de la guerra justificaban la apuesta sandinista por la democratización del país. Sin embargo, en Nicaragua, a partir de 1990 los problemas políticos y sociales iban a continuar y la crisis económica seguiría presente⁵¹.

Con la derrota de 1990 se desvanecían las esperanzas del sandinismo al convocar las elecciones con el fin de legitimar y consolidar la revolución. Para conseguir estos objetivos la fórmula sandinista se basaba en que unas elecciones libres y limpias, seguidas de su propia victoria, significarían la legitimación internacional de la revolución, el desmantelamiento de la contrarrevolución, y el inicio del fin de la crisis económica al aumentar la cooperación internacional y desaparecer el embargo norteamericano.

⁵¹ Sobre la situación de Nicaragua a partir de la derrota electoral del sandinismo ha aparecido una literatura bastante menos copiosa que la provocada por el triunfo. Pueden, no obstante, destacarse algunas obras que analizan desde una perspectiva crítica y pesimista los profundos cambios ocurridos en el periodo postrevolucionario. Véanse Thomas W. Walker, (ed.). *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*, Wilmington: SR Books, 1997; Oscar-René Vargas, *Entre el laberinto y la esperanza (Nicaragua 1990-1994)*, Managua: Ediciones Nicarao, 1993; y Salvador Martí y Puig, *La revolución enredada: Nicaragua 1977-1996*. Madrid: Los libros de la catarata, 1997, específicamente los capítulos 7 (“Desmantelamiento del Estado revolucionario y la reacción popular”) y 8 (“Descomposición partidaria y debilidad institucional. Las elecciones de 1996”), pp. 163-214). De este mismo autor véase un acertado análisis sobre la evolución del sandinismo después de la derrota electoral de 1990, en Salvador Martí i Puig, “La izquierda centroamericana: ¿renacimiento o debacle?”, en Ana Sofía Cardenal, y Salvador Martí i Puig (eds.). *América Central, las democracias inciertas*, Madrid: Tecnos/Universidad Autónoma de Barcelona, 1998, pp. 90-95. Un detallado e interesante estudio sobre la reconversión del ejército nicaragüense en ese tiempo se encuentra en Roberto J. Cajina, *Transición política y reconversión militar en Nicaragua, 1990-1995*, Managua: CRIES, 1997. Y una visión muy positiva de los cambios en la década de los 90 está planteada en Jose Luis Medal, *Nicaragua: Estrategias de Desarrollo y Políticas de Ajuste (1950-1997)*, Managua: Editora de Arte, 1998, pp. 77-141.

La convocatoria se había producido en el marco centroamericano de las negociaciones de paz, en unos momentos en que, siguiendo a Vilas, la política exterior se había convertido en "*el eje dinámico de la estrategia sandinista, subordinando a ella los demás aspectos de la actividad gubernamental*"⁵².

Sin embargo el error fundamental del FSLN se había producido anteriormente al haber menospreciado aspectos claves de la política interna, menosprecio que precipitó la derrota electoral del sandinismo y el lógico final de su política internacional: la crisis económica, el deseo de paz del pueblo nicaragüense y el desgaste del gobierno del FSLN, provocado también por sus políticas erróneas, daban el poder a quienes se habían opuesto a la revolución por vías cívicas y armadas.

Los factores internos habían terminado imponiendo su ley, aunque Washington también podía felicitarse por haber contribuido desde el exterior a la derrota política del sandinismo. La apuesta por una política internacional dinámica y audaz fracasaba, no por defectos en la proyección de la misma, sino por estar asentada sobre cimientos de política interna que mostraron su endeblez en el enfrentamiento con Estados Unidos.

IV.3. 2. El problema étnico

El tratamiento sandinista del problema étnico fue, en los primeros años, uno de los temas que más desprestigio internacional ocasionó a la revolución, convirtiéndose en uno de los focos de crítica y denuncia mejor utilizados por Estados Unidos en contra de aquella⁵³.

⁵² Carlos M. Vilas, "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo González Casanova, y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, op. cit., pp. 402-3 y 409.

⁵³ Sobre algunos casos constatados de violación de los derechos humanos por parte del ejército sandinista, véanse Organization of American States, Inter-American Commission on Human Rights (OAS-IACHR), *Report on the Situation of Human Rights of a Segment of the Nicaraguan Population Of Miskito Origin*, Washington: General Secretariat, OAS, 16 mayo 1984, p. 129; Americas Watch, *Violations of the Laws of War by Both Sides in Nicaragua, 1981-1985*, New York: Americas Watch Committee, 1985, pp.4-5, y Amnesty International, *Nicaragua: The Human Rights Record*, London, 1986, p. 26.

El caso más evidente de manipulación de la política sandinista en el Caribe por parte de la administración Reagan se produjo cuando el Secretario de Estado, Alexander Haig, acusó a los sandinistas de genocidio durante un testimonio ante el Congreso, mostrando una fotografía en la que se veían varios cadáveres envueltos en llamas. Haig afirmó que eran cadáveres de miskitos masacrados por el gobierno sandinista. Enseguida se supo que la fotografía había sido tomada cuatro años antes, y que recogía la quema de los cadáveres de varias personas asesinadas por la Guardia Nacional de Somoza (*The New York Times*, 3 marzo 1982, p. 5).

Describiendo la política sandinista en la Costa con más objetividad, aunque no sin exageraciones, véanse Bernard Nietschmann, "Statement to the Organization of American States", octubre 1983, en Robert S. Leiken, Barry Rubin (ed.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 271-273; y Shirley Christian, *Nicaragua: Revolution in the Family*, New York: Vintage Books, 1986, pp. 295-309.

En 1979 el FSLN llegó a la Costa Atlántica -habitada por miskitos, criollos, sumos, ramas, garífonas y mestizos- con las mejores intenciones de hacer partícipes de los beneficios de la revolución a los habitantes de aquella zona⁵⁴. Sin embargo, al desconocer casi por completo la realidad de esa otra Nicaragua⁵⁵, los resultados de las acciones iniciales de los sandinistas fueron conflictivos, contraproducentes y en muchos casos desastrosos.

El gobierno sandinista, junto a un pensamiento igualitario en lo social, estaba imbuido de una concepción centralista y uniformadora en cuanto a la conformación del estado y de la nación, así como de unas ideas modernizantes y desarrollistas en lo económico, como base para las transformaciones necesarias en la Costa Atlántica de Nicaragua. La solución a los problemas de esta región debería llegar de su integración al resto de Nicaragua⁵⁶ y del desarrollo y progreso económico de la zona⁵⁷.

La autoafirmación de su identidad étnica por parte de los pueblos del Caribe nicaragüense -a raíz y en la efervescencia del triunfo revolucionario- y las consiguientes exigencias que de tal anhelo se derivaban, fueron malinterpretadas por las autoridades centrales de Managua como un proyecto separatista⁵⁸, y por tanto fueron negadas, y además fueron reprimidos algunos de sus principales líderes, originándose un conflicto que no se cerraría hasta las postrimerías de la década.

La inicial respuesta militar del gobierno sandinista al complejo problema de las reivindicaciones étnicas fue aprovechada por la administración Reagan para hacer

⁵⁴ No hay acuerdo en las cifras sobre la población de la Costa Atlántica. Mientras el Centro de Investigación y Documentación de la Costa Atlántica daba los siguientes datos en diciembre de 1981: 80.000 miskitos, 30.000 negros creoles, 8.000 sumos, 1300 garífonas, y 120.000 mestizos, la organización indígena MISURASATA proporcionaba al gobierno nicaragüense a finales de 1979 unas cifras bastante distintas: 120.000 miskitos, 80.000 negros creoles, 10.000 sumos y 50.000 mestizos: véase Roxanne Dunbar Ortiz, *La cuestión miskita en la revolución nicaragüense*, México, DF: Editorial Línea, 1986, p. 25.

⁵⁵ El propio ministro del Interior Tomás Borge lo admitía años más tarde: "*Nosotros desconocíamos los rudimentos de la problemática étnica; nuestros cuadros y funcionarios actuantes en la Costa Atlántica, no por mala voluntad, por supuesto, sino por causas objetivas, eran verdaderos eruditos en el desconocimiento de la antropología*", (Tomás Borge, "Discurso inaugural en el Simposio Internacional sobre el Estado, Autonomía y Derechos Indígenas (13-15 julio 1986)", en Comisión Nacional de Autonomía, *Cerca de la Vigilia. Memorias de un sueño: autonomía de la Costa Atlántica*, Managua: Editorial Nuevo Amanecer, 1986, p. 25).

⁵⁶ Véase Programa del Gobierno de Reconstrucción Nacional, en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit., p. 114.

⁵⁷ Tomás Borge, "Había que rescatar la patria...", entrevista de Patricia Obregón en *Pensamiento Propio*, n° 64, octubre 1989, p. 30. Sobre los problemas causados por la aplicación unilateral y esquemática de esta concepción desarrollista véase Carlos M. Vilas, *Estado, clase y etnicidad: La Costa Atlántica de Nicaragua*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 246-258.

⁵⁸ Uriel Vanegas, y Hazel Law, dirigentes miskitos, entrevista en IHCA, *Envío*, n° 87, sept-oct.1988, pp. 14 y 23; Tomás Borge, "Intervención ante los Comités de Defensa Sandinista", 26 febrero 1981, en *Los Primeros Pasos: la revolución popular sandinista*, México DF: Siglo XXI Editores, 1988, pp. 133.

del problema indígena uno de los soportes más sólidos de su ofensiva propagandística en contra del sandinismo⁵⁹.

Tras varios años de enfrentamientos militares, el gobierno sandinista dio un giro sustancial a partir de 1984, reconociendo algunos de sus errores e incluso la justicia del alzamiento indígena⁶⁰. El cambio de política se tradujo en negociaciones directas con las organizaciones armadas indígenas y en el desarrollo de un proyecto de autonomía para toda la Costa Atlántica.

Esta nueva política supuso el regreso de miles de indígenas refugiados en Honduras, la incorporación de muchos habitantes de la zona tanto a las estructuras militares, como a puestos de responsabilidad gubernamental y una creciente pacificación del área.

Todo ello no fue suficiente, sin embargo, para disipar por completo la desconfianza, el recelo y los resentimientos provocados por los años de guerra abierta, quedando aún abierto el espacio del enfrentamiento. Y así, alentados y sostenidos por Washington se mantuvieron activos algunos grupos armados como YATAMA hasta la víspera del proceso electoral de 1990. Pero ni siquiera esto impidió que se dieran algunos pasos importantes tanto en la pacificación de la zona, como en la recuperación de la identidad política y cultural de las etnias que allí vivían.

Los resultados fueron positivos: a diferencia del resto de los enfrentamientos armados que asolaban Nicaragua, el conflicto de la Revolución con los pueblos de la Costa Atlántica había entrado en vías de solución a partir de la aprobación de la Ley de Autonomía en 1987. Esta ley significaba la aceptación sandinista del carácter multiétnico de la nación nicaragüense, comenzaba a materializar los anhelos de la Costa y se erguía como una esperanza y un paradigma para otros pueblos indígenas de América Latina⁶¹.

Así mismo la autonomía para las dos regiones de la Costa Atlántica le arrebató la iniciativa a Estados Unidos y rompía su campaña propagandística contra la

⁵⁹ Martin Diskin, "The Manipulation of Indigenous Struggle", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 80-96.

⁶⁰ Tomás Borge declaraba en un discurso en 1986: " *En gran medida la lucha de los miskitos ha sido por los justos derechos de la Costa Atlántica... la mayoría de los hombres que se levantaron en armas lo hicieron por sus derechos*", citado en *NACLA*, vol. XXV, n° 3, diciembre 1991, p. 27.

⁶¹ IHCA, "Ley de Autonomía: un camino nuevo en la Costa", *Envío*, Especial Elecciones, 1989, pp. 40-59.

revolución nicaragüense por los supuestos abusos masivos de los derechos humanos en esta región⁶².

De los graves errores iniciales -con un alto coste político para la revolución y sobre todo con un alto coste humano y económico para la propia Costa- el FSLN en este caso había sabido evolucionar a las posiciones autonomistas que otorgaban un cierto autogobierno a los pueblos costeños y le proporcionaban una estima internacional por el nuevo tratamiento a la cuestión indígena. Un tratamiento -la autonomía y el autogobierno- desconocido en otros países de América Latina con poblaciones indígenas mucho más numerosas. Un tratamiento que, entre el "olvido" de Estados Unidos y la indiferencia internacional, sería orillado durante el gobierno de Violeta Chamorro⁶³.

IV. 3. 3. La cuestión religiosa

Las políticas de enfrentamiento con la jerarquía católica seguidas preferentemente durante buena parte de la década por el gobierno sandinista se tornaron contraproducentes para la propia revolución. En un país de una religiosidad tan tradicional como Nicaragua los ataques a la jerarquía - poder espiritual refrendado por el Papa Juan Pablo II una y otra vez⁶⁴- terminaron dañando la propia credibilidad del sandinismo -poder temporal vinculado por sus enemigos al comunismo ateo y soviético-, y proporcionaron a Estados Unidos algunas de sus mejores armas en contra del proceso revolucionario nicaragüense⁶⁵.

De una posición inicial contradictoria vacilando entre el apoyo claro a la revolución⁶⁶ y la denuncia de los posibles peligros de totalitarismo del FSLN como partido gobernante⁶⁷, la jerarquía católica pasó a posicionarse de forma progresiva

⁶² Varias organizaciones de derechos humanos habían señalado que no existía una política sandinista de violación de los derechos humanos en la Costa, sino tan sólo algunos hechos aislados y limitados a los primeros años: Americas Watch, *The Miskitos in Nicaragua: 1981-1984*, op. cit., pp.17-18; Amnesty International, *Nicaragua: The Human Rights Record*, op. cit., p. 30.

⁶³ "Autonomía herida de muerte", *Barricada Internacional*, n° 338, junio 1991, pp. 20-21, y "Sandinistas del Caribe Sur: manteniendo la mística", *Barricada Internacional*, n° 363, julio 1993, p. 17-18.

⁶⁴ El apoyo a los obispos fue uno de los ejes principales en la homilía de Juan Pablo II en Managua durante su visita el 4 de marzo de 1983: véase texto de la homilía en IEPALA, *El Papa en Nicaragua*, Madrid: IEPALA Editorial, 1983, pp. 295-299.

⁶⁵ IHCA, "La cosecha de los ochenta", *Envío*, n° 112-113, marzo 1991, p. 5; y Betsy Cohn, y Patricia Hynds. "The Manipulation of the Religion Issue", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan Versus the Sandinistas*, op. cit., pp. 97-122.

⁶⁶ Conferencia Episcopal de Nicaragua, "Carta Pastoral del episcopado nicaragüense", 17 noviembre 1979, en *Nicarahuac*, n° 5, abril-junio 1981, pp. 70-84.

⁶⁷ Conferencia Episcopal de Nicaragua, *Mensaje de la Conferencia Episcopal al pueblo católico y a todos los nicaragüenses*, 31 julio 1979, Managua, mimeo.; *Carta abierta a la Dirección Nacional del Frente Sandinista*, 17 octubre 1980, Managua, mimeo.

primero a favor de la oposición política al FSLN, representada por los partidos de la burguesía, y más tarde también en pro de los "alzados en armas" en contra de la revolución⁶⁸. Solamente en los últimos años de la década los obispos nicaragüenses redujeron su actitud opuesta a la revolución, presionados por el Vaticano que percibía la falta de perspectiva de una victoria militar sobre el sandinismo y la posible consolidación del gobierno del FSLN.

El posicionamiento de la jerarquía católica se comprende, conociendo la caracterización que aquella había hecho del sandinismo y de la revolución. Para la jerarquía el gobierno sandinista era *"un gobierno marxista-leninista... irremisiblemente comprometido con la destrucción de la Iglesia..., en síntesis, un enemigo"*, y por lo tanto *"la Iglesia no debe confiar en el gobierno ni tomar sus palabras como garantía de nada"*. Además de su maldad intrínseca, *"el gobierno sandinista es más débil que los demás regímenes comunistas"*, y por ello, reversible. Para conseguir tal objetivo se necesitaba la confrontación abierta, calificada por la jerarquía como *"una estrategia basada en el fortalecimiento, la unidad y la firmeza"*⁶⁹.

Teniendo en cuenta este análisis se puede entender el papel desempeñado por la jerarquía y principalmente por su personaje más representativo, el cardenal Obando, quien se mostró durante la mayor parte del período revolucionario como la principal "fuerza política" de oposición al régimen sandinista⁷⁰. En ese contexto se explican la interpretación que la jerarquía hizo del servicio militar obligatorio como una actividad partidista, y su defensa de la objeción de conciencia⁷¹, y se comprenden su propuesta de diálogo entre la contra y el gobierno ya en abril de 1984⁷², su negativa reiterada a condenar al gobierno de Estados Unidos como agresor, aún después de que éste fuera declarado culpable de agresión por la Corte Internacional de Justicia de La Haya, o en todo caso su condena general a la intervención de las dos superpotencias en Nicaragua⁷³. Y desde esa concepción se entiende también su

⁶⁸ Conferencia Episcopal de Nicaragua, *Carta Pastoral del Episcopado Nicaragüense sobre la reconciliación*, Managua, 22 abril 1984, mimeo.

⁶⁹ Documento sin título reproducido bajo el epígrafe "Así fue asesorado el Papa: un documento clave", en IEPALA, *El Papa en Nicaragua*, op. cit., pp.171-3.

⁷⁰ Un estudio crítico de su trayectoria durante la época revolucionaria se encuentra en Irene Selser, *Cardenal Obando*, Centro de Estudios Ecueménicos, México DF, 1989.

⁷¹ *La Prensa*, 1 septiembre 1983, p.1.

⁷² Conferencia Episcopal de Nicaragua, *Carta Pastoral del Episcopado Nicaragüense sobre la reconciliación*, op.cit. .

⁷³ Pablo Vega, presidente de la Conferencia Episcopal, entrevista en *Barricada Internacional*, n° 211, 10 julio 1986, p. 14.

denuncia del gobierno sandinista como totalitario, y como un gobierno que "persigue" sistemática y sutilmente a la Iglesia y a la religión⁷⁴.

La revolución sandinista, sin embargo, seguía contando con un fuerte apoyo entre algunos sectores cristianos: había triunfado gracias, entre otras razones, a la presencia masiva de cristianos en los momentos de la insurrección. Cientos de cristianos militaban en las filas del sandinismo, y cristianos eran algunos de los miembros del gobierno revolucionario⁷⁵.

La diferencia fundamental de estos cristianos con la jerarquía católica se centraba en su identificación con la teología de la liberación y en su pertenencia no formal a la llamada iglesia popular o iglesia de los pobres, corriente de la Iglesia Católica que en toda América Latina se había decantado por cambios profundos en la sociedad, y en Nicaragua había apostado por dar su apoyo a la revolución⁷⁶.

Al producirse el triunfo revolucionario en Nicaragua, muchos de estos cristianos y algunos sacerdotes desde sus puestos de responsabilidad en el gobierno ejercían una atracción indudable entre el pueblo a favor de la revolución, chocando con la visión negativa de la jerarquía, que además los consideraba como un reto intolerable para su propio magisterio⁷⁷. Y de ahí el empeño de los obispos por dismantelar la fuerza de estos grupos, lo cual conllevaría restar credibilidad a la revolución dentro y fuera del país.

El Frente Sandinista era uno de los primeros partidos triunfantes en una revolución, que, si bien tenía raíces y formación marxistas, no sólo no se planteaba el acoso ni la destrucción de la religión⁷⁸, sino que reconocía el hecho, constatado en su propia historia, de la armonía entre la conciencia y la práctica revolucionaria por un lado y el pensamiento y la praxis cristiana por otro, admitía incluso desde el primer momento la militancia de los cristianos en sus propias filas, y desde una dimensión

⁷⁴ Monseñor Bosco Vivas, vicario general de Managua, entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 61, julio 1989, p.51; y "Así fue asesorado el Papa: un documento clave" en IEPALA, *El Papa en Nicaragua*, op. cit., pp. 166-8.

⁷⁵ Miguel D'Escoto, ministro del Exterior y religioso maryknoll, Fernando Cardenal, ministro de Educación (1985-1990) y jesuita, Ernesto Cardenal, ministro de Cultura y religioso trapense. Eran católicos practicantes Miguel Vigil, ministro de Vivienda, Reinaldo Tefel, ministro de Bienestar Social, Carlos Tunnerman, ministro de Educación (1979-1985), y embajador en Washington, y Emilio Baltodano, contralor general de la República.

⁷⁶ IHCA, "La Iglesia de los pobres en Nicaragua", *Envío*, nº 58, abril 1986, pp. 1c-18c.Una

⁷⁷ Michael Dodson, "Religion and Revolution" en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 173.; Denis Gilbert, *Sandinistas*, Cambridge, MA: Basil Blackwell, 1988, p. 138

⁷⁸ FSLN, " Cap. VIII. Respeto a las creencias religiosas", *Programa histórico del FSLN (1969)*, reeditado en Managua, 1981, pp. 28-9; "'Seventy-two Hours' Document, (September 1979)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 222.

global planteaba que nadie podía "ser discriminado en Nicaragua por profesar públicamente o difundir sus creencias religiosas"⁷⁹.

Sin embargo, y pese a estas concepciones y a que en un primer momento la opción sandinista se orientó hacia el diálogo, el gobierno revolucionario en muchas ocasiones reaccionó con acritud y radicalidad ante los posicionamientos, las críticas y las denuncias de la jerarquía católica, interpretándolas como la expresión política de una fuerza poderosa empeñada en la reversión de la experiencia revolucionaria.

Las duras expresiones de algunos dirigentes sandinistas o del propio gobierno en los momentos de mayor tensión⁸⁰, las campañas de los medios de comunicación en contra de algunos obispos recordando sus antiguas buenas relaciones con Somoza y sacando a la luz sus conexiones con organizaciones próximas al gobierno norteamericano⁸¹, la identificación de aquellos con la política de agresión de Estados Unidos, el cierre del semanario "Iglesia" y de la emisora "Radio Católica", la expulsión de sacerdotes extranjeros y del propio obispo nicaragüense Pablo Vega fueron algunas de las acciones más conflictivas ejecutadas por el sandinismo en contra de la jerarquía católica.

De acuerdo con el Informe de la Comisión de Justicia y Paz de los dominicos de España⁸² estos hechos no serían sinónimos de persecución religiosa, sino que, al igual que señala Gilbert⁸³, en todo caso se podría hablar de persecución política en el contexto de la confrontación entre dos instancias que pugnaban por un mismo espacio.

⁷⁹ FSLN, "Comunicado oficial de la Dirección Nacional del FSLN sobre la religión", *Nicarauac*, n° 5, abril-junio 1981, p. 94. Una descripción favorable de la aproximación sandinista a la religión y del papel jugado por los cristianos en el proceso revolucionario se encuentra en Margater Randall, *Cristianos en la revolución*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983; en Teófilo Cabestrero, *Ministros de Dios, Ministros del Pueblo*, Managua: Ministerio de Cultura, 1983; en Giulio Girardi, *Sandinismo, marxismo, cristianismo en la nueva Nicaragua*, México D.F.: Ediciones Nuevomar, 1986; y en Pedro Casaldaliga, *Nicaragua: Combate y profecía*, Madrid: Ayuso /Misión Abierta, 1986.

⁸⁰ JGRN, "Comunicado de respuesta al mensaje episcopal sobre la Costa Atlántica", en Ana María Ezcurra, *Agresión ideológica contra la Revolución Sandinista*, México DF: Ediciones Nuevomar, 1983, pp. 242-6; Gobierno de Nicaragua, "Comunicado de expulsión de Nicaragua del obispo Pablo Vega", *Barricada Internacional*, n° 211, 10 julio 1986, p.13; Miguel d'Escoto, "Homilía, (28 febrero 1986)", *Amanecer*, n° 40-42, enero-mayo 1986, pp.30-31.

⁸¹ IHCA, "Ruptura o diálogo: La Iglesia Católica en Nicaragua (cronología: diciembre 83-julio 84)", *Envío*, n° 38, agosto 1984, pp. 6c-9c."

⁸² "Informe de la Comisión de Justicia y Paz de Dominicanos españoles", *Amanecer*, n°30-31, noviembre-diciembre 1984, pp.12-13; véase la declaración, en el mismo sentido, del secretario general de los dominicos, Juan Manuel Pérez, citada en Pedro Casaldaliga, *Nicaragua: Combate y profecía*, op. cit., p.172.

⁸³ Denis Gilbert, *Sandinistas*, op. cit., p. 151.

Sin embargo las políticas sandinistas -por muy justificadas que estuvieran en el marco de la agresión de Estados Unidos- tuvieron consecuencias muy negativas para la revolución. En Nicaragua fueron vistas por una parte considerable del pueblo como un ataque directo a los obispos y al propio Papa, y por ello atentatorias contra la propia religiosidad popular, muy arraigada en los símbolos de autoridad que aquellos representaban. En el exterior fueron presentadas sobre todo por Estados Unidos como una prueba palpable del carácter totalitario de la revolución sandinista, proporcionando así un sólido argumento a la cobertura de los ataques ideológicos de la administración Reagan contra el sandinismo⁸⁴.

No sería ajustado este análisis, si no se dejara señalado, como antes apunté, que, aunque una parte amplia del pueblo nicaragüense se pudo sentir ofendida por las medidas sandinistas en contra de la jerarquía y esto dañó la imagen de la revolución fuera de Nicaragua, otros sectores nicaragüenses, también numerosos y también cristianos, interpretaron el enfrentamiento gobierno-jerarquía católica como un problema político motivado por el posicionamiento claro de los obispos en contra de la revolución⁸⁵. Asimismo numerosos grupos y asociaciones de cristianos en el exterior, laicos, religiosos, sacerdotes y obispos se manifestaron de manera pública en favor del derecho del pueblo nicaragüense a la autodeterminación y en contra de la agresión promovida por Estados Unidos⁸⁶.

Sin duda la prueba más evidente de que el enfrentamiento entre la jerarquía católica y el gobierno revolucionario se produjo ante todo en el plano político fue el florecimiento religioso que se vivió en Nicaragua en los años 80. Este auge se dio en la Iglesia Católica⁸⁷, y aún más en las Iglesias Evangélicas que, en general, se habían mostrado menos hostiles al proceso revolucionario. La influencia de estas últimas en la población pasó de un 5% a un 15%⁸⁸. Su mayor proximidad a la problemática de la gente pobre, su carencia de lazos visibles con la burguesía -evidentes en la jerarquía católica-, y su mayor capacidad de proselitismo se encuentran en la base de dicho crecimiento.

⁸⁴ Ronald Reagan, *Address by the President to the Nation*, The White House, Office of the Press Secretary, 24 junio 1986, pp. 2-3, (P.K. & N.S.A., n° 02329).

⁸⁵ IHCA, "La Iglesia de los pobres en Nicaragua", op. cit., pp.4c-9c.

⁸⁶ "Carta de 35 obispos y pastores de América Latina y África al pueblo de Nicaragua", *Amanecer*, n° 45, noviembre-diciembre 1986, p.15; Consejo Mundial de Iglesias, "Declaración sobre Nicaragua", *Amanecer*, op. cit., p.16; "Carta a las comunidades cristianas y pueblo de Nicaragua del primer Coloquio Teológico Dominicano Internacional", *Amanecer*, op. cit., pp.16-17. Un texto de decidido apoyo a la revolución nicaragüense es el ya citado del obispo brasileño de Sao Felix, Pedro Casaldaliga, *Nicaragua: Combate y profecía*.

⁸⁷ *Amanecer*, op. cit., p. 20.

⁸⁸ Michel Dodson, "Religion and Revolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 181.

Claroscuros, pues, en el tratamiento del problema religioso en un contexto revolucionario. Los sandinistas establecieron una relación positiva con el mundo religioso cristiano -hecho acaecido por primera vez en una revolución social en el siglo XX-, abriendo perspectivas de colaboración entre ambos universos y alentando las esperanzas de millones de personas en América Latina de que tal cooperación pudiera madurar en el futuro. Pero al mismo tiempo los sandinistas no supieron desprenderse de los últimos residuos de una cultura anticlerical enraizada en una larga -y muchas veces justificada- tradición del pensamiento de izquierdas. Error que fue utilizado con habilidad por la Administración Reagan para desprestigiar a la revolución nicaragüense.

IV. 3. 4. La visión unilateral sobre la contra

Quizás ningún otro aspecto pesó tanto en el desarrollo conflictivo de la revolución y en los esfuerzos realizados en política exterior por el gobierno sandinista, como la presión ejercida por los grupos "contras" que comenzaron a enfrentarse con las armas al proyecto revolucionario ya en 1980⁸⁹.

Durante la mayor parte de la década de los ochenta los líderes sandinistas calificaron a estos grupos como "*somocistas*", "*genocidas*" y "*mercenarios*", caracterizando el enfrentamiento con ellos como una guerra de agresión externa, impuesta por Estados Unidos⁹⁰. En coherencia con este análisis, el gobierno

⁸⁹ La postura gubernamental sobre la contrarrevolución se puede ver en los dossiers del Centro de Comunicación Internacional, en las separatas 1 y 7, tituladas "La derrota de la contrarrevolución: datos básicos 1981-1985", y "Los 'Paladines de la libertad': el retorno de la Guardia Somocista", *Nicaragua: 1986*, Managua, 1986; y la separata "El revés de la contrarrevolución: Un balance, 1985-1987", *Nicaragua 1987*, Managua, 1987. Próximos a la posición sandinista se hallan los análisis del Instituto Histórico Centroamericano (IHCA), "La invasión ya no es silenciosa", *Envío*, n° 22, abril 1983, pp.9-21; "Los contrarrevolucionarios, ¿paladines de la libertad?", *Envío*, n° 29, 1983, pp. 1b-8b;"Los contras: una derrota anunciada", *Envío*, n° 68, febrero 1987, pp. 11-43; "Los contras de Franklin, ¿Cuál será su futuro?", *Envío*, n° 105, julio 1990, pp. 19-35. Una visión más cercana a la contrarrevolución, pero no identificada con ella, se puede encontrar en Christopher Dickey, *With the Contras*, New York: Simon&Schuster, 1987; Sam Dillon, *Comandos: the CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, New York: Henry Holt and Company, 1991. Una aproximación favorable a la causa contrarrevolucionaria, se halla en Jaime Morales Carazo, *La contra*, México D.F.: Planeta, 1989, y en Glenn Garvin, *Everybody Had His Own Gringo: The CIA & the Contras*, New York: Brassey's Inc., 1992.

⁹⁰ Véanse Humberto Ortega, "La defensa es una tarea del pueblo", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 13, 26 marzo 1982, pp. 5-7; "Todo el país a empuñar el fusil" (declaración oficial), *Barricada Internacional*, n° 117, 11 junio 1984, pp. 6-7; "Los erróneos cálculos de la CIA", declaraciones en *Barricada Internacional*, n° 184, 28 noviembre 1985, p.2 archivo; "La guerra se desplaza a las fronteras", (balance de la situación militar), *Barricada Internacional*, n° 188, 16 enero 1986, p. 4. Daniel Ortega, "Reagan: el que agrede a Nicaragua", extractos del discurso en el III aniversario de la Revolución Sandinista, Masaya, (19 julio1982), *Barricada Internacional*, n° 26, 2 agosto 1982, p. 7; "Preparan nueva escalada militar" (declaración oficial), *Barricada Internacional*, n° 61, 2 mayo 1983, pp. 6-7; "Es posible hacer una revolución en Centroamérica", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 72, 18 julio 1983, pp. 5-8. Miguel D'Escoto, "Yo quisiera preguntarle a los Estados Unidos...", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 68, 20 junio 1983, pp. 3-5 archivo. Dirección Nacional del FSLN, "Aunque sea no declarada, es una guerra", (declaración oficial), *Barricada Internacional*, n° 58, 11 abril 1983, pp. 6-7. Y la propia Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, "1982: Unidad frente a la agresión", (saludo de Año Nuevo), *Barricada Internacional*, n° 10, 30 enero 1982, p. 2; "Declaratoria de Estado de Emergencia", *Barricada Internacional*, n° 40, 15 noviembre 1982, pp. 6-7; "Once puntos para la paz", (declaración oficial), *Barricada Internacional*, n° 62, 9 mayo 1983. p.5.

sandinista se negó de manera sistemática a dialogar con la contra, por considerarla un mero instrumento de la política norteamericana para derribar a la revolución a un bajo costo⁹¹.

Esta percepción del conflicto, bien proyectada y difundida por el gobierno sandinista, le granjeó a la revolución una cierta simpatía y apoyo en los escenarios internacionales -con más éxito entre la población que en los círculos dirigentes- y fue refrendada en parte por el dictamen de la Corte Internacional de Justicia de la Haya, al condenar en junio de 1986 la política intervencionista de la administración Reagan con respecto a Nicaragua⁹². Sin embargo esa misma caracterización se mostró insuficiente para explicar las razones por las que miles de campesinos -pequeños y medianos propietarios- se unieron a la contrarrevolución⁹³, llegando a constituir "*un movimiento claramente campesino*", como reconoció en 1990 el dirigente sandinista Luis Carrión⁹⁴.

Esa visión unilateral del enfrentamiento entre los miles de soldados del ejército popular sandinista y los miles de combatientes de la contrarrevolución no ayudó tampoco a corregir los graves errores, abusos y limitaciones de las políticas que el sandinismo había intentado impulsar en el campo⁹⁵.

Los intentos sandinistas de rectificar, a partir de 1985, su política agraria y comercial, y de castigar los abusos contra los campesinos resultaron tardíos e

⁹¹ "En cualquier momento puede producirse la invasión". Entrevista propia, *Tiempo*, 8 julio 1985, pp. 106-107. Al siguiente año Daniel Ortega aún afirmaba: "*Nunca negociaremos con la contrarrevolución. Estamos preparados para negociar y discutir con el jefe de los contras, Ronald Reagan y sus funcionarios*" (*Barricada*, 3 abril 1986, p. 3). Era la misma línea sostenida desde los primeros años de la guerra: "*No tenemos nada que hablar con mercenarios y fuerzas artificiales alimentadas por Estados Unidos después del triunfo de la Revolución Popular Sandinista*", (*Barricada*, 11 noviembre 1983, p. 5). Idénticas posiciones fueron expresadas por otros dirigentes sandinistas. Véanse Tomás Borge: "*Vamos a dialogar con ellos (los contras), cuando los señores del COSEP nos digan exactamente cuántas arenas tiene el mar, y cuántas estrellas tiene el cielo*", (*Barricada*, 28 abril 1985, p. 3), y Sergio Ramírez: "*Ni diálogo con los mercenarios ni amnistía para los guardias que asesinaron al pueblo*", (*Barricada*, 22 septiembre 1987, p. 1).

⁹² Véase International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua versus United States of America), 27 June 1986", *International Legal Materials*, vol. XXV, n° 5, septiembre 1986, pp. 14-150.

⁹³ En 1990, según el informe final del organismo de la ONU, ONUCA, se desmovilizaron 22.227 personas pertenecientes a la contrarrevolución. Véase IHCA, "Los contras de Franklin: ¿cuál será su futuro?", *Envío*, n° 105, julio 1990, p.21.

⁹⁴ Luis Carrión, miembro de la Dirección Nacional del FSLN, "Revisión a fondo en el FSLN", entrevista de Sergio de Castro en *Barricada Internacional*, n° 319, 30 junio 1990, p.6.

⁹⁵ Reconociendo errores y abusos en su política hacia el campo, véanse las declaraciones de varios destacados dirigentes sandinistas: Humberto Ortega, "Los erróneos cálculos de la CIA", declaraciones en *Barricada Internacional*, n° 184, 28 noviembre 1985, p. 3 archivo; Daniel Ortega, "En defensa del poder...", extractos del discurso ante representantes de la sociedad civil, *Barricada Internacional*, n° 271, 30 junio 1988, p. 7; Luis Carrión, *Barricada Internacional*, n° 319, op. cit., p. 6; y Dora María Téllez, "El fin del fetiche", entrevista de Irene Selser en *Pensamiento Propio*, n° 82, julio 1991, pp. 28-31.

insuficientes para evitar la ruptura de una buena parte del campesinado con la revolución⁹⁶.

La derrota electoral de 1990 -aplastante en algunas regiones donde el ejército contrarrevolucionario había tenido sus bases más estables- es sólo un indicio de hasta qué punto la incapacidad del FSLN para captar la naturaleza campesina de la contrarrevolución, y su valoración del conflicto como una guerra de agresión externa habían contribuido al autoengaño del sandinismo y de sus simpatizantes dentro y fuera de Nicaragua acerca del apoyo masivo del pueblo nicaragüense al proyecto sandinista.

La interpretación del FSLN no fue asumida por amplios sectores del pueblo, que vieron el enfrentamiento interno como un conflicto entre dos concepciones políticas e ideológicas antagónicas, y entre dos bandos, cada uno de los cuales con sus apoyos internacionales correspondientes. En suma estos sectores consideraron siempre la guerra como una guerra civil que debía concluirse, y las elecciones de 1990 les proporcionaron una oportunidad extraordinaria para contribuir a que ello ocurriera.

Hoy está documentado que la contrarrevolución fue impulsada, dirigida, y financiada por la administración Reagan y por último dejada de lado por la administración Bush⁹⁷. Pero asimismo es ampliamente admitido que en el origen de la contrarrevolución, en su crecimiento y en su derrota (relativa) fueron decisivas por un lado las políticas sandinistas implementadas en las zonas rurales y su estrategia militar, y en menor medida la pugna abierta entre el gobierno y la jerarquía católica⁹⁸.

Por otro lado, el movimiento contrarrevolucionario -compuesto por miles de campesinos resistentes al proyecto sandinista y a la vez dirigido en sus líneas maestras por Estados Unidos- encontró en su contradictoria naturaleza la fuerza para

⁹⁶ Sobre la rectificación de las políticas sandinistas en el campo, véanse William I. Robinson y Kent Norsworthy, *David and Goliath: The U.S. War against Nicaragua*, Monthly Review Press, New York, 1987, pp. 252-280; Deborah Barry, y Rodolfo Castro, "Del asedio a la inserción", *Pensamiento Propio*, n° 61, julio 1989, pp. 12-13; IHCA, "Los contras: una derrota anunciada", *Envío*, n° 68, febrero 1987, pp. 35-36, e IHCA, "Más cerca de la paz: 3 mil días de revolución", *Envío*, n° 73, julio 87, pp. 25-26. En general estos análisis son muy benevolentes con las medidas sandinistas, a las que conceden una eficacia que no llegaron a alcanzar.

⁹⁷ El documento más contundente al respecto es la declaración jurada de Edgar Chamorro, ex-miembro del Directorio político de la Fuerza Democrática Nicaragüense, ante la Corte Internacional de Justicia de la Haya: véase texto completo en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua, Unfinished Revolution. The New Nicaragua Reader*, New York: Grove Press, 1986, pp. 235-246. Una amplia y extraordinaria información al respecto se encuentra en Sam Dillon, *Comandos: the CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, op. cit. .

⁹⁸ El trabajo más explícito en este sentido es el del sandinista Alejandro Bendaña, *Una tragedia campesina. Testimonios de la resistencia*, Managua: Editora de Arte, S.A., 1991. Con una interpretación en parte similar, pero enmarcada en un contexto más amplio, véase la obra colectiva editada por el también sandinista Orlando Nuñez, *La guerra en Nicaragua*, Managua: CIPRES, 1991.

crecer, y al mismo tiempo la debilidad, que terminó llevándolo al fracaso de su primer objetivo: el derrocamiento del gobierno sandinista. La contrarrevolución careció siempre de un programa alternativo propio y de carácter nacional, y fue dependiente de Estados Unidos en la logística e incluso en la dirección de sus estrategias y de sus propias estructuras⁹⁹.

Los sandinistas, con la firma del acuerdo de Esquipulas en agosto de 1987 y sobre todo con el diálogo iniciado con el directorio de la contra o Resistencia Nicaragüense en marzo de 1988, admitieron, de forma implícita, el error de sus análisis previos, y cambiaron su aproximación intransigente y unilateral al fenómeno del movimiento contrarrevolucionario, reconociendo la beligerancia y la autonomía relativa del mismo.

¿Este giro que precipitó el inicio del desbloqueo del conflicto político-militar y abrió el camino a la celebración de las elecciones de 1990 pudo haberse producido antes?. Difícilmente, pues ambas partes -sandinistas y contras- tuvieron que ser convencidos por la inexorable fuerza de los hechos internos y externos para cambiar su actitud.

Esta nueva perspectiva del FSLN fue hecha posible por la dramática crisis económica, las poderosas y eficaces presiones soviéticas, y las mismas victorias sandinistas sobre el ejército contrarrevolucionario, las cuales -aunque habían demostrado la incapacidad de éste para destruir por la vía militar a la revolución- eran insuficientes para terminar la guerra.

En el lado de la contrarrevolución, el acuerdo bipartidista en el Congreso USA durante la administración Bush que ponía fin a una política basada sobre todo en las presiones militares y obligaba a la CIA a abandonar la dirección y la organización directas del proyecto contrarrevolucionario, y las propias derrotas militares fueron determinantes para que la Resistencia Nicaragüense aceptara un acuerdo que en realidad comenzaba a poner fin a sus actividades.

En suma, la cerrada visión sandinista mantenida hasta 1988 acerca de la contrarrevolución fue un obstáculo, dentro de Nicaragua, para que se dieran pasos efectivos para concluir el enfrentamiento bélico entre vastos sectores de la población.

⁹⁹ Confirmando esta valoración, véanse los trabajos de los siguientes autores, todos ellos posicionados claramente en contra de la Revolución Sandinista, Roger Miranda, y William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua*, op. cit., pp. 248-249; Anthony P. Maingot, "Why Not a Diplomatic-Political Option in Nicaragua?", en David Ronfeldt, y Brian Jenkins (eds.), *The Nicaraguan Resistance and U.S. Policy, Report on a May 1987 Conference Prepared for the Office of the Secretary of Defense, the United States Air Force, and the United States Army*, Santa Monica, CA: The RAND Corporation, junio 1989, p. 59.

En el mismo sentido actuaron como una dificultad casi insalvable tanto el desprecio y la incapacidad del ejército/movimiento contrarrevolucionario por proyectarse como una alternativa política al proyecto sandinista, como sobre todo su sometimiento a las decisiones del gobierno de Estados Unidos y a las políticas internas de este país¹⁰⁰.

IV. 3. 5. El fracaso de las políticas económicas

Los primeros pasos de la revolución sandinista en el terreno económico estuvieron marcados también por la expectativa de encontrarse ante un modelo original distinto al de revoluciones anteriores. El gobierno sandinista no optaba por la nacionalización total ni de la industria ni de la tierra, ni del comercio. Se apostaba por una economía mixta en la que debían jugar un papel destacado grandes, medianos y pequeños productores, con el Estado como rector del desarrollo económico¹⁰¹.

Los buenos resultados económicos de los primeros años parecían confirmar las esperanzas de que era posible una tercera vía entre el capitalismo generador de miseria en la mayor parte de los países de América Latina y del Tercer Mundo y el socialismo estatalizador que, en países como Cuba, daba solución a los problemas históricos de salud, educación y hambre a costa de un fuerte deterioro de los derechos individuales y colectivos básicos y de una dependencia extraordinaria de la ayuda soviética¹⁰².

A finales de los años ochenta, sin embargo, la economía nicaragüense estaba en ruinas, mientras planes de ajuste y estabilización, muy similares a los realizados en otros países latinoamericanos, eran promovidos por el propio gobierno sandinista, y recortaban los avances sociales del inicio de la revolución, golpeando sobre todo a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. La crisis económica se convertía así en uno de los factores internos, junto a la guerra, determinantes del desplazamiento sandinista del poder¹⁰³. Y el fracaso electoral significaba en una buena medida el fracaso del proyecto de economía mixta desarrollado por los sandinistas.

¹⁰⁰ Brian Jenkins y David Ronfelt, "Introduction", en *The Nicaraguan Resistance and U.S. Policy*, op. cit., pp. 7-10.

¹⁰¹ JGRN, "Programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua", en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit., p. 109.

¹⁰² Véase Xabier Gorostiaga, "Economía mixta y Revolución Sandinista (7 años de experiencia)", *Polémica*, n° 21, sep-dic. 1986, p. 25.

¹⁰³ Paul Oquist, ex-asesor del gobierno sandinista y director del Instituto de Estudios Nicaragüenses (IEN), en los resultados de una investigación realizada por dicho Instituto señala "*la guerra contrarrevolucionaria, la no viabilidad de la economía nicaragüense y el deterioro de la base política del FSLN*" como factores internos estructuradores de la derrota electoral, (Paul Oquist, "Finalmente ¿quién tuvo la culpa de la derrota electoral?", *Envío*, n° 128, julio 1992, pp. 2 y 26-48).

El punto de partida de la revolución sandinista era una economía atrasada, no muy diferente a la del resto de los países de Centroamérica, una economía propia de un país capitalista "periférico", con un mercado débil, pequeño y subdesarrollado¹⁰⁴.

La economía nicaragüense en 1979 estaba orientada y subordinada al mercado internacional (el comercio exterior representaba un 30% del PIB), y adolecía de una gran vulnerabilidad ante las fluctuaciones de los precios en dicho mercado. Nicaragua era uno de los países latinoamericanos que más dependía de la exportación de productos primarios (café, algodón y azúcar)¹⁰⁵.

Otra característica negativa era la desarticulación entre el sector industrial y el sector agrícola; éste no podía suministrar las materias primas necesarias para la industria alimentaria, y aquel se limitaba a un procesamiento mínimo de los productos agrícolas. La industria, desarrollada básicamente en el marco del Mercado Común Centroamericano en los años sesenta sobre una base tecnológica obsoleta, carecía de competitividad fuera del mercado centroamericano, estaba orientada a servir al sector agroexportador y a la producción de bienes de consumo no duradero para el mercado interno, y no sólo no había conseguido sustituir las importaciones industriales (objetivo marcado en su creación), sino que había contribuido al aumento de la importación de insumos y materias primas, incrementando así la dependencia externa de la economía¹⁰⁶.

El crecimiento industrial de los años 60 y 70, soportado en el financiamiento exterior había provocado un vertiginoso incremento de la deuda externa, cifrada en 1530 millones de dólares en el momento del triunfo revolucionario¹⁰⁷.

¹⁰⁴ INICAE (Instituto de Investigación, Capacitación y Asesoría Económica), *Entre la agresión y la cooperación. La economía nicaragüense y la cooperación externa en el período 1979-1989*, Managua: Ediciones Multiformas, 1991, pp. 7-8. Véase también Orlando Nuñez, *Transición y lucha de clases 1979-1986*, op. cit., pp.40-51; Bill Gibson, "Una panorámica estructural de la economía nicaragüense", en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, Mexico, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 32-41; Amaru Barahona, "Auge y crisis del modelo de acumulación durante el somocismo", en INIES (Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales), *Nicaragua: Cambios estructurales y políticas económicas 1979-1987*, Managua: INIES, 1988, pp. 37-44.

¹⁰⁵ Michael E. Conroy, "Pautas del cambiante comercio exterior de la Nicaragua revolucionaria: diversificación voluntaria e involuntaria del comercio", en Rose J. Spalding, *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, op. cit., p. 218.

¹⁰⁶ Claes Brundenius, "Estrategias del desarrollo industrial en la Nicaragua Revolucionaria", en Rose J. Spalding, *La economía de la Nicaragua revolucionaria*, op. cit., pp.111-118; Geske Dijkstra, *La industria en la economía mixta de Nicaragua*, Managua: CRIES, 1987, pp. 13-20; INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit. p. 8.

¹⁰⁷ CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit., p. 39.

Un rasgo básico de la economía nicaragüense era la concentración de la propiedad en un círculo muy reducido de población, aunque sin llegar a los extremos de países vecinos como El Salvador. En Nicaragua, mientras el 53% de la tierra estaba en manos de 3.000 grandes y medianos terratenientes, sólo el 2% de la misma pertenecía a 70.000 campesinos pobres, y el 45% restante era propiedad de productores agrarios que poseían entre 7 y 140 hectáreas¹⁰⁸.

La posesión de la tierra tenía una coherencia lógica con la distribución de la riqueza en el país. De acuerdo a la CEPAL, en 1977 el 5% de la población captaba el 28% de los ingresos, el 50% más pobre percibía el 15% de los mismos, y el 45%, el resto¹⁰⁹.

Los sandinistas ya en el gobierno se plantean transformar en profundidad esta situación, partiendo de las peculiares circunstancias en las que han llegado al poder. Sus objetivos son ambiciosos, complejos y contradictorios: reconstruir un país muy destruido por la guerra contra Somoza, dar respuesta a las aspiraciones históricas de las grandes mayorías, y para ello contar -mediante una estrategia de unidad nacional- con los sectores de la burguesía que han colaborado en el derrocamiento de la dictadura somocista y permanecen en Nicaragua¹¹⁰.

En un primer momento el gobierno intenta planificar en alguna medida la economía del país. Y aunque no se decide por la estatalización a gran escala de los medios de producción (son nacionalizados, sin embargo, resortes claves como el sistema financiero nacional, el comercio exterior, y algunos de los principales recursos naturales como la minería y la pesca, y se confiscan con el beneplácito de la burguesía todas las propiedades de la familia y de los allegados a Somoza), se impone hasta 1985 una visión centralizadora y de control de la economía por parte del Estado¹¹¹, y éste se convierte en el centro y motor de acumulación ante las indecisiones y desconfianza de la burguesía¹¹². La agroindustrialización se convierte

¹⁰⁸ Laura J. Enríquez, *Harvesting Change: Labor and Agrarian Reform in Nicaragua, 1979-1990*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1991, p. 93.

¹⁰⁹ CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit., p. 16.

¹¹⁰ Véase Dirección de Divulgación y Prensa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, *Principios y políticas del Gobierno de Nicaragua*, Managua, 1982.

¹¹¹ Alejandro Martínez Cuenca, entonces ministro de Comercio Exterior, se muestra muy crítico con esta posición en una clarificadora entrevista, realizada en 1990 después de la derrota electoral: véase Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1990.

¹¹² Como ejemplo de la desconfianza permanente de la burguesía con respecto a los planes del gobierno sandinista, véase "La empresa privada no permitirá la privatización", entrevista al presidente de la Unión de Productores Agropecuarios de Nicaragua (UPANIC), Ramiro Gurdíán en *Pensamiento Propio*, n° 54, octubre 1988, pp. 40-43.

en una meta estratégica del proyecto sandinista, y sustituye a la agroexportación como eje de las transformaciones económicas¹¹³.

En los primeros años, entre 1979 y 1983, se vive un espejismo al producirse unos resultados económicos bastante positivos. Es un momento de gran dinamismo y de reactivación de la economía, que ha sido posibilitado por el importante flujo de ayuda financiera del exterior¹¹⁴.

La economía crece en 1980, 1981 y 1983. Las causas de este crecimiento se encuentran, sobre todo, en el incremento del consumo público y familiar, y de las inversiones que pasan del 10,7% en 1978 al 24,3% en 1981. La inflación se mantiene en un nivel relativamente modesto en América Latina (35,3% en 1980; 23,9% en 1981) gracias al elevado financiamiento externo y a la disponibilidad de bienes de consumo importados¹¹⁵. El paro desciende de un 32% en 1978 a un 16% en 1981 en base a la dinamización inicial de la economía y a la ampliación del empleo público.

Los logros más espectaculares aparecen en el área social. Son alfabetizadas más de 400.000 personas en 1980. Se duplica el número de estudiantes para 1981. Grandes campañas de vacunación llegan a la mayoría de los nicaragüenses. Los servicios de salud y educación son prácticamente gratuitos. Asimismo el Estado comienza a subsidiar los precios de los productos básicos, del transporte y de la energía. Desde 1981 la Reforma Agraria inicia la distribución de tierras, priorizando a los campesinos organizados en cooperativas: para finales de 1983 habían sido entregadas 383.568 ha. a 23.169 familias, de las que sólo 1003 familias habían recibido tierras en régimen individual¹¹⁶.

Reconociendo los tonos populistas de algunas de estas políticas, como apunta el ex ministro sandinista Martínez Cuenca, parece evidente que gracias a ellas arraigó un apoyo firme a la revolución entre amplios sectores de la población - mayoritariamente urbanos- que resultaron beneficiados por las mismas¹¹⁷.

¹¹³ El comandante Jaime Wheelock, ministro de Reforma Agraria, expone con rotundidad esta posición repetidamente: véase Jaime Wheelock, *Entre la crisis y la agresión: la Reforma Agraria Sandinista*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 45-46 y en su entrevista en G. Invernizzi, F. Pisani y J. Ceberio, *Sandinistas*, op. cit., pp. 233 y 237.

¹¹⁴ Entre 1979 y 1983 incluido, Nicaragua contrata 3061,8 millones de dólares en recursos externos, y recibe cerca de 450 millones de dólares en donativos: véanse INEC, (*Nicaragua: diez años en cifras*, op. cit., p. 22 y Richard Stahler-Sholk, "Endeudamiento externo y políticas de estabilización económica en la Nicaragua revolucionaria", en Rose J. Spalding, *La economía de la Nicaragua revolucionaria*, op. cit., p. 200.

¹¹⁵ INICAE, *Entre la agresión y la crisis*, op. cit., p. 18.

¹¹⁶ INEC, *Nicaragua: Diez años en cifras*, op. cit., p. 31.

¹¹⁷ Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., pp. 111 y 120.

Los positivos resultados económicos obtenidos en los años citados eran, sin embargo, engañosos y contradictorios, pues paralelamente ocultaban los errores de política económica cometidos en este primer período de la revolución, y la gravedad de algunos síntomas que comenzaban a mostrar la debilidad del modelo económico impulsado por el gobierno sandinista¹¹⁸. En una atmósfera cargada de triunfalismo y paternalismo, con una inexperiencia lógica en una dirección joven y de pensamiento militar, el gobierno revolucionario adoptó una serie de decisiones económicas que llegaron a ser contraproducentes a largo plazo.

Sobre la economía primó entonces la lógica política entre los dirigentes sandinistas. Inversiones que excedieron en mucho la capacidad fiscal se derrocharon para financiar los proyectos sociales destinados a favorecer a los sectores más indigentes, para construir un ejército sobredimensionado en relación a la capacidad del país, para mantener satisfecha a la burguesía mediante precios garantizados y tasas de interés negativas, y para rehacer la economía sobre distintos ejes de acumulación, poniendo en marcha proyectos agroindustriales muy costosos y poco productivos¹¹⁹.

La posición centralista e interventora del Estado hasta 1985 -fijando de forma artificial y controlando precios, salarios y créditos- influyó negativamente sobre los agentes económicos, que fueron perdiendo interés e iniciativa a la hora de producir¹²⁰. La contención de precios alentó además un fuerte descontento con el gobierno sandinista entre el campesinado, que obtenía ingresos muy bajos por su producción para el mercado interno, influyendo esto en la incorporación de miles de campesinos a las filas contrarrevolucionarias.

Como consecuencia de estas políticas, de una situación económica internacional adversa (caída de precios del algodón, del café y del azúcar, altos intereses y descenso en la financiación externa), y sobre todo como consecuencia de los gastos provocados por la guerra que se acentuó en 1982, aparecen en este año y más aún en 1984 algunos de los problemas que colapsarán la economía en la segunda mitad de la década.

¹¹⁸ Joseph Ricciardi, "Economic Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., pp. 250-253.

¹¹⁹ Una crítica global del mito de los grandes proyectos y de los problemas que su implementación acarrea a pequeñas economías como la nicaragüense, se encuentra en IHCA, "La cosecha de los ochenta", *Envío* n° 112-113, marzo 1991, p. 5. Véanse las críticas en el mismo sentido, ceñidas al caso de Nicaragua, de Joseph Ricciardi, "Economic Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 256; INICAE, *Entre la agresión y la crisis*, op. cit. p. 33; y Richard Stahler-Sholk, "Endeudamiento externo y políticas de estabilización económica en la Nicaragua revolucionaria", en Rose J. Spalding, *La economía de la Nicaragua revolucionaria*, op. cit., pp.204-5.

¹²⁰ Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., p. 97.

El déficit fiscal alcanza un 24,5% del PIB en 1984, las exportaciones caen de 500 millones de dólares en 1981 a 385 millones en 1984, la deuda externa crece hasta los 4600 millones de dólares en cuatro años, y la inflación sigue contenida en un 34,5%. Teniendo su origen en el control de precios y en la sobrevaloración oficial del córdoba surge un mercado negro de productos y divisas que estimulará la especulación frente a la producción, coadyuvando al crecimiento de un sector comercial "informal". El sistema financiero se descapitaliza, fruto de una política crediticia extremadamente liberal y de las condonaciones de la deuda campesina.

El gobierno sandinista, salido de las elecciones de noviembre de 1984, se enfrentará a estos problemas, iniciando en febrero de 1985 una política de ajuste (devaluaciones, eliminación de algunos subsidios, liberación de precios...) ¹²¹, que fracasará debido a la timidez y contradicciones de la misma, a la persistencia de políticas erradas, al recrudecimiento de la guerra y al impacto del embargo económico impuesto por Estados Unidos en mayo de 1985.

Entre 1985 y 1987 los problemas antes apuntados se disparan. La inflación alcanza un 1.700% en 1987, principalmente por los altos costos derivados de la guerra, que llega a consumir el 62% del presupuesto nacional; a pesar de los incrementos salariales, el poder adquisitivo de los trabajadores se reduce en un 50% entre 1984 y 1987; la brecha del déficit comercial supera los 500 millones de dólares anuales; la financiación externa se reduce de 772,5 millones de dólares en 1984 a 386,3 millones en 1987; el PIB decrece en un promedio anual del 5,7%... ¹²².

Lo que esto significaba comenzó a ser evidente para los sandinistas: habían perdido el control de la economía, y estaba en peligro la existencia de la misma revolución. El ex ministro Martínez Cuenca reconoce que la crisis económica *"era una amenaza tan grave como la contrarrevolución"* ¹²³.

Y acorde con la gravedad fue la respuesta del gobierno. Entre febrero de 1988 y febrero de 1989 fue impulsado un paquete de medidas de ajuste y estabilización de corte claramente monetarista con el agravante de no contar con respaldo financiero exterior para mitigar los rigores de las medidas, las cuales incluyeron el cambio de moneda, varias devaluaciones del córdoba, recortes en el gasto público (fueron

¹²¹ Véanse José Luis Medal, *La Revolución Nicaragüense: balance económico y alternativas futuras*, Managua: CINASE, 1985, pp. 40-41; IHCA, "La economía de supervivencia desafía los planes norteamericanos", *Envío*, n° 52, octubre 1985, pp. 1b-11b; y Roberto Pizarro, "La nueva política económica: un reajuste necesario", en Rose J. Spalding, *La economía de la Nicaragua revolucionaria*, op. cit., pp. 263-280.

¹²² Véanse INEC, *Nicaragua: diez años en cifras*, op. cit., p. 22; INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 23-24; Joseph Ricciardi, "Economic Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., pp. 259-261.

¹²³ Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., pp. 129.

despedidos 35.000 empleados públicos), eliminación casi total de los subsidios y del control de precios, endurecimiento de la política crediticia, tasas de interés positivas por primera vez en toda la época revolucionaria, alzas en las tarifas de servicios públicos y de combustibles, flexibilización laboral, reducción drástica de la emisión de dinero por parte del Banco Central, venta de propiedades estatales al sector privado...¹²⁴.

De esta manera Nicaragua se abría a las fuerzas del mercado, como reconocía Luis Carrión, miembro de la dirección del FSLN¹²⁵; la opción de la economía planificada quedaba descartada, y se producía una ruptura profunda en el modelo económico iniciado por los sandinistas en 1980¹²⁶.

Los resultados de las medidas fueron ambivalentes. La inflación que en 1988 había alcanzado un 33.600% -record histórico cercano al de la Alemania de los años 20- se consiguió reducir a 1.600% en 1989; se cortó el gasto público en un 55%; las exportaciones crecieron en un 30%, y el déficit fiscal se redujo a un 5% del PIB.

La producción, sin embargo, no se reactivó, descendiendo el PIB, con un 9% de crecimiento negativo, a los niveles de 1967¹²⁷. La deuda externa aumentó hasta los 9.578,9 millones de dólares ¹²⁸. Continuaron presentes las tensiones sobre el déficit fiscal ante la resistencia de las Fuerzas Armadas a reducirse y ante la capacidad de presión de los grupos de la burguesía agroexportadora que continuaron obteniendo subsidios para sus cosechas. Especialmente golpeados resultaron los sectores populares que vieron recortados con severidad o eliminados muchos de los logros sociales conseguidos en los primeros años del proceso revolucionario; la capacidad adquisitiva de los salarios estaba por debajo de la que poseían al principio de la revolución, y el desempleo llegó a alcanzar una tasa histórica del 35%¹²⁹.

¹²⁴ IHCA, "La reforma monetaria: ¿inicio de una insurrección económica?", *Envío*, n° 82, abril-mayo 1988, p. 17-42; "Las medidas de junio: paquete sin pueblo", *Envío*, n° 85, julio-agosto 1988, pp.11-54; "Medidas para domar una economía desbocada", entrevista a Alejandro Martínez Cuenca (en ese momento ministro de Planificación) en *Pensamiento Propio*, n° 52, julio-agosto 1988, pp.19-23; entrevista al comandante Luis Carrión, ministro de Economía, Industria y Comercio en *Barricada Internacional*, n° 284, 19 enero 1989, pp.4-5 en separata.

¹²⁵ Luis Carrión, "Enfrentados con la realidad", entrevista de Ralf Leonhard en *Pensamiento Propio*, n° 61, julio 1989, p. 27.

¹²⁶ IHCA, "Nicaragua: Concertación económica y socialismo", *Envío*, n° 92, marzo 89, pp. 57-95.

¹²⁷ INICAE, *Entre la crisis y la cooperación*, op. cit., pp. 26-27.

¹²⁸ Banco Central de Nicaragua, citado en Oscar René Vargas, *Entre el laberinto y la esperanza (Nicaragua 1990-1994)*, Managua: Ediciones Nicarao, 1993, p. 67.

¹²⁹ Carlos Vilas, "What Went Wrong", en *NACLA*, vol. XXIV, n° 1, June 1990, p. 12; IHCA, "El FSLN en su laberinto", *Envío*, n° 103, mayo 1990, pp. 70-72.

Pese a la dureza de estas políticas no se produjeron manifestaciones violentas de los sectores populares en contra de las mismas. Una explicación de esta actitud se encuentra en la influencia de los sindicatos sandinistas sobre la mayoría de los trabajadores asalariados, en la amplia y directa difusión que el gobierno sandinista hizo de la necesidad del plan de ajuste para salir de la crisis, y en la ejecución de algunas medidas como la subvención de un paquete de alimentos para los trabajadores del Estado, la condonación de las deudas campesinas en granos básicos, y la exención de impuestos a la pequeña industria.

En este contexto de grave crisis económica y social -y sin haber finalizado aún la guerra- se plantearon y tuvieron lugar las elecciones de 1990. Como justamente señala Sutcliffe, no es muy difícil *"encontrar un buen número de razones económicas por las que los nicaragüenses votaron por Violeta Chamorro"*¹³⁰. El 25 de febrero de 1990 una mayoría del pueblo de Nicaragua optó por poner fin a la presencia sandinista en el gobierno con la esperanza de que ello significara también la conclusión de la crisis económica y de la guerra, esperanzas que pronto se verían defraudadas en alguna medida.

Como epílogo se puede añadir la observación de que entre los diversos factores que contribuyeron a provocar la quiebra de la economía nicaragüense en el período revolucionario y con ella la pérdida del poder de los sandinistas, se hallan también las dificultades derivadas del tipo de inserción de Nicaragua en el mercado mundial, como demuestran las consecuencias extremadamente negativas producidas por la caída casi constante de los precios de los principales productos de exportación y por la falta de financiación externa en momentos claves.

Sin embargo, en el fracaso de la economía nicaragüense tuvieron una responsabilidad superior las políticas contradictorias y erradas del gobierno sandinista que se han citado anteriormente, y sobre todo la agresión financiera y la guerra impulsada y dirigida por los gobiernos de Estados Unidos.

IV.4. Pragmatismo y radicalidad: cara y cruz de las políticas internas

En la ejecución de las distintas políticas internas se observa una conducta similar del gobierno sandinista, la cual condiciona en gran medida el desarrollo de la revolución, influyendo de forma patente en el manejo de la política exterior: en cada

¹³⁰ Bob Sutcliffe, "Sequins and the Nicaraguan Election", *Radical America*, vol. 23, n° 2-3, octubre 1990, p. 42.

uno de los ámbitos examinados los sandinistas pasan por unos primeros momentos de radicalidad para posteriormente flexibilizar y atemperar su comportamiento.

En este sentido la revolución sandinista sigue un camino no muy diferente al de otras revoluciones, aunque, como he señalado, en el caso nicaragüense desde el principio coexisten políticas rígidas con planteamientos más flexibles que terminan imponiéndose. Pruebas de ello son el pluralismo político incipiente en las elecciones de 1984 y más consolidado en las de 1990, el reconocimiento de una cierta autonomía a los pueblos indígenas de la Costa Atlántica, la constante presencia cristiana en las filas de la revolución, el giro en la reforma agraria otorgando tierras a los campesinos en régimen individual, la renuncia a una imposible y surrealista planificación central de la economía del país, y el diálogo final con la contrarrevolución armada.

Las razones de la mayor flexibilidad final hay que buscarlas en las graves dificultades internas políticas y económicas, en las presiones externas, en el reconocimiento (unas veces tácito, otras manifiesto) de los errores cometidos, y en el propio convencimiento del gobierno sandinista de su incapacidad para hacer frente a la crisis, si no es a través de la normalización del proceso revolucionario.

Los momentos de radicalidad se identifican con algunos de los principales errores cometidos por el gobierno sandinista: concepción restringida y limitaciones al pluralismo político, enfrentamientos con la jerarquía católica, aproximación centralista y represión a los pueblos indígenas en el contexto de la guerra, esquematismo unilateral en el tratamiento del problema de la contrarrevolución, y rigidez en el diseño de la estrategia económica.

En la balanza final estas políticas pesaron más que los logros sociales y políticos de la revolución y que las posiciones abiertas y flexibles de última hora, se convirtieron en uno de los principales obstáculos para la consolidación del proceso revolucionario, y abonaron la intervención norteamericana en Nicaragua: los gobiernos de Estados Unidos las utilizaron como una plataforma extraordinaria para conseguir que el desgaste interno se tradujera en una derrota, que la creciente moderación sandinista no logró evitar.

En suma la gestión de las políticas internas, que en algunos momentos fue una oportunidad bien utilizada para afianzar la revolución dentro del país y para conseguir diversos y múltiples apoyos en el exterior, terminó convirtiéndose en una limitación clave en ambos terrenos.

Ahora bien si en la crisis de la Revolución tuvieron un peso enorme los errores citados del gobierno sandinista, el elemento desencadenante de dicha crisis fue el

acoso que Estados Unidos, y específicamente los gobiernos de Ronald Reagan y George Bush, sometieron al proyecto revolucionario. Esto es lo que voy a examinar a continuación.

V. LA INTERVENCIÓN DE EEUU EN NICARAGUA: FACTOR DECISIVO EN LA INVOLUCIÓN DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

En el presente capítulo analizo las diferentes formas de aproximación a la Revolución Sandinista desarrolladas por las administraciones Carter, Reagan y Bush. Frente a la posición de tolerancia y de cooperación -no aprovechada por los sandinistas- que el gobierno Carter adoptó en algunos momentos, los gobiernos Reagan y Bush, con importantes matices entre ellos, impulsaron con éxito una política claramente intervencionista contra el proceso revolucionario hasta conseguir la involución del mismo.

Esta política se convirtió así en la muestra de cómo la principal fuerza dominante en el sistema internacional -EEUU- no permitió la presencia del accionar de la revolución nicaragüense, en la medida que ésta cuestionaba con su existencia el orden tradicional y la hegemonía estadounidense en el espacio regional centroamericano.

Antes de examinar la respuesta de Estados Unidos al hecho de la revolución, expondré cómo la agresión norteamericana de las administraciones Reagan y Bush en contra de la pequeña república centroamericana prosigue un largo historial de intervenciones de Estados Unidos en América Latina y en la propia Nicaragua, iniciado en una época y en un contexto internacional, en el que el concepto de Guerra Fría quedaba aún muy lejos. En aquellos momentos los objetivos permanentes de los gobiernos estadounidenses, defender su hegemonía y sus intereses en el Hemisferio Occidental, no estaban aún encubiertos por el velo del expansionismo comunista. Más adelante la Guerra Fría proporcionó a Estados Unidos el marco propicio y la cobertura ideológica adecuada para justificar su renovado intervencionismo.

V.1. Antecedentes: siglos XIX y XX

V.1.1. El intervencionismo norteamericano en América Latina

La multilateral intervención de Estados Unidos en Nicaragua durante los años 80 no es un fenómeno sorprendente ni nuevo en el escenario latinoamericano. Desde la primera mitad del siglo XIX los gobiernos norteamericanos han empleado múltiples recursos para imponer su hegemonía en y sobre América Latina. Anexión de territorios, desembarco de marines, ocupaciones militares, reconocimiento a gobiernos fraudulentos, derrocamiento de gobiernos demócratas, apoyo a dictadores

amigos, colaboración con movimientos contrarrevolucionarios, adoctrinamiento y entrenamiento de militares han tenido, en la historia de las relaciones internacionales estadounidenses, otros nombres más brillantes como "Destino Manifiesto", "Doctrina Monroe", políticas del "Gran Garrote", de "la Diplomacia del Dólar", del "Buen Vecino", y "Alianza para el Progreso"¹.

La voluntad expansionista de Estados Unidos se encuentra expresada ya en los "padres fundadores" de la gran potencia norteamericana. Benjamín Franklin en 1761 confiaba en que el Caribe, entonces "*un lago español*", un día llegaría a ser norteamericano². En 1787 Alexander Hamilton hablaba también de llegar a controlar la política y la economía del "*Mediterráneo norteamericano*"³. Y la afirmación de Tomas Jefferson en 1813 de que "*América (EE.UU) tiene un continente para sí mismo*"⁴, prefiguraba el destino que Estados Unidos reservaba a América Latina, esbozando la doctrina que James Monroe plantearía diez años después.

La doctrina Monroe, "*columna vertebral de la política exterior de Estados Unidos*" en América Latina, según Morales Padrón⁵, "*la expresión más influyente*" de esa política en el siglo XIX de acuerdo a C. Gil⁶, y "*el más importante documento gubernamental de Estados Unidos*" en palabras de Dexter Martins, historiador de la misma⁷, reservaba el continente americano -con el pretexto de prevenir las intervenciones europeas en él- como espacio en el que se asentaría el dominio exclusivo estadounidense en los siglos XIX y XX⁸.

¹ Sobre el intervencionismo de Estados Unidos en América Latina desde el siglo XIX véanse Alonso Aguilar, *Pan-Americanism: From Monroe to the Present, A View from the Other Side*, New York: Monthly Review Press, 1968; Sergio Guerra, y Alberto Prieto, *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, La Habana: Casa de las Américas, 1978; Howard Zinn, *A People's History of the United States*, New York: Harper & Row Publishers, 1980, específicamente el capítulo 8 "We Take Nothing by Conquest, Thank God", y el capítulo 13 "The Empire and the People"; Francisco Morales Padrón, *Historia de unas relaciones difíciles (EEUU-América española)*, Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1987; Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, London: Zed Books, 1990; y Demetrio Boersner, *Relaciones Internacionales de América Latina*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 4ª edición, 1990. Acerca del intervencionismo histórico de Estados Unidos en Centroamérica véanse Jenny Pearce, *Under the Eagle. U.S. Intervention in Central America and the Caribbean*, Boston: South End Press, 2ª edición, 1984; George Black, *The Good Neighbor: How the United States Wrote the History of Central America and the Caribbean*, New York: Pantheon Books, 1988; Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, New York: W.W. Norton & Company, 2ª edición, 1993; y John H. Coatsworth, *Central America and the United States: The Clients and the Colossus*, New York: Twayne Publishers, 1994.

² Citado en Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, op. cit., p. 2.

³ *Ibidem*.

⁴ Carta a Alexander Von Humboldt, 6 diciembre 1813, citado en Arthur P. Whitaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1954, p. 29.

⁵ Francisco Morales Padrón, *Historia de unas relaciones difíciles (EEUU-América española)*, op. cit., p. 48.

⁶ Federico C. Gil, "The Kennedy-Johnson Years", en John D. Martz (ed.), *United States Policy in Latin America*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1990, p. 3.

⁷ Citado en Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, op. cit., p.14.

⁸ "Es imposible -señalaba el entonces secretario de Estado Monroe- que las potencias aliadas extiendan su sistema político a cualquier parte de este continente sin poner en peligro nuestra paz y felicidad... y por ello es igualmente imposible que nosotros contemplemos esa intervención -cualquiera que sea su forma- con indiferencia", citado en J. Foster. Dulles, "The Declaration of Caracas and the Monroe Doctrine", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (ed), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p.112.

La doctrina Monroe, enunciada con un supuesto carácter antiintervencionista, se transforma pronto en la filosofía sobre la que Estados Unidos justificará su propio intervencionismo en América Latina. Y así, mientras el presidente James K. Polk advertía a Gran Bretaña y a Francia en contra de cualquier interferencia en América del Norte, entre 1845 y 1848 Estados Unidos se apoderaba de la mitad del territorio de México (los actuales estados de Texas, Arizona, California, Nevada, Nuevo México, Utah, y parte de Colorado y Wyoming).

La ocupación de estos territorios significaba asimismo la puesta en práctica de las ideas del supuesto "Destino Manifiesto" otorgado por la Providencia a Estados Unidos⁹, es decir, la expansión territorial norteamericana hasta alcanzar los límites naturales del Atlántico y del Pacífico, fijándose en el Río Bravo o Grande la frontera con México.

Desde el último cuarto de siglo del siglo XIX hasta finales de los años 20 del presente siglo (período en que Estados Unidos sustituye a Gran Bretaña como principal potencia en América, al tiempo que se convierte en la primera potencia industrial del mundo), los gobiernos norteamericanos, republicanos y demócratas, defienden y aplican políticas intervencionistas en América Latina, sobre todo en el Caribe y en Centroamérica.

Las políticas explícitamente imperialistas del "Big Stick" de Theodore Roosevelt¹⁰ y de la "Dollar Diplomacy" de W. Howard Taft, y la posición paternalista de Woodrow Wilson pretendiendo imponer la democracia en las naciones latinoamericanas a través de la fuerza, tienen los mismos objetivos -asegurar la estabilidad de los países intervenidos, defender los crecientes intereses norteamericanos en ellas y alejar a las potencias europeas del continente americano¹¹- y aplican métodos semejantes: ocupación de Panamá y de su Canal, creación de auténticos protectorados en Cuba, Haití, República Dominicana, Honduras y Nicaragua, y presencia militar en varios de estos países.

La política del "Good Neighbor" iniciada por Herbert Hoover y desarrollada principalmente por F.D. Roosevelt en los años 30 y 40 rompía formalmente con la etapa intervencionista anterior, y en consecuencia las tropas norteamericanas salieron de Cuba, Haití, República Dominicana y Nicaragua. Las razones de este giro aparecen claras: hegemonía sin rival de Estados Unidos en América Latina después de la Primera Guerra Mundial, crecimiento de sentimientos antinorteamericanos en la región debido a las intervenciones militares, profunda crisis económica en Estados

⁹ Véase Karl Berman, *Under the Big Stick: Nicaragua and the United States Since 1848*, op. cit., p. 10.

¹⁰ "La delincuencia crónica (de algunos países latinoamericanos) puede hacer necesaria la intervención de alguna nación civilizada -planteó T. Roosevelt en su corolario a la doctrina Monroe-, y en el hemisferio occidental la Doctrina Monroe puede obligar a Estados Unidos... a ejercer un poder de policía internacional", Mensaje anual al Congreso (6 de diciembre 1904), citado en Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina*, op. cit., p. 197.

¹¹ Véase G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., pp. 118-119.

Unidos a raíz de la Gran Depresión, necesidad de hacer frente al peligro representado por el expansionismo del nazismo, y sobre todo, de contar con las bases militares y las materias primas de América Latina durante la Segunda Guerra Mundial¹². Sin embargo, no desapareció el intervencionismo norteamericano en este período, antes bien se hizo más sutil y cambió de procedimientos, como afirma LaFeber: "*The Good Neighbor` continuó con el intervencionismo en Centroamérica, y desarrolló el sistema mucho más allá de lo que Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson probablemente imaginaron*"¹³.

La posición de no interferencia, consecuencia de la política citada, indujo a EEUU a reconocer y mantener estrechas relaciones con todas las dictaduras latinoamericanas, cuya existencia y métodos represivos hacían innecesarias las costosas intervenciones militares estadounidenses. No es de extrañar que el peruano Haya de la Torre calificara a Roosevelt como el "*buen vecino de las dictaduras*"¹⁴.

Con la creación del Export-Import Bank en 1934, EEUU por primera vez sustituyó a la banca privada como proveedor de préstamos a los países de América Latina, aumentando así la dependencia político-económica de éstos. Y por último, desde 1938 se establecieron relaciones bilaterales entre el ejército norteamericano y los ejércitos de América Latina, hecho que tendría unas consecuencias muy negativas para la democracia latinoamericana durante la Guerra Fría.

Después de la Segunda Guerra Mundial, convertido Estados Unidos ya en la primera potencia mundial, los intereses norteamericanos se hicieron más globales. Mientras decaía la preocupación por América Latina, Asia y sobre todo Europa ocupaban la prioridad en las preocupaciones de los gobiernos Truman e Eisenhower¹⁵, en la medida en que en esos continentes se libraba la principal batalla contra el nuevo enemigo, el comunismo.

Y sin embargo en América Latina la influencia estadounidense era mayor que nunca económica, militar y políticamente¹⁶. Las inversiones se multiplicaban, desplazando a los competidores europeos. Se estrechaban los lazos militares: casi todo el armamento era suministrado por Estados Unidos y miles de oficiales latinoamericanos se entrenaban en lo que más tarde se llamaría la Escuela de las Américas en Panamá. A través del Tratado de Río (1947) y de la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) (1948) se había construido el Sistema

¹² Véanse Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, op. cit., 118-135; G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., pp. 119-120; y Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, op. cit., pp. 100-130.

¹³ Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 83.

¹⁴ Raúl Víctor Haya de la Torre, *El Mundo* (La Habana), 20 febrero de 1938, citado en Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, op. cit., p.152.

¹⁵ Gabriel Kolko, *Confronting The Third World: United States Foreign Policy 1945-1980*, New York: Panteon Books, 1988, p. 93; y G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., p. 121.

¹⁶ Abraham F. Lowenthal, *Partners in Conflict*, op. cit., pp. 28-29.

Interamericano con el objetivo primordial de impedir la penetración del peligro extrahemisférico del momento, el comunismo soviético, mediante la intervención colectiva.

La doctrina Miller (1950) adaptaba los postulados de Monroe al enfrentamiento Este-Oeste en América Latina¹⁷, y el Tratado de Río se convertía en el mecanismo legal invocado por Estados Unidos para justificar sus intervenciones en América Latina: Guatemala (1954), República Dominicana (1965) y Grenada (1983) así lo confirmarían.

George Kennan, inspirador de la política global de contención del comunismo, aconsejaba en 1950 a los embajadores norteamericanos en América Latina el apoyo a los regímenes dictatoriales antes que permitir la presencia comunista incluso en gobiernos liberales: *"La respuesta final puede ser desagradable, pero... no debemos tener escrúpulos ante la represión policial por parte de los gobiernos locales. Eso no es vergonzoso, puesto que los comunistas son esencialmente traidores... Es mejor tener un régimen fuerte en el poder que un gobierno liberal, si éste es excesivamente indulgente y flojo, y está infiltrado por los comunistas"*¹⁸. El derrocamiento, auspiciado por la embajada norteamericana y por la CIA¹⁹, del gobierno progresista -no comunista- de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, y su sustitución por una dictadura militar indicaban que la diplomacia norteamericana en América Latina había asimilado las orientaciones de Kennan con rapidez.

La confianza de Estados Unidos en América Latina como una plaza segura frente al comunismo era tal que en ningún momento respondió a las expectativas de ayuda económica que los países latinoamericanos se habían hecho a cambio de su fiel colaboración durante la Segunda Guerra Mundial.

Como decía antes, las preocupaciones de Washington pasaban por Europa e incluso por Asia antes que por América Latina. Algunos datos para comprobarlo: Estados Unidos entregó 613 millones de dólares en ayuda económica a Alemania Occidental en el año fiscal 1948-1949, mientras tanto proporcionaba a toda América Latina 16 millones en ayuda económica y 235 millones en ayuda militar en los cinco primeros años de la posguerra. Asimismo entre 1945 y 1960 Estados Unidos suministró a América Latina 625 millones de dólares en ayuda y 31.000 millones al

¹⁷ Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., pp. 95-97. Edward Miller, vicesecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos durante la presidencia de Harry S. Truman, consideraba que la proclama de Monroe estaba siendo retada por el comunismo, y que ante esta amenaza la intervención debía ser colectiva mediante el Pacto de Río y la OEA.

¹⁸ George Kennan, "Second Regional Conference of U. S. Chiefs of Mission, Río...1950", InterAmerican Economic Affairs Committee, 1945-1950, Box 5, National Archives, Record Group 353, citado en Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 109.

¹⁹ Véase el meticuloso relato-denuncia de Stephen Schlesinger, y Stephen Kinzer, *Fruta Amarga. La CIA en Guatemala*, México: Siglo XXI, 1982.

resto del mundo. En esos mismos años solo Filipinas recibió más créditos de Estados Unidos que toda América Latina²⁰.

El "Descuido Benigno" de América Latina se vio interrumpido temporalmente por los efectos de la victoria de la revolución cubana en 1959. La Alianza para el Progreso, "*el plan más ambicioso de Estados Unidos para América Latina*"²¹, lanzado por el presidente Kennedy como respuesta al peligro de que el radicalismo/comunismo cubano se extendiera por el continente americano, pretendía impulsar el desarrollo económico y algunas reformas sociales con el objetivo último de evitar la posibilidad de otras revoluciones²², o en palabras del ex presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, "*ayudar al pobre para salvar al rico*"²³.

En los objetivos de contrainsurgencia fue precisamente donde la Alianza para el Progreso alcanzó sus mayores éxitos. La colaboración de cientos de oficiales norteamericanos que comenzaron a asesorar a los ejércitos de América Latina, y la continuación del entrenamiento de oficiales latinoamericanos bajo el programa de asistencia militar de Estados Unidos (54.270 entre 1950 y 1970)²⁴ dieron como resultado que a finales de la década de los 60 quedaran sólo unos restos de la oleada revolucionaria y guerrillera que había sacudido a América Latina al calor de la revolución cubana.

Sin embargo la Alianza para el Progreso cosechó un rotundo fracaso en sus objetivos económicos y sociales. Se incrementó la deuda externa de los países latinoamericanos, y con ella su dependencia de Estados Unidos. No se produjo redistribución ni de la tierra ni de la riqueza. Y tampoco se estabilizó la democracia. Al contrario, entre 1962 y 1967 se produjeron nueve golpes de estado, y los gobiernos salidos de ellos terminaron siendo aceptados por las administraciones demócratas de Kennedy y Johnson²⁵.

El carácter "idealista" de la Alianza para el Progreso no impidió tampoco la resurrección de la vieja política del garrote, al apoyar Kennedy la invasión a Cuba en Bahía de Cochinos(1961), mientras Johnson ocupaba la República Dominicana en 1965 con el objetivo abiertamente expuesto de no permitir "*el establecimiento de otro gobierno comunista en el hemisferio occidental*"²⁶

²⁰ Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, op. cit., p. 143

²¹ Abraham F. Lowenthal, *Partners in Conflict*, op. cit., p. 31.

²² G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., pp. 122-125.

²³ Citado en Alonso Aguilar, *Pan-Americanism: From Monroe to the Present, A View from the Other Side*, op. cit., p. 119.

²⁴ Cole Blasier, *The Hovering Giant. U. S. Responses to Revolutionary Change in Latin America 1910-1985*, Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1985, p. 243.

²⁵ Gabriel Kolko, *Confronting The Third World*, op. cit., pp.164-171.

²⁶ *The New York Times*, 3 mayo 1965, p. 10, citado en Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 15.

Derrotados el peligro revolucionario y la penetración del comunismo cubano en el continente, América Latina una vez más perdía interés para Estados Unidos durante las administraciones Nixon y Ford.

La política exterior norteamericana dominada, de 1967 a 1976, por el secretario de Estado Henry Kissinger se preocupaba por el equilibrio de poder entre Estados Unidos y la URSS, y se centraba en otras regiones, como Oriente Medio, más prioritarias para los intereses norteamericanos. Sólo cuando la presencia del gobierno de izquierdas de Salvador Allende en Chile, elegido en comicios democráticos, fue vista como la posibilidad de que un nuevo país "se perdiera", cayendo en el campo socialista, la administración Nixon intervino y contribuyó al derrocamiento sangriento del gobierno chileno, reconociendo enseguida sin mayores problemas a la dictadura del general Pinochet.

Tras este sumario recuerdo de las enfrentadas relaciones de Estados Unidos con América Latina, no es difícil concluir que el intervencionismo en cualquiera de sus formas ha sido, con escasas excepciones, una constante y un mecanismo habitual de la política exterior norteamericana, por medio del cual los gobiernos de Estados Unidos han pretendido imponer su dominio en todo el hemisferio occidental desde la primera parte del siglo XIX²⁷.

Incluso el gobierno Carter, que durante los dos primeros años de su mandato había pretendido poner alguna distancia con los dictadores de América Latina al alzar la bandera del respeto de los derechos humanos, no se libraría de la tentación de intentar recurrir al uso de la fuerza militar para impedir el triunfo de la revolución sandinista en 1979. En su descargo, sin embargo, el hecho de que presentó su propuesta en el marco multilateral de la OEA, y aceptó la decisión contraria a sus planteamientos. Algo que nunca hubieran hecho los anteriores gobiernos norteamericanos, y tampoco los siguientes de Reagan y Bush.

Como veremos en este mismo capítulo, la administración republicana de Ronald Reagan pondrá como centro de su política exterior la necesidad de intervenir en América Latina para frenar al "expansionismo soviético" y recuperar así el orgullo y el prestigio de Estados Unidos como primera potencia mundial. Con resultados trágicos para las sociedades latinoamericanas. La década de los 80 llegará a ser uno de los períodos de mayor injerencia norteamericana en América Latina, como lo reflejan las invasiones de Grenada (1983) y Panamá (1989), y el abierto intervencionismo en el conflicto centroamericano.

²⁷ En una lista presentada por el secretario de Estado Dean Rusk el 17 de septiembre de 1962, 87º Congreso, segunda sesión, se mencionan 73 intervenciones armadas de Estados Unidos en 16 países de América Latina y el Caribe entre 1822 y 1941. La lista esta reproducida en Sergio Guerra, y Alberto Prieto, *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, op. cit., pp. 33-51.

V.1.2. Nicaragua, paradigma de país intervenido

Si América Latina llegó a ser considerada zona de influencia exclusiva donde los gobiernos norteamericanos pudieron, en el siglo pasado y aún más en el presente, decidir el destino de gobiernos y gobernantes, ocupar países con el pretexto de "*proteger propiedades, intereses y vidas norteamericanas y restaurar el orden*"²⁸, colaborar en el derrocamiento de gobiernos elegidos democráticamente y apoyar a dictaduras responsables de la violación de los derechos humanos más elementales, Nicaragua tiene el triste record de ser uno de los países latinoamericanos que ha sufrido más -y más diversas- intervenciones por parte de los gobiernos de Estados Unidos desde el año 1853²⁹. Y ya en el siglo XX se puede asegurar que no hay una sola década donde las injerencias norteamericanas se hayan dejado de sentir en este país centroamericano³⁰.

Antes de la revolución sandinista se observan tres categorías bajo las que es posible encuadrar las distintas modalidades que adoptó la "presencia" norteamericana en Nicaragua. En el siglo XIX, en los años 50, ocupación de Nicaragua, como una iniciativa privada, por un ejército de aventureros norteamericanos. Entre 1912 y 1933 con un breve paréntesis en 1925, ocupación con marines enviados por cinco gobiernos norteamericanos (Taft, Wilson, Harding, Coolidge, y Hoover), de los cuales cuatro fueron republicanos y uno, Wilson, demócrata. Y de 1934 a 1979, "la ocupación indirecta": el somocismo ("*sistema dictatorial creado desde fuera (EEUU) y sostenido por un ejército entrenado en el exterior (EEUU)*" en palabras de Walker³¹) actúa como alter ego de Estados Unidos en Nicaragua e incluso en Centroamérica, haciendo innecesaria la presencia directa norteamericana.

La primera ocupación prolongada de Nicaragua por "tropas" norteamericanas (1855-1857) se produce en el contexto de la rivalidad creciente entre Gran Bretaña y Estados Unidos por la hegemonía en América Latina³², y en concreto por la

²⁸ Esa es la formulación habitual utilizada en la lista citada del secretario de Estado Dean Rusk. Véase Sergio Guerra, y Alberto Prieto, *Estados Unidos contra América Latina*, op. cit., pp.33-51.

²⁹ *Ibidem*. La lista del secretario de Estado Dean Rusk especifica 10 intervenciones en Nicaragua entre 1854 y 1933.

³⁰ Sobre el intervencionismo histórico de Estados Unidos en Nicaragua véanse Jose Dolores Gámez, *Historia de Nicaragua*, Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, 1975; Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, México: Siglo XXI Editores, 6ª edición, 1982; Karl Berman, *Under the Big Stick: Nicaragua and the United States Since 1848*, Boston: South End Press, 1986; y Thomas W. Walker, *Nicaragua: The Land of Sandino*, Boulder: Westview Press, 1986.

³¹ Thomas W. Walker, *Nicaragua: The Land of Sandino*, op. cit., p. 34.

³² Anteriormente en 1853 y 1854 ya se habían producido las dos primeras intervenciones armadas directas de la marina de Estados Unidos. En la primera ocasión, con el pretexto de defender los intereses de la Transit Company -empresa norteamericana que organizaba la travesía de Nicaragua entre los dos océanos- barcos de guerra norteamericanos ocuparon el puerto de San Juan del Norte en el Caribe; y en 1854 bombardearon esta misma ciudad hasta destruirla para vengar una supuesta afrenta a un ex-diplomático norteamericano. Ante las protestas de varios países -España entre ellos- por esta acción, el presidente norteamericano Franklin Pierce defendió el bombardeo con argumentos claramente racistas. Para el presidente Pierce, San Juan del Norte era "*una pretendida comunidad, y una mezcolanza heterogénea de varios países, compuesta mayoritariamente por negros y gentes de sangre mezclada, a la que no se puede tratar de otra forma que como a un refugio de piratas*

construcción y el control de un canal interoceánico a través del territorio nicaragüense. La resolución temporal de esta disputa a través del tratado Clayton-Bulwer (1850), en el que ambos países se comprometían a construir un canal sólo tras un acuerdo mutuo, fue rechazada por los sectores norteamericanos que consideraban el expansionismo territorial como una necesidad e incluso como una obligación moral de Estados Unidos.

Aprovechando los endémicos enfrentamientos entre liberales y conservadores, un pequeño ejército de civiles norteamericanos ("filibusteros"), invitado por los liberales en 1855, se apodera de Nicaragua, con la intención tanto de asegurar el control exclusivo de Estados Unidos sobre la vía interoceánica, como de anexionar el país a Estados Unidos, reforzando así la posición de los estados esclavistas del Sur en su conflicto con los estados industriales del Norte.

La aventura anexionista, comandada por el coronel William Walker, que había perseguido sin éxito la misma meta en Sonora (México) en 1854, recordaba acciones similares en Florida (1819) y Texas (1836) que habían supuesto la incorporación de inmensos territorios a Estados Unidos, y no era mal vista por los gobiernos expansionistas de Franklin Pierce y James Buchanan³³.

El reconocimiento de facto por Estados Unidos del gobierno Walker, autonómado presidente de Nicaragua después de haber ordenado el fusilamiento de los ministros nicaragüenses de Exteriores y de la Guerra y la implantación de la esclavitud, estimula la creación de una alianza en contra del gobierno "filibustero", conformada por todos los países de Centroamérica. En 1857 sus ejércitos coaligados terminan imponiéndose en la guerra contra Walker, apoyados por Gran Bretaña y sobre todo por el empresario norteamericano Cornelius Vanderbilt, cuyos intereses económicos habían sido dañados gravemente por Walker³⁴.

El fracaso y el alto costo en vidas norteamericanas de la expedición privada de Walker³⁵ no impediría que esta modalidad intervencionista siguiera contando con el apoyo implícito de la administración del presidente Buchanan (Walker es recibido por éste en junio de 1857, pocos días después de su derrota en Nicaragua), y con el

y a un campamento de salvajes", citado en Karl Berman, *Under the Big Stick*, op. cit., p.45.

³³ *Ibid.*, pp. 81-95.

³⁴ Sobre la llamada "guerra filibustera" y Guerra Nacional, véanse los artículos de las revistas norteamericanas *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* (1855-1857) y *Harpers's Weekly, Journal of Civilization* (1857-1860), reeditados con el título *The War in Nicaragua* por el Banco de América, Managua, 1976.

³⁵ Charles F. Henningsen, un oficial de Walker, sostiene que en esta guerra murieron alrededor de un millar de norteamericanos. Una fuente más neutral, *The New York Times* (17 marzo 1857), da la cifra de 5.400 norteamericanos muertos. Esto representaría un número de bajas similar por ejemplo al habido en la guerra de Estados Unidos contra España en 1898 (5462 bajas), y por supuesto muy superior al que se produjo en la guerra contra el ejército de Sandino (algo más de 200 bajas). Datos tomados de Karl Berman, *Under the Big Stick: Nicaragua and the United States Since 1848*, op. cit., p. 71; de Howard Zinn, *A People's History of the United States*, op. cit., p. 301; y de Lejeune Cummis, *Don Quijote en burro. Sandino y los marines, estudio para la formulación de una política de relaciones exteriores*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983, p. 142.

soporte explícito y directo de la ciudadanía y de la prensa de los Estados esclavistas del sur (a Walker se le tributa un recibimiento multitudinario como a un héroe a su regreso a Nueva Orleans).

Pronto, sin embargo, las denuncias diplomáticas norteamericanas y europeas, las propias críticas de la prensa del Norte de Estados Unidos, y la beligerante reacción de Gran Bretaña enviando barcos de guerra a las costas caribeñas, ponen fin a las nuevas expediciones organizadas por Walker; éste, apresado por la marina inglesa en el transcurso de una de ellas, terminaría sus días ante un pelotón de fusilamiento del ejército hondureño en 1860³⁶.

La guerra civil norteamericana y la construcción del ferrocarril transcontinental en 1869 sitúan a Nicaragua en un segundo plano en las preocupaciones de Estados Unidos. Pero 30 años más tarde, la ocupación de Cuba desde 1898, la anexión de Hawai en ese mismo año y la declaración de la política de puertas abiertas en 1899 en relación al comercio con China despiertan de nuevo el interés por construir un canal a través de Nicaragua que facilite la comunicación marítima entre el Este y el Oeste de Estados Unidos y con los nuevos mercados de Asia.

Este interés queda claramente manifestado en la siguiente declaración del senador por Massachusetts, Henry Cabot Lodge, uno de los colaboradores más estrechos de Theodore Roosevelt: *" En el interés de nuestro comercio... debemos construir el canal de Nicaragua, y para la protección del canal y la salvaguarda de nuestra supremacía comercial en el Pacífico debemos controlar las islas Hawai y mantener nuestra influencia en Samoa... y cuando el canal de Nicaragua esté construido, la isla de Cuba... se convertirá en una necesidad. Las naciones poderosas están absorbiendo rápidamente, para su futura expansión y para su defensa presente, los mayores territorios de la tierra. Es un movimiento que se hace por la civilización y el progreso de la raza. Y en la medida que es una de las mayores naciones del mundo, Estados Unidos no debe estar fuera de esta competencia"*³⁷.

Aunque, frente a la opción del territorio nicaragüense, el Congreso norteamericano escoge en 1902 a Panamá como lugar para construir el canal interoceánico, Nicaragua no será olvidada. Al contrario, las tres primeras décadas del siglo XX constituyen el período de la historia de las relaciones entre Nicaragua y Estados Unidos, en que la injerencia de los gobiernos de este país en los asuntos de la pequeña nación centroamericana se muestra más descarnada y constante.

Confirmado el desplazamiento de Gran Bretaña de su posición hegemónica en la región por el tratado Hay-Pauncefote en 1901³⁸, se asiste al auge del imperialismo

³⁶ Véase Jose Dolores Gámez, *Historia de Nicaragua*, op. cit., pp. 713-731.

³⁷ Citado en Howard Zinn, *A People's History of The United States*, op. cit., pp. 291-292.

³⁸ Este anulaba el tratado Clayton-Bulwer y concedía a Estados Unidos el derecho de construir y controlar militarmente el canal interoceánico.

norteamericano en su versión más pura en toda América Latina, y más en concreto en el Caribe y Centroamérica.

No resulta extraño, por ello, que los proyectos nacionalistas de Jose Santos Zelaya, presidente liberal de Nicaragua entre 1893 y 1909 (contrato de préstamos con países europeos, y discusiones con Japón sobre la construcción de un canal interoceánico por territorio nicaragüense), y su posición beligerante intentando unificar de nuevo Centroamérica, resulten intolerables para un Estados Unidos expansionista. Primero la administración de Theodore Roosevelt lanzará una intensa campaña de descrédito y denuncias contra el presidente nicaragüense, y más tarde la administración Taft provocará la dimisión de Zelaya en 1909 tras haber apoyado una revuelta de los conservadores en contra de éste. Para Wheelock *"la causa del derrocamiento de la burguesía liberal en 1909 se encuentra estrechamente ligada a las incompatibilidades de los giros nacionalistas que el gobierno de Zelaya tuvo en los últimos años de su administración, respecto de los proyectos de expansión y consolidación que el imperialismo norteamericano impulsaba con todo el peso de su complejo militar-económico desde principios de siglo"*³⁹.

Tres años más tarde, el presidente propio presidente Taft envía los marines a Nicaragua para ayudar al gobierno conservador a sofocar una rebelión de los liberales. Se trata, de acuerdo a Niess, de *"un momento decisivo en la política de Estados Unidos en el Caribe"*⁴⁰. Hasta entonces el desembarco de marines se había utilizado como demostración de fuerza. Ahora por primera vez Estados Unidos emplea sus tropas para intervenir en una guerra civil, posicionándose por el sector que mejor defiende los intereses norteamericanos, es decir, los conservadores. Estos no tendrán ningún reparo en firmar el tratado Bryan-Chamorro (1914), que garantiza a Estados Unidos, a perpetuidad, la construcción exclusiva de un canal alternativo por Nicaragua.

Nicaragua se convierte a partir de ese momento en un verdadero protectorado de Estados Unidos, y en auténtico banco de prueba de las políticas imperialistas de la diplomacia del dólar: los presidentes sólo son elegidos, si tienen el visto bueno de Washington; empresas norteamericanas controlan el Banco Nacional, la recogida de los impuestos aduaneros y las comunicaciones por ferrocarril y barco; y los marines se quedan en Nicaragua para garantizar su *"estabilidad"*⁴¹; tras una breve salida en

³⁹ Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, op. cit., p. 107. Para una visión nicaragüense que destaca los aspectos progresistas y la voluntad centroamericanista del gobierno de Zelaya, véanse además Jorge Eduardo Arellano, *Historia básica de Nicaragua*, 2º vol., Managua: Fondo Editorial CIRA, 1997, pp. 199-246; Aldo Díaz Lacayo, *Gobernantes de Nicaragua (1821-1956)*, Managua: Aldilá Editor, 1996, pp. 95-106; y Amaru Barahona, "El gobierno de José Santos Zelaya y la fase inicial del proceso de acumulación originaria de Nicaragua", *Revista de Historia* (UCA), nº 1, enero-junio 1990, pp. 83-96. Una aproximación norteamericana bastante imparcial se halla en Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op., cit., pp. 47-48, y en Thomas W. Walker, *Nicaragua: the Land of Sandino*, op. cit., pp.15-19.

⁴⁰ Frank Niess, *A Hemisphere to Itself*, op., cit., p. 85.

⁴¹ Véase la valoración sandinista de esta época en Jaime Wheelock, *Imperialismo y dictadura*, op. cit., pp. 107-112; Víctor Tirado, *Sandinismo y la doctrina de liberación nacional*, op. cit., pp.33-38 y Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, op. cit., pp. 75-76. Un análisis antiintervencionista se encuentra en Pío Bolaños, *Génesis de la intervención norteamericana en Nicaragua*, 1ª edición en 1915, reeditado por Editorial Nueva Nicaragua,

1925, regresan al año siguiente para poner fin a una nueva rebelión liberal, y según reconoce el presidente Coolidge, para proteger "*las extraordinarias inversiones (de EEUU) en industria maderera, minas, café, bananos, transporte marítimo, comercio en general, y otros negocios colaterales*"⁴².

Con esta segunda ocupación militar entre 1926 y 1933 Estados Unidos contribuye de manera paradójica a que surjan las dos fuerzas políticas que, enfrentándose, marcarán la historia nicaragüense durante la mayor parte del siglo XX: la dictadura somocista y el nacionalismo sandinista⁴³.

Los intentos de Washington de imponer una solución duradera a la crónica inestabilidad política en Nicaragua se saldan con un fracaso pese a contar con la aceptación de los dos partidos tradicionales, conservadores y liberales, cuando en 1927 un general liberal, A.C. Sandino, rechaza el "plan de paz" de Henry L. Stimson, enviado especial del presidente Coolidge.

En el plan de Stimson se contemplaban la celebración de elecciones vigiladas por los marines, el beneplácito norteamericano al acceso de los liberales al gobierno y la creación de un ejército profesional nicaragüense. Todo ello, garantizado por la permanencia de las tropas de Estados Unidos en territorio nicaragüense⁴⁴.

La guerra de guerrillas impulsada por Sandino durante más de cinco años para hacer frente a la ocupación norteamericana concluye con un éxito relativo: el 2 de enero de 1933 abandona Nicaragua el último contingente de marines.

La gesta de Sandino se convierte ya entonces en uno de los hitos más importantes del latinoamericanismo frente a los proyectos expansionistas de Estados Unidos y más tarde constituye la principal fuente de inspiración para la reconstrucción del movimiento nacionalista radical que triunfa en 1979⁴⁵.

Managua, 1985. Desde una perspectiva norteamericana que no comparte los ideales expansionistas, véanse Karl Berman, *The Big Stick*, op. cit., pp. 150-176; Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., pp. 47-51; y Thomas W. Walker, *Nicaragua: The Land of Sandino*, op. cit., pp. 19-20.

⁴² Mensaje anual al Congreso, 10 enero 1927. Citado en Frank Niess, *A Hemisphere to Itself*, op. cit., p. 86.

⁴³ Thomas W. Walker, *Nicaragua: The Land of Sandino*, op. cit., p.21.

⁴⁴ Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, op. cit., p. 24.

⁴⁵ La obra más completa sobre Sandino y su enfrentamiento con Estados Unidos es la del periodista argentino Gregorio Selser, *El pequeño ejército loco (Operación México-Nicaragua)*, Buenos Aires: Editorial Triángulo, 1958; y *Sandino: General de Hombres Libres*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2 vols., 1981. Una valiosa información de primera mano se encuentra en Ramón de Belausteguigoitia, *Con Sandino en la montaña*, Espasa Calpe, Madrid, 1934. Entre los autores norteamericanos hay que destacar al entrevistador de Sandino, Carleton Beals, *Banana Gold*, Filadelfia: Lipincott, 1932; y a los desprejuiciados trabajos de Lejeune Cummis, *Don Quijote en burro. Sandino y los marines, estudio para la formulación de una política de relaciones exteriores*, op. cit.; y de Neill Macaulay, *The Sandino Affair*, Chicago: Quadrangle Books, 1971. Un acercamiento a la figura de Sandino desde una perspectiva desmitificadora, crítica y muy sugerente es la realizada por Volker Wunderich, *Sandino: una biografía política*, op. cit. .

Para valorar con objetividad el alcance del enfrentamiento sandinista con Estados Unidos conviene recordar que la incapacidad del ejército norteamericano de vencer a la guerrilla nacionalista de Sandino no es, sin embargo, el único motivo de la retirada de los marines. Este hecho se inscribe también en las estrategias más flexibles de la política del "Good Neighbor" de H. Hoover y F.D. Roosevelt.

Hay además otras razones que motivan la salida de los marines: dentro de Estados Unidos una fuerte oposición en el Congreso a la presencia militar norteamericana en Nicaragua, había conseguido en junio de 1932 suspender la asignación de nuevos fondos para las tropas allí destacadas. La intervención estaba resultando muy onerosa, y Estados Unidos se encontraba en una de las peores crisis económicas de su historia. Un factor internacional influyó asimismo en la decisión norteamericana: Japón había ocupado Manchuria, y en su descargo esgrimía el argumento de la ocupación de Nicaragua por tropas norteamericanas, lógica que resultaba embarazosa para la diplomacia norteamericana a la hora de condenar la intervención japonesa.

Y por último uno de los elementos que mayor seguridad daba a Estados Unidos a la hora de ordenar la salida de sus tropas de Nicaragua, fue el haber creado y puesto a punto una fuerza militar nativa, la Guardia Nacional, dirigida durante la guerra por oficiales de Estados Unidos, y a partir del 1 de enero de 1933 por Anastasio Somoza García, general de total confianza del embajador M. E. Hanna y del último director norteamericano de la Guardia, el general Matthews. Ello hacía innecesaria la presencia del ejército de EEUU para garantizar los intereses norteamericanos en Nicaragua⁴⁶.

Así lo demostraría la dictadura implantada por el general Somoza García tras el asesinato de Sandino en 1934, el posterior aniquilamiento del movimiento sandinista y el golpe de estado contra el presidente Sacasa en 1936.

La dictadura de los Somoza (1936-1979) no encuentra mayores problemas para ser reconocida y sostenida no sólo por F.D. Roosevelt en el contexto de su política de no injerencia, sino también por otras siete administraciones estadounidenses. Los Somoza (Anastasio Somoza García, 1936-1954; Luis Somoza Debayle, 1954-1967, y Anastasio Somoza Debayle, 1967-1979), respaldados dentro de Nicaragua en la Guardia Nacional, -como reconoce la propia Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA) norteamericana⁴⁷- dan su apoyo incondicional a las políticas de Estados Unidos contra Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, contra el comunismo

⁴⁶ Sobre los motivos de la retirada de los marines véanse Bryce Wood, *The Making of the Good Neighbor Policy*, op. cit., pp. 45-47; Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., pp. 68-69; y Amaru Barahona, "Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua", en Pablo Gonzalez Casanova (ed.), *América Latina: historia de medio siglo*, op. cit., p. 391.

⁴⁷ Defense Intelligence Agency, *Nicaragua: Challenge to Regime*, (Informe de inteligencia). Washington D. C., 1 diciembre 1977, (P.K. & N.S.A., n° 00024).

durante la Guerra Fría e incluso contra el latinoamericanismo de algunos gobiernos del hemisferio occidental⁴⁸.

Nicaragua, durante el somocismo, carece de política exterior independiente. Sus votaciones en los organismos internacionales coinciden siempre con las de Estados Unidos. Los Somoza prestan el territorio nicaragüense para las aventuras contrarrevolucionarias de los gobiernos norteamericanos en Guatemala (1954) y Cuba (1961), envían tropas para acompañar al ejército estadounidense en la invasión de República Dominicana (1965), promueven el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA) (una alianza contrainsurgente de los ejércitos de Centroamérica), y boicotean los intentos latinoamericanos de conformar un organismo internacional para defender los precios del café y del banano en el mercado mundial⁴⁹.

En suma, la dictadura somocista se comporta en los escenarios internacionales, y sobre todo en Centroamérica y el Caribe, como un peón sobresaliente de la política exterior norteamericana, y como uno de sus aliados más fieles. *"En temas de política internacional apoyé decididamente a Estados Unidos y dí a mi amigo y aliado toda la ayuda de que yo disponía... Reto a Carter y a Cyrus Vance a comprobar si algún presidente en el mundo apoyó a Estados Unidos con más dedicación que yo"*, reconocerá, sin sonrojo, Anastasio Somoza Debayle ya en el exilio, después de haber sido derrocado por el nuevo movimiento sandinista impulsado por el FSLN⁵⁰.

A cambio de esta estrecha colaboración los gobiernos de Estados Unidos otorgan a la dictadura somocista un considerable apoyo político, económico y militar con muy pocos momentos de vacilación⁵¹.

El propio F.D. Roosevelt, a pesar de reconocer supuestamente que Anastasio Somoza, el fundador de la dinastía, era *"un hijo de puta, pero nuestro hijo de puta"*⁵²,

⁴⁸ Entre los estudios sobre la dictadura somocista destacan Richard Millet, *The Guardians of the Dynasty: A History of the U.S.-Created Guardia Nacional de Nicaragua and the Somoza Family*, Maryknoll, NY: Orbis Book, 1977; Bernard Diederich, *Somoza and the Legacy of U.S. Involvement in Central America*, New York: E.P. Dutton, 1981, y Knut Walter, *The Regime of Anastasio Somoza, 1936-1956*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1993.

⁴⁹ Hazel Smith, *Nicaragua: Selfdetermination and Survival*, op. cit., pp. 101-128; y Thomas W. Walker, *Nicaragua: The Land of Sandino*, op. cit., pp.125-129.

⁵⁰ Anastasio Somoza, *Nicaragua Betrayed*, Belmont, Mass.: Western Islands, 1980, pp. 77-78. De forma similar A. Somoza expresa amargas quejas en el momento en que el embajador norteamericano Pezzullo le plantea que debe dimitir inmediatamente: *"Me dijo -informa Pezzullo al Departamento de Estado- que ése era un pobre pago por la lealtad y servicios prestados al gobierno norteamericano: el derrocamiento de Arbenz y la invasión de Bahía de Cochinos"*, véase Lawrence A. Pezullo, "Somoza- The First Visit". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. # 02857, 28 junio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00833).

⁵¹ Entre mayo de 1947 y abril de 1948 la administración Truman retiró temporalmente -junto con la mayoría de los países de América Latina- el reconocimiento al gobierno impuesto por Somoza tras derrocar a Leonardo Argüello... 24 días después de ser este último elegido presidente.

⁵² Es obligado señalar el abundante uso que se ha hecho de esta frase para describir las relaciones de Estados Unidos con algunos dictadores latinoamericanos. De acuerdo a Pastor la revista *Time* (15 noviembre 1948, p. 43) la pone por primera vez en labios de F.D. Roosevelt hablando de Anastasio Somoza García; el propio Pastor sostiene que la cita es apócrifa (Robert A. Pastor, *Condemned to Repetition*, op. cit., pp.3-4). Thomas se la adjudica a William Wieland, director de la Oficina de Asuntos del Caribe y México, refiriéndose al dictador cubano Fulgencio Batista, (Hugh Thomas, *Cuba: The Pursuit of Freedom*, New York: Harper and Row, 1971, p.

brindó un recibimiento fastuoso al dictador nicaragüense en la primera visita de éste a Washington en mayo de 1939. Amén del espaldarazo político, Somoza consiguió de Roosevelt un préstamo de 2,5 millones de dólares de fondos del Import-Export Bank, el envío de un oficial norteamericano como director de la nueva academia militar nicaragüense y asistencia para crear una fuerza aérea⁵³.

Durante los años de la Alianza para el Progreso, las tenues y temporales medidas de democratización del régimen, introducidas por Luis Somoza, fueron recompensadas con una abundante ayuda financiera de Estados Unidos. Nicaragua recibió en ese tiempo más de cien millones de dólares en préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo y del mismo gobierno norteamericano, y las inversiones directas del capital estadounidense en Nicaragua pasaron de 18 millones a 75 millones de dólares.

La colaboración más importante se dio, sin embargo, en el campo militar. Las relaciones militares de Estados Unidos con la dictadura somocista llegaron a ser posiblemente las más estrechas de América Latina. Desde su creación, la Guardia Nacional, que actuó siempre como un ejército privado de los Somoza, estuvo controlada por Estados Unidos. Al principio, sus directores, y en todo momento, el entrenamiento, la asesoría, el armamento y la munición fueron norteamericanos. A mediados de los años 60 la ayuda militar directa de Estados Unidos se evaluaba en 1,6 millones de dólares al año. Y por los centros de entrenamiento norteamericanos pasaron más oficiales nicaragüenses (4.098 entre 1950 y 1975) que de ningún otro país latinoamericano⁵⁴.

Uno de los objetivos históricos de Estados Unidos en Nicaragua se había cumplido. Con el apoyo de la Guardia Nacional los Somoza consiguieron mantener "la estabilidad y el orden" en Nicaragua hasta finales de la década de los 70. El régimen dictatorial impuesto para ello, la represión de los sectores populares y, a veces, de algunos sectores de la burguesía, la celebración de elecciones sistemáticamente fraudulentas, la censura de los medios de comunicación, el encarcelamiento de opositores, los asesinatos de estudiantes y campesinos no fueron en general obstáculo para el apoyo de Estados Unidos a los Somoza durante casi cinco décadas. El valor de su condición de aliado estratégico en Centroamérica en el contexto del combate contra el comunismo hizo que los gobiernos de EEUU pasaran

977). Y Selbin, por su parte, asegura que fue John Foster Dulles quien utilizó esa expresión para calificar al dictador de República Dominicana, Rafael Trujillo, (Eric Selbin, *Modern Latin American Revolutions*, op. cit., p. 195). Lo que parece evidente es que la cita refleja con bastante precisión el tipo de relaciones de los gobiernos de Estados Unidos con los dictadores latinoamericanos.

⁵³ Karl Berman, *Under the Big Stick*, op. cit., pp. 228-232.

⁵⁴ George Black, *Triumph of the People*, op. cit., pp. 47-48.

por alto esos “pequeños deslices antidemocráticos” del somocismo, como documentan algunas declaraciones oficiales⁵⁵.

De ahí que resulte provocadora, pero insostenible la tesis de Robert A. Pastor de que el apoyo de Estados Unidos a los Somoza es un mito y que incluso “*la mayoría de las administraciones norteamericanas se sentían a disgusto con el régimen somocista*”⁵⁶. Se pueden ver matices e incluso interrupciones en el apoyo estadounidense al somocismo, como la ocurrida durante la administración Truman. Y sin duda hubiera sido muy conveniente que los sandinistas hubieran prestado atención a esos matices al abordar sus relaciones con Estados Unidos. Pero sobre cualquier diferencia temporal prevaleció siempre el interés de Estados Unidos: el régimen somocista servía con holgura a sus necesidades de seguridad y estabilidad en la región centroamericana⁵⁷.

Sólo en la década de los 70, cuando la imagen dictatorial de Anastasio Somoza Debayle llega a ser molesta incluso para una administración como la de Gerald Ford, y sobre todo con la apuesta pública del gobierno Carter en favor de los derechos humanos en el Tercer Mundo, se abre por primera vez, y con no pocas contradicciones, una brecha en las relaciones de Estados Unidos con la dictadura de los Somoza que contribuye en parte a su caída en 1979.

V.2. La administración Carter: una extraordinaria oportunidad perdida

Los sandinistas en el gobierno y la administración Carter establecieron unas relaciones poco convencionales, introdujeron importantes cambios en la aproximación tradicional entre Nicaragua y Estados Unidos, e intentaron abrir nuevas posibilidades de interrelación que pudieron haber significado el inicio de un giro radical en la desequilibrada historia entre ambos países.

⁵⁵ El secretario de Estado Dean Acheson en un memorandum para el presidente Truman, preparando una visita de Anastasio Somoza García a Washington, afirmaba lo siguiente acerca del dictador: “*En 1933 se convirtió y todavía continúa como Director General de la Guardia Nacional de Nicaragua que las fuerzas de ocupación habían organizado. En 1936 derrocó al presidente... Aunque el gobierno de Nicaragua es democrático y republicano en la forma, el presidente Somoza lo ha dirigido sin contar con nadie. Sus métodos han sido criticados fuertemente en Estados Unidos y en América Latina. Sin embargo ha restaurado el orden en Nicaragua y en los últimos años ha sido menos represivo... Nicaragua ha apoyado firmemente la política exterior de Estados Unidos*” (“Memorandum to the President”, 1 mayo 1952, *Foreign Relations of the United States 1952-1954*, vol. 4, pp. 1369-70, reproducido en Robert S. Leiken/Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit. pp. 96-97).

⁵⁶ Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 271.

⁵⁷ El apoyo histórico de Estados Unidos al régimen somocista está reconocido de forma explícita por William Bowdler, el principal negociador norteamericano en los últimos meses del somocismo, cuando propone al Departamento de Estado que se le plantee a Somoza la retirada del apoyo norteamericano. “*No estamos en posición -es la propuesta textual de Bowdler- de ayudarle a Usted a retener el poder. Al contrario, estamos obligados a retirarle al apoyo que históricamente nosotros le hemos proporcionado*”, véase “Nicaragua Mediation No. 8: Démarche to Somoza”. Secret Cable to U.S. Department of State, 30 Octubre 1978. Citado en Peter Kornbluh, *The Making of U.S. Policy 1978-1990*, op.cit., p. 43.

Sin embargo estos conatos de transformar las relaciones entre la gran potencia norteamericana y un pequeño país de su área de influencia -cuyos destinos estaban regidos entonces por un gobierno revolucionario- terminaron en un fracaso, relativizable, que abonaría las posiciones de confrontación adoptadas por la administración Reagan en contra de la revolución nicaragüense.

Ambas partes pueden ser responsabilizadas del fracaso. En un primer momento la administración Carter reaccionó negativamente -siguiendo la tradición de Estados Unidos en ocasiones similares- ante la perspectiva de un triunfo revolucionario, que en última instancia se vio obligada a aceptar. El FSLN en el poder tampoco escapó de un planteamiento ideológico rígido -entendible en el contexto de las relaciones históricas entre ambos países- que denunciaba al imperialismo norteamericano como la principal amenaza de la revolución⁵⁸. Dicho planteamiento pasaba por alto el hecho de que la administración Carter mostraba una actuación matizada, digna de ser tomada en cuenta en la medida que se alejaba en alguna manera de comportamientos anteriores de Estados Unidos frente a los procesos revolucionarios.

Es necesario, sin embargo, resaltar los esfuerzos mutuos -de sandinistas y de la administración Carter- por mejorar sus relaciones durante los primeros momentos de la revolución, así como relativizar el que esta novedosa aproximación entre un régimen revolucionario latinoamericano y Estados Unidos no llegara a cuajar. Y más si se considera que al menos la parte sandinista años más tarde llegó a percatarse de algunas de sus posiciones erradas sobre la administración Carter, y se planteó unas relaciones diferentes con Estados Unidos, más comprensivas de su influencia insoslayable en Centroamérica, actitud que no dejaría de tener sus efectos ejemplificadores en otras fuerzas progresistas de América Latina⁵⁹.

En el lado estadounidense, sin embargo, no se ha podido comprobar aún que los sectores liberales que criticaron los posicionamientos y los esfuerzos iniciales de la administración Carter para impedir un triunfo revolucionario y saludaron el posterior enfoque más receptivo de dicha administración frente al hecho de la revolución sandinista, hayan conseguido, a su vez, crear escuela en el establishment norteamericano, e imponer sus posiciones de manera que pudieran establecerse desde el Washington demócrata o republicano unas relaciones menos antagónicas y más dialogantes frente a los cambios radicales necesarios en una buena parte de América Latina.

⁵⁸ Véase Daniel Ortega, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (6 septiembre 1979), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 26.

⁵⁹ Este cambio en la forma de mirar y entender a Estados Unidos fue iniciado después de la derrota electoral sandinista por la corriente más pragmática del sandinismo agrupada en torno al general Humberto Ortega.

V.2.1. Carter: Ni Somoza, ni triunfo revolucionario

Es un hecho constatado que la política exterior de la administración Carter sufrió una fuerte transformación a lo largo de su mandato, pasando de planteamientos idealistas en un principio a posiciones, donde la seguridad nacional ocupaba la principal prioridad, en los dos últimos años⁶⁰.

Aunque esta orientación se repitió en lo fundamental en el caso de Nicaragua⁶¹, sin embargo es posible encontrar en los dos períodos actuaciones que -conviene recordarlo para no caer en simplificaciones- estuvieron marcadas tanto por la preocupación acerca de la seguridad nacional como por el respeto a la soberanía nicaragüense, ya se tratara de la dictadura somocista o del régimen sandinista.

Las iniciales tomas de postura de la administración Carter en política exterior estaban enmarcadas por las concepciones trilateralistas que propugnaban reconocer la multipolaridad en las relaciones internacionales, compartir el liderazgo mundial con Europa Occidental y Japón, desenfatar la visión Este-Oeste y promover el diálogo Norte-Sur⁶².

Estas posiciones habían sido traducidas al espacio latinoamericano por las ya citadas recomendaciones de la Comisión sobre las Relaciones entre Estados Unidos y América Latina, entre cuyos lineamientos se incluían la relación no paternalista con los países latinoamericanos, el respeto a su soberanía y el otorgar una gran importancia a los derechos humanos en las relaciones internacionales⁶³.

La aplicación de estos principios (no interferencia junto a presiones sobre el respeto de los derechos humanos) en la Nicaragua somocista no podía dejar de producir más que contradicciones y confusión en Nicaragua y dentro de la propia administración Carter. Por una parte, a principios de 1978, el Departamento de Estado orientaba a la embajada norteamericana en Managua mantener una estricta neutralidad en las disputas entre Somoza y la oposición, evitando "*involucrarse directamente en maniobras políticas internas*"⁶⁴, ni para apoyar al gobierno somocista, ni tampoco a la oposición en su intento de derribar a Somoza.

⁶⁰ Robert Pastor, "The Carter Administration and Latin America: A Test of Principle", en John D. Martz (ed.), *United States Policy in Latin America*, op. cit., pp. 61-62; G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., p. 128; y Saul Landau, *The Dangerous Doctrine: National Security and U.S. Foreign Policy*, Boulder: Westview Press, 1988, pp.126-129.

⁶¹ E. Bradford Burns, *At War in Nicaragua*, op. cit., p. 19; George Black, *Triumph of the People*, op. cit., pp.352-353; y Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., p. 131.

⁶² Frank Niess, *A Hemisphere To Itself*, op. cit., pp. 189-190; Thomas Bodenheimer, y Robert Gould, *Rollback!, Right-wing Power in U.S. Foreign Policy*, Boston: South End Press, 1989, pp. 163-164; y William M. LeoGrande, "Una nota crítica sobre la política exterior de Ronald Reagan", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op.cit., p. 141.

⁶³ Commission on United States-Latin American Relations, *The Americas in a Changing World*, op. cit., pp. 20-24.

⁶⁴ Cyrus R. Vance, "Role of the US Embassy in Nicaragua". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State.# 183243, 16 febrero 1978, (P.K. & N.S.A., n° 00064).

Por otro lado las denuncias oficiales norteamericanas de las violaciones de los derechos humanos en varios países de América Latina, incluida Nicaragua (denuncias realizadas en el marco del desarrollo de la política de derechos humanos considerada por el propio presidente Carter como "*un principio fundamental*" de su política exterior⁶⁵), tenían una influencia patente sobre la actuación de los distintos actores de la política nicaragüense.

Anastasio Somoza, mientras calificaba las acusaciones norteamericanas de "*interferencia en los asuntos internos de Nicaragua*"⁶⁶, contrataba empresas de Relaciones Públicas para defender la imagen de su régimen en Estados Unidos, y tomaba en serio la suave presión del gobierno norteamericano: en septiembre de 1977 cancelaba el estado de sitio vigente desde 1974 y restablecía la libertad de prensa.

Una parte de la oposición moderada, liderada por Pedro Joaquín Chamorro, director del diario La Prensa, aprovechaba el momento para denunciar abiertamente al régimen, mientras otro sector -representado por los obispos Miguel Obando y Pablo Vega y el empresario Alfonso Robelo- intentaba infructuosamente un diálogo con Somoza con el objetivo de promover una transición pacífica a un gobierno democrático.

El FSLN interpretaba la política de la administración Carter y la respuesta de Somoza y de la oposición burguesa como un peligro para su estrategia político-militar de toma del poder, y salía al paso de lo que consideraba un ensayo a través del cual "*el imperialismo y la reacción buscan fórmulas de recambio del somocismo sin cuestionar sus resortes de poder fundamentales: el inmenso poder económico y el poder represivo de la Guardia Nacional*"⁶⁷.

En consecuencia con este planteamiento, en octubre de 1977 el grupo "tercerista" del FSLN lanzaba una serie de ataques contra varias ciudades, que, sin ser exitosos desde el punto de vista militar, tenían una gran resonancia propagandística en Nicaragua y proporcionaban un fuerte golpe a la imagen de estabilidad y fortaleza de la dictadura.

Tan importante como los resultados de esta ofensiva militar fue el acercamiento simultáneo del FSLN a sectores moderados de la oposición, con el objetivo de labrar una amplia alianza contra el régimen somocista. La conformación del ya citado Grupo de los Doce fue el resultado inicial de esta política que se convertiría en uno de los puntales del triunfo.

⁶⁵ Jimmy Carter, discurso inaugural, 20 enero 1977, citado en *Keesing's Contemporary Archives*, 1977, p. 28245.

⁶⁶ Citado en Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 53.

⁶⁷ *Humberto Ortega*, entrevistado por Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, op. cit., p.20.

Ambas circunstancias fueron desconocidas o minusvaloradas por la administración Carter, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que en diciembre de 1977 un informe de la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA) de Estados Unidos valoraba que los ataques sandinistas no tenían ninguna posibilidad de llegar a derrocar a Somoza "en el futuro próximo", aunque admitía que sus consecuencias potenciales a largo plazo eran más inciertas⁶⁸.

La ignorancia de la administración Carter acerca de lo que sucedía en Nicaragua⁶⁹, su contradictorio intento de presionar -de forma insuficiente- a la dictadura somocista para que democratizara el país, y su presunción de que Estados Unidos debía seguir controlando los acontecimientos de Nicaragua para que no se convirtieran en una crisis de seguridad, fueron tres factores que contribuyeron a desarrollar una política norteamericana torpe, errática, poco coherente y a destiempo.

No podía ser de otra manera, pues los principales funcionarios y los distintos organismos de la administración Carter encargados de la política exterior estaban divididos sobre las políticas a aplicar, y sobre el momento y el ritmo de las mismas⁷⁰.

Warren Christopher, vicesecretario de Estado⁷¹, Anthony Lake, director de planificación de política exterior y Robert Pastor, director de asuntos latinoamericanos en el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) imprimieron un sello de vacilación, flexibilidad y duda permanente a las estrategias a seguir en Nicaragua. Defensores de la política de derechos humanos y partidarios de que Somoza democratizara el régimen, pero no de forzarle a hacerlo, sus posiciones generalmente prevalecieron.

Viron Vaky, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos y William Bowdler, enviado especial del presidente Carter en los momentos más críticos antes de la caída de Somoza, conformaban el ala más pragmática y propugnaban desde septiembre de 1978 el presionar con todos los recursos posibles -excepto la intervención militar- para obligar a que Somoza dimitiera, pero su posición no tuvo eco hasta el último momento⁷².

⁶⁸ Defense Intelligence Agency, *Nicaragua: Challenge to Regime*, op. cit., p. 9.

⁶⁹ Robert A. Pastor, director de Asuntos Latinoamericanos en el NSC (National Security Council), admite que "hasta que los sandinistas lanzaron su ofensiva final a mitad de junio de 1979, el gobierno de Estados Unidos desconocía la naturaleza y la profundidad de su fuerza", e igualmente que, mientras Estados Unidos intentaba promover una alternativa intermedia entre Somoza y el FSLN, "la mayor parte de los líderes moderados se habían aliado ya con los sandinistas", véase Robert A. Pastor, *Whirlpool: U.S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean*, Princeton: Princeton University Press, 1992, p. 132.

⁷⁰ La mejor y más detallada descripción de estas diferencias se halla en Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., pp. 111-167 (capítulos siete y ocho). Una posición crítica, planteando las consecuencias negativas de esta división para la política exterior norteamericana, se encuentra en Lars Schoultz, *National Security and United States Policy Toward Latin America*, Princeton: Princeton University Press, 1987, p. 44.

⁷¹ El secretario de Estado, Cyrus Vance, estuvo alejado generalmente de los detalles del conflicto nicaragüense, y delegó en Warren Christopher el seguimiento del mismo. Las posiciones de Vance coincidían con las de este primer grupo.

⁷² Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., pp. 78-79, 97-98, y 105-106; y Shirley Christian, *Revolution in the Family*, op. cit. pp. 88-90.

Zbigniew Brzezinski, el principal consejero presidencial en el NSC, representaba las posiciones más belicistas, tradicionales y duras en la administración Carter. En dos ocasiones sus propuestas -respaldadas personalmente por el presidente Carter- se impusieron a la cautela del resto de funcionarios con un resultado muy negativo para los objetivos del propio gobierno norteamericano en Nicaragua y en América Latina, como se verá más adelante.

La sección de América Latina, dirigida por diplomáticos profesionales partidarios del compromiso en las relaciones con el régimen somocista, se enfrentaba con frecuencia a las posiciones más principistas de la sección de Derechos Humanos, dirigida por diplomáticos nombrados "ad hoc" y defensores a ultranza de la política de derechos humanos.

Por fortuna para los sandinistas la unificación de criterios en la administración Carter no se produjo casi hasta la víspera del derrocamiento de Somoza. Previamente desde la explícita posición inicial de no interferencia en las disputas internas nicaragüenses, la administración Carter había ensayado todo un elenco de políticas, que, aparte de exacerbar los ánimos de somocistas y sandinistas, fracasaron en su propuesta básica de un gobierno sin Somoza y sin sandinistas.

La suspensión temporal de la ayuda militar en septiembre de 1977 y la concesión de nueva ayuda varios meses después, la carta personal de Carter a Somoza -a requerimiento de Brzezinski- alabando las promesas del dictador de introducir algunas medidas democratizadoras en su gobierno⁷³, el protagonismo de Estados Unidos desde octubre de 1978 a enero de 1979 en los esfuerzos de mediación y diálogo entre Somoza y la oposición moderada fracasados por la intransigencia de aquel⁷⁴, las sanciones contra la dictadura somocista (corte de la ayuda militar y retirada de parte del personal de la embajada y del mismo embajador Solaun) para

⁷³ Véase Jimmy Carter, "Letter to Somoza (June 1978)", en Robert S. Leiken, y Rubin Barry (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 483-484. La filtración de la carta -enviada en contra de la opinión de las secciones de Derechos Humanos y de América Latina del Departamento de Estado y del propio asesor del NSC, Robert Pastor- ocasionó, dentro y fuera de Estados Unidos, problemas de credibilidad a la política de derechos humanos de Carter, confirmó los peores temores sandinistas acerca del gobierno norteamericano, y envió una señal equivocada al dictador, que utilizó la carta como prueba de la continuación del apoyo norteamericano a su gobierno. Una severa crítica al envío de la carta se halla en Tom J. Farer, *The Grand Strategy of the United States in Latin America*, New Brunswick: Transaction Books, 1988, p. 94, ("*coladura diplomática mayúscula*" en palabras de Farer), y en William M. LeoGrande, *Our Own Backyard*, op. cit., p. 20, ("*el peor error político de Estados Unidos en la crisis de Nicaragua*" según LeoGrande). Una interpretación más positiva de los efectos de la carta se encuentra en Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., pp.70-71.

⁷⁴ La "mediación" es considerada unánimemente como la última oportunidad de la administración Carter para haber alcanzado su objetivo de "un somocismo sin Somoza", como lo reconocen diversos actores de los acontecimientos. Véanse entrevista a Sergio Ramírez en Pilar Arias, *Nicaragua: Revolución*, op. cit., p.170; declaraciones de Alfonso Robelo citadas en Shirley Christian, *Revolution in the Family*, pp.101-102; Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., pp. 274-275; Robert Pastor, *Condemned*, op. cit., pp. 288-289; y Lawrence Pezullo y Ralph Pezullo, *At the Fall of Somoza*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1993, pp. 244-245. Sobre la posición del FSLN en la mediación (participar para ganar tiempo y abandonar el diálogo para deslegitimar la operación), véase "¿Mediación o intervención?. El Pacto de los zopilotes. Plan Washington: impedir que el FSLN tome el poder", entrevista de Guillermo Cortés Domínguez a Sergio Ramírez en *Barricada*, 20 octubre 1988, pp. 1 y 6.

demostrar el descontento norteamericano con Somoza, el "olvido" de Nicaragua y la "falta de política"⁷⁵ ante el conflicto entre enero y mayo de 1979, y el apoyo a la concesión de un crédito de 65 millones de dólares del Fondo Monetario Internacional al gobierno de Somoza ¡dos meses antes de su caída!⁷⁶... todo ello son muestras fehacientes del profundo desconcierto de la administración Carter acerca de la situación en Nicaragua y de las políticas a seguir allí.

Asimismo estas medidas no eran más que el reflejo de las inevitables contradicciones que se derivaban de la aproximación de la administración Carter al conflicto nicaragüense con una hipótesis inviable: la democratización de la dictadura sin obligar realmente a Somoza a dimitir, manteniendo el eje y fundamento de la misma, la Guardia Nacional, buscando un centro político que no existía e impidiendo el acceso de los sandinistas al poder, cuando este grupo, a raíz de las insurrecciones de febrero y septiembre de 1978 y de la toma del Palacio Nacional en agosto de ese mismo año, se había convertido en la principal fuerza de oposición al régimen⁷⁷.

Ni siquiera en los dos últimos meses de la dictadura somocista el gobierno norteamericano abandona lo fundamental del planteamiento anterior. Al producirse la "ofensiva final" a principios de junio de 1979, la administración Carter -tras valoraciones iniciales que no daban mayor importancia a la ofensiva- por primera vez se enfrenta a la posibilidad de que los sandinistas lleguen a conquistar el poder y reacciona de acuerdo a los reflejos tradicionales como gran potencia americana: propone en la OEA el envío de una "fuerza de paz" a Nicaragua para que garantice el orden en la transición.

El verdadero fin de la propuesta (impedir la ya inminente victoria militar sandinista) es tan obvio que incluso encuentra un fuerte rechazo dentro de la propia administración (el mismo Departamento de Estado, la sección de Derechos Humanos, Viron Vaky y Robert Pastor, entre otros, se oponían a la propuesta⁷⁸), pero Brzezinski y el propio Carter terminan imponiendo su decisión de incluir el punto de la "fuerza de paz" en el discurso que debía leer Cyrus Vance ante la OEA.

⁷⁵ Shirley Christian, *Revolution in the Family*, op. cit., p. 102; Pastor explica estas posiciones contradictorias por la carencia de ideas en la administración Carter, al fracasar las negociaciones y por la atención que se vio obligada a prestar a otras crisis, como la de Irán: véase Robert J. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 122.

⁷⁶ Acerca del apoyo norteamericano al crédito del FMI, Dunkerley sostiene que "fue visto como una importante decisión de no boicotear a Somoza,...y como una identificación de Estados Unidos con el régimen de Nicaragua": véase James Dunkerley, *Power in the Isthmus*, London: Verso, 1988, p. 257.

⁷⁷ Jack Spence, "The U.S. Media: Covering (over) Nicaragua", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., p.190; y Herry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution*, op. cit., p. 298.

⁷⁸ Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., pp. 220-225. Véase también Patricia Derian, "Nicaragua". Secret Briefing Memorandum to Warren Christopher. U.S. Department of State, Bureau of Human Rights and Humanitarian Affairs, 18 junio 1979, (P.K. & N.S.A., n° 00779).

La propuesta no sólo es rechazada por la asamblea de la OEA, sino que además se aprueba una resolución, exigiendo la dimisión de Somoza y la instauración de un gobierno democrático... ¡todo ello con el voto favorable de Estados Unidos!. Ambas decisiones son históricas⁷⁹ y reflejan no sólo los cambios producidos en las relaciones de América Latina con Estados Unidos, sino también la diferente perspectiva con la que el gobierno norteamericano de Jimmy Carter se dirige a los países latinoamericanos, un aspecto que en general apenas ha sido reconocido.

Es obligado considerar como un giro radical en las relaciones de Estados Unidos con América Latina el que la administración Carter acatara la decisión de la OEA, valorara como positivo el posicionamiento multilateral sobre Nicaragua⁸⁰ y se negara a adoptar una acción militar unilateral, propuesta después de la votación de la OEA por Brzezinski⁸¹, la cual hubiera supuesto la ruptura con los principios de la política exterior de Carter hacia América Latina, pero no con las actuaciones tradicionales de Estados Unidos en el hemisferio occidental.

A partir de la resolución de la OEA la administración Carter pretendió jugar un papel más activo en la crisis, e incluso convertirse en árbitro de la misma⁸², cuando en realidad controlaba muy poco de lo que estaba ocurriendo.

Estados Unidos ignoraba el importante papel del apoyo militar al FSLN, jugado por los gobiernos de Venezuela, Panamá y Costa Rica⁸³; desconocía el apoyo político que el sandinismo tenía en toda América Latina, como se había demostrado en la OEA; y no esperaba la oleada de rupturas de relaciones diplomáticas de los países de América Latina con la dictadura somocista.

Pero ni siquiera los propios intentos finales del gobierno norteamericano por participar más activamente en la resolución de la crisis se ven coronados por el éxito. El nuevo embajador estadounidense en Managua, Lawrence Pezzullo, intenta a la desesperada impulsar la construcción de una tercera fuerza como alternativa a la Junta de Gobierno promovida por el FSLN, y pronto constata la imposibilidad de conseguirlo, pues los sandinistas han arrastrado hacia sus posiciones⁸⁴ al centro político.

⁷⁹ Gabriel Kolko, *Confronting the Third World*, op. cit., p.286; y Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 234.

⁸⁰ Warren Christopher, "MFM (Meeting of Foreign Ministers)-Resolution on Nicaragua". Unclassified Cable #163598 to all ARA (Bureaus of Inter-American Affairs). U.S. Department of State, 23 junio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00805).

⁸¹ Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., pp. 147-148; y Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., p. 226.

⁸² Véase Alan Riding, "U.S. in Role of Key Nicaragua Arbiter", *The New York Times*, 10 julio 1979, p.3.

⁸³ Terry Karl, "*Mexico, Venezuela and the Contadora Initiative*", en Morris J. Blachman, William M. LeoGrande, Kenneth Sharpe (eds), *Confronting Revolution*, New York: Panteon Books, 1986, p. 280.

⁸⁴ Christopher Dickey, *With the Contras*, op. cit., pp. 33-34.

El enviado especial del presidente Carter, William Bowdler, fracasa en su intento de ampliar la Junta con otros políticos moderados ante la oposición no de los sandinistas -que estaban dispuestos a hacer esa concesión- sino de Alfonso Robelo y de Violeta Chamorro, integrantes de la Junta como representantes de la burguesía opositora, según relata el embajador Pezullo⁸⁵.

La administración Carter sí consigue obtener la dimisión de Somoza. En su primera visita el 27 de junio de 1979 el embajador Pezullo arranca al dictador el compromiso de dimitir (una carta del secretario de Estado Cyrus Vance el 14 de junio de 1979 le conmina a hacer efectiva inmediatamente la dimisión⁸⁶), y Somoza sale de Nicaragua en el amanecer del día 17.

Todas estas maniobras de la administración Carter en los últimos momentos persiguen una única meta: mantener a la Guardia Nacional, aunque sea depurada. Los principales funcionarios norteamericanos implicados en el conflicto expresan esta preocupación: el embajador Pezullo le dice a Somoza que se debe manejar su salida del país "*con suma precisión para preservar la integridad institucional de la Guardia Nacional*"⁸⁷, el vicesecretario de Estado, Warren Christopher, orienta a Pezullo a dejar "*perfectamente claro a Somoza... que nosotros sólo podemos considerar el apoyo a una Guardia que haya sido reestructurada*"⁸⁸, y el vicesecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Viron Vaky, autoriza asimismo al embajador norteamericano a plantear al dictador que el retraso de su salida dificultará que "*la Guardia Nacional juegue un papel constructivo en la paz*"⁸⁹.

Pero incluso ese objetivo - clave para mediatizar la victoria militar sandinista - no llega ser alcanzado por el gobierno estadounidense. El plan de traspaso del poder de Somoza a la Junta sandinista, elaborado con minuciosidad por el Departamento de Estado y por Pezullo, se va al traste, cuando, al salir Somoza de Nicaragua, su sustituto temporal, Francisco Urcuyo, se niega a entregar el poder a la Junta sandinista según lo acordado⁹⁰, la Guardia Nacional se desintegra y las fuerzas del FSLN ocupan Managua⁹¹. Concluía así la dictadura de los Somoza, y Estados

⁸⁵ Lawrence Pezullo, y Ralph Pezullo, *At the fall of Somoza*, op. cit., p. 171.

⁸⁶ Cyrus R. Vance, "Somoza's Departure". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State. # 183243, (Carta del Secretario de Estado Cyrus Vance a Anastasio Somoza), (P.K. & N.S.A., n° 00932).

⁸⁷ Lawrence A. Pezullo, "Somoza-The First Visit". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua, op.cit. .

⁸⁸ Warren Christopher, "Talk with Somoza". Secret Cable # 166874 to U.S. Embassy, Nicaragua, 28 junio 1979, U.S. Department of State, (P.K. & N.S.A., n° 00835).

⁸⁹ Viron Vaky, "Nicaraguan Scenario". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State.#179651, 12 julio 1979, (P.K. & N.S.A., n° 00908).

⁹⁰ Lawrence Pezullo, "GON Backs Off From Agreement". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. # 03250, 17 julio 1979, (P.K. & N.S.A., n° 00961).

⁹¹ Una minuciosa descripción del comportamiento de Urcuyo y de la confusión del gobierno Carter en los últimos momentos de la dictadura somocista se encuentra en la obra del embajador Lawrence Pezullo, y de su hijo Ralph Pezullo, *At the fall of Somoza*, op. cit., pp. 199-226.

Unidos en un mismo año, después del triunfo de las revoluciones en Irán y Grenada, "perdía" también a Nicaragua, uno de sus aliados más fieles en América Latina.

No es de extrañar que desde posiciones conservadoras del mundo académico o del Partido Republicano se hiciera a la administración Carter responsable directa de la caída del régimen somocista.

Mientras Muravchik sostiene que la crisis de Nicaragua fue creada básicamente por Estados Unidos⁹², la Plataforma del Partido Republicano y el Informe de Santa Fe responsabilizan a la administración Carter de haber debilitado al gobierno de Somoza y de haber contribuido a su fin, al negarle ayuda militar⁹³. La acusación más rotunda proviene de Jeane J. Kirkpatrick, profesora de Ciencia Política de la Universidad de Georgetown y embajadora ante la ONU con la administración Reagan: "...la administración Carter -afirma Kirkpatrick- derribó al régimen de Somoza..., e intervino repetidamente y en momentos críticos para debilitar al gobierno de Anastasio Somoza y fortalecer a sus opositores"⁹⁴.

Estas acusaciones son coherentes con el extremismo conservador que caracterizó la política exterior de la administración Reagan, pero, en general, son insostenibles a la luz de los hechos. Olvidan que las raíces de la crisis de Nicaragua se encontraban en el comportamiento dictatorial del régimen de Somoza durante más de cuarenta años, y que amplísimos sectores de la sociedad nicaragüense, incluida una buena parte de la burguesía, participaron en el derrocamiento de Somoza. Y tampoco tienen en cuenta que hasta el último momento la administración Carter, como se comprueba en sus propias declaraciones, intentó salvar al sistema quitando al dictador. Un buen ejemplo de esto es el ya citado respaldo del gobierno estadounidense a un elevado crédito del FMI para la dictadura unas semanas antes de su desintegración.

Lo que no se puede negar es que, como admite Anthony Lake⁹⁵, la caída del régimen somocista fue un fracaso de la administración Carter, en la medida en que ésta trató por casi todos los medios posibles de impedir la victoria sandinista y no lo consiguió.

El origen del fracaso de la administración Carter hay que buscarlo en las múltiples contradicciones de la política que impulsó para encontrar una salida a la

⁹² Joshua Muravchik, *Exporting Democracy*, op. cit., p. 161.

⁹³ Partido Republicano, "Plataforma del Partido Republicano", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 295; y Comité de Santa Fe (L. Francis Bouchey, Roger W. Fontaine, David C. Jordan, Gordon Summer, y Lewis Tab), "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 191.

⁹⁴ Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorship and Double Standards*, op. cit., p. 72.

⁹⁵ Anthony Lake, *Somoza Falling*, op. cit., p. VIII.

crisis del régimen somocista, la cual fuera favorable a los intereses de Estados Unidos⁹⁶.

La administración Carter quiso reformar la dictadura sin forzar excesivamente al dictador, hasta el final ignoró casi todo acerca de la fuerza del FSLN en Nicaragua y de las simpatías de éste en América Latina y, no obstante, en algunos momentos claves intentó mediar en el conflicto. En síntesis, Carter, heredero tanto de la Guerra Fría como de la aproximación histórica de Estados Unidos a los países latinoamericanos, demostró con su actuación que temía más a los sandinistas que al propio sistema autoritario desarrollado por los Somoza.

Teniendo muy en cuenta lo anterior, es necesario, no obstante, llamar la atención sobre la importancia de algunos aspectos de la política del gobierno Carter que, más allá de sus intenciones, contribuyeron en alguna medida a que tuviera lugar la revolución nicaragüense, aspectos habitualmente ignorados desde la perspectiva del sandinismo, y no enfatizados desde posiciones académicas progresistas.

La aplicación de la política de derechos humanos en Nicaragua -y no en Irán, Corea del Sur, Indonesia y Filipinas, donde los intereses norteamericanos eran más sustanciales- tuvo mucho de oportunismo, como advierten Farer y Kolko⁹⁷. Sin embargo, en la medida en que uno de los pilares del somocismo era la represión, y ésta se vio cuestionada, la política de derechos humanos influyó -de forma involuntaria- en la deslegitimación de la dictadura ante sus opositores, como apunta Landau⁹⁸, e incluso en un sentido muy colateral y modesto, también en su desestabilización, pero descartando que jugara un papel decisivo en la misma, como sostiene Kirkpatrick⁹⁹. El propio Tomás Borge, ministro del Interior sandinista, al alabar la política de derechos humanos de Carter en el momento de recibir al embajador norteamericano Pezullo reconocía la importancia de aquella para el triunfo revolucionario¹⁰⁰.

El cese de la ayuda militar norteamericana a la dictadura se produjo tarde (a seis meses escasos del triunfo sandinista), fue incompleto (Estados Unidos siguió entrenando a la Guardia Nacional), y se puede relativizar (aliados de Estados Unidos, como Israel, continuaron prestando ayuda militar a Somoza hasta junio de

⁹⁶ Véase Dennis Gilbert, "Nicaragua", en M. J. Blachman, W. M. LeoGrande, y K. Sharpe (eds), *Confronting Revolution*, op. cit., p. 95; Kirkpatrick, por el contrario, opina que el fracaso de Carter se debió a su "falta de realismo" al considerar que las dictaduras tradicionales eran más antidemocráticas que las revolucionarias, y al haber optado por sustituir aquellas por éstas: véase Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., pp. 49 y 23.

⁹⁷ Tom J. Farer, *The Grand Strategy*, op. cit., p. 9.; y Gabriel Kolko, "Confronting the Third World", op. cit., p. 283.

⁹⁸ Saul Landau, *The Dangerous Doctrine*, op. cit., p. 130

⁹⁹ Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., p. 73.

¹⁰⁰ Lawrence Pezullo, "Borge Greeting at Airport". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. # 03382, 28 Julio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 01005).

1979¹⁰¹). Pero supone una falta de rigor el menospreciar los efectos negativos que esta decisión de la administración Carter provocó sobre la moral de combate de la Guardia Nacional, y también sobre el resultado final de la contienda.

Es poco probable que la continuación de la ayuda norteamericana a Somoza hubiera supuesto un resultado distinto a la caída de la dictadura (las razones últimas de su derrota fueron políticas, no militares), pero sin duda hubiera contribuido a prolongar la agonía del régimen, ocasionando más destrucción y muerte en Nicaragua.

La administración Carter intentó a través de la OEA que se enviara una "fuerza de paz", para que no se produjera un triunfo absoluto de los sandinistas. Pero es conveniente resaltar que era la primera vez que un gobierno norteamericano presentaba una propuesta de tal importancia ante la OEA sin haber conseguido o impuesto el apoyo mayoritario de América Latina a su iniciativa, como había ocurrido por ejemplo, en la crisis de República Dominicana en 1965.

Carter aceptó el rechazo latinoamericano a la "fuerza de paz" y no dio su consentimiento a una intervención militar unilateral norteamericana, demostrando no sólo prudencia, sino sobre todo haber aprendido de las lecciones del pasado. Como señala Farer con acierto, lo positivo de la administración Carter es que, aunque intentó muchas cosas, no hizo nada decisivo en contra del triunfo sandinista¹⁰². Y una intervención militar sí hubiera podido producir un resultado decisivo diferente.

V.2.2. El desencuentro entre el gobierno sandinista y la administración Carter

Con posiciones enfrentadas hasta el 19 de julio de 1979, la administración Carter y el sandinismo ya en el gobierno intentarán durante año y medio mantener una aproximación abierta, aunque no cordial, basada en el interés mutuo. Al final las tensiones y desconfianzas terminarán predominando sobre los buenos propósitos, desaprovechándose así una ocasión extraordinaria para haber consolidado unas relaciones, cuya guía hubiera sido la convivencia respetuosa entre la superpotencia norteamericana y un gobierno revolucionario, lo cual sin duda habría marcado un hito para otras experiencias revolucionarias en América Latina.

No es la administración Carter quien más pierde en el fracaso de estos esfuerzos, sino el gobierno sandinista. Y por tanto, en cierta manera, sobre él recae la responsabilidad de no haber utilizado esta oportunidad histórica, en que la

¹⁰¹ En junio de 1979 el departamento de Estado "urgió" al gobierno de Israel a que detuviera todos los envíos de armas a Somoza, e Israel los detuvo: véase Cyrus Vance, "Alleged Israeli Arms Shipments to Nicaragua". Confidential Cable to U.S. Embassy, Israel. U.S. Department of State.# 151956, 13 junio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00758).

¹⁰² Tom J. Farer, "At Sea in Central America: Can We Negotiate Our Way to Shore?", en Robert S. Leiken, *Central America: Anatomy of Conflict*, op. cit., p. 282.

revolución no era combatida e incluso era tolerada, para haber trazado un rumbo más coherente con el espacio geográfico y político centroamericano.

La sobrevaloración de su propia capacidad en medio de la euforia del triunfo, el interesado deseo de colaborar en una nueva victoria revolucionaria en la región y el justificado -por la historia- temor a que Estados Unidos, cualquiera que fuera su gobierno, terminara interviniendo para frenar el desarrollo de la revolución fueron factores que tuvieron un peso considerable en las decisiones sandinistas de este primer y clave período de la revolución y afectaron de forma negativa el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua.

La aceptación del gobierno revolucionario por parte de la administración Carter y la valoración que ésta hizo de la revolución sandinista como un fenómeno no ligado al conflicto Este-Oeste constituían una novedad apreciable, por más que dicho reconocimiento estuviera motivado no solo por razones de respeto sino sobre todo por temor a la radicalización del proceso revolucionario y a su deslizamiento hacia el campo comunista, si Estados Unidos optaba por una política de confrontación, como había ocurrido en los primeros años de la revolución cubana, según reconocen Pastor y Blasier¹⁰³.

Las declaraciones del propio presidente Carter -pocos días después del triunfo sandinista-, expresando su apreciación positiva del proceso revolucionario y su deseo de mantener unas relaciones fluidas con el nuevo gobierno, abrían la posibilidad de un camino inédito que hubiera debido ser considerado con mayor atención por los sandinistas: *"Se equivocan -señalaba Carter- los norteamericanos que plantean que, siempre que se produce un cambio reformista, o incluso un cambio radical en este hemisferio, de alguna manera ello se debe a la intervención secreta y masiva de Cuba. El hecho es que en Nicaragua el régimen de Somoza había perdido la confianza del pueblo, y se produjo una amplia coalición de fuerzas para reemplazar a Somoza y a su régimen al frente del gobierno de Nicaragua..."*

*Tenemos una buena relación con el nuevo gobierno y esperamos mejorarla... No atribuyo a Cuba los cambios producidos en Nicaragua, y creo que el pueblo nicaragüense tiene suficiente capacidad de juicio para tomar sus propias decisiones. Nos esforzaremos de una manera apropiada, sin intervencionismos, de forma que los nicaragüenses puedan dejar oír su voz para solucionar sus propios asuntos"*¹⁰⁴.

Poco después el vicesecretario de Estado, Warren Christopher, enunciaba con claridad tanto los objetivos como el contenido de esta nueva política norteamericana hacia una revolución, la sandinista: *"Creemos - planteaba Christopher - que para*

¹⁰³ Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 192; y Cole Blasier, *The Hovering Giant*, op. cit., p. 291.

¹⁰⁴ Jimmy Carter, "Transcript of President's News Conference", *The New York Times*, 26 julio 1979, p. A14.

nosotros la mejor aproximación a la situación de Nicaragua es adoptar una actitud de cooperación amistosa, que incluye la entrega de ayuda efectiva y oportuna". Y no tenía reparos en reconocer el objetivo principal de esta política: "El resultado de moderación que buscamos no se producirá, si nos alejamos ahora"¹⁰⁵

Moderar a la revolución, reforzando las posiciones moderadas dentro y fuera del gobierno sandinista: ése era uno de los objetivos principales de la administración Carter¹⁰⁶. En el mejor de los escenarios posibles esta estrategia podría deparar la cooptación del proceso revolucionario y su consiguiente desvirtuamiento, como había ocurrido con la revolución boliviana de 1952. En el peor de los casos, se podría contener a la revolución, limitando sus aspectos más radicales dentro de Nicaragua, e impidiendo que se convirtiera en una crisis de seguridad para Estados Unidos, si el nuevo gobierno establecía unas relaciones demasiado estrechas con el campo socialista o interfería en los asuntos de los países vecinos, exportando su revolución. En suma la administración Carter se decantaba por una política de cooptación y de contención, y no de enfrentamiento con la revolución nicaragüense¹⁰⁷.

La estrategia norteamericana estaba basada en dos pilares: unas relaciones directas con el gobierno sandinista, y, sobre todo, la concesión de una importante ayuda económica en un momento en que la reconstrucción de la economía de Nicaragua era una de las prioridades de la revolución.

Lawrence Pezzullo, el diplomático que había negociado la dimisión de Somoza y el mismo día 17 de julio se había retirado a Estados Unidos para protestar por la citada maniobra de obstrucción del plan de transición protagonizada por Urcuyo, desarrolló con eficacia la primera función desde la embajada en Managua, manteniendo una actitud abierta y comprensiva con el régimen revolucionario hasta enero de 1981, como tuvieron que reconocer los sandinistas en alguna ocasión¹⁰⁸.

¹⁰⁵ Warren Christopher, "U.S. Policy and the Sandinista Regime", en *Department of State Bulletin*, septiembre 1979, citado en *Central American Reader*, op. cit., p. 501.

¹⁰⁶ Con esa finalidad el presidente Carter autorizó a la CIA el uso encubierto de fondos (un millón de dólares) destinados a la oposición civil del sandinismo, una operación que Woodward denomina "un programa de acción política standard para levantar una alternativa democrática a los sandinistas" (Bob Woodward, *VEIL: The Secret Wars of the CIA, 1981-1987*, New York: Pocket Books, 1988, pp. 111-112). La misma información está recogida en The National Security Archive, *The Chronology: The Documented Day-by-Day account of the Secret Military Assistance to Iran and the Contras*, Warner Books: New York, 1987, p. 3; Holly Sklar, *Washington's War on Nicaragua*, Boston: South End Press, 1988, p. 55; y William LeoGrande, *Our Own Backyard*, op. cit., p. 542.

¹⁰⁷ Thomas W. Walker, "The Armed Forces", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution*, op. cit., p. 81.

¹⁰⁸ El ministro del Exterior, D'Escoto, al valorar la aprobación por el Congreso norteamericano de una ayuda de 75 millones de dólares, afirmó: "Este es un triunfo para las fuerzas progresistas del Congreso, dirigidas por nuestro gran amigo el senador Sorinsky y por el embajador Lawrence Pezzullo, quien ha jugado un papel muy importante", citado en George Black, *Triumph of the People*, op. cit., p. 220. Una actitud de entendimiento y apoyo a la revolución se puede ver en varios cables de Pezullo al Departamento de Estado: véanse "Military Sales Request from Nicaragua". Confidential Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #04966, 15 octubre 1979, (P.K. & N.S.A., n° 01081), y "Nicaraguan Reaction to Hostages". Confidential Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #05591, 16 noviembre 1979, (P.K. & N.S.A., n° 01095); así como en la declaración del subsecretario de Estado, Warren Christopher, el 11 de septiembre de 1979 ante el

El momento cumbre de esta atmósfera inicial positiva se produjo, cuando tres miembros del gobierno revolucionario -Daniel Ortega, Sergio Ramírez y Alfonso Robelo- visitaron al presidente Carter en Washington en septiembre de 1979. Ambas partes fueron claras en sus planteamientos, manifestando abiertamente sus deseos y temores.

Las preocupaciones expuestas por el presidente Carter se concentraban en la no interferencia nicaragüense en los asuntos de los países vecinos, y en que Nicaragua fuera realmente una nación no alineada y respetuosa de los derechos humanos y de la democracia. A esto Carter añadía la dificultad para su gobierno de establecer buenas relaciones con la Nicaragua revolucionaria, si los principales líderes sandinistas continuaban sus frecuentes ataques retóricos contra Estados Unidos, problema al que los sandinistas apenas le darían importancia y que serviría de pretexto sobre todo a la administración Reagan para arropar sus propias decisiones en contra de la revolución. El presidente Carter, sin embargo, expresó la voluntad del gobierno norteamericano de seguir concediendo ayuda económica a Nicaragua.

Por su parte el comandante Daniel Ortega negó la implicación de Nicaragua en los procesos revolucionarios de El Salvador y Guatemala, solicitó de Estados Unidos ayuda económica y apoyo para renegociar la deuda externa heredada del somocismo y se quejó de la asistencia de la CIA a la reorganización de la Guardia Nacional de Somoza. Warren Christopher aseguró a Ortega que la CIA no tenía nada que ver con tales operaciones. Como sostiene Kinzer, en ese momento tanto el gobierno norteamericano como el nicaragüense eran sinceros¹⁰⁹, pero, como se verá, las “desviaciones” de lo allí afirmado no tardarían en aparecer.

Sobre la mesa habían quedado expuestos los dos principales problemas que alimentaron el enfrentamiento entre Estados Unidos y Nicaragua durante la década de los 80: el apoyo sandinista a los procesos revolucionarios centroamericanos y la ayuda de los gobiernos norteamericanos a los grupos armados de la contrarrevolución. La comunicación entre la administración Carter y el gobierno sandinista no podía haber sido más clara, y parecía que se estaba labrando una relación respetuosa entre ambos países por primera vez en su historia conjunta.

El segundo puntal de la estrategia estadounidense debía ser la ayuda económica. Nicaragua consiguió renegociar su deuda con la banca internacional en términos favorables, al contar con el apoyo del gobierno de Estados Unidos. Lo mismo se puede decir de los 262 millones de dólares en préstamos otorgados a Nicaragua por distintos organismos financieros internacionales. Y el propio Estados Unidos se

Subcomité de Operaciones Exteriores: "U.S. Policy and the Sandinista Regime", *Department of State Bulletin*, septiembre 1979, reproducida en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 500-502.

¹⁰⁹ Stephen Kinzer, *Blood of Brothers: Life and War in Nicaragua*, New York: G. P. Putnam's Sons, 1991, p. 80.

convirtió en el país que mayor asistencia económica prestó a Nicaragua durante el primer año y medio de revolución, alcanzando un valor de 117,6 millones de dólares¹¹⁰.

El significado de esta ayuda, sin embargo, es contradictorio. Por una parte tenía un valor simbólico inestimable: por primera vez Estados Unidos no solo no se aprestaba a destruir un proceso revolucionario en curso¹¹¹, sino que contribuía a que la economía de ese país pudiera ser rehecha. Esto, más allá de las limitaciones de la ayuda norteamericana, debería haber hecho reflexionar -y actuar en consecuencia- a la dirección sandinista acerca de la seriedad del compromiso de la administración Carter a cambio de que Nicaragua no se convirtiera en un problema de seguridad para Estados Unidos en la región.

Sin embargo la forma en que se trató la concesión de un paquete de 75 millones de dólares a Nicaragua en el Congreso norteamericano, resultó "*insultante y amenazadora*" para el gobierno sandinista¹¹², exacerbó los sentimientos en contra de Estados Unidos en Nicaragua, y tuvo consecuencias negativas para el estrechamiento de relaciones entre ambos países.

La aprobación de los 75 millones de dólares pasó por un tortuoso proceso de once meses (noviembre 1979-septiembre 1980) de discusiones, enmiendas y retrasos; el Congreso llegó a reunirse en secreto por segunda vez en 150 años para conocer el supuesto involucramiento de Cuba y la URSS en Nicaragua; y, cuando por un estrechísimo margen el Congreso aprobó la ayuda, ésta tenía unas limitaciones consideradas por un autor como Schoultz, nada sospechoso de pro-sandinismo, "*sin precedentes en la historia de los programas de ayuda de Estados Unidos*"¹¹³.

Las cláusulas más restrictivas hacían referencia a la obligación presidencial de suspender la ayuda, si Nicaragua apoyaba a los procesos revolucionarios de los países vecinos; un 60% estaba destinado al sector privado; no se podía dedicar nada a proyectos de educación en que interviniera personal cubano; los gastos en el exterior tenían que realizarse sólo en Estados Unidos; y un 1% debía ser empleado en propagandizar que la ayuda procedía del gobierno norteamericano. No es de extrañar que el senador Edward Zorinski, uno de los promotores de la ayuda a Nicaragua, calificara a estas restricciones de "*desastre legislativo*"¹¹⁴.

¹¹⁰ Arturo Cruz, "The Origins of Sandinista Foreign Policy", en Robert S. Leiken, *Central America: Anatomy of Conflict*, op. cit., p. 98; y Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 229.

¹¹¹ Cole Blasier, *The Hovering Giant*, op. cit., pp. 291-292.

¹¹² Dennis Gilbert, "Nicaragua", en M.J. Blachman, W. M. LeoGrande, y K. Sharpe (eds.), *Confronting Revolution*, op. cit., p. 99.

¹¹³ Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, op. cit., p. 47.

¹¹⁴ Congressional Record, 26 febrero 1980, p. 11646, citado en Cyintia J. Arnson, *Crossroads, Congress, The President and Central America, 1976-1993*, University Park, PA: The Pennsylvania State University Press, 2ª edición, 1993, p. 38.

La ayuda norteamericana perdía así uno de los objetivos prioritarios buscados con ella por la administración Carter (no contribuir a la radicalización de los sandinistas), y además dejaba al descubierto la profunda oposición que la revolución sandinista encontraba en algunos sectores de las principales instituciones norteamericanas, oposición que se incrementaría durante la larga presencia de Ronald Reagan en el gobierno de Estados Unidos.

Ante estas reticencias y dados los esfuerzos del gobierno norteamericano por obstaculizar el triunfo revolucionario, y el historial intervencionista de EEUU, la actitud del gobierno sandinista ante la administración Carter inevitable y justificadamente iba a estar teñida de desconfianza.

Sin embargo, la constatación por parte del gobierno sandinista de la debilidad de la economía del país¹¹⁵ y de la delicada situación geopolítica de Nicaragua empujaba al nuevo régimen a tratar de establecer unas relaciones fluidas con la administración Carter. Y el ministro del Exterior, Miguel D'Escoto, lo dejaba patente en su discurso ante la XXXV Asamblea General de la ONU en octubre de 1980: *"Con los Estados Unidos -proclamaba D'Escoto- deseamos mantener las mejores relaciones posibles y estamos dispuestos a seguir haciendo todo el esfuerzo necesario para sanar las heridas que aún persisten en nuestro pueblo, como consecuencia de la política intervencionista y de complicidad con la tiranía que hasta hace poco fue la política dominante. Reconocemos los esfuerzos importantes que el presidente Carter ha hecho para lograr que los Estados Unidos cambien su política internacional hacia nuestro pueblo"*¹¹⁶.

Los objetivos que el gobierno sandinista perseguía con este cuidadoso posicionamiento se mostraban transparentes: evitar que se reprodujera la situación de enfrentamiento con Estados Unidos sufrida por la revolución cubana en sus primeros años y que tan funestas consecuencias tuvo para el desarrollo posterior de la misma, ganar la confianza y el apoyo económico del gobierno estadounidense, acceder a los créditos de los organismos financieros internacionales para la reconstrucción del país, y, en definitiva, gozar de la tranquilidad necesaria para comenzar a poner en marcha las transformaciones urgentes que Nicaragua necesitaba.

Las políticas concretas impulsadas por el sandinismo resultaron, sin embargo, contradictorias y al final inadecuadas para alcanzar los objetivos señalados. Apenas se produjeron nacionalizaciones de propiedades norteamericanas; muchas multinacionales (Esso, Chevron, Texaco, Xerox, Monsanto, Pennwalt, IBM,

¹¹⁵ Henry E. Vanden, *"Foreign Policy"*, en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution*, op. cit., p. 298; y W. M. LeoGrande, D. C. Benneth, M. J. Blachman, y K. E. Sharpe, *"Grappling with Central America: From Carter to Reagan"*, en M. J. Blachman, W. M. LeoGrande, y K. E. Sharpe (eds.), *Confronting Revolution*, p. 301.

¹¹⁶ Miguel D'Escoto, *Discurso en el debate general del XXXV período ordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 8 de octubre de 1980, p. 12.

Nabisco...) continuaron operando en el país¹¹⁷, y Nicaragua se comprometió a cumplir con sus compromisos internacionales y a pagar la deuda externa.

Todo esto era una muestra de la flexibilidad de la que hacían gala los sandinistas (Yopo habla de una "*política de corte más pragmático*"¹¹⁸), y de ahí que se pueda afirmar que en los primeros momentos de la revolución la moderación -en términos comparativos con otros procesos revolucionarios anteriores- era una característica destacable en el respeto a sus obligaciones internacionales, en el trato a las empresas extranjeras, y en alguna medida también en las relaciones con la gran potencia del Norte.

Sin embargo el tono habitual de las declaraciones públicas sandinistas en contra de Estados Unidos y sobre todo algunas decisiones en política exterior provocaron tensiones más o menos explícitas con el gobierno norteamericano, llegando a producir un enfriamiento en la nueva atmósfera conseguida en las relaciones entre ambos gobiernos.

Entre los temas que eran contemplados con desconfianza y alarma por Washington se pueden citar los estrechos y cordiales lazos entre Managua y La Habana, no ocultados en ningún momento por el gobierno sandinista, algunas tomas de posición en organismos internacionales, tildadas de prosoviéticas por Estados Unidos, como por ejemplo la no condena de la invasión soviética en Afganistán (Nicaragua se abstenía en las votaciones), y por último ciertas decisiones como la apertura de una embajada de la OLP en Managua y la visita de Yassir Arafat a Nicaragua, que reforzaban la imagen radical de la revolución sandinista ante la administración Carter, cuando oficinas de la OLP estaban abiertas en países regidos por gobiernos - que también recibían a Arafat- más moderados que el nicaragüense¹¹⁹.

Uno de los aspectos que más molestó en Estados Unidos no sólo y lógicamente al Partido Republicano y a los sectores conservadores del Partido Demócrata, sino también a las corrientes liberales dentro y fuera del gobierno fueron las frecuentes y duras manifestaciones antiimperialistas de los dirigentes sandinistas¹²⁰, que en algunos casos eran manifestaciones antinorteamericanas o antiyanquis como ocurría con la ya citada frase "*luchamos contra el yanqui, enemigo de la humanidad*" del himno del FSLN, que se cantaba también en los actos oficiales del gobierno.

¹¹⁷ Tom Barry, y Deb Preusch, *The Central America Fact Book*, New York: Grove Press, Inc., 1986, p. 295.

¹¹⁸ Boris Yopo, *La política exterior de Nicaragua*, documento de trabajo nº 12, Santiago de Chile: PROSPEL, Universidad Académica de Humanismo Cristiano, 1988, p. 6.

¹¹⁹ El progresivo alejamiento de los sectores burgueses de las áreas de gobierno y las dudas respecto a las elecciones eran algunos de los temas de política interior que comenzaron a preocupar también al gobierno norteamericano, pero no llegaron a provocar mayores problemas.

¹²⁰ Thomas W. Walker, "Nicaraguan-U.S. Friction: The First Four Years, 1979-1983", en Kenneth M. Coleman; y George C. Herring (ed.), *The Central American Crisis: Sources of Conflict and The Failure of U. S. Policy*", Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc., 1986, p. 180.

Si las referencias al imperialismo eran más que explicables, dados los antecedentes de las relaciones entre Estados Unidos y el pueblo de Nicaragua y la propia guerra librada por los sandinistas contra un régimen apoyado desde sus inicios hasta casi el último momento por los gobiernos norteamericanos, desde la perspectiva de alcanzar objetivos tan fundamentales como los arriba citados, resulta poco coherente la actuación sandinista en un asunto de índole menor como éste.

Mientras el gobierno sandinista solicita y reclama una fuerte ayuda económica a la administración Carter, los dirigentes del FSLN utilizan una retórica antiimperialista y antinorteamericana, no ya sólo en las declaraciones para consumo interno -lo cual podría tener alguna justificación-, sino también en sus discursos en los foros internacionales.

¿Cómo se pueden justificar, por ejemplo, las declaraciones antinorteamericanas de Daniel Ortega en el ingreso de Nicaragua en el Movimiento de Países No Alineados en septiembre de 1979, o unas semanas después, al día siguiente de su entrevista con el presidente Carter, en un discurso ante la Asamblea General de la ONU y en un momento en que el Congreso norteamericano iba a comenzar a debatir el paquete de 75 millones de dólares de ayuda a Nicaragua?¹²¹ ¿Cómo no haber tenido en cuenta que así se les estaba dando argumentos a los poderosos grupos que dentro del Congreso se oponían a dicha ayuda, y que se estaba contribuyendo a debilitar las posiciones de la propia administración Carter en pro de la aceptación de la experiencia revolucionaria nicaragüense?

Pese al malestar que la retórica antiyanqui causaba en la administración norteamericana¹²², no fue esto lo que provocó un desenlace final negativo en la relación del gobierno Carter con la Nicaragua sandinista.

La ayuda otorgada por el FSLN a la guerrilla salvadoreña en los últimos meses de 1980 fue el factor determinante que supuso el corte de la ayuda económica de Estados Unidos a Nicaragua en los últimos días de la administración Carter.

El apoyo sandinista a los procesos revolucionarios centroamericanos había sido una de las preocupaciones principales de la administración demócrata y, por supuesto, también de los sectores conservadores norteamericanos. El propio Carter lo había manifestado en su encuentro con tres de los miembros del gobierno sandinista. Una de las cláusulas del paquete de los 75 millones de dólares fijaba la

121 "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (6 septiembre 1979), en Daniel Ortega, *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 17-26; y "El triunfo sandinista, ejemplo y alegría para los pueblos", discurso en la XXXIV Asamblea General de la ONU, (28 septiembre 1979), *Ibid.*, pp. 27-32.

122 El propio Robert Pastor, consejero de seguridad nacional en la administración Carter, intenta encontrar una explicación a este comportamiento sandinista en la dificultad de los jóvenes dirigentes del FSLN para moderar un estilo y un lenguaje utilizados durante años en una dura lucha contra el imperialismo yanqui, en la cual la disyuntiva para ellos se situaba entre la vida y la muerte: véase Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., pp. 202-204.

obligación presidencial de cortar la ayuda, si se demostraba que el gobierno sandinista había apoyado con recursos militares a los insurgentes centroamericanos.

Lawrence Pezzullo había advertido a los dirigentes sandinistas de las consecuencias negativas de un hecho semejante para las relaciones mutuas y para continuar con la ayuda económica. En septiembre de 1980 el presidente Carter -para asignar los 75 millones a Nicaragua- había certificado que el gobierno sandinista no había colaborado con los rebeldes salvadoreños -a pesar de que existían informes de Inteligencia que aseguraban lo contrario-, considerando que las pruebas no eran concluyentes¹²³.

Pese a todo esto en los dos últimos meses de 1980 considerables cantidades de armas fueron trasladadas desde Nicaragua a El Salvador para ser utilizadas en la fracasada "ofensiva final" de febrero de enero de 1981. No hay dudas acerca de este hecho. La Corte Internacional de Justicia de La Haya lo confirmó en junio de 1986 en el mismo dictamen en que señalaba que, sin embargo, desde los primeros meses de 1981 no había pruebas que confirmaran el tráfico de armas, y en la misma resolución en la que condenaba a Estados Unidos por su agresión contra Nicaragua¹²⁴.

Son varias las razones de la decisión sandinista de apoyar al FMLN. La más importante, sin duda, fue el convencimiento o más bien la apuesta sandinista por una victoria militar de los rebeldes salvadoreños, para la cual parecía haber esperanzas fundadas.

El triunfo insurgente en El Salvador habría fortalecido a la revolución nicaragüense, conformando un frente radical en Centroamerica que haría más difícil cualquier tipo de intervención por parte de Estados Unidos en un momento en que acababa de triunfar en las elecciones norteamericanas el candidato ultraconservador del Partido Republicano. Ronald Reagan durante la campaña electoral ya había realizado duras manifestaciones en contra de la revolución sandinista, y su triunfo planteaba como inminente un cambio radical en la aproximación del nuevo gobierno norteamericano a la realidad centroamericana, y específicamente a la nicaragüense.

Ante la evidencia de la implicación sandinista, el embajador Pezzullo advertía a Tomás Borge y a Sergio Ramírez de la gravedad de la situación y de la posibilidad incluso de la ruptura de relaciones diplomáticas¹²⁵, y el 16 de enero de 1981, cuatro

¹²³ Cynthia J. Arnson, *Crossroads*, op. cit., pp.47-48

¹²⁴ International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua v. United States of America)", *International Legal Materials*, volumen XXV, n° 5, septiembre 1986, p. 86. En conversaciones con funcionarios del MINT en 1981 pude conocer la participación activa y personal de algunos de ellos en el envío de armas a Chalatenango, región al norte de El Salvador, durante 1980.

¹²⁵ Lawrence Pezzullo, "Meeting with Borge". Secret Cable to U.S. Department of State.U.S. Embassy, Nicaragua. #00095, 9 enero 1981, (P.K. & N.S.A., n° 01248); y "Conversation With Junta Member Sergio Ramirez". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #00103, 9 enero 1981, (P.K. & N.S.A., n° 01250).

días antes del final de su mandato, el presidente Carter suspendía la entrega de los últimos 15 millones de dólares de la ayuda norteamericana. El gobierno sandinista reaccionaba tomando medidas para detener el envío de armas desde Nicaragua a El Salvador, pero ya era demasiado tarde.

La suspensión de la ayuda en las postrimerías de la administración Carter significaba la conclusión de la experiencia del intento de convivencia entre dos regímenes tan diferentes. Las desconfianzas históricas se habían mostrado más fuertes que los deseos de relaciones constructivas, manifestados por ambas partes a raíz de la victoria sandinista. Nunca antes un proceso revolucionario en América Latina se había encontrado con una administración norteamericana tan dispuesta a "tolerar" su existencia.

De ahí la responsabilidad de los líderes sandinistas por no haber logrado comprender y aprovechar esa oportunidad histórica y por no haber optado con más resolución por reforzar la tendencia novedosa y abierta que representaba la administración Carter. En vez de esto, la actuación sandinista (aún entendiendo que se produce en un contexto tensionado por la victoria de Reagan) había contribuido a facilitar el camino a las decisiones del presidente Carter (suspensión de la ayuda económica a Nicaragua y envío de ayuda militar al gobierno de El Salvador) que serían continuadas y dramáticamente incrementadas por la administración Reagan.

La continuidad de esas medidas no significa, sin embargo, que las políticas de las administraciones Carter y Reagan fueron idénticas al menos con respecto a Nicaragua. Esa es la posición tanto de Arnson, al plantear que es un error exagerar la continuidad entre las dos administraciones¹²⁶, como de Pastor para quien Carter y Reagan tuvieron una perspectiva "*profundamente diferente*" sobre la revolución sandinista¹²⁷.

La opción sandinista de prestar apoyo militar al FMLN sin duda tenía una justificación ética y de solidaridad ideológica con el movimiento revolucionario salvadoreño, pero principalmente se debía a un cálculo interesado en la victoria del FMLN, concebida por los sandinistas como un problema más para Washington y como una nueva línea de defensa de la propia revolución nicaragüense. Sin embargo, al no evaluar con precisión el alcance del giro radical que implicaba la nueva administración republicana, la decisión sandinista se demostró equivocada y contraproducente: no consiguió el objetivo perseguido -el triunfo militar del FMLN- y fue aprovechada por la administración Reagan para involucrarse de una manera contundente en el conflicto centroamericano en contra de los procesos revolucionarios en curso.

¹²⁶ Cynthia J. Arnson, *Crossroads*, op. cit., p. 50.

¹²⁷ Robert A. Pastor, *Condemned*, op. cit., p. 213.

Es en este episodio donde la política exterior sandinista se aproxima más al modelo de conducta de los estados revolucionarios, señalado anteriormente por Wight, Armstrong y Halliday. La revolución nicaragüense apoya el derrocamiento de un gobierno vecino, quebrando así la legalidad internacional, y contribuyendo a incrementar el conflicto centroamericano.

Este comportamiento radical del régimen sandinista representa, no obstante, un momento más bien excepcional en su trayectoria, y refleja la contradicción en la que se movió la revolución sandinista entre prestar apoyo militar a los revolucionarios salvadoreños o, guiándose más por el pragmatismo político que por las cercanías ideológicas¹²⁸, anteponer sus propios intereses nacionales¹²⁹. En general fue ésta segunda opción la que prevaleció. Por ello tampoco se puede afirmar que la colaboración militar con el FMLN implicara que el gobierno sandinista estaba "exportando su revolución", como línea estratégica. El apoyo al FMLN fue limitado, pero pese a ello tuvo consecuencias graves. Como he dicho arriba, esta decisión sandinista se convirtió en el pretexto ideal para argumentar el inicio de la política intervencionista de la Administración Reagan contra Nicaragua.

¹²⁸ Esta es la opinión de algunos dirigentes del FMLN. Véanse entrevistas con Facundo Guardado y Valentín, en Marta Harnecker, *Con la mirada en alto: Historia de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí a través de entrevistas con sus dirigentes*, Donostia: Gakoa, 1991, p. 254; y *entrevista propia* con Facundo Guardado, San Salvador, 20 agosto 1992.

¹²⁹ Véanse las declaraciones de Humberto Ortega, ministro de Defensa y miembro de la Dirección Nacional del FSLN, argumentando tanto el apoyo dado por el gobierno sandinista al gobierno salvadoreño de extrema derecha de Alfredo Cristiani, como la censura de las actividades armadas del FMLN: *"En relación a las acciones violentas que afectan a la población civil, hemos apoyado -desde la suscripción de los acuerdos de Esquipulas y luego en Tela- una posición frente a los movimientos insurgentes o irregulares. Nos gusten o no los gobiernos que hay en la región, no es legítimo que ningún gobierno apoye a esas fuerzas contra otro gobierno. No podemos apelar a que se termine la guerra aquí en Nicaragua, a que no se use la violencia por grupos irregulares, que no se ataquen objetivos económicos y, al mismo tiempo, decir que eso es válido contra otro gobierno... Si los guerrilleros consideran que ésa es una forma de lucha justa, como gobierno no podemos avalarla... Una vez que nos constituimos en gobierno, las causas justas se apoyan a través de determinadas normas internacionales"*, (Humberto Ortega, "Avanzar hacia la paz", entrevista de Carlos Fernando Chamorro, *Barricada Internacional*, nº 308, 20 enero 1990, p. 22). Unos meses después, tras la derrota electoral sandinista, Humberto Ortega insistía en los mismos argumentos: *"En 1989 todavía persistía la tensión entre Nicaragua y los Estados Unidos por las acusaciones que hacía el gobierno salvadoreño de la supuesta ayuda del gobierno de Nicaragua a la guerrilla salvadoreña. Este problema también estaba contemplado y tenía que darse una solución, porque Nicaragua no podía seguir cargando con esa imputación, ya que para ese momento - es bueno que ustedes lo sepan- el gobierno de Nicaragua tuvo una posición muy clara en la cumbre de San Isidro de Coronado, al afirmar categóricamente que no daba apoyo alguno a la guerrilla salvadoreña y que se sumaba al resto de las naciones centroamericanas en una postura común frente al FMLN..."*

...Esto es esencial para entender que aquí no estamos discutiendo si Cuba es más o menos revolucionaria que Nicaragua, o si los nicaragüenses son más revolucionarios que los cubanos, sino que las actuales circunstancias mundiales obligan a actuar con responsabilidad y cuidadosamente, y que cada país, Nicaragua en nuestro caso, debe tomar en cuenta esos compromisos para poder diseñar su estrategia, su camino, y no estar pensando -por idealismo o por romanticismo- en cosas que no puede hacer, sino que actuar de acuerdo a las realidades para poder transitar satisfactoriamente el difícil camino de la revolución", (Humberto Ortega, "No vamos a prestarnos a extremismos, ni de izquierda, ni de derecha", exposición ante una asamblea de dos mil oficiales, Managua, 19 junio 1990, recogida en Humberto Ortega, *Nicaragua: Revolución y democracia*, Organización Editorial Mexicana, 1992, pp. 40-41).

V. 3. Destruir la revolución sandinista: las políticas de la administración Reagan

V.3.1. Introducción: ¿victoria incompleta de EEUU?

La administración Reagan no hubiera necesitado, sin embargo, pretextos para intervenir en Centroamérica y Nicaragua, de la forma en que lo hizo durante sus dos mandatos entre 1981 y 1989. Como he apuntado anteriormente, la Plataforma Electoral del todavía candidato a la presidencia de Estados Unidos, Ronald Reagan, planteaba ya en 1980 una estrategia inequívoca con respecto a la revolución sandinista: "*Deploramos la toma de Nicaragua por los marxistas leninistas... Apoyaremos los esfuerzos del pueblo de Nicaragua para establecer un gobierno independiente y libre*"¹³⁰.

Así, desde antes de llegar al gobierno, la corriente conservadora abanderada por Ronald Reagan definía su visión del régimen sandinista como marxista, totalitario y títere de la URSS y de Cuba, y anunciaba su apoyo a quienes lucharan por implantar un gobierno "democrático y libre", en el sentido "técnico" señalado por Noam Chomsky¹³¹. Era la síntesis de lo que en el segundo mandato del presidente Reagan sería conocido como la Doctrina Reagan.

A conseguir su objetivo de destruir el gobierno "comunista" de Managua y sustituirlo por un régimen "democrático", los dos gobiernos de Ronald Reagan dedicaron un empeño considerable con resultados contradictorios.

Cuando en enero de 1989 el presidente Reagan dejaba la Casa Blanca, los sandinistas aún permanecían al frente del gobierno nicaragüense. Sin embargo, poco más de un año después, las políticas de la administración Reagan eran rehabilitadas en parte: el FSLN sufría una considerable derrota electoral y debía abandonar el gobierno, aunque mantenía posiciones claves en la sociedad nicaragüense.

Se podría concluir que la inclemente oposición de la administración Reagan al régimen revolucionario sandinista había conseguido en buena medida sus objetivos, como aseveran Vanden y Walker¹³². La experiencia revolucionaria sandinista, si no aniquilada, había sido detenida y la hegemonía estadounidense, retada por el triunfo sandinista en 1979, volvía a afianzarse en Centroamérica.

Después de la etapa de debilidad y confusión en la política exterior durante la administración Carter, Estados Unidos habría vuelto a mostrar su fortaleza y su

¹³⁰ P. Republicano, "Selección de la Plataforma del Partido Republicano", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., p. 295.

¹³¹ Noam Chomsky, "U.S. Polity and Society: The Lessons of Nicaragua", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the sandinistas*, op. cit. p. 291

¹³² Harry E. Vanden y Thomas W. Walker, "The Reimposition of U.S. Hegemony over Nicaragua", en Kenneth M. Coleman, y George C. Herring (eds.), *Understanding the Central American Crisis*, Wilmington, DE: SR Books, 1991, p. 174.

determinación al contener y revertir la expansión del comunismo en un área tan vital para su credibilidad, como la centroamericana.

La derrota sandinista, en medio del derrumbe de los países "socialistas", parecía dar por bien empleados los múltiples y sostenidos esfuerzos de Washington por impedir la consolidación de los avances revolucionarios producidos en Nicaragua. Las políticas desarrolladas por Estados Unidos -más duras e inflexibles con Reagan, más sutiles con Bush- habrían triunfado frente a la estrategia defensiva impulsada por los sandinistas para preservar la revolución.

El entusiasmo, la brillantez y algunos éxitos importantes en la política exterior del gobierno sandinista, el control (no la derrota definitiva) de la oposición armada y los logros sociales de los primeros años no fueron suficientes para contrarrestar la fuerza y los efectos perniciosos de la decidida apuesta de la administración Reagan en contra de la revolución nicaragüense.

La intervención exterior de la superpotencia estadounidense se había demostrado determinante -si no para derrocar al gobierno progresista de Nicaragua, como ocurrió en los casos de Guatemala en 1954 y de Chile en 1973- sí al menos para socavarlo desde dentro, preparando las condiciones para la derrota electoral de los sandinistas en 1990.

Ahora bien, en la medida en que el desenlace del conflicto no se había producido en total conformidad con la voluntad y los deseos formulados por la administración Reagan de destruir militar y completamente a la revolución, los sandinistas fueron capaces de retirarse del gobierno, gozando de un peso indiscutible, como se demostraría en el desarrollo futuro de los acontecimientos. Y esto significaba que la victoria norteamericana había sido insuficiente.

La influencia sandinista en las instituciones militares, su fuerte presencia en los movimientos populares, sobre todo en los sindicatos industriales y agrarios, y el mismo reconocimiento internacional que el FSLN había ganado aceptando en la derrota las reglas de la democracia parlamentaria, eran elementos que limitaban el triunfo estadounidense.

El desproporcionado enfrentamiento de los gobiernos norteamericanos con la Nicaragua revolucionaria había tenido además algunas consecuencias perniciosas para Estados Unidos. Entre ellas sobresale la pérdida -interna y externa- de credibilidad de la administración Reagan como resultado del escándalo Irán-Contra¹³³, y de su explícito desprecio a la legalidad internacional al ignorar la sentencia en su contra de la Corte Internacional de Justicia de La Haya por su intervención en Nicaragua.

¹³³ John H. Coatsworth, *Central America and the United States: The Clients and the Colossus*, New York: Twayne Publishers, 1994, pp. 205-206.

Si no cabe ninguna duda sobre la responsabilidad principal de los gobiernos norteamericanos en su contienda con el régimen revolucionario nicaragüense, es necesario también resaltar que el gobierno sandinista careció de la flexibilidad y realismo suficientes para aprovechar los escasos y fugaces resquicios de diálogo que la administración Reagan ofreció en los primeros meses de su mandato.

Cuando más tarde la agresión norteamericana se materializó, para contrarrestarla los sandinistas supieron desarrollar iniciativas audaces y constantes, las cuales, sin embargo, no tuvieron correspondencia con políticas internas adecuadas. El descuido y la incapacidad para hacer frente con eficacia a los problemas económicos y la apuesta por una solución militar al conflicto armado interno, o si se quiere, la tardía comprensión de la naturaleza compleja de este fenómeno, no eran pilares muy consistentes sobre los que asentar una política exterior eficaz y ambiciosa, y contribuyeron de forma decisiva a la derrota de 1990.

No obstante, como se verá a continuación, el factor determinante provocador de muchos de los errores sandinistas y de su desplazamiento del gobierno hay que buscarlo en la firme decisión de Washington de no permitir otro gobierno revolucionario en su área de influencia inmediata.

V.3.2. El universo conservador de Ronald Reagan

La llegada a la Casa Blanca del presidente Ronald Reagan significó el triunfo de los sectores más conservadores e ideológicamente más radicalizados de la sociedad norteamericana que habían perdido poder e influencia después de la derrota de Barry Goldwater en 1964.

Anticomunistas militantes, defensores de unos supuestos valores tradicionales norteamericanos cuestionados por la "nueva clase" de demócratas liberales e "izquierdistas", adalides del liderazgo mundial de Estados Unidos y de la utilización de la fuerza militar para demostrarlo, anhelantes por superar la inhibición en política exterior provocada por el "síndrome de Vietnam", la corriente radical-conservadora incluía a académicos e intelectuales como Daniel Bell y Jeanne Kirkpatrick, escritores y editores como Irving Kristoll, Norman Podhoretz y Constantine Menges, y políticos conocidos como el propio Ronald Reagan y los congresistas Daniel P. Moynihan, Jack Kemp y Jesse Helms¹³⁴. En ella confluía un amplio espectro de tendencias de la derecha norteamericana (neoconservadores, representantes de la derecha tradicional, de la derecha prodefensa...) conocido como Nueva Derecha, algunos de cuyos representantes habían constituido en 1976 el Comité sobre el

¹³⁴ Sobre las posiciones políticas e ideológicas de estos sectores véanse Atilio Barón, "La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 31-58, y Luis Maira, "América Latina, pieza clave en la política de contención de la administración Reagan", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 215-254.

Peligro Actual para alertar sobre el expansionismo soviético y el declive de Estados Unidos y crear las condiciones para impedir ambos fenómenos¹³⁵.

Atrincherados en los centros de investigación y reflexión (think tanks) privados mejor dotados del país (Heritage Foundation, Rand Corporation, Hoover's Institution on War, Revolution and Peace de la Universidad de Stanford, Center for Strategic and International Studies de la Universidad de Georgetown, American Enterprise Institute, United States Strategic Institute, Council for Inter-American Security...), con el control de influyentes publicaciones especializadas¹³⁶, y con la presencia y colaboración asiduas en los más importantes medios de comunicación de masas, la *intelligentsia* radical derechista había ido ganando posiciones durante los años 70 dentro del establishment y ante la opinión pública, las cuales se verían fortalecidas con la elección del gobernador de California, Ronald Reagan, como presidente del país.

Estos sectores regresaban al poder -en algunos casos llegaban por primera vez- "con un sentido de arrogancia e inexperiencia", según el conservador moderado Howard J. Wiarda¹³⁷, y decididos a acabar con uno de los momentos de mayor debilidad de la historia de Estados Unidos, que, iniciado con la estrategia de distensión de Nixon y Kissinger, se habría acentuado hasta unos límites peligrosos para la seguridad de la nación con las torpes y claudicantes políticas del gobierno Carter¹³⁸.

Tales políticas habrían dado como resultado el fortalecimiento de la Unión Soviética, propiciando su supremacía militar y estimulando su expansionismo en el mundo y, en particular, en la sensible área latinoamericana¹³⁹. La amenaza soviética se convertía de esta manera en el centro de la interpretación del mundo del

¹³⁵ Para comprender hasta qué punto lo consiguieron, basta señalar que pertenecían a este comité el presidente Ronald Reagan, el secretario de Estado George Shultz, el director de la CIA William Casey, el director del Consejo de Seguridad Nacional Richard Allen, la embajadora ante la ONU Jeane J. Kirkpatrick, y el vicesecretario de Defensa Fred C. Ikle, entre otros altos funcionarios del nuevo gobierno. Y un total de 33 miembros del Comité sobre el Peligro Actual llegaron a ocupar cargos en la administración Reagan. Véanse William I. Robinson y Kent Norsworthy, *David and Goliath: The U.S. War Against Nicaragua*, New York: Monthly Review Press, 1987, pp 20 y 358; y Thomas Bodenheimer, y Robert Gould, *Rollback! : Right-wing Power in U.S. Foreign Policy*, op. cit., p. 59.

¹³⁶ Entre ellas se pueden destacar *Public Opinion* y *AEI Foreign Policy and Defense Review* del American Enterprise Institute, *The Washington Quarterly* del Center for Strategic and International Studies, *Policy Review* de la Heritage Foundation, *Strategic Review* del United States Strategic Institute, *Commentary*, *National Review*, *The Public Interest*, *The American Spectator* y *Conservative Digest*. Un análisis detallado de los centros de investigación y de las publicaciones conservadoras se encuentra en María Isabel Sen, "Los centros de pensamiento y las publicaciones conservadoras en Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., pp. 339-346.

¹³⁷ Howard J. Wiarda, *American Foreign Policy Toward Latin America in the 80s and 90s*, New York: New York University Press, 1992, p. 22.

¹³⁸ Las críticas a la administración Carter eran un elemento común en toda la corriente conservadora. Entre las más duras se pueden citar las de Norman Podhoretz, "El peligro presente", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., pp. 115-140; y Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., pp.23-90.

¹³⁹ Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., pp. 53-55.

pensamiento conservador, visión que era compartida plenamente por Reagan antes de llegar a la Casa Blanca.

La confrontación Este-Oeste (orillada en la primera parte de la administración Carter) era entendida ahora como el eje principal en torno al que debía desarrollarse de nuevo la política exterior de Estados Unidos. En esta concepción el Tercer Mundo era un escenario más de la contienda que enfrentaba a las dos superpotencias y por consiguiente el tratamiento de los conflictos que se produjeran en esa área debía estar vinculado al devenir de la política global frente a la URSS¹⁴⁰. Es decir, se establecía una línea simple de diferenciación en la relación con los gobiernos amigos y enemigos en el Tercer Mundo: políticas de apoyo a los gobiernos guiados en sus actuaciones por el anticomunismo -aunque fueran dictaduras militares-, y políticas de acoso a los que se aproximaran al campo socialista.

Estas posiciones se sostenían además en las teorías defendidas por Norman Podhoretz, Constantine Menges, y especialmente Jeane J. Kirkpatrick en su obra *Dictatorships and Double Standards*. De acuerdo a estas tesis las dictaduras de derechas, caracterizadas como regímenes autoritarios, eran susceptibles de convertirse en democracias, por lo que no debía negárseles la asistencia económica y militar. En cambio los regímenes totalitarios comunistas eran intrínsecamente incapaces de transformarse en sistemas democráticos, por lo que sólo cabía adoptar ante ellos una política de fuerza¹⁴¹.

Para la corriente conservadora América Latina adquiría importancia al ser contemplada dentro del mismo planteamiento globalista, y porque constituía un espacio adecuado para enfrentar el expansionismo comunista que había obtenido nuevas victorias en el Caribe y en la región centroamericana ante la indolencia y la inactividad de la administración Carter.

Centroamérica -donde la teoría del dominó se estaba convirtiendo ya en realidad con el primer gobierno comunista del continente en Nicaragua y con la amenaza de una nueva victoria revolucionaria en El Salvador- era considerada el lugar ideal para poner en práctica las tesis conservadoras. El informe elaborado por el Comité de Santa Fe a instancias del Consejo para la Seguridad Interamericana, en el que se trazaban las líneas maestras de la política exterior de la administración Reagan¹⁴², el

¹⁴⁰ William M. LeoGrande, "Una nota crítica sobre la política exterior de Ronald Reagan", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 143.

¹⁴¹ Jeane J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit. pp. 32-52; Norman Podhoretz, "El peligro presente", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p.139; y Constantine C. Menges, *Inside the National Security Council: The True Story of the Making and Unmaking of Reagan's Foreign Policy*, New York: Simon & Schuster Inc., 1988, p. 32.

¹⁴² Comité de Santa Fe (L. Francis Bouchey, Roger W.Fontaine, David C.Jordan, Gordon Summer, y L.Tabs), "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., pp. 181-214. Cuatro de los cinco autores del informe ocuparon posteriormente importantes puestos en la administración Reagan: Roger Fontaine coordinó en 1980 el equipo que elaboró la futura estrategia de política exterior para América Latina del Presidente Reagan, y después fue designado asesor en el Consejo de Seguridad Nacional, David Jordan y Lewis Tamb fueron nombrados embajadores en América Latina, y Gordon Summer, el teniente general que había dirigido la

citado programa electoral del Partido Republicano, y el propio Ronald Reagan en alguna de sus intervenciones antes de triunfar de forma aplastante en las elecciones de noviembre de 1980, no dejaban dudas acerca de los objetivos de la nueva administración en esa área geográfica: detener el comunismo e incluso revertir sus triunfos¹⁴³.

Esto tendría un efecto ejemplarizante en el resto de América Latina y en todo el Tercer Mundo, y enviaría un mensaje inequívoco sobre la nueva determinación de Estados Unidos de intervenir donde fuera necesario para restablecer su hegemonía y mantener su credibilidad y liderazgo en el mundo, como afirmaba el todavía candidato Reagan en marzo de 1980: *"No hemos buscado el liderazgo del mundo libre, pero no existe nadie más que pueda proporcionarlo. Y sin nuestro liderazgo no existirá paz en el mundo"*¹⁴⁴.

V.3.3. La derrota total de la revolución, objetivo de la administración Reagan

Las pretensiones de la administración Reagan respecto a Centroamérica y Nicaragua estaban enmarcadas en una estrategia de fuerza que pretendía recuperar el predominio de Estados Unidos en todo el Tercer Mundo y particularmente en América Latina, afianzar su credibilidad internacional, y restaurar el orgullo nacional, minados ambos por la debilidad de la administración Carter y por los errores estratégicos en política exterior de administraciones anteriores¹⁴⁵.

En la visión del gobierno Reagan el volver a controlar América Central -su zona continental de influencia histórica en la que por primera vez un país se había desvinculado de la misma- era el paso inicial que debía simbolizar la recuperación de la hegemonía estadounidense en todo el Tercer Mundo¹⁴⁶.

investigación, trabajó como asesor de la vicesecretaría para Asuntos Interamericanos en el departamento de Estado.

¹⁴³ Ronald Reagan, "Paz y seguridad en los ochenta", discurso ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Chicago, (17 marzo 1980), *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 301-307.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 306.

¹⁴⁵ *"Los republicanos -se afirma en la Plataforma del Partido Republicano- se encuentran unidos en la creencia de que la humillación internacional y el declive de Estados Unidos sólo pueden revertirse con un fuerte liderazgo presidencial y con una política exterior consistente... que apoye el crecimiento de nuestras fuerzas militares, el fortalecimiento de los compromisos con nuestros aliados y la convicción de que nuestros intereses nacionales deben ser vigorosamente protegidos... Los republicanos apoyan una política de paz a través de la fuerza; la debilidad provoca la agresión... América Latina es una área de interés primario para Estados Unidos. Sin embargo las políticas de la administración Carter han provocado un declive precipitado en las relaciones de Estados Unidos con casi virtualmente cada país de la región..., los republicanos nos comprometemos a una nueva y vigorosa política por parte de Estados Unidos en el continente americano"*, (P. Republicano, "Plataforma del Partido Republicano", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 275, 277 y 294-5). *"No podemos solucionar las crisis presentes -planteaba el entonces candidato Reagan- ni enfrentarnos a otras más graves en el futuro a menos que recuperemos la confianza de nuestros aliados... Si se le dice la verdad, el pueblo norteamericano apoyará una política exterior que refleje su orgullo y su patriotismo, una política exterior que sea mapa de nuestro gran futuro nacional, no un plan a plazos para el declive de Estados Unidos"*, (Ronald Reagan, "Paz y seguridad en los ochenta", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op. cit., pp. 306-7).

¹⁴⁶ Véanse Peter Kornbluh, *The Price of Intervention*, op. cit., p.10 ; e IHCA, "Centroamérica 1979-1985. El Nuevo Sujeto Histórico. El callejón sin salida de la política de EEUU en el Tercer Mundo", *Envío*, nº 55-56, monográfico, enero-febrero 1986, p. 21.

La meta de salvar a América Central del expansionismo soviético era asimismo un medio para contribuir al relanzamiento de Estados Unidos como la primera superpotencia mundial, consiguiendo de forma paralela en el ámbito interno que el país olvidara el "síndrome de Vietnam"¹⁴⁷.

Con frecuencia la administración Reagan justificó sus actuaciones en América Central en base a su preocupación por llevar la democracia a esta región y sobre todo por el histórico y vital interés geopolítico de la misma para Estados Unidos¹⁴⁸.

Esta segunda razón era ampliamente compartida por la comunidad de políticos e intelectuales norteamericanos¹⁴⁹, pero también se encontraban autores que planteaban que "*los riesgos económicos y de seguridad de Estados Unidos en América Central en ningún momento del siglo XX fueron tan pequeños como en los años 80*"¹⁵⁰, y recordaban que los intereses económicos norteamericanos en el área eran mas bien pequeños¹⁵¹. Desde Centroamérica Gorostiaga mantenía esta misma tesis, oponiéndose a la visión geopolítica que "*conlleva un sistema de dominación*

¹⁴⁷ Véanse Mariano Aguirre, y Robert Matthews, *Guerras de Baja Intensidad*, Madrid: Editorial Fundamentos, 1989, p. 253; IHCA, "Negociación cooptada o democracia participativa: Centroamérica 89-90", *Envío*, n° 103, monográfico, mayo 1990, p. 16; y Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 280.

El presidente Reagan proclamaba en 1980: "*Debemos quitarnos de encima "el síndrome de Vietnam". Ya ha dominado nuestro pensamiento durante demasiado tiempo*", (Ronald Reagan, "Paz y seguridad en los ochenta", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, op. cit., p. 306).

¹⁴⁸ Ronald Reagan, "President Reagan's Address on Central America to Joint Session of Congress", *The New York Times*, 28 abril 1983, p. A12; "Saving Freedom in Central America". Presidential Address before the International Longshoremen's Association, *Current Policy*, n° 499, United States Department of State, Bureau of Public Affairs, julio 1983; "United States Policy in Central America" (Declaración oficial realizada por el vicesecretario de prensa del Presidente Reagan, y apoyada por el Secretario de Estado George Shultz, el Secretario de Defensa Caspar Weinberger, el director de la CIA William Casey, y el asesor del Consejo de Seguridad Nacional Robert McFarlane, 10 abril 1984), *Public Papers of the Presidents*, Washington, D.C., United States Government Printing Office, pp. 517-519, (P.K. & N.S.A., n° 02052); "Address by the President to the Nation", Office of the Press Secretary, The White House, 9 mayo 1984, (P.K. & N.S.A., n° 02092); "Transcript of President's News Conference on His Proposal for Nicaragua", *The New York Times*, 5 abril 1985, p. A8; "Transcript of the President's Speech", *The New York Times*, 17 marzo 1986, p. 12; y "Address by the President to the Nation", The White House. Office of the Press Secretary, 24 junio 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02829).

Véase asimismo: George Shultz, "Discurso ante la American Bar Association", *Boletín de Noticias*, Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos, Embajada de los Estados Unidos en Managua, n° 87-13, 11 marzo 1987.

¹⁴⁹ Comisión Kissinger, *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, México: Ediciones Diana, s.f., pp. 121-124; Margaret Daly Hayes, "United States Security Interests in Central America in Global Perspective", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, New York: Holmes & Meier Publishers, 1982, pp. 85-102; y Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., pp. 5 y 8.

¹⁵⁰ John H. Coatsworth, *Central America and the Colossus*, op. cit., p. 203. Una posición similar es defendida por Jorge Domínguez: "*Los intereses objetivos de Estados Unidos en América Central, dejando aparte a Panamá, son muy modestos; tan modestos que deben ser definidos casi exclusivamente como intereses subjetivos*", (Jorge Domínguez, *U.S. Interests and Policies in the Caribbean and Central America*, Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1982, p. 13).

¹⁵¹ Tom Barry, y Deb Preusch, *The Central America Fact Book*, op. cit., 1986, p. 4.; y John F.H. Purcell, "The Perceptions and Interests of United States Business in Relation to the Political Crisis in Central America" en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, op. cit., pp. 103-123.

que mantiene en el área unas condiciones de vida infrahumanas y disparidades económicas no comparables con otras partes del mundo"¹⁵².

El otro motivo alegado por la administración Reagan -la democratización del área- albergaba cuotas de cinismo difíciles de asumir, en la medida que Estados Unidos durante todo el siglo XX no sólo había convivido, sino también apoyado y sostenido en la mayor parte de los casos a las dictaduras que se habían sucedido en el istmo centroamericano, y en no pocas ocasiones también las había fomentado. Y sin embargo esa supuesta pretensión de "democratizar" a Centroamérica aparecería una y otra vez en la formulación de las políticas de la administración Reagan para los países de la región.

Diversos autores consideran, sin embargo, que las razones principales por las que la administración Reagan se decidió a intervenir en América Central y Nicaragua fueron bastante menos gloriosas, menos grandilocuentes y menos altruistas de lo que Washington pregonaba.

América Central era un terreno ideal para aplicar la política globalista de enfrentamiento con el enemigo soviético en el marco de la pretensión de restauración hegemónica. Desde la última parte del siglo XIX Estados Unidos había disfrutado de un dominio indiscutido en la región, el cual era reconocido y aceptado por la Unión Soviética. La proximidad geográfica de Estados Unidos y la lejanía de la URSS facilitaban la intervención norteamericana. Todo ello minimizaba el riesgo de un enfrentamiento entre ambas superpotencias. Y además, pese al triunfo sandinista, los focos revolucionarios no estaban consolidados¹⁵³.

En síntesis el gobierno de Ronald Reagan preveía en América Central una victoria fácil, rápida y sin costos elevados, que al mismo tiempo tendría la suficiente contundencia para demostrar dentro y fuera de las fronteras estadounidenses que el "*America is back*" -lema que resumía los anhelos reaganianos- se hacía realidad¹⁵⁴.

En América Central Nicaragua se convirtió en el laboratorio perfecto donde la administración Reagan pretendía comenzar a desarrollar sus estrategias. La revolución sandinista, tolerada de forma irresponsable por Carter, cabeza de playa del expansionismo soviético y cubano en el continente americano, abiertamente

¹⁵² Xabier Gorostiaga, *Geopolítica de la crisis regional*, Managua: INIES-CRIES, 1984, p. 19.

¹⁵³ Lucrecia Lozano, *La política de Estados Unidos hacia Nicaragua (1981-1987). Entre la reversión y los esfuerzos de paz*, Ponencia en 1ª Reunión de Investigadores del Grupo de Trabajo de Relaciones Internacionales de CLACSO sobre el Caribe y Centroamérica, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Centro de Estudios Latinoamericanos, U.N.A.M., 1988; Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, op. cit., pp. 272-273; Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., pp. 279-280; y Richard E. Feinberg, "The Recent Rapid Redefinitions of U.S. Interests and Diplomacy in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, op. cit., p. 77.

¹⁵⁴ Joseph S. Tulchin y Knut Walter, "Nicaragua: The Limits of Intervention", en Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America. Case Studies*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1991, pp. 131-132; Cynthia J. Arnson, *Crossroads, Congress, the President, and Central America, 1976-1993*, op. cit., p. 54; y Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, op. cit., p. 279.

antiimperialista, frágil y sin consolidar, y ubicada en el área de influencia inmediata de Estados Unidos, reunía suficientes alicientes para hacer de ella un idóneo punto de partida para los planes de fortalecimiento del poderío norteamericano y de *rollback* de los avances soviéticos.

En Nicaragua esta nueva política se distanciaba de la estrategia de acomodamiento con dificultades y contradicciones iniciada por el gobierno de Carter, y pronto se traducía en iniciativas orientadas a terminar por la fuerza con la revolución sandinista, y a restablecer el status quo anterior de Nicaragua como estado satélite de la superpotencia norteamericana.

Derrocar a los sandinistas y subvertir y destruir la experiencia revolucionaria fueron objetivos obsesivos que la administración Reagan persiguió con muy pocos instantes de vacilación durante sus dos mandatos.

Sobre la diafanidad de estas intenciones, inicialmente camufladas e incluso negadas, coinciden numerosas voces de la administración Carter, de la oposición demócrata en el Congreso y de los ambientes académicos estadounidenses.

Wayne Smith, profesor de Estudios Latinoamericanos de la John Hopkins University, y encargado de negocios de la Sección de Asuntos Cubanos del Departamento de Estado desde 1977 a 1982, afirma sin ambages lo siguiente: *"La administración Reagan llegó al gobierno con la determinación de deshacerse del gobierno sandinista. Nunca tuvo la intención de negociar con éste"*¹⁵⁵.

Viron Vaky, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos con Carter, no es menos rotundo, cuando afirma: *"La administración Reagan se ha planteado como meta eliminar a los sandinistas"*¹⁵⁶.

Lee Hamilton, congresista demócrata por el estado de Nueva York, denunciaba en la Cámara de Representantes en abril de 1985 las contradicciones en que había incurrido la administración Reagan al exponer las metas que decía perseguir con su apoyo a los contrarrevolucionarios nicaragüenses: *"Al principio los Estados Unidos pretendían impedir el tráfico de armas de Nicaragua a El Salvador... Hoy las declaraciones oficiales sobre la política de Estados Unidos en Nicaragua, especialmente las del presidente Reagan, no hacen énfasis en la conducta externa de Nicaragua, sino en el derrocamiento de los sandinistas"*¹⁵⁷.

En el ámbito académico autores como Selbin, Vanden-Walker, Treventon, Bradford Burns, Schoultz, Blasier y Coatsworth, están de acuerdo en señalar el

¹⁵⁵ Wayne S. Smith, "Reagan's Central American Policy: Disaster in the Making", en Donald E. Schulz, y Douglas H. Graham (eds.), *Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean*, Boulder: Westview Press, 1984, pp. 486-487.

¹⁵⁶ Viron P. Vaky, "Positive Containment in Nicaragua", *Foreign Policy*, nº 67, Summer 1987, p. 42.

¹⁵⁷ Lee Hamilton, "Rep. Lee Hamilton and Rep. Robert Michel: Debate on Contra Funding (april 1985)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p.606.

derrocamiento sandinista como un objetivo clave de la administración Reagan desde los inicios de ésta¹⁵⁸.

Pero sin necesidad de mirar hacia afuera, en la propia administración y en sus documentos podemos encontrar la confirmación más concluyente de ello. El gobierno Reagan, reacio en un principio a reconocer públicamente su pretensión de destruir la revolución sandinista, poco a poco irá manifestando a través de declaraciones de funcionarios de segundo orden sus verdaderas intenciones, hasta que finalmente éstas son confirmadas por el propio Reagan en 1985.

Ya en 1980 la Heritage Foundation, uno de los "Think Tank" conservadores cuyos lineamientos más influyeron en la política exterior de Reagan, planteaba que "el gobierno sandinista puede ser depuesto a través de un esfuerzo coordinado y dirigido"¹⁵⁹, y que "la seguridad de El Salvador requiere la aceleración del derrocamiento del gobierno de Managua"¹⁶⁰.

D. Clarridge, jefe de la División para América Latina de la CIA, en agosto de 1981 prometía apoyo en el mismo sentido al general Policarpo Paz, presidente de Honduras y a los coroneles Alvarez Martínez y Torres Arias, jefes respectivos de la Policía Nacional y de la inteligencia militar de ese país: "Hablo en nombre del presidente Ronald Reagan. Queremos apoyar este esfuerzo (la conformación del ejército contrarrevolucionario) para cambiar el gobierno de Nicaragua. Debemos cambiar el gobierno de Nicaragua para dar al pueblo nicaragüense la oportunidad de elegir democráticamente a su propio gobierno"¹⁶¹.

El documento del Consejo de Seguridad Nacional titulado "U.S. Policy in Central America and Cuba Through F.Y. 84, Summary Paper", de abril de 1982, aseguraba que "en América Central estratégicamente tenemos un interés vital en no permitir la proliferación de estados de modelo cubano que proporcionarían una plataforma a la subversión, comprometerían líneas marítimas claves y supondrían un peligro directo cerca de nuestras fronteras... A corto plazo debemos eliminar la influencia cubano-soviética en la región"¹⁶².

¹⁵⁸ Eric Selbin, *Modern Latin American Revolutions*, op. cit., pp. 115-116; Harry E. Vanden, y Thomas W. Walker, "The Reimposition of U.S. Hegemony over Nicaragua", en Kenneth M. Coleman, y George C. Herring (eds.), *Understanding the Central American crisis*, op. cit., 1991, p. 155; Gregory F. Treventon, *Covert Action: The Limits of Intervention in the Postwar World*, New York: Basic Books, 1987, pp. 143-147; E. Bradford Burns, *At War in Nicaragua*, op. cit., 1987, p. 23; Cole Blasier, *The Hovering Giant*, op. cit., p. 292; Lars Schoultz, *National Security and United States Policy toward Latin America*, op. cit., p. 53-54; y John H. Coatsworth, *Central America and The United States*, op. cit., pp. 163-164.

¹⁵⁹ Cleto di Giovanni, Jr., "U.S. Policy and the Marxist Threat to Central America", *Heritage Foundation Background*, n° 128, 15 octubre 1980, extracto reproducido en Peter Rosset y John Vandermeer (eds.), *The Nicaraguan Reader: Documents of a Revolution under Fire*, New York: Grove Press, Inc., 1983, edición revisada, p. 191.

¹⁶⁰ Citado en Judy Butler, "Since the Sandinistas: Historical Developments since 1979", en Peter Rosse, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., p. 209.

¹⁶¹ Citado en Roy Gutman, *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua 1981-1987*, New York: Simon & Schuster Inc., 1988, p. 57.

¹⁶² National Security Council, "National Security Council Document on Policy in Central America and Cuba

Fred C. Ikle, vicesecretario de Defensa, en un discurso ante el Consejo de Asuntos Exteriores de Baltimore, aseguraba: " (En América Central) *buscamos una victoria para las fuerzas de la democracia. Esta victoria tiene dos componentes: derrotar militarmente a las fuerzas organizadas violentas que no aceptan la voluntad democrática del pueblo y establecer un adecuado sistema interno que garantice la justicia y la seguridad... No queremos que Estados Unidos fracase. Por ello debemos destinar los recursos necesarios para que podamos triunfar*"¹⁶³.

Ronald Reagan durante los primeros años de su administración negó en varias ocasiones que su gobierno quisiera derribar a los sandinistas del poder: "*No pretendemos el derrocamiento del gobierno de Nicaragua*", afirmó con solemnidad el presidente norteamericano en abril de 1983 ante una sesión conjunta del Congreso¹⁶⁴. Tales desmentidos eran obligados, pues el propio Congreso por medio de la enmienda Boland había prohibido en 1982 cualquier acción que tuviera como meta la subversión violenta del gobierno nicaragüense. Sin embargo el mismo Reagan, ya en su segundo mandato y con la fortaleza de su nueva y rotunda victoria electoral, se atrevería a manifestar en público que el objetivo de su gobierno era "*remover a los sandinistas del poder*"¹⁶⁵, y ayudar a los contrarrevolucionarios a que "*lo tomaran*"¹⁶⁶.

A conseguir dichos objetivos las dos administraciones Reagan dedicaron considerables esfuerzos a lo largo de su permanencia en la Casa Blanca, hasta tal punto que en muchos momentos el empeño y celo desplegados por Washington parecían desproporcionados y excesivos en relación a la importancia objetiva de la Nicaragua revolucionaria. Chomsky interpreta este posicionamiento de la administración Reagan, como resultado de la necesidad que ésta sentía de dar una respuesta fuerte e inflexible, y de "*alta naturaleza simbólica*" al peligro ejemplarizante que representaba el régimen revolucionario nicaragüense, ya que Nicaragua "*como país más débil significaba la mayor amenaza*" para la gran potencia estadounidense¹⁶⁷.

(‘U.S. Policy in Central America and Cuba through F.Y. 84, Summary Paper’), *The New York Times*, 7 abril 1983, p. A16.

¹⁶³ Fred Ikle, "US Policy for Central America - Can We Succeed?", discurso ante el Consejo de Asuntos Exteriores de Baltimore, en Peter Rosset, y John Vandermeer, *The Nicaragua Reader*, op. cit., p. 23.

¹⁶⁴ Ronald Reagan, "President Reagan's Address on Central America to Joint Session of Congress", *The New York Times*, 28 abril 1983, op. cit.

¹⁶⁵ Ronald Reagan, "President's News Conference on Foreign and Domestic Issues", *The New York Times*, 22 febrero 1985, p. A14.

¹⁶⁶ Citado en Bernard Weinraub, "Contras May Need to Seize Control, Reagan Declares", *The New York Times*, 20 agosto 1986, p. A1.

¹⁶⁷ Citado en IHCA, "Centroamérica 1979-1985...", *Envío*, nº 55-56, op. cit., p. 83

V.3.4. Una guerra de muy alta intensidad contra Nicaragua

Guerra de Baja Intensidad fue el eufemismo utilizado por analistas militares, periodistas y académicos para describir la actuación de la administración Reagan contra la revolución nicaragüense¹⁶⁸.

Contemplado desde la perspectiva de Estados Unidos y de la opinión pública de ese país el conflicto en Nicaragua e incluso en toda América Central podía ser catalogado con razón como de "baja intensidad", porque no implicó la intervención directa y masiva de tropas norteamericanas. Sufrido desde la realidad nicaragüense, ese mismo conflicto de "baja intensidad" significaría casi una década de guerra, decenas de miles de muertos, heridos y refugiados y la destrucción de la economía del país. (Ver cuadros n° 2 y n° 3 en anexo).

En este sentido en Nicaragua sí se cumple lo apuntado anteriormente por Halliday, Wight y Armstrong. La guerra es una casi ley de las revoluciones y conforma el marco hasta ahora ineludible en el que éstas se desarrollan. A la revolución nicaragüense, gestada mediante una insurrección popular armada, le sigue enseguida una guerra civil dirigida desde el exterior (EEUU). En ella combaten restos del antiguo régimen junto con descontentos del nuevo, frente a quienes ahora ocupan el poder: los sandinistas. La guerra en Nicaragua incluye también enfrentamientos armados con los países vecinos, especialmente con Honduras.

El concepto de Guerra de Baja Intensidad (GBI) ha sido examinado, explicado y definido desde muy diversas procedencias. En 1986 el secretario de Defensa de Estados Unidos, Caspar Weinberger, veía una cierta confusión en este término: *"Mucho se ha escrito -afirmaba Weinberger- acerca de la Guerra de Baja Intensidad, pero aún no se resuelve hasta qué grado se la entiende. Es más seguro el hecho de que lo poco que se comprende ha sido eficazmente aplicado en el esfuerzo por contener la lenta erosión de la libertad humana y de la autodeterminación alrededor del mundo"*¹⁶⁹. En la misma ocasión el secretario de Estado, George Shultz, señalaba que *" el concepto de Guerra de Baja Intensidad denomina un tipo de guerra limitada"*, pero a continuación incluía bajo ese denominador a fenómenos diversos e incluso contrarios: *"...es el azote del terrorismo en todo el mundo, es la lucha en Nicaragua entre la resistencia democrática y el régimen comunista... es nuestro rescate en Grenada y es la resistencia camboyana contra la ocupación vietnamita..., es la lucha heroica del pueblo afgano contra la agresión y la ocupación soviética, son las insurgencias contra la intervención soviética y cubana en Angola y Etiopía, es la guerra civil y*

¹⁶⁸ Gregorio Selser, "La intensa guerra de baja intensidad", *Nueva Sociedad*, n° 89, mayo-junio 1987, pp. 100-125.

¹⁶⁹ Caspar W. Weinberger, "Guerra de Baja Intensidad", (discurso en la Conferencia sobre la Guerra de Baja Intensidad, Fort McNair, Washington, D.C. 14 enero 1986), *Cuadernos Semestrales*, n° 18, 2° semestre 1985, publicado en noviembre de 1986, p. 351.

terrorismo en el Líbano"¹⁷⁰. Mucho más precisa es la terminología empleada por el propio ejército norteamericano para definir a la GBI. "*Una lucha político-militar limitada, tendiente a lograr objetivos políticos, sociales, económicos y psicológicos. Puede ser con frecuencia prolongada y extenderse desde las presiones diplomáticas, económicas y sicosociales hasta el terrorismo y la insurgencia*", se podía leer en un documento del Comando de Entrenamiento Doctrinal del ejército norteamericano en Fort Monroe, Virginia¹⁷¹.

Curiosamente no es muy distinta la caracterización de la GBI realizada desde una perspectiva crítica a la administración Reagan. "*Estrategia ofensiva*" de Washington para "*reafirmar su hegemonía, recuperando los territorios perdidos por el mundo libre*", afirma Tom Barry¹⁷².

Para Mariano Aguirre la GBI "*incluye la reformulación de las doctrinas de contrainsurgencia, una readecuación del aparato militar para llevarlas a cabo y una amplia gama de fórmulas de lucha que entran en el terreno del conflicto no convencional y declarado*"¹⁷³.

Lucrecia Lozano establece tres ejes sobre los que giraría la GBI: la reversión de los procesos revolucionarios triunfantes, la contrainsurgencia clásica y la lucha contra el terrorismo¹⁷⁴.

Para Lilia Bermúdez y Raúl Benítez "*el apoyo a las guerrillas contrarrevolucionarias por parte del gobierno norteamericano..., la lucha terrorista y la contrainsurgencia*" componen lo esencial de esta estrategia global¹⁷⁵.

Unos y otros autores coinciden en que los conflictos de baja intensidad, además de operaciones militares y paramilitares, implican el desarrollo de presiones económicas, políticas, diplomáticas, psicológicas y propagandísticas¹⁷⁶.

¹⁷⁰ George P. Shultz, "Guerra de Baja Intensidad: el desafío de la ambigüedad (discurso en la Conferencia sobre la Guerra de Baja Intensidad, Fort McNair, Washington, D.C. 14 enero 1986), *Cuadernos Semestrales*, nº 18, op. cit., p. 341.

¹⁷¹ TRADOC Pam 525-44, Military Operations: U.S. Army Operational Concept for Low Intensity Conflict, oct. 1985, citado en Tom Barry, *Conflicto de Baja Intensidad: un nuevo campo de batalla en Centroamérica*, Albuquerque, New Mexico: The Resource Center, 1987, p. 12.

¹⁷² *Ibid.*, p.1.

¹⁷³ Mariano Aguirre, "Guerras de Baja Intensidad: la definición después de Vietnam", en Mariano Aguirre, y Robert Matthews, *Guerras de Baja Intensidad*, op. cit., p. 109.

¹⁷⁴ Lucrecia Lozano, *La política de Estados Unidos hacia Nicaragua (1981-1987): Entre la reversión y los esfuerzos de paz*, op. cit., pp.3-4.

¹⁷⁵ Raúl Benítez, y Lilia Bermúdez, "Los combatientes de la libertad' y la Guerra de Baja Intensidad contra Nicaragua", en Raúl Benítez, Lucrecia Lozano, Lilia Bermúdez (eds.), *EEUU contra Nicaragua: la guerra de baja intensidad en Centroamérica*, Madrid: Editorial Revolución, 1987, p. 10.

¹⁷⁶ Un informe encargado por el Pentágono sostiene que "*el Conflicto de Baja Intensidad (ya sea conducido por Estados Unidos o por otros) puede incluir diplomacia coercitiva, funciones policíacas, operaciones psicológicas, insurgencia, guerra de guerrillas, actividades contraterroristas y despliegues militares y paramilitares con objetivos limitados*": véase Kupperman Associates Inc., Robert H., *Low-Intensity Conflict. Prepared for U.S. Army Training and Doctrine Command*, vol. I, Main Report, July 30, 1983, p. 21, citado en

En Nicaragua la administración Reagan empleó todos los recursos que las teorías sobre conflictos de baja intensidad contemplaban, ocupando las operaciones militares y paramilitares -mediante el ejército contrarrevolucionario de la Resistencia Nicaragüense- el centro de su estrategia de acoso a la revolución en una aplicación específica al país centroamericano de la "doctrina Reagan". Como complemento de las actuaciones de la contrarrevolución, el propio ejército norteamericano realizó en Centroamérica numerosas maniobras militares durante los años 80¹⁷⁷.

La propaganda, la desinformación y las denuncias conformaron los instrumentos ideológicos con los que Washington pretendió erosionar la legitimidad del régimen sandinista¹⁷⁸. Las amenazas y las presiones en el ámbito diplomático, las coacciones económicas y el embargo comercial completan el cuadro de las medidas puestas en práctica por Estados Unidos en contra de la revolución nicaragüense.

V.3.4.1. La Doctrina Reagan

La creación y el sostenimiento de una fuerza armada irregular como los contras (casos similares se dieron en Afganistán, y en Angola) constituyen la esencia de lo que vino en llamarse "Doctrina Reagan", es decir, el apoyo del gobierno norteamericano a fuerzas insurgentes anticomunistas¹⁷⁹, a las que el presidente Reagan denominaría "Freedom Fighters"¹⁸⁰.

Esta política calificada por algunos autores norteamericanos como "*programa de contrarrevolución mundial*"¹⁸¹, "*contrarrevolución global*"¹⁸², "*política exterior agresiva en favor de la insurgencia en el Tercer Mundo*"¹⁸³, "*terrorismo internacional*" dirigido por Estados Unidos¹⁸⁴, y "*una estrategia clave en la última*

Raúl Benítez, Lucrecia Lozano, Lilia Bermúdez (ed.), *EEUU contra Nicaragua*, op. cit., p. 13. Y entre los autores críticos con la administración Reagan, Bodenheimer y Gould mantienen igualmente que el conflicto de baja intensidad "*no es estrictamente militar, sino que incluye también elementos como desestabilización económica, interferencia política y operaciones psicológicas*": véase Thomas Bodenheimer, y Robert Gould, *Rollback!: Right-wing Power in U.S. Foreign Policy*, op. cit., p. 101.

¹⁷⁷ Entre octubre de 1981 y mayo de 1988 Estados Unidos realizó en la región centroamericana 40 ejercicios militares: la mayoría tuvieron lugar en territorio de Honduras; en 15 intervinieron tropas hondureñas y en cinco lo hizo el ejército salvadoreño. (Ver cuadro n° 4 en anexo).

¹⁷⁸ Véase Office of Public Diplomacy, *Broken Promises: Sandinista Repression of Human Rights in Nicaragua*, Washington: U.S. Department of State, octubre 1984.

¹⁷⁹ Sobre el origen y los errores de esta política véase Charles Willian Maynes, "The Rise and Fall of the Reagan Doctrine", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, New Brunswick: Transaction Publishers, 1990, pp. 265-275. Sobre su aplicación a Nicaragua véase James M. Scott, *Deciding to Intervene: The Reagan Doctrine and American Foreign Policy*, Durham: Duke University Press, 1996, pp. 152-192.

¹⁸⁰ Esa sería la denominación con que a partir de mayo de 1983 el presidente Reagan denominaría a los contrarrevolucionarios antisandinistas y a otros insurgentes anticomunistas en el Tercer Mundo: véase Ronald Reagan, "Transcript of President's News Conference on Foreign and Domestic Matters", *The New York Times*, 5 mayo 1983, p. D22.

¹⁸¹ Tom Barry, *Conflicto de Baja Intensidad*, op. cit. p. 2.

¹⁸² William I. Robinson, y Kent Norsworthy, *David and Goliath*, op. cit., p. 17.

¹⁸³ Peter Kornbluh, *The Price of the Intervention*, op. cit., p. 10.

¹⁸⁴ Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, New York: Hill and Wang, 3ª edición., 1992, p. 255.

fase de la Guerra Fría¹⁸⁵, era entendida desde el gobierno de Washington como "la responsabilidad moral" de Estados Unidos de apoyar a quienes "se han decidido a luchar y defender sus culturas y sus libertades"¹⁸⁶, y como "el compromiso estadounidense de apoyar a los 'luchadores por la libertad' en cualquier lugar del mundo"¹⁸⁷.

La Doctrina Reagan se convertía así en la concreción de la voluntad del gobierno republicano de recuperar el principio de ofensiva en su enfrentamiento con la Unión Soviética, enterrando las doctrinas de contención, y "ayudando a derrocar a los regímenes prosoviéticos"¹⁸⁸.

En palabras del presidente Reagan, "es totalmente coherente con nuestra historia apoyar a quienes luchan por la libertad..., estos bravos hombres y mujeres que, en Afghanistan, Etiopía, Camboya y especialmente en Nicaragua, luchan por echar abajo la infame 'Doctrina Brezhnev', la cual establece que cuando una nación cae en la oscuridad de la tiranía comunista, ya no puede ver de nuevo la luz de la libertad"¹⁸⁹.

Para la administración Reagan la ayuda a los insurgentes anticomunistas significaba dar respuesta con sus mismos métodos al expansionismo promovido por la URSS a través de los movimientos de liberación nacional. En síntesis, la Doctrina Reagan pretendía demostrar, como afirma William R. Bode, colaborador especial del vicesecretario de Estado para Asesoría, Ciencia y Tecnología en Seguridad, que "el comunismo podía ser revertido", haciéndole frente con firmeza y con fuerza¹⁹⁰.

Esta estrategia de la Casa Blanca hundía sus raíces en la Guerra Fría¹⁹¹, pero contenía asimismo algunos elementos novedosos que conviene resaltar, porque suponían la ruptura con prácticas anteriores en contextos similares, y sobre todo porque implicaban la violación de normas básicas de comportamiento entre gobiernos reconocidos internacionalmente.

185 James M. Scott, *Deciding to Intervene*, op. cit., p. 3.

186 George Shultz, "Excerpts From Shultz's Speech Contrasting Communism and Democracy", (extractos del discurso "America and the Struggle for Freedom" del secretario de Estado, George Shultz, en el Commonwealth Club of California, en San Francisco), *The New York Times*, 23 febrero 1985, p. A4.

187 Constantine C. Menges, *Inside the National Security Council: The True Story of the Making and Unmaking of Reagan's Foreign Policy*, op. cit., p. 243.

188 Lilia Bermúdez, *Guerra de Baja Intensidad: Reagan contra Centroamérica*, México: Siglo XXI, 1987, pp. 161-162.

189 Ronald Reagan. "Radio Address to the Nation", 16 febrero 1985, *Public Papers of the Presidents*, United States Government Printing Office, 21 (8): pp. 186-187, (P.K. & N.S.A., n° 02369).

190 William R. Bode, "The Reagan Doctrine in Outline", en Walter F. Hahn, *Central America and the Reagan Doctrine*, Lanham, MD: Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute, 1987, p. 255.

191 Véanse Saul Landau, *The Dangerous Doctrine*, op. cit., p. 139; Robert Matthews, "El triunfalismo de la derecha: la doctrina Reagan y la contrarrevolución", en Mariano Aguirre, y Robert Matthews, *Guerras de Baja Intensidad*, op. cit., p. 65; y Robert L. Borosage, "Foreword", en Peter Kornbluh, *The Price of Intervention*, op. cit., p. IX.

El apoyo a fuerzas insurgentes anticomunistas por parte de Estados Unidos no era nuevo. Dos casos paradigmáticos ocurridos en América Latina con resultados diferentes lo demuestran. Uno, concluido con victoria para Estados Unidos y sus aliados locales guatemaltecos: el derrocamiento del gobierno democrático de Jacobo Arbenz en 1954 por parte de fuerzas irregulares al mando del coronel Carlos Castillo Armas. Otro, el más conocido y emblemático: la fallida invasión de Bahía de Cochinos en Cuba, protagonizada por grupos anticastristas en 1961 con la colaboración estadounidense.

Lo novedoso en el caso de Nicaragua consiste en que la ayuda a los grupos armados irregulares se otorga públicamente con un gran alarde de medios propagandísticos por parte de la administración Reagan. Un factor más grave aún es que esa ayuda es discutida y aprobada de forma oficial no solo por el gobierno, sino también por el Congreso norteamericano¹⁹². De esta manera una operación encubierta se convierte en política oficial de Estados Unidos, a pesar del rechazo de la comunidad internacional, y de la condena de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en 1986.

Se sienta así un precedente peligroso para los pequeños Estados, que, al defender su autodeterminación interfiriendo de alguna manera en los intereses tradicionales de una gran potencia (aquí Estados Unidos), sufren el acoso económico, político y militar de ésta para obligarles a reconducir sus políticas por los derroteros tradicionales de sometimiento.

V.3.4.2. El ejército contrarrevolucionario de la Resistencia Nicaragüense

Como antes apuntaba, la estrategia antisandinista de Estados Unidos descansó sobre el soporte del accionar del ejército contrarrevolucionario. Ningun otro asunto ocupó tanto la atención de las dos administraciones Reagan, como el cuidado, el apoyo y la dirección de los grupos contrarrevolucionarios armados. Política que era coherente con la determinación norteamericana de derrocar al gobierno sandinista. Priorizada la salida militar, las soluciones políticas quedaron arrinconadas con muy escasos momentos de excepción.

A raíz de las vistas públicas en el Congreso norteamericano sobre el escándalo Irán-Contra y del juicio posterior a los altos funcionarios del gobierno encausados en dicha trama, existe disponible abundante documentación oficial norteamericana desclasificada que permite seguir en detalle el papel decisivo desempeñado por la

¹⁹² Autores defensores y críticos de la administración Reagan lo señalan. Véase entre los primeros a William R. Bode, "The Reagan Doctrine in Outline", en Walter F. Hahn, *Central America and the Reagan Doctrine*, op. cit., pp.259-260. Entre los segundos véanse Sarah Miles, "The Real War. Low Intensity Conflict in Central America", *NACLA*, vol. XX, nº 2, abril-mayo 1986, p. 25; Deborah Barry, Raul Vergara, y Jose Rodolfo Castro, "Low Intensity Warfare: The Counterinsurgency Strategy for Central America", en Nora Hamilton, Jeffrey A. Frieden, Linda Fuller, y Manuel Pastor Jr., *Crisis in Central America: Regional Dynamics and U. S. Policy in the 1980s*, Boulder: Westview Press, 1988, p. 79; Thomas Bodenheimer, Robert Gould, *Rollback!*, op. cit., pp. 84-85; y Lilia Bermúdez, *Guerra de Baja Intensidad*, op. cit., p. 161.

administración Reagan en el proceso de conformación y desarrollo de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias antisandinistas, y en la dirección de las operaciones militares, paramilitares y terroristas realizadas por éstas.

Del análisis de dicha documentación se desprenden contundentes conclusiones al respecto, algunas de las cuales han sido asumidas por investigaciones oficiales, como el Informe Tower del Congreso, el informe oficial del Congreso, y el informe de Lawrence E. Walsh, fiscal independiente encargado por el Congreso de investigar el escándalo Irán-Contra¹⁹³.

La transformación de las primeras bandas antisandinistas en un ejército irregular con armamento poderoso, organización, logística e inteligencia adecuadas y con bases seguras de retaguardia en Honduras se debió a las reiteradas decisiones del gobierno del Presidente Ronald Reagan¹⁹⁴.

¹⁹³ Véanse President's Special Review Board Board (John Tower, Edmund Muskie y Brent Scowcroft), *The Tower Commission Report*, New York: Bantam Books/Times Books, 1987; Daniel K. Inouye y Lee H. Hamilton, *Report of The Congressional Committees Investigating the Iran-Contra Affair*, ed. abreviada, New York: Times Books, 1988; y Lawrence E. Walsh, *Iran-Contra: The Final Report*, New York: Times Books, 1994. El mayor número de documentos desclasificados disponibles al público se encuentra en la colección de microfichas realizada por el National Security Archive, de Washington: véase Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Affair: The Making of a Scandal*, National Security Archive, Washington D.C., 1989 (4.600 documentos). Una selección de algunos de estos documentos más otros posteriormente desclasificados (en total 101 documentos de los más importantes de todo el escándalo Irán-Contra) fue editada en 1993 por los mismos autores: véase Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/ The New Press, 1993. Sobre el escándalo Irán-Contra véanse también The National Security Archive, *The Chronology: The Documental Day by Day Account of the Secret Military Assistance to Iran and the Contras*, New York: Warner Books, 1987; Oliver L. North, *Taking the Stand: The Testimony of Lieutenant Colonel Oliver L. North*, New York: Pocket Books, 1987; Robert Parry, y Peter Kornbluh, "Iran-Contras Untold Story", *Foreign Policy*, n.º 72, Fall 1988, pp. 3-30; y Robert Matthews, John Kerry, y Xabier Gorostiaga, *Nicaragua y el Irangate*, Papeles para la paz, n.º 18, Madrid: CIP, 1987.

¹⁹⁴ Véanse los siguientes documentos:

Ronald Reagan, "Presidential Finding", (autorizando operaciones encubiertas contra Nicaragua), Executive Office of the President, 1 diciembre 1981, (P.K. & N.S.A., n.º 01414); "National Security Decision Directive (NSDD 100) on Enhanced Military Activity and Assistance in the Central American Region", Executive Office of the President, 28 julio 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01781); "Finding...Concerning Operations Undertaken by the Central Intelligence Agency in Foreign Countries", (autorizando el apoyo, equipamiento y entrenamiento a los grupos paramilitares de la Resistencia Nicaragüense), Executive Office of the President, 19 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01824); y "Scope of CIA Activities under the Nicaraguan Finding", (documento que acompaña al "Presidential Finding" de 19 septiembre 1983), Executive Office of the President, 19 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01825).

Donald Gregg, "Proposed Covert Action Finding on Nicaragua". Secret Action Memorandum for William P. Clark, National Security Council, 12 Julio 1982, (P.K. & N.S.A., n.º 01268); y "Scope of CIA Activities under the Nicaraguan Finding". Secret Scope Paper, National Security Council, 12 julio 1982, (P.K. & N.S.A., n.º 01541).

National Security Council, "Covert Action Proposal Concerning Central America". Memorandum for Director of Central Intelligence Agency, William J. Casey, 9 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01813).

Oliver L. North, y Constantine Menges. "Support for Nicaraguan Democratic Opposition". Memorandum to Robert C. McFarlane, National Security Council, 4 noviembre 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01879).

Robert C. McFarlane, "Support for the Nicaraguan Democratic Opposition". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 7 noviembre 1983, (P.K. & N.S.A., n.º 01880); y "Central American Legislative Strategy-Additional Funding for Anti-Sandinista Forces". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 21 febrero 1984, (P.K. & N.S.A., n.º 01987).

Dentro del gobierno norteamericano la dirección de las operaciones del ejército contrarrevolucionario recayó en un primer momento sobre la Central de Inteligencia Americana (CIA). Cuando dicha colaboración fue expresamente prohibida por el Congreso (enmiendas Boland, diciembre 1982 y octubre 1984), la dirección quedó, ilegalmente, a cargo del Consejo de Seguridad Nacional (NSC), lo que dio origen a parte del escándalo Irán-Contra. Al final del segundo mandato de la administración Reagan, después de suscribirse los acuerdos de Esquipulas en agosto de 1987, el departamento de Estado se responsabilizó directamente de la atención al ejército contrarrevolucionario.

Desde el NSC se planificaron las acciones más espectaculares atribuidas a la contrarrevolución, como el minado de los principales puertos de Nicaragua y la voladura de oleoductos y depósitos de combustible, operaciones que, pese a haber sido reivindicadas por los grupos contrarrevolucionarios, habían sido ejecutadas por agentes especiales de la propia CIA, denominados UCLA (Unilateraly Controlled Latino Assets)¹⁹⁵.

El gobierno de Estados Unidos financió al ejército contrarrevolucionario legalmente con fondos aprobados por el Congreso por un valor de 321,65 millones de dólares entre 1982 y 1990¹⁹⁶. Durante 1985 y 1986 y pese a la prohibición del Congreso, el NSC consiguió recolectar para la contra más de 55 millones de dólares de los gobiernos de Arabia Saudí (32 millones de dólares), Taiwan (dos millones) y Brunei (10 millones), de multimillonarios norteamericanos (6.323.000 dólares) y de la desviación de dinero procedente de la venta secreta de armas a Irán (4.700.000 dólares¹⁹⁷). (Ver cuadros n° 5 y n° 6 en anexo).

Un informe del Servicio de Investigación del Congreso norteamericano recoge una información aparecida en el Miami Herald (20 enero 1988), según la cual hasta ese momento el apoyo directo e indirecto de Estados Unidos a la contrarrevolución había ascendido a 490 millones de dólares¹⁹⁸.

¹⁹⁵ Oliver L. North, y Constantine Menges, "Special Activities in Nicaragua". Memorandum to Robert C. McFarlane, National Security Council, 2 marzo 1984, (P.K. & N.S.A., n° 01994).

¹⁹⁶ Nina M. Serafino, y Mauren Taft-Morales, *Contra Aid: Summary and Chronology of Major Congressional Action 1981-1989*, Congressional Research Service/The Library of Congress, Washington, 1 noviembre 1989, p. 17.

¹⁹⁷ La descripción más detallada y actualizada de estas actividades ilegales de recaudación de fondos se encuentra en el informe final del Fiscal Independiente, Lawrence E. Waslh, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., pp. 157-197. Véase también Daniel K. Inouye, y Lee H. Hamilton, *Report of The Congressional Committees investigating the Iran-Contra Affair*, op. cit., p. 292.

Israel, país con el que Nicaragua había roto las relaciones diplomáticas en 1982, proporcionó abundante ayuda militar a la contrarrevolución de acuerdo a fuentes israelíes y norteamericanas. Véanse Robert Matthews, "Sowing Dragon's Teeth. The U.S. War against Nicaragua", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XX, n° 4, julio-agosto 1986, pp. 36-37; Benjamin Beit-Hallahmi, *Israel Connection*, Barcelona: Ediciones B, 1988, pp. 89-94; Jane Hunter, *Israeli Foreign Policy*, Boston: Souht End Press, 1987, pp.145-168; Bob Woodward, *Veil: the Secrets Wars of the CIA 1981-1987*, op. cit., pp. 405-410; Jonatahn Marshall, Peter Dale Scott, y Jane Hunter, *The Iran Contra Connection*, Boston: South End Press, 1987, pp.13-15; y Peter Kornbluh, *Nicaragua: The Price of Intervention*, op.cit. , pp. 75-77.

¹⁹⁸ David Hess, *Miami Herald*, 20 enero 1988, citado en Nina M. Serafino, *U.S. Assistance to Nicaraguan Guerrillas: Issues for the Congress*, Congressional Research Service/The Library of Congress, Washington, 1

El control financiero de los fondos proporcionados a la contra estuvo a cargo del coronel Oliver North (responsable inmediato en el NSC -hasta su cese en noviembre de 1986- de las operaciones ilegales de ayuda a los grupos armados antisandinistas); con posterioridad el control se realizó desde el Departamento de Estado¹⁹⁹.

Algunas de las principales decisiones de la contrarrevolución armada (composición de sus órganos dirigentes, creación de organizaciones políticas de fachada para mejorar su imagen pública -la primera Unión Nacional Opositora, y más tarde la Resistencia Nicaragüense-, y las propuestas de diálogo) fueron diseñadas por el NSC o por la CIA²⁰⁰. Los principales dirigentes de la contrarrevolución, entre ellos Adolfo Calero, Arturo Cruz Sr., y Enrique Bermúdez recibieron salarios directos de la CIA o del NSC²⁰¹.

Desde la CIA, el NSC y el Departamento de Estado se dio un seguimiento permanente de las operaciones militares y del estado de la contra, evaluando sus necesidades y trazando directivas para solucionarlas²⁰². Una de las actuaciones más

marzo 1988, p. 2.

¹⁹⁹ Lawrence E. Washl, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., p. 4. y 59; y Oliver L. North, "FDN Military Operations". Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, National Security Council, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02462).

²⁰⁰ Las denuncias más contundentes al respecto fueron hechas por el ex-director de Comunicación de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), Edgard Chamorro, en *Packaging the Contras: A Case of CIA Disinformation*, New York, Institute for Media Analysis, Inc., 1987, pp. 10-16, 50 y 57, y en una declaración jurada ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, reproducida en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., pp. 235-246. Entre los documentos oficiales que confirman estas afirmaciones, véase Robert W. Owen, "Overall Perspective". Memorandum to Oliver L. North, National Security Council, 17 marzo 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02712). Owen, enlace entre North y los contras, afirmaba textualmente en este esclarecedor memorandum: "*La UNO es una creación del gobierno de Estados Unidos para conseguir apoyo en el Congreso*", (*Ibid.*, p. 1).

²⁰¹ Véanse Oliver L. North, (*Contra Leader*) Control, Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, NSC// ICS 402001, 27 febrero 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02375); y "Meeting with (Arturo Cruz, Sr.)". Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, NSC// ICS 400298, 15 marzo 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02401). Véase asimismo: Office of Public Diplomacy, "FY 1985 Obligations for S/LPD (Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean)" (lista de contratos y de gastos de dicha agencia durante el año fiscal 1985), 24 septiembre 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02579). Según estos documentos el salario pagado a Arturo Cruz era de 6.000 dólares mensuales. Edgard Chamorro en su declaración jurada ante la Corte Internacional de Justicia reconoce lo siguiente: "*La CIA me pagaba un salario de 2.000 dólares al mes... Acuerdos similares se hicieron con el resto de 'directores' de la FDN*", reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., p. 240.

²⁰² William P. Clark, "Meeting with National Security Planning Group". Memorandum to Ronald Reagan, (Reunión para discutir el nuevo "Presidential Finding" sobre las operaciones encubiertas en Nicaragua), National Security Council, 16 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01821); William J. Casey, "Supplemental Assistance to Nicaragua Program". Memorandum to Robert C. McFarlane, Central Intelligence Agency, 27 marzo 1984, (P.K. & N.S.A., n° 02027); National Security Council, "National Security Planning Group Meeting", 25 junio 1984. (Subject: Central America). Secret Minutes. NSC/ICS 400616. (Temas discutidos: Diálogo bilateral con Nicaragua; situación de los grupos armados antisandinistas, y apoyo a éstos. Entre los participantes en la reunión se encontraban el presidente Reagan, el vicepresidente Bush, el secretario de Estado Shultz, el secretario de Defensa Weinberger, el director de la CIA W. Casey, la embajadora de EEUU ante la ONU Jeane J. Kirkpatrick, el jefe de Estado Mayor John W. Vessey, los miembros del staff presidencial Edwin Meese, Robert McFarlane, y el almirante John Poindexter, y Constantine C. Menges del NSC, (P.K. & N.S.A., n° 02127); National Security Council, "National Security Planning Group Meeting", 11 septiembre 1984, (Subject: Review of the (.....) and Central America Special Activities). Top Secret Minutes, NSC/ICS-400838. U.S Executive Office of the President. (Temas discutidos: envío de aviones de combate de Bulgaria a Nicaragua, y entrega de información de inteligencia a la Fuerza Democrática Nicaragüense para que atacara dichos aviones), (P.K. & N.S.A., n° 02199); Oliver L. North, "Notes on National Security Planning Group Meeting". Diario de Oliver L. North, 11 septiembre 1984, (P.K. & N.S.A., n° 02197); y John M. Poindexter, "Meeting with the National Security Planning Group".

controvertidas de la CIA fue la elaboración de un manual de entrenamiento para las fuerzas contrarrevolucionarias, en el que se aconsejaba el asesinato selectivo de sandinistas, lo que provocó un pequeño escándalo no tanto por el contenido que violaba la legalidad norteamericana como por el momento en que apareció públicamente la información (en octubre de 1984, en plena campaña para las elecciones presidenciales)²⁰³.

La administración Reagan presionó y negoció con los gobiernos de Honduras, Costa Rica y Guatemala para que cooperaran con los grupos contrarrevolucionarios²⁰⁴.

El presidente Ronald Reagan asumió como una cruzada personal la causa de la contrarrevolución, convirtiéndose en su principal adalid ante la opinión pública y el Congreso norteamericano, tanto en los momentos en que la ayuda era legal, como cuando había sido prohibida por el Congreso²⁰⁵. De ahí que el Informe Tower y más específicamente el Informe del Fiscal Independiente Walsh le atribuyeran a Reagan la última responsabilidad política (no penal) sobre las actuaciones ilegales ejecutadas por la CIA y el NSC a favor de la contrarrevolución nicaragüense²⁰⁶.

Memorandum to Ronald W. Reagan, National Security Council, 15 mayo 1986. (Objetivos de la reunión: "resolver asuntos sobre la ayuda a las Fuerzas de la Resistencia Democrática Nicaragüense y sobre nuestra actual posición en el proceso de Contadora"), (P.K. & N.S.A., nº 02776).

²⁰³ Véase Central Intelligence Agency, *Psychological Operations in Guerrilla Warfare*, New York: Vintage Specials, 1985, pp. 31-98. La propia CIA elaboró una versión del manual en forma de comic para hacer más asequible su contenido a los campesinos de la contrarrevolución: véase Central Intelligence Agency, *The Freedom Fighter's Manual*, New York: Grove Press, s.f. Sobre la polémica desatada al conocerse la existencia del manual, véase William LeoGrande, *Our Own Backyard*, op. cit., pp. 363-367.

²⁰⁴ District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, Criminal No. 88-0080-02-GAG, 10 marzo 1989, pp. 20-24, (P.K. & N.S.A., nº 03157). Este documento recoge los hechos admitidos como ciertos por el gobierno de Estados Unidos, detallándose los acuerdos de éste con otros gobiernos como parte de las operaciones de apoyo a la contra.

²⁰⁵ Ronald Reagan, "President Reagan's Address on Central America to Joint Session of Congress", *The New York Times*, 28 abril 1983, op. cit.; "Transcript of President's News Conference on Foreign and Domestic Matters", *The New York Times*, 5 mayo 1983, p. D22; "Saving Freedom in Central America", *Current Policy*, nº 499, op.cit. ; "Transcript of Interview With President on a Range of Issues", *The New York Times*, 12 febrero 1985, p. A10; "Transcript of President's News Conference on His Proposal for Nicaragua", *The New York Times*, 5 abril 1985, p. A8; *Address by the President to the Nation*. The White House. Office of the Press Secretary, 24 junio 1986, (discurso televisado sobre la necesidad de que el Congreso aprobara 100 millones de dólares para la contra), (P.K. & N.S.A., nº 02829); y "Excerpts from President's Speech to Newspapers Publishers", *The New York Times*, 4 mayo 1987, p. A14.

La siguiente declaración del propio presidente Reagan es suficientemente rotunda acerca de su implicación en el apoyo a los contras: "*Estos (los contras) son personas que están luchando por la democracia y la libertad en su país. Y aquí no hay dudas sobre si yo he estado informado. Yo he sabido lo que estaba ocurriendo. Durante un largo tiempo, durante años, he hablado públicamente de la necesidad de que el pueblo americano apoyara nuestro programa de ayuda a estos 'freedom fighters' de ahí abajo, para prevenir que se establezca una cabeza de playa aquí en el Hemisferio Occidental, en añadidura a la que ya existe en Cuba. Y sugerir que yo lo estoy descubriendo ahora o que yo no sabía nada... No. Sí, yo me mantuve informado acerca de esto. En realidad, estuve extraordinariamente implicado en las decisiones acerca del apoyo a los 'freedom fighters'. Fue idea mía el comenzar la ayuda*", (Ronald Reagan, "Remarks and a Question-and-Answer Session With Southeast Regional Editors and Broadcasters", 15 mayo 1986, *Public Papers of the Presidents*, 1987, 1: p. 514, citado en Lawrence E. Walsh, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., p. 450).

²⁰⁶ El Informe Tower establece que "*el Presidente debe responsabilizarse por el funcionamiento del NSC y asumir las consecuencias*": véase President's Special Review Board, *The Tower Commission Report*, op. cit., p. 80. Por su parte el Informe Walsh concluye: "*El presidente Reagan creó las condiciones que hicieron posible los*

En resumen, la administración Reagan utilizó a la contrarrevolución armada como uno de sus principales recursos contra la revolución sandinista, complementándolo con otros que señalaré a continuación.

Esta estrecha e interesada colaboración de la administración Reagan con los grupos contrarrevolucionarios no logró el objetivo de destruir por la fuerza de las armas a la revolución, pero sentó las bases para desgastarla y minarla, y en último término para conseguir que la mayor parte de la población dijera no a la experiencia revolucionaria sandinista.

La destrucción de recursos económicos, la dedicación de casi la mitad del presupuesto del país a la guerra durante varios años, la crisis económica derivada en parte de lo anterior, las políticas represivas del gobierno sandinista en contra del campesinado del centro y norte del país y en contra de la población indígena, la imposición del servicio militar obligatorio, los miles de muertos, heridos y desplazados son acontecimientos ligados de manera inexorable a la guerra que libró el régimen sandinista contra el ejército contrarrevolucionario sostenido por Washington.

¿Fue ésta una guerra de agresión o una guerra civil?. Mientras los sandinistas hablaban sólo de agresión norteamericana, para la contrarrevolución y sus propagandistas del gobierno Reagan era un caso típico de insurrección y de guerra civil.

Ambos conceptos -guerra de agresión y guerra civil- son válidos, sin embargo, para explicar el conflicto vivido en Nicaragua. Analizando la propia documentación oficial norteamericana citada no cabe duda de que Washington, persiguiendo sus propios fines, creó, armó y dirigió a la mayor parte de los grupos antisandinistas, y que a través de éstos promovió una de las guerras de agresión más baratas en recursos humanos que Estados Unidos haya librado hasta la fecha.

Pero, como reconocieron tardíamente algunos dirigentes e intelectuales sandinistas²⁰⁷, miles de campesinos (por muy diversas razones, como hemos visto) se alzaron en armas contra el régimen revolucionario, y gracias a la ayuda norteamericana y a la colaboración de los países vecinos consiguieron poner en pie de guerra uno de los ejércitos más numerosos de la historia de las rebeliones en América Latina.

Ejército comandado, sí, en su estrategia central por el NSC, la CIA y el Departamento de Estado, es decir, por el gobierno de Estados Unidos, y en el campo

*delitos cometidos por otros, debido a sus desviaciones secretas de la anunciada política nacional sobre Irán y sobre rehenes, y a causa de su abierta determinación de apoyar con todas sus fuerzas a los contras a pesar de una ley que prohibía dicha ayuda": véase Lawrence E. Wash, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., p. 445.*

²⁰⁷ Las valoraciones más contundentes en este sentido, citadas con anterioridad, corresponden al dirigente sandinista Luis Carrión y a Alejandro Bendaña, historiador y alto funcionario de la cancillería sandinista.

de batalla dirigido durante la mayor parte de su existencia por ex-oficiales de la Guardia Nacional de Somoza. Pero ejército compuesto por nicaragüenses. La guerra de agresión se convirtió en una guerra civil que contribuyó a la salida de los sandinistas del gobierno y al restablecimiento de la hegemonía de Washington en la región. Y las fuerzas contrarrevolucionarias jugaron un papel nada despreciable en ello.

No se puede afirmar aquí, por tanto, que la contrarrevolución "*fracasó*", como apunta Halliday que ocurre en la mayoría de los procesos revolucionarios, sino que más bien habría que incluir la experiencia contrarrevolucionaria nicaragüense entre las excepciones que aquél señala, aunque por razones distintas²⁰⁸. En el caso de Nicaragua, las actividades de la contrarrevolución, a pesar de sus derrotas militares, tuvieron un peso destacado y complementario en el desgaste del proceso revolucionario.

V.3.4.3. Public Diplomacy o cómo desacreditar a una revolución

Las campañas propagandísticas repletas de acusaciones y denuncias formaron parte asimismo de la estrategia de la administración Reagan contra la revolución sandinista.

¿Cómo hubiera podido Estados Unidos promover la agresión armada contra Nicaragua, si de forma simultánea no conseguía desacreditar al gobierno revolucionario que había accedido al poder en medio de la aclamación popular, con un fuerte respaldo internacional en el bloque occidental y gozando de una elevada simpatía en amplios círculos liberales y progresistas del mismo Estados Unidos?.

El éxito de la política norteamericana en Nicaragua dependía en una buena parte de que fuera retirado ese respaldo que poseía la revolución. Y también aquí el gobierno de Washington se empleó a fondo.

El organismo que más específicamente trabajó en ello fue la Oficina de Diplomacia Pública para América Latina y el Caribe (OPD)²⁰⁹, creada en junio de 1983 como una sección del Departamento de Estado, y dirigida en la práctica desde el NSC con la colaboración de la CIA²¹⁰. Al frente de la OPD se encontraba Otto Reich, uno de los ideólogos radicales de la administración Reagan.

²⁰⁸ Para Halliday, la contrarrevolución sólo había triunfado en los casos en que se habían producido guerras interestatales, o divisiones internas dentro de las filas revolucionarias: véase Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, op. cit., p. 138.

²⁰⁹ También participaron en la conformación de la opinión pública norteamericana sobre Nicaragua la Oficina de Asuntos de Seguridad Nacional, la Oficina de Comunicaciones, la Oficina de la Secretaría de Prensa, la Oficina de Asuntos Legislativos, y la Oficina de Asuntos Políticos, así como varias agencias del Departamento de Estado: la Oficina de Asuntos Públicos, la Oficina de Asuntos Públicos e Intergubernamentales y la Oficina de Asuntos Interamericanos: véase Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy: The Controversia on Contra Aid*, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1993, p. 130.

²¹⁰ Daniel K. Inouye, Lee H. Hamilton, *Report of The Congressional Committees investigating the Iran-Contra Affair*, op. cit., p. 14.

Los programas de la OPD tenían objetivos ambiciosos, planteándose llegar a públicos situados dentro y fuera de Estados Unidos, como admiten el propio Otto Reich²¹¹ y Carnes Lord, un funcionario del NSC estrechamente ligado a las operaciones de "Public Diplomacy"²¹²; en Estados Unidos dichos programas pretendían -de acuerdo a un borrador no incluido en el Informe del Congreso sobre el Irán/Contra- "*lo que una operación encubierta de la CIA puede hacer en un país extranjero: intentaban manipular a los media, al Congreso y a la opinión pública para apoyar las políticas de la administración Reagan (en Nicaragua)*"²¹³.

Con respecto a la revolución sandinista los objetivos de las operaciones de Public Diplomacy fueron expresados con enorme franqueza por Walter Raymond, el funcionario que, cedido por la CIA, supervisó desde el NSC el trabajo de la OPD: se trataba de "*calificar de villanos a los sandinistas y de héroes a la UNO (la organización "sombrilla" de la contra)*"²¹⁴.

D.J. Jakowitz, subdirector de la OPD, lo expresaba con mayor claridad en un plan de Public Diplomacy diseñado para ganar el apoyo del Congreso a la contrarrevolución. Según Jakowitz los contras "*son los 'Freedom Fighters' de la tradición norteamericana, y el FSLN es el malo, la avanzadilla del imperio soviético...; la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN) (los contras) son los chicos buenos*"²¹⁵.

La estrategia de Public Diplomacy de la administración Reagan, si bien concentrada en ganar la opinión pública de Estados Unidos, tenía una dimensión internacional que buscaba desacreditar a la revolución nicaragüense, aislarla y hacerle perder los soportes y simpatías de que gozaba en América y en Europa, y en general en la escena internacional.

En América Latina, en Venezuela, en Guatemala, y sobre todo en Honduras y en Costa Rica se realizaron campañas de propaganda antisandinista promovidas por la CIA y la OPD, como reconoció Edgard Chamorro, responsable de comunicación de los grupos contrarrevolucionarios en los primeros años de su existencia²¹⁶.

²¹¹ Otto J. Reich, "Request for a Presidential Commendation for the Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean". Memorandum to Walt Raymond (NSC), 10 marzo 1986, (P.K. & N.S.A., nº 02697)

²¹² Carnes Lord, "In defense of Public Diplomacy", *Commentary*, abril 1984, p. 42, citado en Congressional Research Service, '*Public Diplomacy*', '*Project Democracy*' and *Contra Aid*, Washington D. C: Library Congress, agosto 1987, p. 2

²¹³ Citado en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., p.4.

²¹⁴ Citado en Robert Parry, y Peter Kornbluh, "Iran-Contras Untold Story", *Foreign Policy*, nº 72, Fall 1988, pp. 5-6.

²¹⁵ Daniel "Jake" Jakowitz, *Public Diplomacy Action Plan: Support for the White House Educational Campaign*, 12 marzo 1985, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit. pp. 22-30.

²¹⁶ Edgard Chamorro, "World Court Affidavit: Deposition before the International Court of Justice. September 5, 1985", reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., pp. 240-241. Véanse también Martha Honey, *Hostile Acts. U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*, Gainesville: University Press of Florida, 1994, pp. 257-261, y Angharad N. Valdivia, "The U.S. Interventions in Nicaragua

Desde Honduras transmitía Radio 15 de Septiembre, voz oficial de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), calificada por G. Garvin, redactor del Washington Times y simpatizante de la contra, como "*una emisora militar, diseñada para reclutar nuevas tropas y ayudar a mantener la disciplina y la moral de las unidades de la contra dentro de Nicaragua*"²¹⁷. También desde Honduras emitía Radio Miskut para la población indígena enfrentada al sandinismo.

En Costa Rica se concentraba la mayor parte del aparato propagandístico contra Nicaragua: una radio clandestina, la Voz de Sandino, del grupo contrarrevolucionario ARDE dirigido por el ex-sandinista Edén Pastora, y de características muy similares a la "15 de Septiembre", una emisora comercial, Radio Impacto, "*comprada con dinero de la CIA a través de Venezuela*"²¹⁸ y la emisora oficial de Estados Unidos, The Voice of America, ubicada junto a la frontera con Nicaragua. En la capital, San José, se publicaba semanalmente una separata de cuatro páginas, "Nicaragua Hoy", editada por el dirigente contrarrevolucionario Pedro Joaquín Chamorro Jr. como suplemento del principal periódico del país, La Nación, y de otros siete periódicos de toda América Latina, alcanzando un tiraje de 624.000 ejemplares. Otras dos revistas de publicación irregular y de pequeño tiraje, "Comandos" y "Resistencia", completaban los medios impresos de la contra.

Desde Miami, de 1987 a 1989, y vía satélite con repetidores en El Salvador, Honduras y Costa Rica, emitió Radio Liberación, uno de los esfuerzos propagandísticos más sofisticados y mejor realizados de la contrarrevolución²¹⁹.

La militarización del régimen sandinista y la amenaza que éste representaba para los países vecinos mediante la exportación de la revolución, su colaboración con el terrorismo internacional, la represión interna, la falta de democracia, la caracterización de la revolución como totalitaria, su vinculación a Cuba y al imperio soviético, su incumplimiento de los compromisos electorales contraídos con la Organización de Estados Americanos (OEA), su permanente negativa a negociar una salida política en contraste con la reiterada voluntad de hacerlo por parte de Estados Unidos, y la involucración de altos dirigentes sandinistas en el narcotráfico²²⁰ fueron

and Other Latin American Media" en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., pp. 354-355.

²¹⁷ Glenn Garvin, *Everybody Had His Own Gringo. The CIA & the Contras*, McLean, Virginia: Brassey (US), Inc., 1992, p. 194.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 193

²¹⁹ *Ibid.*, p. 195.

²²⁰ Paradójicamente la CIA ha sido acusada de haber mostrado connivencia y tolerancia con el tráfico de cocaína a Estados Unidos llevado a cabo durante los 80 por los mismos contrarrevolucionarios nicaragüenses a quienes apoyaba y dirigía. Véanse Peter Dale Scott, *Cocaine Politics: Drugs, Armies and the CIA in Central America*, Berkeley: University of California Press, 1991; y Gary Webb, *Dark Alliance: The CIA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosion*, New York: Seven Stories Press, 1998. Y en 1998 la CIA se vio obligada a admitir que durante el conflicto nicaragüense utilizó los servicios de personas y organizaciones de la contra (ARDE) implicadas en el tráfico de cocaína a Estados Unidos: véase Central Intelligence Agency Inspector General, *Report of Investigation, Allegations of Connectio Between CIA and the Contras in Cocaine Trafficking to the United States* (96-0143-IG), Vol. II: *The Contra Story*, 8 octubre 1998, [http:// www. odci. gov/cia/publications/cocaine2/](http://www.odci.gov/cia/publications/cocaine2/).

los principales ejes de la campaña norteamericana de desprestigio contra la revolución nicaragüense²²¹.

En síntesis, la gran potencia del Norte se enfrentaba a un nuevo proceso revolucionario, utilizando un viejo arsenal de denuncias y acusaciones, dirigidas ahora contra el supuesto extremismo de la revolución nicaragüense.

En este ámbito la experiencia sandinista tampoco se escapó del acoso propagandístico lanzado históricamente por las potencias y gobiernos vecinos contra las revoluciones a las que consideran un peligro -cierto o percibido- para sus intereses. Que en una buena parte de las ocasiones la conducta radical sandinista fuera más una percepción interesada de Estados Unidos que una realidad, no anula la existencia de dicha percepción ni las consecuencias de la misma.

La OPD se convirtió en el gran centro de propaganda del que partieron las iniciativas principales: diseño de ideas para públicos de elite, elaboración de publicaciones, realización de cientos de conferencias por todo Estados Unidos, organización de viajes y entrevistas de los dirigentes contrarrevolucionarios con medios de comunicación, congresistas y miembros de la administración Reagan, planificación de visitas a la Casa Blanca de grupos simpatizantes de la contrarrevolución, discusiones de los principales funcionarios de la OPD con los medios de mayor prestigio (cuando éstos publicaban informaciones sobre Nicaragua contrarias a la perspectiva de Washington), operaciones reconocidas por la OPD como "White Propaganda" (colocando artículos favorables a la política centroamericana y nicaragüense del gobierno), y contratación de agencias de Relaciones Públicas para mejorar la imagen de los contras en Estados Unidos y conseguir que el Congreso les proporcionara su apoyo²²². La más importante de estas

²²¹ Dentro de Estados Unidos, y en diferentes sectores se alzaron voces criticando las acusaciones de la administración Reagan contra Nicaragua. Véase la opinión del diplomático Wayne S. Smith, "Lies About Nicaragua", *Foreign Policy*, n° 68, Fall 1987, pp. 87-103; e igualmente World Council of Churches, "The Sandinistas Are Not a Totalitarian Threat", en David L. Bender, y Bruno Leone, *Central America: Opposing Viewpoints*, Greenhaven Press: St. Paul, Minnesota, 1984, pp. 160-168. Véase asimismo la posición de Noam Chomsky denunciando la propaganda estadounidense contra Nicaragua en *Necessary Illusions*, Boston, MA: South End Press, pp. 71-72, 80, y 331-333.

²²² Entre los principales documentos oficiales que recogen estas actividades de la OPD destaca por su claridad Otto J. Reich, "Request for a Presidential Commendation for the Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean". Memorandum to Walt Raymond (NSC), op. cit. En este memorandum Reich se vanagloria del esfuerzo realizado: "*Adoptando una postura muy agresiva con la prensa hostil, el pequeño equipo (doce funcionarios) del embajador Otto Reich se enfrentó a las tergiversaciones y viajó a través de Estados Unidos, América Latina y Europa, hablando a audiencias amigas, hostiles e indecisas. Proporcionó información a miembros del Congreso, llegó a públicos previamente escogidos, y en los debates no hizo concesiones a los críticos de la política presidencial. Facilitó más de dos mil dossiers "background", publicó gran cantidad de folletos, ensayos y documentos sobre todos los aspectos de la política norteamericana, que se enfrentaban al escrutinio más severo de los críticos, especialmente de la prensa*", (Otto J. Reich, "Request for a Presidential Commendation", op. cit., p. 2).

Véanse asimismo los siguientes documentos: Daniel 'Jake' Jakowitz, "Public Diplomacy Action Plan: Support for the White House Educational Campaign", op. cit.; este documento, dirigido al Congreso, a los medios, y a grupos de interés especial sobre Nicaragua y la contrarrevolución, plantea denuncias contra el gobierno sandinista, respuestas a las críticas a la política de la administración Reagan y acciones a desarrollar dirigidas a los públicos citados.

Office of Public Diplomacy, "Themes for Op-Ed Pieces to Be Written by Outside Supporters", 1 febrero 1984,

agencias, la International Business Communications (IBC)²²³, resultó implicada en el escándalo Iran-Contra, al colaborar en las actividades ilegales organizadas por el coronel Oliver North para sostener a la contra, obteniendo sumas millonarias por ese trabajo²²⁴.

La campaña de desprestigio del sandinismo ante el Congreso y la opinión pública norteamericana contó con la participación directa de destacados miembros del gobierno. Los dos secretarios de Estado, Alexander Haig y George Shultz, el director de la CIA, William Casey, los embajadores ante la ONU, Jeane Kirkpatrick y Vernon Walters, el jefe del Comando Sur, Paul Gorman, y otros altos funcionarios como el fiscal general, Edwin Meese, el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Elliot Abrams, y el vicepresidente Bush, así como la propia Oficina de Prensa de la Casa Blanca repitieron una y otra vez las mismas acusaciones contra Nicaragua en discursos oficiales, ante organismos internacionales y ante los medios

(P.K. & N.S.A., n° 01969); este memorandum confidencial incluye una lista de temas relacionados con Nicaragua y Centroamérica, sobre los que deberían escribir autores de fuera del gobierno; incluye también una lista de posibles autores.

Jonathan S. Miller, "White Propaganda Operation". Memorandum to Pat Buchanan, Assistant to the President and Director of Communications. The White House, 13 marzo 1985. United States Department of State, (P.K. & N.S.A., n° 02396); Miller, de la Oficina de Diplomacia Pública, describe cinco ilustrativos ejemplos del éxito de las operaciones de "propaganda blanca" (sic) de Reich en destacados medios de comunicación como The Wall Street Journal, The Washington Post y The New York Times.

Oliver North, "Chronological Events Checklist". Memorandum to Robert C. McFarlane, 20 marzo 1985. National Security Council, (P.K. & N.S.A., n° 02409); es una cronología de eventos orientados para asegurar que el Congreso aprobara la renovación de la ayuda a las Fuerzas de la Resistencia Nicaragüense.

Robert W. Kagan (ARA), "Public Diplomacy Plan for explaining U.S. Central American Policy to the U.S. Religious Community". Confidential Memorandum to Walt Raymond (NSC), Office of Public Diplomacy For Latin America and the Caribbean, 18 septiembre 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02880).

Harry R. Van Cleve, Comptroller General of the United States, "Regarding the Legality of activities by Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean". Letter to Jack Brooks, Chairman of the Committee on Government Operations of the House of Representatives, and to Dante B. Fascell, Chairman of the Committee on Foreign Affairs of the House of Representatives, 30 septiembre 1987. United States. General Accounting Office. Comptroller General, (P.K. & N.S.A., n° 03031). En esta respuesta a una investigación solicitada por los congresistas citados, el Contralor General Van Cleve afirma lo siguiente: "*Como resultado de nuestra investigación, concluimos que las actividades de la Oficina de Diplomacia Pública para América Latina y el Caribe, relacionadas con la preparación y difusión de ciertos tipos de información, violan una restricción sobre el uso de fondos recogidos para objetivos de "publicity" y propaganda no autorizados por el Congreso*", (*Ibid.*, p. 1).

²²³ Otras agencias de publicidad y Relaciones Públicas que realizaron campañas de apoyo a la contra fueron Adam Goddman Agency (organizó una campaña de publicidad en televisión de cuatro semanas en 1986 por un valor de un millón de dólares), Edelman Inc. (conferencias de prensa y giras de debates), Finkelstein Company (selección de zonas donde los anuncios en televisión y las giras podían tener un efecto mayor sobre las votaciones en el Congreso), y Miner&Fraser y Lichtenstein Company, (lobbying en el Congreso). Organizaciones políticas privadas como Prodemca y Antiterrorism American Committee desarrollaron también campañas de publicidad a favor de la contrarrevolución o en contra de congresistas opuestos a la misma: véase Daniel K. Inouye, y Lee H. Hamilton, *Report of the Congressional Committees investigating the Iran-Contra Affair*, op. cit., p. 100.

²²⁴ Office of Public Diplomacy, *Secret Contract with International Business Communications*, 2 septiembre 1986, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., pp. 39-42. Véase también Daniel K. Inouye, y Lee H. Hamilton, *Report of The Congressional Committees investigating the Iran-Contra Affair*, op. cit., pp. 88-103.

de comunicación²²⁵. Pero, como he señalado anteriormente, fue sobre todo el presidente Reagan quien se convirtió en el propagandista más sobresaliente de la contrarrevolución: "*Hago una solemne promesa -proclamó Reagan-: Mientras haya aliento en mi cuerpo, voy a hablar, trabajar y luchar en favor de la causa de los 'Freedom Fighters' de Nicaragua*"²²⁶.

El presidente Reagan se entrevistó con grupos de élite, convenció personalmente a congresistas indecisos en momentos críticos de votaciones sobre la ayuda financiera a la contra y realizó un esfuerzo continuado para arrastrar a sus posiciones a la opinión pública norteamericana a través de numerosas comparecencias en directo en medios de televisión y radio, especialmente en 1985 y 1986, cuando el gobierno intentaba que el Congreso reanudara la ayuda al ejército contrarrevolucionario nicaragüense²²⁷.

²²⁵ Alexander M. Haig, "Excerpts From Haig's Address at O.A.S. Meeting", *The New York Times*, 5 diciembre 1981, p. A4; George P. Schultz, "Nicaragua: Will Democracy Prevail?", Statement before the Senate Committee on Foreign Relations, *Current Policy*, nº 797, Washington D.C.: United States Department of State, Bureau of Public Affairs, Washington D.C., marzo 1986; y *Testimony before the Senate Foreign Relations Committee, 10 septiembre 1987*, United States Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, (P.K. & N.S.A., nº 03029); William J. Casey, "Transcript: Speech before the Metropolitan Club", New York, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02460); Jeane J. Kirkpatrick, "U.N. 'Mugging' Fails", *The New York Times*, 31 marzo 1983, p. A23; Vernon A. Walters, "Statement made in a UN General Assembly plenary session on November 22, 1985", *Department Of State Bulletin*, marzo 1986, pp. 54-56; Paul F. Gorman, discurso ante la American Chamber of Commerce de El Salvador, citado en Associated Press, "Nicaragua Accused on Drugs", *The New York Times*, 1 julio 1984, p. A8; Edwin Meese, citado en Philip Shenon, "Meese Calls Nicaragua a 'Terrorist Country Club'", *The New York Times*, 15 septiembre 1985, p. A3; Elliot Abrams, "Permanent Dictatorship in Nicaragua?", Statement before the Subcommittee on Western Hemisphere Affairs of the House Foreign Affairs Committee, *Current Policy*, nº 802, United States Department of State, Bureau of Public Affairs, Washington D.C., marzo 1986; George Bush, "Excerpts From Remarks". Speech on the Contras before the Austin Council on Foreign Affairs, .United States. Office of the Vice President, 28 febrero 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02378); y White House Office of Media Relations and Planning, "Nicaraguan Repression of Labor Unions" (*White House Digest*, 24 agosto 1983), reproducido en Peter Rosset, y Vandermeer John (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., 1986, pp. 374-377; y "Persecution of Religious Groups in Nicaragua", (*White House Digest*, 29 febrero 1984), *Ibid.*, pp. 437-440.

²²⁶ Ronald Reagan, "Reagan on Contras: 'Strive and Struggle'" (extractos del discurso ante la OEA), *The New York Times*, 8 octubre 1987, p. A12 .

²²⁷ Ronald Reagan, "Excerpts From President's Address", (discurso durante la celebración de una cena organizada por "Nicaraguan Refugee Fund", organización simpatizante de la contra, en Washington D.C., 15 abril 1985), *The New York Times*, 16 abril 1985, p. A8; "Nicaragua", Radio Address to the Nation, 8 junio 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 21 (24): pp. 765-766, (P.K. & N.S.A., nº 02500); "Assistance for Nicaraguan Democratic Resistance", Message to the Congress, 25 febrero 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 266-271, (P.K. & N.S.A., nº 02677); "Aid to the Contras", Radio Address to the Nation, 8 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp.325-328, (P.K. & N.S.A., nº 02696); "Nicaragua", Televised Address to the Nation, 16 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 371-375, (P.K. & N.S.A., nº 02710); "Transcript of the President's Speech", *The New York Times*, 17 marzo 1986, p. A12. "Aid to the Contras", Message to the Congress, 19 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 391-393, (P.K. & N.S.A., nº 02721); "Aid to the Contras", Remarks at a White House Reception for Private Sector Supporters, 21 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 397-398, (P.K. & N.S.A., nº 02727); "Aid to the Contras", Radio Address to the Nation, 22 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 403-404, (P.K. & N.S.A., nº 02728); y "Remarks by the President to Supporters of Contra Aid". The White House. Office of the Press Secretary, 16 junio 1986, (P.K. & N.S.A., nº 02811).

A pesar de este extraordinario esfuerzo propagandístico del gobierno estadounidense y en contraste con las afirmaciones del subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Elliot Abrams, de que, frente *"al formidable y bien establecido aparato de propaganda soviético-cubano-nicaragüense, los resultados de la "Public Diplomacy" norteamericana son claramente visibles"*²²⁸, las conclusiones más realistas -derivadas tanto de las encuestas como de la oposición pública de numerosos sectores del pueblo norteamericano a la actuación de su gobierno en Nicaragua- apuntan a que las campañas de "Public Diplomacy" no alcanzaron los objetivos de que la opinión pública aprobara la política de la administración Reagan sobre el ejército contrarrevolucionario y de que mejorara sustancialmente la imagen negativa de este último, y sólo consiguieron éxitos parciales en cuanto a poner de su lado al Congreso²²⁹.

En todas las encuestas realizadas entre 1983 y 1988 es persistente la mayoría de quienes se oponen a la ayuda de la administración Reagan a la contrarrevolución: para Gallup, por ejemplo, un 25% la aprobaba en 1983, y un 27% en 1988 frente a un 56% que la rechazaba en 1983 y un 57% en 1988²³⁰. Con respecto al tratamiento global de la situación en Nicaragua, las diferencias eran aún mayores: en diciembre de 1986 un 64% lo rechazaba, frente a sólo un 23% que lo aprobaba²³¹.

Tres motivos se señalan para explicar el fracaso de la administración Reagan en sus intentos de ganarse a la opinión pública: el miedo a que se repitiera en Centroamérica un nuevo Vietnam, el rechazo a gastar el dinero de los contribuyentes en una causa que no se veía como fundamental para Estados Unidos y la falta de legitimidad de la contrarrevolución, como debía reconocer años después R. Hinckley, director del Centro de Dirección de Crisis y Estudios Especiales en el NSC entre 1983 y 1985: *"el hecho decisivo para la opinión pública fue que los contras no disfrutaban de legitimidad ante el público norteamericano"*²³².

En cambio las tácticas persuasivas de la administración Reagan sobre el Congreso alcanzaron un triunfo relativo en 1981 y 1984 y de manera especial en 1986, en el período en que más se implicó personalmente el presidente Reagan, pero fracasaron a partir de entonces. En adelante el gobierno republicano ya no consiguió que el Congreso aprobara más ayuda militar (sí "humanitaria") para la contrarrevolución.

²²⁸ Elliot Abrams, citado en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., p. 8.

²²⁹ Según Otto Reich, la Oficina de Diplomacia Pública para América Latina y el Caribe tuvo como principal objetivo convencer al Congreso para que apoyara las políticas de la administración Reagan en América Central: véase Otto Reich, "Public Diplomacy: Seeking Public Support for Contra Aid Policy", en Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy*, op. cit., p. 157.

²³⁰ Richard Sobel, "Public Opinion about U.S. Intervention in Nicaragua: A Polling Addendum", *Ibid.*, p. 64.

²³¹ William M. LeoGrande, "The Controversy over Contra Aid, 1981-1990: A Historical Narrative", *Ibid.*, p. 45.

²³² Ronald Hinckley, "Public Diplomacy: Seeking Public Support for Contra Aid Policy", *Ibid.*, pp. 160-161.

Además, como plantean K. Larry Storrs y Nina Serafino, del Servicio de Investigación del Congreso, en las votaciones sobre apoyar o no a la contrarrevolución influyeron -aparte de las presiones del gobierno- otros factores como la propia percepción del Congreso sobre el régimen sandinista (al que la mayoría se oponía), sobre la contrarrevolución y sobre las posibilidades de salidas políticas al conflicto²³³. E influyó de manera sobresaliente uno de los factores claves de la política norteamericana en todo momento: el entendimiento-enfrentamiento entre el Legislativo y el Ejecutivo, dependiendo del hecho de que el Partido Demócrata controlara o no las dos Cámaras. Hasta diciembre de 1986 los demócratas tenían mayoría sólo en la Cámara de Representantes; a partir de ese momento controlaron también el Senado, lo que les proporcionaba una gran capacidad no sólo para rechazar algunas de las propuestas de la administración republicana, sino incluso cierta autonomía para desarrollar iniciativas propias en política exterior en relación a Nicaragua y América Central, como haría el speaker Jim Wright en 1987 y 1988²³⁴.

V.3.4.4. El peso de las sanciones económicas

Según Conroy la Guerra de Baja Intensidad *"puede entenderse mejor desde la perspectiva de su impacto en una economía cada vez más vulnerable"* como la nicaragüense, *"antes que como un esfuerzo predominantemente militar diseñado para derrocar a los sandinistas"*²³⁵. La política de presiones y sanciones económicas de Estados Unidos reforzó en cualquier caso su estrategia general de desgaste de la revolución nicaragüense.

La utilización de presiones económicas contra regímenes considerados hostiles no era tampoco un arma nueva en el arsenal de Washington. Brasil en los años 60, Perú, Bolivia y Argentina en los 70, Jamaica y Panamá en los 80 soportaron el acoso económico de Estados Unidos. Fueron la Cuba revolucionaria y el Chile democrático de Salvador Allende los regímenes contra los que Estados Unidos desplegó con mayor intensidad un amplio repertorio de medidas destinadas a debilitar la economía de esos dos países, con cuyas experiencias de revolución y progreso el gobierno sandinista mostraba simpatías y coincidencias.

Ya en 1980, antes de llegar Ronald Reagan a la presidencia, el citado informe de la Heritage Foundation preconizaba la agresión económica contra la Nicaragua revolucionaria. *"La adhesión de los trabajadores nicaragüenses al movimiento revolucionario -sostenía dicho informe- se debilitará en cuanto la economía se deteriore... Ya hay indicios de un creciente apoyo a tomar las armas para derrocar*

²³³ K. Larry Storrs, y Nina Serafino, "The Reagan Administration's Efforts to Gain Support for Contra Aid", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., pp. 142-149.

²³⁴ Robert A. Pastor, "The War Between the Branches: Explaining U.S. Policy Toward Nicaragua, 1979-1989", en Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy*, op. cit., pp. 221-240.

²³⁵ Michel E. Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Warfare", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., pp. 57-58.

*al gobierno sandinista; este apoyo puede crecer, cuando surjan nuevos problemas económicos... La escasez económica puede, al menos, provocar desórdenes civiles hacia finales de la presente cosecha (primavera del 81)"*²³⁶.

De forma similar en enero de 1984 el Informe de la Comisión Kissinger amenazaba a los sandinistas con sanciones económicas: *"Nicaragua debe saber que la fuerza siempre queda como última instancia... Por supuesto disponemos de medidas no militares, que no se han tomado como, por ejemplo, las restricciones económicas y la reducción del contacto diplomático"*²³⁷.

En realidad la Comisión Kissinger estaba planteando el incremento de las restricciones económicas, pues algunas ya habían sido aplicadas para entonces, como describiré más adelante.

Al provocar el descontento popular con sus "restricciones económicas", la administración Reagan perseguía objetivos de largo alcance como desacreditar el modelo de economía mixta iniciado por los sandinistas, minar por dentro la experiencia revolucionaria, y conseguir así que la mayoría del pueblo se enfrentara al gobierno sandinista para apartarlo del poder²³⁸.

La agresión económica desarrollada por Washington contra Managua siguió en líneas generales el modelo de intervención que el economista chileno Pedro Vuskovic había planteado al analizar actuaciones similares anteriores de Estados Unidos en América Latina. Un progresivo programa de desestabilización se completaba en una etapa posterior con una agresión abierta, pública y total que se traducían en un embargo económico²³⁹. Entre 1981 y 1989 la administración Reagan siguió ese modelo también en Nicaragua.

El gobierno republicano de Reagan, en sus primeros meses de ejercicio en 1981, suspendió la ayuda bilateral a Nicaragua, canceló el desembolso de los últimos 15 millones de dólares del paquete de 75 millones aprobado durante la administración demócrata de Carter, y anuló la entrega de otros nueve millones de dólares de una línea de crédito para comprar trigo²⁴⁰.

²³⁶ Cleto di Giovanni, Jr., "U.S. Policy and the Marxist Threat to Central America", *Heritage Foundation Backgrounder*, n° 128, 15 octubre 1980, pp. 3-5, citado en Tom Barry, y Deb Preusch, *The Central America Fact Book*, op. cit., pp. 286 y 298.

²³⁷ Comisión Kissinger, *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, op. cit., p. 158.

²³⁸ Véanse Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., pp. 171-175; y William I. Robinson, y Kent Norsworthy, *David and Goliath*, op. cit., pp. 145-155.

²³⁹ Pedro Vuskovic, "La desestabilización económica: arma agresiva del imperialismo", *El Nuevo Diario*, 4 junio 1981, pp. 3B y 5B.

²⁴⁰ Véanse Juan de Onis, "U.S. Halts Nicaragua Aid Over Help for Guerrillas", *The New York Times*, 23 enero 1981, p. A3; Juan de Onis, "Wheat Sale to Nicaragua Delayed", *The New York Times*, 11 febrero 1981, p. A4; y Associated Press, "Helms Says Administration Has Cut Off Nicaraguan Aid", *The New York Times*, 2 marzo 1981, p. A5; y "U.S. Halts Economic Aid to Nicaragua", *The New York Times*, 2 abril 1981, p. A3.

La administración Reagan presionó a bancos privados²⁴¹ y a organismos financieros multilaterales para que no concedieran préstamos a Nicaragua, consiguiendo no solo que el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial bloquearan fondos destinados a proyectos sociales y productivos en Nicaragua por un valor de 390 millones de dólares²⁴², sino también que dichos organismos no concedieran ni un solo crédito más a Nicaragua a partir de 1983²⁴³, fecha en que la administración Reagan anunció que votaría en contra de todos los préstamos de los organismos financieros multilaterales a Nicaragua²⁴⁴.

Aunque en algunos momentos el gobierno estadounidense citó motivos económicos para rechazar la concesión de esos créditos a Nicaragua, no vaciló tampoco en basarse en argumentos políticos para justificar su oposición, como puede verse en la carta enviada por el secretario de Estado George Shultz al presidente del BID, Antonio Ortiz Mena, en enero de 1981. *"Estamos preocupados -asegura Shultz- por la posible mala utilización de este préstamo (58 millones de dólares para asistencia agrícola) por parte de Nicaragua. Como Usted es consciente, el dinero es fungible. Y el préstamo del BID podría servir para aliviar las presiones financieras del gobierno de Nicaragua y dejar libres otras partidas que podrían ser utilizadas para consolidar el régimen marxista y financiar la agresión de Nicaragua a sus vecinos, que son miembros con una buena relación con el BID"*²⁴⁵.

Con los mismos fines pero con resultados contradictorios el Departamento de Estado intentó en enero de 1984 convencer a los países de la Comunidad Europea para que excluyeran a Nicaragua de la ayuda económica que iban a conceder a Centroamérica. *"Urgimos enérgicamente a que la asistencia a esa región no tenga como consecuencia el incremento de la ayuda económica o el apoyo político a los sandinistas"*, planteaba en su misiva el Departamento de Estado²⁴⁶. En América Latina México sufrió presiones similares para que redujera su apoyo al gobierno sandinista, según recoge una decisión de seguridad nacional firmada por el presidente Reagan²⁴⁷.

²⁴¹ La influencia de Estados Unidos fue un factor decisivo para que la banca privada concediera créditos a Nicaragua sólo por un valor de 13 millones de dólares entre 1979 y 1983. Véase Tom Barry, y Deb Preusch, *The Soft War: The Uses and Abuses of U.S. Economic Aid in Central America*, New York: Grove Press, 1988, p. 218.

²⁴² Charles Schotta, "U.S. Votes on Loans to Nicaragua". Memorandum to Donald T. Regan. United States Department of Treasury, 1 julio 1983, (P.K. & N.S.A., nº 01748). En este memorandum de Charles Schotta, vicesecretario del Tesoro a Donald T. Regan, secretario del Tesoro, se afirma que el Departamento del Tesoro ejerció cinco veces su poder de veto en el Banco Inter-Americano de Desarrollo y en el Banco Mundial entre enero de 1982 y julio de 1983, para bloquear préstamos a Nicaragua.

²⁴³ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 114-115.

²⁴⁴ Michael E. Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Warfare", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., p. 71.

²⁴⁵ George P. Schultz, "Letter to Antonio Ortiz Mena, President of the Inter-American Development Bank". United States Department of State, Office of the Secretary, 30 enero 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02353).

²⁴⁶ *The Washington Post*, 30 julio 1984, citado en Peter Kornbluh, *Nicaragua: The Price of Intervention*, op. cit., p. 118.

²⁴⁷ Directiva de Seguridad Nacional 124, citada en Peter Kornbluh, "The U.S. Role in the Counterrevolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution*, op. cit., p. 327.

Las restricciones comerciales iniciadas por Washington en 1983 con el recorte de un 90% de la importación de azúcar y con el cierre de consulados en Estados Unidos se completaron con el embargo comercial impuesto a Nicaragua en mayo de 1985 con la "convinciente" argumentación de que *"las actividades de Nicaragua representan una grave amenaza para la seguridad y la política exterior de Estados Unidos"*²⁴⁸.

Según el presidente Reagan esas "actividades agresivas" consistían en *"los continuados esfuerzos de Nicaragua para provocar la subversión en los países vecinos, su rápida y desestabilizadora militarización, sus estrechos vínculos militares con Cuba y la Unión Soviética, y la imposición de un régimen totalitario y comunista..., esa peligrosa tendencia ha sido confirmada por la actual visita del presidente Ortega a Moscú"*²⁴⁹.

Pero sin duda las consecuencias más graves para la economía de Nicaragua provinieron de las agresiones militares ejecutadas directamente por Estados Unidos (y calificadas como tal por la sentencia de la Corte Internacional de Justicia en 1986)²⁵⁰, y muy en especial de la guerra desatada por la contrarrevolución *"entrenada, armada, equipada, financiada y abastecida"* por Estados Unidos, como recuerda la misma sentencia de la CIJ²⁵¹. Sería precisamente en este terreno, el económico, donde la estrategia contrarrevolucionaria obtendría algunos de sus éxitos más notables, que con el tiempo habrían de contribuir a la pérdida del poder por parte sandinista²⁵².

El desvío de algunos de los mejores recursos humanos y de importantes recursos financieros de los sectores productivos y sociales a la defensa, la destrucción directa de infraestructuras básicas, el declive de la producción y el daño al comercio son algunas de las consecuencias inmediatas de la guerra contrarrevolucionaria en lo económico²⁵³.

²⁴⁸ Ronald W. Reagan. "To the Congress of the United States", (declaración del embargo contra Nicaragua). The White House, Office of the Press Secretary, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02464).

²⁴⁹ *Ibidem*.

²⁵⁰ La Corte Internacional de Justicia de La Haya calificó de *"agresión militar"* a los ataques a Puerto Sandino el 13 de septiembre y el 14 de octubre de 1983, a Corinto el 10 de octubre del mismo año, a la base naval de Potosí los días 4 y 5 de enero de 1984, a San Juan del Sur el 7 de marzo de 1984, a Puerto Sandino el 23 y el 30 de marzo de 1984, (todas ellas, ciudades ubicadas en la costa del Océano Pacífico, a San Juan del Norte (en el Caribe) el 9 de abril de 1984, así como la instalación de minas en las aguas territoriales de Nicaragua durante los primeros meses de 1984: véase International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities In and Against Nicaragua. (Nicaragua v. United States of America)", *International Legal Materials*, op. cit., pp. 146-147.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 146.

²⁵² Las pérdidas directas ocasionadas por la guerra fueron valoradas por un equipo de ex-asesores económicos del gobierno de Nicaragua en 1997, 9 millones de dólares: véase INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 115.

²⁵³ Véanse E.V.K. FitzGerald, "Una evaluación de los costos económicos de la agresión estadounidense para Nicaragua: 1980-1984", en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp. 238-260; Paul Oquist, "Finalmente ¿quién tuvo la culpa de la derrota electoral?", *Envío*, nº 128, op. cit., p. 29; y Michel E. Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Warfare", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., pp. 57-79.

El impacto humano y social de la misma es asimismo muy fuerte: a la tragedia de los muertos, heridos, huérfanos, refugiados y desplazados por la guerra hay que añadir las consecuencias negativas del congelamiento de las partidas destinadas a los rubros sociales con la consiguiente reducción de los servicios de salud, educación y bienestar social, áreas en las que la revolución había conseguido avances considerables en los primeros años.

Como señalan Robinson y Norsworthy, la estrategia de la guerra contrarrevolucionaria *"tuvo efectos devastadores en el país con repercusiones en todos los aspectos de la vida, afectando a todos los indicadores sociales y económicos"*²⁵⁴.

Un documento interno del Departamento de Estado reconocía como logro el impacto negativo de las actividades de la contrarrevolución sobre la economía nicaragüense: *"La FDN (Fuerza Democrática Nicaragüense) ha obligado al gobierno de Nicaragua a dedicar un creciente porcentaje de su presupuesto (en torno al 50% en 1985) a la defensa. La necesidad de mantener las mayores estructuras de defensa en América Latina ha producido un déficit y una tasa de inflación estimada en un 300% en 1985. El PIB ha caído durante cuatro años"*²⁵⁵.

En algunos momentos analistas y actores directos -de ambos bandos- del conflicto nicaragüense llegaron a plantear que las medidas de acoso económico contra la revolución afectaban más a la credibilidad de Estados Unidos que al gobierno sandinista, que éste las podía utilizar como pretexto para justificar su incapacidad de solucionar la crisis económica, y que en definitiva habían sido un error de Washington²⁵⁶.

Pero aunque resulte ahora imposible adivinar cómo hubiera podido desarrollarse la revolución en ausencia de las presiones económicas norteamericanas y de la guerra, los efectos negativos de su combinación, evaluados en más de 17.000 millones de

²⁵⁴ William I. Robinson, y Kent Norsworthy, *David and Goliath*, op. cit., p. 151.

²⁵⁵ Evangeline Monroe, "The Military Dimension of the Nicaraguan Resistance". Memorandum from Evangeline Monroe (U.S. Department of State. Bureau of Intelligence and Research) to Luigi R. Einaudi (U.S. Department of State. Bureau of Inter-American Affairs), 6 marzo 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02693.).

²⁵⁶ Para Alejandro Martínez Cuenca, ministro sandinista de Comercio Exterior, el embargo *"no nos ha perjudicado políticamente. Al contrario, nos favorece, porque deja claro que el agresor es Estados Unidos"* (*Los Angeles Times*, 12 junio 1985, citado en E. Bradford Burns, *At War in Nicaragua*, op. cit., pp. 32-33). En un documento de la General Accounting Office de Estados Unidos se reconoce que *"las sanciones económicas de Estados Unidos y su ayuda a los contras han dado a los sandinistas un pretexto para justificar sus fracasos en la economía"* ("Nicaragua: Country Summary", United States. General Accounting Office, 1988, (P.K. & N.S.A., n° 03053). Mary Vanderlaan, crítica de la política de la administración Reagan en Nicaragua, admite que las presiones económicas *"causaron sufrimientos y tensiones sociales"*, pero señala con excesiva indulgencia que *"en los círculos internacionales y en Nicaragua la culpa de las distorsiones económicas recayó generalmente más en Estados Unidos que en Nicaragua"*, (Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy*, op. cit., p.175). Para William Ratliff, del Hoover Center de la Universidad de Stanford, y para el ex-mayor sandinista, huido a Estados Unidos, Roger Miranda, el embargo económico fue uno de los principales errores de la administración Reagan y *"un regalo propagandístico"* para los sandinistas (Roger Miranda, y William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua*, op. cit., p. 162).

dólares por el gobierno sandinista²⁵⁷ consiguieron deteriorar gravísimamente no solo la economía sino también la confianza del pueblo en la revolución, como reconoce Paul Oquist, asesor del presidente Ortega, al analizar las causas de la derrota electoral de 1990²⁵⁸.

En conclusión, las "*restricciones económicas*" preconizadas por el Informe Kissinger y puestas en práctica por las administraciones Reagan y Bush fueron uno de los factores claves que contribuyeron a la victoria política (no militar) de la oposición al sandinismo, y por ello, hasta cierto punto, también al triunfo norteamericano.

V.3.4.5. Cerco centroamericano a Nicaragua

Otro de los frentes que la administración Reagan levantó contra la revolución sandinista fue el diplomático: ayudó, amenazó y sancionó a los países centroamericanos, teniendo en cuenta el apoyo que éstos brindaban o no a su política nicaragüense; se opuso a los esfuerzos negociadores y de mediación de Contadora y Esquipulas; y cuando inició negociaciones directas con el gobierno sandinista, lo hizo de forma contradictoria al principio de la revolución, en el caso del intento del subsecretario de Estado Thomas Enders, o con objetivos meramente oportunistas de política interna estadounidense, como en las conversaciones de Manzanillo (México) en 1984.

En América Central el gobierno norteamericano intentó crear un "cordón sanitario" para aislar política, diplomática y económicamente a la Nicaragua sandinista. No siempre lo consiguió. Y al final de su mandato el presidente Reagan debió contemplar con incredulidad cómo los países centroamericanos planteaban una solución negociada que, aunque dirigida de manera específica a Nicaragua, terminaría afectando a todos los conflictos en curso en aquellos momentos en la región.

La concesión de ayuda económica y militar fue uno de los recursos principales con los que Washington intentó que los países de América Central se plegaran a su política de desestabilización de Nicaragua²⁵⁹. Nunca antes en su historia conjunta de

²⁵⁷ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 16.

²⁵⁸ Paul Oquist, "Finalmente ¿quién tuvo la culpa de la derrota electoral?", en *Envío*, n° 128, julio 1992, p. 26-48

²⁵⁹ Véase District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., pp.3-4. En este documento clave presentado por el Tribunal de Justicia del distrito de Columbia en el juicio contra Oliver North queda constancia tanto de las discusiones del gobierno norteamericano sobre incentivos-presiones a países centroamericanos, como de la materialización de las mismas. "*El 25 de junio -se lee en las páginas citadas arriba- el Grupo de Planificación de Seguridad Nacional ("NSPG"), que incluía al presidente Reagan, al vicepresidente Bush, al secretario de Estado Shultz, al secretario de Defensa Weinberger, al director de la Central de Inteligencia Casey, a la embajadora en la ONU Kirkpatrick, al jefe del Estado Mayor Conjunto Vessey, al almirante Moreau, y a los consejeros de la Presidencia Meese, McFarlane y Almirante Poindexter (entre otros), discutió la financiación de la Resistencia a través de un tercer país. El director Casey señaló que la CIA consideraba a El Salvador, Guatemala, Honduras y a un país de América del Sur como posibles fuentes de apoyo para la Resistencia. Casey sugirió que el gobierno de Estados Unidos suministrara a Honduras y Costa Rica un incremento en la ayuda económica como un incentivo para que apoyaran a la Resistencia*". Más adelante en este mismo documento (páginas 29-30) se constata que: "*A mediados de diciembre de 1985 el coronel North y el*

relaciones, Estados Unidos había proporcionado a esos países ayuda en los niveles en que lo hizo durante la década de los 80²⁶⁰. Como afirma John H. Coatsworth, "ningún gobierno de Estados Unidos ha dedicado tantos recursos... a Centroamérica, como lo hizo la administración Reagan entre 1981 y 1989"²⁶¹.

Si dicha ayuda perseguía, en El Salvador, el objetivo prioritario de impedir el triunfo de la guerrilla del FMLN, en los casos de Honduras y Costa Rica estaba vinculada al papel asignado a estos dos países por la estrategia norteamericana contra Nicaragua.

Honduras fue convertida en el centro neurálgico desde el que Estados Unidos promovió acciones militares contra el gobierno sandinista a través del ejército contrarrevolucionario de la Resistencia Nicaragüense (RN), que operaba desde territorio hondureño con el consentimiento y en ocasiones con el apoyo directo de las fuerzas armadas hondureñas²⁶². En Honduras, como he señalado anteriormente, el propio ejército norteamericano desarrolló numerosas maniobras militares con los objetivos de enviar un mensaje intimidatorio a los sandinistas sobre la firme determinación de Washington de hacer frente a la supuesta amenaza de expansión comunista en América Central, y de mantener al gobierno sandinista en un grado de alta tensión con el desgaste consiguiente²⁶³.

A cambio de esto la administración Reagan concedió a Honduras una considerable ayuda económica y militar²⁶⁴. Cuando el gobierno hondureño (el de Suazo Córdova

*almirante Poindexter visitaron Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Panamá y Honduras para urgir a estos países a que facilitaran apoyo continuado a la Resistencia armada. El almirante Poindexter les aseguró que el gobierno de Estados Unidos estaba comprometido a ayudar a las fuerzas armadas de estos países". En el citado Informe Final del fiscal independiente Walsh sobre el escándalo Irán-Contra se afirma que "hay pocas dudas, a partir de la documentación disponible de que en sus tratos con los países de Centroamérica, la Administración, incluido el Presidente, advirtieron a los líderes políticos y militares de estos países, que dependían de la ayuda norteamericana, y que el apoyo a los contras era una condición tácita para la continuación de la ayuda financiera y de otro tipo". (Lawrence E. Walsh, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., p.450).*

²⁶⁰ La ayuda (económica y militar) ascendió a 7570,8 millones de dólares entre 1980 y 1989, según datos oficiales de la AID, citados en Jose Antonio Sanahuja, *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990: ¿Ayuda económica o seguridad nacional?*, Hegoa: Bilbao, 1992, p. 63.

²⁶¹ John H. Coatsworth, *Central America and the Colossus*, op. cit., p. 203.

²⁶² Sobre la presencia de la contrarrevolución en Honduras, véanse las obras ya citadas de los periodistas Christopher Dickey (Washington Post), *With the Contras*; Stephen Kinzer (New York Times), *Blood of the Brothers*; Sam Dillon (Miami Herald), *Comandos*; y Glenn Garvin (Washington Times), *Everybody had His Own Gringo*.

²⁶³ El ensayo más completo y pormenorizado sobre las relaciones de Honduras con Estados Unidos durante los años 80 se halla en Donald E. Schulz, y Deborah Sundloff Schulz, *The United States, Honduras and the Crisis in Central America*, Boulder: Westview Press, 1994. Aproximaciones más generales a esa realidad se encuentran en Tom Barry, y Deb Preusch, *The Central America Fact Book*, op. cit.; y Tom Barry, y Kent Norsworthy, *Honduras: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990. Una descripción útil de la presencia y actividades norteamericanas en Honduras en los primeros años del conflicto centroamericano se puede examinar en Central American Historical Institute Intercultural Center, *From Banana Cases to Contra Bases. A Chronology of US-Honduran Relations, January 1977 to July 1986*, Washington: Georgetown University, mimeo., 1986.

²⁶⁴ La ayuda de Estados Unidos a Honduras ascendió a 1592,2 millones de dólares entre 1980 y 1989 (1150,4 millones en ayuda económica y 441,8 millones en ayuda militar): véase Jose Antonio Sanahuja, *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990*, op. cit., p. 64. Compárese la ayuda militar de esa década con los 30,4 millones de dólares concedidos entre 1946 y 1980 (Tom Barry, *Central America Inside Out*, op. cit., p. 231).

en concreto) y el alto mando del ejército (cuando era jefe del mismo el general López Reyes) pusieron obstáculos para colaborar con la contra (exigían un precio mayor a cambio de sus servicios), algunas de las principales personalidades del gobierno norteamericano, -el subsecretario Abrams, el general Colin Powell, entonces consejero de Seguridad Nacional, el vicepresidente Bush y el presidente Reagan- se apresuraron a prometer más ayuda o amenazaron con retirarla si el apoyo a la contra no se mantenía, como recogen el Informe Walsh, el citado documento del Tribunal de Justicia del Distrito de Columbia, presentado en el juicio contra el coronel Oliver North, y varios documentos internos del gobierno norteamericano²⁶⁵.

Costa Rica jugó un papel en parte similar y en parte diferente en la política de cerco en torno a Nicaragua. Similar porque también en su territorio el gobierno estadounidense intentó crear un frente ("Frente Sur") de la contrarrevolución armada²⁶⁶ (ligado aquí durante algún tiempo al grupo ARDE de Edén Pastora), y porque además, con el consentimiento del gobierno Monge y pese a la formal y pública declaración de neutralidad de éste, construyó y utilizó el aeropuerto de Santa Elena cercano a la frontera con Nicaragua, como base de aprovisionamiento logístico para el ejército contrarrevolucionario²⁶⁷.

²⁶⁵ El Informe Final del fiscal independiente Walsh acerca del Iran-Contra deja establecido que "durante 1985 y principios de 1986, se les pidió al Presidente y a otros funcionarios de la Administración que enviaran numerosos mensajes a algunos países de Centroamérica, para que apoyaran a los contras, recordándoles la importancia de sus relaciones de seguridad y de ayuda con Estados Unidos. El Presidente personalmente participó en este tipo de actividades en relación a Honduras en febrero, abril y mayo de 1985, y en marzo de 1986. El ejemplo más gráfico de esto fue una llamada telefónica de Reagan, el 25 de abril de 1985, al presidente de Honduras, Roberto Suazo Córdova, en la cual Reagan pidió a Suazo que persuadiera a los jefes militares hondureños para que dejaran libre un cargamento de armas destinado a los contras que había sido confiscado por el ejército", (Lawrence E. Walsh, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., pp. 449-450). En un memorandum de Robert McFarlane, consejero de Seguridad Nacional, a Reagan para preparar una reunión de éste con el presidente Suazo, McFarlane le recuerda al presidente Reagan que "sin hacer la vinculación demasiado explícita, sería útil advertir a Suazo que en correspondencia por nuestra ayuda -en forma de seguridad y apoyo económico- esperamos su cooperación para conseguir nuestros objetivos comunes", ("Memorandum from McFarlane", Re: "Meeting with Honduran President Suazo", 21 mayo 1985, citado en Lawrence E. Walsh, *Iran-Contra: The Final Report*, op. cit., p. 450). Véase también Robert McFarlane, "Approach to the Hondurans regarding the Nicaraguan Resistance". Secret Action Memorandum for the President, 19 febrero 1985, reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., pp. 83-84. Véanse asimismo los párrafos 51-58, 61-63, 68-71, 75-79, 83, 89-92, y 100 del documento presentado en el juicio contra North: District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., pp. 20-23, 25-26, 28-33, 35-37, y 39-40.

²⁶⁶ El Informe de los Comités del Congreso sobre el Irán Contra afirma: "En julio de 1985, North pidió a Lewis Tambs, el recién nombrado embajador en Costa Rica, ayuda para abrir un Frente Sur para los contras": véase Daniel K. Inouye, y Lee H. Hamilton, *Report of The Congressional Committees investigating the Iran-Contra Affair*, op. cit., p. 63.

²⁶⁷ CIA Office of the Inspector General, "Interview with Joe Fernández" (jefe de la oficina de la CIA en Costa Rica), p. 3, 24 enero 1986, Executive Registry 8828 OIC-183, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., p. 156. En esta entrevista Fernández declara lo siguiente: "A finales de verano o principios de otoño (1985) Tambs se entrevista con el presidente Monge. Consigue un compromiso de que, si la Resistencia pudiera verse forzada a entrar en Nicaragua, Costa Rica apoyaría clandestinamente el suministro logístico (a los contras). Monge percibía que esto disminuiría los riesgos para la neutralidad de Costa Rica..., Piza (ministro de Seguridad de Costa Rica) fue encargado de hacerse cargo de los detalles del apoyo logístico". Unos meses después el gobierno norteamericano agradeció a Piza los servicios prestados, concediéndole una entrevista -foto incluida- con el presidente Reagan. En el memorandum del consejero de Seguridad Nacional, John M. Poindexter, en que se detallaba la agenda del encuentro, se puede leer: "El ministro de Seguridad Piza ha sido muy útil al ayudarnos a organizar un Frente Sur de oposición a los sandinistas. Ha mediado ante el presidente Monge en numerosas ocasiones y personalmente ha colaborado en el desarrollo de una base de apoyo logístico de las fuerzas de la Unidad Nicaragüense Opositora (UNO), estacionadas en el norte de Costa Rica", (John M. Poindexter, "Meeting with

Y diferente, porque Costa Rica -el país centroamericano con un sistema democrático parlamentario consolidado- desempeñó un papel más político al ser utilizado por la administración Reagan para alertar sobre el supuesto expansionismo del régimen "no democrático" de Managua, aprovechando los incidentes fronterizos entre el ejército nicaragüense y los grupos armados contrarrevolucionarios situados en territorio costarricense para desacreditar a los sandinistas y demostrar su carácter agresor, como recoge un documento secreto del departamento de Estado: *"Nuestra ayuda y nuestros posicionamientos en público y en privado pueden contribuir a que Costa Rica sea vista como la víctima de la agresión de Nicaragua... En términos de relaciones públicas, los últimos ataques podrían fortalecer nuestra posición: presentan al gobierno de Nicaragua como un estado agresor y militarista, cuyos dirigentes están dispuestos a dejar de lado la legalidad para intimidar a un vecino más débil; (los ataques) refuerzan nuestra posición en el Congreso sobre la necesidad de detener a los sandinistas, (y) demuestran por qué debemos ayudar a los contras. Costa Rica, la parte agraviada, tiene una imagen extraordinaria, y su compromiso con la democracia y con la paz regional no es puesto en tela de juicio por nadie... Esos incidentes deben ayudarnos a reforzar nuestras posiciones en Europa y en América Latina, donde estamos realizando grandes esfuerzos diplomáticos y psicológicos para ganar apoyo para nuestra política"*. De forma cínica en la cronología anexa a este documento el propio Departamento de Estado deja claro que siete de los once incidentes fronterizos fueron iniciados o protagonizados por los contras²⁶⁸.

Mientras Costa Rica secundó la estrategia de Washington -seguida con cierto entusiasmo por el gobierno de Alberto Monge-, la colaboración económica -e incluso militar en un país sin ejército- fluyó sin problemas y las relaciones fueron estrechas²⁶⁹. Pero cuando el presidente Arias en 1986 cerró el aeropuerto de Santa

Costa Rican Security Minister Benjamín Piza and Talking Points", White House, 17 marzo 1986, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., p. 173).

²⁶⁸ U.S. Department of State, "U.S. Response to Costa Rica's Urgent Request For Security Assistance", First Draft, 5 mayo 1984, documento reproducido en Marc Edelman, y Joanne Kenen (eds.), *The Costa Rica Reader*, New York: Grove Weidenfeld, 1989, pp. 278-290.

²⁶⁹ Por ejemplo, el Estado norteamericano admitía como un hecho lo siguiente: *"En agosto de 1985, el presidente Monge de Costa Rica indicó a funcionarios estadounidenses que estaría dispuesto a suministrar asistencia a la Resistencia, si el gobierno de los Estados Unidos contribuía a financiar cierta operación en Costa Rica. Los funcionarios norteamericanos concluyeron que la operación podía ser financiada, si el presidente Monge realizaba algunas actividades para apoyar a la Resistencia"*, (District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., pp. 27-28). La ayuda total de Estados Unidos a Costa Rica durante los años de la presidencia de Monge ascendió a 779, 5 millones de dólares, la cifra más elevada en la historia de sus relaciones. En ese período la ayuda militar se elevó a 27, 5 millones de dólares frente a los 3, 8 millones durante el mandato del presidente Arias: véase Jose Antonio Sanahuja, *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990: ¿Ayuda económica o seguridad nacional?*, op. cit., p. 64. La descripción más detallada de las relaciones entre Estados Unidos y Costa Rica durante los mandatos de Monge y Arias se encuentra en Martha Honey, *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*, Gainesville: University Press of Florida, 1994.

Elena, e impidió a la contrarrevolución seguir actuando desde Costa Rica, y de manera especial cuando promovió el plan de paz para la región que terminó siendo aceptado, se produjeron momentos de fuertes tensiones entre los gobiernos norteamericano y costarricense, y el presidente Arias tuvo que enfrentarse a múltiples presiones de Estados Unidos e incluso al cese temporal de la ayuda económica estadounidense²⁷⁰, pese a que ambos gobiernos coincidían en un punto clave: su interés en que los sandinistas perdieran el poder.

En los distintos gobiernos de El Salvador la administración Reagan encontró durante los 80 un aliado sin fisuras en su política hacia Nicaragua, como no hubiera podido ser de otra forma, debido al fortísimo apoyo económico y militar que Estados Unidos les prestó en su guerra contra la insurgencia del FMLN²⁷¹.

²⁷⁰ En una cronología de la Central de Inteligencia de Estados Unidos sobre las actividades de su oficina en Costa Rica se hallan las siguientes afirmaciones: "*5-6 septiembre 1986: North se entera de que el nuevo ministro de Seguridad Pública (del gobierno Arias) pretende organizar una conferencia de prensa sobre el aeropuerto (de Santa Elena)... (Palabras tachadas). En un intercambio telefónico entre North, Tambs, Abrams y Fiers se decide presionar a Arias... (Palabras tachadas). La conferencia de prensa es cancelada*", (CIA, "Sequence of Events", Executive Registry 12, 447, febrero 1987, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., pp. 165-172). El contenido de las presiones lo recoge en su diario el coronel North, como las instrucciones que él mismo transmitió al embajador norteamericano Tambs en Costa Rica: "*Dile a Arias: No vas a poner los pies en la Casa Blanca. No vas a recibir ni cinco centavos de los 80 millones de dólares prometidos...*", (Oliver North, "Notebook Entries", 6 septiembre 1986, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., p. 179). En el documento presentado en el juicio contra Oliver North en el Tribunal de Justicia del Distrito de Columbia el Estado norteamericano reconoce que "*en septiembre de 1986 el coronel North anunció al almirante Poindexter que Garrón, ministro del Interior de Costa Rica, había dado a conocer públicamente la existencia del aeropuerto de Santa Elena. North manifestó que el presidente Arias de Costa Rica había roto el entendimiento con el gobierno de Estados Unidos. El vicesecretario de Estado Abrams y el secretario de Estado Shultz querían cancelar el anunciado encuentro de Arias con el presidente Reagan, y sustituir dicha entrevista por otra con el presidente Cerezo de Guatemala. El almirante Poindexter estuvo de acuerdo*", (District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., p. 41). Martha Honey describe detalladamente las "acciones hostiles" de Estados Unidos contra Arias: suspensión temporal de la ayuda de la AID entre febrero y agosto de 1987, sustitución, en abril de 1988, de Guido Fernández, embajador costarricense en Washington, bloqueo de préstamos en bancos internacionales, corte de exportaciones a Estados Unidos, retraso de casi un año en nombrar un nuevo embajador norteamericano en San José, y cese forzado de John Biehl, amigo personal y asesor chileno de Arias, acusado de posiciones antinorteamericanas, y "*uno de los principales arquitectos*" del plan de paz del presidente Arias. Uno de los momentos más tensos se produjo en el encuentro de Arias con Reagan en la Casa Blanca en junio de 1987, durante el cual el presidente costarricense se pronunció en contra de la política de apoyo de la administración Reagan a la Resistencia Nicaragüense: véase Martha Honey, *Hostile Acts*, op. cit., pp. 489-496. Sobre las tensiones entre los gobiernos de Estados Unidos y Costa Rica véase también el artículo de James LeMoyne, "Costa Rica's Return to Neutrality Strains Its Ties With Washington", *The New York Times*, 22 marzo 1987, p. IV2.

²⁷¹ En el documento ya citado presentado en el Tribunal de Justicia del Distrito de Columbia el Estado norteamericano acepta los siguientes hechos: "*En mayo de 1986, el presidente Reagan escribió a los presidentes Duarte y Azcona, agradeciéndoles su apoyo a la Resistencia y afirmando su compromiso de obtener financiación del gobierno de Estados Unidos para la Resistencia. En la carta al presidente Duarte, el presidente Reagan anunciaba que propondría una normativa que Duarte había pedido, aumentando la participación de Estados Unidos en un acuerdo de comercio internacional que beneficiaba a El Salvador*", (District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., pp. 36-37). La ayuda bilateral de Estados Unidos a El Salvador en los ocho años de la administración Reagan ascendió a 3.180,3 millones de dólares, constituyendo la tercera contribución mayor de Estados Unidos a un país extranjero en ese tiempo: véase James Dunkerley, *The Pacification of Central America*, London: Verso, 1994, p. 145. Alrededor de 6000 soldados salvadoreños fueron entrenados en la base norteamericana denominada Escuela de Las Américas: véase Tom Barry, *Central America Inside Out*, New York: Grove Weidenfeld, 1991, p. 204.

Pese a que el presidente Duarte acusó de forma continuada a los sandinistas de apoyar a los rebeldes salvadoreños²⁷², el mismo gobierno demócrata-cristiano de Duarte no tuvo inconveniente en facilitar -a petición del coronel Oliver North del NSC- las instalaciones de la base militar de Ilopango, como uno de los puntos claves del suministro logístico del ejército contrarrevolucionario antisandinista²⁷³.

Guatemala fue el único país centroamericano que se distanció en alguna medida de la política intervencionista de Washington contra Nicaragua, al menos en lo que hace referencia a las maniobras de aislamiento en contra de este país. La menor dependencia militar de Guatemala con respecto a Estados Unidos (tanto por sus vínculos con Israel, como por su autonomía al hacer frente a la guerrilla de la URNG)²⁷⁴, y la falta de fronteras comunes con Nicaragua motivaron el diferente posicionamiento en el conflicto nicaragüense tanto de los regímenes militares guatemaltecos, como del gobierno demócrata-cristiano del presidente Vinicio Cerezo. El distanciamiento fue, sin embargo, parcial, pues, como está recogido en documentos del gobierno norteamericano, los militares guatemaltecos colaboraron en alguna ocasión en el suministro de armas a la contrarrevolución nicaragüense, y el presidente Cerezo dio su aprobación a estas actividades²⁷⁵.

V.3.4.6. Oposición a Contadora y Esquipulas

*"Cualquier acuerdo negociado simplemente ofrecerá una cobertura a la consolidación del régimen (sandinista) y dentro de dos o tres años estaremos en una situación considerablemente peor que ahora"*²⁷⁶. En estas declaraciones recogidas en un memorandum de Robert Gates, vicedirector de la CIA, a William Casey, director de la misma, se encierra la filosofía de la administración Reagan acerca de los sucesivos intentos de negociación y de solución política que en torno a los conflictos centroamericanos, y, de forma muy específica, al nicaragüense, se sucedieron desde 1983 hasta finales de los 80, impulsados desde instancias gubernamentales latinoamericanas o centroamericanas.

²⁷² "Nicaragua es la fuente del totalitarismo y de la violencia en Centroamérica, y el santuario del terrorismo", declaraba Duarte en un discurso ante el National Press Club en Washington. Citado en Gerald M. Boyd, "Duarte Says Nicaragua Helps Terrorists", *The New York Times*, 1 noviembre 1985, p. A3.

²⁷³ Oliver L. North, *Under Fire*, New York:Harper Collins, 1991, p. 254.

²⁷⁴ La ayuda militar norteamericana a Guatemala durante la administración Reagan ascendió a 18,8 millones de dólares, una cifra inferior a la proporcionada en ese tiempo a Costa Rica: véase Jose Antonio Sanahuja, *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990: ¿Ayuda económica o seguridad nacional?*, op. cit., p. 65.

²⁷⁵ Véase District Court for the District of Columbia, *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliver L. North, Defendant*, op. cit., párrafos 44, 49, 59, 104-105 y 107, pp. 16,19, 24, 41 y 42 respectivamente. Véase también Oliver L. North, "Guatemalan Aid to the Nicaraguan Resistance". Memorandum for Robert C. McFarlane, National Security Council, 5 mayo 1985; incluye ocho "Certificados de Destino Final" del Estado Mayor de la Defensa Nacional de Guatemala, según los cuales el ejército de ese país aparecía como el destinatario de partidas de armamento, que en realidad iban a parar a manos de la contrarrevolución nicaragüense. Todos los documentos están reproducidos en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., pp. 100-110.

²⁷⁶ Robert Gates, "Nicaragua". Memorandum for Director of Central Intelligence, 14 diciembre 1984, p. 3, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal*, op. cit., pp. 45-49.

La posición del gobierno norteamericano era coherente con su apuesta por una solución al "problema nicaragüense" que implicaba la derrota militar del régimen sandinista. Por tanto ninguna solución negociada tenía sentido, si no era desde una perspectiva puramente propagandística.

Y sólo por presiones internas del Congreso y también, aunque en menor medida, de los aliados europeos y de los países latinoamericanos, la administración Reagan aceptaba pública y formalmente las iniciativas del Grupo de Contadora²⁷⁷. En privado, sin embargo, el gobierno norteamericano se felicitaba por el éxito de haber conseguido que los gobiernos de El Salvador, Costa Rica y Honduras rechazaran la primera propuesta de dicho grupo²⁷⁸, la cual limitaba la presencia militar de Estados Unidos en América Central.

El convencimiento (por distintas razones que más adelante analizaré) de los propios actores -los gobiernos centroamericanos, incluido el nicaragüense- acerca de la urgente necesidad de acabar con la desestabilización bélica de la región, terminaría por dejar patente que la principal fuerza opuesta a dialogar y a concluir acuerdos de paz era la administración norteamericana.

Cuando sorpresivamente los propios gobiernos centroamericanos llegaron a un principio de entendimiento en Esquipulas (Guatemala) en agosto de 1987, el secretario de Defensa, Caspar W. Weinberger, lo criticó²⁷⁹, y el presidente Reagan calificó el acuerdo como "*un error fatal*"²⁸⁰, y en consecuencia intentó boicotearlo, al seguir haciendo campaña pública en favor de la ayuda a la contrarrevolución, actividad que el plan firmado en Esquipulas descartaba explícitamente²⁸¹.

²⁷⁷ Ronald Reagan, "Address by the President to the Nation", Office of the Press Secretary, The White House, 9 mayo 1984, (P.K. & N.S.A., n° 02092). "Nicaragua Peace Proposal". Letter to the Presidents of Colombia, Mexico, Panama, and Venezuela, 4 abril 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.: United States Government Printing Office, 21 (17), pp. 490-491, (P.K. & N.S.A., n° 02444). Véase también George Shultz, "Nicaragua: Will Democracy Prevail?", *Current Policy*, n°. 797, op. cit.

²⁷⁸ "*Hemos paralizado eficazmente los esfuerzos del Grupo Contadora para imponer un segundo borrador del Acta Revisada de Contadora. Después de intensas consultas de Estados Unidos con El Salvador, Honduras y Costa Rica, los centroamericanos presentaron un contraborrador a los estados de Contadora el 20 de octubre de 1984... (que) cambia el enfoque en Contadora hacia un documento ampliamente coincidente con los intereses de Estados Unidos... Hemos burlado los últimos esfuerzos de Nicaragua y México por conseguir la firma apresurada de un insatisfactorio acuerdo de Contadora*", se afirma en un documento del National Security Council (30 octubre 1984), filtrado a The Washington Post. Véanse extractos del documento del National Security Council, citados en Alma Guillermoprieto, y David Hoffman, "Document Describes How U.S. 'Blocked' a Contadora Treaty", *The Washington Post*, 6 noviembre 1984; el artículo está reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, op. cit., pp. 326-328.

²⁷⁹ Joel Brinkley, "Reagan, Faulting Peace Bid, Insists on New Contra Aid", *The New York Times*, 26 septiembre 1987, p. A1.

²⁸⁰ Citado en Joel Brinkley, "Reagan Adamant in Vowing to Push More Contra Aid", *The New York Times*, 8 octubre 1987, pp. A1 y A12.

²⁸¹ "*Voy a solicitar y lucharé por conseguir un paquete de 270 millones de dólares para renovar la ayuda militar y humanitaria a los 'freedom's fighters', la cual se extenderá durante 18 meses -proclamaba el presidente Reagan ante una silenciosa Asamblea de la OEA-. La ayuda continuará hasta que los sandinistas negocien con los 'freedom fighters', concluyan un acuerdo de cese el fuego y se establezca una democracia total en Nicaragua*", (Ronald Reagan, "Reagan on Contras: 'Strive and Struggle'", extractos del discurso ante la OEA, *The New York Times*, 8 octubre 1987, p. A12).

Y cuando en marzo de 1988 el gobierno sandinista y la Resistencia Nicaragüense firmaron el acuerdo de Sapoá²⁸², que supuso el principio del fin del enfrentamiento militar y abrió "*enormes expectativas de paz*"²⁸³ en el país, también el gobierno norteamericano trató de bloquear dicho compromiso, cesando a los comandantes de la Resistencia que lo habían firmado y apoyando al coronel Enrique Bermúdez que se había opuesto al mismo²⁸⁴.

Estas fueron las líneas maestras de la administración Reagan en cuanto a las posibilidades de diálogo y de solución política en Nicaragua. Acusar a los sandinistas de intransigencia y oposición a cualquier salida negociada, manifestar su propia voluntad dialogante, y al mismo tiempo obstaculizar en la práctica cualquier avance real en esa dirección²⁸⁵.

Por su parte el gobierno nicaragüense manifestó en repetidas ocasiones su disposición a mantener un diálogo directo con la administración Reagan para solucionar el enfrentamiento mutuo ²⁸⁶. Pero los esfuerzos sandinistas en esa dirección no fueron intensos, y estaban limitados por el escepticismo ante la eficacia de esa vía, dada la apuesta real del gobierno norteamericano por la involución violenta del proceso revolucionario.

Sólo en una ocasión en 1981, un sector de la administración Reagan, vinculado al Departamento de Estado y representado por el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Thomas Enders, propuso una fórmula de entendimiento entre Estados Unidos y Nicaragua, que de manera desafortunada los sandinistas rechazaron por considerarla atentatoria contra la soberanía y la dignidad del país²⁸⁷.

282 Sapoá es una pequeña población al sur de Nicaragua, en la frontera con Costa Rica, donde tuvo lugar el encuentro entre el gobierno y la Resistencia contrarrevolucionaria.

283 Xabier Gorostiaga, "La coyuntura centroamericana", *Mientras Tanto*, n° 35, octubre, 1988, p. 98.

284 Véase Donald E. Schulz, y Deborah Sundloff, *The United States, Honduras, and the Crisis in Central America*, op. cit., pp. 241-244. Véase también Sam Dillon, *Comandos: The CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, op. cit., pp. 215-217.

285 Sobre las acusaciones a Nicaragua de falta de voluntad dialogante véase Ronald W. Reagan, "Nicaragua Peace Proposal", Radio Address to the Nation, 20 abril 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 21 (17), pp. 489-490, (P.K. & N.S.A., n° 02444); "Assistance for Nicaraguan Democratic Resistance", Message to the Congress, 25 febrero 1986, *Public Papers of the Presidents*, op. cit., pp. 266-271; "Nicaragua", Radio Address to the Nation, 15 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.: United States Government Printing Office, 1: pp. 369-371, (P.K. & N.S.A., n° 02710).

Las declaraciones sobre la buena voluntad y disposición del gobierno de Estados Unidos para encontrar una solución amistosa fueron constantes. Véase Ronald Reagan, "President's News Conference on Foreign and Domestic Matters" (transcripción), *The New York Times*, 27 julio 1983, p. A10; "Nicaragua Peace Proposal". Letter to the Majority Leader of the Senate, 23 abril 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.: Government Printing Office, 21 (17): pp. 508-510, (P.K. & N.S.A., n° 02447); "Text of the Reagan Message to Congress on Foreign Policy", *The New York Times*, 15 marzo 1986, pp. A4-A5.

286 "*El diálogo se tiene que dar con los dirigentes de la contrarrevolución - sostenía el presidente Ortega en 1985 - . Y nadie, a estas alturas, duda de quiénes la dirigen. Basta preguntarse dónde se discute su financiación y se decide su futuro. Es el gobierno de los EEUU quien está al frente de esta actividad*", (Daniel Ortega, "En cualquier momento puede producirse la invasión", entrevista propia, *Tiempo*, op. cit., pp. 106-107).

287 Enders, a cambio del compromiso norteamericano de no agredir a Nicaragua, exigió, con modales poco diplomáticos y destilando arrogancia, que los sandinistas congelaran la compra de armas, redujeran el ejército y cesaran su apoyo a los insurgentes salvadoreños. Para la versión del gobierno norteamericano sobre este episodio

Años después los compromisos que el gobierno sandinista asumió en el marco de los acuerdos de Esquipulas (ningún apoyo a la guerrilla del FMLN salvadoreño, amnistía y diálogo con la contra, celebración de elecciones libres...) fueron más amplios que las exigencias de Enders en 1981.

En el rechazo de los sandinistas intervino también su falta de confianza en la sinceridad de Washington. Y en eso acertaron, pues Enders fue cesado por las presiones de los sectores más extremistas del gobierno estadounidense (J. Kirkpatrick, W. Clerck, C. Menges...) que se oponían a cualquier tipo de acuerdo con los sandinistas que no fuera su rendición incondicional²⁸⁸.

En 1982 tuvo lugar un nuevo intercambio de puntos de discusión entre ambos gobiernos, como base de partida para una posible negociación. Estados Unidos exigía a Nicaragua no adquirir armas ofensivas pesadas, la reducción del número de asesores militares extranjeros, el control internacional de las instalaciones militares y la realización de elecciones libres. Nicaragua al mismo tiempo que se mostraba dispuesta a discutir todos los puntos y a "*mejorar el clima de entendimiento con Estados Unidos*", rechazaba los planteamientos de la administración Reagan de "*imponer condiciones humillantes a sus prerrogativas soberanas relacionadas con la defensa nacional*", y a su vez planteaba al gobierno de Estados Unidos "*que de manera oficial y explícita expresara su voluntad de no agredir a Nicaragua*"²⁸⁹. Esta petición del gobierno sandinista quedó sin respuesta.

Las conversaciones más formales entre ambos países tuvieron lugar en Manzanillo (México) en 1984, pero no pasaron de ser un ejercicio propagandístico sobre todo para Estados Unidos. Para Nicaragua, amén de la imagen como pequeño país interesado en arreglar pacíficamente sus diferencias con la gran potencia del Norte, Manzanillo significaba la posibilidad de un diálogo directo con quienes estaban dirigiendo las operaciones de acoso a la revolución, diálogo que los dirigentes revolucionarios pedían una y otra vez²⁹⁰.

véase United States Department of State, "Relations with Nicaragua". Secret Cable to all American Republic Diplomatic Posts, 22 agosto 1981, (P.K. & N.S.A., nº 01373). Para la versión del gobierno sandinista véanse los extractos de la transcripción de una entrevista con el ministro del Exterior de Nicaragua, Miguel D'Escoto, en Holly Sklar, *Washington's War on Nicaragua*, op. cit., pp. 91-92. Una descripción minuciosa de este intento fallido de negociación, así como de las conversaciones entre Enders y los principales dirigentes sandinistas se encuentra en Roy Gutman, *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua 1981-1987*, op. cit., pp. 58-78.

²⁸⁸ Véase Constantine C. Menges, *Inside the National Security Council*, op. cit., pp. 104-109.

²⁸⁹ Citado en Augusto Zamora R., *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua 1979-1990*, Managua: Fondo Editorial CIRA, 1996, p. 240.

²⁹⁰ Véanse Daniel Ortega, declaraciones en *Barricada*, 9 diciembre 1981, p. 1; propuesta de paz, *Barricada*, 22 febrero 1982, p. 7; y declaraciones en *Barricada*, 2 junio 1984, pp. 1y 5; Miguel D'Escoto, discurso en la XI Asamblea de la OEA, *Barricada*, 5 diciembre 1981, p. 1; discurso en el 2º periodo extraordinario de la Asamblea General de la ONU sobre el Desarme, *Barricada*, 17 junio 1982, p. 5; y carta a George Schultz, *Barricada*, 3 agosto 1982, p. 12; Victor Hugo Tinoco, conferencia de prensa en Washington, *Barricada*, 8 abril 1983, p.5; Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional/ Dirección Nacional del FSLN, discurso en el 1º de mayo (leído por Bayardo Arce), *Barricada*, 2 mayo, p. 5); y Humberto Ortega, declaraciones en *Barricada*, 9 diciembre 1983, p. 1.

Para la administración Reagan, Manzanillo tenía como primer objetivo el mostrar una imagen menos belicista en vísperas de las elecciones presidenciales de noviembre de 1984, como se pudo comprobar poco después cuando el reelegido presidente Reagan apostó ya sin ambages por la solución militar, culpando a los sandinistas del fracaso de las negociaciones.

En segundo lugar el gobierno norteamericano con las conversaciones de Manzanillo pretendía obtener el apoyo del Congreso a las fuerzas contrarrevolucionarias, como planteaba el presidente Reagan en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional: *"Si estamos hablando de negociaciones con Nicaragua, es demasiado forzado imaginar que un gobierno comunista, como ése, iba a cerrar un trato razonable con nosotros. Pero si se trata de conseguir que el Congreso apoye a los antisandinistas, entonces sí puede ser útil"*²⁹¹.

McFarlane, el consejero presidencial en el Consejo de Seguridad Nacional, corrobora la falta de voluntad de Washington para encontrar una solución política al conflicto nicaragüense: *"Sobre las negociaciones de Contadora y Manzanillo, enfaticé (a los presidentes centroamericanos) que nunca abrigamos ilusiones en cuanto a que Nicaragua estuviera de acuerdo con términos que protegieran los intereses de nuestros amigos en América Central"*²⁹².

Como señala LaFeber, *"la administración Reagan usó las discusiones diplomáticas como un camuflaje para encubrir la escalada militar"*²⁹³. Y así, por ejemplo, mientras tenían lugar las conversaciones de Manzanillo, el Consejo de Seguridad Nacional, con McFarlane y Oliver North al frente, y con el consentimiento del presidente Reagan e infringiendo las propias leyes del Congreso, siguió alimentando la vía militar, como se revelaría más tarde a raíz del escándalo Irán-Contra. Siguiendo a LaFeber, se puede concluir que fue *"la guerra, y no la diplomacia, la política de Estado"* del gobierno Reagan en relación a Nicaragua²⁹⁴.

La guerra no fue olvidada por el nuevo gobierno de George Bush, pero éste daría luz verde a una salida negociada entre los propios protagonistas y antagonistas centroamericanos, que a la postre terminaría convirtiéndose en la oportunidad para apartar a los sandinistas del gobierno.

²⁹¹ National Security Council, "National Security Planning Group Meeting", 25 junio 1984,(Subject: Central America), op. cit., p. 7.

²⁹² Robert C. McFarlane, "Central American Trip: Observations and Conclusions". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 31 enero 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02356).

²⁹³ Walter LaFeber, "The Reagan Policy In Historical Perspective", en Kenneth M. Coleman, y George C. Herring (eds.), *Understanding the Central American Crisis*, op. cit., p. 1.

²⁹⁴ *Ibidem*.

V.4. Cambio y continuidad de la administración Bush: Una política más pragmática y eficaz

Pese a mantener una continuidad sustancial en cuanto al objetivo estratégico de desbancar a los sandinistas del poder, la administración Bush encaró el conflicto nicaragüense desde una perspectiva diferenciada de las políticas seguidas por los gobiernos Reagan en los años 80²⁹⁵. Un mayor pragmatismo y una actitud menos obsesiva caracterizaron el posicionamiento de la nueva administración sobre la Nicaragua revolucionaria.

El presidente George Bush, y sobre todo el secretario de Estado James Baker, arquitecto de la política hacia Centroamérica, no se situaban en las mismas posiciones extremistas que habían prevalecido durante la administración Reagan en relación a Nicaragua²⁹⁶. El contexto internacional contribuía a ello: al producirse en los primeros meses de su mandato el inicio de la caída del bloque comunista de Europa del Este, la administración Bush centró su política exterior en la atención y seguimiento de estos eventos de indudable mayor trascendencia para Estados Unidos.

La nueva política norteamericana conllevó el reducir la tensión en su involucramiento en el conflicto nicaragüense, involucramiento que además hasta ese momento se había mostrado improductivo, como reconoció el secretario de Estado Baker, interpretando este fracaso, como consecuencia de la división entre Ejecutivo y Legislativo. *"Todos nosotros debemos admitir -señalaba Baker- que esta política básicamente fracasó hasta cierto punto porque no estábamos unidos... El brazo ejecutivo iba por un lado y el legislativo por otro"*²⁹⁷.

La moderación de los enfrentamientos entre Republicanos y Demócratas, habituales durante la administración Reagan en relación a Nicaragua, era aún más necesaria si la nueva administración Bush quería conducir la política exterior con una posición interna más sólida, máxime en un momento en que los Demócratas habían pasado a dominar las dos cámaras del Congreso.

²⁹⁵ Numerosos autores, tanto críticos como defensores de la actuación de Washington en Nicaragua, coinciden en señalar diferencias entre ambas administraciones. Véanse Cyntia J. Arnson, *Crossroads*, op. cit., pp. 228-229; John H. Coatsworth, *Central America and the United States*, op. cit., pp. 209-210; Abraham F. Lowenthal, "Changing U.S. Interests and Policies in a New World", en Jonatan Hartlyn, Lars Schoultz, y Augusto Varas (eds.), *The United States and Latin America in the 1990s. Beyond the Cold War*, Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1992, pp. 72-73; Abraham F. Lowenthal, "Rediscovering Latin America", *Foreign Affairs*, Fall 1990, vol. 69, n° 4, p. 28; William Goodfellow, y James Morrell, "From Contadora to Esquipulas to Sapoá and Beyond", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 387; y Howard J. Wiarda, *American Foreign Policy Toward Latin America*, op. cit. pp. 35-36.

²⁹⁶ *"No reclamamos el derecho a decidir las políticas de Nicaragua... Es el pueblo nicaragüense quien debe hacerlo"*, afirmaba el presidente Bush tras ser aprobada por el Congreso una "nueva" política hacia Nicaragua. Aunque más tarde la actuación de la administración Bush sí pretendió influir decisivamente en la política de Nicaragua, declaraciones como la anterior reflejan una aproximación menos radical e inflexible que la seguida por la administración Reagan: véase George Bush, "Transcript of White House Remarks: Statement by Bush", *The New York Times*, 25 marzo 1989, p. A6.

²⁹⁷ James A. Baker, declaraciones recogidas en Bernard Weinraub, "Bipartisan Effort", *The New York Times*, 25 marzo 1989, p. A6.

El posicionamiento del gobierno Bush por la opción política (el plan Arias que los gobiernos centroamericanos venían planteando desde agosto de 1987 y reforzaron con los acuerdos de febrero de 1989, en los que se estipulaba el adelantamiento de las elecciones de Nicaragua vinculado a la desmovilización del ejército contrarrevolucionario) viene motivado tanto por los cambios que comienzan a producirse en el ámbito internacional al amparo del "New Thinking" gorbachoviano y de la nueva línea de diálogo entre las dos superpotencias para la solución de los llamados conflictos regionales, como por la propia constatación estadounidense de que la vía preferida de la utilización de los recursos militares -la contra- había fracasado en Nicaragua.

La apuesta por la vía política-electoral marca la diferencia con la administración Reagan, que había boicoteado la convocatoria de 1984²⁹⁸. No era, sin embargo, un riesgo exagerado. La administración Bush no desconocía que las elecciones de febrero de 1990 se producirían en medio de un fuerte desgaste de la popularidad sandinista, y con una amplia supervisión internacional que impediría irregularidades en los comicios, y además ella misma estaba dispuesta a involucrarse de forma activa en pro de la victoria de la oposición antisandinista.

Otras experiencias internacionales en situaciones con algunas similitudes con la nicaragüense reforzaban esta opción de Washington. En las recientes confrontaciones electorales en Filipinas, Chile y Panamá habían triunfado los candidatos apoyados por Estados Unidos. Y aunque en Panamá el general Noriega había provocado un escandaloso fraude electoral, este mismo hecho fue aprovechado con habilidad por el gobierno norteamericano para crear una atmósfera favorable a sus intereses²⁹⁹.

En Nicaragua la administración Bush no jugaba solamente la baza política. La celebración de elecciones en Nicaragua no suponía que el gobierno estadounidense abandonara completamente la opción militar. Las fuerzas contrarrevolucionarias de la Resistencia Nicaragüense seguían subsistiendo gracias a la ayuda "humanitaria" (49,75 millones de dólares)³⁰⁰ aprobada por el Congreso norteamericano³⁰¹, y eran

²⁹⁸ Véase Robert A. Pastor, *Whirlpool*, op. cit., pp. 84-88.

²⁹⁹ Sobre la intervención de Estados Unidos en los procesos electorales de estos países, véase William I. Robinson, *A Faustian Bargain. U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, Boulder: Westview Press, 1992, pp. 23-25.

³⁰⁰ Coincido con Holly Sklar cuando denuncia la utilización de este término por parte del Congreso norteamericano, en la medida en que no solo se trata de recursos para mantener en perfecta forma de combate a un ejército irregular, sino que además, en violación de convenios internacionales, esa supuesta ayuda "humanitaria" es concedida a la contrarrevolución por una parte que no es en absoluto neutral en el conflicto nicaragüense, el gobierno de EEUU: véase Holly Sklar, *Washington's War on Nicaragua*, op. cit., pp. 268-269

Los 49,75 millones de dólares iban destinados a comida, vestido, vivienda, asistencia médica, entrenamiento no militar (en salud y en derechos humanos), baterías para los equipos de comunicación y apoyo para el regreso voluntario de la contra a Nicaragua o para su reubicación en otras áreas de la región. El Congreso aprobó además cinco millones para los gastos administrativos de la AID, organismo encargado de gestionar la ayuda, 4,166 millones para ayuda médica a las víctimas civiles de la guerra, y 7,3 millones para transporte de la ayuda "humanitaria". Es decir, un total de 66, 216 millones de dólares hasta febrero de 1990: véase Nina M. Serafino, y Mauren Taft-Morales, *Contra Aid*, op. cit., p. 16.

utilizadas como una presión real sobre el territorio nicaragüense, y sobre todo como una amenaza de ser reactivadas, en caso de que Estados Unidos considerara que el proceso electoral no había discurrido con libertad y limpieza, como admitía con franqueza James Baker en una entrevista a la revista *Time*: "*Habrá que continuar, aseguraba Baker, el apoyo (a la Resistencia Nicaragüense) por medio de ayuda humanitaria. Necesitamos, al menos, dejar abierta la perspectiva de que (la Resistencia Nicaragüense) pueda ser restablecida como fuerza combatiente*"³⁰².

La estrategia de la administración Bush en Nicaragua era, pues, más sutil y flexible, pero también más completa. En síntesis, más peligrosa para los sandinistas.

El llamado Acuerdo Bipartidista entre Republicanos y Demócratas aprobado en marzo de 1989 se convirtió en el acto inaugural de esta nueva política³⁰³. Con el apoyo del Congreso la administración Bush optaba por dar preferencia a una salida política, sin renunciar al recurso de la fuerza militar³⁰⁴. Washington conseguía así salir del callejón sin salida de la política de la administración Reagan, sin por ello abandonar la meta de derrotar a los sandinistas.

No se trata, como afirman Dillon y Pear de una reversión "dramática" y "drástica" de la política de una década³⁰⁵, aunque ciertamente no son desdeñables los cambios que introduce la administración Bush: no aprobación de la ayuda militar para la contra, y apoyo preferente a la oposición política antisandinista. Todo ello, ligado a los compromisos con el gobierno de Gorbachov, necesitado de establecer nuevas y más positivas relaciones con Estados Unidos³⁰⁶.

Pero por otro lado, siguiendo a Jonas, Yopo y Robinson³⁰⁷, es indudable que se mantienen gran parte de las políticas desarrolladas a lo largo de los dos mandatos de la presidencia Reagan. Continúan las presiones económicas sobre gobiernos y organismos financieros internacionales³⁰⁸, el presidente Bush renueva dos veces el

³⁰¹ El consenso bipartidista, objetivopreciado de Baker, se había restablecido en torno a este punto, después de ocho años de enfrentamientos entre Ejecutivo y Congreso.

³⁰² *Time*, 13 febrero 1989. Véanse sus declaraciones en el mismo sentido en *La Prensa*, 18 enero 1989, p. 1.

³⁰³ Véase White House Press Secretary's Office. "Text of U.S. Plan on Central America", *The New York Times*, 25 marzo 1989, p. A6.

³⁰⁴ George Bush, declaraciones en *La Prensa*, 3 abril 1989, p. 8.

³⁰⁵ Véanse Sam Dillon, *Comandos*, op. cit., pp. 242 y 284, y Robert Pear, "Baker Plan: A New Deal", *The New York Times*, 25 marzo 1989, pp. 1 y 6.

³⁰⁶ Sobre las conversaciones y debates entre la administración Bush y el gobierno Gorbachov acerca de la conclusión de los conflictos en Centroamérica y particularmente en Nicaragua, véase la obra de Yuri Pavlov, director del departamento de América Latina del Ministerio del Exterior de la URSS en esos momentos: Yuri Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance: 1959-1991*, Coral Gables: University of Miami North-South Center, 1993, pp. 205-213.

³⁰⁷ Susanne Jonas, "Central America in the Balance: Prospects for the 1990s", *Monthly Review*, junio 1990, pp. 21-22; Boris Yopo, "Nicaragua: diez años de política exterior", en Heraldo Muñoz (ed.), *El desafío de los 90: Anuario de políticas exteriores latinoamericanas 1989-1990*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad/ PROSPEL, 1990, pp. 267-273; y William I. Robinson, *A Faustian Bargain*, op. cit., pp. 47-146.

³⁰⁸ La administración Bush "*convenció a nuestros aliados para que condicionaran su ayuda económica a Nicaragua a la celebración de elecciones libres y limpias*", reconoce el secretario de Estado J. Baker en un discurso ante el World Affairs Council of Dallas, 30 marzo 1990, citado en Joshua Muravchik, *Exporting*

embargo contra Nicaragua, su gobierno se niega a iniciar un diálogo directo con Managua y el tono de las declaraciones antisandinistas de los dirigentes norteamericanos sigue siendo virulento casi hasta el mismo momento de la celebración de las elecciones.

Y más grave aún, la administración Bush utiliza la amenaza militar que representa la sobrevivencia de la contrarrevolución merced a la ayuda "humanitaria", para influir con eficacia en el proceso electoral. A pesar de la tregua que con excepciones temporales se mantiene formalmente desde la firma de los acuerdos de Esquipulas, sólo en 1989 se producen 1165 combates, con el resultado de 314 bajas por parte del Ejército Popular Sandinista (EPS), y 1529 en las fuerzas de la contrarrevolución, más 572 víctimas civiles³⁰⁹.

Este mensaje de guerra junto con el de la continuación del embargo económico impacta en la voluntad de los votantes, que entienden su significado. Sólo con la derrota electoral de los sandinistas es posible acabar con el enfrentamiento bélico y tal vez también con los problemas económicos³¹⁰.

Por ello, como sostienen Nuñez, Jauberth Rojas, Petras/Morley, Sklar e IHCA, se puede afirmar que las elecciones realizadas en estas condiciones se convirtieron en una nueva modalidad de la Guerra de Baja Intensidad, y en la culminación de casi una década de agresiones³¹¹. Si a la asfixia económica y a las presiones militares se une la abierta y descarada intervención estadounidense apoyando con más de 30 millones de dólares a la oposición política agrupada en la Unión Nicaragüense Opositora (UNO)³¹², nos hallamos ante una estrategia más integral que la

Democracy, op. cit., p. 165.

³⁰⁹ Ministerio de Defensa, "Balance militar", *Barricada Internacional*, n° 308, 20 enero 1990, p. 5.

³¹⁰ Véase Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, op. cit., pp. 298-300.

³¹¹ Véanse Orlando Nuñez (ed.), *La guerra en Nicaragua*, op. cit., pp. 422-424; H. Rodrigo Jauberth Rojas, "Procesos y alternativas de negociación y paz en la región en el marco de la triangulación México-Centroamérica-EUA", en H. Rodrigo Jauberth Rojas, Gilberto Castañeda, Jesús Hernández, y Pedro Vuskovic, *La triangulación Centroamérica-México-EUA. ¿Una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, San José, Costa Rica: Editorial DEI, 1991, pp. 125-128; James Petras, y Morris Morley, *Latin America in the Time of Cholera. Electoral Politics, Market Economics, and Permanent Crisis*, New York: Routledge, 1992, pp. 129-133; Holly Sklar, "Bipartisan Thrust Toward Nicaragua", *Z Magazine*, junio 1989, pp. 41-42, y "Washington Wants to Buy Nicaragua's Elections Again", *Z Magazine*, diciembre 1989, pp. 49-64; e IHCA, "Chilenización: el nuevo nombre de la guerra", *Envío*, n° 93, mayo 1989, pp. 1-6.

³¹² La cifra de 30 millones, citada por Robinson tras una exhaustiva investigación, hace referencia a la ayuda abierta y encubierta a la oposición política: véase William I. Robinson, *A Faustian Bargain*, op. cit., pp. 62, 111-132, 206, y 222. Oficialmente el Congreso sólo aprobó nueve millones de dólares destinados a organizaciones vinculadas directamente a la UNO, "para promover la democracia y la reconciliación nacional, incluido el apoyo a las elecciones de febrero de 1990", pero prohibiendo que se utilizaran los fondos "para pagar los gastos de campaña o salarios para los candidatos a la Presidencia o a la Asamblea Nacional": véase General Accounting Office, *Central America: Assistance to Promote Democracy and National Reconciliation in Nicaragua. Report to Congressional Requesters*, Washington D.C., septiembre 1990, pp. 2-3, (P.K.&N.S.A., n° 03237).

La financiación exterior pública otorgada por el gobierno y por el congreso de Estados Unidos fue una de las concesiones más importantes realizadas por el gobierno sandinista en aras de alcanzar el reconocimiento de la limpieza de las elecciones y de sus resultados por parte de Washington, y supuestamente tras un compromiso de la administración Bush -avalado por el ex-presidente Carter- de no entregar otros fondos de manera encubierta a la oposición antisandinista (véase Robert A. Pastor, "Old Habits, New Opportunities in Nicaragua", en William I.

desarrollada por la administración Reagan, pero a la postre complementaria y heredera de la misma: el presidente Bush alcanza una buena parte de las metas trazadas por el presidente Reagan.

Es obligado, sin embargo, recalcar que esa estrategia hizo mayor énfasis en lo político que lo militar. Y esto desde la perspectiva de los previsibles costos humanos y materiales que hubiera supuesto la continuación abierta y masiva de la estrategia militar de la administración Reagan, no deja de ser un elemento clave diferenciador, al menos para las víctimas nicaragüenses de uno y otro lado.

No es justo tampoco olvidar que las elecciones se celebraron con las armas "*apuntando a las mentes del pueblo nicaragüense*", como denunció el presidente Daniel Ortega pocos días después de su derrota electoral³¹³. Y esas armas, como he señalado antes, mataron y violentaron las conciencias de los votantes nicaragüenses. Pero no deja de ser un hecho también que los sandinistas habían aceptado ese reto, reconociendo los "matices" que diferenciaban a las administraciones Reagan y Bush, como admitiría una y otra vez, antes y después de las elecciones, Humberto Ortega, ministro de Defensa y jefe del Ejército Popular Sandinista. "*El gobierno de Bush - sostiene Ortega en 1991- se ha mostrado en la práctica más pragmático de lo que fue su antecesor Ronald Reagan, en donde predominó un enfoque totalmente ideológico. Bush, indiscutiblemente en lo que he visto desde que él asume la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 1989, ha venido teniendo en relación a Nicaragua una posición más pragmática, menos ideológica, y esto hizo posible que la contrarrevolución que lidereara Reagan, pasara a un cuarto plano, ya sin importancia*"³¹⁴.

Robinson, *A Faustian Bargain*, op. cit., pp. 181-182). La gravedad de esta medida hay que entenderla no solo por su contenido que violaba la soberanía de Nicaragua, sino por el peligroso precedente que sentaba en la relación de Estados Unidos con otros países de América Latina en circunstancias electorales similares. En el propio Estados Unidos no está permitida la financiación electoral procedente del extranjero: véase Eric Selbin, *Modern Latin American Revolutions*, op. cit., p. 205.

Una valoración positiva de los efectos "democratizadores" de la ayuda financiera de Estados Unidos a la oposición antisandinista en las elecciones de 1990 se encuentra en Joshua Muravchik, *Exporting Democracy*, op. cit., pp. 210-211.

³¹³ Daniel Ortega, declaraciones recogidas en Gabriela Selser, "A gobernar desde abajo", *Barricada Internacional*, nº 311, 10 marzo 1990, p. 4.

³¹⁴ "El ejército no será brazo armado del sandinismo" (entrevista concedida a Mario Vásquez Raña en 1991), en Humberto Ortega, *Nicaragua: Revolución y Democracia*, Organización Editorial Mexicana, 1992, p. 163. En esta obra, que es una recopilación de escritos, discursos y entrevistas de Humberto Ortega, se repite la misma idea en "No vamos a prestarnos a extremismos, ni de izquierda ni de derecha", (exposición ante una asamblea de dos mil oficiales del ejército, 19 junio 1990), y en "No es la primera vez que la razón está sola" (entrevista concedida a Angela Saballos de *El Semanario*, 5 febrero 1992). Véanse también las declaraciones de Humberto Ortega en la misma línea en *Barricada*, 12 junio 1989, p. 3.

V.5. Resultado de la estrategia de Washington: restauración "limitada" de la hegemonía norteamericana en Nicaragua

Contemplada objetivamente la estrategia de la administración Bush fue exitosa. Los sandinistas abandonaban el gobierno el 25 de abril de 1990, casi once años después de su triunfo revolucionario. Ése, en parte, había sido uno de los objetivos soñados por la administración Reagan y se había alcanzado.

Pero ¿por méritos de quién?. ¿De la guerra desatada por la administración Reagan que había obligado a los sandinistas a sentarse a la mesa de negociaciones en unas condiciones de mayor debilidad que cuando rechazaron los planteamientos de Enders en 1981?. ¿O de la hábil política de la administración Bush que a la fuerza militar había añadido la aceptación de un proceso electoral en el que intervino abiertamente en pro de la parte victoriosa?.

No tiene excesivo interés este debate, que después de la derrota sandinista se produjo en Estados Unidos entre Republicanos y Demócratas para apropiarse de los laureles de la misma³¹⁵. Como antes decía, es obvio reconocer que hay una continuidad entre ambas estrategias y, con el Instituto Histórico Centroamericano, se puede sostener que la administración Bush recogió los frutos de lo "sembrado" (más bien destruido) por la administración Reagan³¹⁶.

En 1990 con la derrota electoral de los sandinistas y su salida del gobierno, Estados Unidos recuperaba gran parte del terreno perdido en 1979. La revolución nicaragüense como proyecto político sufría un golpe decisivo. Esto influiría de forma negativa en las posiciones de los revolucionarios de El Salvador a la hora de negociar con el régimen militar de ese país. Cuba perdía el mejor aliado latinoamericano que había tenido desde 1959. Y Centroamérica, "pacificada", pasaba a un segundo lugar en la agenda de Washington y daba paso a preocupaciones mucho más importantes para la administración Bush.

¿Cómo no reconocer, por tanto, que en el enfrentamiento entre la revolución nicaragüense y la superpotencia norteamericana al final había triunfado ésta, al haberse confirmado como un obstáculo infranqueable para el proyecto sandinista?. ¿Cómo no admitir, con Chomsky, el Instituto Histórico Centroamericano y Robinson, que los vencedores fueron Bush y la coalición republicano-demócrata que había promovido la guerra contra la revolución nicaragüense desde 1981?³¹⁷ ¿Cómo no señalar que quedaba sentado un mal precedente, cuando un pequeño país, después de haber roto una larga historia de sometimiento, volvía "voluntariamente" – en

³¹⁵ Véanse Cynthia J. Arnon, *Crossroads*, op. cit., pp. 239 y 279; y Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, op. cit., pp. 307-311.

³¹⁶ IHCA, *Envío*, nº 103, p. 16.

³¹⁷ Véanse Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, op. cit., p. 307; IHCA, *Envío*, nº 103, op. cit., p. 110; y William I. Robinson, *A Faustian Bargain*, op. cit., pp. 147-148.

medio de coacciones militares, políticas y económicas- al redil hegemónico de Washington?.

Pese a ello el abandono sandinista del gobierno tampoco constituía el objetivo ideal pretendido por Estados Unidos. Era insuficiente. Centros neurálgicos del poder como el ejército, y en parte la policía, permanecían en manos sandinistas. Los sandinistas, a pesar de su derrota, constituían la fuerza política más votada y mejor organizada. Su paso a la oposición debería demostrar si eran capaces de mejorar esas posiciones para afrontar con más éxito los siguientes retos electorales, o si por el contrario su alejamiento del gobierno contribuiría a debilitarlos aún más. Y era evidente que en Estados Unidos en los años 90 seguían activas en su contra fuerzas ultraconservadoras, como la representada por el senador Jesse Helms, que iban a continuar presionando de todas las formas posibles para ver derrotados por completo a los sandinistas³¹⁸.

Contemplando el panorama político existente en Nicaragua en 1990 -un gobierno de centro-derecha apoyado en una coalición de partidos con profundas contradicciones, y un Frente Sandinista derrotado pero enraizado en la sociedad y ocupando cuotas claras de poder real, junto con una administración norteamericana olvidándose con rapidez del conflicto nicaragüense y volcada en el desmantelamiento del sistema soviético y en la guerra del Golfo- no se puede mantener que Estados Unidos había alcanzado una victoria total sobre los sandinistas.

Las conquistas de más de una década revolucionaria, las transformaciones materiales y espirituales de la sociedad nicaragüenses ocurridas en esos años, la emergencia y consolidación de nuevas fuerzas sociales y políticas configuraban una Nicaragua muy distinta de la que existía antes de 1979: una Nicaragua más democrática y con una sociedad civil más madura y más consciente de sus derechos y del precio de sus libertades.

No habían sido totalmente vanos ni los propósitos sandinistas -con sus grandes errores- de transformar en profundidad la sociedad nicaragüense, ni sus esfuerzos, que analizaré a continuación, por defender el proyecto revolucionario en los escenarios internacionales. Pese a que unos y otros se habían mostrado insuficientes para asegurar la continuidad del FSLN en el gobierno, abrían una nueva página en el desarrollo histórico nicaragüense, en la que el movimiento sandinista debería jugar un papel sustancial, aunque institucionalizado y lejos de las ilusiones revolucionarias de 1979.

³¹⁸ Véase James Dunkerley, *The Pacification of Central America*, op. cit., p. 57-58.

VI. NICARAGUA, ACTOR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: MULTILATERALIDAD Y PRESENCIA SANDINISTA EN LA ESCENA INTERNACIONAL

VI.1. La multilateralidad en las relaciones internacionales de Nicaragua: alcance y limitaciones.

En el final de la Guerra Fría la revolución nicaragüense había encontrado un contexto hostil promovido por Estados Unidos. Para defender su existencia el gobierno revolucionario intentaría aprovechar los nuevos espacios brindados paradójicamente por ese contexto internacional contradictorio, que por un lado se configuraba como barrera para la revolución y por otro ofrecía, sin embargo, oportunidades inéditas para que ésta pudiera desarrollarse.

Los nuevos espacios que la revolución pretendía sumar al apoyo de los sectores históricamente opuestos al intervencionismo norteamericano (países socialistas, algunos gobiernos del Tercer Mundo y de América Latina, movimientos de solidaridad...) eran tanto las organizaciones y organismos internacionales menospreciados por los regímenes revolucionarios anteriores, como los gobiernos próximos a Washington en el mundo desarrollado y en América Latina.

Cómo promovió Nicaragua esta estrategia novedosa -tratándose de un gobierno revolucionario-, qué resultados obtuvo de ella, cuáles fueron sus logros, dónde estuvieron sus límites, y hasta qué punto le sirvió para alcanzar el objetivo arriba señalado es lo que voy a examinar aquí y en los capítulos restantes.

Con el objetivo de conseguir respaldo político Nicaragua puso un empeño extraordinario en tener una presencia muy activa en las principales organizaciones internacionales (Naciones Unidas y Organización de Estados Americanos), y en movimientos internacionales como el de los Países No Alineados), utilizando ambas plataformas de forma prioritaria como tribunas para defender su revolución, y exigiendo que el Derecho Internacional fuera respetado en las relaciones entre los países poderosos y los más débiles. Su recurso a la Corte Internacional de Justicia de La Haya confirmaba este planteamiento.

Los esfuerzos de Nicaragua en estos foros internacionales fueron recompensados con la solidaridad demostrada en numerosos posicionamientos de la mayoría de países en momentos críticos para la revolución, e incluso con el respaldo que significaba que la Corte Internacional de Justicia diera la razón a Nicaragua en su enfrentamiento con Estados Unidos.

Estas expresiones de solidaridad y de justicia, sin embargo, no tuvieron fuerza suficiente para impedir que Estados Unidos continuara su agresión contra el proyecto revolucionario de Nicaragua, y que finalmente lograra su propósito de desalojar a los sandinistas del poder.

Sin olvidar sus límites, los aspectos positivos de la estrategia sandinista merecen, no obstante, ser enfatizados: el respeto que la revolución nicaragüense alcanzó entre una mayoría de países no sería el mismo sin la decidida defensa que de sus intereses y de sus derechos realizó el gobierno sandinista en la ONU, en la OEA y en el Movimiento de Países No Alineados. Y aunque la experiencia se mostró corta e insuficiente, indicó unas pautas a seguir por parte de aquellos países que puedan encontrarse en situaciones con alguna semejanza a las que atravesó Nicaragua en la década de los 80.

La presencia de Nicaragua en los foros internacionales produjo además un efecto añadido al conseguir un destacado protagonismo en ellos. Nunca antes Nicaragua lo había tenido debido a su escaso peso como país y a su sometimiento a los dictados de Washington en las organizaciones citadas¹. Y después de la derrota electoral del sandinismo, Nicaragua desaparecía de la escena internacional, en la medida que el gobierno de Violeta Chamorro aceptaba de nuevo la hegemonía norteamericana, y por tanto Nicaragua dejaba de ser una preocupación para los gobernantes de la Casa Blanca.

VI. 2. Presencia en organizaciones internacionales: Las Naciones Unidas, principal base de defensa ante la comunidad internacional.

Las Naciones Unidas se convirtieron en el foro internacional predilecto del gobierno sandinista, el utilizado con mayor resonancia en su estrategia de defensa de la revolución en los escenarios internacionales y aquél en el que cosecharon algunos de sus éxitos más espectaculares en política exterior.

El fundamento de su preferencia por este organismo descansaba en la apreciación positiva del gobierno sandinista sobre las posibilidades de la ONU -en comparación con su actuación en los años 50 y 60- como la plataforma internacional más adecuada para exigir, para su revolución acosada, la protección de la comunidad internacional en nombre del respeto a la Carta de las propias Naciones Unidas y al Derecho Internacional².

Nicaragua prefirió acudir a las Naciones Unidas antes que a la Organización de Estados Americanos (OEA) -espacio "natural", hasta ese momento, para solventar los problemas en el Hemisferio Occidental³- debido a la menor capacidad de

¹ Véase Miguel D'Escoto, *Discurso en el seminario para embajadores de Nicaragua "Leonte Herdocia"*, Managua: Dirección de Información y Análisis del MINEX, mimeo., 20 julio 1987.

² Véase Alejandro Bendaña, "David resistió a Goliath: 10 años de política exterior", entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., p. 36

³ Véase Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, n° 110, op. cit., p. 35.

maniobra y de influencia de Estados Unidos en aquella organización (si se exceptúa su derecho al veto en el Consejo de Seguridad), así como por el respaldo que podía representar, al menos en la Asamblea General de la ONU, la presencia de más de cien Estados vinculados al Movimiento de Países No Alineados (NOAL), en el cual Nicaragua había ingresado poco después del triunfo revolucionario.

En el desarrollo de su estrategia defensiva el gobierno sandinista recurrió a las Naciones Unidas -tanto en la Asamblea General como en el Consejo de Seguridad- para que el conflicto nicaragüense y también el centroamericano llegaran a la agenda de discusión de esta organización, para informar a la comunidad internacional sobre las agresiones a Nicaragua apoyadas o perpetradas directamente por Estados Unidos, para alertar sobre las manifiestas amenazas de invasión de su territorio en algunos momentos críticos de los años 80 y para denunciar esta política intervencionista, violadora de las leyes internacionales, protagonizada por el gobierno norteamericano⁴.

Nicaragua también se hizo presente en la ONU para manifestar su voluntad de diálogo con Estados Unidos⁵, para plantear propuestas de paz en la región centroamericana⁶ y para exigir el respeto del Derecho Internacional en sus relaciones con la potencia estadounidense y, en concreto, el acatamiento de la sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya que condenaba a Estados Unidos por su agresión a Nicaragua⁷.

Nicaragua realizó una actividad incesante en las Naciones Unidas, por encima de su status de pequeño país, y sólo explicable por su apuesta rotunda por utilizar el marco de la ONU como altavoz mundial para su política exterior. En quince ocasiones el gobierno sandinista llegó a convocar al Consejo de Seguridad para denunciar la situación de agresión que sufría Nicaragua⁸. La rotundidad de sus

⁴ Véanse Daniel Ortega, "Denuncia ante el Consejo de Seguridad de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, (25 marzo 1982), en *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 50-64; "Centroamérica: tema urgente en las Naciones Unidas", discurso en la XXXVIII Asamblea General de la ONU", (27 septiembre 1983), *Ibid.*, p. 109; "¿Están a favor o en contra de la paz", discurso en la XXXIX Asamblea General de la ONU, (1 octubre 1984), *Ibid.*, pp. 122-123; y "Ante la escalada belicista estadounidense", discurso en la XL Asamblea General de las Naciones Unidas, (21 octubre 1985), *Ibid.*, pp. 126-132. Véanse asimismo Miguel D'Escoto, declaraciones recogidas en "D'Escoto en conferencia sobre desarme: Política de EUA conduce a conflagración en C.A.", *Barricada Internacional*, n° 23, 28 junio 1982, p. 7; y Victor Hugo Tinoco, discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Barricada*, 24 marzo 1983, p. 1.

⁵ Miguel D'Escoto, *Discurso en el debate general del XXXV período ordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 8 octubre 1980, Managua: MINEX, 1980, p. 12; "Discurso en el 2° período extraordinario de la Asamblea General de las Naciones Unidas", *Barricada*, 17 Junio 1982, pp. 1 y 5; y "Apoyo a participación de ONU en gestiones de paz", extractos del discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (9 mayo 1983), *Barricada Internacional*, n° 63, 16 mayo 1983, p. 3. Véase también Daniel Ortega, "Denuncia ante el Consejo de Seguridad de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, (25 marzo 1982), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 48-64.

⁶ Daniel Ortega, "Propuestas para la paz en Centroamérica", discurso en la XXXVI Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, (7 octubre 1981), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 45-47; "Denuncia ante el Consejo de Seguridad...", discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, (25 marzo 1982), *Ibid.*, pp. 61-62. Y MINEX, *El gobierno de Unidad Nacional y la lucha por la paz*, (documento interno), Managua, 1985, p. 7.

⁷ Daniel Ortega, "El gobierno de Estados Unidos debe rectificar", discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, (29 julio 1986), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 137-145. Y Miguel D'Escoto, "Discurso en la XLI Asamblea General de las Naciones Unidas", *Barricada*, 11 octubre 1986, p. 1.

⁸ Denis Torres Pérez, "La política exterior de la Revolución Popular Sandinista", *Cuadernos de Sociología*, n° 9-

argumentos obligó a Estados Unidos a vetar cuatro veces resoluciones del Consejo que condenaban su actuación en el conflicto nicaragüense. En dos momentos las resoluciones propuestas por Nicaragua llegaron a obtener el respaldo unánime del Consejo⁹.

La Asamblea General fue un entorno más favorable a las posiciones sandinistas por la imposibilidad de veto de Estados Unidos y por la mayoría que los sandinistas conseguían con los votos de muchos de los países del Tercer Mundo, con los del bloque socialista e incluso con los de algunos aliados de Estados Unidos, como ocurrió con varias resoluciones de la Asamblea General exigiendo a Estados Unidos que aceptara el fallo de la Corte Internacional de La Haya, o condenando el embargo comercial impuesto por el gobierno norteamericano a Nicaragua en 1985¹⁰.

Un índice simbólico de la importancia que el gobierno sandinista dio a su presencia en la ONU se puede ver en las numerosas ocasiones en que el propio presidente Daniel Ortega acudió a esta tribuna: seis veces a la Asamblea General y dos veces al Consejo de Seguridad.

Los contenidos de las intervenciones sandinistas en la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad se centraron de manera prioritaria en la denuncia de Estados Unidos, en la proposición de soluciones políticas al conflicto centroamericano y nicaragüense, y en la defensa de las causas y luchas de liberación en el Tercer Mundo. La denuncia de las políticas imperialistas de Estados Unidos en Nicaragua, América Central y otras regiones del Tercer Mundo ocupó el espacio principal de la actividad sandinista en Naciones Unidas¹¹.

El formato radical, el lenguaje directo y poco diplomático y la retórica rotunda proporcionaron a Nicaragua una imagen de pequeño país-David frente a gran potencia-Goliath, que les resultó rentable a los sandinistas en su enfrentamiento con Estados Unidos en el máximo foro internacional, pero también contribuyó a dificultar cualquier posibilidad de aproximación entre Estados Unidos (especialmente la administración Reagan) y la Nicaragua revolucionaria.

Las continuas llamadas al diálogo bilateral por parte sandinista y sus propuestas de paz para América Central no fueron suficientes ni efectivas para impedir el creciente distanciamiento que se produjo entre ambos gobiernos a lo largo de los 80, pero impidieron que la mayor parte de la comunidad internacional aceptara las acusaciones norteamericanas sobre el belicismo y las ansias expansionistas del sandinismo en la región centroamericana.

10, enero-agosto 1989, p.158.

⁹ Véanse "EU veta resolución del Consejo de Seguridad, condenando minado de puertos", *Barricada*, 5 abril 1984, p. 1; "EU vetó rechazo a boicot en Consejo de Seguridad", *Barricada*, 11 mayo 1985, p. 12; "EU veta resolución de apoyo a CLJ en Consejo de Seguridad", *Barricada*, 1 agosto 1986, p. 1, y "EU veta resolución en el Consejo de Seguridad", *Barricada*, 29 octubre 1986, p. 1. Véanse Security Council, *Resolution 530 (1983)*, S/RES/530/, 19 mayo 1983, gopher://gopher.undp.org:70/00/undocss/scd/scouncil/s83/2; y *Resolution 562 (1985)*, S/RES/562, 10 mayo 1985, gopher://gopher.undp.org:70/00/undocs/scd/scouncil/s85/3.

¹⁰ La Asamblea General de las Naciones Unidas condenó el embargo comercial los años 1985, 1986, 1987 y 1988, y exigió el cumplimiento de la sentencia en cuatro ocasiones, en 1986, 1987, 1988 y 1989.

¹¹ MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p. 8.

Si la forma en que Nicaragua envolvió su presencia en la ONU adquirió una tonalidad de radicalismo merced a las intervenciones oratorias de sus representantes en los foros internacionales (mayor en las intervenciones del presidente Daniel Ortega que en las del ministro del Exterior Miguel D'Escoto, y mucho mayor aún que en las de los embajadores nicaragüenses ante las Naciones Unidas¹²), el comportamiento nicaragüense en las votaciones tanto en la Asamblea General como en el Consejo de Seguridad puede calificarse más bien de moderado y no alineado.

En la Asamblea General los votos de Nicaragua estuvieron más cerca de los de la mayoría de los países del Tercer Mundo que de los votos del bloque socialista; coincidieron básicamente con los de México, Argelia, Tanzania, Yugoslavia y la India y no fueron muy diferentes a los de la mayoría de América Latina, exceptuando a tres países centroamericanos (El Salvador, Honduras, y Costa Rica) y a Paraguay. Nicaragua intentó evitar que sus votos fueran identificados con los procedentes de la URSS y de sus aliados, o con los votos de gobiernos estigmatizados como terroristas por Washington, como Libia o Irán. Y en el Consejo de Seguridad durante los dos años en que Nicaragua fue miembro del mismo (1983-1984), los votos nicaragüenses coincidieron más con los de Francia, Holanda y Zimbabwe (29 veces) que con los de la URSS (24 veces); e incluso en cinco momentos la coincidencia se dio con Estados Unidos y no con la URSS.¹³

Se produjeron, sin embargo, ocasiones en las que el voto nicaragüense, siendo igual que el de la India -abstención en el caso de la invasión de la URSS en Afganistán- reflejaba la simpatía del gobierno sandinista por la URSS y tenía en cuenta la necesidad de mantener estrechas relaciones económicas y militares con el país soviético. Las explicaciones que tanto el viceministro del Exterior Victor H. Tinoco, como el director General de Política Exterior, Alejandro Bendaña, dieron a su proceder en las votaciones sobre el conflicto de Afganistán, argumentando su abstención por el "enfoque parcial" que la mayoría de los países estaban dando al problema y por las presiones ejercidas sobre Nicaragua por Estados Unidos, resultaban confusas, eran contradictorias con sus propios principios de defensa de la autodeterminación de los pueblos, y no se sostenían. Más sincero, sin embargo, se mostró el comandante Bayardo Arce, al manifestar que *"la presencia de tropas soviéticas en Afganistán no es una expresión imperialista. Podría ser llamada una intervención, y nosotros no nos vamos a meter a juzgar eso, porque no nos interesa. Por eso nos abstuvimos en la ONU"*¹⁴.

Los esfuerzos realizados por Nicaragua en la ONU se vieron recompensados con amplitud. Fue en Naciones Unidas donde el gobierno revolucionario demostró con

¹² Entre éstos sobresalió Nora Astorga, heroína de la guerra de liberación antisomocista y representante de los intereses de Nicaragua ante la ONU entre 1986 y 1988. Un buen retrato de su comportamiento y estilo moderados en su trabajo en las Naciones Unidas -reconocido incluso por Vernon A. Walters, embajador estadounidense en ese organismo- se encuentra en Elaine Sciolino, "Nicaragua's U.N. Voice", *The New York Times Magazine*, 28 septiembre 1986, pp. 29 y 94-101.

¹³ "Voting records", <http://unbisnet.un.org/>, 1999; Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., pp. 322-324; y Javier Chamorro Mora, "Cinco años en la ONU", entrevista de Robert Cohen en *Barricada Internacional*, n° 193, 27 febrero 1986, p.7. Chamorro Mora fue embajador de Nicaragua ante la ONU entre 1981 y 1986.

¹⁴ Victor Hugo Tinoco, declaraciones recogidas en *Barricada*, 15 enero 1980, p. 10; Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., pp.33-34; y Bayardo Arce, entrevista en *Barricada*, 15 junio 1980, p. 5.

rotundidad su capacidad de actuar en los espacios internacionales, consiguiendo victorias parciales de gran importancia para la sobrevivencia de la Revolución Sandinista y para el propio prestigio internacional de Nicaragua.

En Naciones Unidas Nicaragua accedió a varios cargos de importancia simbólica por lo general: miembro del Comité de Derechos Humanos, vicepresidente de la Asamblea General (1987), presidente de la Comisión de Política Especial de la Asamblea General, miembro del Consejo Económico y Social, y presidente de la Cuarta Comisión de Descolonización de la Asamblea General¹⁵.

Pero sin duda, el éxito más destacado en este campo se produjo al ser elegida Nicaragua en octubre de 1982 como miembro del Consejo de Seguridad pese a la activa oposición norteamericana¹⁶. El gobierno nicaragüense utilizaría esta posición una y otra vez para hacer oír su voz en el desigual combate que libraba con Estados Unidos.

Incluso los vetos impuestos por la administración Reagan a cuatro resoluciones del Consejo de Seguridad, que condenaban el minado de los puertos nicaragüenses y la ayuda a la contra y pedían el fin del embargo y el cumplimiento de la sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, pudieron ser transformados por Nicaragua en un boomerang político contra la actuación norteamericana, al ser presentados por el gobierno sandinista como una muestra de la falta de respeto de Estados Unidos a la legalidad internacional¹⁷.

Pese al gran valor de todos estos logros, conviene llamar la atención sobre una profunda limitación de los mismos, derivada de la incapacidad de las Naciones Unidas para -en el caso de Nicaragua- hacer cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad, de la Asamblea General e incluso de la propia Corte Internacional de Justicia de La Haya.

Las resoluciones aprobadas en Naciones Unidas -y también las vetadas- tuvieron un alto significado político para la defensa de la revolución sandinista y contribuyeron a frenar las actitudes y actividades intervencionistas norteamericanas, pero la citada falta de capacidad para hacerlas efectivas aguaba la importancia y el valor de dichas resoluciones, quedando así la justificada impresión de que las grandes potencias -en este caso Estados Unidos- se situaban por encima tanto de los más altos organismos mundiales, como del propio Derecho Internacional.

¡Y sin embargo es obligado resaltar el gran valor de la sentencia de la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de La Haya sobre las agresiones de Estados Unidos a Nicaragua!

¹⁵ Denis Torres Pérez, "La política exterior de la Revolución Popular Sandinista", *Cuadernos de Sociología*, op. cit., pp.164-165.

¹⁶ Bernard D. Nossiter, "Nicaragua Wins Council Seat, Dealing U.S. Diplomatic Lost", *The New York Times*, 20 octubre 1982, p. 4.

¹⁷ Véanse declaraciones de Nora Astorga recogidas en Elaine Sciolino, "U.S. Vetoes Rebuke on Aid to Contras", *The New York Times*, 1 agosto 1986, p. A3.

VI.3. La sentencia de la Corte Internacional de Justicia en contra de Estados Unidos, un hito histórico.

El gobierno sandinista, en contra de la opinión de quienes tildaron su decisión de "quijotismo", y de quienes pensaban que la Corte Internacional de La Haya no era más que una marioneta de las grandes potencias capitalistas¹⁸, se arriesgó a confiar en la imparcialidad de la misma, al presentar en abril de 1984 una demanda contra Estados Unidos por las reiteradas agresiones de este país a Nicaragua, entre las que sobresalían el apoyo abierto a los grupos armados de la contrarrevolución, y el minado de los puertos nicaragüenses por comandos de la Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA)¹⁹.

"Defender el derecho del pueblo nicaragüense a su autodeterminación" y a vivir en una atmósfera de paz²⁰ y "golpear" a Estados Unidos en su propio terreno -la legalidad internacional-, e intentar que el más alto tribunal internacional de justicia declarara culpable al gobierno norteamericano ante la comunidad internacional, eran objetivos esenciales de esta iniciativa del gobierno sandinista²¹.

La administración Reagan, comprendiendo el peligro que la demanda nicaragüense representaba para su prestigio internacional, actuó como lo había hecho Irán, cuando la administración Carter presentó ante la Corte Internacional de Justicia una demanda contra ese país debido a la toma de rehenes en la embajada norteamericana en Teherán en 1979²². Tres días antes de que Nicaragua presentara su caso en La Haya Estados Unidos anuncia que de forma temporal y en las disputas relacionadas con Centroamérica no acepta la jurisdicción obligatoria de la Corte Internacional²³. Se trataba de una decisión ajustada a la más estricta legalidad, pero

¹⁸ Miguel D'Escoto, *Ibid.*, p. 3; y Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., p. 37.

¹⁹ Véase Miguel D'Escoto, *Statement Upon Filing Suit of Nicaragua Vs. United States in The Hague*, MINEX, Managua, 9 abril 1984. Un detallado análisis de la demanda presentada por Nicaragua contra Estados Unidos se encuentra en Marion Laudy, *Nicaragua ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya*, México: Siglo XXI Editores, 1988. Una síntesis, desde la perspectiva de uno de los asesores jurídicos del gobierno sandinista, de cómo Nicaragua llevó este caso se halla en Augusto Zamora, "4000 días de soberanía", *Envío*, n° 110, op. cit., pp. 40-41. De este mismo autor véase la segunda parte de la obra *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua 1979-1990*, Managua: Fondo Editorial CIRA, 1996, pp. 271-514. Dos de los estudios más imparciales y completos sobre la sentencia de la CIJ son los realizados por Terry D. Gill, *Litigation Strategy at the International Court: a case study of the Nicaragua v. United States dispute*, Dordrecht: Martinus Nijhoff Publishers, 1989, y por Caroline Lang, *L'affaire Nicaragua/ Etats devant la Cour Internationale de Justice*, Paris: Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1990.

²⁰ Miguel D'Escoto, declaraciones en *Barricada*, 10 abril 1984, p. 5.

²¹ Antonio Jarquín (embajador de Nicaragua en Estados Unidos), *entrevista propia*, Managua, 10 agosto 1982.

²² Véase Harry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 306.

²³ George P. Schultz, *Text of Secretary of State's Note to U.N. Secretary General Perez de Cuellar*, (6 abril 1984), Department of State, (P.K. & N.S.A., n° 02040). Estados Unidos se retiró del proceso el 18 de enero de 1985 después que la Corte Internacional de Justicia hubiera dictaminado que sí tenía competencia para tratar la demanda presentada por Nicaragua. En referencia a la falta de coherencia de este hecho Remiro Brotons recuerda que "no es la primera vez en la historia que un Estado no participa en el procedimiento del Tribunal Internacional de Justicia, pero sí que es la primera vez en la historia que un Estado, después de haber participado en el procedimiento sobre cuestiones procesales, una vez que pierde el aspecto procesal se retira del fondo del asunto. Como dice el Tribunal, no es posible pretender que seamos competentes sólo para declararnos incompetentes". El propio Remiro Brotons considera que la actitud de la administración Reagan "pudo ser considerada como una forma vergonzante de admitir su culpabilidad: ante la imposibilidad de ganar el fondo me retiro dando un portazo", (Antonio Remiro Brotons, "Jurisdicción y competencia del TIJ,

políticamente constituía una burla al brazo judicial del máximo organismo internacional.

En la carta que el Secretario de Estado George Shultz envió al Secretario General de la ONU, Sr. Pérez de Cuellar, aquél argumentaba el rechazo de la jurisdicción obligatoria en el más exquisito lenguaje orwelliano, arguyendo que se hacía para "*fortalecer el proceso de solución de las disputas de la región, que pretende una salida negociada a la problemática política, económica y de seguridad de América Central*"²⁴.

En síntesis Estados Unidos se negaba a someterse al arbitraje de la Corte Internacional de Justicia, mientras continuaba con su agresión a Nicaragua... ¡con el supuesto objetivo de encontrar una solución negociada!. Una argumentación cínica que tenía una virtud: dejaba claro que la opción norteamericana se alejaba en la práctica de la legalidad internacional, aunque ello no le importara demasiado a la administración Reagan²⁵.

Asesorada por un competente equipo de expertos en Derecho Internacional, citados con anterioridad, Nicaragua obtendría triunfos parciales el 10 de mayo de 1984, cuando la Corte Internacional de Justicia dictaminó -15 votos a favor y ninguno en contra- que Estados Unidos debía cesar de forma inmediata cualquier intento de bloquear o minar los puertos nicaragüenses²⁶, y el 26 de noviembre de 1984, cuando la Corte estableció -en contra de los argumentos de Estados Unidos- que tenía competencia sobre el caso presentado por Nicaragua²⁷.

Pero el resultado exitoso de la iniciativa del gobierno sandinista se concretó de manera espectacular, cuando el 27 de junio de 1986 la Corte Internacional de Justicia condenó -por doce votos a favor, y tres en contra- a Estados Unidos por su actuación contra Nicaragua "*al entrenar, armar, equipar, financiar y abastecer a las fuerzas de la 'contra' y al apoyar y dirigir acciones militares y paramilitares en y contra Nicaragua*", y "*al instalar minas en las aguas territoriales nicaragüenses..., violando sus obligaciones según el Derecho Internacional consuetudinario de no usar la fuerza contra otro Estado, de no intervenir en sus asuntos, de no violar su soberanía, y de no interrumpir su comercio marítimo pacífico*"²⁸.

obligatoriedad y ejecución de la sentencia", en VV.AA. *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, p. 79).

²⁴ George P. Schultz, *Text of Secretary of State's Note to U.N. Secretary General Perez de Cuellar*, (6 abril 1984), op. cit..

²⁵ El profesor R.R. Bilder, antiguo asesor del Departamento de Estado, explica con más sinceridad los verdaderos motivos del gobierno norteamericano: "*En el caso Nicaragua, Estados Unidos consideró la remisión nicaragüense del caso a la CIJ como una obstrucción a sus esfuerzos de usar medios más coercitivos para desalojar al régimen sandinista*", (Richard R. Bilder, "Judicial Procedures Relating to the Use of Force", en Lori F. Damrosch, y David J. Sheffer (eds.). *Law and Force in the International Order*, op. cit., p. 283).

²⁶ John Vinocur, "U.S. Loses Ruling in Nicaragua Case", *The New York Times*, 11 mayo 1984, pp. A1 y A8.

²⁷ Stuart Taylor Jr., "World Court Step Poses Test For U.S.", *The New York Times*, 27 noviembre 1984, pp. A1 y A12.

²⁸ Véase International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua v. United States of America), Merits, Judgement, I.C.J. Reports 1986 ", en *International Legal Materials*, op. cit., pp. 146-147.

La Corte Internacional de Justicia condenó asimismo varios ataques contra territorio nicaragüense en los años 1983-1984, el embargo comercial, los vuelos de aviones militares norteamericanos sobre Nicaragua, y la distribución de un manual de guerrilla a la contra en el que se aconsejaba el asesinato de líderes sandinistas. La Corte rechazó el argumento de Estados Unidos de que sus actividades estaban basadas en la "autodefensa colectiva", y dictaminó que Estados Unidos no tenía ningún derecho a intervenir en contra del gobierno nicaragüense por diferencias ideológicas, y que estaba obligado a cesar su actuación contra Nicaragua y a pagar reparaciones a este país por todos los daños causados²⁹.

Pese a que no fue ejecutada, la sentencia de la Corte Internacional de Justicia tuvo, como antes he apuntado, un valor importante: sirvió para reforzar los esfuerzos realizados por los sandinistas al defender su revolución en los foros internacionales y ante la comunidad internacional, convirtiéndose, con palabras de Hilaire, en "*otro arma en su guerra de relaciones públicas con Estados Unidos*"³⁰. Al condenar al gobierno norteamericano la CIJ concluía dando la razón a los posicionamientos claves de Nicaragua contra Estados Unidos, y este país se veía obligado a situarse a la defensiva en términos políticos en su relación con el conflicto nicaragüense. El acusador se convertía en acusado y condenado por el más alto tribunal del mundo. Y esto se veía reflejado en las Naciones Unidas. Como he señalado, la Asamblea General aprobó cuatro resoluciones pidiendo el cumplimiento de la sentencia por parte de Estados Unidos, y este país debió vetar dos resoluciones del Consejo de Seguridad en el mismo sentido.

Eran, pues, lógicas las declaraciones de algunos dirigentes sandinistas, recalcando el significado de la sentencia para el orden jurídico internacional. Mientras para el presidente Ortega, con la sentencia "*Nicaragua rescató la confianza en el Derecho Internacional*"³¹, el ministro del Exterior D'Escoto sostenía que la decisión de la Corte reforzaba la fe en la posibilidad de garantizar la paz en el mundo a través de las leyes internacionales³², y el viceministro del Exterior Tinoco concluía que este resultado demostraba que era "*posible utilizar el Derecho Internacional en defensa de los países débiles y pequeños*"³³.

Y tampoco es de extrañar la coincidencia entre Arturo Zamora, ex-director jurídico de la Cancillería nicaragüense, al calificar la sentencia de "*hito histórico*"³⁴ y Keith Highet, presidente de la American Society of International Law, al reconocerla

²⁹ *Ibid.*, pp. 133 y 146-149.

³⁰ Max Hilaire, *International Law and the United States Military Intervention in the Western Hemisphere*, The Hague: Kluwer Law International, 1997, pp. 106-107. Boyle abunda en esta opinión al considerar que "*la decisión de la CIJ en el caso de Nicaragua fue utilizada con bastante eficacia por el movimiento anti-contra y por los grupos de lobbying para oponerse a la renovación de fondos para la contra en el Congreso...y contribuyó a deslegitimar, aunque no completamente, a la "opción" militar de la contra*", (Francis Anthony Boyle, *Foundations of World Order*, Durham: Duke University Press, 1999, p. 166).

³¹ Daniel Ortega, "Avanzar hacia la paz", entrevista de Carlos Fernando Chamorro, *Barricada Internacional*, n° 308, 20 enero 1990, p. 18.

³² Miguel D'Escoto, declaraciones en *Barricada*, 28 junio 1986, p. 5.

³³ Víctor Hugo Tinoco, *entrevista propia*, Managua, op. cit.

³⁴ Augusto Zamora, "4000 días de soberanía", *Envío*, n° 110, op. cit., p. 40.

como "una de las sentencias más importantes de la Corte Internacional de Justicia"³⁵.

Para Highet el fallo de la Haya (en el caso de Nicaragua versus Estados Unidos) será recordado en el futuro por los siguientes hechos: por ser "una decisiva y controvertida victoria de un pequeño país sobre una gran potencia", por "el retiro sin precedentes del proceso (de una de las partes)", por ser "una de las primeras sentencias de la Corte sobre un conflicto armado, y seguramente la primera sobre un conflicto en curso", por constituir "el pronunciamiento de un controvertido precedente sobre el uso de la fuerza, la intervención y el derecho de autodefensa colectiva en respuesta a un ataque armado", y porque "la Corte trató por primera vez un conjunto complejo de hechos presentados como la base para una decisión"³⁶.

Numerosos autores coinciden con Highet en afirmar el singular valor del veredicto de la Corte de La Haya en contra de Estados Unidos. Para R. Falk "incluso entendido sólo como un texto legal, el conjunto de opiniones judiciales contenidas en la sentencia Nicaragua v. United States constituye un extraordinario documento: representa un intento extraordinario realizado a través de una investigación judicial de valorar convincentemente la relevancia del derecho en un conflicto armado en curso... Quizás el logro más destacado de la sentencia de la Corte se encuentre en su explicación del derecho que regula el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, especialmente en lo que atañe a la compleja interrelación entre los conceptos de 'intervención', 'ataque armado', 'autodefensa' y 'autodefensa colectiva'"³⁷. R. St. J. MacDonald sostiene que la sentencia "ha realizado una contribución significativa... a la prohibición del uso de la fuerza en el derecho internacional"³⁸. Para J. Mrazek el fallo de La Haya "ha hecho una importante contribución al desarrollo del principio del no uso de la fuerza, y del sistema legal internacional. La correcta interpretación de este principio, así como el realce de su eficacia son de una extraordinaria importancia para la consolidación de la paz internacional y de la seguridad en nuestra era nuclear"³⁹. Para C. Lang las sentencias de 1984 y 1986 "harán época y marcarán el curso del pensamiento jurídico"⁴⁰. A. Rodríguez Carrión mantiene que "es posible estimar que la Corte Internacional de Justicia ha hecho afirmaciones que quizás apunten a una nueva concepción del Derecho internacional público"⁴¹. Para J. Piñoll i Rull " la importancia que han tenido las sucesivas ordenanzas y sentencias sobre el caso

³⁵ Keith Highet, "Evidence, the Court, and the Nicaraguan Case", en *American Journal of International Law*, vol. 81, enero 1987, nº 1, p. 1. Keith Highet había trabajado como abogado y asesor en varios casos ante la Corte Internacional de Justicia desde 1963.

³⁶ *Ibid.*, p. 2.

³⁷ Richard Falk, "The World Court's Achievement", *American Journal of International Law*, op. cit., pp. 106 y 108.

³⁸ R. St. J. Macdonald, "The Nicaragua Case: New Answers to Old Questions", *Canadian Yearbook of International Law*, 1986, p. 127.

³⁹ Joseph Mrazek, "Prohibition of the Use and Threat of Force: Self-Defense and Self-Help in International Law", *Canadian Yearbook of International Law*, 1989, pp. 82-83.

⁴⁰ Caroline Lang, *L'affaire Nicaragua/ Etats Unis devant la Cour Internationale de Justice*, op. cit., p. 1.

⁴¹ Alejandro Rodríguez Carrión, "El Derecho Internacional en la sentencia de la Corte Internacional de Justicia en el asunto Nicaragua-Estados Unidos", *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz*, Leioa: Universidad del País Vasco, 1987, p. 19.

*Nicaragua contra Estados Unidos de América para la clarificación de diferentes cuestiones jurídicas, tanto procesales como de fondo (especialmente conectadas con el alcance del artículo 2.4 de la Carta de las Naciones Unidas y el del principio de la no intervención) puede calificarse de fundamental. Su relevancia política, no sólo respecto al sistema internacional en general, sino también sobre el futuro del propio Tribunal Internacional de Justicia, es indudable*⁴². Y finalmente en palabras de V. Abellán: *"El tribunal marca un hito importante en cuanto, por primera vez en la historia, se descubre al Derecho Internacional como un instrumento útil para la defensa de un pequeño Estado frente a una superpotencia, y como argumento de la razón frente a la fuerza"*⁴³.

La sentencia mostraba así las inéditas posibilidades del Derecho Internacional frente a una gran potencia, demostraba los resultados positivos -para un pequeño país- de denunciar las agresiones de los poderosos por medio de las leyes internacionales, justificaba la fe y la confianza del gobierno revolucionario en la imparcialidad de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, y en el enfrentamiento nicaragüense con Estados Unidos contribuía en alguna medida a aislar internacionalmente la política intervencionista de este país, como afirmaba el viceministro del Exterior, V.H.Tinoco⁴⁴.

E incluso ante la comunidad internacional la propia Corte Internacional de La Haya podía beneficiarse del coraje de su fallo (si éste era respetado), aumentando su prestigio y alentando a otros países a acudir a la misma en busca de justicia⁴⁵.

En contra de este último juicio se pronuncian asimismo varios autores. Abraham D. Sofaer, asesor jurídico del departamento de Estado, critica con dureza la sentencia y a la misma Corte Internacional de Justicia. Para Sofaer *" el resultado más probable de la decisión de la Corte sobre el caso de Nicaragua será una disminución en el respeto a los pronunciamientos de la CIJ y en el futuro potencial de la misma como un instrumento de razón en la causa de la paz"*⁴⁶. J. N. Moore asegura que *"la decisión de la CIJ en el caso Nicaragua revela claramente el grave deterioro del sistema global de disuasión y el efecto corrosivo de la estrategia de agresión encubierta. La decisión en si misma es una tragedia para el orden mundial y para las esperanzas de fortalecer la jurisdicción internacional"*⁴⁷. Y T. M. Franck mantiene que *"aunque académicos y estudiantes investiguen ricas venas en las consideraciones accesorias (de la sentencia), la impresión general sobre la*

⁴² Joan Piñoll i Rull, "Los asuntos de las actividades militares y paramilitares en Nicaragua y en contra de este estado (Nicaragua contra Estados Unidos de América)", *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. XXXIX, 1987, p. 99.

⁴³ Victoria Abellán, "El Derecho Internacional como marco de convivencia en las relaciones internacionales", en VV. AA. *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, op. cit., p.14.

⁴⁴ Víctor Hugo Tinoco, *Conflicto y paz: el proceso negociador centroamericano*, México D.F.: Editorial Mestiza/CRIES, 1989, p. 31.

⁴⁵ Keith Highet, "Evidence, the Court, and the Nicaraguan Case", en *American Journal of International Law*, op. cit., p. 54.

⁴⁶ Abraham D. Sofaer, "International Law and the Use of Force", *The National Interest*, Fall 1988, n° 13, p. 61.

⁴⁷ John Norton Moore, "The Nicaragua Case and the Deterioration of World Order", *American Journal of International Law*, op. cit., p. 152.

sentencia es que tendrá implicaciones desfavorables para el imperio del derecho, al menos a corto plazo"⁴⁸.

Pese a su importancia histórica y a su gran valor simbólico, el fallo de La Haya confirmaba la debilidad citada anteriormente de una resolución de este tipo. La Corte Internacional de Justicia no poseía capacidad de hacer cumplir su sentencia⁴⁹, y Estados Unidos no sólo no reconocía la competencia de la Corte en este caso⁵⁰, sino que además vetaba las resoluciones del Consejo de Seguridad e ignoraba las resoluciones de la Asamblea General de la ONU, que le instaban a acatar la sentencia⁵¹.

Por eso y frente a la insistencia sandinista de ver sólo el lado positivo de la sentencia⁵² considero que de la actitud de incumplimiento de la misma por parte de la administración Reagan, los países pequeños y débiles podían asimismo extraer una conclusión negativa: ¿Por qué acudir a los tribunales internacionales, para qué escudarse en el Derecho Internacional, si éste era burlado y desconocido por las grandes potencias o por estados fuertes?

⁴⁸ Thomas M. Franck, "Some Observations in the ICJ's Procedural and Substantive Innovations", *American Journal of International Law*, op. cit., p. 121.

⁴⁹ El cumplimiento obligado de las sentencias de la Corte Internacional de Justicia se convirtió en una reivindicación permanente del gobierno sandinista en los foros internacionales. Véanse Nora Astorga, *Discurso en la Asamblea General de Naciones Unidas*, 12 noviembre 1987, Managua: MINEX, mimeo., p. 2; Daniel Ortega, *Discurso en la IX Cumbre del Movimiento de Países No Alineados*, Belgrado, 6 septiembre 1989, MINEX, mimeo., p. 6.; y "Discurso en el XLIII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas", Nueva York, 13 octubre 1988, *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 26, Primer trimestre de 1989, p. 139; y Miguel D'Escoto, *La paz y el imperio de la ley en las relaciones internacionales*, discurso en la reunión ministerial extraordinaria del Movimiento de Países No Alineados, La Haya, 26 junio 1989, MINEX, mimeo., pp. 3-6.

⁵⁰ Charles E. Redman, portavoz del departamento de Estado, declaraba lo siguiente inmediatamente después de que la Corte Internacional dictara la sentencia: "*La Corte no está equipada para tratar un caso de esta naturaleza que implica hechos complejos e información de inteligencia... Consideramos que nuestra política en América Central es totalmente coherente con el Derecho Internacional*": citado en David K. Shipler, "U.S. Assails Court Ruling and Closing of La Prensa", *The New York Times*, 28 junio 1986, p. 4.

⁵¹ Un mes después del dictamen de la Corte Internacional de Justicia, Estados Unidos vetó una resolución aprobada por 11 países (tres se abstuvieron) que exigía un total cumplimiento de la sentencia (Elaine Sciolino, "U.S. Vetoes Rebuke on Aid to Contras", *The New York Times*, 1 agosto 1986, p. A3). La Asamblea General de la ONU se pronunció cuatro veces en el mismo sentido y con el mismo resultado negativo. Sobre el debate acerca de la improcedencia del veto de Estados Unidos en un asunto -la sentencia- que le afectaba directamente, véase Augusto Zamora, *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua 1979-1990*, op. cit., pp. 458-485. Asimismo Pérez González, al analizar el no cumplimiento de la sentencia por parte de Estados Unidos, llama la atención sobre "*las grandes dificultades para hacer funcionar el sistema de ejecución coactiva respecto de un estado que, siendo superpotencia, es miembro permanente del Consejo de Seguridad y tiene en su seno por tanto el derecho de veto*", (Manuel Pérez González, "Responsabilidad internacional de Estados Unidos por los actos ilícitos cometidos contra Nicaragua y por el no cumplimiento de la sentencia del TIJ", en VV.AA. *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, op. cit., pp. 90-91). Carrillo Salcedo, por su parte, critica duramente el veto de Estados Unidos en el caso de Nicaragua, calificándolo de "*testimonio inequívoco de arrogancia, de la hipocresía de una gran potencia que dice creer en el Derecho y, en la práctica, impone sus unilaterales puntos de vista a toda la comunidad internacional*", (Juan Antonio Carrillo Salcedo, "Reflexiones sobre el actual deterioro del Derecho Internacional y la necesidad de su respeto en las relaciones internacionales para la salvaguarda de la paz y de la seguridad internacional", en VV.AA. *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, op. cit., pp.107-108).

⁵² Véase al respecto la opinión de Carlos Argüello, embajador de Nicaragua ante la CIJ: Carlos Argüello Gómez, "Reflexiones sobre la crisis actual del Derecho Internacional, quiénes la ocasionan y qué puede hacerse para superar esta situación", VV.AA. *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, op. cit. 118-119.

Resulta, pues, unilateral concluir que la sentencia de La Haya a favor de Nicaragua sólo tuvo consecuencias positivas. La falta de capacidad de la Corte Internacional para conseguir que aquella fuera acatada, también podía arrojar, como he señalado, una lectura menos optimista.

VI.4. La relación con la Organización de Estados Americanos: de la desconfianza al acercamiento

La OEA no fue la organización preferida por el gobierno sandinista para hacer valer sus posiciones en el escenario internacional, y durante mucho tiempo estuvo bajo sospecha y desconfianza por parte sandinista debido a la sumisión de este organismo a las políticas norteamericanas en el pasado: el caso más escandaloso fue la invasión norteamericana a la República Dominicana en 1965 con el beneplácito de la OEA⁵³.

Sin embargo, como ya he señalado, desde antes de acceder al gobierno, los sandinistas no tuvieron reparos en acudir a este foro en busca de la solidaridad latinoamericana para su causa, logrando en junio de 1979 la histórica decisión tomada en la XVII Reunión de Consulta del Consejo Permanente de la OEA, en la que se aprobó " *el reemplazo inmediato y definitivo del régimen somocista*"⁵⁴.

Este extraordinario posicionamiento de la OEA no fue suficiente para que el gobierno sandinista cambiara por completo su parecer acerca de la debilidad de este organismo, como queda de manifiesto en las declaraciones realizadas en los primeros años de la revolución por el viceministro del Exterior V. H. Tinoco y por Edgard Parrales, embajador nicaragüense en la OEA entre 1979 y 1985. Para éste la OEA era " *un foro malgastado y en lugar de ser tribuna de igualdad, sólo favorece a una gran potencia con algunos pequeños Estados que le sirven de fachada*"⁵⁵. No menos inflexible con el comportamiento de la OEA se manifestaba Tinoco: " *Nosotros hemos sostenido siempre que la OEA fue concebida en una forma deformada y que su actuación ha sido producto del peso de la presencia en el interior de ese organismo de una potencia extra-regional, los Estados Unidos de América*"⁵⁶.

Si la desconfianza basada en el papel histórico de la OEA provocó que los sandinistas plantearan sus posiciones, principalmente, en el Consejo de Seguridad y en la Asamblea General de la ONU, no despreciaron, sin embargo, por ello las posibilidades que encerraba el foro del organismo regional americano, y no fue pasiva su presencia en el mismo.

⁵³ Véase el análisis de este hecho en Antonio Remiro Brotons, *La hegemonía norteamericana, factor de crisis de la OEA*, Bolonia: Real Colegio de España, 1972, pp. 40-45.

⁵⁴ OEA, "Texto final de la resolución aprobada por la XVII Reunión de Consulta de la O.E.A.", en Partido Conservador de Nicaragua, *La revolución nicaragüense y la OEA* (recopilación de documentos presentados por el partido Conservador de Nicaragua a los gobiernos miembros de la OEA en 1981 y 1986), Managua, 1986, p. 34.

⁵⁵ Edgard Parrales, declaraciones en "Nuevo llamado al diálogo con EUA", *Barricada Internacional*, n° 58, 11 abril 1983, p. 1.

⁵⁶ Víctor Hugo Tinoco, "América Latina bajo la lupa de los No Alineados", entrevista en *Barricada Internacional*, n°46, 10 enero 1983, p.7.

En la OEA el gobierno revolucionario intentó hacer valer la bandera del latinoamericanismo frente a las pretensiones norteamericanas sobre Nicaragua y otros países de América Latina, como Panamá en la crisis de 1989, y se solidarizó con causas como la de Argentina en la guerra de las Malvinas en 1982⁵⁷.

Más aun, los sandinistas intentaron revertir la actitud de sumisión de la OEA frente a la gran potencia del Norte, denunciando el intervencionismo norteamericano propugnado por la Doctrina Reagan⁵⁸, así como las agresiones perpetradas por Estados Unidos contra la soberanía de algunos países americanos, por ejemplo la invasión de Grenada en 1983, el minado de las aguas territoriales nicaragüenses en 1984 y la invasión de Panamá en 1989. Y el propio presidente Daniel Ortega en la Asamblea General de la OEA en noviembre de 1987 dio una respuesta definitiva desmontando -en base a la simple cita de la sentencia de La Haya- las acusaciones norteamericanas de incumplimiento de los compromisos electorales supuestamente contraídos por la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional ante la OEA en 1979, a cambio del apoyo de esta organización al "reemplazo" de Somoza⁵⁹.

La OEA se convirtió además en una plataforma desde la que Nicaragua pudo ampliar sus relaciones diplomáticas con algunos países del área del Caribe con los que pese a su proximidad geográfica no se mantenía ningún tipo de lazo formal⁶⁰. Y en la OEA el gobierno nicaragüense ratificó la Convención Americana sobre Derechos Humanos, y suscribió tanto el protocolo de reformas de la Carta de esta organización como la Convención Interamericana contra la tortura⁶¹.

Al igual que en 1979, durante la década de los 80, en todo el conflicto centroamericano y específicamente en el nicaragüense, la OEA respondió mejor de lo que los sandinistas esperaban y temían: No se convirtió en una instancia al servicio de la política de Estados Unidos, cuando este país quiso utilizarla contra Nicaragua en varios incidentes fronterizos entre Costa Rica y Nicaragua, y la misma OEA solicitó que el Grupo de Contadora formara una comisión para investigar

⁵⁷ MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p. 25.

⁵⁸ Víctor Hugo Tinoco, extractos del discurso durante el XII período de sesiones de la OEA, *Barricada*, 19 noviembre 1982, p. 1; y extractos del discurso en el XIII período de sesiones de la OEA, *Barricada*, 17 noviembre 1983, p. 5.

⁵⁹ El texto de la sentencia de la Corte Internacional decía: "*La Corte tampoco puede suscribir la idea de que Nicaragua había tomado concretamente el compromiso de organizar elecciones libres... Se trató de una promesa esencialmente política hecha no sólo a la Organización (OEA), sino también al pueblo de Nicaragua... Pero la Corte no encuentra ningún instrumento que tenga valor jurídico unilateral, por el cual Nicaragua se hubiera comprometido en cuanto al principio y a las modalidades de elecciones libres... Lo que es más, aún suponiendo que esta promesa política hubiera tenido el valor de compromiso jurídico, no hubiera podido en absoluto permitir a los Estados Unidos reclamar la puesta en práctica de tal compromiso, tomado no frente a ellos, sino respecto a la Organización, única legitimada para comprobar su ejecución*", citado por Daniel Ortega en "Una hora decisiva para América latina: consolidar la autodeterminación de los pueblos", discurso ante la Asamblea General de la OEA (11 noviembre 1987), en *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 198-199. Véase International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua v. United States of America), Merits, Judgement, I.C.J. Reports 1986", en *International Legal Materials*, op. cit., p. 132.

⁶⁰ Estos países eran Barbados, Belice, Guyana, Dominica, Jamaica, Trinidad y Tobago, Surinam y Santa Lucía: véase MINEX, *Informe especial: relaciones diplomáticas de Nicaragua a nivel mundial al seis de agosto de 1987*, Managua, mimeo., 6 agosto 1987.

⁶¹ MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., pp. 25-26.

dichos incidentes⁶². Y tampoco lo hizo al respaldar el proyecto del Grupo de Contadora, combatido sutilmente por la administración Reagan⁶³.

El propio presidente Ortega reconocía la actitud positiva de la OEA ante el conflicto nicaragüense: "*(Los Estados Unidos) no han conseguido instrumentar a la Organización de Estados Americanos (OEA) en apoyo a su política de fuerza, a pesar de que tienen en la crisis económica un arma poderosa para chantajear a los gobiernos*"⁶⁴.

Y fue en el proceso de paz que se abrió en América Central a partir de Esquipulas en agosto de 1987, donde, a petición de Nicaragua, la OEA se implicó de una forma abierta con la presencia de su Secretario General, Joao Baena Soares, como testigo en los encuentros entre los presidentes centroamericanos, y enviando un equipo de observadores oficiales a las elecciones nicaragüense de 1990⁶⁵.

Este comportamiento de la OEA demostraba las graduales y profundas transformaciones que esta organización había realizado desde finales de los años 70, dando así claras muestras de autonomía y de despegue de su histórico sometimiento a los dictados de Washington en América, y contribuyendo, bien que de forma tímida, a la defensa de la autodeterminación de Nicaragua. La OEA no había sido el principal baluarte frente al acoso norteamericano a la revolución sandinista, pero había demostrado una dignidad, frente a Estados Unidos, de la que había carecido en épocas anteriores.

VI.5. Fortaleza y debilidad de la política de no alineamiento: Nicaragua en el Movimiento de Países no Alineados

Para la Nicaragua revolucionaria el Movimiento de Países No Alineados (NOAL) se convirtió en el escenario internacional, donde podía dar a conocer su situación en una atmósfera más favorable, y donde podía encontrar un respaldo más directo a su causa.

Las razones para su ingreso en los NOAL -en lo que Zamora califica de la primera "*gran acción internacional nicaragüense*"⁶⁶- fueron expuestas por Daniel Ortega en la VI Cumbre del movimiento de No Alineados celebrada en La Habana en septiembre de 1979:

"Entramos en los No Alineados -sostuvo Ortega- porque en este Movimiento vemos a la organización más amplia de los Estados del Tercer Mundo, que juegan un importante papel y ejercen una ascendente influencia en la esfera internacional,

⁶² " OEA: Prevalece posición latinoamericanista", *Barricada Internacional*, nº 162, 13 junio 1985, p. 1.

⁶³ "Revés de Estados Unidos en la OEA ", *Barricada Internacional*, nº 154, 4 abril 1985, p. 1.

⁶⁴ Daniel Ortega, "Nicaragua difícilmente podrá parecerse a los regímenes parlamentarios", entrevista de Jesús Ceberio, *El País*, 4 febrero 1985, p. 2.

⁶⁵ MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p. 26.

⁶⁶ Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, nº 110, op. cit., p. 33.

en la lucha de los pueblos contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el apartheid, el racismo, incluyendo el sionismo y toda forma de opresión; porque están por la coexistencia pacífica activa, contra la existencia de bloques y alianzas militares, por la reestructuración de las relaciones internacionales sobre bases justas y por el establecimiento de un nuevo orden internacional. En la revolución sandinista no hay alineamiento, hay un compromiso absoluto y consecuente con las aspiraciones de los pueblos que han hallado su independencia y con los que luchan por obtenerla. Por eso estamos en los No Alineados"⁶⁷.

El no alineamiento pretendió ser uno de los principios básicos, junto a los de pluralismo político, economía mixta y antiimperialismo, sobre los que descansaría la estrategia global de la revolución sandinista, y se erigió en el eje central sobre el que giraría el desarrollo de sus relaciones internacionales, como recordaba el ministro del Exterior D'Escoto en un seminario para los embajadores de Nicaragua: *"Para la nueva Nicaragua el nuevo elemento de No Alineamiento, elemento esencial de su política exterior, es indispensable para lograr la independencia y porque además necesita de una amplia diversificación de relaciones internacionales, de pluralismo verdadero en las relaciones diplomáticas, económicas, científicas y culturales"*⁶⁸.

Como plantean Vanderlaan y Armstrong, el no alineamiento sandinista estaba lógicamente influido por la historia de intervenciones norteamericanas en Nicaragua⁶⁹, era una opción planteada ya en el Programa Histórico del FSLN en 1969⁷⁰, fue adoptada con convicción por el gobierno revolucionario desde el momento del triunfo⁷¹, y quedó institucionalizada en la Constitución de Nicaragua aprobada en 1987⁷².

La presencia activa de Nicaragua en los NOAL era por lo mismo una consecuencia lógica de ese posicionamiento cardinal en política exterior. En los No Alineados Nicaragua encontraba tanto un movimiento que en teoría defendía sus mismas posiciones en el ámbito internacional, como unos *"aliados naturales"* a quienes pedir solidaridad política y económica y en quienes poder confiar en los duros momentos de la confrontación con Estados Unidos⁷³.

⁶⁷ Daniel Ortega, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, en *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 19.

⁶⁸ Miguel D'Escoto, *Discurso en seminario para embajadores de Nicaragua*, op. cit., p.2.

⁶⁹ Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., p. 324, y Robert Armstrong, "Nicaragua: Sovereignty and Non Alignment", *NACLA: Report on the Americas*, vol. XIX, n° 3, mayo-junio 1985, p.16.

⁷⁰ FSLN, *El programa histórico del FSLN*, Managua: Departamento de Propaganda y Educación Política, 3ª edición, pp. 27-28.

⁷¹ El programa de Gobierno del mes de julio de 1979 en el área de política exterior establecía lo siguiente: *"Se seguirá una política exterior independiente y de no alineamiento que relacione a nuestro país con todas las naciones respetuosas de la autodeterminación y de las relaciones económicas justas y mutuamente beneficiosas"*, (JGRN, "Programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (9 julio 1979)", reproducido en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, op. cit, p. 108).

⁷² Asamblea Nacional de la República de Nicaragua, "Constitución Política", Título I, artículo 5, *La Gaceta*, Diario Oficial, Managua, 9 enero 1987, p. 35.

⁷³ Véase Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op.cit., p.32.

En el Movimiento de Países No Alineados el gobierno sandinista buscaba una retaguardia política y un punto de referencia clave para superar el aislamiento internacional al que intentaban someter a la revolución nicaragüense los gobiernos de Washington de los 80, y en especial la administración Reagan.

Pero al mismo tiempo también Nicaragua se ofrecía como "*reserva estratégica*" para la defensa de los principios del movimiento⁷⁴. Desde esa perspectiva iba a utilizar la plataforma de este foro para manifestar su apoyo y solidaridad con las luchas de liberación y con las causas antiimperialistas en todo el mundo, (entendiendo siempre como único imperialismo al norteamericano: Nicaragua nunca se solidarizará con los rebeldes afganos que combatían la invasión soviética).

En cambio la resistencia palestina de la OLP frente a Israel, del Frente Polisario frente a Marruecos, la de Timor Este frente a Indonesia, la de la sudafricana ANC frente al apartheid de Pretoria, la lucha de Puerto Rico y Namibia por su independencia, y la rebelión de las guerrillas salvadoreñas del FMLN (pero no la de la URNG guatemalteca) hallarían en Nicaragua un firme aliado en sus intervenciones ante los No Alineados.

De la misma forma las agresiones de Estados Unidos a Cuba, Grenada, Libia y Panamá serían denunciadas una y otra vez y con mucha dureza por las delegaciones sandinistas en los NOAL⁷⁵.

Como señalan Queiser/Vanden y Yopo, se trataba de una cuestión de sobrevivencia⁷⁶. El apoyo y la solidaridad políticas que Nicaragua prestaba en los NOAL a estas causas se transformaba en apoyo y solidaridad de los NOAL para que se mantuviera viva en el mundo la simpatía por la revolución nicaragüense.

La Nicaragua revolucionaria se movió con habilidad en el complejo y contradictorio escenario de los países que conformaban el Movimiento de No Alineados. A diferencia de Cuba, Nicaragua mantuvo una línea mucho más nítida de no alineamiento en sus posiciones internacionales, como he señalado tomando como base sus votaciones en las Naciones Unidas (mucho más próximas a las de México y

⁷⁴ Daniel Ortega, "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, Harare, (4 septiembre 1986), en *Combatiendo por la paz...*, op. cit., p. 151.

⁷⁵ Véanse Daniel Ortega, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, *Ibid.*, pp. 17-26; "Endeudamiento de los países pobres", discurso en la V Reunión Ministerial Extraordinaria del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados sobre América Latina y el Caribe, Managua, (12 enero 1983), *Ibid.*, pp. 77-87; "La intervención militar de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en la VII Cumbre del Movimiento de países No Alineados, Nueva Delhi, (9 marzo 1983), *Ibid.*, pp. 88-95; "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, *Ibid.*, pp. 146-153; y *Discurso en la IX Cumbre del Movimiento de Países No Alineados*, op. cit. Véanse igualmente Miguel D'Escoto, "Discurso en la reunión ministerial extraordinaria del Movimiento de Países No Alineados", Georgetown, (10-12 marzo 1987), *Boletín especial*, MINEX, Managua, 6 abril 1987; y *La paz y el imperio de la ley en las relaciones internacionales*, op. cit., pp. 3-4.

⁷⁶ Véase Waltraud Queiser, y Harry E. Vanden, "Relations with the Nonaligned Movement", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., p. 475; y Boris Y. Yopo, "La política exterior de Nicaragua: Principios y pragmatismo en un contexto internacional adverso", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución negociada*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 61-62.

la India que a las de Cuba), y aún resaltando las contradicciones y la ambigüedad de algunas de dichas votaciones. De ahí que no tengan un fundamento sólido las denuncias de Washington sobre el alineamiento de Managua con Moscú.

Mas bien, y siguiendo a Queiser/Vanden, el internacionalismo que Nicaragua demostró en su presencia en los NOAL y en las Naciones Unidas tenía básicamente que ver con la necesidad de defenderse de las agresiones estadounidenses y no con el objetivo de "exportar" o extender su propia praxis revolucionaria, como sostenía la administración Reagan⁷⁷.

Además Nicaragua había aprendido de la experiencia negativa de Cuba. El aislamiento político, diplomático y económico sufrido por la revolución cubana desde 1961 por imposición de Estados Unidos, había sido justificado por los gobiernos de este país en base al revolucionarismo a ultranza del régimen cubano en América Latina durante los años 60 y a su presencia militar en Africa en los años 70 y 80.

Desde su ingreso en los NOAL en septiembre de 1979 durante la VI Cumbre en La Habana, Nicaragua tomó parte activa en todas las cumbres y reuniones ministeriales de los NOAL, que se realizaron en la década de los 80.

El gobierno revolucionario consiguió que en enero de 1983 se realizara una reunión del Buro de Coordinación de los NOAL en Managua⁷⁸. Con la asistencia de 89 países y 116 delegaciones, los NOAL discutieron por primera vez como tema central la situación en América Latina y más en concreto el conflicto centroamericano, confirmándose así una vez más que los temas americanos no eran ya un asunto exclusivo de la OEA, y lográndose, a pesar de las presiones de Washington, una resolución de apoyo a la revolución sandinista que confirmaba las simpatías de que Nicaragua disfrutaba en este foro⁷⁹.

En la VII Cumbre de Nueva Delhi, Nicaragua comenzó a destacar como uno de los países "líderes" del Movimiento, más por su gran activismo frente al acoso de Estados Unidos, que por su peso real entre los países de los NOAL. Nicaragua alcanzó una de las veinte vicepresidencias de este movimiento y la presidencia de la Comisión Económica. Sin embargo fracasó en el intento realizado en la VIII Cumbre de Harare en septiembre de 1986, para conseguir el apoyo suficiente para que Managua fuera escogida como sede de la IX Cumbre, lo cual hubiera significado la presidencia de los NOAL. De hecho, y aunque no se llegó a votar, Nicaragua sólo contaba con los votos seguros de los países africanos, y fue paradójicamente entre los países de América Latina donde más reticencia encontró la candidatura nicaragüense⁸⁰. Finalmente Yugoslavia sería elegida como sede de la IX Cumbre.

⁷⁷ Waltraud Queiser, y Harry E. Vanden, "Relations with the Nonaligned Movement", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., p. 482.

⁷⁸ El Buró de Coordinación es el órgano encargado de ejecutar las resoluciones adoptadas en las Cumbres del Movimiento de Países No Alineados.

⁷⁹ "Comunicado de Managua", *Barricada Internacional*, n° 48, 24 enero 1983, pp.1-7 archivo.

⁸⁰ Dirección de Información, Documentación y Análisis del MINEX, *Evaluación de la reunión de Harare y perspectivas para la IX Cumbre de los NOAL*, Managua, 14 noviembre 1986 (documento interno).

El gobierno sandinista, de la misma forma en que había actuado en el resto de los foros internacionales, utilizó la plataforma de los NOAL como una trinchera en su estrategia de defensa de la Revolución: allí denunció también las agresiones norteamericanas contra Nicaragua y otros países del Tercer Mundo, manifestó, como he señalado anteriormente, su apoyo y solidaridad con las causas antiimperialistas de todo el mundo, y planteó propuestas de diálogo y soluciones políticas para el conflicto centroamericano. Actividades similares a las realizadas en los distintos organismos de la ONU, pero desarrolladas en un ambiente más propicio a que se tradujeran en resoluciones favorables a Nicaragua⁸¹.

No fueron inútiles los esfuerzos del gobierno sandinista al reclamar la atención de los Países No Alineados hacia la situación de cerco y aislamiento a que estaba sometida la revolución nicaragüense. Junto con las Naciones Unidas, los NOAL fueron el foro internacional donde Nicaragua obtuvo un apoyo político más claro para su causa. Los NOAL se posicionaron reiteradamente condenando con mayor o menor firmeza la política de Estados Unidos, manifestando su solidaridad con Nicaragua (como quedó demostrado con su presencia en Managua en enero de 1983, con la elección de Nicaragua a una de las vicepresidencias del Movimiento, y con sus votos en la ONU a favor de Nicaragua tanto en el Consejo de Seguridad como en la Asamblea General), y alentando el proceso de paz iniciado por Contadora y concluido en Esquipulas.

El gobierno sandinista consiguió que América Latina, América Central y Nicaragua fueran temas habituales en la agenda de los NOAL, consiguió convertir a este movimiento en un baluarte importante en la defensa de su revolución y en sus esfuerzos para evitar el aislamiento que Estados Unidos quería imponer a Nicaragua. En este sentido los NOAL se convirtieron en una retaguardia política y moral para la Nicaragua revolucionaria.

Pero también aquí y mucho más que en las Naciones Unidas quedaron patentes las grandes limitaciones de las resoluciones de las organizaciones internacionales, cuando se mantienen sólo en el plano de la retórica, de la condena verbal, y de los discursos vacíos de efectividad⁸². Sin duda los posicionamientos de los NOAL a favor de Nicaragua tuvieron alguna eficacia en frenar una mayor actitud agresiva por parte de Estados Unidos, pero también se mostraron incapaces de detener la agresión permanente y sistemática de Estados Unidos al proyecto de autodeterminación que el pequeño país centroamericano había emprendido en 1979.

Y la derrota de este proyecto en 1990, la derrota de un país, que más allá de su simpatía natural por el campo soviético, había optado por una vía de no alineamiento

⁸¹ Véanse las siguientes declaraciones de los No Alineados (NOAL): "Extractos de la resolución de la Conferencia Cumbre de New Delhi", *Barricada*, 12 marzo 1983, p. 5.; y "Resolución de la Conferencia Cumbre de Harare", *Boletín especial*, MINEX, 20 septiembre 1986.

⁸² El Ministro del Exterior D'Escoto se quejaba de ello en una de sus últimas intervenciones ante los NOAL: "*Es triste decirlo -planteaba D'Escoto-, pero por ello no menos cierto, que nuestro pasado ha sido de grandes reuniones con grandes declaraciones y resoluciones, en las que todos luchamos por introducir nuestro párrafo sobre nuestro particular problema. Desafortunadamente ese tipo de resoluciones y declaraciones cada vez va teniendo menor impacto. La palabra, la simple denuncia de nuevos crímenes va perdiendo cada vez más su capacidad de impactar la conciencia de quienes se consideran más allá de toda moral, de todo derecho, de toda justicia*", (Miguel D'Escoto, *La paz y el imperio de la ley en las relaciones internacionales*, op. cit., p.4).

en la pugna entre las grandes potencias, fue también en ese sentido una derrota del Movimiento de Países No Alineados.

VI.6. El recurso a los organismos internacionales, signo de la moderación de la política exterior sandinista, y ocasión para la notoriedad y respeto a la revolución

La presencia activa del gobierno revolucionario en las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos, llevando a estos organismos el conflicto nicaragüense y en alguna ocasión el centroamericano, es la mejor constatación de que el régimen sandinista utilizó la diplomacia no como un instrumento radical sino como un medio normalizado e institucionalizado para intentar encontrar soluciones políticas a dichos conflictos.

Asimismo el recurso de la revolución sandinista a la Corte Internacional de Justicia de La Haya muestra primero que Nicaragua fue respetuosa con la legalidad internacional, y en segundo lugar indica que Nicaragua consideró que el Derecho Internacional tenía validez para ser aplicado en una situación en que un pequeño Estado sufría la agresión de una potencia poderosa, y que el hecho de que dicho Estado se encontrara inmerso en un proyecto revolucionario en marcha no restaba fuerza ni a su apelación a la justicia internacional, ni a su esperanza en una sentencia justa.

El activismo diplomático en las organizaciones internacionales y su confianza en la Corte Internacional de Justicia son dos pilares claves sobre los que se asienta la tesis de que la Nicaragua revolucionaria desarrolló en líneas generales una política exterior moderada.

Difícilmente hubiera recurrido el gobierno sandinista a las instituciones citadas, si su comportamiento en política exterior hubiera violado las leyes internacionales. Y cabe recordar que en ambos frentes la revolución encontró apoyo a sus posiciones.

La ruptura con el modelo de conducta de los estados revolucionarios al solicitar el amparo y el dictamen de las organizaciones e instituciones internacionales fue otro de los factores que contribuyó a proyectar a la Nicaragua revolucionaria como un actor notable en la sociedad internacional de los 80. Su denuncia, en los foros internacionales, de la agresión que sufría por parte de una gran potencia, y su defensa, en los mismos, de su soberanía y del derecho a decidir su propio sistema político hicieron destacar a Nicaragua con un perfil superior a su propia realidad de país pequeño y subdesarrollado.

El éxito de Nicaragua en la sentencia de la Corte Internacional de Justicia en contra de Estados Unidos acrecentó este perfil internacional de la revolución sandinista, contribuyendo a su defensa, y marcando a la vez una pauta importante para los posibles enfrentamientos en el futuro entre Estados pequeños y potencias poderosas.

Pero, como he señalado anteriormente, no se puede tampoco olvidar que ni el recurso favorable al Derecho Internacional ni el apoyo retórico y político de la OEA y del Movimiento de Países No Alineados sirvieron para acabar con la agresión de Estados Unidos, aunque sin duda contribuyeron a frenarla en alguna medida.

De ahí que se puedan extraer dos conclusiones diferentes del uso que el gobierno sandinista hizo de esta táctica de defender la revolución en los foros internacionales de mayor prestigio.

Por un lado la simpatía por la revolución y el freno del acoso norteamericano, logros alcanzados en dichas organizaciones por la Nicaragua revolucionaria, muestran una vía obligada e imprescindible para cualquier pequeño país en sus disputas con los más fuertes: el recurso a las instituciones multilaterales internacionales y la exigencia firme del respeto al Derecho Internacional tienen, después de la actuación sandinista, un trecho recorrido y una pequeña experiencia acumulada.

Una experiencia que, no obstante, es contradictoria: si bien supone que, como le ocurrió a Nicaragua, los países pequeños pueden encontrar el respaldo de las organizaciones y de las leyes internacionales, al mismo tiempo la no aceptación de las resoluciones de esas organizaciones y de las mismas leyes por parte de una gran potencia -aquí, Estados Unidos- puede provocar el escepticismo ante el Derecho Internacional por la incapacidad de los organismos internacionales para obligar a que lo acaten los países transgresores del mismo, cuando éstos son poderosos.

Además de defender su revolución en los foros internacionales y en base al Derecho Internacional, el gobierno sandinista, como he planteado arriba, buscó ayuda y apoyo en aquellos espacios del sistema internacional, en los que consideraba que podía encontrar aliados: en los países socialistas por sus coincidencias ideológicas; en gobiernos y fuerzas políticas de algunos países capitalistas desarrollados, en cuanto que la revolución no se identificaba totalmente con el modelo soviético y esto tenía un cierto interés para dichas fuerzas; en sectores progresistas de la sociedad civil de esos países; y por último en América Latina, por su pertenencia común a una misma cultura e historia y a una realidad presente con problemas similares. Estas relaciones serán examinadas en los próximos capítulos.

VII. LAS LIMITACIONES DEL “NATURAL” APOYO DEL MUNDO SOCIALISTA

VII. 1. La pertenencia del FSLN a una cultura socialista

En los países socialistas el FSLN ya en el gobierno buscará y encontrará uno de los principales apoyos internacionales para su revolución acosada. Las relaciones con estos países -y de forma especial con Cuba y la Unión Soviética- no siguieron un cauce uniforme y lineal. El estrecho apoyo de Cuba en todo el periodo revolucionario se desarrolló paralelo a la débil asistencia de la URSS en los primeros años de revolución y a una fuerte colaboración de este país a partir del momento en que se acentuaron las agresiones norteamericanas y los problemas de la Nicaragua revolucionaria. Los lazos políticos, económicos y militares con el resto de países socialistas -asimismo con matices y diferencias entre ellos- alcanzaron unas dimensiones inferiores a las conseguidas con Cuba y la Unión Soviética.

Admitiendo la reivindicación de Alejandro Bendaña, director de Política Exterior sandinista, de que el establecimiento de relaciones con el mundo socialista hay que contemplarlo como una expresión de la soberanía de Nicaragua, secuestrada durante el somocismo, y de su derecho a relacionarse con cualquier país¹, la vinculación del gobierno revolucionario al mundo socialista se explica en parte y de forma más coherente por la propia ideología del FSLN, en la que las ideas de inspiración socialista ocupaban un lugar preferente junto al nacionalismo y al antiimperialismo, entendido éste únicamente en referencia a Estados Unidos.

El socialismo había sido una de las metas del FSLN desde su creación. “*En el momento actual* -proclamaba en 1969 Carlos Fonseca, fundador del FSLN y uno de los dirigentes sandinistas más respetados- *se hace necesario que planteemos con gran énfasis que nuestro magno objetivo es la revolución socialista*”². Revolución que se había de hacer recogiendo el legado antiimperialista de A. C. Sandino, y siguiendo las orientaciones del marxismo-leninismo y el ejemplo de revoluciones triunfantes en el Tercer Mundo como Vietnam y Cuba³.

¹ Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, nº 95, op. cit., p. 43. En un sentido similar, aunque con un énfasis más discutible, se expresaba el presidente Daniel Ortega al presentar las relaciones y la colaboración con los países socialistas como “*expresión del genuino no alineamiento de Nicaragua*”, (Daniel Ortega, Declaraciones en *Barricada Internacional*, nº 151, 7 marzo 1985, p. 3).

² Carlos Fonseca, *Obras: Bajo la bandera del sandinismo*, op. cit., p. 167.

³ Son numerosas las afirmaciones en este sentido tanto de Carlos Fonseca y de Ricardo Morales Avilés, otro de los primeros y más destacados líderes del FSLN, como de los principales dirigentes sandinistas ya en el poder: “*Nosotros al trazarnos seguir la lucha revolucionaria nos guiamos por los principios más avanzados, por la ideología marxista, por el comandante Ernesto Che Guevara, por Augusto César Sandino. Somos conscientes de que el socialismo es la única perspectiva que tienen los pueblos para lograr un cambio profundo en sus*

Casi veinte años después, ya en plena revolución, el ideal socialista seguía siendo no sólo el norte del FSLN, sino también una realidad que los sandinistas aseguraban estar construyendo en Nicaragua. *"Somos socialistas -proclamaba el presidente Daniel Ortega en el noveno aniversario de la revolución en 1988- y el socialismo está en Nicaragua desde el 19 de julio de 1979"*⁴.

El socialismo real, el existente en el mundo socialista, constituía para los sandinistas en el poder y para una buena parte de la izquierda latinoamericana la utopía por la que luchar rompiendo el injusto sistema de dominación capitalista, y el marco más adecuado para levantar una sociedad menos insolidaria, como reconocía el vicepresidente nicaragüense Sergio Ramírez después de la derrota electoral sandinista y de la caída de los regímenes comunistas del Este europeo: *"Para las sociedades pobres y atrasadas del continente, atrapadas por siglos en la ineficacia opresiva de los sistemas estructurales capitalistas, los únicos conocidos y probados, la opción del cambio estuvo de una u otra forma ligada al paradigma del socialismo real, que en su propuesta ideológica prometía derribar las formas arcaicas de dominio y establecer una nueva calidad de organización del Estado y un nuevo esquema de justicia económica. Desde lejos ésta fue una propuesta atractiva para la izquierda latinoamericana, asumida por lo general de manera acrítica bajo el peso de la realidad"*⁵.

Era, pues, totalmente coherente con sus convicciones e ideales más profundos que el FSLN, una vez en el gobierno, intentara establecer relaciones privilegiadas con aquellos países, los socialistas, a los que consideraba sus aliados naturales y estratégicos, como admite Henry Ruiz, ministro sandinista de Cooperación Externa y miembro de la Dirección sandinista: *"En nuestras relaciones con el campo socialista partimos de una especie de predisposición ideológica que nos permitía encontrar las referencias para las denominadas 'alianzas estratégicas'"*⁶.

condiciones de vida", (Carlos Fonseca, *Bajo la bandera del sandinismo*, op. cit., p. 301).

"El marxismo de Lenin, Fidel, el Che, Ho Chi Min, fue acogido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que ha emprendido de nuevo la difícil senda guerrillera... Vietnam, Cuba, por rumbos opuestos del mundo, (son) cimeros ejemplos de la decisión actual de los pueblos", (Carlos Fonseca, *Bajo la bandera del sandinismo*, op. cit., p. 359).

"El marxismo-leninismo es el arma más poderosa, con que cuentan los revolucionarios. Quienes realmente se guían por él no asumen las posiciones de la burguesía y en todo momento luchan por los intereses del pueblo y del proletariado... Estamos claros de la necesidad de la vanguardia proletaria. Pero vanguardia no quiere decir partido socialista o partido comunista", (Ricardo Morales Avilés, *Obras, No pararemos de andar jamás*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 125-126).

"Nos inspiramos en el sandinismo que es la más hermosa tradición de este pueblo desarrollada por Carlos Fonseca. Nos guiamos por la doctrina científica de la Revolución, por el marxismo-leninismo...; nuestra fuerza moral es el sandinismo y nuestra doctrina es el marxismo-leninismo", (Humberto Ortega Saavedra, *Nuestra doctrina es el marxismo-leninismo*, México: DOCA, 1981, p. 45).

"La teoría científica logró ensamblarse con la nacionalidad más profunda y digna y dar a luz una síntesis que se concretó en el nacimiento del Frente Sandinista de Liberación Nacional", (Henry Ruiz, *Carlos Fonseca siempre*, Managua: Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, 1982, p. 8).

⁴ Daniel Ortega, *Discurso en el noveno aniversario de la revolución*, 19 julio 1988, mimeo., p.2.

⁵ Sergio Ramírez, *Oficios compartidos*, México: Siglo XXI Editores, 1994, pp. 96-97.

⁶ Henry Ruiz, entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando utopías*, Managua: Ediciones Nicarao, 1992, p.83.

Además de la coincidencia ideológica, existían otras poderosas razones por las que el gobierno sandinista intentó apoyarse de forma creciente en el campo socialista, razones como la necesidad de reconstruir el país destruido durante la guerra contra Somoza, hacer frente al cerco militar, económico y diplomático de Estados Unidos y construir un nuevo ejército totalmente confiable y con capacidad para defender Nicaragua⁷.

Y desde esa perspectiva se puede constatar cómo la colaboración de los países socialistas, especialmente la URSS, con el régimen sandinista se incrementó de forma espectacular coincidiendo con los momentos más álgidos de las agresiones lanzadas por los gobiernos de Estados Unidos. Dicho crecimiento daba la razón a quienes entre los sandinistas defendían desde el primer momento la necesidad de unos lazos estrechos con el campo socialista, como única forma de salvar la Revolución frente a aquellos que propugnaban una mayor diversificación del apoyo internacional, como recordaba años después Arturo Cruz, miembro de uno de los primeros gobiernos revolucionarios y más tarde dirigente de la contrarrevolución⁸.

No sería justo, sin embargo, olvidar que el establecimiento de relaciones del gobierno sandinista con los países socialistas -y específicamente con la URSS- se inscribe asimismo en un fenómeno de normalización que se estaba produciendo en los años 80 de una forma bastante generalizada entre los países de América Latina. En ese momento 18 países latinoamericanos mantenían relaciones diplomáticas con la URSS frente a tres en los años 60, y algunos países bastante alejados de planteamientos revolucionarios no le hacían asco a incrementar sus lazos económicos y militares con la superpotencia comunista: Argentina se convertía en socio comercial clave para la URSS, y Perú equipaba a su ejército con armamento soviético⁹.

VII.2. La singular colaboración de Cuba

VII.2.1. Papel notable antes del triunfo

Dentro del mundo socialista destaca la vinculación sandinista con Cuba antes y después de la victoria revolucionaria. La afinidad ideológica y cultural y la proximidad geográfica, así como las semejanzas entre las dos revoluciones ayudan a entender los lazos desarrollados entre ambos procesos revolucionarios.

⁷ Véase Harry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., pp. 309-313.

⁸ Arturo Cruz Sequeira, "The Origins of the Sandinista Foreign Policy", en Robert S. Leiken (ed.), *Central America: Anatomy of Conflict*, New York: Pergamon Press, 1984, pp. 95-99.

⁹ Véanse Yuri Gvozdiev, "La nueva mentalidad política y América Latina", *Socialismo: Teoría y Práctica*, Moscú, nº 7, julio 1989, pp. 101-104; Abraham F. Lowenthal, *Partners in Conflict: The United States and Latin America in the 1990s*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1990, p.37; Robert K. Evanton, "Soviet Trade Relations with Latin America", en Eusebio Mujal-León (ed.), *The USSR and Latin America*, Cambridge: Unwin Hyman, Inc./University Press, 1989, pp. 233-253; Aldo C. Vacs, "Pragmatism and Rapprochement: Soviet Relations with Argentina and Brasil", *Ibid.*, pp. 320-347; e Ilya Prizel, "Latin America: The Long March", *The National Interest*, Summer 1988, pp. 109-115 y 119-120.

Como planteé anteriormente, desde antes del triunfo del 19 de julio de 1979 las relaciones del gobierno de Fidel Castro con el FSLN eran similares a las que aquél mantenía con otras guerrillas latinoamericanas, relaciones de soporte logístico y moral, que en el caso nicaragüense se acentuaron, cuando el FSLN demostró con sus ataques espectaculares de octubre de 1977 que la dictadura somocista estaba mucho más débil de lo que aparentaba.

Cuba y Fidel Castro, sin embargo, no desempeñaron el papel decisivo que algunos autores norteamericanos les atribuyen en el triunfo sandinista, explicando éste exclusivamente como resultado de la ayuda militar cubana a la guerrilla nicaragüense, y de la implicación de Castro al imponer la unificación de las tendencias del FSLN bajo la amenaza de no prestar su ayuda¹⁰.

Que hubo colaboración militar y asesoramiento político de Cuba al FSLN en los últimos meses antes del triunfo es un hecho admitido por los propios protagonistas cubanos y nicaragüenses, y recogido también por autores próximos al sandinismo¹¹.

De igual manera es abundante la literatura, de fuentes ideológicas diversas, que confirma que la ayuda militar y logística de Cuba se coordinaba y se sumaba a la proporcionada por Venezuela, Panamá y Costa Rica, países que estaban por distintas razones interesados en el derrocamiento de Somoza¹².

Los consejos de Fidel Castro para que los sandinistas cancelaran sus diferencias internas son reconocidos y agradecidos por los dirigentes del FSLN, pero se añadían a las consideraciones en el mismo sentido planteadas por el general Omar Torrijos de Panamá y por Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela¹³.

Es obligado, no obstante, resaltar que desde posiciones académicas no favorables a la revolución nicaragüense e incluso desde instancias de poder en EEUU se reconoce el bajo perfil jugado por Cuba en el triunfo sandinista, como sostenía un

¹⁰ Véanse Timothy Asbhy, *The Bear in the Backyard*, Lexington, MA: Lexington Books, 1987, pp. 109-112; John Norton Moore, *The Secret War in Central America*, Frederick, Maryland: University Publications of America, 1987, pp.10-11; Richard H. Shultz, *The Soviet Union and Revolutionary Warfare*, Stanford: Hoover Institution Press, Stanford University, 1988, pp. 155-156 y 197; David Nolan, *La ideología sandinista y la revolución nicaragüense*, Barcelona: Ediciones 29, 1986, p. 137; y Robert S. Leiken, "Introduction", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., 1987, p. 31.

¹¹ Véanse Fidel Castro, *Un encuentro con Fidel* (entrevista realizada por Gianni Miná), La Habana: Oficina de publicaciones del Consejo de Estado, 1988, p. 97; Edén Pastora, testimonio en Uri Ra'anan, Robert L. Pfaltzgraff y otros, *Hydra of Carnage: International Linkages of Terrorism. The Witnesses Speak*, Lexington, MA: Lexington Books, 1984, pp. 322-325. Véanse asimismo Marc Edelman, "Lifelines: Nicaragua and the Socialist Countries", *NACLA. Report on the Americas*, vol. XIX, n° 3, mayo-junio 1985, p. 36; Walter Lafeber, *Inevitable Revolutions*, op. cit., p. 234; y Victor S. Pozas, *La revolución sandinista (1979-88)*, op. cit., p. 10.

¹² Entre los autores no simpatizantes de la revolución sandinista véanse Shirley Christian, *Nicaragua: Revolution in the Family*, op. cit., pp. 93-95; y Robert A. Pastor, *Condemned to Repetition*, op. cit., 1987, pp. 124-128. Entre los autores más cercanos a la causa sandinista véanse William M. Leogrande, "Cuba", en Morris J. Blachman, William M. Leogrande, y Kenneth Sharpe, *Confronting Revolution*, op. cit., p. 233; Marc Edelman, "Lifelines: Nicaragua and the Socialist Countries", *NACLA. Report on the Americas*, op. cit., p. 36; y Edmé Dominguez, "La política soviética y cubana hacia Nicaragua: 1979-1989", *Papers*, n° 35, 1990, p. 99.

¹³ Véanse Humberto Ortega, entrevista en Gabriele Invernizzi, Francis Pisan, y Jesus Ceberio, *Sandinistas*, Managua: Editorial Vanguardia, 1986. p. 53; y Jaime Wheelock, declaraciones en *Barricada*, 28 julio 1980, p. 3.

memorandum interno de la CIA dos meses y medio antes del mismo, y como admitía ante el Congreso Viron Vaky, vicesecretario de Estado para Asuntos Interamericanos en la administración Carter, afirmando que Cuba no era el único país, ni siquiera el más importante entre los que apoyaban al FSLN¹⁴.

Los principales motivos que explican este bajo perfil de Cuba hay que buscarlos en su convencimiento hasta finales de 1978 de que la victoria del FSLN estaba lejana (como señala el citado memorandum de la CIA), y en su deseo de no dar ocasión a la administración Carter para intervenir con más contundencia en Nicaragua bajo el pretexto de la ayuda cubana a los insurgentes. Por último tampoco era una razón menor el conocimiento que Cuba tenía de que los sandinistas estaban recibiendo abundantes recursos militares de Venezuela y de Panamá con la cooperación de Costa Rica.

VII.2.2. Intereses mutuos de las dos revoluciones

Una vez en el poder los sandinistas mantuvieron con Cuba relaciones muy estrechas, más que con ningún otro país socialista, como señala el ministro sandinista de Cooperación Externa, Henry Ruiz: "*Teníamos entonces una referencia principal - la cubana- para establecer esa relación (con el campo socialista)*"¹⁵.

Esto, que era coherente con la ayuda prestada por Cuba al FSLN antes de la victoria, se explica por la comunión de ideales e intereses entre los dirigentes de ambas revoluciones. Si para el FSLN Cuba había sido soporte y sobre todo modelo al trazar la estrategia revolucionaria en Nicaragua, ya en el gobierno para los sandinistas la revolución cubana se convertía en una guía valiosa y experimentada en defender su propio proceso durante más de veinte años, y en uno de sus principales puntales en la escena internacional.

Para Cuba la victoria sandinista tenía un profundo e invaluable alcance. Representaba, descontada la breve y limitada experiencia de Grenada, la continuación del proceso revolucionario latinoamericano frente a la dominación de Estados Unidos; y demostraba la validez para América Latina de las tesis largamente defendidas por La Habana de la necesidad de la vía armada para acabar con las viejas estructuras de poder ligadas al imperio del Norte (tesis que serían rápidamente asumidas por partidos comunistas reformistas, como el de El Salvador,

¹⁴ Central Intelligence Agency, "Cuban Support for Central American Guerrilla Groups". Memorandum, 2 mayo 1979, reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 669; y Viron Vaky, "Testimony on Nicaragua", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 487. Véanse también Richard J. Payne, *Opportunities and Dangers of Soviet-Cuban Expansion*, Albany: State University of New York Press, 1988, p. 99; Jiri Valenta, "Soviet and Cuban responses to New Opportunities in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America: International Dimensions of the Crisis*, op. cit., p. 147; y Nicola Miller, *Soviet Relations with Latin America 1959-1987*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989, pp. 195-196.

¹⁵ Henry Ruiz, "La utopía es de revolucionarios", entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando utopías*, op. cit., p. 83.

contribuyendo a alentar una situación revolucionaria en casi toda América Central que ponía en peligro la hegemonía norteamericana en esa región)¹⁶.

Asimismo la revolución nicaragüense aceleraba la ruptura del aislamiento cubano en América Latina, proporcionando al régimen de Fidel Castro un aliado de confianza en el continente -a un nivel superior y distinto al de México- por primera vez desde su instauración en el poder en 1959. Además con el triunfo sandinista la influencia política de Cuba aumentaba en América Central y en el Caribe, convirtiéndose Fidel Castro en un interlocutor obligado en el conflicto que se vivió en la región en la década de los 80.

Algún autor norteamericano como Bruce McColm considera la victoria del FSLN como "*el punto central de la obsesiva batalla de Fidel Castro contra Estados Unidos*" y como el inicio del cumplimiento de la "profecía" de Ernesto Che Guevara sobre "*un, dos, tres Vietnams*" en América Latina ¹⁷.

A esta tesis de la revolución orquestada desde el exterior se une Edward Gonzalez, para quien la revolución sandinista facilitaba al régimen de Fidel Castro "*una cabeza de playa desde la que puede dirigir y coordinar directamente las actividades de la guerrilla en la zona*"¹⁸.

Reconociendo el apoyo que Nicaragua y sobre todo Cuba dieron en algunos momentos al FMLN de El Salvador (y en menor medida a la URNG de Guatemala), la capacidad de resistencia -hasta forzar una salida política- del movimiento revolucionario centroamericano, de forma especial en El Salvador, demostró que la fuerza de dicho movimiento se originaba más en su arraigo entre amplios sectores populares y por supuesto en las condiciones de extrema miseria en que vivía una parte considerable de la población, que en la estrategia de subversión revolucionaria promovida supuestamente por Moscú, La Habana y Managua.

VI.2.3. Cuba, extraordinaria fuente de apoyo para la revolución nicaragüense

La Nicaragua sandinista halló en Cuba uno de sus más firmes aliados en la reconstrucción del país, en la creación y organización de las fuerzas armadas y en la defensa de la revolución frente a Estados Unidos.

Frente a la cautela inicial del resto del bloque socialista, Cuba se volcó de forma entusiasta en apoyo de la revolución nicaragüense desde los primeros instantes del

¹⁶ Véase Juan Valdés Paz, "Cuba y la crisis centroamericana", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987, p.135.

¹⁷ R. Bruce McColm, "Castro's Ambitions Amid New Winds from Moscow", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, op. cit., p. 185.

¹⁸ Edward González, "The Cuban and Soviet Challenge in the Caribbean Basin", *Orbis*, vol. 29, n° 1, Spring 1985, pp. 89-90.

triunfo. Fidel Castro concebía esta colaboración como un derecho y un deber revolucionarios¹⁹, pero era obvio que tras estos idealistas planteamientos, Cuba perseguía objetivos bastante más precisos y pragmáticos como apuntalar a la joven experiencia revolucionaria nicaragüense en su enfrentamiento con Estados Unidos, asegurando así no solo la sobrevivencia de la misma, sino también el desgaste político de los gobiernos norteamericanos, y el que éstos aflojaran su presión sobre la propia revolución cubana.

Siendo un país con recursos materiales escasos e incluso con grandes dificultades económicas, Cuba prestó a Nicaragua apoyo en el área en que podía ser más útil por su experiencia y afinidad cultural, la de recursos humanos.

La cooperación cubana abarcó todos los sectores productivos y sociales de Nicaragua, pero se centró de forma prioritaria en la educación, salud, construcción y asesoramiento militar. Para finales de 1987 habían pasado por el país centroamericano 6500 especialistas cubanos en las áreas citadas, y más de 6000 técnicos y obreros cualificados nicaragüenses habían recibido formación en cursos impartidos en Cuba o por personal cubano en la misma Nicaragua²⁰. Y durante la década de los ochenta 1244 profesionales nicaragüenses completaron en Cuba sus estudios de educación superior²¹.

Especialistas cubanos participaron en la construcción de carreteras en el norte y centro del país, y de viviendas en la Costa Atlántica. Pese a sus propios problemas financieros y a sus carencias en energía y abastecimiento, Cuba otorgó a Nicaragua créditos por un valor de 73,8 millones de dólares (finalmente condonados), le suministró 300.000 toneladas de petróleo entre 1986 y 1989, y envió donaciones en especie por un valor superior a los 500 millones de dólares²². (*Ver cuadro n° 7 en anexo*).

Las transacciones comerciales entre ambos países crecieron desde la inexistencia en la época somocista hasta convertirse Cuba en un socio destacado: a finales de los 80 Nicaragua importaba productos de Cuba valorados en 40 millones de dólares, mientras que sus exportaciones a la isla caribeña no alcanzaban los dos millones de dólares²³.

Pero sin duda la colaboración cubana con Nicaragua que más polémica provocó y mayores preocupaciones causó a Estados Unidos fue la militar. Las acusaciones, recogidas acriticamente por numerosos autores, de que varios miles de asesores militares cubanos constituían el eje central del Ejército Popular Sandinista y de la

¹⁹ Citado en Juan Valdés Paz, "Cuba y la crisis centroamericana", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana*, op. cit. p. 139.

²⁰ *Ibid.*, p. 138.

²¹ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., 1991, p. 137.

²² *Ibidem*.

²³ Tom Barry, "Foreign Influence", en Kent Norsworthy, y Tom Barry, *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1989, p. 179.

policía de seguridad nicaragüense fueron repetidas por Washington una y otra vez durante la década revolucionaria. De dos mil a tres mil eran las cifras preferidas. Miles de técnicos civiles cubanos, que trabajaban en Nicaragua, podían convertirse en extraordinarios militares. Y en algunos momentos tropas cubanas también habrían participado directamente en combates contra el ejército insurgente contrarrevolucionario²⁴.

Los objetivos de tales acusaciones eran evidentes: hacer ver en América Latina que Nicaragua se había convertido en una base cubano-soviética para la subversión comunista de América Central, de forma que se pudiera tanto justificar la ayuda militar de Estados Unidos a la contrarrevolución nicaragüense y a los gobiernos de los países limítrofes, como conseguir el aislamiento político del gobierno sandinista en el continente, al desacreditarlo como satélite del bloque comunista.

Nicaragua no ocultó la ayuda cubana en el ámbito militar. El presidente Daniel Ortega reconoció en 1985 la presencia de 786 asesores militares cubanos²⁵. Y el ministro de Defensa Humberto Ortega recordaba, después de la derrota electoral de 1990, que los especialistas militares cubanos nunca habían sobrepasado el millar, y que su misión había consistido en ayudar a construir el nuevo ejército nicaragüense²⁶.

Más allá del baile de cifras, no cabe duda de que los asesores cubanos jugaron un papel importante en la conformación del ejército y de la seguridad nicaragüense, pero en ningún caso su presencia fue un factor decisivo para impedir la victoria del

²⁴ Véanse Central Intelligence Agency, *Nicaraguan Military Buildup*, (Briefing Paper), 8 marzo 1982, p. 5, (P.K.&N.S.A., n° 01458); U.S. Army Intelligence and Threat Analysis Center, *Army Intelligence Survey - Nicaragua*, Vol. III, Armed Forces, mayo 1984, p. 15, (P.K.& N.S.A.,n° 02078); U.S. Department of Defense, *Soviet Bloc Military Equipment supplied to Nicaragua (Jul 1979-Dec 1988)*, febrero 1989, p. 2, (P.K.& N.S.A., n° 03145); U.S. Department of State and Department of Defense, *The Soviet-Cuban Connection in Central America and the Caribbean*, informe no clasificado, Washington, D.C., marzo 1985, p. 27, (P.K.& N.S.A., n° 02379); y *The Sandinista Military Build-up*, Washington, D.C., mayo 1985, p. 29, (P.K.& N.S.A., n° 02459); U.S. Department of State. *Cuban Participation in Combat Activities in Nicaragua*, Washington D.C., 6 diciembre 1985, (P.K.& N.S.A., n° 02632); James P. Wooten, *The Nicaraguan Military Buildup: Implications for U.S. Interests in Central America*, Congressional Research Service, The Library of Congress, 18 diciembre 1985, p. 5; y Evangeline Monroe, *Nicaragua-Military Deliveries, Cuban, Soviet Presence, Support for Salvadoran Rebels*. Secret Memorandum from U.S. Department of State, Bureau of Intelligence and Research to William Schofield, U.S. Department of Defense. Bureau of Inter-American Affairs, 4 junio 1986, (P.K.& N.S.A., n° 02798).

Repiten y en algunos casos amplian las acusaciones entre otros los siguientes autores: W. Raymond Duncan y Carolyn McGiffert Ekedahl, *Moscow and the Third World under Gorbachev*, Boulder: Westview Press, 1990, p. 208; Timothy Ashby, *The Bear in the Backyard*, op. cit., 1987, pp. 119-122; Richard H. Shultz, *The Soviet Union and Revolutionary Warfare*, op. cit., p. 183; y Arturo J. Cruz, "The Sandinista Regime past the Watershed", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, op. cit., p. 90.

Sin embargo no faltan autores norteamericanos que desde posiciones nada favorables al sandinismo cuestionan los datos oficiales. En este sentido sobresale el informe realizado para el departamento de Estado por C.G. Jacobsen: véase C.G. Jacobsen, "Soviet Attitudes Towards, Aid to and Contacts with Central American Revolutionaries", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests: The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1988, pp. 305-307. Asimismo en las conclusiones de una investigación sobre el terreno el teniente coronel norteamericano Edward King considera exageradas las cifras proporcionadas por los Departamentos de Estado y de Defensa: véase Edward L. King, *Analysis of Military Situation in Nicaragua*, Boston: Unitarian Universalist Service Committee, abril 1985, p. 15.

²⁵ Daniel Ortega, declaraciones en *The New York Times*, 20 marzo 1985, p. 5.

²⁶ Humberto Ortega S., *Nicaragua: Revolución y Democracia*, Organización Editorial Mexicana, 1992, p. 75.

ejército contrarrevolucionario, como reconoce el teniente coronel norteamericano Edward King²⁷. Tampoco convirtieron a Nicaragua en una plataforma de la subversión centroamericana, aunque, como describe la periodista Marta Honey con detalle, hubo algunos oficiales de la inteligencia cubana que gozaron de una amplia autonomía en sus actuaciones desde Nicaragua²⁸.

La presencia de los asesores militares y de seguridad cubanos en Nicaragua debe contemplarse como una consecuencia lógica de la afinidad ideológica de los dirigentes sandinistas con el régimen revolucionario de Cuba, y de la confianza de éstos en la vasta experiencia cubana en hacer frente al cerco norteamericano.

Las críticas al gobierno sandinista por no haber utilizado la asesoría militar de otros países latinoamericanos, como Venezuela y Panamá, no tienen en cuenta ni las diferencias ideológicas existentes entre los gobiernos de dichos países y el de Nicaragua, ni el papel doble y poco digno de confianza jugado por líderes como el coronel panameño Manuel Noriega y el líder político venezolano Carlos Andrés Pérez en sus relaciones con la Nicaragua sandinista²⁹.

La colaboración militar cubana, justificada y ensalzada por los sandinistas³⁰, se convertiría además a lo largo del conflicto en un elemento importante en el juego de diálogo y negociación entre Nicaragua y Estados Unidos, como quedaba de manifiesto en la publicitada salida de asesores cubanos en momentos en que era necesario rebajar tensiones³¹, y en las propuestas del presidente Ortega de prescindir de todos los asesores militares, si Estados Unidos hacía lo mismo en el resto de América Central³². Los últimos asesores cubanos abandonaron el país en 1990 tras el triunfo de Violeta Chamorro.

VII.2.4. Influencia contradictoria

La colaboración entre Cuba y Nicaragua se reflejó asimismo en la relación fluida, cálida y permanente entre los dirigentes sandinistas y los líderes cubanos. Daniel Ortega se entrevistó en numerosas ocasiones con Fidel Castro en los momentos de mayor tensión en el área, en vísperas de reuniones importantes en los foros internacionales y después de las mismas, y al regreso de largos periplos por distintos países del mundo. Constante fue el intercambio de visitas entre dirigentes de ambas

²⁷ Edward L. King, *Analysis of Military Situation in Nicaragua*, op. cit., p. 15.

²⁸ Véase Marta Honey, *Hostile Acts*, op. cit., 372-384.

²⁹ Véase Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., pp. 289-290.

³⁰ Humberto Ortega Saavedra, *Nicaragua: Revolución y Democracia*, op. cit., p. 170; Daniel Ortega, declaraciones en *Barricada*, 13 julio 1984, p. 5; Tomás Borge, *Discurso de despedida del MINT*, Managua, 1990, mimeo., p. 4; y Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, n° 110, op. cit., p. 43.

³¹ Stephen Kinzer, "Nicaragua Sends 100 Cubans Home", *The New York Times*, 3 mayo 1985, p. A6.

³² (AP), "Nicaragua Orders 1,000 Cuban Military Advisers to Leave Country", *The New York Times*, 27 noviembre 1983, p. 15; y (AP), "Nicaraguan Leader Says 2,000 Cuban Have already Left", *The New York Times*, 4 diciembre 1983, p. 23.

revoluciones. Cuba se convirtió en meca y referencia obligada de los sandinistas sobre todo en la primera mitad de los ochenta.

Constante y vehemente fue asimismo el apoyo político y diplomático que se prestaron los líderes de ambos países en declaraciones públicas y de manera formal en los organismos internacionales, especialmente en el movimiento de Países No Alineados, en la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde en algún momento los sandinistas llegaron a hablar en nombre del gobierno de Cuba³³.

Sólo en las postrimerías de la década se manifestaron algunas discrepancias entre los dos gobiernos revolucionarios, tales como el desacuerdo de Fidel Castro con las duras medidas económicas adoptadas por los sandinistas en vísperas de las elecciones de 1990³⁴, las reticencias de Cuba sobre la oportunidad de éstas³⁵, el rechazo del gobierno cubano al acuerdo de los presidentes centroamericanos (incluido Daniel Ortega) en San Isidro Coronado (Costa Rica) de condenar la ofensiva militar del FMLN en El Salvador en noviembre de 1989³⁶, la mayor flexibilidad sandinista a la hora de las negociaciones en el área³⁷, y por último la simbólica negativa del ministro de Defensa Humberto Ortega a retirar las condecoraciones otorgadas al general cubano Arnaldo Ochoa por su asesoría en la guerra contrarrevolucionaria a mediados de los ochenta (Ochoa había sido fusilado en Cuba en 1989 por su presunta implicación en graves escándalos de corrupción y narcotráfico)³⁸.

³³ Véase Daniel Ortega Saavedra, "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (6 septiembre 1979), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 20; "Propuestas para la paz en Centroamérica", discurso en la XXXVI Asamblea general de la ONU, (7 octubre 1981), *Ibid.*, p. 34; "Denuncia ante el Consejo de Seguridad de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, (25 marzo 1982), *Ibid.*, p. 62; "Endeudamiento de los países pobres", discurso en la V Reunión Ministerial Extraordinaria del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados sobre América Latina y el Caribe. Managua, (12 enero 1983), *Ibid.*, p. 83; "La intervención militar de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en la VII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, (9 marzo 1983), *Ibid.*, p. 90; "Centroamérica: tema urgente en las Naciones Unidas", discurso en la XXXVIII Asamblea General de la ONU", (27 septiembre 1983), *Ibid.*, p. 99; y "¿Están a favor o en contra de la paz", discurso en la XXXIX Asamblea General de la ONU, (1 octubre 1984), *Ibid.*, p. 119. Véanse también Miguel D'Escoto, *Discurso en el XXXV período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 8 octubre 1980, op. cit., p. 19; "Discurso en la reunión ministerial extraordinaria del Movimiento de Países No Alineados, Georgetown", *Boletín especial*, MINEX, op. cit., p. 8; y Fidel Castro, *Un encuentro con Fidel*, op. cit., p. 94; entrevista realizada por Patricia Sethi, reproducida parcialmente en Francisco López Segrera, *El conflicto Cuba-Estados Unidos y la crisis centroamericana*, México: Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 215-216; y la entrevista realizada a Fidel Castro por Ricardo Utrilla y Marisol Marín y reproducida parcialmente en Francisco López Segrera, *El conflicto Cuba-Estados Unidos*, op. cit., pp. 220-231.

³⁴ Mark A. Uhlig, "Cuba Loses Allure for Nicaraguans: To Castro's Rage, Sandinistas Opt for Flexible Economy", *The New York Times*, 18 enero 1990, pp. 1 y A10.

³⁵ Luis Suárez Salazar, "Las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe: posibilidades y retos", *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, vol. VII, nº 15, julio-diciembre 1990, p. 161.

³⁶ Véanse Raúl Marín, *¿La hora de Cuba?*, Madrid: Editorial Revolución, 1991, pp. 129-132; y Yuri Pavlov, *Soviet Cuban Alliance 1959-1991*, op. cit., pp. 154-155.

³⁷ Yuri Pavlov, *Soviet Cuban Alliance 1959-1991*, op. cit., pp. 208-215.

³⁸ Mark A. Uhlig, "Cuba Loses Allure for Nicaraguans", *The New York Times*, 18 enero 1990, op. cit., p. A10.

Estas diferencias constituyen el contrapunto de una colaboración de Cuba con Nicaragua, caracterizada durante buena parte de la década por su tono moderado, como admiten numerosos autores de la más variada procedencia, así como protagonistas directos -pro y antisandinistas- en el conflicto nicaragüense.

Wayne Smith, jefe de la misión norteamericana en La Habana entre 1979 y 1980, enfatiza la moderación que Fidel Castro en público y en privado planteaba como marco de la actuación gubernamental de los sandinistas³⁹. En esto coincide Arturo Cruz, dirigente de la contrarrevolución, quien, sin embargo critica la contradicción que existía entre los moderados consejos de Cuba y sus actuaciones concretas⁴⁰. El reconocimiento de la necesidad de construir en Nicaragua un modelo de economía mixta y pluralismo político y de no romper la vinculación económica y política con el mundo occidental, ni tan siquiera con Estados Unidos, son puntos claves sobre los que Fidel Castro contemplaba que debía descansar el desarrollo de la revolución nicaragüense⁴¹.

El origen de esta visión de Castro hay que encontrarlo en la experiencia negativa del aislamiento internacional de la revolución cubana, en el convencimiento de que la Unión Soviética no estaba ni en disposición ni en capacidad de implicarse en Nicaragua como lo había hecho en Cuba, y por último en la conciencia de que la revolución sandinista tenía claras diferencias con la cubana tanto en su origen como en su evolución posterior, las cuales aconsejaban un curso menos radical⁴².

La apuesta pública de Castro por una salida negociada en el conflicto centroamericano y su defensa de las propuestas de Contadora se explican precisamente desde la perspectiva que se abría, a través de dicha iniciativa, de desarticular la posibilidad de una intervención militar directa de Estados Unidos en América Central. La propuesta de Contadora implicaba el reconocimiento de facto de la existencia de la revolución nicaragüense, lo cual significaba en definitiva la sobrevivencia del aliado más fuerte de Cuba en el continente americano⁴³.

Las diferencias de Castro tanto con Contadora como después con los mismos sandinistas por el bajo perfil de la cuestión salvadoreña en las propuestas de solución

³⁹ Wayne S. Smith, *The Closest of Enemies*, New York: W.W. Norton & Company, 1987, p. 181.

⁴⁰ Arturo Cruz Sequeira, "The Origins of Sandinista Foreign Policy", en Robert S. Leiken (ed.), *Central America: Anatomy of Conflict*, op. cit., pp. 103-104.

⁴¹ Véanse Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 116; Eldon Kennworthy, "Central America: Beyond the Credibility Trap", en Kenneth M. Coleman, y George C. Herring, *The Central American Crisis: Sources of Conflict and the Failure of U.S. Policy*, op. cit., pp. 117-118; Richard J. Payne, *Opportunities and Dangers of Soviet-Cuban Expansion*, op. cit., pp. 99-100; y William M. LeoGrande, "Cuba", en M. J. Blachman, W. M. LeoGrande, y K. Sharpe, *Confronting Revolution*, op. cit., pp. 235-236.

⁴² Véase Fidel Castro, "The Triumph of Nicaraguan Independence", discurso del 26 julio de 1979 en Holguín, en Michel Taber (ed.), *Fidel Castro Speeches: Cuba's Internationalist Foreign Policy, 1975-1980*, New York: Pathfinder Press, 1981, pp. 293-309; "In Nicaragua", discurso del 19 julio de 1980 en Managua, *Ibid.*, pp. 310-315; y "There Is only One Road To Liberation: That of Cuba, That of Grenada, That Of Nicaragua", discurso del 26 de julio de 1980 en Ciego de Avila, *Ibid.*, pp. 316-338., p. 2.

⁴³ Fidel Castro, *Nada podrá detener la marcha de la historia* (entrevista concedida a Jeffrey Elliot y Mervin Dymally), La Habana: Editora Política, 1985, pp. 106-107.

negociada y, como planteé anteriormente, por la resolución contraria al FMLN adoptada por los presidentes centroamericanos a finales de 1989, no fueron suficientes para impedir el posicionamiento cubano a favor de una salida política y no militar al conflicto centroamericano⁴⁴.

Y tampoco contradice esta afirmación otro hecho protagonizado por Cuba -la entrega de misiles tierra aire a la guerrilla del FMLN- que motivó la preocupación del gobierno sandinista y el rechazo explícito de la Unión Soviética⁴⁵. Esa actuación cubana se explica desde la opción de reforzar las operaciones militares de la guerrilla para llegar con una mejor posición a la mesa de negociaciones. Y ciertamente la ofensiva del FMLN en noviembre de 1989 fue un argumento importante para acelerar la solución política al conflicto de El Salvador.

Es la misma posición que explica las reticencias cubanas al planteamiento sandinista de profundizar el diálogo con la contrarrevolución, democratizar el sistema político "*en medio de la multiforme agresión imperialista*", y acudir a las elecciones, sin haber derrotado militarmente de forma definitiva al ejército contrarrevolucionario⁴⁶.

Desde un punto de vista prioritariamente militar podía parecer coherente esta postura cubana (vinculada al positivo desarrollo de las negociaciones en Angola a raíz del revés sufrido por el ejército sudafricano en Cuito Cuanavale en su enfrentamiento con las tropas cubanas en junio de 1988⁴⁷), pero suponía unos riesgos muy altos para el gobierno sandinista: posibilitaba un enfrentamiento directo con las tropas norteamericanas situadas a pocos kilómetros de los campamentos contrarrevolucionarios atacados por el Ejército Popular Sandinista, y significaba un énfasis excesivo en la solución militar, que la Unión Soviética desaconsejaba con

⁴⁴ Juan Valdés Paz, "La política cubana hacia Centroamérica", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. VII, nº 15, julio-diciembre 1990, pp. 201-202.

⁴⁵ Véanse Raúl Marín, *¿La hora de Cuba?*, op.cit., pp. 130-131; y Yuri Pavlov, *Soviet Cuban Alliance 1959-1991*, op. cit., pp. 150-152. Robert Kagan (ayudante del subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Elliot Abrams, durante la administración Reagan) mantiene una versión diferente con respecto a este incidente. Según Kagan los misiles fueron enviados por decisión de Humberto Ortega como forma de presión sobre el gobierno norteamericano, para que éste dejara de apoyar a la contrarrevolución. Esta versión, sin negarla tajantemente, no es coherente ni con la posición de los sandinistas, más proclive a la negociación, ni con su actitud anterior (se habían negado a hacerlo), ni con el hecho de que unos pocos días después el gobierno nicaragüense se sumara al resto de los gobiernos centroamericanos, criticando públicamente al FMLN y pidiendo el cese de sus actividades militares: véase Robert Kagan, *A Twilight Struggle: American Power and Nicaragua, 1977-1990*, New York: The Free Press, 1996, pp. 682-685.

⁴⁶ Luis Suárez Salazar, "Las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe: posibilidades y retos", *Cuadernos de Nuestra América*, op. cit., pp. 158 y 161.

⁴⁷ Véanse Fidel Castro, "Fragmentos de discurso en La Habana, 5 de diciembre de 1988", en Dalia Ramos (ed.), *La Paz de Cuito Cuanavale: documentos de un proceso*, La Habana: Editora Política, 1989, pp. 4-24; Horace Campbell, "The Military Defeat of the South Africans in Angola", *Monthly Review*, vol. 40, n. 11, abril 1989, pp. 1-15; y G.R. Berridge, "Diplomacy and the Angola/Namibia Accords", *International Affairs*, marzo 1989, pp. 465-466. Una posición matizada sobre el enfrentamiento cubano-sudafricano en Angola y sus consecuencias sobre los acuerdos de paz en aquella región puede verse en Robert S. Jaster, *The 1988 Peace Accords and the Future of South-Western Africa*, Adelphi Papers 253, London, 1990.

poderosos argumentos (corte del suministro de armas y reducción del envío de petróleo)⁴⁸.

Teniendo en cuenta esta situación, el gobierno sandinista optó por golpear con contundencia a los principales campamentos contrarrevolucionarios situados en Honduras pero sin llegar a su aniquilación completa, para pasar seguidamente a una negociación con algunos de los comandantes de la Resistencia y con los líderes políticos de la contrarrevolución y de la oposición interna⁴⁹.

Estas desavenencias de última hora entre el gobierno cubano y el nicaragüense reflejan de alguna manera los diferentes caminos que ambas revoluciones estaban recorriendo en la segunda mitad de los años 80. Más abierto, permeable a las presiones exteriores y con menos peso de lo militar, más moderado en suma, el seguido por los sandinistas. Más inflexible, principista y radical, el adoptado por Cuba. Los iniciales consejos de moderación de Fidel Castro a los jóvenes y radicales comandantes sandinistas habían sido llevados por éstos hasta un final inédito: la revolución nicaragüense daba paso pacíficamente a una democracia parlamentaria del agrado de Washington.

VII.2.5. Matizaciones

Las discrepancias citadas no deben impedir el reconocimiento de la extraordinaria fuerza de los vínculos entre ambas revoluciones a lo largo de la década de los 80. Pero al mismo tiempo se debe matizar la importancia de la colaboración cubana con Nicaragua.

Militarmente la ayuda de Cuba contribuyó a la organización y consolidación de las fuerzas armadas sandinistas, pero la conducción y el peso de la guerra recayó -en lo positivo y en lo negativo- sobre el gobierno y el pueblo nicaragüense.

Económicamente eran aún más limitadas las aportaciones que el gobierno cubano podía dispensar a Nicaragua, cuando la propia Cuba padecía de grandes carencias energéticas, financieras e industriales, y su experiencia de planificación centralizada era inaplicable en el sistema nicaragüense de economía mixta.

Políticamente, si bien es cierto que Fidel Castro aseguraba entender la necesidad del pluralismo político en Nicaragua, dada la propia realidad de Cuba poco podía ofrecer este país desde su modelo de partido único en el que no estaba contemplado el reconocimiento de las libertades de expresión y organización.

⁴⁸ Véanse Jan S. Adams, "Cambio y continuidad en la política soviética centroamericana", *Problemas Internacionales*, Washington, marzo-junio 1989, p. 117; y Edmé Domínguez Reyes, "La Unión Soviética y América Latina a finales de los 80: el fin de una era", *Revista RELACIONES IINTERNACIONALES*, n° 35, 2° trimestre de 1991, p.20.

⁴⁹ Alejandro Bendaña, *entrevista propia*, Managua, 1 agosto 1990.

En el ámbito social, sin embargo, es difícil cuestionar la ayuda cubana. Sus aportaciones concretas en salud y educación e incluso en sectores como la alimentación se explican desde una solidaridad abierta y profundamente humanitaria entre dos revoluciones muy próximas no sólo por la geografía, la cultura y la ideología sino también por problemas similares, como el cerco y las presiones de Estados Unidos. Por ello no es de extrañar el reconocimiento de los sandinistas a la revolución cubana por su apoyo entusiasta a Nicaragua.

Junto a la colaboración de Cuba, sobresale de manera muy destacada el apoyo de la Unión Soviética a la revolución nicaragüense, aunque con características diferentes que señalaré a continuación.

VII.3. Decisivo apoyo de la Unión Soviética, teñido de cautela oportunismo

VII. 3. 1. Ausencia de relaciones antes del triunfo

Si Cuba jugó un papel importante tanto en el apoyo a la lucha del FSLN guerrillero, como en la victoria sandinista frente a la dictadura de Somoza, no se puede decir lo mismo de la Unión Soviética. No hubo relaciones formales entre el FSLN y el PCUS antes de 1979, y aunque algunos dirigentes sandinistas como Henry Ruiz estudiaron durante un tiempo en la URSS y Carlos Fonseca escribió un libro laudatorio del socialismo soviético tras una breve estancia en ese país⁵⁰, Moscú no apoyó la causa sandinista antes del triunfo en ningún sentido.

Sobre esto y sobre la falta de interés y de atención por parte soviética a los acontecimientos que desembocaron en la victoria revolucionaria en Nicaragua existe unanimidad casi total entre los más diversos autores. Peter Clement, analista de temas soviéticos en la Central Intelligence Agency reconocía que "*la Unión Soviética tuvo poco que ver con la revolución nicaragüense*"⁵¹. Como admitieron de forma

⁵⁰ Véase Carlos Fonseca, "Un nicaragüense en Moscú", *Obras*, op. cit., pp. 27-96.

⁵¹ Peter Clement, "Moscow and Nicaragua: Two Sides of Soviet Policy", *Comparative Strategy*, vol. 5, n° 1, 1985, p. 76. Véanse en un sentido similar los siguientes autores nada simpatizantes de la experiencia sandinista: C.J. Jacobsen, "Soviet Attitudes Towards Aid to and Contacts with Central American Revolutionaries", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests*, op. cit., p. 294; Nicola Miller, *Soviet Relations with Latin America 1959-1987*, op. cit., p. 195; Joseph G. Whelan, y Michael J. Dixon, *The Soviet Union in the Third World: Threat to World Peace?*, Washington: Pergamon-Brassey's, 1986, p. 284; y Rhoda Pearl Rabkin, "U.S.-Soviet Rivalry in Central America and the Caribbean", *Journal of International Affairs*, vol. 34, n° 2, Fall/Winter 1980/81, p. 329. Entre los autores cercanos a la revolución sandinista y con posiciones semejantes a las anteriores, véanse Edmé Domínguez, "La política soviética y cubana hacia Nicaragua: 1979-1989", *Papers*, op. cit., p. 108; Marc Edelman, "The Other Super Power: The Soviet Union and Latin America 1917-1987", *NACLA. Report on the Americas*, enero-febrero 1987, p. 27; Cole Blasier, "The Soviet Union", en M. J. Blachman, W.M. LeoGrande, y K. Sharpe, *Confronting Revolution*, op. cit., p. 262.; y Harry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker, *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 309-310. Véase también el autor y alto funcionario de la cancillería soviética Yuri Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance 1959-1991*, op. cit., p. 99. Entre quienes hacen jugar un papel considerable a la URSS en el triunfo sandinista véanse Timothy Ashby, *The Bear in the Backyard: Moscow's Caribbean Strategy*, Lexington: Lexington Books, 1987, p. 111; y Jiri Valenta, "Soviet and Cuban Responses to New Opportunities in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America: International Dimensions of the Crisis*, op. cit., 1982, pp.145-148

abierta latinoamericanistas soviéticos al profesor de Georgetown R. Feinberg, la revolución cogió por sorpresa al gobierno de la URSS⁵².

La lejanía del escenario de los acontecimientos, el menosprecio -cuando no el rechazo- de la lucha armada como instrumento de cambio en América Latina (modalidad sin éxitos notables desde la revolución cubana), y el apoyo a partidos comunistas reformistas como el Partido Socialista de Nicaragua, que propugnaba cambios graduales en la sociedad nicaragüense, explican en alguna medida la ignorancia y la sorpresa soviética ante los sucesos revolucionarios de Nicaragua.

La victoria sandinista modificaría al menos temporalmente algunas de las posiciones oficiales mantenidas por la URSS sobre la imposibilidad de cambios radicales en América Latina a través de métodos revolucionarios. Académicos como Maidanik, Vorozhéikina y Koval considerarán que el triunfo sandinista demostraba la viabilidad e incluso la necesidad de la lucha armada en algunas regiones de América Latina⁵³. Para Sergio Mikoyan, director de la revista *América Latina*, la revolución nicaragüense "*tenía una importancia internacional tremenda: uno de esos acontecimientos que obligan a reexaminar los conceptos establecidos*"⁵⁴. Posiciones similares eran defendidas por Kudachkin, Galin, Gornov y Koroliiov⁵⁵.

El entusiasmo académico soviético por la revolución sandinista y por todo el proceso revolucionario en América Central se iría traduciendo en una implicación paulatina, discreta pero creciente de la URSS en la región centroamericana, y de forma predominante en Nicaragua.

VII. 3. 2. Prosovietismo interesado de los sandinistas

Las relaciones entre la Nicaragua sandinista y la URSS tuvieron un incremento gradual, coincidiendo con las mayores dificultades militares y económicas por las que atravesó la revolución en la segunda mitad de la década de los 80.

Con la llegada de Gorbachov al poder, Nicaragua terminaría pagando en alguna medida las consecuencias de la política de entendimiento entre la URSS y EEUU y

⁵² Como ejemplo del desconocimiento de la importancia de lo que se libraba en Nicaragua, los propios académicos soviéticos manifestaron a Feinberg que el investigador especializado en Nicaragua dentro del Instituto Soviético de América Latina se encontraba estudiando los problemas del Mercado Común Centroamericano en el momento en que la dictadura de Anastasio Somoza era derribada por los sandinistas: véase Richard E. Feinberg, "Centroamérica: el punto de vista de Moscú", *Cuadernos Semestrales*, nº 12, 2º semestre 1982, p. 376.

⁵³ Kiva Maidánik, y Tatiana Vorozhéikina, "Teoría y práctica de la lucha de liberación", en Yuri Koroliiov (ed.), *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, Moscú: Editorial Nauka, 1987, pp. 145-146; y Boris Koval, "Continuidad histórica en el proceso revolucionario moderno", *Ibid.*, pp. 162-164.

⁵⁴ Citado en Joseph G. Whelan, y Michael J. Dixon, *The Soviet Union in the Third World: Threat to World Peace?*, op. cit., p. 284.

⁵⁵ Mijail Kudachkin, y Yuri Galin, "La revolución nicaragüense", en Yuri Koroliiov (ed.), *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, op. cit., pp. 113-129; y Mijail Gornov, y Yuri Koroliiov, "La continuidad histórica y las particularidades del proceso revolucionario en América Central", en Mijail Kudachkin, y Yuri Koroliiov (eds.), *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, tomo 2, Moscú: Editorial Nauka, 1986, pp. 138-145.

de los nuevos planteamientos de la política exterior soviética hacia los países del Tercer Mundo, y la colaboración de la URSS con Nicaragua sufriría restricciones que de alguna manera influyeron en el fin del proceso revolucionario de 1990.

El apoyo de la URSS se desarrolló en un terreno abonado por las posiciones prosoviéticas de los dirigentes sandinistas. Estas ideas, como antes señalé, estaban enraizadas en su propio convencimiento sobre el socialismo que se estaría construyendo en la Unión Soviética y al que ellos mismos aspiraban.

La sinceridad y profundidad de los sentimientos sandinistas con respecto a la URSS se pueden medir por declaraciones como la del ministro del Interior, Tomás Borge, en 1987, identificando antisovietismo con anticomunismo⁵⁶, o la del ministro de Defensa, Humberto Ortega, alabando los avances "*que en favor de la democracia, de la paz y de la distensión y en la lucha contra el armamentismo realizan la Unión Soviética y el campo socialista*"⁵⁷, o la del mismo presidente Daniel Ortega, celebrando que con la Revolución de Octubre "*nuevas victorias se hicieron posibles por la firme decisión de los pueblos de romper las cadenas de la explotación, contando a la vez con la generosa y decidida solidaridad militante de la Unión Soviética*"⁵⁸. Se pueden medir asimismo por las votaciones de Nicaragua en las Naciones Unidas en el caso de Afganistán, absteniéndose de condenar la invasión soviética o apoyando al régimen impuesto por la intervención militar de Vietnam en Camboya⁵⁹.

Pero este prosovietismo sandinista que llevó a Nicaragua a no reconocer hasta diciembre de 1985 a la República Popular de China⁶⁰ -manteniendo durante ese tiempo relaciones con Taiwan-, tenía una motivación muy pragmática, como ocurrió con muchas otras acciones sandinistas. El ministro sandinista de Cooperación Externa, Henry Ruiz, lo explicaba así en 1991: "*Nosotros no establecimos rápidamente relaciones con China para no perjudicar los vínculos con la URSS. Como verá, hay cosas que no son totalmente idealistas, tienen cálculo político. Imagínese el costo que hubiéramos tenido que pagar de no amarrar entonces sólidamente la relación con la Unión Soviética*"⁶¹.

Alejandro Bendaña, director de Política Exterior del gobierno sandinista, revela que objetivos similares se proponían al denominar a Nicaragua como país de

⁵⁶ Tomás Borge, "El pueblo apoya al proceso revolucionario", entrevista de Anatoli Borovkov en *América Latina*, n° 1, enero 1987, p. 42.

⁵⁷ Humberto Ortega, declaraciones en *Barricada*, 22 marzo 1980, p. 12.

⁵⁸ Daniel Ortega, "Ante el foro de la Revolución de Octubre", discurso en la celebración del 70 aniversario de la Revolución Socialista de Octubre, Moscú, (3 noviembre 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 188.

⁵⁹ La postura prosoviética de los dirigentes sandinistas se puede también observar en negativo en la censura impuesta a informaciones que podían, según su criterio, dañar la imagen de la URSS y de otros países socialistas: véase Roberto Cardenal Ch., *Lo que se quiso ocultar: 8 años de censura sandinista*, San José, Costa Rica: Libro Libre, 1989, pp. 369-390.

⁶⁰ "Relaciones diplomáticas con China", *Barricada Internacional*, n° 188, 16 enero 1986, p. 13.

⁶¹ Henry Ruiz, entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando Utopía*, op. cit., p.84.

orientación socialista: " *El calificativo de país de orientación socialista - señala Bendaña- más que una afirmación de alineación política o de guía para la edificación de un nuevo Estado, fue un fenómeno de aspiración ideológica, como también una apelación a los beneficios que la URSS en la época pre-Gorbachov supuestamente otorgaba a los países que así se catalogaban: beneficios de orden estratégico militar preferentemente, y secundariamente energético y de cooperación*"⁶².

Los sandinistas, conscientes de la importancia clave de la ayuda soviética, mimaron -a todos los niveles, gubernamentales y partidistas- las relaciones y contactos con la URSS. Los principales dirigentes revolucionarios (Daniel Ortega, Humberto Ortega, Tomás Borge, Jaime Wheelock, Bayardo Arce, Carlos Núñez, Henry Ruiz, y por supuesto el ministro del Exterior, Miguel D'Escoto) viajaron repetidamente a la URSS en busca de apoyo militar y económico. Daniel Ortega llegó a entrevistarse en Moscú con los sucesivos Secretarios Generales soviéticos, con Brezhnev en 1982, con Andropov en 1983, con Chernenko en 1984, y con Gorbachov en 1985 y 1987.

Y la URSS respondió con cautela pero positivamente a la actitud y a las peticiones sandinistas, convirtiéndose en la principal fuente de recursos externos de Nicaragua, y de manera concreta en su más importante abastecedor de armas y petróleo⁶³. (*Ver cuadro n° 7 en anexo*).

Ante el muy probable cumplimiento de las amenazas del presidente Reagan de desalojar a los sandinistas del poder, era lógico que estos se aprestaran a edificar un poder militar sólido, y ello pasaba por dotar a su ejército de armas provenientes de los países considerados aliados estratégicos y, de forma principal, de la Unión Soviética⁶⁴.

La cobertura de las necesidades energéticas -realizada durante los primeros años de la revolución por Venezuela y México- conformará la segunda de las líneas

⁶² Alejandro Bendaña, "El colapso del comunismo a nivel internacional", en Centro Ecuménico Antonio Valdivieso (ed.), *Dando razón de nuestra esperanza: Los cristianos latinoamericanos frente a la crisis del socialismo y la derrota sandinista*, Managua: Ediciones Nicaragua, 1991, p. 32.

⁶³ El Instituto de Investigación, Capacitación y Asesoría Económica de Nicaragua (INICAE) cifra en 2721,6 millones de dólares la colaboración soviética en proyectos de inversión, maquinaria y equipo, suministro de materias primas, petróleo y derivados, en bienes de consumo y en apoyo a la balanza de pagos: véase INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 132 y 183-184. Con respecto a los mismos conceptos el periódico sandinista *Barricada Internacional* valoraba en 2.738,5 millones de dólares la aportación de la URSS. A esto debe añadirse la colaboración soviética en salud y educación. La URSS concedía 450 becas anuales a estudiantes universitarios. Hasta 1989 se habían graduado 522 nicaragüenses en universidades soviéticas y otros 1434 seguían estudiando en la URSS en esa fecha: véase "La cooperación URSS-Nicaragua", *Barricada Internacional*, n° 302, 14 octubre 1989, p.6.

⁶⁴ El valor del armamento enviado por la URSS a Nicaragua hasta 1989 era cifrado en 2300 millones de dólares por el Departamento de Defensa de EEUU: véase W. Raymond Duncan, Carolyn McGiffert Ekedahl, *Moscow and the Third World under Gorbachev*, op. cit., p. 215. Sin embargo, de acuerdo al general Joaquín Cuadra, jefe del Estado Mayor del EPS, la ayuda militar soviética a Nicaragua fue " *totalmente gratuita y así lo consignaban todos los convenios entre los dos países*": véase "La cooperación URSS-Nicaragua", *Barricada Internacional*, n° 302, op. cit., p.6.

centrales de la cooperación soviética a partir de 1984, momento en que Nicaragua comienza a importar de la URSS más del 50% del petróleo que consume⁶⁵.

Como planteé antes, el apoyo soviético siguió el ritmo de las agresiones de Estados Unidos -tanto el acoso militar como el embargo económico- contra la revolución sandinista, como se desprende incluso de los datos de los Departamentos de Estado y de Defensa norteamericanos⁶⁶, llegando a tener una importancia sustancial para la supervivencia de la revolución, y convirtiéndose en un elemento determinante en el desenlace de la misma.

Hasta cierto punto tiene razón Bendaña, cuando señala que EEUU empujó a la revolución nicaragüense hacia la URSS y los países socialistas (incluso en un grado que no era deseado por los propios sandinistas, como admite el ministro sandinista de Comercio Exterior Martínez Cuenca⁶⁷), con el objetivo de que llegara a hacerse realidad la acusación de que Nicaragua era un Estado satélite de Moscú, para así aislar al proyecto revolucionario y justificar su intervención en América Central⁶⁸. Si esta acusación es uno de los ejes del arsenal propagandístico de EEUU contra la revolución sandinista y falsea y distorsiona el desarrollo de la política exterior nicaragüense, no es menos cierto que la dependencia nicaragüense con respecto a la URSS fue considerable.

VII. 3. 3. Oportunismo de la URSS y comprensión sandinista

Responder a la pregunta de cómo se involucró la Unión Soviética en el apoyo a la revolución sandinista me lleva a considerar el significado y el valor de ésta para la URSS, las características de dicha implicación, las presiones soviéticas a la revolución y la actitud del gobierno sandinista ante ellas.

La Unión Soviética, que se había encontrado con el triunfo sandinista sin haber tenido ninguna intervención en el mismo, no pretendía ni establecer una cabeza de playa en Nicaragua para expandir el comunismo en el continente americano, cumpliendo "*un imperativo marxista-leninista*", ni utilizarla como "*plataforma de subversión*" para desestabilizar la región, ni su implicación tenía un alcance geoestratégico para poner en peligro la seguridad de EEUU y sus planes de defensa,

⁶⁵ Hasta 1990 la URSS suministra a Nicaragua 1.828.000 toneladas de petróleo: véase INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 132.

⁶⁶ Véase U.S. Department of State and Department of Defense, *The Soviet-Cuban Connection in Central America and the Caribbean*, op. cit., p. 25. En el mismo sentido véanse Peter Clement, "Moscow and Nicaragua: Two Sides of Soviet Policy", *Comparative Strategy*, op.cit., p. 78; Nicola Miller, *Soviet Relations with Latin America 1959-1987*, op. cit., p. 204-216; y Marc Edelman, "EEUU-Nicaragua-URSS: un triángulo explosivo", *Nueva Sociedad*, n° 88, marzo-abril 1987, pp. 67-69.

⁶⁷ Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: Una década de retos*, op. cit., pp. 88-89.

⁶⁸ Alejandro Bendaña, *entrevista propia*, op. cit. Por su parte Gorostiaga había llamado tempranamente la atención sobre estos propósitos norteamericanos: véase Xabier Gorostiaga, *Los dilemas de la Revolución Popular Sandinista a tres años del triunfo*, Managua: CRIES, 1982, pp. 13-14.

como denunciaban los Departamentos de Estado y de Defensa y algunos autores norteamericanos ⁶⁹.

Como planteaba Jacobsen en un informe para el Departamento de Estado, la URSS de Breznev, Andropov y Chernenko y mucho más aún la de Gorbachov comprendía el significado de que la revolución sandinista se desarrollara en un área de clara e histórica hegemonía de EEUU, y aceptaba las limitaciones que este "*fatalismo geográfico*" imponía en su relación con Nicaragua⁷⁰.

Pero la mera existencia de la revolución nicaragüense en dicha zona proporcionaba a Moscú -con costes no excesivamente altos y en cualquier caso muy inferiores a los de Cuba⁷¹- una serie de ventajas tácticas en sus relaciones con Estados Unidos.

El apoyo militar, económico y diplomático soviético a Nicaragua -al fortalecer la revolución- contribuía a dificultar una posible intervención militar directa de Estados Unidos, a elevar el precio político de la misma, y a incrementar el prestigio de la URSS entre los países del Tercer Mundo⁷². La colaboración soviética servía además para potenciar las posiciones de negociación de la URSS frente a Estados Unidos, al colocar a Nicaragua como objeto de negociación en los conflictos regionales en los que se encontraban envueltas ambas superpotencias.

Por otro lado la participación de Estados Unidos en las agresiones contra la revolución nicaragüense tenía consecuencias adicionales bien vistas en Moscú: suscitaba diferencias y tensiones entre Washington y sus aliados en Europa Occidental y en América Latina, creaba sentimientos de oposición creciente no solo en la opinión pública sino también en el propio Congreso de Estados Unidos, y equiparaba en alguna medida la intervención norteamericana en Nicaragua con la invasión soviética en Afganistan⁷³.

⁶⁹ U.S. Department of State and Department of Defense, *The Sandinista Military Build-up*, op. cit., pp. 39-40; Joseph G. Whelan, y Michael J. Dixon, *The Soviet Union in the Third World: Threat to World Peace?*, op. cit., pp. 386-389; Peter Clement, y W. Raymond Duncan, "The Soviet Union and Central America", en Eusebio Mujal-Leon (ed.), *The USSR and Latin America*, op. cit., pp. 276-277; Alberto R. Coll, "Soviet Arms and Central American Turmoil", *World Affairs*, vol. 148, n° 1, Summer 1985, pp. 15-16; y Alvaro Taboada, "The "New Thinking" and Central America", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, New Brunswick (U.S.A.): Transaction Publishers, 1990, p. 246.

⁷⁰ Véanse C.G. Jacobsen, "Soviet Attitudes Towards, Aid to and Contacts with Central American Revolutionaries", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests*, op. cit., p. 299; y Peter Clement, y W. Raymond Duncan, *The Soviet Union and Central America*, en Eusebio Mujal-Leon (ed.), *The USSR and Latin America*, op. cit., p. 275.

⁷¹ A principios de los 80 la cooperación económica de la URSS con Cuba sobrepasaba los 4000 millones de dólares anuales, a los que había que añadir 600 millones en ayuda militar: véase Pamela S. Falk, "The Costs of Cuba's Trade with Socialist Countries", en Philip Brenner, William M. LeoGrande, Donna Rich, y Daniel Siegel D. (eds.), *The Cuba Reader*, New York: Grove Press, 1989, p. 313.

⁷² Coinciden en estas apreciaciones autores situados en posiciones antagónicas entre sí en relación a la revolución nicaragüense: véanse Ilya Prizel, "Latin America: The Long March", *The National Interest*, Summer 1988, p. 116; y Boris Yopo, "La Unión Soviética y la crisis centroamericana: La asistencia militar a Cuba y Nicaragua", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, 15-16, 2º y 3º trimestre de 1986, p. 35.

⁷³ Brzezinski, asesor de Carter en el Consejo de Seguridad Nacional, vincula la solución de ambas crisis: véase Zbigniew Brzezinski, "Afghanistan and Nicaragua", *The National Interest*, Summer 1985, pp. 48-51. El mismo

Todos ellos, beneficios netos a cambio de un apoyo no demasiado oneroso para Moscú, quien, sobre todo en la primera mitad de la década, lo proporcionaba de forma limitada y con precaución⁷⁴, siempre atento a no poner en peligro las relaciones prioritarias tanto con otros países de América Latina -Argentina y Perú- como sobre todo con Estados Unidos. Así, por ejemplo, la Unión Soviética -a pesar de la entrega masiva de armamento defensivo a Managua- se negó en todo momento a enviar los aviones MIG solicitados por el gobierno sandinista, en la medida que Washington había advertido que no toleraría la presencia de este tipo de aviones en los cielos centroamericanos⁷⁵.

Para la URSS Nicaragua era una oportunidad cómoda para conseguir los objetivos arriba citados y un peón fácil de mover -"desechable", apunta Ratliff⁷⁶- en la partida de ajedrez jugada por la URSS y Estados Unidos en el tablero internacional.

La actuación oportunista de la Unión Soviética con respecto a la revolución de Nicaragua se hace más patente con el gobierno de Gorbachov. Durante la primera parte del mismo las relaciones entre ambos países habían mantenido las mismas pautas de los gobiernos anteriores, como reconocía el presidente Ortega: "*La URSS mantiene con nosotros los mismos grados de cooperación económica y militar de siempre, incluso han crecido de manera sostenida desde el inicio de la gestión del compañero Gorbachov*"⁷⁷.

El envío de armas y petróleo se incrementó durante 1985 y 1986, lo cual se explica no solo por las graves dificultades de la revolución nicaragüense en esos años, sino también por la voluntad soviética de elevar el nivel de su protagonismo en unos momentos en que se preveía el comienzo de una nueva era en las relaciones de la URSS con Estados Unidos.

Con la perestroika, sin embargo, la visión de la URSS sobre sus lazos con los países del Tercer Mundo estaba sufriendo transformaciones radicales, y esto iba a afectar de lleno a Nicaragua. La desideologización de la política exterior soviética hacia el Tercer Mundo, la superación de los conceptos de enfrentamiento global y de

Yuri Andropov, secretario general del PCUS, establecía una comparación entre los intereses de EEUU en Nicaragua y los de la URSS en Afganistán, durante una entrevista realizada en 1983: véase *Der Spiegel*, 19 abril 1983, citado en Boris Yopo, "La Unión Soviética y la crisis centroamericana: La asistencia militar a Cuba y Nicaragua", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, op. cit., p. 37.

⁷⁴ Moscú no llegó a suscribir ningún tratado de amistad con Nicaragua como lo había hecho con Angola, Etiopía, Afganistán, India y Siria. Y hasta 1987 ningún alto dirigente soviético visitó Managua. Boris Yeltsin, entonces miembro suplente de Politburó, fue el primero. Durante la visita Yeltsin subrayó la amistad y las buenas relaciones entre "el pueblo soviético" y el nicaragüense e hizo un canto "*al poder popular que existe en Nicaragua desde hace siete años y en la URSS desde hace 70 años*", (Barricada, 4 marzo 1987, p. 5).

⁷⁵ Philip Taubman, "U.S. Warns Soviet It Won't Tolerate MIG's in Nicaragua", *The New York Times*, 8 noviembre 1984, p. 1 y A10.

⁷⁶ William Ratliff, "East Confronts West in Central America", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests*, op. cit., p. 98.

⁷⁷ Daniel Ortega, "Construyendo el socialismo nica", entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 61, julio 1989, separata, p.3.

utilización de los conflictos locales para desestabilizar a Estados Unidos, la búsqueda de una solución política a dichos conflictos bajo la perspectiva de que los problemas del Tercer Mundo afectan a toda la humanidad son algunos de los temas claves de la nueva política exterior dirigida por Shevardnadze en relación con el Tercer Mundo⁷⁸.

El propio ministro de Exteriores, Eduard Shevardnadze, aunque no aceptaba el reproche de que la diplomacia soviética estuviera abandonando al Tercer Mundo, reconocía que a la URSS no le satisfacía "*el estado de sus relaciones con los países en desarrollo*", señalando que los cambios en esa relación y las limitaciones de la política exterior soviética estaban determinados "*por el estilo de la economía soviética y por la estructura de las relaciones económicas existentes*"⁷⁹. Kozyrev⁸⁰ lo planteaba con mayor claridad y rotundidad: "*¿Qué ganamos invirtiendo miles de millones en la economía y en la defensa de los regímenes insolventes y nada democráticos del Medio y Extremo Oriente, de Africa y de América Central?. Necesitamos romper con el enfoque imperialista y renunciar al papel de superpotencia mundial en la esfera militar y en la ayuda a los países en desarrollo*"⁸¹.

Cuando los conflictos regionales fueron puestos sobre la mesa de negociaciones entre la URSS y EEUU⁸², las presiones sobre aquellos países con quienes la URSS tenía un compromiso menor se hicieron evidentes, como ocurrió con Nicaragua. El recorte del suministro de petróleo en 1987, la suspensión del envío de armamento pesado en 1989 y la negativa a entregar ayuda financiera al gobierno sandinista

⁷⁸ Entre los autores soviéticos que plantean esta problemática véanse Andrei Kozyrev, y Andrei Shumikhin. "East and West in the Third World", *International Affairs*, Moscú, marzo 1989, pp. 64-74; Yevgeny Primakov, "USSR Policy on Regional Conflicts", *International Affairs*, Moscú, junio 1988, pp. 3- 9; Andrei Kolosov, "Reappraisal of USSR Third World Policy", *International Affairs*, Moscú, mayo 1990, pp. 34-42; Vladimir Razuvaev, "Entre geopolítica e ideología", *Tiempos Nuevos*, n° 19, 1990, p. 17; e Irina Zorina, "La URSS, el Tercer Mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el Tercer Mundo antes y después de Afganistán", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 19, pp. 41-46. Entre los autores no soviéticos que analizan las inevitables consecuencias del "New Thinking" para los países del Tercer Mundo, véanse John Erdwin Mroz, "Soviet Foreign Policy and New Thinking", *International Affairs*, Moscú, marzo 1989, pp. 23-33; Elizabeth Kridl Valkenier. "El nuevo pensamiento soviético sobre el Tercer Mundo", *Papeles para la Paz*, n° 35, 1989, pp. 139-159; Boris Meissner, "New Thinking and Soviet Foreign Policy", *Aussen Politik*, english edition, vol. 40, 2/89, pp. 101-118; y Jiri Valenta, "Moscow 's 'New Thinking' and Third World Regional Conflicts: Some Conclusions", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, op. cit., pp. 291-319.

⁷⁹ Eduard Shevardnadze, "De la política exterior", entrevista en *Tiempos Nuevos*, n° 27, 1990, p. 15

⁸⁰ Subdirector del departamento de Organizaciones Internacionales del Ministerio de Asuntos Exteriores con Gorbachov y posteriormente ministro de Exteriores con Yeltsin.

⁸¹ Andrei Kozyrev, "Puente sobre el Rubicón: a lo largo y a través", *Tiempos Nuevos*, n° 45, 1990, p. 26. Véanse posiciones similares del mismo autor en *Papeles para la Paz*, n° 35, 1989, pp. 208-212.

⁸² Daniel Ortega reconoce la existencia de conversaciones entre soviéticos y estadounidenses sobre el tema centroamericano: véase "Nicaragua se prepara para negociar", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 283, op. cit., pp. 12-15. Yuri Pavlov, jefe de la Dirección de América Latina en el ministerio de Exteriores de la URSS, revela que entre 1986 y 1988 hubo cuatro reuniones específicas entre los gobiernos soviético y norteamericano para tratar el conflicto de América Central: véase Yuri Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance 1959-1981*, op. cit., pp. 205-206. Sergio Ramírez, vicepresidente del gobierno sandinista, recuerda en sus memorias de la revolución que "*la Unión Soviética había abierto conversaciones secretas con Estados Unidos, bajo una agenda concreta que tenía que ver con el caso de Nicaragua y con el fin negociado del conflicto en Centroamérica*", (Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 162).

durante el período electoral nicaragüense entre 1989 y 1990, constituyen una muestra de la conducta soviética⁸³.

Las presiones verbales han sido negadas por los sandinistas⁸⁴, pero las medidas citadas incidieron inequívocamente en su voluntad negociadora, traducida en su sorpresiva firma de los acuerdos de Esquipulas, en el diálogo directo con la Resistencia contrarrevolucionaria (en contra de las rotundas y reiteradas afirmaciones en sentido opuesto), en la celebración de elecciones anticipadas en 1990, en el reconocimiento formal de todos los gobiernos de América Central, y en el llamamiento al desarme unilateral de los grupos irregulares de la región, incluido el FMLN salvadoreño⁸⁵. Decisiones todas ellas aplaudidas desde Moscú, pero contempladas con frialdad y algunas con rechazo por La Habana.

Las presiones soviéticas caían, no obstante, en terreno maduro, pues el gobierno sandinista había optado desde 1987 por una salida política al conflicto, y *"actuó con la lógica de hacer concesiones en aras de lograr la solución pacífica y el cese del involucramiento norteamericano"*, como apunta el investigador cubano Santiago Pérez⁸⁶.

El propio viceministro sandinista del Exterior, V.H. Tinoco, aún señalando que no hubo contradicciones entre Moscú y Managua, recordaba que *"los soviéticos iban por delante de nosotros en la visión de la negociación política y en la flexibilidad de la misma"*⁸⁷.

No resulta extraño, por tanto, sino coherente y lleno de lógica el agradecimiento, reiterado por los dirigentes sandinistas antes y después de su derrota electoral, por la

⁸³ Véase Yuri Pavlov, *Soviet-Cuban Alliance 1959-1981*, op. cit., pp. 146 y 153. Pavlov recuerda que los sandinistas *"querían dinero para poner bienes de consumo en las tiendas, de manera que pareciera que la situación económica estaba mejorando. Pensamos que no era una buena inversión"*. Citado en Michael Kramer, "Anger, Bluff and Cooperation", *Time*, n° 23, 4 junio 1990, p. 28.

⁸⁴ Miguel D'Escoto, *entrevista propia*, Managua, 6 agosto 1992. Henry Ruiz, miembro de la Dirección Nacional del FSLN y ministro de Cooperación Externa, señala todavía en 1999 que en las relaciones con el gobierno soviético *"no sentí presiones"*, (*entrevista propia*, Managua, 24 agosto 1999). Véanse en el mismo sentido las declaraciones, en 1984, de los dirigentes sandinistas Humberto Ortega y Bayardo Arce en G. Invernizzi, F. Pisani, J. Ceberio, *Sandinistas*, op. cit., pp. 18 y 154. Sin embargo el vicepresidente Ramírez admite la existencia de directrices claras del gobierno de Gorbachov al gobierno sandinista: *"Cuando ya avanzadas las negociaciones de Esquipulas apareció en escena Kasimirov, el nuevo jefe para América Latina de la cancillería soviética bajo Shevardnadze, su mensaje, transmitido con amables subterfugios, fue todo lo contrario (al de Boris Yeltsin, quien en su visita a Managua a principios de 1988 "nos había asegurado que el respaldo soviético para la revolución continuaría invariable"): debíamos buscar un rápido entendimiento con Estados Unidos, poner fin a la guerra y obtener recursos del mundo occidental; ellos ya no podían soportar una carga tan pesada. Y debíamos, además, mantenernos en el modelo de economía mixta para crear confianza"*, (Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 162).

⁸⁵ Michael Kramer, en el artículo arriba citado de *Time* y en base a *"información facilitada por el Secretario de Estado James Baker y el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Eduard Shevardnadze"*, describe detalladamente la colaboración soviético-norteamericana durante 1989 y 1990 para buscar una salida al conflicto de Nicaragua y de El Salvador: véase Michael Kramer, "Anger, Bluff and Cooperation", *Time*, 4 junio 1990, pp. 22-28.

⁸⁶ Santiago Pérez, "La política soviética en el proceso negociador centroamericano", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. IX, n° 18, enero-junio 1992, p. 155.

⁸⁷ Víctor H. Tinoco, *entrevista propia*, Managua, 5 agosto 1990.

ayuda de la Unión Soviética a la revolución nicaragüense⁸⁸. Los sandinistas, sin embargo, no ignoraban la influencia negativa que en la misma habían tenido *"los cambios (adoptados por Moscú) en las modalidades de intercambio y su insistencia en el tipo de cooperación de beneficio mutuo"*⁸⁹, e igualmente eran sabedores de que Estados Unidos había presionado a la URSS, *"para que se nos retorciera el brazo, como condición abierta para las concesiones económicas procuradas afanosamente por Moscú"*⁹⁰.

Henry Ruiz, ministro sandinista de Cooperación Externa, después de la pérdida del poder señalaba cómo el nuevo talante introducido en política exterior por Gorbachov y Schevarnadze había afectado a Nicaragua: *"A la luz de las nuevas realidades políticas y económicas creadas en la URSS -afirmaba el ministro sandinista- se dio un cambio. Hasta entonces habíamos recibido ciertos productos gratuitamente, en forma generosa. Por ejemplo, fue muy difícil conseguir en enero de este año (1990, y en vísperas de las elecciones) 126.000 toneladas de petróleo. Fue una decisión totalmente fuera de la forma tradicional de resolver los soviéticos"*⁹¹.

Para la URSS de Gorbachov la derrota electoral sandinista no supuso un gran golpe, sino más bien un alivio y una ocasión extraordinaria para disminuir de forma radical su colaboración con Nicaragua, aunque el gobierno soviético hizo honor a los compromisos contraídos con los sandinistas y durante algún tiempo continuó abasteciendo de petróleo al gobierno de Violeta Chamorro.

El señalamiento del tono oportunista de la cooperación soviética no impide reconocer tanto que la misma fue decisiva para que el gobierno sandinista no fuera derrocado por la fuerza, como que se mostró insuficiente para contribuir a que la revolución nicaragüense tuviera éxito.

Como he planteado, la ayuda se volcó de forma prioritaria en los aspectos básicos de la sobrevivencia de la revolución, el resto estuvo orientado a proyectos agrícolas e industriales de resultados a muy largo plazo y con tecnología no compatible con la ya existente en Nicaragua, y se reveló incapaz de satisfacer las graves necesidades del desarrollo nicaragüense en medio de la guerra.

Difícilmente podía ser de otro modo, en la medida que la propia Unión Soviética, como señala Duncan, *"no podía proporcionar el tipo de asistencia económica*

⁸⁸ Véanse Daniel Ortega, "Ante el foro de la Revolución de Octubre", discurso en la celebración del 70 aniversario de la Revolución Socialista de Octubre, Moscú, (3 noviembre 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 191; Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., p. 89; y Joaquín Cuadra, "La cooperación URSS- Nicaragua", *Barricada Internacional*, nº 302, op. cit., p. 6.

⁸⁹ Alejandro Bendaña, "El colapso del comunismo a nivel internacional", en Centro Ecuménico Antonio Valdivieso (ed.), *Dando razón de nuestra esperanza*, op. cit., p. 32.

⁹⁰ *Ibidem*.

⁹¹ Henry Ruiz, "La utopía es de revolucionarios", entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando Utopía*, op. cit., pp. 83-84

masiva requerida" por Nicaragua⁹², y mucho menos en las condiciones de desplome por las que atravesaba el régimen soviético.

Si a esto se añaden las dificultades económicas derivadas de la situación de guerra y de la mala gestión del gobierno sandinista, así como la administración deficiente de la ayuda concedida por la URSS⁹³, se cierra el círculo que explica el fracaso parcial de la colaboración socialista con la revolución nicaragüense.

Quizás el reconocimiento más explícito de este fracaso queda señalado por Bendaña, cuando en 1991 admite que *"la ortodoxia marxista al fin y al cabo resultó incompatible con la geopolítica, con la guerra, con la naturaleza de la sociedad y por último con nosotros mismos, dado el carácter ecléctico y básicamente antidogmático del sandinismo"*⁹⁴.

VII. 4. La cooperación del resto de los países socialistas

La cooperación de los restantes países socialistas, aunque individualmente no alcanzó las dimensiones de la proporcionada por la URSS y por Cuba, fue complementaria de la de éstos y se elevó a cifras importantes⁹⁵.

Si bien algunos de estos países prestaron también ayuda militar⁹⁶, su colaboración se centró de forma preferente en las áreas económicas, destacando por su volumen la realizada por la RDA, Checoslovaquia y Bulgaria. (*Ver cuadro n° 7 en anexo*).

El Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), en el que Nicaragua estaba presente como observador desde 1984, fue el organismo encargado de coordinar los acuerdos de los países de Europa Oriental con el país centroamericano, en la medida que los créditos se negociaban de forma bilateral⁹⁷.

⁹² W. Raymond Duncan, *The Soviet Union and Cuba: Interests and Influence*, New York: Praeger, 1985, pp. 177-178.

⁹³ Véanse la críticas de los académicos soviéticos Tatiana Vorozheikina y V.N. Grishin en Jan S. Adams, *A Foreign Policy in Transition*, Durham: Duke University Press, 1992, pp. 121 y 229. Críticas similares se hallan en Edmé Domínguez Reyes, "La Unión Soviética y América Latina a finales de los 80: El fin de una era", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 35, op. cit., p. 20.

⁹⁴ Alejandro Bendaña, "El colapso del comunismo a nivel internacional", en Centro Ecueménico Antonio Valdivieso (ed.), *Dando razón de nuestra esperanza*, op. cit., p. 32.

⁹⁵ Me refiero en concreto a Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Yugoslavia, República Popular de Corea y República Popular China. La suma de los créditos y las donaciones de estos países a Nicaragua alcanzó los 1254,6 millones de dólares en el período comprendido entre julio de 1979 y diciembre de 1989. Véase INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 133-139 y 183-184.

⁹⁶ Bulgaria y la RDA brindaron "apoyo militar de tipo logístico", según el general Joaquín Cuadra, jefe de Estado Mayor del EPS (*Barricada Internacional*, n° 302, op. cit., p. 6). En concreto los camiones IFA, utilizados por el EPS, provenían de Alemania Oriental. Checoslovaquia, Hungría y la RDA colaboraron en la asesoría en asuntos de seguridad, de acuerdo al ministro del Interior Tomás Borge y a conversaciones propias en Managua con oficiales de dicho ministerio en 1982: véase Tomás Borge, *Discurso de despedida del MINT*, op. cit., p. 4.

⁹⁷ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 127-128.

La ayuda económica de todos los países socialistas, incluida China, tenía una serie de ventajas para la Nicaragua acosada, como la concesión de precios preferenciales a algunas exportaciones de Nicaragua⁹⁸, acuerdos para pagar los créditos en especies antes que en divisas, disponibilidad para posponer el pago de la deuda, y precios más baratos para algunos productos importados de aquellos países⁹⁹.

Pero la ayuda socialista encerraba asimismo fuertes inconvenientes como los altos costos del transporte, las dificultades para obtener piezas de repuesto, los intereses más altos -en algunos casos- que los establecidos con los países de Europa Occidental, la falta de rapidez y flexibilidad para adaptarse a las contradicciones de la economía mixta nicaragüense, y el abultamiento de la deuda debido a la sobrevaluación de las monedas de los países socialistas¹⁰⁰.

De ahí que no resulten extrañas las contradictorias valoraciones que los sandinistas realizaron sobre la ayuda de estos países. Mientras que el INICAE habla de una cooperación "*crucial*" para la sobrevivencia de la revolución, "*cuantiosa y sin condiciones*", y la califica como "*un ejemplo de cooperación*"¹⁰¹, y el presidente Daniel Ortega y el ministro del Interior Tomás Borge agradecen en distintas ocasiones la ayuda proporcionada por los países de Europa Oriental, especialmente por la RDA y Bulgaria¹⁰², el ministro de Cooperación Externa, Henry Ruiz, critica con cierta acritud -excluyendo a la URSS, a Cuba y China- el tipo de colaboración del resto de los países socialistas, incluso comparándola en negativo con la aportada por algunos países de Europa Occidental: "*Insisto, las relaciones con los otros países de Europa Oriental, -planteaba el dirigente sandinista- no funcionaban con la bondad y con la diligencia con que se daba, por ejemplo, la solidaridad de algunos países de la Europa nórdica... El principio de la solidaridad, que es consustancial con el socialismo, no estuvo claramente expresado (en las relaciones con esos países socialistas)*"¹⁰³.

⁹⁸ La URSS y la RDA concedieron precios preferenciales del 100 % sobre los precios del mercado, y Bulgaria del 30 %: véase INICAE, *Ibid.*, p.128.

⁹⁹ Marc Edelman, "Lifelines: Nicaragua and the Socialist Countries", *NACLA. Report on the Americas*, vol. XIX, op. cit., pp. 42-43.

¹⁰⁰ Véanse S. Barraclough, A. Van Buren et al., *Aid that Counts*, Amsterdam: Transnational Institute/ Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 1988, pp. 60-61; e INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 130.

¹⁰¹ INICAE, *Ibidem*.

¹⁰² Daniel Ortega, "La revolución popular sandinista ante los trabajadores del mundo", discurso en el XI Congreso Mundial de Sindicatos, (17 septiembre 1986), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 154-155; Declaraciones en *Barricada*, 18 septiembre 1986, p. 1, en el acto de entrega de la Orden A. C. Sandino a Erich Honecker; y Tomás Borge, *Discurso de despedida del MINT*, op. cit., p. 4.

¹⁰³ Henry Ruiz, entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando Utopía*, op. cit., p.84. Recibi una valoración similar de Henry Ruiz (alabanzas al papel jugado por la URSS y Cuba y severas críticas al resto de países socialistas del bloque soviético europeo) en la entrevista citada del 24 de agosto de 1999.

Tomás Borge recoge una crítica coincidente de Fidel Castro expresada en términos más duros en una conversación mantenida en abril de 1992. "*Tú, Tomás, sabes muy bien -señalaba Fidel Castro- que en los días difíciles del gobierno sandinista, sometido a la agresión de Estados Unidos y sometido al bloqueo, en muchos de estos países no se observaba el más mínimo sentimiento de solidaridad internacional, ni la más mínima disposición a hacer sacrificios por ayudar a Nicaragua*", (Tomás Borge, *Un grano de maíz: conversación con Fidel Castro*, México, D.F: Fondo de Cultura Económico, 1992. p. 116).

VII. 5. La influencia de los países socialistas no radicalizó a la revolución sandinista

Nos encontramos, pues, con luces y sombras en unas relaciones que si resultaron determinantes para que la revolución nicaragüense no sucumbiera militarmente ante Estados Unidos, no lo fueron para que aquella se mantuviera. De donde se demostraría la eficacia de la colaboración exterior -en lo militar y económico- para la supervivencia de un pequeño país asediado, pero también la insuficiencia de la misma para consolidar una experiencia revolucionaria con graves y lógicos problemas de apoyo y cohesión internos, que terminan siendo decisivos para su desaparición.

La coincidencia, en el tiempo, del desplome de los regímenes de Europa Oriental con la derrota electoral del sandinismo cierra de forma abrupta y temporal este posible debate sobre la necesidad y las contradicciones de la colaboración exterior para el éxito de experiencias revolucionarias ubicadas en el área de influencia tradicional de una gran potencia.

Lo que sí queda evidente en la interrelación de la revolución sandinista con los países del mundo socialista es que éstos no presionaron a Nicaragua hacia caminos más radicales, ni en su política interna, ni menos en su política exterior.

Mas bien al contrario, la URSS principalmente contribuyó a la normalización de Nicaragua en relación a sus vecinos, presionando para que el gobierno sandinista dejara a un lado la vía militar y se decidiera por la salida negociada del conflicto, aceptando las consecuencias políticas que pudieran derivarse de dicha decisión.

Incluso Cuba -como he planteado- jugó en los primeros años de revolución un cierto papel de moderación sobre el proceso nicaragüense, aconsejando a los sandinistas no romper sus relaciones con Estados Unidos, y advirtiéndoles sobre las consecuencias negativas de introducir armas pesadas en el territorio nicaragüense.

Es obligado, sin embargo, reconocer que es en esta relación entre las dos revoluciones americanas donde la política exterior sandinista se aproxima más a una de las características de la política exterior revolucionaria, señalada por Wight y Armstrong y citada en el capítulo II: es una relación donde las coincidencias ideológicas tienen una gran fuerza y se expresan , por ejemplo, en el apoyo común en algunos momentos a la guerrilla salvadoreña, más allá de las divergencias habidas al respecto al final de la década.

Sin embargo, la influencia fundamental del mundo socialista sobre la revolución nicaragüense proviene de la URSS, quien termina, con el beneplácito sandinista, haciendo valer su posicionamiento sobre la conclusión del conflicto nicaragüense frente a las reticencias de Cuba.

Estos vínculos con la URSS y Cuba atrajeron asimismo la atención internacional sobre la revolución sandinista de una manera desproporcionada merced a las denuncias de los gobiernos norteamericanos, que presentaban a Nicaragua como una parte más del imperio soviético y como una amenaza para Estados Unidos.

A la luz de los hechos presentados hasta aquí, difícilmente -si no es a través de una distorsión ideológica interesada- se puede deducir, como hizo la administración Reagan, que las priorizadas relaciones de Nicaragua con el mundo socialista conformaban un peligro real para la seguridad de Estados Unidos.

Y más incomprensible es esa percepción de amenaza, si se tiene en cuenta que la Nicaragua revolucionaria se esforzó durante toda la década de los 80 en ampliar sus relaciones al mundo capitalista desarrollado, como abordo en el próximo capítulo.

VIII. ENCUENTROS Y DESENCUENTOS CON EUROPA OCCIDENTAL - COMUNIDAD EUROPEA, CON LA INTERNACIONAL SOCIALISTA Y CON ESPAÑA. EL PAPEL DEL MOVIMIENTO INTERNACIONAL DE SOLIDARIDAD

A la legitimación derivada de su presencia destacada en las organizaciones internacionales y a la "natural" relación económica, política y militar con el campo socialista, el gobierno sandinista en la construcción de su estrategia exterior sumó una difícil y totalmente atípica -para un gobierno revolucionario- búsqueda de apoyo político y económico en los países de la Europa capitalista y desarrollada

Pese a ser ésta un área del sistema internacional vinculada estratégicamente a Washington, la revolución nicaragüense intentará aprovechar en su defensa tanto las diferencias existentes entre Europa Occidental y Estados Unidos en relación al conflicto centroamericano, como la voluntad europea de expresar tales diferencias a través de una praxis no coincidente con la de la superpotencia americana.

Los esfuerzos sandinistas se centraron de forma prioritaria en aquellos gobiernos y corrientes políticas -como la socialdemocracia internacional- que a su vez mostraban mayor interés por el desarrollo de la revolución nicaragüense.

Aunque la respuesta de los gobiernos socialdemócratas y de los partidos europeos pertenecientes a la Internacional Socialista (IS) no fue tan clara y masiva como la de algunos países socialistas, debe destacarse el valor de su vinculación con el proceso revolucionario sandinista por más que la misma sufriera múltiples contradicciones y problemas. La actuación del gobierno socialista español constituye, como analizaré, un buen ejemplo de esta interesante y compleja relación.

Si hay que considerar original y novedoso el acercamiento sandinista a gobiernos y fuerzas políticas de Europa Occidental, no se deben usar los mismos calificativos para enjuiciar su iniciativa de impulsar un movimiento internacional de solidaridad popular con Nicaragua especialmente en la propia Europa Occidental y en Estados Unidos. En este caso la revolución nicaragüense sí seguía el camino de otros procesos revolucionarios que a lo largo del siglo XX habían suscitado la simpatía y la solidaridad de organizaciones y gentes de izquierda en el mundo capitalista. Sin embargo el apoyo de este movimiento internacional, aunque refleja cómo la revolución sandinista se apartó formalmente de un comportamiento normalizado y convencional en política exterior, no cuestiona el planteamiento pragmático y básicamente moderado sobre el que los sandinistas desplegaron su estrategia internacional.

La actuación de este movimiento (el más amplio desde la guerra de Vietnam y con algunas analogías con el movimiento internacional de apoyo a la República durante la guerra civil española), presionando desde la sociedad civil a sus gobiernos respectivos en pro de la revolución nicaragüense, cosechó algunos resultados positivos, pero mostró a la vez sus insuficiencias y debilidades ante el serio reto de defender a un pequeño país acosado por una superpotencia, como Estados Unidos.

VIII.1. Contradicciones con los gobiernos de Europa Occidental frente a una posición más positiva de la Comunidad Europea

VIII.1.1. Esperanzas sandinistas

Para los sandinistas las relaciones con Europa Occidental tenían una gran importancia y fueron perseguidas incluso desde antes de la victoria revolucionaria¹. Europa Occidental pese a sus afinidades y estrechos lazos con Estados Unidos llegaría a ser durante la década revolucionaria uno de los puntos claves de referencia de la política internacional sandinista.

Al hablar de Europa Occidental me refiero tanto a los países miembros de la Comunidad Europea (CE), a la propia Comunidad como tal, y a los países nórdicos (Suecia, Noruega y Finlandia) que no formaban parte de la misma en la década de los 80 y que mantuvieron unas relaciones muy estrechas con la revolución sandinista².

En primer lugar el fortalecimiento de vínculos con esta parte del mundo capitalista era coherente tanto con la estrategia sandinista de no alineamiento en política exterior como con su política de pluralismo en política interna. Pero más allá de consideraciones de principios, primaba también el pragmatismo en la implementación de dicha estrategia.

"Europa era vital para nosotros", afirma Antonio Jarquín, embajador sandinista en Washington³. En Europa el gobierno sandinista veía una plataforma de cooperación económica y financiera que permitiría a Nicaragua tanto diversificar sus relaciones económicas y comerciales de acuerdo a las tendencias en ese sentido presentes en América Latina y en previsión de las presumibles presiones de Estados Unidos, como equilibrar y complementar su preferente vinculación con los países socialistas.

¹ Véase Bayardo Arce, Discurso en el Primer Congreso Latinoamericano de Pensamiento Antiimperialista, *Barricada*, 22 febrero 1985, p. 1.

² Aunque no enfocado específicamente sobre Nicaragua, Hazel Smith realizó el estudio más completo sobre la Comunidad Europea y Centroamérica durante los años 80, el cual tiene, asimismo, un gran valor para comprender las relaciones entre la CE y la revolución sandinista: véase Hazel Smith, *European Union Foreign Policy and Central America*, New York: St. Martin's Press, 1995.

³ Antonio Jarquín, *entrevista propia*, Managua, 10 agosto 1992.

El apoyo que los sandinistas esperaban de Europa Occidental tenía asimismo una gran significación política, en cuanto podía servir de *"contrapeso a la presión y a la influencia predominante de Estados Unidos en Centroamérica"*⁴, y permitía al régimen nicaragüense no quedar aislado y reducidas sus alianzas al mundo socialista, le proporcionaba unas credenciales de credibilidad útiles para suavizar su imagen revolucionaria, e incluso se podía concretar en la hipotética influencia europea sobre el comportamiento de Estados Unidos frente a la revolución nicaragüense. En la segunda mitad de la década de los ochenta los sandinistas confiaron también en que Europa Occidental jugara un papel destacado en la solución de la crisis centroamericana⁵.

VIII.1.2. Coincidencias y diferencias entre Europa Occidental y Estados Unidos sobre el conflicto de Nicaragua

La respuesta de Europa Occidental a las esperanzas en ella depositadas por el gobierno sandinista reflejaba la compleja visión europea sobre una revolución del Tercer Mundo que, como reconocía el entonces ministro español de Exteriores, Fernando Morán, había contribuido *"a atraer la atención y el interés de los europeos"*⁶, despertando las simpatías de amplios sectores populares y de algunos partidos políticos -los socialdemócratas- con obligaciones gubernamentales en varios países como Suecia, República Federal Alemana, e Italia, o que en breve llegarían al poder (en Francia y en España).

La aproximación de Europa Occidental a la Nicaragua sandinista se producía en un contexto parcialmente contradictorio. Los intereses europeos en Centroamérica y Nicaragua tenían una importancia muy relativa, y ni la una ni la otra *"eran prioritarias"* para los gobiernos de Europa Occidental, como afirman Gariazzo y Lewis⁷. Por su parte Galinsoga señala que *"el interés europeo en la subregión (centroamericana) es fundamentalmente de orden político, puesto que ni su potencial económico, ni sus relaciones con la Europa comunitaria -con anterioridad a la adhesión española- presentaban especial relevancia"*⁸. Por otro lado, sin embargo, la posición europea se enfrentaba en algunos aspectos a la de Washington, y aceptaba con una actitud más abierta la existencia de la revolución nicaragüense. Pero las coincidencias políticas entre Europa Occidental y Nicaragua se hicieron menores a medida que la revolución radicalizó sus políticas internas en el transcurso de la

⁴ Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, n° 95, op. cit., p. 46.

⁵ Bayardo Arce, declaraciones en Antonio Caño, "Guerra viajará este año a Nicaragua y Costa Rica", *El País*, 9 abril 1987, p. 3; y Daniel Ortega, "Salvar Nicaragua cuesta 250 millones de dólares", entrevista de M.A. Bastenier en *El País*, 23 abril 1989, p. 9.

⁶ Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985, p. 27.

⁷ Alicia Gariazzo, y David E. Lewis. *Europa Comunitaria y Centroamérica. De la solidaridad a los negocios*, Managua: CRIES, 1989, p. 6.

⁸ "Centroamérica en el marco europeo de la política exterior española", en VV.AA. *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, op.cit., p. 121.

guerra. De ahí que no resultara extraño que la simpatía y el apoyo inicial europeo se fueran transformando en frialdad y distanciamiento, como se reconoce en un documento del Ministerio del Exterior nicaragüense⁹.

Europa Occidental no tenía intereses vitales, estratégicos o económicos ni en Nicaragua, ni en el resto de Centroamérica. En esto coinciden numerosos autores de la más variada procedencia¹⁰. Antes del estallido revolucionario Nicaragua formaba parte de una región que preocupaba poco en las cancillerías europeas en la medida que estaba situada en un área de incontestable hegemonía estadounidense.

Europa Occidental (la Comunidad Europea especialmente, y los gobiernos con matices) no se acercó a Nicaragua con los mismos planteamientos de las administraciones norteamericanas en cuanto al origen y solución de la crisis de Centroamérica. Para los europeos el conflicto centroamericano-nicaragüense no era fruto del enfrentamiento Este-Oeste, sino de las profundas e históricas desigualdades económicas y sociales y de la crisis política en ellas incubada, situación a la que el oportunismo de la URSS y de Cuba había sacado partido¹¹.

En Europa Occidental se consideraban inadecuadas y contraproducentes las políticas estadounidenses de aislamiento e intervención en contra de Nicaragua, ya que podían empujar al régimen sandinista hacia el campo socialista. La solución al conflicto debía ser política y no militar -la vía escogida por Washington-, y de ahí el explícito y reiterado apoyo europeo a las iniciativas regionales de Contadora y Esquipulas, frente a las reticencias y animadversión con que Estados Unidos acogió ambas propuestas latinoamericanas¹².

⁹ MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p. 36.

¹⁰ Véanse Alicia Gariazzo, y David Lewis, "Europa y Centroamérica: la búsqueda del 'bilateralismo regional'", *Nueva Sociedad*, n° 106, marzo-abril 1990, pp. 162-163; Ricardo Lagos, "El Parlamento Centroamericano y la Comunidad Europea", *Nueva Sociedad*, op. cit., p. 166; Frederick Tanner, "Un nuevo aspecto en la solución del conflicto de América Central: Europa y Contadora", *Cuadernos Semestrales*, n° 18, 2° semestre, 1985, p. 104; Comisión Kissinger, *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, op. cit., p. 164; Irving Kristol, "Should Europe Be Concerned About Central America?", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., p. 45; Transnational Institute/Institute for Policy Studies, *The Central American Crisis: A European Response*, TNI/IPS, Amsterdam, 1984, p. 4; Jose Antonio Sanahuja, *Relaciones Europa-Centroamérica: ¿Continuidad o cambio?*, Cuaderno de Ciencias Sociales 70, FLACSO, San José, 1994, p. 12; Otfried Hennig, "Western Europe and Central America", en Jiri Valenta, y Esperanza Durán (eds.), *Conflict in Nicaragua: A Multidimensional Perspective*, Boston: Allen & Unwin, 1987, p. 237; y Albert Galinsonga i Jordá, "Centroamérica en el marco europeo de la política exterior española", en VV.AA. *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, Barcelona: CIDOB/AIETI, 1989, p. 121.

¹¹ Hay también coincidencia al respecto entre los autores europeos. Véanse Wolf Grabendorf, "La crisis centroamericana: ¿Europa Occidental vs. Estados Unidos?", *Cuadernos Semestrales*, n° 12, 2° semestre 1982, pp. 294-296; Angel Viñas, *European-Latin American Relations in the East-West Conflict: A Spanish Perspective*, Madrid: IRELA, 1987, pp. 12-13; y Peter W. Schultze, "A West European View: Walking a Tightrope Between Self-Assertion and Alliance Loyalty", en Bruce D. Larkin, (ed.). *Vital Interests*, op.cit., pp. 254-257. La percepción de estas diferencias también era patente en Centroamérica al menos para los sectores socialdemócratas: véase Daniel Oduber, "A Central American Perspective on European and American Roles in the Region", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., pp. 142-143.

¹² Véanse las declaraciones del Consejo Europeo, (sesión 22, Bruselas, 29-30 marzo 1982), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXVIII, 1982, p. 31644; (sesión 26, Stuttgart, 17-19 junio 1983), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXIX, 1983, p. 32407; (sesión 30, Dublin, 3-4 diciembre 1984), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXXI, 1984, p. 33595; "Declaración (del Consejo) sobre la reunión de ministros de Relaciones Exteriores de los países del Grupo de Contadora y de los países del Grupo de Apoyo en Caraballeda, Venezuela, los días 11 y 12 de enero (La Haya, 20 de enero de 1986)", en IRELA (Instituto de

Estas diferencias, aunque en algún momento llegaron a molestar a Estados Unidos, (cuando, por ejemplo, se concretaron en iniciativas europeas como la venta de armas de Francia a Nicaragua), y no eran comprendidas ni siquiera por algunos sectores académicos estadounidenses¹³, no ocultaban, sin embargo, que entre ambas partes existían afinidades en aspectos fundamentales. Europa Occidental reconocía y respetaba los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región centroamericana,

Relaciones Europeo-Latinoamericanas), *Europa-América Latina: 20 años de documentos oficiales*, Madrid: IRELA, 1996, p. 649; "Declaración sobre la reunión del Grupo de Contadora celebrada en Panamá del 5 al 7 de abril (La Haya, 11 de abril de 1986)", *Ibid.*, pp. 649-650; "Declaración sobre la cumbre celebrada en Esquipulas, Guatemala (La Haya, 23 de mayo de 1986)", *Ibid.*, p. 650; "Declaración sobre la cumbre de Guatemala (5 de agosto de 1987)", *Ibid.*, p. 651; "Declaración sobre América Central (23 de noviembre de 1987)", *Ibid.*, p. 652; "Declaración con ocasión de la cumbre de Jefes de Estado de ocho países latinoamericanos (27 de noviembre de 1987)", *Ibid.*, pp. 652-653; "Declaración en relación con la reunión de presidentes centroamericanos celebrada en San José el 15 de enero de 1988", *Ibid.*, p. 653; "Declaración relativa a América Central tras la celebración de la cumbre de San José los días 15 y 16 de enero de 1988 (26 de enero de 1988)", *Ibid.*, pp. 653-654; "Declaración sobre América Central" (13 de junio de 1988)", *Ibid.*, p. 654; "Declaración sobre América Central (29 de noviembre de 1988)", *Ibid.*, p. 655; "Comunicado relativo a la declaración adoptada por los cinco presidentes centroamericanos con ocasión de la cumbre de El Salvador (16 de febrero de 1989)", *Ibid.*, p. 655; "Declaración sobre América Central (9 de agosto de 1989)", *Ibid.*, p. 656; "Declaración sobre América Central y la misión de observadores de las Naciones Unidas (10 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 656; "Declaración sobre América Central (8-9 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 657; y "Declaración sobre América Central (27 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 657. Véanse las resoluciones del Parlamento Europeo: "Resolución sobre el proyecto de acuerdo de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central (13 de junio de 1985)", *Ibid.*, pp. 659-662; "Resolución sobre la institución de una conferencia permanente CEE-Grupo de Contadora (24 de octubre de 1985)", *Ibid.*, pp. 662-663; "Resolución sobre el mensaje de Caraballeda por la paz, la seguridad y la democracia en América Central (20 de febrero de 1986)", *Ibid.*, pp. 663-664; "Resolución sobre Centroamérica y la reunión del grupo de Contadora en Panamá del 6 de junio de 1986 (12 de junio de 1986)", *Ibid.*, pp. 664-665; "Resolución sobre la conferencia de Esquipulas II y el plan de paz para América Central (17 de septiembre de 1987)", *Ibid.*, pp. 665-666; "Resolución relativa al acuerdo de paz Arias de Guatemala (Esquipulas II) (30 de octubre de 1987)", *Ibid.*, p. 667; "Resolución sobre la América Central (11 de febrero de 1988)", *Ibid.*, pp. 668-669; y "Resolución sobre la situación en América Central (11 de marzo de 1988)", *Ibid.*, pp. 669-674. Véanse también "Comunicado conjunto de la primera conferencia ministerial entre los países de la Comunidad Europea, España y Portugal, Centro América y el grupo de Contadora (San Jose, Costa Rica, 28 y 29 de septiembre de 1984)", *Ibid.*, pp. 493-497; "Comunicado político conjunto de la conferencia ministerial de Luxemburgo sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de la Comunidad Europea, España y Portugal y los países de América Central y de Contadora, (San Jose II), (Luxemburgo, 11 y 12 de noviembre de 1985)", *Ibid.*, pp. 498-500; "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial de Luxemburgo sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de la Comunidad Europea y sus estados miembros, los países de Centroamérica y los del grupo de Contadora (San Jose III) (Guatemala, 9 y 10 de febrero de 1987)", *Ibid.*, pp. 505-508; "Declaración política conjunta de la Comunidad Europea y los países parte del Tratado General de Integración Económica Centroamericana y Panamá.: resultado de la conferencia sobre el diálogo político y la cooperación económica entre la Comunidad Europea y sus Estados miembros, los Estados de Centroamérica y los del Grupo de Contadora (San José IV) (Hamburgo, 29 de febrero y 1 de marzo de 1988)", *Ibid.*, pp. 515-519; "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de Centroamérica, la Comunidad Europea y sus Estados miembros, y los países del grupo de Contadora (San Jose V) (San Pedro Sula, 27 al 28 de febrero de 1989)", *Ibid.*, pp. 526-530; "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial sobre el diálogo político y la cooperación económica entre la Comunidad Europea y sus Estados miembros, los países de Centroamérica, y Colombia, México y Venezuela como países cooperantes (San José VI) (Dublín, 9-10 de abril de 1990)", *Ibid.*, pp. 538-544. Véanse asimismo Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., pp. 12-19; Wolf Grabendorf, "Western European Perceptions of the Turmoil in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America: International Dimensions of the Crisis*, op. cit., 1982, pp. 202-203; y Alois Mertes, "Europe's Role in Central America: A West German Christian Democratic View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., pp. 122-123.

¹³ Una crítica dura y corta de miras a la actuación de Europa Occidental en Centroamérica está expuesta por Irving Kristol, "Should Europe Be Concerned About Central America?", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit. pp. 45-69.

y coincidía con Washington en impedir que esta región cayera en la órbita soviética, y en promover allí *"regímenes democráticos"*, como apunta Beinhardt¹⁴

En un debate promovido en 1985 por la fundación norteamericana Council on Foreign Relations, socialdemócratas y demócratacristianos europeos admitían estas coincidencias. Según el ministro español Morán *"...actualmente ningún gobierno europeo y muy pocos partidos políticos importantes niegan que el Istmo centroamericano y la región del Caribe sean de gran importancia estratégica para Estados Unidos, no solo debido a su gran poder con responsabilidades globales, sino también por el derecho que tienen las naciones del Hemisferio Occidental de asegurar su propia seguridad"*¹⁵.

Por su parte en el mismo debate Alois Mertes, parlamentario demócrata-cristiano y alto funcionario del ministerio de Exteriores de la República Federal Alemana, planteaba que *"la credibilidad de Occidente está en juego en Centroamérica en varios aspectos:*

- *Occidente debe probar a América Latina que no apoya principalmente a las elites tradicionales de poder, sino que está preparado para defender en la región valores occidentales como la democracia, el estado constitucional y la justicia social.*

- *los Estados Unidos, como potencia líder de Occidente, pueden retener su credibilidad si, a través de la combinación de una prudente diplomacia a largo plazo, de la ayuda económica, y de una disuasión militar creíble, impiden a la Unión Soviética extender su esfera geoestratégica de influencia a América Latina por medio de la explotación de los conflictos internos"*¹⁶.

Y el propio Consejo Europeo en la llamada "declaración de Stuttgart" (junio de 1983), que, según H. Smith, trazó las líneas maestras de la política de la Comunidad Europea con respecto a Centroamérica durante los 80¹⁷, recogía las discrepancias y coincidencias básicas entre la CE y Estados Unidos:

¹⁴ Gerd Beinhardt, "El papel de Europa en Centroamérica: desarrollo de la cooperación de la Comunidad Económica Europea con Centroamérica", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, op. cit., p. 66. Grabendorf, en cambio, da más importancia a las diferencias europeo-norteamericanas sobre el conflicto centroamericano, hasta el punto de afirmar que *"Centroamérica se convirtió en un test para la autoafirmación de Europa frente a Estados Unidos"*: véase Wolf Grabendorf, "Relations with Central and Southern America: a question of over-reach?", en Geoffrey Edwards y Elfriede Regelsberger. *Europe's Global Links: The European Community and Inter-Regional Cooperation*, London: Pinter Publishers, 1990, p. 86.

¹⁵ Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit. p. 17.

¹⁶ Alois Mertes, "Europe's Role...", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., pp. 128-129.

¹⁷ Para H. Smith los seis temas centrales de la declaración son los siguientes: 1º: *"disconformidad con Estados Unidos al hacer énfasis en las raíces políticas y económicas del conflicto"*; 2º: *"insistencia en el principio de no interferencia y afirmación implícita del derecho de Nicaragua a escoger su propio gobierno"*; 3º: *"recordatorio de las bases filosóficas de la política exterior de la Comunidad, fundamentada en los principios básicos del derecho internacional"*; 4º: apoyo al grupo Contadora; 5º: *"acuerdo estratégico básico con Estados Unidos"* al pronunciarse por el establecimiento de condiciones democráticas y por el respeto de los derechos humanos, lo cual sería una referencia indirecta a Nicaragua; y 6º: *"demostración de consenso por parte de la Comunidad sobre el conflicto de Centroamérica"*: véase Hazel Smith, *European Union Foreign Policy and Central America*,

"Los jefes de estado y de gobierno confirmaron su interés en los acontecimientos de Centroamérica. Están profundamente preocupados por las condiciones económicas y sociales en muchas partes de la región, por las tensiones que aquellas crean, por la miseria reinante y por el derramamiento de sangre. Están convencidos de que los problemas de Centroamérica no pueden ser solucionados por medios militares, sino solo a través de una solución política nacida en la misma región, y que respete los principios de no interferencia y de inviolabilidad de fronteras. Por ello apoyan completamente la actual iniciativa del grupo Contadora.

Subrayaron la necesidad de establecer condiciones democráticas y de respetar estrictamente los derechos humanos en toda la región. Están dispuestos a continuar contribuyendo al desarrollo del área con el fin de promover el progreso hacia la estabilidad"¹⁸.

Las diferencias entre Europa Occidental y Estados Unidos se situaban básicamente en la forma de enfrentar o relacionarse con la revolución nicaragüense. Y Europa Occidental prefería la cooperación y las presiones "amistosas" a las maneras intervencionistas de Washington.

Esta actitud de colaboración enviaba además un mensaje no solo a Nicaragua, sino también al resto del Tercer Mundo acerca de una "vía europea" de aproximación a las experiencias revolucionarias que excluía tanto las posiciones extremistas de Washington, como el dejar el campo libre al apoyo unilateral y exclusivo de la URSS¹⁹.

Las presiones militares de Estados Unidos sobre Nicaragua eran rechazadas desde Europa en la medida que abrían el camino a una intervención norteamericana, y los gobiernos europeos temían que ésta pudiera agravar el conflicto, y además producir consecuencias negativas para la estabilidad de sus propias sociedades y de la misma Alianza Atlántica, máxime en un momento de crecimiento del movimiento pacifista europeo.

Aprovechando la ventajosa posición ante Nicaragua por su actitud de colaboración con este país, otro de los objetivos europeos era influir en el gobierno sandinista, consiguiendo la democratización del régimen revolucionario de acuerdo a los cánones occidentales de democracia representativa y pluripartidista, como afirmaría con rotundidad Olof Palme, primer ministro sueco y líder destacado de la

op. cit., pp. 76-77.

¹⁸ Keesing Contemporary Archives, Vol. XXIX, septiembre 1983, p. 32407.

¹⁹ Véanse Hazel Smith, *European Union Foreign Policy and Central America*, op. cit., pp. 70-71; y Françesc Bayo, "Diez años de relaciones entre España y América Central", en Daniel Van EEuwen, y Yolande Pizetty Van EEuwen (eds.), *Caraibes Amerique Centrale 1980-1990: Le sang et les urnes*, Institut d'Etudes Politiques d'Aix-en-Provence. Annales des Pays d'Amerique Centrale et des Caraibes, n° 10, p. 310.

Internacional Socialista: "*Apoyamos la revolución a condición de que se mantenga una sociedad pluralista y un sistema de economía mixta*"²⁰.

En síntesis, y siguiendo a H. Smith, evitar la intervención militar directa de Estados Unidos en Centroamérica y Nicaragua y moderar la revolución sandinista fueron los dos objetivos básicos de la CE con respecto a Nicaragua durante la década de los 80²¹.

Y la apuesta europea se vio coronada por el éxito en las elecciones nicaragüenses de 1990, las cuales se convirtieron en la mejor prueba de la moderación total del proceso revolucionario. La Comunidad Europea habría sido uno de los actores que con sus políticas de apoyo económico y político habría contribuido a este resultado de normalización.

Pero también puede matizarse el análisis anterior y plantearse que en este acontecimiento -las elecciones- volvieron a unirse los intereses y estrategias de Estados Unidos y de Europa Occidental²².

Los resultados de las elecciones significaron la derrota política del régimen sandinista, y acabaron con la inestabilidad "producida" por la revolución nicaragüense, reintegrando a Nicaragua a la disciplina de la hegemonía norteamericana en Centroamérica.

Y simultáneamente la democratización exigida desde Europa llegó a Nicaragua con las elecciones perdidas por los sandinistas y ... con el fin de la guerra alentada desde Washington. En la Casa Blanca hubieran preferido que esto hubiera sucedido como consecuencia de una contundente derrota militar, pero aún así el revés electoral sandinista fue considerado en Estados Unidos como el lógico resultado de la estrategia de presión y desgaste seguida por las administraciones Reagan y Bush²³.

VIII.1.3. Relaciones económicas y comerciales

Las esperanzas de los sandinistas en Europa Occidental y los intereses y objetivos europeos al colaborar con Nicaragua no siempre coincidieron. Más bien se puede decir que su relación estuvo atravesada por momentos de cierto entusiasmo al inicio,

²⁰ Olof Palme, "Los euromisiles son militarmente inútiles". Resumen de entrevista en *El País*, 6 noviembre 1983. p. 8.

²¹ Hazel Smith, *European Union Foreign Policy and Central America*, op. cit., pp. 147-150.

²² Whitehead incluso sugiere que en las relaciones de Europa Occidental y Estados Unidos con Centroamérica (y con Nicaragua) se dio una labor complementaria no pretendida: Estados Unidos presionaba militarmente y Europa lo hacía con mecanismos económicos y políticos: véase Laurence Whitehead. "La identidad de la nueva Europa y el proceso de San José", en Joaquín Roy (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, p. 146.

²³ Véanse David K. Shieler, "Nicaragua, Victory for U.S. Fair Play", *The New York Times*, 1 marzo 1990, p. A27; y Antony Lewis, "Out of this Nettle", *The New York Times*, 2 marzo 1990, p. A33.

y de crisis y desencanto mutuo posteriormente, pero no llegó a romperse, e incluso se incrementaron los intercambios comerciales durante la década de los 80.

En los primeros años de la revolución Nicaragua contó con una favorable acogida y con un considerable apoyo económico de los gobiernos europeos (sobre todo de los socialdemócratas)²⁴.

Esta simpatía inicial se enfrió con relativa rapidez por diversos motivos. La política de presiones directas de la administración Reagan en contra de Nicaragua (aún siendo rechazada en ocasiones, como en el primer encuentro de San José, en septiembre de 1984) terminó haciendo mella en la postura de los gobiernos de Europa Occidental. Algunos cambios políticos -como la sustitución del socialdemócrata Helmut Schmidt por el demócratacristiano Helmut Kohl en la República Federal Alemana- contribuyeron a congelar la ayuda económica a Nicaragua. Y finalmente la evolución de la política interna nicaragüense hacia posiciones menos afines con el concepto europeo de democracia dañó seriamente las relaciones entre el gobierno sandinista y una buena parte de los gobiernos de Europa Occidental.

Este deterioro se concretó en un distanciamiento político y en una reducción de la ayuda económica, pero no afectó a las relaciones comerciales, que, como he señalado, incluso crecieron durante la etapa revolucionaria, convirtiéndose Europa Occidental en uno de los principales mercados de Nicaragua²⁵.

Tampoco fue uniforme la reacción negativa europea. Más clara en los países con gobiernos conservadores como la RFA y el Reino Unido, se manifestó vacilante en los gobernados por partidos socialdemócratas, los cuales siguieron otorgando, de manera condicionada, su apoyo político y económico a la revolución nicaragüense.

Los países nórdicos -Noruega, Finlandia y sobre todo Suecia- ocuparon un lugar sobresaliente en la colaboración económica y política incluso cuando el resto de Europa Occidental se mostraba reticente con el proceso revolucionario²⁶. Henry Ruiz, ministro sandinista de Cooperación Externa, reconocía, como he señalado anteriormente, la ejemplaridad de estas relaciones, comparándolas en positivo con las mantenidas con algunos de los países de Europa del Este²⁷.

²⁴ Nadia Malley, "Relations With Western Europe and the Socialist International", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., p. 487; y Harry E. Vanden, "Foreign Policy", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution and Counterrevolution in Nicaragua*, op. cit., p. 307.

²⁵ Véanse José Roberto López, *Las relaciones económicas entre la Comunidad Europea y América Central durante los años ochenta: balance y perspectivas*, documento de trabajo, n° 24, IRELA, Madrid, 1990, pp. 14-18; y Evert Viser, y Cor J. Watter, "Las relaciones de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central", en Raul Ruben, y Govert Van Oord, *Más allá del ajuste: la contribución europea al desarrollo democrático y duradero de las economías centroamericanas*, San José, Costa Rica: DEI, 1991, pp. 76-77.

²⁶ Entrevista con el ex ministro de Comercio Exterior Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., 1990, p. 89.

²⁷ Henry Ruiz, "La utopía es de revolucionarios", entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando utopías*, op. cit., p. 84.

Pese a los problemas citados, la cooperación económica de Europa Occidental con la Nicaragua revolucionaria fue notable, alcanzando los 1342,5 millones de dólares, cifra que aunque representa solamente algo más de un tercio de lo aportado por los países socialistas a Nicaragua, sitúa a Europa Occidental en el segundo lugar entre el grupo de países que colaboraron directamente con la revolución sandinista²⁸. (*Ver cuadros n° 8 y n° 7 en anexo*).

Otro dato importante e indicativo del interés suscitado por la experiencia nicaragüense en el viejo continente es que entre 1980 y 1989 Nicaragua fue el país centroamericano que más ayuda económica recibió de la Comunidad Europea (230,2 millones de dólares frente a los 110,2 millones concedidos al siguiente país, Honduras). Conviene, sin embargo, matizar que más de la mitad de la ayuda estaba destinada a asistencia alimentaria y sólo un 25% a la financiación de proyectos de desarrollo a largo plazo, al revés de lo que ocurría con el resto de los países centroamericanos²⁹.

Es obligado resaltar también la importancia de las relaciones comerciales de Europa Occidental con Nicaragua en una situación tan crítica como la que atravesó este país durante los 80. Los países de la Comunidad Europea llegaron a convertirse en ese tiempo en el principal mercado nicaragüense (30,9% del total), creciendo su volumen a partir del embargo comercial que Estados Unidos impuso en 1985 a Nicaragua. En 1988 el mercado europeo ocupaba un primer puesto destacado en las exportaciones de Nicaragua (42,2%) y el tercero (19,6%) en las importaciones por detrás sólo de los países socialistas y de los centroamericanos³⁰.

Las relaciones económicas y comerciales con Europa Occidental tuvieron una importancia considerable, pues contribuyeron a que durante algún tiempo Nicaragua hiciera frente a las dificultades económicas acrecentadas por la guerra. Pero es máspreciado aún el significado político de dichas relaciones, en cuanto que certificaban el fracaso de la estrategia de aislamiento diseñada por Estados Unidos, y demostraban que la CE y la mayoría de los gobiernos de Europa Occidental no habían aceptado, o al menos discrepaban acerca de la identificación que Washington hacía del régimen sandinista como avanzadilla del expansionismo soviético en el continente americano.

La presencia del gobierno nicaragüense -pese al deseo manifiesto de Washington en contra- en las cinco reuniones del llamado Diálogo de San José entre la CE y

²⁸ La cooperación de los países socialistas en el período entre 1979 y 1989 alcanzó la cifra de 4.553,8 millones de dólares sin contar la ayuda militar.

²⁹ Evert Viser y Cor J. Watter, "Las relaciones de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central", en Raul Ruben y Govert Van Oord (eds.), *Más allá del ajuste*, op. cit. p. 100-101. Las cifras señaladas por Wisser y Water aparecen en ecus y han sido trasladadas a dólares al cambio promedio entre 1980 y 1987 (1 ecus equivalía a 1,00084 dólares). Los mismos datos son corroborados por Mac Donald, quien añade que la asistencia financiera y técnica a Nicaragua disminuyó "constantemente durante varios años", y que si se separa dicha asistencia de la ayuda en alimentos, "*Nicaragua cae abajo en la lista de los países beneficiados*": véase Mandy Mac Donald, *La Ayuda europea para Centroamérica: límites y posibilidades*, San José: CECADE, 1991, p. 11.

³⁰ INEC, (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos), *Nicaragua: diez años de cifras*, op. cit., p. 25.

Centroamérica, celebradas entre 1984 y 1990, ratifica la voluntad europea de tratar a Nicaragua al mismo nivel que al resto de los países centroamericanos y de no excluirla de los posibles beneficios que de dicho diálogo pudieran derivarse.

VIII.1.4. Límites y contradicciones

No se deben, sin embargo, obviar los límites y las contradicciones que marcaron la aproximación entre el gobierno sandinista y Europa Occidental.

Como señalaba anteriormente, ni Centroamérica, ni menos aún Nicaragua eran zonas de especial interés económico o estratégico para Europa Occidental, al estar ubicadas en una región de fuerte y tradicional influencia de Estados Unidos (de "*hiperhegemonía norteamericana*" la califica Carlos Rico³¹), y carecer de vínculos históricos y culturales de importancia con los países europeos, excepto lógicamente con España, como antigua potencia colonial.

Esta realidad geopolítica e histórica, más la valoración europea acerca de los déficits democráticos de la revolución sandinista, explican en alguna manera los vaivenes de las posiciones europeo-occidentales en el conflicto nicaragüense, y la insuficiencia de una ayuda económica, que pese al valor político que tenía para Nicaragua, estuvo lejos de la prestada por los países socialistas, e incluso, considerando sólo el aporte de la CE (230,2 millones de dólares), fue inferior al apoyo financiero oficial otorgado por Washington a la contrarrevolución nicaragüense, que llegó a los 321,65 millones de dólares, como he señalado anteriormente. (*Ver cuadros n° 5 y n° 8 en anexo*).

Europa Occidental no intervino siempre con una sola voz ni actuó con una única política ante el conflicto nicaragüense. Hubo posiciones diferenciadas entre los gobiernos europeos. El Parlamento Europeo aprobó en julio de 1982 una resolución que exigía el corte de la ayuda a Nicaragua alegando falta de libertades en dicho país, pero la Comisión se negó a ponerla en práctica. La CE en sus políticas con Centroamérica mantuvo una actitud positiva y no excluyente en relación a Nicaragua. E incluso se puede afirmar, con R. Linkohr, que Centroamérica (y Nicaragua) fue posiblemente el único lugar del mundo donde la Comunidad Europea como tal desarrolló una política exterior común (en los años 80)³².

³¹ Carlos Rico, "La influencia de factores extraregionales en el conflicto centroamericano. El socialismo europeo, la Alianza Atlántica y Centroamérica: ¿Una historia de expectativas frustradas?", *Pensamiento Iberoamericano*, n° 13, enero-junio 1988, p. 113.

³² Rolf Linkhor, primer vicepresidente de la delegación del Parlamento Europeo para las relaciones con los países de Centroamérica y México, citado en IRELA, *European-American Dialogue on Central America*, Conference Report n°1/90, Madrid: IRELA, 1991, p. 4. Una posición similar se encuentra en Andrew Crawley, "La Comunidad Europea y América Central", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, op. cit., p. 167. Asimismo reconocen esta idea, con algún matiz, Koldo Unceta Satrustegui, "Centroamérica en el contexto de las relaciones entre la Comunidad Europea y América Latina: balance de una década", en Daniel Van Eeuwen, y Yolande Pizetty Van Eeuwen (eds.), *Caribes-Amerique Centrale 1980-1990*, op. cit., pp. 245-246; y Angel Viñas, "El papel de Centroamérica en la política exterior de la Comunidad Europea", en Joaquín Roy, (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, op. cit., pp. 73-74.

El apoyo a una salida política al conflicto, la oposición a las presiones militares sobre la revolución sandinista, la democratización de Nicaragua, y la colaboración económica con este país en igualdad de condiciones con el resto de Centroamérica, fueron los puntos globales de consenso de la Comunidad Europea.

Las discrepancias comenzaban en la aproximación concreta de cada gobierno a Nicaragua: políticas más próximas a las de Washington por parte de los gobiernos conservadores, o más autónomas -aunque con contradicciones- por parte de los gobiernos socialdemócratas. El resultado no podía ser otro que unas relaciones calificadas por algunos autores como “*erráticas*” y ambivalentes³³.

La mayor limitación y los condicionamientos más serios de las políticas de los gobiernos de Europa Occidental hacia Nicaragua estaban originados en las relaciones de aquellos con Estados Unidos.

Si bien los gobiernos europeos discrepaban generalmente sobre la forma en que las administraciones estadounidenses trataban el conflicto nicaragüense, no consideraban esas diferencias de la suficiente envergadura como para arriesgar un enfrentamiento abierto y permanente con Estados Unidos³⁴. Eran mucho más fuertes y sólidos los intereses compartidos por europeos y norteamericanos, entre ellos el no poner en peligro su alianza estratégica global y en el caso de Nicaragua, como queda dicho, impedir que en este país se asentara un régimen comunista.

Y de ahí que la mayoría de los gobiernos europeos -más allá de algunas críticas puntuales- se mantuvieran cautos, cuando no silenciosos, acerca de las políticas intervencionistas y de la violación de las leyes internacionales por parte de Washington en su enfrentamiento con la revolución nicaragüense, como recuerdan Gariazzo y Lewis³⁵. Europa Occidental no quería debilitar sus relaciones con Estados Unidos a causa de un pequeño y débil país, en el que además se desarrollaba un proceso revolucionario al que se consideraba próximo al campo soviético. El propio ministro español de Exteriores, F. Morán, justificaba en parte la actuación europea, al admitir que “*la prudencia y la conciencia europea de sus propias limitaciones, así como su deseo sincero de no exacerbar las diferencias y los malos entendidos transatlánticos en un momento tan delicado como el actual (1985), han limitado la*

³³ Solon Barraclough, Ariane Van Buren, Alizia Gariazzo, Anjali Sundaram, y Petter Utting, *Aid That Counts: The Western Contribution to Development and Survival in Nicaragua*, Amsterdam: Transnational Institute/CRIES, 1988, p.10; y G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, Boulder: Westview Press, 1995, 3ª edición, p. 322.

³⁴ William LeoGrande, citado en IRELA, *European-American Dialogue on Central America*, op. cit., p. 16; y Jose Miguel Insulza, “Europa, Centroamérica y la Alianza Atlántica”, *Cuadernos Semestrales*, nº 18, op. cit., pp. 83-84.

³⁵ Alicia Gariazzo, y David Lewis, “Europa y Centroamérica: la búsqueda del ‘bilateralismo regional’”, *Nueva Sociedad*, op. cit, p. 164. Un ejemplo del silencio de algunos países europeos se dio en julio de 1986, cuando el gobierno nicaragüense intentó conseguir el apoyo del Consejo de Seguridad a la sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Once países votaron a favor. El Reino Unido y Francia, junto con Tailandia, se abstuvieron. Y Estados Unidos tuvo que usar el veto para impedir que se aprobara la resolución.

crítica abierta a las acciones más escandalosas (como por ejemplo, el minado de los puertos nicaragüenses a principios de 1984)"³⁶.

M. Mols reconoce asimismo la actitud de los gobiernos europeos de no poner en peligro su vinculación con Estados Unidos a causa del conflicto de Centroamérica, pero añade que las relaciones europeo-latinoamericanas no dependían totalmente de los gobiernos y de la propia Comunidad Europea, sino también de los lazos internacionales de los partidos políticos³⁷. Y fue en ese espacio -el cuidado de vínculos específicos con los partidos políticos, en especial con los socialdemócratas-, donde el gobierno sandinista pretendió apuntalar sus relaciones con la región europea.

VIII.2. Las complejas relaciones entre la Internacional Socialista y la revolución nicaragüense

En Europa Occidental los sandinistas dedicaron grandes esfuerzos a ganarse el apoyo de los partidos de la Internacional Socialista (IS), teniendo en cuenta su presencia en los gobiernos, su probabilidad de acceder a los mismos, su influencia en las instituciones europeas, el amplio apoyo que contaban entre la opinión pública, así como su posicionamiento más abierto y positivo que el de Estados Unidos ante la problemática del Tercer Mundo, y en concreto, ante la situación de América Latina y de Centroamérica.

Las relaciones entre el gobierno sandinista y la IS no se desarrollaron, sin embargo, de una manera fluida, armónica y uniforme. Más bien su evolución coincide, con matices importantes, con los cambios habidos en las posiciones que los gobiernos de Europa Occidental mantuvieron con la Nicaragua revolucionaria.

Se pueden distinguir tres periodos en ese proceso. En el primero, desde 1978 hasta 1982, los partidos de la IS (y los gobiernos que presiden) se aproximan con simpatía a la revolución nicaragüense y le prestan apoyo político y económico, e incluso militar en el caso de Acción Democrática de Venezuela. En un segundo momento, desde 1982 a 1986, se produce un alejamiento -que es total y definitivo en algunos partidos de América Latina- con respecto al FSLN, y se suceden las críticas a las políticas del gobierno sandinista, aunque se mantiene un apoyo global al proceso revolucionario. Y por último desde 1987 en adelante se suavizan las tensiones, la IS apoya la salida negociada propuesta en Esquipulas y las elecciones nicaragüenses de 1990, e incluso después del desenlace electoral negativo para los sandinistas tiene lugar un mayor acercamiento hasta el punto de que el FSLN se plantea integrarse plenamente en las estructuras de la IS.

³⁶ Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit. p. 12.

³⁷ Citado en IRELA, *European-American Dialogue on Central America*, op.cit., p. 17.

El periodo de relaciones más estrechas y cordiales transcurre entre las vísperas del triunfo revolucionario y los primeros momentos del gobierno sandinista. En ese tiempo la contribución de la IS y de algunos de los partidos de esta organización al triunfo y a la consolidación de la revolución sandinista fue notable.

La declaración de 33 partidos de la IS de Europa, América Latina y África, llamando a cortar la colaboración internacional con el régimen somocista, en la reunión de la IS celebrada en Lisboa en septiembre de 1978³⁸; el apoyo político ofrecido a la causa revolucionaria de Nicaragua en el XIV Congreso de la IS en Vancouver en noviembre de ese mismo año, congreso al que por primera vez asiste de forma oficial como observador un representante del FSLN, el poeta trapense Ernesto Cardenal³⁹; el pronunciamiento de los partidos latinoamericanos en un encuentro regional de la IS en San José en mayo de 1979, apoyando todos los medios empleados por el pueblo nicaragüense -incluida la lucha armada- para derrocar la dictadura de Somoza⁴⁰; la ayuda financiera recibida por el FSLN de los partidos socialdemócratas de Suecia, República Federal de Alemania y Austria y de la propia IS⁴¹; la formación de dirigentes sandinistas en San José, Costa Rica, en el Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), financiado por la Fundación Friedrich Ebert, vinculada al partido socialdemócrata alemán⁴²; el apoyo logístico (militar y financiero) proporcionado por Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela y destacado líder de la socialdemocracia latinoamericana⁴³.... todos ellos son hechos fehacientes que hablan de la destacada implicación de la IS en la lucha del pueblo nicaragüense contra Somoza y en la victoria de la revolución.

Pero no sin contradicciones ni dobles intenciones en algunos casos. En la citada reunión de Lisboa la IS invitó oficialmente no al FSLN, sino a Donald Castillo, delegado del Frente Amplio Opositor (coalición que representaba de forma mayoritaria a la burguesía antisomocista). Y el aporte financiero y militar de Carlos Andrés Pérez fue canalizado sólo hacia la tendencia tercerista del FSLN, con la pretensión de que esta corriente, considerada la más moderada, impusiera su hegemonía sobre el FSLN, y de que Edén Pastora, líder militar sandinista perteneciente a esa tendencia y uno de los dirigentes más popularizados por los

³⁸ Ali Schwarz, y Manfred Ernst, *Denn Sie Wissen Was Sie Tun: Zwischen Solidarität und Boykott*, BDR & Nicaragua, Berlin: FDCL, 1985, p. 44.

³⁹ Theo Rathgeber, "Sozialdemokratische Solidarität mit Nicaragua und El Salvador", VV.AA., *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, Berlin: FDCL, 1982, p. 284; y Cristina Eguizabal, "Los partidos políticos europeos y la reconstrucción de Centroamérica", en Joaquín Roy, (ed.) *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, op. cit., p. 286.

⁴⁰ Robert A. Pastor, *Condemned to Repetition*, op. cit., p. 127.

⁴¹ Nadia Malley, "Relations With Western Europe and the Socialist International", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., pp. 490-491; y Theo Rathgeber, "Sozialdemokratische Solidarität mit Nicaragua und El Salvador", VV.AA., *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, op. cit., p. 284.

⁴² Eusebio Mujal-León, "The West German Social Democratic Party and the Politics of Internationalism in Central America", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Winter 1987-1988, vol. 29, n° 4, pp. 100-101.

⁴³ DRI, (Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN), *La Internacional Socialista*, documento interno, mimeo, Managua, s.f., pp. 11-12; y José de Jesús Martínez, *Mi General Torrijos*, Panamá: Centro de Estudios Torrijista, 1987, pp. 182-185.

medios de comunicación internacionales, fuera nombrado jefe de las fuerzas guerrilleras, pretensión que "*originó algunos problemas*" en las filas sandinistas, según reconoce el Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN⁴⁴, y que finalmente fue rechazada, aunque Pastora terminó asumiendo el mando de una de las áreas claves en la insurrección, el Frente Sur.

El triunfo sandinista fue acogido con interés por la IS, como lo indican el inmediato envío a Nicaragua en agosto de 1979 de una delegación presidida por el dirigente portugués Mario Soares y las declaraciones de éste, proclamando el apoyo de la IS a la revolución y solicitando la cooperación internacional con la misma⁴⁵. Manifestaciones que fueron reiteradas en la reunión del Comité de la IS para América Latina y el Caribe en Santo Domingo en marzo de 1980⁴⁶, y en el XV Congreso de la IS, celebrado en Madrid en noviembre de 1980⁴⁷.

En este mismo Congreso fue creado un Comité para la Defensa de la Revolución, del que -a instancias de Willy Brandt- fue nombrado presidente el líder socialdemócrata español Felipe González⁴⁸. De alguna manera este Comité es un símbolo de la contradicción permanente con la que se relacionó la IS con la revolución sandinista. Por un lado muestra la preocupación de la IS por la suerte de Nicaragua, una vez elegido Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos con un programa electoral que reivindicaba el derrocamiento del gobierno sandinista. Pero por otra parte dicho Comité apenas realizó actividad alguna en pro de Nicaragua, a excepción de una visita a ese país en junio de 1981 con Felipe González a la cabeza⁴⁹. El propio gobierno socialista español admitiría más tarde que "*Felipe González nunca había ejercido las condiciones y atributos de su cargo de presidente de la Comisión (el Comité de Defensa) y que esperaba que nunca tuviera la necesidad de ejercerlo*"⁵⁰.

Es necesario, sin embargo, reconocer que en esos primeros años se produjeron manifestaciones de carácter político, económico y militar por parte tanto de la IS en cuanto tal, como de líderes, de partidos y de gobiernos socialdemócratas en favor de la revolución nicaragüense. Abundaron las declaraciones de apoyo a la revolución y de crítica a las presiones estadounidenses por parte de dirigentes socialdemócratas como Willy Brandt, Felipe González, Bernt Carlson y Carlos Andrés Pérez y de las instancias directivas de la IS, (el Buró, el Presidium y el Congreso). La propia IS

⁴⁴ DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 12.

⁴⁵ Mario Soares, declaraciones en *Barricada*, 8 agosto 1979, p. 2.

⁴⁶ Theo Rathgeber, "Sozialdemokratische Solidarität mit Nicaragua und El Salvador", VV.AA., *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, op. cit., p. 291.

⁴⁷ "Paz, libertad y solidaridad", resolución del XV Congreso de la Internacional Socialista, *Nueva Sociedad*, enero-febrero 1981, n° 52, p. 205.

⁴⁸ Willy Brandt, entrevista de Sofía Montenegro en *Barricada*, 19 noviembre 1980, p. 2.

⁴⁹ Véase comunicado del Comité de Defensa de la Revolución Nicaragüense, *Barricada*, 26 junio 1981, pp. 1 y 5. La delegación estaba formada por Felipe González, Bernt Carlson y Carlos Andrés Pérez.

⁵⁰ Respuesta del gobierno a la pregunta del senador Javier Rupérez, *BOCG*, 9 abril 1984, citado en Marcos Roitman, *La política del PSOE en América Latina*, Madrid: Editorial Revolución, 1985, p. 71.

rechazó la solicitud de ingreso de dos pequeños partidos nicaragüenses ante la presencia del FSLN como observador en sus reuniones⁵¹.

Gobiernos dirigidos por partidos socialdemócratas (en la RFA, Francia, España, Italia, Suecia, Holanda y Austria) colaboraron económicamente con Nicaragua, sobresaliendo la cooperación de españoles, italianos y suecos⁵².

Organizaciones vinculadas a partidos de la IS, como la Fundación Friedrich Ebert y algunas Organizaciones No Gubernamentales de Suecia, Noruega, y Holanda comenzaron a operar en Nicaragua, financiando proyectos sociales⁵³.

Pero el hecho quizás más representativo del intento de establecer unas relaciones diferentes entre la revolución sandinista y un gobierno socialdemócrata fue la venta de equipo militar a Nicaragua por parte del gobierno de François Mitterrand en 1982⁵⁴. La fuerte y pública oposición de Washington y las presiones ejercidas sobre París cancelaron definitivamente esta vía, que había supuesto el tímido intento de un gobierno occidental por contribuir a romper con la tradición de que los gobiernos revolucionarios adquirieran su armamento sólo en los países del bloque socialista. (Dos años después, como he señalado anteriormente, el gobierno socialdemócrata de Grecia, presidido por Andreas Papandreu, realizó una donación de diez mil fusiles G-3 a Nicaragua, sin que este hecho tuviera la resonancia de la colaboración militar francesa)⁵⁵.

Para los sandinistas la aproximación a la IS, no solo en estos años iniciales, sino durante toda la década de los 80 era una cuestión clave en su estrategia internacional y pretendía alcanzar varios objetivos: en primer lugar a la Nicaragua revolucionaria le podía proporcionar legitimidad y una imagen de moderación en el mundo occidental, confirmando su status de país no alineado, y equilibrando sus relaciones con el bloque socialista; en segundo lugar ayudaba a desvirtuar las acusaciones estadounidenses que calificaban a Nicaragua como un satélite soviético; y en tercer lugar hacía más difícil, en el plano internacional, una intervención militar directa de Estados Unidos en contra de la revolución. Así mismo, como señalaba antes, los

⁵¹ Willy Brandt, en *Barricada*, 19 noviembre 1980 op. cit.; Felipe González, declaraciones en *Barricada*, 15 diciembre 1981, p. 5; Bernt Carlson, declaraciones en *Barricada*, 21 febrero 1982, p. 12; Carlos Andrés Pérez, declaraciones en *Barricada*, 22 agosto 1979, pp. 1 y 6, y discurso en la reunión del Buró de la IS en Basel, *Barricada*, 5 noviembre 1983, p. 5. Véanse asimismo las resoluciones del Presidium de la IS en Bonn, *Barricada*, 3 abril 1982, p. 3, del Buró en Basel, *Barricada* 5 noviembre 1983, p. 1, y del XVI Congreso de la IS en Albufeira, *Barricada*, 11 marzo 1983, p. 1.

⁵² Véanse INICAE. *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 95-106; Christian Parker G., y Pablo Salvat B., *Europa Occidental frente a Nicaragua en el marco de la crisis centroamericana*, Louvain-La Neuve: Centre Tricontinental, mimeo., 1984, pp. 36-37; *Barricada Internacional*, n° 102, 20 febrero 1984, p. 3; y Nadia Malley, "Relations with Western Europe and the Socialist International", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., pp. 487-490.

⁵³ Ali Schwarz, y Manfred Ernst, *Denn Sie Wissen Was Sie Tun*, op. cit., pp. 46-47.

⁵⁴ Frank J. Prial, "Paris Defends Plan to sell Arms to Managua", *The New York Times*, 9 enero 1982, p. 2; y Associated Press, "French Arms Go to Nicaragua", *The New York Times*, 13 julio 1982, p. 6.

⁵⁵ Véanse Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 160; y DRI (Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN), *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 14.

vínculos con la IS facilitaban el acceso de Nicaragua a gobiernos e instituciones de Europa Occidental, y le proporcionaban una fuente adicional importante de colaboración económica y financiera, objetivo perseguido por los sandinistas durante toda su estancia en el gobierno. Antonio Jarquín, embajador sandinista en Washington, resumía así la posición sandinista: "*La Internacional Socialista nos daba ayuda y apoyo, era una buena válvula en Europa. Nos interesaba*"⁵⁶.

La Internacional Socialista tenía también sus propios intereses al desarrollar esta novedosa política de mantener e incluso cuidar las relaciones con un gobierno revolucionario como el sandinista que en principio parecía estar más próximo al pensamiento y a la práctica del bloque soviético.

En la base de este posicionamiento se encuentra la peculiar visión con que la IS se enfrentaba a los cambios radicales que se estaban produciendo en el Tercer Mundo, y en concreto en Centroamérica y Nicaragua.

Una visión que difería en puntos importantes de la mantenida por Estados Unidos, aunque también había coincidencias entre ambas. La IS no contemplaba los profundos cambios políticos acaecidos en numerosos países del Tercer Mundo en la década de los 70 (Angola, Mozambique, Vietnam, Irán, Grenada, Centroamérica...) como resultado de la subversión planificada de la URSS, sino como consecuencia de los graves problemas económicos, políticos y sociales de aquellos países, problemas atravesados y agudizados en muchos casos más por las contradicciones entre el Norte y el Sur que por las existentes entre el Este y el Oeste, aunque éstas también estuvieran presentes⁵⁷.

Para la IS ese mismo análisis podía aplicarse a lo que ocurría en Centroamérica y Nicaragua. Las dificultades económicas, pero sobre todo los graves problemas sociales arrancaban de la existencia de regímenes dictatoriales y militares durante décadas, tolerados y en muchos casos sostenidos por los gobiernos de Estados Unidos. La dictadura de los Somoza en Nicaragua era una buena muestra de ello⁵⁸.

La IS consideraba incorrecto e incluso peligroso la interpretación de Estados Unidos calificando al conflicto centroamericano y al nicaragüense exclusivamente

⁵⁶ Antonio Jarquín, *entrevista propia*, op. cit.

⁵⁷ Carlos Rico, "La influencia de factores extraregionales en el conflicto centroamericano. El socialismo europeo, la Alianza Atlántica y Centroamérica: ¿Una historia de expectativas frustradas?", *Pensamiento Iberoamericano*, op. cit., p. 124.

⁵⁸ Un ejemplo claro de este tipo de análisis se halla en Pierre Schori, *El desafío europeo en Centroamérica*, San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, pp. 11-47 y 118-121. Véanse en el mismo sentido las rotundas declaraciones de Mitterrand: "*Tengo serias reservas, por no decir más, sobre las políticas de Estados Unidos en América Central. Los pueblos de esta región quieren terminar con una oligarquía que, apoyada en sangrientas dictaduras, les explota y les aplasta en condiciones inhumanas. Una ínfima proporción de la población posee la casi totalidad de los bienes. ¿Cómo no comprender la revuelta popular?. No se trata de subversión comunista, sino de rechazo de la miseria y de la humillación*" (*Le Monde*, 2 julio 1981). Citado en Jacques Cabello, "Dix ans de politique française en Amérique Centrale", en Daniel Van EEUwen, y Yolande Pizetty Van EEUwen (eds.), *Caribes Amérique Centrale 1980-1990*, op. cit., p. 297.

como consecuencia del expansionismo soviético-cubano en la región, y se oponía a la solución militar perseguida por Washington⁵⁹.

La visión de Estados Unidos, según la IS, no solo pasaba por alto los motivos intrínsecos que habían estado en el origen de la revolución nicaragüense, sino que, como reconocía el propio Carlos Andrés Pérez⁶⁰, sobre todo contribuía a alentar las tendencias más radicales del sandinismo, proclives a estrechar y profundizar más sus relaciones con el campo socialista, como había ocurrido en el caso de la revolución cubana.

El posicionamiento de la IS confluía, sin embargo, con el de Estados Unidos en dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, si bien la Unión Soviética no había estado en el origen de la revolución nicaragüense, era necesario impedir que, aprovechando las circunstancias revolucionarias, estableciera una base firme en Nicaragua⁶¹. Y en segundo lugar, tal como aparece en sus manifestaciones de apoyo y de crítica, para la IS una de las metas prioritarias en Nicaragua consistía en alentar el establecimiento de un sistema político homologable en Occidente⁶². Objetivo buscado también por Estados Unidos, aunque con procedimientos muy distintos.

La IS, como he señalado, optó en un principio por la colaboración con el gobierno sandinista. De esta manera ofrecía no solo a Nicaragua, sino a también a otros países del Tercer Mundo una modalidad de relación alejada de las presiones arrogantes de Washington. Pero esa colaboración significaba también la posibilidad de presentar a los países del Tercer Mundo una alternativa global diferente a la de los países del bloque socialista.

El apoyo a la revolución hacía más expedito el camino para alcanzar otros objetivos valiosos y no tan secundarios para la IS, como considera Malley⁶³, tales como influir positivamente en los sandinistas para que éstos no adoptaran posiciones radicales en sus políticas internas y externas, tener acceso en América Latina al diálogo con otras organizaciones y regímenes de corte revolucionario, como el de Cuba y el FMLN salvadoreño⁶⁴, y amortiguar, en los países gobernados por partidos socialdemócratas, el malestar de sectores influyentes de la sociedad civil (partidos de

⁵⁹ Willy Brandt, declaraciones en *Barricada*, 14 octubre 1984, p. 1; Olof Palme, declaraciones en *Barricada*, 11 febrero 1984, p. 8; y Miguel Angel Martínez, "Occidente y América Central", *Leviatán*, n° 16, verano 1984, pp. 58-61.

⁶⁰ Carlos Andrés Pérez. "La posición de Reagan ha facilitado la radicalización de los sandinistas", entrevista de Alberto Miguez en *ABC*, 6 octubre 1983, p. 32.

⁶¹ Miguel Angel Martínez, "Occidente y América Central", *Leviatán*, op. cit., p. 63.

⁶² Internacional Socialista, "Resolución del Presidium de la IS", Bonn, *Barricada*, 3 abril 1982, p. 3; y *Declaración del Comité para América Latina y El Caribe de la IS en Santo Domingo*, 2-3 abril 1986, mimeo., p. 2.

⁶³ Nadia Malley, "Relations With Western Europe and the Socialist International", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, op. cit., pp. 485-486.

⁶⁴ Pablo José Mandeville, *EECs Economic and Political Relations With Nicaragua: The Role of European Social Democracy*, Institute for Development Studies, University of Sussex, mimeo., 1985, p. 15.

izquierda, sindicatos, grupos progresistas, religiosos, organizaciones pacifistas...) por el comportamiento agresivo de Estados Unidos en Centroamérica.

De acuerdo a Mujal León se podría hablar también de un objetivo estratégico perseguido por la IS a través de su relación con la Nicaragua sandinista: sentar las bases para consolidar la existencia de una izquierda moderada en América Latina, a semejanza de lo sucedido en España y Portugal al concluir sus respectivas dictaduras⁶⁵.

Colaborar con el proceso revolucionario para influir en él, moderarlo y, llegado el caso, cooptarlo. Ésa habría sido una de las metas de largo alcance de la IS, que la derrota electoral de los sandinistas parecía poner al alcance: en 1992 el FSLN, junto con otros partidos de la izquierda latinoamericana, solicitaba su integración como miembro de pleno derecho en la IS.

Las iniciales relaciones de relativa cordialidad entre el FSLN y la IS sufren una transformación negativa a partir de 1982, con fuertes tensiones hasta 1987, momento en que el gobierno sandinista, en el marco del proceso de paz de Esquipulas, inicia una serie de reformas políticas previamente planteadas por la IS. En esos años, sin embargo, no desaparece por completo el apoyo socialdemócrata a la revolución nicaragüense.

La crisis con el FSLN no es compartida por todos los partidos de la IS de igual manera. Algunos partidos importantes de América Latina -Acción Democrática de Venezuela y el Partido de Liberación Nacional (PLN) de Costa Rica- se oponen de manera frontal a los sandinistas a partir de 1982.

Acción Democrática se niega a invitar al FSLN a una reunión de la IS en Caracas en febrero de ese año y la reunión debe ser suspendida. Jaime Lusinchi, presidente de Venezuela por Acción Democrática, suspende el suministro de petróleo a Nicaragua en 1983⁶⁶. Y el ex presidente Carlos Andrés Pérez, todavía el líder más influyente de la socialdemocracia latinoamericana, pasará de la colaboración interesada previa al triunfo sandinista a una posición hipercrítica con el gobierno sandinista, la cual manifiesta no solo a través de frecuentes declaraciones públicas, sino también con el apoyo político a Edén Pastora, ex dirigente sandinista y jefe militar de ARDE, uno de los grupos de la oposición armada al sandinismo. Carlos Andrés Pérez se distancia incluso de la positiva valoración de la IS sobre las elecciones nicaragüenses de noviembre de 1984, y critica en carta pública la falta de garantías y libertades que a su juicio existió en el ejercicio electoral⁶⁷.

⁶⁵ Eusebio Mujal-León, "European Socialism and the Crisis in Central America", en Howard J. Wiarda (ed.), *Rift and Revolution: The Central American Imbroglio*, op. cit., pp. 292-293. Una visión radical desde la izquierda sobre los intereses de la socialdemocracia en América Latina y en Centroamérica se encuentra en James F. Petras, "La socialdemocracia en América Latina: un papel creciente, pero objetivos limitados", en Hugo Assmann (ed.), *El juego de los reformismos frente a la revolución en Centroamérica*, op. cit., pp. 69-77.

⁶⁶ DRI (Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN), *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 14.

⁶⁷ Carlos Andrés Pérez, "Carta a Daniel Ortega", *ABC*, 6 febrero 1985, p. 31.

El PLN en el gobierno de Costa Rica con Alberto Monge no solo adopta una posición opuesta al gobierno sandinista, sino que también desarrolla una política coincidente y cómplice en muchos casos de la administración Reagan, como se vio en el capítulo quinto.

En Europa comparten esta oposición radical a los sandinistas el Partido Socialista Portugués de Mario Soares y algunos sectores del partido Socialista Italiano de Bettino Craxi. Soares se convertirá muy pronto dentro de la IS en uno de los críticos más duros del gobierno sandinista y en el principal valedor de Edén Pastora.

Paralelamente en la IS el Frente Sandinista encuentra en esos momentos partidos y personalidades que defienden con entusiasmo la revolución nicaragüense. En esta línea sobresalen en América Latina el APRA peruano con Alan García, el Movimiento Nacional Revolucionario de Humberto Ungo en El Salvador, el Partido Radical de Chile, y el Partido Nacional de Jamaica con Michael Manley.

En Europa los sandinistas reconocen y agradecen el apoyo ininterrumpido de los partidos socialdemócratas de Holanda, Noruega, Dinamarca, Finlandia, Austria y especialmente Suecia. Olof Palme, el líder más destacado del partido sueco, será calificado por Daniel Ortega como "*el mejor amigo de Nicaragua en Europa*"⁶⁸. Y no es para menos: los socialdemócratas suecos, durante su estancia en el gobierno destinan a Nicaragua el 50% de los recursos asignados a la cooperación internacional⁶⁹.

En una posición intermedia pero no idéntica se encuentran los partidos socialistas de Francia, España y República Federal de Alemania y sus respectivos líderes François Mitterrand, Felipe González y Willy Brandt, quienes manifiestan su apoyo político con cuidadosa precisión "al proyecto original" de la revolución, y se oponen de forma abierta a la agresiones de la administración Reagan contra Nicaragua, pero no se retraen a la hora de criticar públicamente las políticas internas del gobierno sandinista, y de presionar a éste para que las modere o las cambie⁷⁰.

En ese sentido Felipe González, Willy Brandt, Carlos Andrés Pérez y Daniel Oduber (dirigente del Partido de Liberación Nacional de Costa Rica) envían una carta a la dirección sandinista en 1984, exigiendo el adelanto de las elecciones y reformas profundas en la ley de partidos políticos y en la ley electoral, así como garantías de libertad de expresión para los partidos opositores. Y en octubre de ese mismo año la IS reunida en Río de Janeiro presiona, sin éxito, con el objetivo de que

⁶⁸ Daniel Ortega, declaraciones en *Barricada Internacional*, n° 197, 27 marzo 1986, p. 4.

⁶⁹ DRI (Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN), *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 16.

⁷⁰ Felipe Gonzalez se distingue entre ellos por una actitud más crítica con el gobierno sandinista; y a Willy Brandt -pese a sus señalamientos concretos- los sandinistas le reconocen su compromiso con la revolución nicaragüense: "*Es importante señalar el papel protagónico jugado por Willy Brandt... Aun cuando su cargo le obligó en ocasiones a tomar decisiones que podrían ser entendidas como presión sobre el FSLN, el respaldo real que brindó nos posibilitó un espacio inestimable en el seno de la IS*", (DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 13).

el FSLN llegue a un acuerdo con el principal grupo de la oposición nicaragüense -la Coordinadora Democrática- y de que éste participe en las elecciones⁷¹.

Una de de las presiones públicas más claras provino del líder socialdemócrata alemán J. Wischnewski, al término de una rápida visita a Nicaragua: "*Hacemos un llamado -proclamaba Wischnewski- a los sandinistas a no poner en peligro la simpatía y el apoyo que se les ha proporcionado y a defender, incluso bajo adversas condiciones, la implementación de los principios revolucionarios: economía mixta, pluralismo político y no alineamiento. Los partidos no incluidos en la coalición sandinista necesitan más libertad para sus actividades políticas. A nosotros se nos hicieron una serie de promesas y vamos a vigilar su cumplimiento*"⁷².

La radicalización del gobierno revolucionario, sus medidas represivas contra la oposición, y el afianzamiento de sus relaciones con los países socialistas son varios de los motivos confesados que provocan las críticas de algunos de los principales partidos europeos de la IS y su distanciamiento de la revolución⁷³.

Pero hay otros factores relacionados con Estados Unidos que influyen en el posicionamiento de estos partidos y que no aparecen con tanta nitidez como los arriba citados.

Son las presiones directas ejercidas por Washington sobre sus aliados europeos (y partidos de la IS están presentes en varios gobiernos de Europa Occidental), tales como las realizadas por los secretarios de Estado y de Defensa, Alexander Haig y Caspar Weinberger, oponiéndose con éxito relativo a la venta de armas de Francia a Nicaragua, o la carta -rechazada- del secretario de Estado, George Shultz, a los ministros de Exteriores europeos para que Nicaragua fuera excluida de la primera reunión de San José⁷⁴.

⁷¹ *Ibid.*, p. 14.

⁷² Citado en Eusebio Mujal-León, "European Socialism and the Crisis in Central America", en Howard J. Wiarda (ed.), *Rift and Revolution*, op. cit., p. 289.

⁷³ Stephen Kinzer, "Disillusions With Nicaragua Grows in Europe", *The New York Times*, 16 noviembre 1983, p. A1 y A6.

Una valoración muy negativa de este distanciamiento es la realizada por el historiador y periodista Gregorio Selser y por H. Incer, embajador nicaragüense en la RFA, cesado supuestamente por sus críticas al SPD. Ambos atribuyen el cambio de postura de la IS al proceso de derechización sufrido por algunos partidos socialdemócratas al desempeñar tareas de gobierno. Véanse Gregorio Selser, "Internacional Socialista: Contradicciones e incoherencias de su presencia en América Latina y el Caribe", en Marcos Roitman y Carlos Castro (eds.), *América Latina: Entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990, pp. 404-407; y Heberto Incer, "Nicht wir haben uns verändert", entrevista en *MittelAmerika Magazin*, Kiel, abril 1986, reproducido en *El Parcial*, Hamburgo, s.f., pp.102-103. El movimiento alemán de solidaridad con Nicaragua muestra asimismo su preocupación por el cambio de actitud del SPD con la revolución sandinista: véase Westdeutscher Informationsdienst für Mittelamerika, *La nueva línea de la socialdemocracia alemana occidental respecto a las elecciones en El Salvador y consecuencias para El Salvador y Nicaragua*, Münster: WIM, mimeo., 1984.

⁷⁴ Judith Miller, "Haig and Weinberger Express Concern on French Aid to Nicaragua", *The New York Times*, 9 enero 1982, p. 2.

Son las críticas que desde algunos sectores oficiales de Estados Unidos se hacen al papel de los gobiernos socialdemócratas en los conflictos nicaragüense y salvadoreño, como queda patente en el Informe de la Comisión Kissinger⁷⁵.

Y son asimismo los propios convencimientos de la socialdemocracia europea señalados anteriormente: la comprensión de las razonables e "históricas" preocupaciones de seguridad de Estados Unidos en Centroamérica⁷⁶; el reconocimiento de que Europa no tiene en esa región intereses importantes por los que arriesgar la necesaria colaboración con Estados Unidos en asuntos de mayor trascendencia que el conflicto nicaragüense⁷⁷; y finalmente la coincidencia sobre objetivos estratégicos de ambas partes en Centroamérica, tales como conseguir la democratización de esta región y frenar la presencia soviética en ella.

Pero, como señalaba anteriormente, pese al deterioro producido durante este segundo periodo (1982-1986) en las relaciones entre los sandinistas y la mayoría de los partidos más importantes de la IS, no cesó la colaboración material y política de esta organización con la revolución nicaragüense.

Los gobiernos europeos con presencia de partidos socialdemócratas siguieron prestando ayuda financiera a Nicaragua, aunque con algunos recortes. Y la Comunidad Europea continuó otorgando su apoyo a Nicaragua de forma destacada, en parte por la influencia socialdemócrata en aquella.

La propia Internacional Socialista se manifestó de forma regular apoyando el proyecto original de la revolución sandinista con algunos señalamientos, al recordar que sus objetivos democráticos no se estaban cumpliendo totalmente, al mismo tiempo que criticaba la intervención estadounidense en Nicaragua, aunque de forma no muy contundente⁷⁸.

Y aunque la IS no mostró excesivo entusiasmo por el desarrollo de las elecciones de 1984 (durante ellas sólo se hizo presente Willy Brandt, que las calificaría como "*un importante paso para el futuro de Nicaragua*"⁷⁹) y su respuesta a la petición de ayuda para la campaña electoral "*fue escasa*"⁸⁰, el informe final sobre dichas elecciones elaborado por el líder socialdemócrata noruego Thorvald Stoltenberg fue ampliamente positivo, lo cual no dejó de producir efectos favorables en algunos

⁷⁵ Comisión Kissinger, *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, op. cit., pp. 164-165.

⁷⁶ Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit. p. 9.

⁷⁷ Jose Miguel Insulza, "Europa, Centroamérica y la Alianza Atlántica", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, op. cit., pp. 83-84.

⁷⁸ Internacional Socialista, "IS condena minado de puertos", resolución de condena del Buró de la IS al minado de los puertos nicaragüenses, *Barricada*, 27 abril 1984, p. 2; "Carta de la IS al Congreso de Estados Unidos", *Barricada*, 5 abril 1986, p. 1b; y "Resolución del XVII Congreso de la IS", Lima, *Barricada*, 23 junio 1986, p. 2.

⁷⁹ Declaración recogida en US Embassy, "Brandt Visit to Nicaragua". Confidential Cable #05682 from US Embassy, Nicaragua to US Department of State, 15 octubre 1984, (P.K. & N.S.A., nº 02234).

⁸⁰ DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 14.

líderes socialdemócratas como Felipe González, quien se había mostrado como uno de los más reticentes hacia los sandinistas en la época previa a las elecciones⁸¹.

A partir de 1987 se asiste a un cambio de actitud de la IS que tiende a ser menos exigente con la revolución sandinista. En ese cambio influyen la consolidación del sistema político nicaragüense con la promulgación de la Constitución en enero de 1987 y el debilitamiento de la administración Reagan debido al dictamen de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, favorable a Nicaragua, al estallido del escándalo Irán-Contra, y a la consecución de la mayoría en el Congreso por parte del Partido Demócrata, relativamente próximo a algunas posiciones de la IS y proclive a una salida negociada en la crisis centroamericana y nicaragüense.

En la nueva actitud de la IS influye asimismo la relativa derrota militar de la Resistencia contrarrevolucionaria; e influye sobre todo la disposición del FSLN a encontrar una solución política a la guerra que asolaba Nicaragua desde 1981, como quedó de manifiesto en agosto de 1987 al firmar el gobierno sandinista -junto con el resto de gobiernos centroamericanos- el inicio de un proceso de paz que tenía como horizonte a toda Centroamérica, pero que se concretaba de forma preferente en Nicaragua.

Cumpliendo con los acuerdos de Esquipulas, pero sobre todo con el objetivo de acelerar el final del propio conflicto nicaragüense, el gobierno sandinista adoptó una serie de medidas políticas que ayudaron a desbloquear la crisis político-militar y fueron bien recibidas por la oposición interna, por la comunidad internacional y muy en concreto por los partidos de la IS⁸².

Entre las medidas tomadas destacan la reapertura del diario opositor La Prensa, la amnistía a los presos contrarrevolucionarios y a los somocistas, la firma de un acuerdo de alto el fuego con la contrarrevolución, el inicio de un proceso de negociaciones con la oposición política y con la oposición armada, la promulgación de una nueva ley electoral, los cambios en la ley de partidos políticos, y el adelanto de las elecciones.

Algunas de estas decisiones habían sido reiteradamente exigidas por la IS en sus conversaciones con el FSLN⁸³. Desde febrero de 1987 se produjeron tres encuentros entre el FSLN y cuatro de los partidos europeos claves de la IS (Partido Socialista Francés, Partido Socialdemócrata de Alemania, Partido Socialista de Suecia y PSOE), en el transcurso de las cuales además de "*poner en claro las reservas de ambas partes*"⁸⁴ se encontraron puntos de convergencia, que, como quedó patente, se

⁸¹ Véase Thorvald Stoltenberg, *Report to Willy Brandt, President of the Socialist International, on the Nicaraguan Elections, November 4, 1984*, London, 12 noviembre 1984.

⁸² IS, "Resolutions adopted by the Council of the Socialist International", Dakar, *Socialist Affairs*, abril 1987, p. 34.

⁸³ Antonio Jarquín, *entrevista propia*, op. cit.

⁸⁴ DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 15.

tradujeron en concesiones políticas a las que el FSLN se había negado con anterioridad⁸⁵.

No son, pues, extrañas ni las alabanzas a esta nueva señal de pragmatismo y moderación del sandinismo ni la favorable reacción a la misma por parte de dirigentes socialdemócratas críticos con la revolución, como Felipe Gonzalez⁸⁶.

La respuesta positiva de la IS se completaba con la presencia de H. J. Wischnewki, uno de los principales líderes de la socialdemocracia alemana, como observador y asesor de los sandinistas durante el proceso de paz iniciado en Esquipulas, y se materializaba en una atmósfera distendida entre el FSLN y la IS, de la que habían desaparecido las tensiones y las exigencias de esta última⁸⁷.

Esta mejoría en las relaciones no se concretó sin embargo en un incremento sustancial del apoyo financiero vinculado a los partidos de la IS, el cual era clave para el gobierno sandinista en aquellos momentos en que en medio de una gravísima crisis económica se aprestaba para iniciar un proceso electoral. Y así una conferencia de apoyo a Nicaragua convocada por el Partido Socialista de Suecia en abril de 1988 en Estocolmo concluyó con unos resultados muy por debajo de las expectativas sandinistas⁸⁸.

La derrota electoral de 1990 no supuso el fin de las relaciones entre el FSLN y la IS. Al contrario, las reforzó. EL Frente Sandinista, al desaparecer el referente político-ideológico de la URSS, vio en la IS la plataforma adecuada para conseguir el apoyo y la legitimidad internacional necesarias que le podrían facilitar la vuelta al gobierno sin tener que enfrentarse de nuevo a la estrategia desestabilizadora de Washington. En consecuencia y junto con varios partidos de la izquierda radical de América Latina, solicitó en 1992 la integración en la IS como miembro de pleno derecho⁸⁹.

Esta decisión simboliza y expresa de alguna manera el juicio global del FSLN sobre su relación con la IS. Los principales dirigentes sandinistas la calificaron de

⁸⁵ Antonio Caño, "La Internacional Socialista ayudará a los sandinistas a cambio de medidas liberalizadoras", *El País*, 13 marzo 1987, p. 3.

⁸⁶ "Los tengo que felicitar y los apoyaré en lo que pueda para que triunfe ese proyecto de pacificación y democratización", manifestaba Felipe Gonzalez durante una visita oficial de Daniel Ortega a Madrid: (declaración en "Pleno respaldo español al plan propuesto por Ortega", *El País*, 27 abril 1987, p. 15).

⁸⁷ DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 16.

⁸⁸ IHCA, "Nicaragua o Estados Unidos: el dilema electoral", *Envío*, n° 94, junio 1989, pp. 8-9; y Boris Yopo, "Nicaragua: diez años de política exterior", en Heraldo Muñoz (ed.), *Anuario de Políticas Exteriores Latinoamericanas 1989-1990: el desafío de los 90*, Caracas: Ed. Nueva Sociedad/PROSPEL, 1990, p. 276.

⁸⁹ "Asamblea Sandinista aprueba ingreso del FSLN a la Internacional Socialista. Razones políticas, no ideológicas", *Barricada Internacional*, n° 349, mayo 1992, p. 13; Bayardo Arce, "No podemos autoexcluirnos", entrevista de Helge Fischer y Guillermo Fernández, *Ibid.*, pp. 14-15; y Daniel Ortega, "En busca de una alternativa", entrevista de Helge Fischer, *Ibid.*, p. 36.

"útil y buena"⁹⁰, "positiva"⁹¹, "madura y fructífera"⁹², y desarrollada en una atmósfera "de mutuo respeto"⁹³.

Esas valoraciones no quedan invalidadas por las quejas que en algunos momentos destacados sandinistas habían manifestado sobre el comportamiento de la IS con la revolución nicaragüense. En 1982 Daniel Ortega, entonces coordinador de la Junta de Gobierno, señalaba que "la administración Reagan confundió a un sector de la IS"⁹⁴. En 1987 Bayardo Arce, habitual representante del FSLN ante la IS, se lamentaba de que "a medida que aumentaron las presiones de Estados Unidos, los amigos se retiraban"⁹⁵, y en 1992 recordaba las actitudes claramente diferenciadas e incluso contrapuestas dentro de la IS con respecto a la revolución⁹⁶. Pero el mismo Arce no tenía reparos en interpretar la influencia de la IS en las políticas del FSLN en el sentido de que éste "tenía en cuenta" las apreciaciones de la organización internacional socialdemócrata, como se tienen en cuenta las de un amigo⁹⁷.

En general los sandinistas preferían no hablar abiertamente de las presiones de la IS. Sin embargo en un documento interno elaborado después de la derrota electoral el Departamento de Relaciones Internacionales (DRI) del FSLN reconocía de forma indirecta la existencia de presiones, al señalar que "a partir de 1988 (para ese momento el FSLN ya había adoptado algunas de las medidas exigidas por la IS) las reuniones de la IS se caracterizaron por la ausencia de reclamos o de recomendaciones" al FSLN⁹⁸.

En ese mismo documento del DRI se hallan valoraciones muy positivas sobre el papel jugado por la IS en Centroamérica. Se califica a la IS como "referente político para el tratamiento de la crisis centroamericana" y como "factor perturbador dentro de la estrategia imperialista de intervención" en esa región⁹⁹.

Estas apreciaciones así como otras de tono similar de Daniel Ortega en 1992 afirmando que "la IS ha sido, desde el Norte, la propuesta política que realmente se ha sensibilizado hacia el Sur"¹⁰⁰ se entienden mejor si se las enmarca en el contexto

⁹⁰ Miguel D'Escoto, *entrevista propia*, op. cit.

⁹¹ Bayardo Arce, entrevista en G. Invernizzi, F. Pisani y J. Ceberio, *Sandinistas*, op. cit., p. 152.

⁹² Humberto Ortega, *Ibid.*, p. 151.

⁹³ Daniel Ortega, "EE UU no está interesado en elecciones o cosas así", entrevista de Jesús Ceberio en *El País*, 21 octubre 1983, p. 2.

⁹⁴ Daniel Ortega, "Nos están obligando a apoyar a la guerrilla hondureña", entrevista de Rafael Fraguas en *El País*, 15 julio 1982, p. 8.

⁹⁵ Bayardo Arce, declaraciones en Antonio Caño, "La Internacional Socialista ayudará a los sandinistas a cambio de medidas liberalizadoras", *El País*, op.cit..

⁹⁶ Bayardo Arce, entrevista en *Barricada Internacional*, n° 349, op. cit., p. 15.

⁹⁷ Bayardo Arce, entrevista en G. Invernizzi, F. Pisani y J. Ceberio, *Sandinistas*, op. cit., p. 151.

⁹⁸ DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 16.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 10-11.

¹⁰⁰ Daniel Ortega, entrevista en *Barricada Internacional*, n° 349, op. cit., p. 36.

del esfuerzo de los dirigentes sandinistas para convencer a sus bases de la necesidad de integrarse totalmente en la IS.

Los frutos de la relación entre el gobierno sandinista y la IS durante los años 80, aún siendo muy valiosos, adolecían de importantes limitaciones y no alcanzaron las repercusiones favorables que necesitaba la revolución nicaragüense.

La colaboración económica de los gobiernos con presencia socialdemócrata (Suecia, España, Francia, Italia, Austria...) fue importante, como indiqué antes, pero inferior a la de los países del bloque soviético, de cuya estela se quería alejar a Nicaragua, e inferior también a la que Estados Unidos prestaba a un solo país centroamericano, El Salvador¹⁰¹; y en cualquier caso era insuficiente dada la grave situación de la economía nicaragüense. Y aquí surge el interrogante de cómo querían los partidos europeos de la IS influir en el gobierno sandinista, si al mismo tiempo le regateaban y escatimaban la ayuda en un momento crítico. Y la respuesta apunta a que precisamente quisieron utilizar el regateo de la ayuda como una forma de presión para que los sandinistas adoptaran con rapidez las medidas necesarias para la democratización de Nicaragua.

No se puede, sin embargo, olvidar el apoyo dado a la revolución por entidades vinculadas a la socialdemocracia internacional como la fundación Friedrich Ebert que aportó ayuda financiera. Asimismo la JUSY (Unión Internacional de Jóvenes Socialistas) colaboró en los esfuerzos de lobbying del sandinismo en el Parlamento Europeo, se desmarcó en ocasiones de las críticas de sus mayores, y contribuyó con ayuda material y económica a paliar las necesidades de la revolución. El valor de estas actividades, siendo importante, tiene un carácter más bien simbólico y testimonial ante las dimensiones de la crisis nicaragüense¹⁰².

Un significado como gesto de relativo y radical atrevimiento frente a Washington se puede dar a la ayuda militar procedente de gobiernos con presencia socialdemócrata (sólo la hubo de Francia y de Grecia): fue una pequeña gota en el océano de las necesidades militares que terminaron siendo cubiertas por los países socialistas.

Sin duda el aspecto más sobresaliente es el apoyo político de la IS (declaraciones en defensa de la revolución, críticas a Estados Unidos, reconocimiento de las elecciones de 1984, mediación ante los grupos de la oposición...). Esta colaboración aportó algo de la legitimidad buscada por los sandinistas en el ámbito internacional, refrendó en alguna medida su reivindicación de no alineados, y apuntaló la imagen de moderación de la revolución, ayudando a enfrentar las campañas estadounidenses

¹⁰¹ La ayuda de Estados Unidos a El Salvador alcanzó la cifra de 3.913,9 millones de dólares entre 1980 y 1990: véase Jose Antonio Sanahuja, *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990: ¿Ayuda económica o seguridad nacional?*, Bilbao: HEGOA, 1992, p. 63. La cooperación de toda Europa Occidental (gobiernos y la CE) con Nicaragua llegó, como he señalado anteriormente, a los 1342,5 millones de dólares.

¹⁰² DRI, *La Internacional Socialista*, op. cit., p. 16-17.

que acusaban a Nicaragua de ser un satélite del imperio soviético, y a frenar las amenazas de intervención de la superpotencia americana.

Pero, como ya he señalado, también este apoyo fue circunspeto y no demasiado entusiasta. Contribuyeron a ello la "comprensión" de las preocupaciones de Estados Unidos, la desunión interna y las diferencias dentro de la IS y el propio convencimiento sobre la necesidad de moderar el régimen sandinista mediante presiones políticas.

Apoyo y presiones conforman asimismo las dos caras del trato dispensado a la revolución sandinista por el gobierno socialista español, constituyendo un apropiado ejemplo de la vinculación de la IS a la Nicaragua revolucionaria.

VIII.3. Nicaragua y el gobierno socialista español: una colaboración valiosa y vacilante

Las relaciones del gobierno sandinista con los socialistas españoles discurrieron por unos cauces muy similares a los seguidos con la Internacional Socialista, en la medida en que el secretario general del PSOE, Felipe González, jugó un papel destacado como interlocutor entre la organización socialdemócrata y la revolución nicaragüense desde el triunfo de ésta.

Para el FSLN el conseguir apoyo del PSOE (en la oposición y sobre todo en el gobierno) tenía un gran interés, como quedó de manifiesto en las numerosas ocasiones en que los principales dirigentes sandinistas (Daniel Ortega, Bayardo Arce, Sergio Ramírez, Carlos Núñez, Tomás Borge...) se entrevistaron con Felipe González.

Desde las bases de una tradición cultural común y esperanzados por las afinidades políticas presumidas -dada la perspectiva de izquierda en la que se contemplaba al PSOE en América Latina-, los sandinistas buscaron en el gobierno socialista español un aliado político en y ante la IS y Europa Occidental, ante Contadora e incluso ante Washington, así como la continuación y el incremento de la ayuda económica a la revolución iniciada por el gobierno de la Unión de Centro Democrático con Adolfo Suárez¹⁰³.

Si bien Nicaragua carecía de significado económico relevante para España, el gobierno socialista dedicaría una atención considerable a la crisis nicaragüense al menos en los primeros años de ésta¹⁰⁴.

¹⁰³ Véanse Daniel Ortega, "Nicaragua difícilmente podrá parecerse a los regímenes parlamentarios", entrevista de Jesús Ceberio en *El País*, 4 febrero 1985, p. 2; y Sergio Ramírez, "Nicaragua firmará el Acta de Paz, sólo si se aprueba su plan de desmilitarización", entrevista de Alberto Luengo en *El País*, 29 mayo 1986, p.4.

¹⁰⁴ Para España sus relaciones comerciales con Centroamérica suponían aproximadamente el 2% de las exportaciones y el 15 % de las importaciones: véase Luis de Sebastián, Emili Sanchez Díaz y Antoni Santamaría, "Las relaciones económicas entre España y América Central", en VV.AA., *Las relaciones entre España y*

Este hecho se explica como respuesta a la petición expresa del gobierno sandinista, así como por el deseo del gobierno socialista de incrementar el prestigio de España en América Latina, y por su voluntad de contribuir a la implantación de un régimen democrático en Centroamérica alejado de la influencia soviética.

A medida que estos propósitos fueron chocando con la posición cada vez más intervencionista de Washington y con la radicalización del régimen sandinista, el gobierno del PSOE moderó su acercamiento a la revolución, y criticó el rumbo de la misma, presionando por un cambio de las políticas sandinistas, al mismo tiempo que suavizaba el tono de sus señalamientos a las políticas antinicaragüenses de Estados Unidos¹⁰⁵.

A partir de las elecciones de 1984 y sobre todo debido a las reformas políticas sandinistas iniciadas en 1987, el gobierno de Felipe González volvió a mostrar una actitud más positiva con la revolución nicaragüense.

En los primeros años de ésta, entre 1979 y 1982, estando todavía en la oposición, el PSOE no tenía ningún problema en manifestar pública y explícitamente su apoyo al proceso revolucionario, como queda reflejado en las declaraciones de Felipe González en dos visitas a Managua realizadas en 1979 y 1981 (la primera a poco más de un mes del triunfo) y en su aceptación de la presidencia del Comité pro Defensa de la Revolución Nicaragüense conformado por la IS en 1980¹⁰⁶.

La llegada del PSOE al gobierno coincidió con el alejamiento relativo que comenzaba a producirse en Europa Occidental y en la misma IS con respecto a la revolución nicaragüense. Como antes señalaba, a partir de ese momento el gobierno del PSOE no se colocó en una posición enfrentada al régimen sandinista, pero sí mostró sus diferencias de manera pública con bastante claridad, criticando tanto la supuesta desviación del proyecto original de la revolución, producida por las medidas de excepción impuestas por el gobierno sandinista para hacer frente a la contrarrevolución armada, como la falta de democracia que a juicio del gobierno español aquellas implicaban¹⁰⁷.

La crítica a la evolución del sandinismo fue acompañada de gestos como las entrevistas de Felipe González con Edén Pastora (cuando éste dirigía uno de los

América Central (1976-1989), op. cit., p. 107.

¹⁰⁵ "El gobierno español desea que se cumpla el proyecto original de la revolución y que el pueblo nicaragüense pueda, por primera vez en su historia, disfrutar de un régimen democrático y representativo...(y) manifiesta su preocupación por los síntomas de radicalización que aparecen en la política exterior de Nicaragua", respuesta del gobierno a la pregunta de Oscar Alzaga, diputado del Grupo Popular, BOCG 8.10.1983, citado en Marcos Roitman, *La política del PSOE en América Latina*, op. cit., p. 70. Esta obra de Roitman critica con dureza y sin matices la política del PSOE hacia la revolución sandinista. Una exposición menos unilateral de la evolución de la posición del gobierno socialista sobre la Nicaragua revolucionaria se encuentra en Jean Grugel, "Spain and Latin America: The 'Special Relationship' in Democracy", en Joaquín Roy, y Albert Galinsoga Jordá (eds.), *The Ibero-American Space*, op. cit., pp. 147-149.

¹⁰⁶ Felipe González, declaraciones en *Barricada*, 30 julio 1979, p. 1; y en *Barricada*, 15 diciembre 1981, p. 5.

¹⁰⁷ Véanse las declaraciones de Mercedes Rico, Directora General para Iberoamérica, en Antonio Caño, "Retrasar las elecciones' nicas", *El País*, 21 octubre 1984, p. 24.

grupos armados contra el gobierno sandinista)¹⁰⁸, la tolerancia en Madrid de una oficina de la Unión Nacional Opositora (UNO), brazo político de la contrarrevolución armada, y el envío en 1984 de la carta ya citada que Felipe González, junto con otros líderes de la IS, dirigió al gobierno sandinista exigiendo una rectificación de su política.

La ausencia de una delegación oficial del gobierno español en las jornadas electorales nicaragüenses de noviembre de 1984 fue uno de los gestos públicos más significativos de la desaprobación de la política sandinista, y situó, en ese caso, a los socialistas españoles junto a Estados Unidos y a los gobiernos más opuestos al sandinismo, y lejos del planteamiento oficial de la IS. Incluso un diputado del Grupo Popular, Manuel Gallent, presente en las elecciones, criticó con dureza la ausencia del gobierno socialista en los comicios de Nicaragua¹⁰⁹.

Las críticas del gobierno socialista no implicaron, sin embargo, ni un corte de la colaboración económica iniciada por Suárez, ni tampoco la aceptación de la política agresiva de la administración Reagan.

El gobierno del PSOE consideraba errada esta política de Estados Unidos por peligrosa y contraproducente, y con frecuencia -aunque con mucha cautela- denunció los aspectos más impresentables de la misma, como el apoyo militar a la contrarrevolución, el minado de los puertos nicaragüense y el embargo comercial¹¹⁰.

Para los socialistas españoles la crisis centroamericana y nicaragüense radicaba en los problemas estructurales no resueltos y no en la subversión orquestada por la URSS, aunque admitían el peligro que para la estabilidad de la región y para la seguridad norteamericana representaba la presencia soviético-cubana en Centroamérica¹¹¹.

La solución militar perseguida por Estados Unidos era rechazada por el gobierno español entre otras razones por las reacciones negativas antinorteamericanas, que, como advertía el ministro de Exteriores, Fernando Morán, aquella podía suscitar, en unos momentos en que estaba pendiente el ingreso de España en la OTAN¹¹².

¹⁰⁸ "Edén Pastora pide a Felipe González que presione para lograr la celebración de elecciones libres en Nicaragua", *El País*, 2 agosto 1984, p. 3.

¹⁰⁹ Manuel Gallent, "Occidente debe volcarse en la ayuda a Nicaragua", entrevista de Manuel Muñoz en *El País*, 6 diciembre 1984, p. 6.

¹¹⁰ Véanse Celestino del Arenal, *La política exterior de España hacia Iberoamérica*, Madrid: Editorial Complutense, 1994, p. 141; y las informaciones aparecidas en el diario *El País*, "'Honda preocupación' del Gobierno español por la situación en Centroamérica", extractos de un comunicado del gobierno español, *El País*, 15 noviembre 1984, p. 3; y "El gobierno español muestra su aguda preocupación por las medidas", *El País*, 4 mayo 1985, p. 4.

¹¹¹ Véanse Miguel Angel Martínez, "Occidente y América Central", *Leviatán*, nº 16, op. cit., pp. 59-60; y Fernando Morán, "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability*, op. cit., pp. 12-17.

¹¹² Fernando Morán, *Ibid.*, p. 42.

Las críticas españolas a la política norteamericana en Nicaragua, más rotundas y frecuentes con Fernando Morán, se hicieron más suaves y distantes con el nuevo ministro de Exteriores, F. F. Ordóñez, pero sobre todo debido a la percepción del gobierno socialista de la conveniencia de no enfrentarse de una forma abierta a Estados Unidos -su aliado principal-, cuando España tenía ante sí retos como la entrada en la Comunidad Europea y en la OTAN. En esa misma línea Felipe González con un planteamiento comprensivo de la hegemonía estadounidense pedía a Estados Unidos que ejerciera un liderazgo positivo y no negativo sobre América Latina¹¹³.

Los sandinistas, conscientes de esta ambivalencia, pidieron en varias ocasiones a España que asumiera un papel de mediación en el conflicto nicaragüense ante Estados Unidos¹¹⁴. El gobierno socialista, a pesar de no asumir la responsabilidad de una mediación formal tanto por falta de recursos para ejercerla, como por la dificultad de la misma¹¹⁵, contribuiría, sin embargo, a que Nicaragua no fuera excluida del diálogo Europa-Centroamérica de San José, como era el deseo de Washington, e incluso -ya con la administración Bush- a que ésta se inclinara más por una salida política a la crisis nicaragüense¹¹⁶.

En la segunda mitad de los 80 tiene lugar, como he apuntado, un cambio notable en la aproximación del gobierno de Felipe González al proceso revolucionario nicaragüense. Disminuyen las críticas y se aplaude el giro iniciado con las elecciones de 1984, continuado al aprobar la Constitución en enero de 1987, y culminado con las medidas políticas adoptadas a partir de Esquipulas¹¹⁷.

El gobierno socialista, al apostar por una salida política al conflicto, se implica propiciando un conato de diálogo entre la oposición política y el FSLN en la propia embajada de España en Managua, a pesar de las reticencias de Washington¹¹⁸; actúa

¹¹³ Alan Riding, "Gonzalez to Offer Advice to Bush on Latin America", *The New York Times*, 15 octubre 1989, p. 18.

¹¹⁴ Véanse Antonio Caño, "Nicaragua solicita a España 'gestiones beligerantes' para evitar el fracaso del Grupo de Contadora", *El País*, 24 enero 1985, p. 3; y la citada entrevista de Daniel Ortega en *El País*, 4 febrero 1985, p. 2, en la que el presidente nicaragüense declara que "dada la preocupación que España ha demostrado siempre por el conflicto centroamericano, especialmente por parte del PSOE y del presidente González, esperamos que haga un nuevo esfuerzo a fin de convencer a Estados Unidos de que no es una solución de fuerza la que va a resolver sus problemas con Nicaragua, sino el diálogo y la negociación".

¹¹⁵ Felipe González había mostrado en 1984 reticencias a asumir esta mediación, declarando: "¿Entre quién podríamos mediar?. ¿Entre Nicaragua y El Salvador?. ¿Entre el gobierno salvadoreño y la guerrilla?. Es muy complicado. ¿Entre esos países y Estados Unidos?. ¿Entre Castro y los demás?". Citado en Jean Grugel, "Spain's socialist government and Central American dilemmas", *International Affairs*, vol. 63, n° 4, 1987, p. 613. Sin embargo, como Piñol sostiene, en 1985 Felipe González asumió expresamente, aunque sin éxito, una actitud de mediación ante la administración Reagan: véase Joan Piñol i Rull, "Las relaciones españolas con Centroamérica: el período de los gobiernos socialistas (1982-1989)", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, op. cit., p. 42.

¹¹⁶ Alan Riding, "González to Offer Advice to Bush on Latin America", *The New York Times*, 15 octubre 1989, op. cit.

¹¹⁷ Felipe González, declaraciones en Edward Schumacher, "Spaniard Sees Nicaragua on Democratic Path", *The New York Times*, 25 enero 1985, p. 7; y en *El País*, "Pleno respaldo español al plan propuesto por Ortega", *El País*, 27 abril 1989, p. 15.

¹¹⁸ Felipe Bayón, "España pretende restablecer los contactos entre el régimen sandinista y la oposición de

de anfitrión, en Madrid, del citado encuentro en que cuatro de los partidos europeos más influyentes de la IS liman sus diferencias con el FSLN¹¹⁹; apoya la solución negociada que acuerdan los presidentes centroamericanos en Esquipulas, aunque como señala Piñol, dicho apoyo no se materializa suficientemente en la ayuda económica que el gobierno sandinista necesitaba con urgencia¹²⁰; reconoce el esfuerzo que los sandinistas hacen para cumplir los compromisos adquiridos en Esquipulas¹²¹; en el año preelectoral de 1989 contribuye a amortiguar la crítica situación económica de Nicaragua, al condonar, frente a la oposición del Partido Popular, una parte de la deuda de ese país con España -6.000 millones de pesetas- y renegociar el pago de los 12.000 millones restantes¹²²; y finalmente colabora activamente en la realización de las elecciones de 1990 y en la transición pacífica entre el gobierno de Daniel Ortega y el de Violeta Chamorro¹²³.

Los esfuerzos sandinistas por estrechar relaciones con el gobierno socialista español no habían sido, pues, inútiles. Sin duda tuvieron muchos altibajos y pasaron por momentos de tensiones y de frialdad. Pero esto no impide reconocer algunos de los aspectos positivos que para un pequeño país dirigido por un gobierno considerado radical en los escenarios internacionales tuvo la colaboración del gobierno español.

Desde una perspectiva política este apoyo implicó el tender puentes dentro de la IS frenando las posiciones antisandinistas más viscerales, e influyó sobre todo en que no se cerraran totalmente las puertas de Europa Occidental a la revolución nicaragüense. Las frecuentes visitas, conversaciones y encuentros entre dirigentes de ambos gobiernos contribuyeron asimismo a proporcionar al régimen sandinista una imagen de preocupación por no descolgarse del bloque democrático occidental, y por ende de no estar inmerso totalmente en el modelo soviético.

No se puede tampoco olvidar la importancia de la contribución económica de España a Nicaragua durante el gobierno socialista¹²⁴, aunque dicha ayuda no

Nicaragua", *El País*, 12 enero 1986, p. 21; y Felipe Bayón, "España insiste en promover el diálogo en Nicaragua", *El País*, 13 enero 1986, p. 13.

¹¹⁹ Antonio Caño, "Recuperar el tiempo perdido", *El País*, 13 marzo 1987, p. 3, y "La Internacional Socialista ayudará a los sandinistas a cambio de medidas liberalizadoras", *Ibidem*.

¹²⁰ Joan Piñol i Rull, "Las relaciones españolas con Centroamérica: el periodo de los gobiernos socialistas(1982-1988)", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 14 y 15, 1988, p. 24.

¹²¹ Alfonso Guerra, "EE UU, responsable del fracaso negociador con la 'contra'", entrevista de Antonio Caño en *El País*, 13 septiembre 1988, p. 4.

¹²² Francesc Bayo, "Diez años de relaciones entre España y América Central", *Annales des Pays d'Amérique Centrale et des Caraïbes*, nº 10, op. cit., p. 315.

¹²³ JoAnn Fagot Aviel, "El papel de España en el proceso de pacificación de Centroamérica", en Joaquín Roy, (ed.). *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, op. cit., pp. 301-304.

¹²⁴ De acuerdo a las cifras citadas en varios estudios la cooperación oficial de España con Nicaragua entre 1983 y 1989 ascendió a 1.377.424.470 pesetas: véanse JoAnn Fagot Aviel, "Spanish Aid Policies", en Joaquín Roy, y Albert Galinsoga Jordá (eds.). *The Ibero-American Space*, op. cit., p.183; María Angels Miralpeix i Güell, "La cooperación española con Centroamérica: ¿voluntad política o transferencia de recursos?", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 31, 1995, p.185; y Albert Galinsoga Jordá, "La política centroamericana de la Comunidad Europea: Balance y perspectivas (una visión desde España)", en Joaquín Roy, (ed.). *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, op. cit., p. 183.

estuviera a la altura de las necesidades de una Nicaragua en guerra, y de la propia voluntad del gobierno español de influir en el conflicto nicaragüense.

Al mismo tiempo, sin embargo, las relaciones entre el gobierno PSOE y el gobierno sandinista estuvieron limitadas en alguna medida por los lazos preferentes entre España y Estados Unidos, por la prioridad europea del gobierno del PSOE (entrada en la CE y en la OTAN) y por su pretensión de intervenir en el conflicto nicaragüense presionando para que el gobierno sandinista no se radicalizara dando entrada a la URSS en una región sensible para los intereses de Occidente¹²⁵. Y estas circunstancias determinaron el comportamiento del PSOE con respecto a la revolución, y sus zigzags entre declaraciones, gestos de apoyo y ayuda concreta, y desplantes y críticas públicas coincidentes a veces con las posiciones de Washington, como recuerda Carlos Rico¹²⁶.

Mientras estuvieron en el poder los dirigentes sandinistas pasaron por alto esto último y alabaron los aspectos favorables de la conducta del gobierno socialista español hacia la revolución nicaragüense durante los 80, como afirmaba Daniel Ortega en 1985: *"Encontramos la posición española francamente positiva"*, y cuando en 1990 aseguraba que en sus conversaciones con Felipe González *"en ningún momento se nos han impuesto condiciones"*¹²⁷.

Pero dos años después con la sinceridad y libertad de la falta de responsabilidades de gobierno, el ex canciller Miguel D'Escoto se quejaba de la insuficiente colaboración del gobierno español: *"Con Felipe teníamos derecho y razón de esperar más. Pero España priorizaba la relación con los norteamericanos"*¹²⁸.

VIII. 4. Complementariedad, entusiasmo y limitaciones del movimiento internacional de solidaridad

Dentro del mundo capitalista y desarrollado la revolución nicaragüense no se limitó a buscar la colaboración de los gobiernos de Europa Occidental y de los partidos de la Internacional Socialista. En el esquema de relaciones internacionales diseñado por los sandinistas ocupan también un lugar destacado las redes de solidaridad popular construidas principalmente en Europa Occidental y Estados

¹²⁵ Aldecoa alude indirectamente y desde otro ángulo a las insuficiencias de la vinculación entre España y Nicaragua cuando plantea la necesidad de profundizar las relaciones políticas entre España y Centroamérica, limitadas entre otros factores por la *"resaca de la solución atlántica"*: véase Francisco Aldecoa, "Hacia una profundización en las relaciones políticas entre España y Centroamérica", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, op. cit., pp. 77-78.

¹²⁶ Carlos Rico, "La influencia de factores extraregionales en el conflicto centroamericano. El socialismo europeo, la Alianza Atlántica y Centroamérica: ¿Una historia de expectativas frustradas?", *Pensamiento Iberoamericano*, nº 13, op. cit., 133.

¹²⁷ Daniel Ortega, "Moscú coopera con Managua de forma respetuosa y oportuna", entrevista de Antonio Caño en *El País*, 15 mayo 1985, p. 2; y "Estas elecciones dan brío a la revolución", entrevista de Antonio Caño y J. J. Aznárez en *El País*, 25 febrero 1990, p. 2.

¹²⁸ Miguel D'Escoto, *entrevista propia*, op. cit.

Unidos -así como, aunque en menor medida, en América Latina y en otros lugares del mundo como Canadá, Japón, Australia y Nueva Zelanda- en defensa de la revolución nicaragüense.

Este movimiento internacional de solidaridad tiene antecedentes en otros procesos revolucionarios y en momentos de grandes convulsiones políticas acaecidas durante el siglo XX, como la Guerra Civil en España, la guerra por la independencia en Argelia, la guerra de Vietnam, la dictadura militar de Pinochet en Chile o la etapa del apartheid en Sudáfrica.

En el caso nicaragüense, sin embargo, dicho movimiento tuvo unas características de amplitud y diversidad que lo convierten en una experiencia útil en cuanto al potencial que una modalidad de relaciones internacionales, no institucional y complementaria como ésta, alcanzó a la hora de incidir en las decisiones de actores internacionales que estaban influyendo en el destino del régimen sandinista y de la revolución nicaragüense.

Al hablar de "redes de solidaridad popular" me refiero a las conformadas por grupos, asociaciones y entidades diferenciadas de las instancias gubernamentales y de los organismos y organizaciones internacionales que configuran el sistema convencional de relaciones internacionales.

Durante la revolución nicaragüense esas redes estuvieron en concreto formadas básicamente por un movimiento heterogéneo y plural de organizaciones políticas, sindicales, culturales, ecologistas, religiosas, de jóvenes y de mujeres, con objetivos políticos más marcados en Europa Occidental y con un énfasis mayor en los aspectos humanitarios en Estados Unidos¹²⁹.

El trabajo de estas redes de solidaridad estaba complementado por las Organizaciones No Gubernamentales europeas y americanas con sus proyectos asistenciales y de desarrollo, así como por actividades similares realizadas a partir de la experiencia de los "hermanamientos" entre ciudades de Europa y América con ciudades y pueblos nicaragüenses¹³⁰.

El impulso, antes del triunfo, de un movimiento internacional de solidaridad popular con la revolución nicaragüense formaba parte de la política sandinista de

¹²⁹ Véanse Werner Balsen, y Karl Rössel, *Hoch die Internationale Solidarität: zur Geschichte der Dritte Welt Bewegung in der Bundesrepublik*, Köln: Kölner Volksblatt Verlag, 1986; y James McGinnis, *Solidarity with the People of Nicaragua*, New York: Orbis Books, 1985.

¹³⁰ Véanse Organismos No Gubernamentales, *"Solidaridad Internacional: fermento de unidad y paz entre los pueblos"*, documento base de discusión del Segundo Encuentro de Organismos No Gubernamentales, Managua, noviembre, 1987; Manuel Pinzón, *Las Organizaciones No Gubernamentales en Centroamérica: contribución en las perspectivas de pacificación y desarrollo entre los pueblos*, INIES, Managua, 1989, p. 17; Ministerio de la Presidencia / Dirección de Asuntos Municipales y Regionales, *Propuesta de política global de hermanamientos*, Managua: mimeo., octubre 1987, pp. 3- 6; y Erik-Jan Hertogs, *Cities as a New Foreign Policy Actor: The Case of City Links Between Western Europe and Nicaragua*, ponencia presentada en el 46º Congreso Internacional de Americanistas, Amsterdam, 1988.

tejer alianzas múltiples y diversas con el propósito de derribar la dictadura somocista.

Este objetivo encontró un respaldo y una acogida entusiasta en los círculos radicales y progresistas de la izquierda en Europa Occidental, Estados Unidos y América Latina, multiplicándose los comités de apoyo a la revolución a partir de 1978.

En aquellos momentos este tipo de solidaridad se concretó sobre todo en la denuncia en las calles europeas y americanas de las atrocidades del somocismo, y en la difusión de informaciones sobre los acontecimientos que se sucedían en Nicaragua y que encontraban una cobertura insuficiente en los medios de comunicación internacionales¹³¹.

El FSLN, sin embargo, cultivó de forma prioritaria ya entonces las relaciones con aquellas fuerzas, corrientes políticas y gobiernos que podían resultar y resultaron determinantes bien en las decisiones tomadas por la Organización de Estados Americanos en junio de 1979, o bien para proyectar una imagen menos radical y más aceptable de los revolucionarios nicaragüenses.

Promoviendo dichas relaciones se encontraban, como ya he señalado anteriormente, algunos de los dirigentes sandinistas de mejor reputación en las esferas internacionales, como el escritor Sergio Ramírez y los sacerdotes Ernesto y Fernando Cardenal y Miguel D'Escoto¹³². La tarea de crear redes de solidaridad popular en Europa Occidental y en América fue desempeñada por militantes destacados del FSLN, situados en un nivel inferior en la organización sandinista¹³³.

Durante la década revolucionaria los sandinistas -más desde las estructuras partidistas que desde las instancias gubernamentales- continuaron animando la existencia de las distintas estructuras de solidaridad popular internacional y su colaboración con Nicaragua.

Para ellos esta solidaridad tenía como objetivos fundamentales complementar desde la sociedad civil europea y americana los esfuerzos oficiales del gobierno

¹³¹ Véanse Informationsbüro Nicaragua, *10 Jahre Revolution, 10 Jahre Solidarität*, Wuppertal, julio, 1989; y Alejandro Murguía, "El movimiento de solidaridad en San Francisco, 1974-1979", *Barricada Internacional*, n° 295/296, 3 julio 1989, p. 39.

¹³² Antes del 19 de julio de 1979 Sergio Ramírez y Fernando Cardenal (vicepresidente y ministro de Educación respectivamente durante los ochenta) se encargaron de las relaciones con los dirigentes de América Latina. Ernesto Cardenal (ministro de Cultura), además de representar al FSLN en las reuniones de la Internacional Socialista, fue la imagen romántica y exótica (poeta, trapense y defensor de la teología de la liberación) de la revolución. Y Miguel D'Escoto (ministro del Exterior) dirigió las acciones de lobbying en Estados Unidos.

¹³³ Alejandro Bendaña (director de Política Exterior) impulsa los comités de apoyo en Estados Unidos; Angel Barrajón (profesor de la Universidad Centroamericana), en España, y Enrique Schmidt (viceministro del Interior) en el resto de Europa.

nicaragüense para detener las agresiones exteriores contra el proceso revolucionario, así como contribuir a la reconstrucción material de Nicaragua¹³⁴.

La respuesta más notable a estas pretensiones sandinistas se produjo en la Europa capitalista y en Estados Unidos¹³⁵. En la mayor parte de los países europeo-occidentales se desarrolló un movimiento de solidaridad con la revolución nicaragüense con características y objetivos prioritariamente políticos.

En 17 países europeos, pero de forma especial en la República Federal de Alemania, España, Reino Unido, Italia y Suiza, redes coordinadoras de la solidaridad popular llegaron a agrupar a cientos de comités de apoyo que contaban con decenas de miles de colaboradores procedentes básicamente de la izquierda progresista y radical, y de sectores cristianos¹³⁶.

El desarrollo de estos grupos (debilitados entre 1981 y 1983, bien por el reflujó natural de los acontecimientos "heroicos" de los primeros años -triunfo, campañas masivas de alfabetización y de salud-, bien por discrepancias con algunas medidas tomadas por los sandinistas en política interior) se aceleró a partir de noviembre de 1983, al incrementarse las amenazas de intervención norteamericana en Nicaragua, definiéndose así una de las características que dieron fuerza y cohesión al movimiento: su impronta antiimperialista.

Si bien estas redes de solidaridad europeas se centraron en la información y en la denuncia -ante la opinión pública- de la actuación de Estados Unidos en contra de la revolución nicaragüense¹³⁷, también impulsaron muchas otras actividades como el envío de grupos ("brigadas") a Nicaragua para colaborar en las cosechas de café y algodón, y en proyectos de educación, salud, construcción de viviendas e

¹³⁴ Véanse Sergio Ramírez, *Discurso de apertura del primer encuentro internacional de Organismos no gubernamentales*, Managua: MINEX, mimeo., 1983, pp. 1-2 y 5; Bayardo Arce, *Mensaje al Congreso Europeo de Solidaridad con Nicaragua*, Managua, mimeo., 25 octubre 1988; y Consejo Nicaragüense de Amistad, Solidaridad y Paz, *Documento base del III Encuentro de los Comités de Solidaridad con Nicaragua*, Managua, mimeo., julio 1989, pp. 3-4.

¹³⁵ Destaca también la cooperación con Nicaragua realizada por Organizaciones No Gubernamentales de Canadá que contaron con un fuerte apoyo oficial por parte de la Canadian International Development Agency (CIDA).

¹³⁶ En 1989 había en la RFA alrededor de 350 grupos, más de cien en España, y en torno al centenar en Italia y en el Reino Unido. Estos comités de apoyo también actuaban en Irlanda, Portugal, Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza, Finlandia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Francia, Austria y Grecia. La fuente principal de información sobre estos grupos se encuentra en la revista *Barricada Internacional* editada en Managua desde julio de 1981. Sobre la solidaridad y cooperación alemana, véanse específicamente Werner Balsen y Karl Rössel, *Hoch die Internationale Solidarität: zur Geschichte der Dritte Welt Bewegung in der Bundesrepublik*, op. cit.; Informationsbüro Nicaragua, *10 Jahre Revolution, 10 Jahre Solidarität*, op. cit.; y Ali Schwarz, y Manfred Ernst, *Denn Sie Wissen Was Sie Tun: Zwischen Solidarität und Boykott, BDR & Nicaragua*, op. cit.. Sobre la solidaridad desde España véanse las separatas de *Barricada Internacional*, n° 266, 268, 269, 270, 272, 278 de abril a octubre de 1988, y el n° 290 del 22 abril de 1989, p. 17.

¹³⁷ Un papel importante en esta información lo jugó la revista quincenal sandinista *Barricada Internacional*, que en 1989 se editaba en Nicaragua, España, Italia, RFA, Francia, Estados Unidos y Brasil, con una tirada de más de 70.000 ejemplares.

instalaciones de uso social, y protección del medio ambiente, contribuyendo a la financiación de dichas iniciativas¹³⁸.

Los proyectos asistenciales y de cooperación al desarrollo (de agricultura, industria ligera, asistencia técnica y transferencia de tecnologías, asesoría en cooperativas, instalación de energía eléctrica y conducción de agua potable...) fueron llevados a cabo principalmente por iniciativa de numerosas Organizaciones No Gubernamentales -laicas y religiosas-, y en menor medida también por municipios europeos (cerca de 200 a finales de 1987) que se habían "hermanado" con municipios nicaragüenses¹³⁹.

El movimiento de solidaridad popular de Estados Unidos fue sin duda no solo el que alcanzó unas dimensiones mayores, sino también el que mejor cumplió las expectativas sandinistas y el que mejores resultados consiguió al poder incidir más directamente sobre las políticas del gobierno y sobre todo del Congreso norteamericano¹⁴⁰.

Iniciado también antes del triunfo revolucionario de 1979 -desde unas instancias muy diferentes a las europeas¹⁴¹-, el movimiento norteamericano creció de forma extraordinaria a partir del momento en que la administración Reagan comenzó a ejecutar su política de acoso a la revolución sandinista.

A finales de 1989 más de un millar de grupos realizaban actividades de solidaridad con Nicaragua en distintos niveles y desde una perspectiva más específicamente humanitaria que la seguida por los grupos europeos.

La composición de las redes de solidaridad en Estados Unidos fue incluso más heterogénea que en Europa: estaban conformadas por personas procedentes de

¹³⁸ Miles de jóvenes europeos pasaron por Nicaragua entre 1983 y 1990. Cerca de 10.000 de España, un número algo inferior de la RFA, alrededor de un millar de Italia, más de 500 de Suiza, y varios centenares del resto de países.

¹³⁹ Véanse CRIES, "Las ONG: punto de apoyo para Nicaragua", *Pensamiento Propio*, nº 44, septiembre-octubre 1987, pp. 30-31; ECAI-CRIES, *La nueva situación mundial y el papel de los ONGS democráticos*, ponencia presentada en el seminario de ONGs internacionales, Managua, 8-9 febrero 1990, p. 10; y Erik-Jan Hertogs, *Cities as a New Foreign Policy Actor: The Case of City Links Between Western Europe and Nicaragua*, op. cit., p.2.

¹⁴⁰ Sobre las redes de solidaridad estadounidenses con Nicaragua véanse específicamente Roger C. Peace III, *A Just and Lasting Peace: The U.S. Peace Movement from the Cold War to Desert Storm*, Chicago: The Noble Press, Inc., 1991, pp. 73-97; Debra Reuben, y Sylvia Sherman, "Diez años de solidaridad con Nicaragua", *Barricada Internacional*, nº295/296, op. cit., pp. 40-41; James McGinnis, *Solidarity with the People of Nicaragua*, op. cit.; David Kaimowitz, "El papel de la solidaridad y la opinión pública norteamericana en el conflicto Estados Unidos-Nicaragua", *Revista Nicaragüense de Ciencias Sociales*, nº 1, septiembre 1986, pp. 36-41; Margaret A. Leahy, "The Harassment of Nicaraguanists and Fellow Travelers", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas*, op. cit., pp. 228-243; y Judy Butler, "Nicaragua en USA. Apuntes de un viaje", *Envío*, nº 74, agosto 1987, pp. 17-38

¹⁴¹ Entre los patrocinadores de la primera conferencia nacional para coordinar los esfuerzos de solidaridad con Nicaragua se encontraban congresistas como Ted Kennedy y Tom Harkin, un representante del Consejo Nacional de Iglesias, William Wipfler, y el vicepresidente del sindicato de trabajadores de las industrias petrolífera, química y atómica, Anthony Mazzochi: véase Debra Reuben, y Sylvia Sherman, "Diez años de solidaridad con Nicaragua", *Barricada Internacional*, nº295/296, op. cit., p.40.

organizaciones sindicales, feministas, pacifistas, radicales, veteranos de la guerra de Vietnam, por artistas y por personalidades vinculadas al ala liberal progresista del Partido Demócrata. Las organizaciones religiosas jugaron asimismo un papel determinante en este movimiento al volcarse en contra de la intervención militar y de las políticas del gobierno norteamericano en Centroamérica y en pro de la autodeterminación de los pueblos de esta región.

Entre las decenas de iniciativas surgidas durante toda la década sobresalen el programa "Witness For Peace" (presencia testimonial de cristianos estadounidenses en las zonas de guerra en el Norte de Nicaragua) y "Pledge Of Resistance" (compromiso de respuestas públicas y desobediencia civil en caso de una intervención militar en Nicaragua: 80.000 personas se comprometieron a llevarlo a cabo y más de 8.500 fueron detenidas en manifestaciones de protesta que denunciaban la política intervencionista de Estados Unidos en Nicaragua y El Salvador).

Una de las principales redes norteamericanas de solidaridad -"Nicaragua Network"- planificó el envío de brigadas de trabajo a Nicaragua. De acuerdo a Debora Reuben y Silvia Sherman, coordinadoras nacionales de Nicaragua Network, entre 1979 y 1989 habían pasado por Nicaragua más de 70.000 norteamericanos de la más variada procedencia: intelectuales, sindicalistas, religiosos, mujeres, obreros, agricultores, artistas, trabajadores de la salud...¹⁴².

En ese trabajo solidario son destacables los esfuerzos realizados desde las distintas redes -especialmente las religiosas- para influir en las decisiones del Congreso sobre Nicaragua¹⁴³. Con resultados dispares. En numerosas ocasiones los congresistas secundaron las medidas agresivas de la administración Reagan. Y con algunos éxitos parciales pero importantes, como la aprobación en 1983 de la enmienda Boland que limitaba el apoyo a los contrarrevolucionarios nicaragüenses, o la negativa, en febrero de 1988, a concederles ayuda militar, decisión que suponía un golpe casi definitivo al objetivo de derribo de la revolución *manu militari*, perseguido por la administración Reagan durante sus dos mandatos.

Veteranos de la guerra de Vietnam (Veterans For Peace) protagonizaron iniciativas que despertaron la atención de la opinión pública, como las jornadas de "Ayuno por la Vida" (huelgas de hambre) en contra de la presencia militar norteamericana en Centroamérica, y el envío de una caravana con varias toneladas de ayuda humanitaria a Nicaragua en junio de 1988¹⁴⁴.

Otras muchas organizaciones llevaron adelante proyectos sociales en Nicaragua: "Tecnica" envió más de 700 especialistas en áreas como la salud y la informática. La

¹⁴² *Ibidem*.

¹⁴³ Robin Toner, "They Who Beg to Differ on Aid to Nicaragua", *The New York Times*, 14 marzo 1986, p. 14; y Associated Press, "Religious Figures Protest Contra Aid", *The New York Times*, 5 marzo 1986, p. A4.

¹⁴⁴ Peter Applebome, "Talks Over Convoy Reach Dead End", *The New York Times*, 15 junio 1988, p. A6.

organización de base católica "Quest For Peace" recogió 127 millones de dólares para ayuda humanitaria, como contrarréplica a la misma cantidad aprobada por el Congreso para la contrarrevolución en 1985 y 1987. Y el movimiento de "ciudades hermanas" promovió más de 70 proyectos municipales en Nicaragua durante toda la década.

Las numerosas manifestaciones públicas de protesta por la conducta de la administración Reagan en Centroamérica, aún sin llegar a las dimensiones de las realizadas durante la guerra de Vietnam, demostraron la fuerza del movimiento antiintervencionista y se convirtieron en un obstáculo para el éxito de las políticas del gobierno.

En abril de 1987 grupos religiosos, de mujeres, pacifistas, sindicatos, de las minorías y otros realizaron dos grandes marchas en Washington D.C. y en San Francisco con la participación de más de 125.000 personas, en contra de las políticas de la administración estadounidense en Centroamérica y Sudáfrica. Y en marzo de 1988 tuvieron lugar manifestaciones en 150 ciudades, denunciando el envío de marines a la zona fronteriza entre Honduras y Nicaragua.

Centenares de norteamericanos residentes en Nicaragua se concentraron en señal de protesta delante de la embajada de Estados Unidos en Managua durante todos los jueves del año, desde que en 1983 se recrudecieron las agresiones hasta después de las elecciones de febrero de 1990¹⁴⁵.

En suma son innumerables las muestras de repudio a la intervención de Estados Unidos en Nicaragua, realizadas por ciudadanos de aquel país. Sin su participación la estrategia del gobierno norteamericano habría tenido el camino mucho más expedito para haber triunfado en todas sus dimensiones, consiguiendo el aplastamiento de la revolución nicaragüense.

El presidente Daniel Ortega reconocía en 1987 el valor del apoyo prestado a Nicaragua por parte de estos sectores estadounidenses, cuando, al referirse a la política de la administración Reagan, afirmaba: *"Esta política ilegal ha sido rechazada por el pueblo norteamericano y por representantes del mismo en el Congreso, que, rescatando los mejores valores de Estados Unidos, han demandado el cese de la agresión y la reanudación del diálogo como único camino para alcanzar la paz"*¹⁴⁶.

¹⁴⁵ Larry Rother, "Sandinistas' Foreign Legion Is Faithful in Defeat", *The New York Times*, 13 marzo 1990, p. A4.

¹⁴⁶ Daniel Ortega, "Preservar y defender la vida, la paz la seguridad de la humanidad entera", discurso en la sesión inaugural de la 77ª Conferencia de la Unión Interparlamentaria, Managua, (27 abril 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., p. 171.

Sin duda uno de los principales logros del movimiento de solidaridad fue haber servido de alerta y de conciencia a la opinión pública en Estados Unidos y en Europa Occidental¹⁴⁷.

La presencia en Nicaragua de decenas de miles de ciudadanos extranjeros -en brigadas de trabajo, en grupos de estudio, o como testigos de la guerra- hizo de ellos un canal extraordinario de comunicación para transmitir a sus países de origen lo que ocurría en Nicaragua y las amenazas de intervención a las que este país se enfrentaba¹⁴⁸.

Las manifestaciones de todo tipo, frecuentes y a veces masivas, en las ciudades europeas y americanas contribuyeron en alguna medida a ejercer presión sobre parlamentos y gobiernos, con resultados más eficaces en Estados Unidos, porque allí la presión se ejercía más cerca de quienes estaban influyendo de forma directa sobre el destino de Nicaragua.

La gran participación, de manera especial en Estados Unidos, de religiosos en el movimiento antiintervencionista le otorgaba a éste una imagen de gran respetabilidad y proporcionaba una influencia mayor a sus actividades. Algo similar se puede decir de los efectos derivados de la amplia y heterogénea composición del movimiento de solidaridad.

La contribución económica representada por los cientos de proyectos financiados, promovidos y en muchos casos ejecutados por Organizaciones No Gubernamentales, comités de solidaridad, ciudades "hermanadas", sindicatos, grupos de mujeres, ecologistas y religiosos, no fue desdeñable para una economía cuyas exportaciones se mantuvieron en torno a los 300 millones de dólares anuales durante toda la década.

Según el INICAE no existe una información exacta sobre el monto financiero que supuso esta ayuda solidaria y desinteresada. Para Barraclough es probable que oscilara entre 30 y 50 millones al año. Incer y Ocón cuantifican la ayuda en 14 millones de dólares, aunque advierten que sólo utilizan las cifras existentes en el Ministerio de Cooperación Externa¹⁴⁹.

¹⁴⁷ En ese sentido el dirigente sandinista Bayardo Arce consideraba que *"el movimiento de solidaridad permitió mantener la agresión contra Nicaragua en la agenda internacional"*, (Bayardo Arce, "Diez años de solidaridad", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 289, 8 abril 1989, p. 11). Valoraciones similares se encuentran en Consejo Nicaragüense de Amistad, Solidaridad y Paz, *Documento base del III Encuentro de los Comités de Solidaridad con Nicaragua*, op. cit., pp. 4-6.

¹⁴⁸ Es esta presencia masiva de voluntarios procedentes de numerosos países lo que recuerda en alguna manera el espíritu de colaboración de los miles de brigadistas que durante la Guerra Civil española acudieron a defender la república en contra de la sublevación militar de Franco. En el caso de Nicaragua su cooperación se limitó a tareas civiles. Confirmando esta similitud, veteranos de la Brigada Internacional de EEUU "Abraham Lincoln" se hicieron presentes en Nicaragua en varias ocasiones para demostrar su apoyo a la revolución sandinista.

¹⁴⁹ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 123; Solon Barraclough et al., *Aid that Counts: The Western Contribution to Development and Survival in Nicaragua*, op. cit., pp. 28 y 8; y Mila Incer, y Auxiliadora Ocón, *La Cooperación No Gubernamental como modalidad de la Cooperación Bilateral*, Managua: MCE, 1989, citado en INICAE, *Entre la agresión...*, op. cit., p.123.

Aún reconociendo el valor que tuvo el apoyo del movimiento de solidaridad popular a la revolución sandinista, no se puede dejar de mencionar las limitaciones de dicho movimiento, con algunas diferencias entre el existente en Estados Unidos y el europeo.

En Europa el movimiento de solidaridad mantuvo una confusión permanente entre sus objetivos de información y denuncia del acoso norteamericano a la revolución y el de colaborar económicamente con la reconstrucción de Nicaragua.

La ayuda económica, aún siendo muy valiosa como símbolo de la solidaridad entre pueblos, no podía significar en ningún momento -dadas las características de estos grupos- un aporte sustancial a las inmensas necesidades de Nicaragua. Y las denuncias políticas, realizadas con frecuencia lejos de los parlamentos e incluso de los medios de comunicación masivos, no consiguieron influir claramente en la opinión pública europea, para la cual Nicaragua quedaba demasiado lejos y era un tema muy secundario¹⁵⁰. Y sólo en contadas ocasiones se planteó realizar un trabajo organizado de lobbying ante las instituciones europeas¹⁵¹.

En Estados Unidos el problema mayor estuvo en la incapacidad para que la red de solidaridad, dispersa en centenares de iniciativas diferentes, se dotara de una estrategia homogénea fuerte que pudiera hacer frente con más eficacia a las políticas duras y uniformes de los gobiernos Reagan/Bush. Al carecer de una estrategia con esas características, el movimiento solidario norteamericano con Nicaragua no obtuvo los resultados que se podían esperar de la riqueza y amplitud de sus bases.

Un problema común en Europa y en América fue la escasa autonomía del movimiento de solidaridad con relación a las orientaciones emanadas del FSLN. Con excepciones muy contadas, como en la RFA, el movimiento solidario se limitaba a ejecutar los lineamientos sandinistas, sin cuestionarlos. El resultado fue una solidaridad con una orientación excesivamente a la defensiva¹⁵² y acrítica con políticas y conductas censurables, observadas en Nicaragua.

La incapacidad de llegar a los medios de comunicación masivos fue asimismo una importante laguna en todas las redes de solidaridad que se intentó subsanar con la presencia, insuficiente en cualquier caso, en medios de comunicación sectoriales y minoritarios.

Todas estas limitaciones, sin embargo, no anulan el hecho de que las actividades realizadas por las distintas estructuras de solidaridad popular en América y en Europa Occidental principalmente, fueron útiles como complemento de las

¹⁵⁰ *Anotaciones propias en el XIV Congreso Europeo de Solidaridad con Nicaragua*, Roma, mimeo., 29-30 octubre 1988.

¹⁵¹ Comités Europeos de Solidaridad con Nicaragua. *La Comunidad Europea y Nicaragua*, (documento base para el Congreso Europeo de Solidaridad con Nicaragua, octubre 1989), Dublín, mimeo., 1989, pp. 6-7.

¹⁵² *Anotaciones propias*, op. cit., p. 1.

relaciones institucionales que el sandinismo mantuvo con gobiernos, entidades y organizaciones internacionales.

Y aunque incapaz de influir de forma decisiva en el enfrentamiento de Estados Unidos con la revolución ("*la solidaridad no paró la guerra*", señala Bendaña¹⁵³), el movimiento de solidaridad acicateó conciencias e ilusiones en el primer mundo, y complementó modestamente los esfuerzos que hizo, durante más de una década, una buena parte del pueblo nicaragüense para ejercer su derecho a autodeterminarse en una región del mundo en que tal derecho chocaba con la presencia hegemónica tradicional de Estados Unidos¹⁵⁴.

No es extraño, pues, que incluso después de la derrota electoral de febrero de 1990, Daniel Ortega, todavía presidente de Nicaragua, reconociera públicamente el aporte de la solidaridad internacional a la revolución nicaragüense, al afirmar que "*la solidaridad ha sido muy importante para poder culminar esta etapa de lucha por la democracia y por la paz en condiciones ventajosas para los intereses globales del pueblo nicaragüense*"¹⁵⁵.

Y aunque la democracia presidida por Violeta Chamorro no había sido la apuesta por la que había luchado el movimiento internacional de solidaridad, es obligado reconocer que la existencia de esa democracia fue en parte resultado de las aportaciones del mismo.

VIII.5. El pragmatismo de las relaciones con los gobiernos de Europa occidental frente al carácter "revolucionario" de los vínculos con el movimiento internacional de solidaridad

Pese a las contradicciones de la revolución nicaragüense con el espacio del mundo capitalista conformado por Europa Occidental y por los gobiernos adscritos a la socialdemocracia, no se puede menos que concluir que lo más notable en esa relación es el hecho en sí de que una revolución radical y de "orientación socialista" del Tercer Mundo tuviera entre sus prioridades de política exterior el mantener lazos políticos, económicos y comerciales con unos gobiernos aliados de Washington.

La originalidad de esta posición -ausente en otras revoluciones anteriores- confirma la opción del gobierno sandinista por una conducta internacional pragmática, alejada de planteamientos ideológicos exclusivistas y compatible con los

¹⁵³ Alejandro Bendaña, *entrevista propia*, op. cit.

¹⁵⁴ El movimiento de solidaridad rubricó con sangre su apoyo a la revolución nicaragüense: 25 cooperantes internacionales fueron asesinados por la contrarrevolución.

¹⁵⁵ Daniel Ortega, *Discurso en el encuentro con representantes de los comités de solidaridad*, Managua, 28 febrero 1990, mimeo., p.1.

diferentes sistemas políticos y económicos existentes en el mundo en el final de la Guerra Fría.

Esa posición, traducida en múltiples actividades en los más distintos ámbitos diplomáticos, económicos, comerciales y culturales, contribuirá asimismo a la notoriedad que la revolución nicaragüense llegó a alcanzar en la sociedad internacional.

La vinculación de la revolución sandinista con el movimiento internacional de solidaridad que se conformó en torno a ella, aparece, sin embargo, en una primera visión como un contrapunto a la normalización y al pragmatismo que el gobierno nicaragüense intentó proporcionar a su política exterior, y es, en cierto modo, uno de los elementos de semejanza con el comportamiento internacional de otras experiencias revolucionarias.

El impulso de este movimiento de solidaridad plantea un acercamiento de la revolución a una conducta internacional relativamente diferente y básicamente complementaria de la convencional.

Diferente en cuanto que la revolución pretende -a través de la sociedad civil de la que el movimiento de solidaridad forma parte- hacer presión sobre gobiernos con los que paralelamente mantiene relaciones diplomáticas, rompiendo así en cierta medida las reglas de un comportamiento institucionalizado. Y complementario, porque en todo momento la revolución intenta que el movimiento de solidaridad colabore en la respuesta a los problemas políticos y a las necesidades económicas de Nicaragua, siguiendo las orientaciones emanadas de la dirección revolucionaria.

La interrelación con el movimiento internacional de solidaridad no contradice, sin embargo, las líneas básicas de moderación de la política exterior sandinista. Los cientos de comités de solidaridad de Europa occidental y de Estados Unidos en ocasiones se mueven en los límites de la legalidad, y sus actividades (manifestaciones en la calle, ocupaciones de lugares públicos, protestas pacíficas, denuncias ...) tienen un alcance más testimonial que revolucionario. Además, como he señalado, una buena parte de la colaboración del movimiento internacional de solidaridad con Nicaragua se centra prioritariamente en áreas de cooperación económica, realización de proyectos de desarrollo o de presencia física con objetivos de apoyo moral a la revolución en el propio territorio nicaragüense.

Más allá del significado simbólico y ético de la cooperación internacional de estos colectivos, y haciendo énfasis en el valor y en la originalidad de los esfuerzos sandinistas por mantener una estrecha vinculación con los gobiernos de Europa occidental y con la Comunidad Europea, fue en las relaciones con los países de América Latina donde la moderación y el pragmatismo de la revolución nicaragüense se mostraron mucho más explícitamente y sobre todo con resultados decisivos para su existencia. Esto es lo que examino en el próximo capítulo.

IX. AMÉRICA LATINA: DE CONTADORA A ESQUIPULAS, LA VÍA DEL DIÁLOGO COMO MECANISMO DE NORMALIZACIÓN DE NICARAGUA

" Nicaragua tiene como propósito fundamental el desarrollo prioritario de sus relaciones con América Latina"¹.

América Latina que ya había jugado un papel sobresaliente en la estrategia internacional del FSLN contribuyendo al triunfo revolucionario en 1979, volvería a ser protagonista destacada a la hora de buscar una salida negociada al conflicto nicaragüense de los 80. Y ello con la aquiescencia e incluso el estímulo de los sandinistas.

La Nicaragua revolucionaria aprovecha así la extraordinaria oportunidad que el sistema internacional le ofrecía dentro de su propio espacio regional: América Latina no solo no estaba dispuesta a conformar un frente común con Washington en contra de la revolución nicaragüense, como mayoritariamente había hecho en los inicios de la revolución cubana y durante la intervención norteamericana en República Dominicana², sino que además iba a mantener una posición propia diferente a la de Estados Unidos, apoyando a la revolución sandinista y colaborando en la desactivación del conflicto nicaragüense.

Como señalé anteriormente, Venezuela, Panamá, Costa Rica y Cuba proporcionaron al FSLN un inestimable apoyo político y militar para derrocar a Somoza. Por su parte los países del Pacto Andino otorgaron legitimidad internacional a los sandinistas durante la insurrección al reconocerlos como parte beligerante³. Y la OEA, tras una extraordinaria intervención de México, bloqueó decisivamente el intento de la administración Carter de enviar una "fuerza de paz" para mediatizar la victoria sandinista, y exigió que el dictador Anastasio Somoza abandonara el poder⁴.

A la luz de estos hechos bien se puede afirmar que sin el concurso latinoamericano el triunfo del FSLN no se hubiera producido al menos con la misma rotundidad.

¹ Comunicado del gobierno de Nicaragua, *Barricada*, 28 febrero 1985, p. 5.

² Véase al respecto G. Pope Atkins. *Latin America in the International Political System*, op. cit., p. 217.

³ Alan Riding, "Rebels in Nicaragua Name Five to Form Provisional Junta", *The New York Times*, 18 junio 1979, p. A1.

⁴ Graham Hovey, "U.S. Proposals on Nicaragua Crisis Meet Sharp Criticism From O.A.S.", *The New York Times*, 23 junio 1979, p. 3; y "O.A.S. Measure Ask 'Immediate' Ouster of Somoza's Regime", *The New York Times*, pp. 1 y 10.

Ya en el poder los sandinistas siguieron contando con América Latina como uno de los puntales exteriores de su proyecto revolucionario, como testimonia el apoyo económico y diplomático a Nicaragua durante los 80.

Y cuando estalló el conflicto entre la Revolución y la administración Reagan, el gobierno sandinista, después de una preferencia inicial por salidas negociadas bilaterales, aceptó que desde el continente americano se tejiera una respuesta multilateral que diera una solución o al menos limitara la crisis.

Contadora fue la primera iniciativa en esa dirección, y, aunque abortada, dio pie a la concertación centroamericana de Esquipulas, marco de negociación que permitió hallar una salida a la crisis nicaragüense y orientar el final de los diversos conflictos armados presentes en Centroamérica desde los 70.

Pero Contadora y principalmente Esquipulas se habían marcado además otros objetivos con respecto a la revolución sandinista, tales como reducir su radicalismo y reintegrarla al sistema político latinoamericano mayoritario, la democracia pluripartidista (aceptada por Washington). Superado el esfuerzo negociador de Contadora, Esquipulas fue la instancia idónea que aseguró el éxito de tales propósitos. Tras la derrota electoral sandinista de febrero de 1990, Nicaragua se equiparaba políticamente al resto de Centroamérica, y Estados Unidos restablecía las relaciones económicas y políticas con el nuevo gobierno de Violeta Chamorro. El orden tradicional quedaba reinstalado.

IX.1. De la doctrina de seguridad nacional a la victoria sandinista: proceso de autonomía creciente de la región latinoamericana

Antes de que algunos países de América Latina se decidieran en los años 80 a conquistar cierto protagonismo -más allá de los deseos de Washington- en el conflicto centroamericano, habían transcurrido varias décadas durante las cuales se fue produciendo la transición de un indiscutible dominio de Estados Unidos en todo el continente hasta la revolución cubana, a una relativa reducción de dicho dominio, coincidente con un tímido despegue latinoamericano de la dependencia de Washington.

De 1945 a 1959 la hegemonía norteamericana fue incuestionable en el Hemisferio Occidental en múltiples ámbitos. La creación del Sistema Interamericano (fundación de la OEA, firma del Tratado de Río...) reconocía esta situación⁵.

⁵ Sobre la hegemonía de EEUU en esa época hay una absoluta coincidencia entre numerosos autores. Véanse Luis Maira, "Introducción: Una mirada histórica a los márgenes de hegemonía internacional de Estados Unidos", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986, pp. 15-18; Sergio Bitar, "La desconcertante recuperación de la hegemonía de Estados Unidos", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, op. cit., p. 129; Mary B. Vanderlaan, *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, op. cit., pp. 9-11; y Saul Landau, *The Dangerous Doctrine*, op. cit., pp. 46-47.

Bajo el manto de su "seguridad nacional" (eufemismo, según Landau, "*para justificar la intervención norteamericana*" en otras naciones⁶), Estados Unidos extendía con facilidad su visión anticomunista en todas las Américas. Y la estabilidad local quedaba bien garantizada por las dictaduras militares (13 de los 20 gobiernos en 1954), que compartían el anticomunismo de Washington⁷.

Las relaciones económicas se multiplicaban: durante los años 50 más de la mitad de las importaciones latinoamericanas procedían de Estados Unidos y hacia esta nación se dirigían entre el 40% y el 50% de las exportaciones de América Latina. Durante esa misma década se duplicaron las inversiones de Estados Unidos en los países latinoamericanos, consiguiendo las empresas norteamericanas porcentajes de beneficios entre el 12% y el 14%, muy superiores a los que alcanzaban en su propio país, entre el 7% y el 8%⁸.

La hegemonía estadounidense se completaba con el casi monopolístico suministro de armamento para los ejércitos latinoamericanos y con la firma de convenios para proporcionar instrucción militar a sus oficiales.

La aceptación latinoamericana del poder estadounidense se reflejaba asimismo en el sistemático y casi generalizado apoyo de los gobiernos de América Latina a algunas de las más importantes decisiones de Washington en política exterior (creación de la ONU, exclusión de China de dicho organismo, fundación del estado de Israel...). Como afirma Maira, "*el gobierno de Washington dispuso en ese período de la más amplia adhesión de sus congéneres del resto del hemisferio*"⁹.

Esta aplastante hegemonía norteamericana en América Latina comenzará a sufrir un lento proceso de desgaste en las dos décadas siguientes (1959-1979), producto tanto de los propios problemas internos de Estados Unidos, como de la mayor capacidad de los países del Hemisferio Occidental para intervenir en los escenarios internacionales, en los que de forma paralela también se estaban produciendo cambios importantes.

Dos revoluciones (Cuba en 1959 y Nicaragua veinte años después) simbolizan el debilitamiento norteamericano y el cambio de actitud de América Latina con respecto a Estados Unidos. En la primera la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos cerraron filas con Washington, rompiendo las relaciones diplomáticas con el gobierno de Fidel Castro. En la segunda, en cambio, como ya he apuntado, la colaboración latinoamericana fue fundamental para el triunfo sandinista, e importante para el mantenimiento de la revolución en los primeros años.

⁶ Saul Landau, *The Dangerous Doctrine*, op. cit., p. 163.

⁷ Gabriel Kolko, *Confronting Third World*, op. cit., p. 106.

⁸ *Ibid.*, pp. 94-95.

⁹ Luis Maira, "El marco global de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", *Cuadernos Semestrales*, nº 15, 1º semestre 1984, p. 20.

El decrecimiento del poder de Estados Unidos en América Latina es, como señala Von Klaveren, "*un proceso complejo y contradictorio*"¹⁰. Se produce en casi todos los órdenes, incluido el de la seguridad nacional: los éxitos contrarrevolucionarios de la Alianza para el Progreso en los años 60 no impiden los triunfos revolucionarios de Grenada y Nicaragua, ni el estallido de casi toda Centroamérica a finales de los 70. En esta década disminuyen las relaciones comerciales, descendiendo el porcentaje de las exportaciones a Estados Unidos, las inversiones de las empresas norteamericanas en América Latina y las ayudas financieras del gobierno estadounidense a la región.

Europa Occidental y sobre todo Japón comienzan a disputar el mercado latinoamericano a Estados Unidos. Asimismo hacen acto de presencia en el continente americano con alguna fuerza los países socialistas, especialmente la URSS.

Se asiste al mismo tiempo a una disminución de la asistencia militar norteamericana a los gobiernos de América Latina, que ahora adquieren también sus equipos militares en Europa, en la URSS e incluso en países de la propia región, como Brasil y Argentina¹¹.

En esta relativa pérdida de influencia norteamericana en América Latina influye el hecho de que la atención política de Estados Unidos está centrada en esa época en Asia, en los conflictos de Vietnam y Oriente Medio¹². Abortados los movimientos revolucionarios de los años 60, Washington se acordará puntualmente de América Latina en la década de los 70 para apoyar el derrocamiento del gobierno democrático de Salvador Allende en Chile, para negociar el futuro del Canal de Panamá y para intentar aguar el triunfo revolucionario en Nicaragua.

Asimismo es ampliamente reconocido que en el limitado y temporal declive de Estados Unidos fueron factores determinantes tanto la derrota de Vietnam, como el escándalo interno del Watergate, el final de su expansión económica y la debilidad del dólar de ella resultante¹³.

¹⁰ Alberto Von Klaveren, "El lugar de Estados Unidos en la política exterior latinoamericana", en Gerhard Drekonja K., y Juan Tokatlian (eds.), *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana*, Bogotá: CEREC, p. 133.

¹¹ Abraham Lowenthal, *Partners in Conflict*, Baltimore: The John Hopkins University, 1990, pp. 34-39.

¹² Elizabeth G. Ferris, y Jenny K. Lincoln, "Introduction to Latin American Foreign Policy: Latin American Governments as Actors in the International System", en Jenny K. Lincoln, y Elizabeth G. Ferris (eds.), *The Dynamics of Latin American Foreign Policies*, Boulder: Westview Press, 1984, p.11; y Luis G. Solís, "Collective Mediations in the Caribbean Basin", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems: The Case of Latin America and the Caribbean*, Cambridge, Ma.: American Academy of Arts and Sciences, 1994, p. 99.

¹³ Luis Maira, "Las relaciones EE.UU.-América Latina", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, p. 413; Carlos Rico F., "Crisis ¿y recomposición? de la hegemonía norteamericana. Algunas reflexiones en torno a la coyuntura internacional en la segunda mitad de los ochenta", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, op. cit., pp. 47-48; y Luis G. Solís, "Collective Mediations in the Caribbean Basin", en C. Kaysen, R. A. Pastor, y L. W. Reed, (eds.), *Collective Responses to Regional Problems*, op. cit., p. 99.

Coincidiendo con esta pérdida de peso de Estados Unidos, que (de acuerdo por una vez con J. J. Kirkpatrick¹⁴) llega a su punto más bajo con la administración Carter, los países de América Latina van alcanzando tímidos avances en su independencia de Washington, los cuales prefiguran de alguna manera las iniciativas políticas y diplomáticas que algunos de ellos protagonizarán durante el conflicto centroamericano y nicaragüense a través de las instancias de Contadora y Esquipulas.

A este despegue latinoamericano contribuyen las nuevas tendencias en los escenarios internacionales: distensión entre las dos superpotencias, relajamiento de las tensiones de los primeros tiempos de la Guerra Fría y una mayor presencia de los países periféricos en decisiones de alcance global¹⁵

Otros factores que confirman el nuevo escenario en que se desenvuelve América Latina son los siguientes: la región latinoamericana duplica su población entre los años 60 y los 80 (de 200 a 400 millones de habitantes); su economía crece con fuerza durante esas dos décadas; se apuesta por una estrategia de diversificación comercial y financiera, teniendo como nuevas referencias en el mercado internacional a Europa Occidental, a Japón, e incluso a la URSS; mejoran los índices de los intercambios comerciales con Estados Unidos; se configuran varios intentos de unidad económica intrarregional con resultados contradictorios (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, Mercado Común Centroamericano y Pacto Andino...). La creación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) en 1975 simboliza y enmarca las nuevas potencialidades económicas del continente latinoamericano¹⁶.

Las relaciones con Estados Unidos se tornan menos dependientes. Varios países (Perú, Argentina, Panamá, Colombia y Venezuela) restablecen relaciones diplomáticas con Cuba a mediados de los 70. Surgen incluso contradicciones y enfrentamientos entre Washington y gobiernos latinoamericanos de todo el espectro político (reformistas, radicales y militares...). De forma unánime América Latina critica el proteccionismo de Estados Unidos en las relaciones comerciales, al mismo tiempo que le solicita mayores ayudas financieras. Por su parte Estados Unidos intenta frenar los proyectos de desarrollo nuclear de Brasil, y entre algunos gobiernos militares, aliados tradicionales de Washington, y la administración Carter se producen fuertes tensiones por la política de derechos humanos que aquella intenta imponer sin entusiasmo ni claridad¹⁷.

¹⁴ Jeanne J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards*, op. cit., 1982, pp. 23-90.

¹⁵ Elizabeth G. Ferris, y Jenny K. Lincoln, "Introduction to Latin American Foreign Policy: Latin American Governments as Actors in the International System", en Jenny K. Lincoln, y Elizabeth G. Ferris (eds.), *The Dynamics of Latin American Foreign Policies*, op. cit., pp. 10-11.

¹⁶ Véanse Abraham Lowenthal, *Partners in Conflict*, op. cit., pp. 9-20; y Carlos J. Moneta, "América Latina ante los escenarios de evolución del sistema mundial. Sus vinculaciones con los países desarrollados", en EURAL, *La vulnerabilidad externa de América Latina y Europa*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp. 90 - 103.

¹⁷ Alberto Van Klaveren, "La crisis del sistema político interamericano. Diagnóstico y alternativas", *Cuadernos Semestrales*, nº 17, 1º semestre 1985, pp. 98-103.

Como símbolo de esta nueva actitud de cierta autonomía de América Latina con respecto a Washington, varios países latinoamericanos no secundan el boicot norteamericano a los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980. Y mucho más importante aun, como gesto y como hito histórico en las relaciones Estados Unidos-América Latina, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos impide, desde la OEA y en contra de la voluntad de la Casa Blanca, la intervención exterior en la guerra insurgente contra la dictadura somocista. La revolución nicaragüense se presentaba así como una oportunidad para que América Latina reforzara su identidad frente al "Coloso del Norte".

IX. 2. Nicaragua - América Latina: relaciones bilaterales

Este contexto de apoyo y simpatía de los países latinoamericanos en los momentos iniciales de la revolución nicaragüense será cultivado por los sandinistas durante toda la década de los 80 tanto a través de relaciones bilaterales, como desde una perspectiva multilateral con resultados contradictorios, ligeramente positivos en el balance final, en los dos ámbitos.

Para el FSLN América Latina es el marco más natural, en el que pretende entroncar su revolución como una prolongación del proceso de afianzamiento de la identidad latinoamericana frente a la hegemonía de Estados Unidos.

El FSLN hereda este impulso latinoamericanista de A. C. Sandino, quien en 1928 sostiene que *"...entre nosotros no deben existir fronteras y que todos estamos en el deber preciso de preocuparnos por la suerte de cada uno de los pueblos de la América Hispana, porque todos estamos corriendo la misma suerte ante la política colonizadora y absorbente de los imperialistas yankees"*¹⁸

Los sandinistas ven su revolución como *"una respuesta latinoamericana... a la injusticia y a la dominación"* de Estados Unidos, y como parte *" de la lucha a muerte entre una ideología desgastada y prepotente ... en contra de la ideología por la identidad propia... y por el derecho que nuestros países tienen al cambio y a escoger libremente las formas en que llevarán adelante esos cambios"*, y concluyen enfáticamente que *"Nicaragua pelea por América Latina"*¹⁹.

La Constitución nicaragüense de 1987 recoge asimismo el latinoamericanismo entre sus principios básicos: *"Nicaragua aspira -se lee en la Constitución- a la unidad de los pueblos de América Latina y el Caribe, inspirada en los ideales unitarios de Bolívar y Sandino"*²⁰.

¹⁸ Augusto C. Sandino, "Carta a Froylan Turcios", en Sergio Ramírez, *El pensamiento vivo de Sandino*, op. cit., p. 224.

¹⁹ Sergio Ramírez, *Las armas del futuro*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987, pp. 218 y 223.

²⁰ "Constitución Política", Título II, Art. 9, *La Gaceta*, Managua, 9 enero 1987, p.35.

El latinoamericanismo sandinista se formuló en un primer momento de forma retórica, defensiva y esquemática, como recogen las conclusiones del llamado "Documento de las 72 Horas", en las que el FSLN se planteaba *"seguir una política internacional nacionalista, antiimperialista y democrática en el continente y en el Caribe en particular, y colaborar con las luchas de los países de América Latina contra las dictaduras fascistas y en pro de la democracia y la liberación nacional"*²¹.

Pero más allá de estos planteamientos retóricos, los sandinistas concebían el latinoamericanismo con objetivos más pragmáticos, como admitía más de una década después el viceministro del Exterior V. H. Tinoco: *"Nosotros promovimos el latinoamericanismo como un instrumento de defensa de la revolución y de América Latina, en tanto que la defensa de América Latina es una defensa de nuestra identidad y soberanía"*²².

Sin duda el caso más paradigmático en que los sandinistas reflejaron esta posición fue la guerra entre Argentina y Gran Bretaña por las islas Malvinas en 1982. El gobierno sandinista, a pesar de la ayuda directa -asesores militares- que la dictadura militar argentina estaba prestando en esos momentos a la contrarrevolución nicaragüense, apoyó con convicción a Argentina en la OEA, en las Naciones Unidas y en el Movimiento de Países No Alineados. Pero la contrapartida no fue inmediata: los asesores militares no fueron retirados hasta enero de 1984 con Raúl Alfonsín ya en el gobierno²³.

En las relaciones bilaterales Nicaragua buscó tanto el apoyo político como la colaboración económica de aquellos gobiernos con los que sentía una mayor afinidad política e ideológica. México ocupó el primer lugar de esta elección.

Con los países de Centroamérica, como señalaré más adelante, Nicaragua estaba obligada -y así lo hizo-, a pesar de sus diferencias políticas, a mantener las mejores relaciones económicas posibles, teniendo en cuenta la ineludible interpenetración de las economías centroamericanas.

Con el resto de países latinoamericanos el nivel de las relaciones estuvo ligado a los cambios de gobierno, a las presiones de Estados Unidos y al mayor o menor interés de cada gobierno por los conflictos centroamericano y nicaragüense.

Venezuela, que durante el primer mandato de Carlos Andrés Pérez colaboró, como he señalado, enviando armas a una de las corrientes del FSLN durante la insurrección, suministró petróleo a Nicaragua - en base a un acuerdo con México-

²¹ FSLN, "Seventy Two Hours' Document (September 1979)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 224.

²² Víctor Hugo Tinoco, *entrevista propia*, op. cit.

²³ Roberto Russell, y Juan Tokatlian, "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, p. 246.

hasta 1983, momento en que suspendió los envíos alegando la falta de pago por parte de Nicaragua.

Opuesta a las agresivas presiones de Estados Unidos sobre Nicaragua, Venezuela participó en la creación de Contadora con el objetivo de impedir que el agravamiento del conflicto centroamericano terminara por afectar a su propia seguridad, pero todo ello desde una perspectiva muy crítica con el desarrollo de la revolución nicaragüense, postura en la que sobresalió Carlos Andrés Pérez²⁴. La colaboración económica de Venezuela con Nicaragua alcanzó los 69,7 millones de dólares²⁵.

Perú durante el gobierno de Alan García se convirtió en una de las voces latinoamericanas que más firmemente defendió en la escena internacional a la revolución sandinista frente al acoso de Estados Unidos, criticando con fuerza las políticas de la administración Reagan hacia Nicaragua, y llegando a plantear la ruptura de relaciones diplomáticas con Estados Unidos, si tropas norteamericanas invadían Nicaragua²⁶. No fue ajeno a esta posición el interés de Alan García por destacarse como uno de los principales líderes de América Latina, como demostró también con su postura radical ante el pago de la deuda externa peruana, y con el impulso del llamado Grupo de Apoyo a la iniciativa de Contadora. El apoyo político a la revolución sandinista llevó a Alan García a ser el único presidente democrático de América Latina presente en los actos de promulgación de la Constitución nicaragüense en enero de 1987, y se tradujo en un modesto préstamo de veinte millones de dólares a Nicaragua²⁷.

Argentina pasó del adiestramiento de los grupos contrarrevolucionarios en 1981 y 1982 durante la dictadura militar, a la colaboración financiera (un crédito de 45 millones de dólares para maquinaria industrial y agrícola²⁸) durante el gobierno de Alfonsín, pero manteniendo un perfil muy bajo en sus posicionamientos sobre la política estadounidense en Centroamérica, a pesar de su presencia en el Grupo de Apoyo²⁹.

Un perfil más bajo aún mantuvo Brasil con respecto a Nicaragua durante toda la década, sin que ello implicara su aprobación de las políticas estadounidenses. Sus intereses como potencia regional no pasaban por Centroamérica, aunque participó en

²⁴ Rita Giacalone, "La política centroamericana de Venezuela (1979-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, op. cit., pp. 191-209.

²⁵ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 168.

²⁶ Eduardo Ferrero Costa, "La política exterior peruana", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp.269.

²⁷ Sobre las relaciones de Perú con la revolución nicaragüense en los 80 véase Laura Madalengoitia U., "La política exterior peruana frente a Centroamérica", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana*. op. cit., pp. 211-222. El dato de la ayuda económica esta tomado de INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., p. 168.

²⁸ INICAE, *Ibidem*.

²⁹ Roberto Russell, y Juan Tokatlian, "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana*, op. cit., pp. 237-261.

el Grupo de Apoyo y concedió a Nicaragua un préstamo de 40 millones de dólares para compra de maquinaria³⁰.

En general, si bien la simpatía de América Latina por la revolución nicaragüense sufrió un proceso rápido de desgaste vinculado a la agresión y a las presiones de Estados Unidos y a la radicalización del régimen sandinista, la mayor parte de los países latinoamericanos mantuvieron una actitud de respeto hacia Nicaragua durante toda la década, y varios se movilizaron en iniciativas multilaterales como Contadora y Apoyo para prevenir tanto la intervención directa de Estados Unidos en Nicaragua como la generalización del conflicto.

Excepciones a este comportamiento fueron protagonizadas por los gobiernos de los países centroamericanos, que analizaré enseguida, por la dictadura de Stroessner en Paraguay, que en 1980 rompió sus relaciones con Nicaragua a raíz de la muerte en atentado del ex dictador Anastasio Somoza refugiado en Asunción, y por el gobierno ecuatoriano del ultraconservador Febres Cordero, que en 1985 rompió asimismo sus relaciones con Nicaragua a causa de unas declaraciones del presidente Ortega, en las que éste acusaba al gobierno de Febres Cordero de prestarse a las maniobras de la administración Reagan para obstaculizar las gestiones del Grupo de Contadora³¹. El siguiente gobierno ecuatoriano de Rodrigo Borja restableció las relaciones y el presidente Daniel Ortega fue recibido en Quito por una gran manifestación popular³². Un hecho que se repitió a lo largo de la década en otras capitales de América Latina, como Buenos Aires y Montevideo, y que reflejaba tanto la simpatía popular por la revolución sandinista, como el rechazo a las agresiones promovidas contra la misma por los gobiernos estadounidenses.

El apoyo inicial de los gobiernos latinoamericanos y su respeto posterior al proceso revolucionario tuvieron una traducción destacada en términos económicos.

Pese a las graves dificultades de la región, fue muy notable la colaboración económica de los países latinoamericanos (sin contar el apoyo de Cuba) con la Nicaragua revolucionaria entre 1979 y 1989. Los recursos económicos procedentes de América Latina alcanzaron los 881,7 millones de dólares, dato sobre el que conviene precisar, primero, que el 97% de dichos recursos fue aportado entre 1979 y 1984, cayendo de forma dramática en los cinco años siguientes, lo que se explica tanto por la crisis económica del continente, como por las presiones estadounidenses, y segundo, que México fue el país que más cooperó (con un 69% de todos los recursos) con la revolución nicaragüense³³.

³⁰ María Regina Soares de Lima, "La crisis centroamericana y Brasil: política reactiva y solidaridad discreta", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana*, op. cit., pp. 223-235.

³¹ "Ruptura de relaciones con Ecuador", *Barricada Internacional*, n° 179, 17 octubre 1985, p. 9. En 1980 Bolivia rompió también las relaciones diplomáticas con la Nicaragua revolucionaria, a raíz de que el gobierno sandinista condenara el golpe de estado del general García Mesa, pero el gobierno democrático de Hernán Siles Suazo las restableció en octubre de 1982.

³² "La última derrota de Febres", *Barricada Internacional*, n° 275, 25 septiembre 1988, p. 9.

³³ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 106-107.

México fue, después de Cuba, el principal aliado de Nicaragua en América Latina tanto en lo económico como en lo político. El gobierno de México desempeñó, como he señalado, un papel crucial en la caída de Somoza al romper las relaciones diplomáticas con la dictadura en junio de 1979³⁴, y al contribuir con su firme posición al rechazo del envío de una fuerza de paz en los estertores de la guerra contra Somoza³⁵. Después del triunfo México siguió brindando una valiosa ayuda a la revolución en numerosos campos. En el ámbito de la cooperación económica sobresale la concesión de créditos para la compra de maquinaria, repuestos, equipo médico y medicinas y, sobre todo, petróleo, producto del que México fue el principal abastecedor durante los primeros años de la revolución en base al citado Programa de Cooperación Energética para los países de Centroamérica y el Caribe o Pacto de San José, firmado por México y Venezuela el 3 de agosto de 1980³⁶. En 1985 y coincidiendo con el estallido de la crisis económica mexicana, el gobierno de México redujo sustancialmente el suministro de crudo a Nicaragua, aduciendo como motivo la incapacidad nicaragüense de pagar en efectivo -según lo estipulado en el acuerdo-"el 80 por ciento de la factura en el momento del embarque"³⁷.

Siguiendo su tradicional política exterior antiintervencionista y teniendo en cuenta al mismo tiempo los múltiples intereses compartidos con su vecino del Norte, México se opuso a las iniciativas de Estados Unidos en contra de la revolución nicaragüense, como quedó de manifiesto en las declaraciones públicas de sus gobernantes, mientras a la par intentó que el gobierno sandinista moderara sus posicionamientos más radicales y tuviera en cuenta las preocupaciones de los países vecinos por el rearme de Nicaragua³⁸.

³⁴ Véase "Anuncio del rompimiento de las relaciones de México con Nicaragua, 20 de mayo de 1979", reproducido en Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de Documentos Fundamentales*, op. cit., pp. 33-34.

³⁵ Véase el discurso de Jorge Castañeda, secretario de Relaciones Exteriores de México en la XVIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, (21 junio 1979), reproducido en Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 35-38. Sobre el destacado papel de México en esos momentos véanse también Mario Ojeda, "La política de México hacia Centroamérica en el contexto de las relaciones México-Estados Unidos", en Richard R. Fagen, y Olga Pellicer (eds.), *Centroamérica: futuro y opciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 77-80; y Jorge G. Castañeda, "Mexican Foreign Policy", en Robert A. Pastor, y Jorge G. Castañeda, *Limits to Friendship*, New York: Alfred A. Knopf, 1988, pp. 178-180.

³⁶ INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, op. cit., pp. 108-110; y Evelyn Jacir, "Relaciones económicas entre Nicaragua y México. De la cooperación al trato económico empresarial", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías, *México en Centroamérica: Expediente de Documentos Fundamentales*, op. cit., pp. 366-374.

³⁷ "Boletín informativo en torno al Programa de Cooperación Energética para países de Centroamérica y el Caribe", tomado de *Boletín Informativo*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 27 mayo 1985, y reproducido en Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, op. cit., p. 129.

³⁸ Discurso de José López Portillo, presidente de México, en Managua, (21 febrero 1982), reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 54-59. Aguilar Zinser explica la posición mexicana ante el conflicto centroamericano, además de por razones históricas, "como una cuestión que atañe a la seguridad y a los intereses nacionales", debido a las consecuencias desastrosas que hubiera tenido "la intervención directa de tropas estadounidenses en Centroamérica": véase Adolfo Aguilar Zinser, "México y Centroamérica", en Pablo González Casanova, y Héctor Aguilar Camín (eds.), *México ante la crisis*, México: Siglo XXI Editores, 1989, pp. 105-106.

El gobierno mexicano consideraba que el origen del conflicto nicaragüense -y también del centroamericano- no estaba tanto en el enfrentamiento Este-Oeste (admitiendo la presencia de este factor), como en los graves problemas sociales, económicos y políticos de la región, vivía la situación de guerra en Centroamérica como un foco de desestabilización peligroso para la estabilidad de todo el área, y abogaba desde un primer momento por una salida política a la crisis.

Esta posición se reflejó tanto en su labor mediadora para que se desarrollara un diálogo entre Estados Unidos y Nicaragua (concretado finalmente en las conversaciones de Manzanillo), como sobre todo, en su impulso protagonista y dinamizador de la iniciativa de Contadora con el objetivo de poner fin al conflicto³⁹. En todas estas iniciativas México se encontró más próximo a los planteamientos de Nicaragua que a los de Washington y sus aliados centroamericanos, que veían con desconfianza el protagonismo mexicano.

No es extraño, pues, que, dado el carácter pragmático de muchos de los comportamientos del gobierno sandinista, éste mimara con especial esmero sus relaciones con México, aunque ello implicara el pasar por alto las escandalosas contradicciones internas del régimen mexicano, protagonizadas por el PRI, ante la lógica y contenida indignación de algunos sectores de la izquierda de aquel país⁴⁰.

La colaboración mexicana con Nicaragua, si bien nunca cesó, adoptó un perfil más difuso a partir de 1986, coincidiendo con su propia crisis económica, con el incremento de las presiones de Estados Unidos, y con el fin de Contadora, iniciativa por la que México había apostado con decisión⁴¹.

IX. 3. La diplomacia de Contadora, centrada en Nicaragua, se estrella en Washington y en sus propias limitaciones

*"Contadora obedece a una política de México, pero, a su vez, a gestiones de Nicaragua ante el gobierno de México"*⁴². Con esta afirmación el ministro sandinista del Exterior D'Escoto no tiene reparos en atribuirse una cierta responsabilidad sobre la iniciativa de Contadora, que en enero de 1983 lanzaron los gobiernos de México,

³⁹ Véanse los extractos del capítulo relativo a la política exterior, en el 2º Informe de Gobierno del presidente de México, Miguel de la Madrid (septiembre de 1984), reproducidos en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 85-86. Véase también la conferencia de Bernardo Sepúlveda Amor, secretario de Relaciones Exteriores de México, en el Centro Roosevelt de Chicago (28 octubre 1985), reproducida en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 99-102.

⁴⁰ Alan Benjamin, *Nicaragua: Dynamics of an Unfinished Revolution*, San Francisco: Walnut Publishing Co., Inc., 1989, pp. 162-163.

⁴¹ H. Rodrigo Jauberth Rojas, "Procesos y alternativas de negociación y paz en la región en el marco de la triangulación México-Centroamérica-EUA", en H. Rodrigo Jauberth Rojas, Gilberto Castañeda Sandoval, Jesús Hernández Garibay, y Pedro Vuskovich Céspedes, *La Triangulación Centroamérica-México-EUA ¿una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, San José, Costa Rica: DEI/ CIDE/PACCA/CRIS, 1991, pp. 100-101.

⁴² Miguel D'Escoto, *entrevista propia*, op. cit.

Venezuela, Colombia y Panamá. A esta iniciativa se sumaría en 1985 el llamado Grupo de Apoyo, conformado por Perú, Brasil, Argentina y Uruguay.

Nicaragua, que en los primeros momentos del conflicto con Estados Unidos había preferido utilizar mecanismos bilaterales con Honduras, con Costa Rica y con el propio Estados Unidos, ante la falta de éxito de esta política, opta a principios de 1983 por la propuesta multilateral del Grupo de Contadora.

Contadora surge como un proyecto diplomático latinoamericano para enfrentar la crisis de Centroamérica, cuando la OEA estaba paralizada tras su fracaso e inoperancia durante la guerra de las Malvinas en 1982, y Estados Unidos priorizaba la opción militar para derribar al gobierno sandinista y derrotar a la insurgencia guerrillera del FMLN en El Salvador.

Y aunque Contadora representa la primera vez que varios países de América Latina logran institucionalizar una alternativa política enfrentada a la planteada por Washington en relación a una crisis grave en el Hemisferio Occidental, se pueden rastrear sus raíces en iniciativas y episodios anteriores, tales como el apoyo latinoamericano a Panamá en sus negociaciones con la administración Carter sobre el futuro del Canal, la oposición mayoritaria de la OEA al plan estadounidense de intervenir en Nicaragua en vísperas del triunfo sandinista, la situación de parálisis de la misma OEA por el veto de Estados Unidos durante la guerra entre Argentina y el Reino Unido, y el envío de una misiva a finales de 1982 por parte del presidente López Portillo de México y del presidente Herrera Campíns de Venezuela, a los presidentes de Centroamérica y de Estados Unidos, planteando una actitud de diálogo para solucionar la crisis de la región⁴³.

Frohman sintetiza esta coyuntura, señalando que Contadora nace como un organismo con protagonismo en América Latina ante la ineficacia e incapacidad del Sistema Interamericano para solucionar las situaciones conflictivas que estaban afectando a sus miembros, como en las crisis de las Malvinas, de Grenada y en la misma de Centroamérica⁴⁴. Una posición similar mantienen Atkins y Díaz Callejas⁴⁵.

No es casual que fueran Venezuela y muy en especial México los principales impulsores de Contadora. Ambos países desde finales de los 70 estaban pretendiendo jugar un papel destacado en América Latina. Primero lo hicieron de forma unilateral con el apoyo a los insurgentes sandinistas y con la firma del Pacto de San José, por el que ambos se comprometían a suministrar petróleo a los países de Centroamérica en condiciones ventajosas. El gobierno de México se implicó aún más mediante una

⁴³ Véanse MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., pp. 43-44; y Susan Kaufman Purcell, "Demystifying Contadora", *Foreign Affairs*, Fall 1985, vol. 64, n.1, pp. 75-76.

⁴⁴ Alicia Frohman, "Regional Initiatives for Peace and Democracy: The Collective Diplomacy of the Rio Group", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems*, op. cit., p. 130.

⁴⁵ G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System*, op. cit., p. 321; y Apolinar Díaz-Callejas, *Contadora: desafío al imperio*, Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985, pp. 123.

declaración conjunta con el gobierno francés de F. Mitterrand, en la que se reconocía el carácter beligerante de la guerrilla salvadoreña⁴⁶. Dicho posicionamiento fue rechazado como una intromisión en un problema de América Latina por un buen número de gobiernos de esta región y, por supuesto, también por Washington.

Con la propuesta de Contadora México y Venezuela daban un paso más en su papel de pequeñas potencias regionales, mientras que al mismo tiempo la multilateralidad de la misma amortiguaba el previsible enfrentamiento con Estados Unidos, que desplegaba en Centroamérica una política radicalmente distinta.

Para los países de Contadora esta política norteamericana no era útil para hacer frente al problema de la revolución nicaragüense. Más bien lo contrario: planteaba el riesgo de radicalizar a los sandinistas y sobre todo de contribuir a generalizar los enfrentamientos armados en Centroamérica, provocando un conflicto de tales dimensiones que podría poner en peligro la frágil estabilidad de sus propios países y de toda América Latina, máxime si llegaba a producirse una intervención de las tropas norteamericanas. Además la política estadounidense situaba la crisis de Centroamérica como una consecuencia exclusiva del enfrentamiento Este-Oeste, obviando no solo los orígenes autóctonos del problema, sino también la posibilidad de hallar una solución que no fuera impuesta por la fuerza militar⁴⁷.

Evitar una intervención militar directa y masiva extranjera (sólo podía ser de Estados Unidos en Nicaragua), impedir que los conflictos armados locales pudieran transformarse en una guerra abierta y encontrar una salida negociada a la crisis eran los principales objetivos de Contadora⁴⁸. Como metas complementarias se planteaba el evitar consecuencias nefastas de la guerra, como la inestabilidad resultante de la misma en todo el área latinoamericana, la destrucción de los recursos económicos de la región y la previsible ola de refugiados que resultaría insoportable para los países circundantes.

Los países de Contadora consideraban asimismo fundamental el apartar el conflicto de la dinámica perversa Este-Oeste, en la que los únicos interlocutores iban

⁴⁶ Texto de la declaración franco-mexicana sobre El Salvador (28 septiembre 1981), reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 45-46.

⁴⁷ Véanse las declaraciones de Miguel de la Madrid, presidente de México, a *Excelsior* (julio de 1984), reproducidas en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 69-72. Véase el comunicado conjunto de los cancilleres del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo (25 agosto 1985), *Ibid.*, pp. 209-212. Véanse asimismo Oydén Ortega Durán, "La Iniciativa de Contadora. Surgimiento. (Perspectiva panameña)", *Ibid.*, pp. 253-262; Rodrigo Pardo, "Contadora: balance de dos años" (La perspectiva colombiana), *Ibid.*, pp. 262-268; y Rita Giacalone, "La política centroamericana de Venezuela (1979-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana*, op. cit., pp. 206-207.

⁴⁸ Véase el comunicado conjunto de los ministros de Relaciones Exteriores de Panamá, Juan José Amado, de Colombia, Rodrigo Lloreda Caicedo, de México, Bernardo Sepúlveda Amor, y de Venezuela, Jose Roberto Zambrano Velasco, en la Isla de Contadora, Panamá, 9 enero 1983, reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 361-364. Véase la intervención del viceministro mexicano de Relaciones Exteriores, Manuel Rodríguez Arriaga, en el simposium sobre Centroamérica celebrado en la universidad de Ohio en noviembre de 1988, "The Problems of Peace in Central America: A Latin American Perspective", en Sung Ho Kim, y Thomas W. Walker (eds.), *Perspectives on War and Peace in Central America*, Ohio: Ohio University, 1992, pp. 73-87.

a terminar siendo Estados Unidos y la URSS, quedando América Latina una vez más ignorada y marginada.

Contadora, reforzada por el Grupo de Apoyo, se manifestaba, pues, como el foro latinoamericano que ante el silencio primero, y con la colaboración, después, de la OEA pretendía configurarse como una tercera vía que, al proponer una alternativa de diálogo en la crisis nicaragüense (en realidad nunca tuvo en cuenta los conflictos de El Salvador y Guatemala), defendía los principios de soberanía, autodeterminación y no intervención, ignorados históricamente por la gran potencia del Norte⁴⁹.

Pero Contadora no solo quería detener el conflicto sino también influir en el proceso revolucionario nicaragüense. México y Venezuela, en especial, debido a sus estrechas relaciones iniciales con el gobierno sandinista, presionaban para que éste no se inclinara excesivamente hacia la experiencia cubana, que no extremara sus políticas internas y que respetara a la oposición, orientándose hacia una democracia representativa, alejada del modelo político de los países socialistas.

Los sandinistas eran conscientes de esta dualidad de los planteamientos de Contadora, como manifestaba el ministro del Interior, Tomás Borge: *"Contadora es una muralla de contención contra la intervención directa y también un instrumento de influencia política sobre Nicaragua..., es un arma de influencia política en favor de un modelo democrático tal como lo entienden los gobernantes de Contadora y la mayor parte de los gobernantes de América Latina"*⁵⁰.

Pero al mismo tiempo el FSLN contemplaba cómo las presiones norteamericanas iban estrechando el camino de la revolución, y ante estas dificultades crecientes el escudo latinoamericano de Contadora podía ser muy útil para que Nicaragua no quedara aislada del continente americano, como le había ocurrido a Cuba en la década de los 60.

En la ambivalencia de Contadora el gobierno sandinista se quedaba con lo positivo que tenía el posicionamiento defensor que aquella hacía de la soberanía nicaragüense, y aceptaba a cambio, como un pago inevitable, las contradicciones que la propuesta pudiera causarle dentro de Nicaragua y en los escenarios internacionales.

La actitud doble y vacilante de Contadora se manifestó a lo largo de todo el proceso de diálogo impulsado desde esta vía latinoamericana.

La primera Acta de Paz presentada por los países de Contadora en septiembre de 1984 se centraba en la solución de los problemas de seguridad de Centroamérica,

⁴⁹ "Documento de 21 puntos básicos para la pacificación en Centroamérica, (9 septiembre 1983)", reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., pp. 370-373.

⁵⁰ Tomás Borge, "El nuestro es un proyecto enredado", entrevista en *Pensamiento Propio*, n° 24, junio-julio 1985, p. 15.

planteando medidas muy precisas para ello: proscripción de las maniobras militares internacionales, establecimiento de límites de armamentos y de tropas, suspensión de nuevas adquisiciones de armas, retiro gradual hasta su eliminación de los asesores militares extranjeros en aspectos operativos, prohibición de bases o escuelas militares de potencias exteriores en territorio centroamericano, control del tráfico de armas en la región, prohibición de prestar apoyo y uso del territorio a las fuerzas irregulares, su desarme, alejamiento de las fronteras, y desmantelamiento de sus bases⁵¹.

Este documento, que exigía a Nicaragua el cumplimiento de tales exigencias, pero no a Estados Unidos, fue aceptado por los sandinistas (pues recogía algunas de sus exigencias básicas para desactivar el conflicto y prefiguraba una situación menos peligrosa y más próxima a un cese del mismo que la existente en aquellos momentos), pero fue rechazado por los gobiernos de Costa Rica, Honduras y El Salvador, siguiendo las orientaciones de Washington, como reconocía con alborozo la administración Reagan⁵². Los aliados centroamericanos de Estados Unidos contraelaboraron un nuevo documento en el que no se proscribían las maniobras militares internacionales, sino que simplemente se pretendía su regulación, no se establecía una fecha para el cierre de las bases militares, y no se contemplaba ni el desarme de las fuerzas irregulares, ni el desmantelamiento de sus bases, todos ellos puntos claves de la estrategia militar estadounidense contra la revolución nicaragüense⁵³.

Contadora vaciló, cediendo a las presiones norteamericanas y recogiendo algunos de los planteamientos de los aliados de Washington en una nueva acta dada a conocer en septiembre de 1985⁵⁴. El gobierno nicaragüense reaccionó negándose a firmar dicha acta, manifestando que no adquiriría ningún compromiso sobre control y reducción de armamento y de efectivos militares, mientras Estados Unidos no detuviera su política de agresión contra Nicaragua. Julio López, director del Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN, argumentaba esta decisión en los siguientes términos: *"El gobierno norteamericano y sus socios en Centroamérica comenzaron a presionar en y desde fuera de Contadora, para modificar esa Acta (septiembre de 1984) en favor de los intereses de Washington... El documento revela que Contadora, durante su esfuerzo mediador, terminó aceptando en el Acta las posiciones que a través de Honduras, Costa Rica y El Salvador, Estados Unidos venía introduciendo en las discusiones de Contadora"*⁵⁵.

⁵¹ "The Contadora Act for Peace and Cooperation in Central America (September 1984)", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 641-647.

⁵² Alma Guillermoprieto, y David Hoffman, "Document Describes How U.S. 'Blocked' a Contadora Treaty", *Washington Post*, 6 noviembre 1984, reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer, *Nicaragua: Unfinished Revolution. The New Nicaragua Reader*, op. cit., pp. 326-328.

⁵³ "Tegucigalpa Draft of the Contadora Act (October 1984)", reproducido en Robert S. Leiken/ Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 647-652.

⁵⁴ "Proposed Compromise Draft of the Contadora Act (September 1985)", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., pp. 653-660.

⁵⁵ Julio López, "No hay perspectivas de paz", entrevista en *Barricada Internacional*, nº 186, 12 diciembre 1985, p. 4.

Paradójicamente la administración Reagan ni siquiera aceptaba la nueva Acta de 1985 en la medida que ésta no negaba la legitimidad del gobierno sandinista, objetivo básico de la estrategia norteamericana. De ahí que el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Elliot Abrams, -en base a un documento titulado "Visión desde Washington", que fue filtrado a la prensa- sostuviera ante los embajadores centroamericanos de Estados Unidos reunidos en Panamá en septiembre de 1985 que para Washington *"el colapso de Contadora podría ser mejor que un mal acuerdo"*⁵⁶.

En esta situación de bloqueo Contadora se deslizó en 1986 hacia un final reiteradamente anunciado, en medio de vaivenes, bien expresando su distanciamiento de la política norteamericana, bien presionando a Nicaragua para que firmara la última Acta, y cada vez con una oposición más explícita de Washington a la iniciativa latinoamericana.

En enero de 1986 los países de Contadora y Apoyo volvían a una posición más equilibrada en el mensaje de Caraballeda en el que se postulaba el respeto a la autodeterminación de todos los países de América Latina, se pedía la desmilitarización de Centroamérica y, lo más importante, se exigía el fin de la ayuda a las fuerzas irregulares (es decir a la contra), y se planteaba que se reanudara el diálogo entre los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua, como *"condición para la distensión regional"*⁵⁷.

Washington haciendo oídos sordos a este mensaje se manifestó aun con mayor claridad en contra de una solución negociada, al afirmar que seguiría apoyando a la contrarrevolución nicaragüense a pesar de que los países centroamericanos firmaran el Acta de Paz. Y el presidente Reagan, en un gesto de desprecio al esfuerzo negociador de los países más importantes de América Latina, se negó a entrevistarse con los ocho cancilleres de Contadora y Apoyo⁵⁸ -mientras sí lo hacía con los dirigentes de la contrarrevolución⁵⁹-, y realizó una extraordinaria campaña presionando al Congreso para que éste aprobara un fondo de ayuda a la contra por un valor de 100 millones de dólares⁶⁰.

⁵⁶ Citado en IHCA, *Envío*, n° 52, octubre 1985, p. 11 a.

⁵⁷ "Mensaje de Caraballeda para la paz, la seguridad y la democracia en América Central (12.1.1986)", reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., p. 217.

⁵⁸ Los cancilleres consiguieron entrevistarse con el Secretario de Estado George Shultz, al que transmitieron el mensaje de Caraballeda, recibiendo una rotunda y directa negativa a su petición de que Estados Unidos dejara de colaborar con la contrarrevolución.

⁵⁹ Véase la preparación del encuentro celebrado el 3 marzo de 1986, en Oliver L. North, "Presidential Meeting with United Nicaraguan Opposition (UNO)". Secret Memorandum for John M. Poindexter. National Security Council, Washington, D.C., 28 febrero 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02679).

⁶⁰ Ronald Reagan, "Assistance for Nicaraguan Democratic Resistance". Message to the Congress, 25 febrero 1986, Public Papers of the Presidents, Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1: pp. 266-271; Gerald M. Boyd, "Contra Aid Vital, Reagan Declares. He Sees a 'Strategic Disaster' if Congress Rejects Funds", *The New York Times*, 4 marzo 1986, pp. A1 y A15; Gerald M. Boyd, "Reagan Says the Choice Is Between Backing Him or Communists", *The New York Times*, 7 marzo 1986, p.7; y Gerald M. Boyd, "Reagan Presses Hard for Contra Aid", *The New York Times*, 7 junio 1986, p. 5.

Cuando por último en junio de 1986 los países de Contadora presentaron una nueva Acta de Paz que planteaba otra vez el cese inmediato de la ayuda a las fuerzas irregulares y el cierre de todas las instalaciones extranjeras en el plazo de tres meses, aunque seguía manteniendo ambigüedad sobre las maniobras militares⁶¹, la alternativa Contadora estaba prácticamente muerta, no sólo porque Washington y sus aliados no la consideraron apropiada y Nicaragua la aceptaba en el último momento por oportunismo ante el rechazo de los otros, sino sobre todo porque ese mismo mes el Congreso de Estados Unidos apostaba públicamente por la salida militar al aprobar los 100 millones de dólares solicitados por la administración Reagan para la Resistencia contrarrevolucionaria, en oposición flagrante a los postulados de Contadora⁶². Era el golpe de gracia para esta iniciativa latinoamericana.

Todavía a principios de 1987, y al amparo de la debilidad de la administración Reagan debido al escándalo Irangate y al control demócrata del Congreso, los gobiernos de Contadora y Apoyo con la colaboración de Joao Baena y Javier Pérez de Cuéllar, secretarios generales de la OEA y de la ONU respectivamente, realizaron un último intento fallido de resucitar la vía diplomática latinoamericana⁶³.

Pero el tiempo de Contadora había pasado y su testigo era recogido en enero de 1987 por una nueva alternativa de diálogo más sólida, en la medida en que confluían en ella el protagonismo de los propios países centroamericanos y un sector del establishment norteamericano -el Partido Demócrata-; éste, juzgando en vía muerta la opción exclusiva que la administración Reagan había hecho por la apuesta militar, consideraba que a los sandinistas se les podía presionar con mejores resultados mediante la acción política y la vía electoral. Esquipulas estaba en marcha⁶⁴.

Son varias y complejas las razones de la falta de éxito de Contadora en sus esfuerzos por encontrar una salida negociada.

En primer lugar la propia estrategia de Contadora que contemplaba como principal problema la seguridad y el peligro de estallido de un amplio conflicto bélico y que, para solucionar la crisis, sostenía como condiciones básicas el respeto a la autodeterminación y la no intervención⁶⁵. Esto llevó a Contadora a dejar de lado intencionadamente el problema de la democratización interna⁶⁶, algo que era el

⁶¹ "Acta de Contadora para la paz y la cooperación en Centroamérica (7.6.1986)", reproducida en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., pp. 390-435.

⁶² Linda Greenhouse, "House Votes, 221-209, To Aid Rebel Forces in Nicaragua; Major Victory For Reagan", *The New York Times*, 26 junio 1986, p. A1 y A10.

⁶³ "Comunicado de los cancilleres de los Grupos de Contadora y de Apoyo al concluir su visita a los países de América Central (21 enero 1987)", reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., pp. 436-438.

⁶⁴ Véase IHCA, "Centroamérica: entre la guerra y la paz", *Envío*, n° 81, número monográfico especial, marzo 1988, pp. 15 y 88-89.

⁶⁵ Carlos Rico F., "The Contadora Experience and the Future of Collective Security", en Richard J. Bloomfield, y Gregory F. Treverton (eds.), *Alternative to Intervention: A New U.S.-Latin American Security Relationship*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1990, p. 104.

⁶⁶ Rodrigo Jauberth R., "Alternativas de paz en Centroamérica. Esquipulas V. Un esfuerzo más por la paz", en

principal objetivo de Washington, que identificaba la democratización nicaragüense con la salida del poder de los sandinistas.

La estrategia de Contadora no tuvo tampoco suficiente en cuenta ni el peso de Estados Unidos en la zona, ni los obstáculos que el gobierno norteamericano pondría a su iniciativa de pacificación, pues ésta contrariaba básicamente la política norteamericana al no cuestionar la existencia de la revolución sandinista.

Y por último su estrategia, por la misma realidad débil de los países que la defendían, se basaba únicamente en declaraciones y en el uso exclusivo de la vía diplomática para que los gobiernos centroamericanos aceptaran los acuerdos de pacificación, sin tener suficiente capacidad de presión ni para imponerlos, ni mucho menos para influir en Washington. Era "*una diplomacia sin fuerza*", en palabras de Gutman⁶⁷.

A esta incapacidad de los países de Contadora para dar mayor consistencia y credibilidad a las gestiones diplomáticas hay que añadir sus problemas económicos, entre los cuales destacaba la gigantesca deuda externa que habían acumulado con organismos financieros internacionales dominados por Estados Unidos. En 1987 la deuda de los ocho países de Contadora y Apoyo sobrepasaba los 330.000 millones de dólares⁶⁸.

En la crisis centroamericana América Latina ofrecía una alternativa diferente a la del gobierno Reagan pero sin llegar nunca a unos niveles de enfrentamiento que pudieran conllevar el poner en peligro sus relaciones comerciales y financieras con Estados Unidos. La debilidad económica de los países latinoamericanos les imponía unas claras limitaciones a sus propuestas de negociación⁶⁹.

Los problemas políticos internos de países como Colombia y Panamá se alzaban también como un obstáculo para la solidez del Grupo de Contadora y de sus aspiraciones. Colombia sufría una guerra interna provocada por los enfrentamientos entre el ejército, las guerrillas, los paramilitares y los narcotraficantes, que no le daban a este país una gran autoridad para hacer de árbitro de problemas exteriores.

En una situación similar se encontraba Panamá que tras la muerte de Torrijos, entraba en un período de inestabilidad, de enfrentamientos internos y de

Marcos Roitman, y Carlos Castro-Gil (eds.), *América Latina: entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990, p. 454.

⁶⁷ Roy Gutman, *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua 1981-1987*, op. cit., p. 163.

⁶⁸ Alan Gilbert, *Latin America*, London: Routledge, 1990, p. 27.

⁶⁹ Rodrigo Pardo, "Contadora: balance de dos años", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., p. 264.

imposiciones dictatoriales de la Guardia Nacional, comandada por el general Manuel Noriega⁷⁰.

Existían asimismo diferencias de aproximación al conflicto nicaragüense entre México y Venezuela que, sin ser decisivas, restaban fuerza a las soluciones propuestas. Mientras Venezuela tenía más en cuenta los planteamientos de Washington de presionar en pro de la "democratización" de Nicaragua, México, fiel a su tradición y a su historia antiintervencionista, se preocupaba mucho más por la posibilidad de una invasión norteamericana en Nicaragua y por las múltiples consecuencias negativas que pudieran derivarse de la misma para la estabilidad de la región y de su propio país⁷¹.

Y por último tampoco el Grupo de Contadora en conjunto tenía excesiva autoridad moral sobre la mayoría de los países centroamericanos. Amén de los problemas económicos y políticos citados, el pretendido protagonismo de países como México en los problemas de Centroamérica estaba cuestionado y considerado como una intromisión por Costa Rica, El Salvador y Honduras⁷². No era, pues, extraño que los gobiernos de estos países centroamericanos (aunque no el de Guatemala) contemplaran las iniciativas diplomáticas del grupo latinoamericano con gran desconfianza y rechazo prácticamente en todo momento.

Esta actitud de los aliados centroamericanos de Washington y sobre todo la oposición de la propia administración Reagan fueron, sin duda, uno de los motivos más importantes para que Contadora no alcanzara sus objetivos.

Como he apuntado con anterioridad, entre América Latina (Contadora y Apoyo) y Estados Unidos había de partida una diferencia fundamental en la interpretación del conflicto centroamericano (y nicaragüense). Éste, para la administración Reagan, derivaba del expansionismo comunista en Centroamérica y de la resistencia popular al mismo, mientras para América Latina el origen de la crisis era mucho más complejo y estaba ligado a los históricos problemas políticos y económicos de la región, a la propia intervención estadounidense atizando el conflicto, y en menor medida, a la colaboración de la URSS y de Cuba con el régimen sandinista.

Y de ahí las distintas opciones: América Latina apostaba por la pacificación vía diálogo y negociación. Y Estados Unidos lo hacía por la derrota militar del gobierno sandinista. Pero como en los escenarios internacionales no gozaba de buena imagen una oposición abierta a las iniciativas de paz del Grupo Contadora, la administración

⁷⁰ Véase Guillermo Castro, "Panamá: transitismo, nación y democracia", en Pablo González Casanova, y Marcos Roitman Rosenmann, (eds.), *La democracia en América Latina: Actualidad y perspectivas*, Madrid: Editorial Complutense, 1992, pp. 350-352.

⁷¹ Susan Kaufman Purcell, "Demystifying Contadora", *Foreign Affairs*, op. cit., pp. 79-83.

⁷² Luis G. Solís, "Collective Mediations in the Caribbean Basin", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems*, op. cit., p. 110.

Reagan las aceptaba formal y públicamente⁷³, mientras en la práctica intentaba obstaculizarlas de múltiples formas.

La oposición norteamericana se concretaba en presiones directas a los gobiernos de Contadora y en orientaciones precisas a sus aliados de Centroamérica, como he recogido anteriormente; y se concretaba asimismo en la concesión de ayuda militar y financiera a la Resistencia Nicaragüense contrarrevolucionaria, y en las reiteradas amenazas de hacer caso omiso de los acuerdos de Contadora, en caso de que llegaran a firmarse⁷⁴.

La Comisión Kissinger en 1983 dejaba ya muy claro que Estados Unidos no podía supeditar su política a la estrategia de Contadora, y que debía utilizar todo tipo de presiones para doblegar al gobierno sandinista⁷⁵.

Y en 1986 el Pentágono se oponía con rotundidad a que se aceptara la última Acta de Paz de Contadora, aludiendo a la supuesta imposibilidad demostrada históricamente de que un régimen comunista (el sandinista, en este caso) respetara los acuerdos firmados, lo cual obligaría en breve plazo a una costosa intervención masiva de las tropas norteamericanas en Nicaragua⁷⁶.

Los gobiernos de Costa Rica, Honduras y El Salvador, por su parte, cumplieron en todo momento el papel de ejecutores locales de la política estadounidense de oposición a Contadora⁷⁷: rechazaron la primera Acta de Paz después de haberla considerado positiva en público, contrapropusieron un nuevo documento que recogía las reivindicaciones principales de Estados Unidos, boicotearon las reuniones del Grupo de Contadora apoyándose en diversos pretextos (incidentes fronterizos, detención de un opositor nicaragüense refugiado en la embajada costarricense en Managua...)⁷⁸, e intentaron en varias ocasiones que la iniciativa diplomática de Contadora pasara a la OEA, donde confiaban tener una mayor respaldo para su estrategia antisandinista.

Tampoco se puede olvidar que al gobierno sandinista le corresponde también una cierta responsabilidad en el resultado final negativo de Contadora, aunque a un nivel

⁷³ Véanse The White House, *Report on Nicaragua: Efforts to Promote a Settlement in Central America and in Nicaragua*, Office of the Press Secretary, 6 noviembre 1985, (P.K.&N.S.A., nº 02614); y U.S. Department of State, *Fact Sheet: U.S. Efforts to Negotiate a Peaceful Settlement in Central America and in Nicaragua*, 1986, (P.K.&N.S.A., nº 02641).

⁷⁴ Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., p. 165.

⁷⁵ Comisión Kissinger, *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, op. cit., pp. 157-159.

⁷⁶ U.S. Department of Defense, *Prospects for Containment of Nicaragua's Communist Government*, mayo 1986, (P.K.&N.S.A., nº 02758).

⁷⁷ Guatemala, alejada de Washington por su política de violación de los Derechos Humanos desde la época de la administración Carter, mantuvo una posición independiente, apoyando las propuestas de Contadora. En la base de este apoyo estaba, entre otras motivaciones, la valoración que los gobiernos militares guatemaltecos hacían del sandinismo como un régimen con el que se podía convivir.

⁷⁸ Richard J. Meislin, "Latin Peace Group Cancels Meeting. Nicaragua-Costa Rica Dispute Blocks Session Called on Central America Treaty," *The New York Times*, 14 febrero 1985, p. 11. Véase también Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., p. 121.

muy diferente, puesto que los sandinistas no se opusieron intencionadamente a la iniciativa latinoamericana, sino que más bien la intentaron reanimar con frecuentes viajes por América Latina⁷⁹, con misivas dirigidas a los gobiernos latinoamericanos y con su planteamiento de conseguir respaldo para Contadora en los foros internacionales⁸⁰.

Sin embargo la apuesta del gobierno sandinista por una victoria militar total sobre la contrarrevolución, limitaba y desdibujaba su contribución a las distintas propuestas pacificadoras de Contadora, como ocurrió con su rechazo del Acta de Paz de septiembre de 1985 que incluía algunos de los planteamientos de Washington⁸¹. Años después en el transcurso del proceso de Esquipulas, el gobierno sandinista, mucho más aislado internacionalmente que en la época de Contadora, llegaba a aceptar concesiones mayores en aras de la paz.

El juicio sobre las debilidades, problemas y obstáculos debido a los cuales el Grupo de Contadora no alcanzó sus objetivos últimos, no debe impedir, sin embargo, la valoración de algunos logros importantes que se apuntó en su haber.

Existe una notable coincidencia entre el mundo académico latinoamericano y los propios protagonistas del gobierno sandinista y del Grupo de Contadora en que los esfuerzos pacificadores de dicho grupo templaron las tensiones bélicas que se estaban acumulando entre Nicaragua y Honduras, evitaron que dichas tensiones se transformaran en un conflicto abierto de dimensiones mayores, contribuyeron a aumentar el coste político de una intervención directa y masiva de las tropas norteamericanas en Nicaragua y en alguna medida evitaron dicha intervención⁸². Aunque Contadora sólo hubiera alcanzado estos resultados, su iniciativa habría tenido un valor incalculable para la revolución sandinista, para el pueblo de Nicaragua y para todas las gentes de Centroamérica.

⁷⁹ "Respaldo a Contadora", *Barricada Internacional*, nº 63, 16 mayo 1983, p. 1; "Negociaciones de Contadora. Habrá paz sólo si EUA se compromete", *Barricada Internacional*, nº 179, 17 octubre 1985, p. 8; y "Agenda", *Barricada Internacional*, nº 203, 15 mayo 1985, p. 1.

⁸⁰ "OEA: Prevalece posición latinoamericanista", *Barricada Internacional*, nº 162, 13 junio 1985, p. 1.

⁸¹ "Apoyo inalterado a Contadora. Para alcanzar la paz: que EUA acabe con su brutal guerra", carta y observaciones sobre el Acta de Paz (8 noviembre 1985), enviadas por el presidente Daniel Ortega a los presidentes de los países de los Grupos de Contadora y Apoyo, *Barricada Internacional*, nº 183, 21 noviembre 1985, pp. 7-10. Una visión muy crítica con el gobierno sandinista por no haber mostrado mayor flexibilidad se puede ver en Luis Méndez Asensio, *Contadora: Las cuentas de la diplomacia*, México: Plaza y Janés, 1987, pp. 194-206.

⁸² Desde la perspectiva sandinista véanse MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p.8.; Alejandro Bendaña, entrevista en *Envío*, nº 95, op. cit., p. 38; y Augusto Zamora, "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, nº 110, op. cit., p. 40. Desde la perspectiva de Contadora véase "Comunicado conjunto México-Panamá, emitido con motivo de la visita del presidente de Panamá, Nicolás Ardito Barletta, a México, 21-23 mayo 1985", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., p. 311; y Manuel Rodríguez Arriaga, "The Problems of Peace in Central America; A Latin American Perspective", en Sung Ho Kim, y Thomas W. Walker, *Perspectives on War and Peace in Central America*, op. cit., pp. 80-81. Desde una perspectiva académica véanse Luis Maira, "El grupo Contadora y la paz en Centroamérica", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, op. cit., pp. 377-378; Rodrigo Pardo, "Contadora: balance de dos años", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica*, op. cit., pp. 265-266; y Gabriel Aguilera Peralta, "La concertación como dimensión paralela en el conflicto centroamericano", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, nº 27, 2º trimestre 1989, p. 39.

Pero además Contadora logró constituirse como un espacio latinoamericano capaz de ofrecer por primera vez una vía propia frente a Estados Unidos ante una crisis importante en el Hemisferio Occidental⁸³, y capaz de alejar de forma temporal el conflicto nicaragüense de la perspectiva Este-Oeste.

Contadora, dotada de una cierta institucionalización, sustituyó de alguna manera a la OEA, y con propuestas concretas y una retórica inferior a la habitual supo enfrentarse con sus muchas limitaciones a las políticas intervencionistas de Estados Unidos, recuperando la dignidad latinoamericana que en momentos claves de la historia reciente la OEA no había sabido defender, e incluso consiguiendo que esta organización apoyara con decisión su alternativa y sus propuestas de pacificación.

Del mismo esfuerzo de Contadora surgieron iniciativas como la de Apoyo, y sobre todo, la del Grupo de Río, que tras la "normalización" de la crisis centroamericana orientaría su actividad hacia la solución de los problemas económicos de América Latina.

Este respaldo latinoamericano se vio reforzado por el hecho de haber conseguido despertar una cierta preocupación de los gobiernos de Europa Occidental ante las posibilidades de un estallido mayor de la crisis centroamericana, y el que dicha preocupación se tradujera en un apoyo explícito a Contadora y en planes de cooperación económica con Centroamérica⁸⁴.

Pero sin duda uno de los méritos mayores de Contadora fue su contribución a que el proceso negociador iniciado con su impulso no concluyera con el fin de sus gestiones en enero de 1987, sino que fuera asumido en buena parte por la iniciativa de Esquipulas.

A pesar de su aparente fracaso, Contadora puso las bases para que una parte de los protagonistas del conflicto, los propios gobiernos centroamericanos, llegaran en agosto de 1987 a unos compromisos que terminarían conduciendo al fin del conflicto bélico en Nicaragua y también, en alguna medida, en El Salvador y en Guatemala⁸⁵.

Ahora bien, a través de ese hilo conductor que une a los dos procesos de diálogo y negociación, Contadora también legó a Esquipulas la experiencia de cómo la revolución nicaragüense terminaba asumiendo compromisos ante las presiones

⁸³ Véanse MINEX, *Diez años de política exterior*, op. cit., p. 44-45; IRELA, *Estados Unidos, América Central y Contadora*, Madrid, informe de conferencia, n°1/1986, pp. 3-4; y Francisco Aldecoa Luzárraga, "El Grupo de Contadora y el Acta como medio de arreglo pacífico del conflicto centroamericano", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*, op. cit., p. 69.

⁸⁴ Véanse Francisco Villagrán Kramer, *Encauzamiento y posible solución del conflicto centroamericano: el papel de Europa y de las superpotencias*, Madrid: IRELA, 1990, pp. 8-13; Antonio Sanahuja, *Relaciones Europa Centroamérica: ¿continuidad o cambio?*, Cuaderno de Ciencias Sociales, n° 70, San José: FLACSO, 1994, pp. 29-39; y Rafael Grasa, "Centroamérica en el Sistema Internacional de Posguerra Fría", en Ana Sofía Cardenal, y Salvador Martí i Puig (eds.), *América Central, las democracias inciertas*, Madrid: Tecnos / Universidad Autónoma de Barcelona, 1998, p. 47.

⁸⁵ Véase Francisco Aldecoa Luzárraga, "El acuerdo de Guatemala, primera institucionalización del proceso de paz en Centroamérica", *Tiempo de Paz*, n° 9, diciembre 1987-enero 1988, p. 4.

exteriores, así como la aceptación definitiva que los sandinistas hacían del sistema democrático pluripartidista, lejos ya de sus escauceos iniciales con la democracia popular de los países socialistas. Contadora, en definitiva, había significado también el inicio del proceso de normalización de la Nicaragua revolucionaria, proceso que Esquipulas conseguiría culminar.

IX.4. Esquipulas: del enfrentamiento a la "solución" del conflicto nicaragüense

IX.4.1. La Revolución Sandinista, motivo real de desestabilización de Centroamérica

Esquipulas consiguió terminar hasta cierto punto con la dinámica de desestabilización que había introducido la revolución nicaragüense en el dominio tradicional de las elites centroamericanas, vinculadas históricamente a Washington.

La revolución sandinista, excepto en Costa Rica por la posición antisomocista del gobierno de Carazo Odio, había sido contemplada en Centroamérica desde el inicio con recelo por los gobiernos -militares y anticomunistas- de Honduras, El Salvador y Guatemala, los cuales veían en la revolución triunfante un estímulo para la oposición de sus países y un peligro para su propia permanencia en el poder.

Esta desconfianza, alimentada por algunos posicionamientos de los sandinistas acerca de la necesidad de reforzar la revolución en Centroamérica⁸⁶, contribuyó a crear una atmósfera favorable para generar enfrentamientos casi ininterrumpidos a lo largo de los 80 entre Nicaragua y el resto de los países de la región, a excepción de Guatemala.

La victoria sandinista significó un acicate para los movimientos revolucionarios en toda Centroamérica, aunque con marcadas diferencias. Tuvo repercusiones directas e importantes en El Salvador, menos en Guatemala y muy escasas en Honduras y Costa Rica.

En El Salvador la guerrilla del FMLN pretendió en enero de 1981 repetir la victoria de Nicaragua, fracasando militar y políticamente de forma temporal, al no conseguir ni provocar una insurrección popular, ni golpear decisivamente al ejército. Sin embargo quedaron sentadas las bases para la conformación de una insurgencia fuerte y activa, que pondría en jaque repetidas veces, durante los 80 -especialmente durante la ofensiva de noviembre de 1989-, a los diferentes gobiernos del país, lo que obligó a Washington a implicarse directamente en la guerra⁸⁷.

⁸⁶ FSLN, "'Seventy Two Hours' Document (September 1979)", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, op. cit., p. 224.

⁸⁷ Sobre el conflicto salvadoreño véanse entre otros Jenny Pearce, *Under the Eagle: US Intervention in Central America and the Caribbean*, op. cit., (específicamente la parte 5ª: "EL Salvador. The Eagle's Reckoning?"), pp.

En Guatemala, pese a la fuerte actividad guerrillera de principios de los 80, los diversos gobiernos militares (tras una represión, de dimensiones cercanas al genocidio, de la población indígena, base de la guerrilla) consiguieron reducir y controlar el potencial de los grupos insurgentes de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Estas victorias conseguidas sin la ayuda de Washington, la ausencia de fronteras con Nicaragua y el propio distanciamiento sandinista de la URNG fueron algunos de los motivos que indujeron a los gobiernos guatemaltecos, pese a su anticomunismo, a no considerar a la revolución sandinista como un peligro real para su estabilidad, y a mantener una política de relativa neutralidad en relación al conflicto nicaragüense⁸⁸.

En Honduras, al calor de la revolución de Nicaragua se crearon algunas organizaciones guerrilleras, agrupadas en 1983 en la Dirección Nacional Unificada, que nunca se consolidaron, al encontrarse enseguida entrampadas entre tropas hondureñas y norteamericanas y las fuerzas de la contrarrevolución nicaragüense, y al no conseguir un apoyo firme entre la población⁸⁹.

Y en Costa Rica, sin ninguna presencia guerrillera autóctona, el proceso revolucionario sandinista sirvió únicamente de estímulo moral a una izquierda débil, desunida y con escasa influencia en la vida política del país⁹⁰.

En síntesis, la desconfianza de la mayoría de los gobiernos de Centroamérica hacia la Nicaragua revolucionaria, la voluntad sandinista de colaborar con la revolución centroamericana, más el auge real de los movimientos guerrilleros y opositores de izquierda en toda la región fueron los factores locales que abonaron el conflicto centroamericano; éste en cualquier caso nunca hubiera tenido unas dimensiones tan amplias sin la intervención de la administración Reagan, al haber entendido el

205-250; Mario Lungo Uclés, *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*, San José: EDUCA-FLACSO, 1990; Anjali Sundaram, y George Gelber (eds.), *A Decade of War*, New York: Monthly Review Press, 1991; y Marvin E. Gettleman, Patrick Lacefield, Louis Menashe, y David Mermelstein (eds.), *El Salvador: Central America in the New Cold War*, New York: Grove Press, 1986. El punto de vista de la insurgencia salvadoreña puede encontrarse en Marta Harnecker, y Josu Perales, *Guerra en El Salvador: entrevistas con comandantes del FMLN*, Donostia: Gakoa, 1990; en Marta Harnecker, *Con la mirada en alto: Historia de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí a través de entrevistas con sus dirigentes*, Donostia: Gakoa, 1991; en Joaquín Villalobos, "La propuesta del FMLN: un desafío a la estrategia contrainsurgente", entrevista de Marta Harnecker en *ECA. Estudios Centroamericanos*, marzo 1985, pp. 211-228, y "A Democratic Revolution for El Salvador", *Foreign Policy*, n° 74, Spring 89, pp. 103-122; y en Jesús Rojas, "Al tope... para negociar: la estrategia del FMLN", entrevista en *Envío*, n° 101, enero 1990, pp. 36-56.

⁸⁸ Acerca del conflicto en Guatemala véanse entre otros Susanne Jonas, *The Battle for Guatemala*, Boulder: Westview Press, 1991; y Tom Barry, *Central America Inside Out*, New York: Grove Weidenfeld, 1991, pp. 213-279. La posición de la insurgencia guatemalteca está recogida en Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, (entrevistas), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 185-281; y Josu Perales, *Guatemala Insurrecta*, (entrevista), Madrid: Editorial Revolución, 1990. Un interesante y detallado análisis de la política de neutralidad de Guatemala se encuentra en Gabriel Aguilera, *El fusil y el olivo: La cuestión militar en Centroamérica*, San José: FLACSO/DEI, 1989, pp. 128-136. Sobre la política de neutralidad "activa" del gobierno de Vinicio Cerezo véase Mladen Yopo, "Guatemala: política exterior en un frágil contexto democrático", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis*, op. cit., pp. 325-327.

⁸⁹ Sobre el papel jugado por los grupos guerrilleros en Honduras véanse Donald E. Schulz, y Deborah Sundloff Schulz, *The United States, Honduras and the Crisis in Central America*, Boulder: Westview Press, 1994, pp. 81-83; Tom Barry, y Kent Norsworthy, *Honduras: A Country Guide*, Albuquerque, New México: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990, pp. 44-46; y Tom Barry, y Deb Preusch, *The Central America Fact Book*, op. cit., p. 262.

⁹⁰ Manuel Solís, "The Fragmentation and Disappearance of the Costa Rican Left", en Marc Edelman, y Joanne Kenen (eds.), *The Costa Rica Reader*, New York: Grove Weidenfeld, 1989, pp. 309-313.

conflicto como una barrera simbólica para detener y hacer retroceder el supuesto avance del comunismo soviético en Centroamérica y en el mundo.

Ante la amenaza real o figurada de la revolución nicaragüense los gobiernos de Costa Rica, Honduras y El Salvador, bien por propia iniciativa, bien bajo presiones de la administración Reagan, secundaron la política estadounidense de acoso al régimen sandinista, llegando a constituir con tal fin sin excesivo éxito algunas alianzas regionales como la Comunidad Democrática Centroamericana y el Bloque de Tegucigalpa.

Los diferentes gobiernos de El Salvador acusaron al gobierno nicaragüense de colaborar activamente con la insurgencia del FMLN, acusación que, como he planteado con anterioridad, fue la base sobre la que la administración Reagan argumentó su política antisandinista durante varios años.

Los militares hondureños, especialmente cuando el general Alvarez ocupó la jefatura del ejército, denunciaron el peligro del "expansionismo" sandinista, acusaron a Nicaragua de estar detrás del surgimiento de los grupos guerrilleros hondureños, y provocaron incidentes fronterizos con el objetivo de crear una situación extrema que obligara a Estados Unidos a intervenir militarmente para destruir la revolución nicaragüense⁹¹.

Y en Costa Rica, del apoyo inicial antisomocista del gobierno de Carazo Odio (1978-1982) se pasó durante el gobierno de Alberto Monge (1982-1986) a la condena del régimen revolucionario como comunista, antidemocrático y totalitario, complementando así la estrategia de la administración Reagan de desacreditar internacionalmente a la revolución nicaragüense⁹².

Las denuncias y acusaciones sólo eran una parte del papel jugado por los gobiernos de estos países en la política antisandinista de Washington. Con el consentimiento del gobierno y con la connivencia de la jefatura del ejército (que obtenía por ello pingües ganancias), Honduras fue la retaguardia perfecta para la contrarrevolución nicaragüense durante toda la década, incluido el tiempo del proceso de Esquipulas. Esto provocó enfrentamientos directos entre los ejércitos de Honduras y Nicaragua, dio pie a la entrada de tropas nicaragüenses en territorio hondureño en operaciones de persecución de los grupos contrarrevolucionarios y de destrucción de sus campamentos, y estuvo a punto de generar en algunos momentos un conflicto abierto entre ambos países⁹³.

⁹¹ Donald E. Schulz, y Deborah Sundloff Schulz, *The United States, Honduras and the Crisis in Central America*, op. cit., pp.72-79. Véase también Marlise Simons, "Honduran Officer Denounces His Chief", *The New York Times*, 1 septiembre 1982, p. A3.

⁹² Martha Honey, *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*, op.cit., pp. 59-61.

⁹³ Alan Riding, "Nicaragua and Honduras Close Border After Clashes", *The New York Times*, 30 abril 1981, p. A15; Bill Keller, "Honduras Border Scene of Clashes", *The New York Times*, 19 mayo 1985; James LeMoyne, "Honduras Says It Hit a Copter From Nicaragua", *The New York Times*, 14 septiembre 1985, p. 3; Alan Riding, "Sandinists, Worried About Rebels, Accuse Honduran Troops of Raid", *The New York Times*, 26 marzo 1983, pp. 1 y 3; Associated Press, "Troops Sent to Nicaraguan Border", *The New York Times*, 20 marzo 1986, p. A8; Joel

El Salvador, mientras acusaba a los sandinistas de ayudar a la guerrilla del FSLN, facilitaba sus instalaciones militares (la base aérea de Ilopango), para que desde allí despegaran los aviones que bajo las directrices y supervisión del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos abastecían a las tropas contrarrevolucionarias en Nicaragua⁹⁴.

Y Costa Rica, durante el gobierno de Alberto Monge, mientras con sus denuncias jugó el papel de gobierno democrático amenazado por el comunismo nicaragüense, no tuvo tampoco reparos en tolerar la presencia, en su territorio, de los opositores armados antisandinistas del grupo de Edén Pastora, así como facilitar el uso del aeropuerto de Santa Elena en el norte del país para abastecer a la contra.

Como he señalado con anterioridad, las actividades de los grupos contrarrevolucionarios desde el territorio costarricense ocasionaron también serios incidentes fronterizos entre la Guardia de Costa Rica y el ejército nicaragüense, incidentes que fueron utilizados por el gobierno Monge para entorpecer el proceso de negociación de Contadora, y por la administración Reagan para denunciar internacionalmente la supuesta peligrosidad del régimen sandinista⁹⁵.

La reacción de la Nicaragua revolucionaria a las posiciones de sus vecinos fue compleja, en algunos momentos contradictoria, y casi siempre defensiva.

El gobierno sandinista demandó a Honduras y a Costa Rica ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya por el apoyo que los gobernantes de estos países prestaban a la contrarrevolución armada nicaragüense⁹⁶. Posteriormente Nicaragua retiraría estas demandas de acuerdo a los compromisos bilaterales establecidos durante el proceso de Esquipulas⁹⁷.

Brinkley, "Presidents Orders Emergency Aid For The Honduran Armed Forces. Nicaraguan Units Said to Fight the Insurgents Beyond the Frontier", *The New York Times*, 26 marzo 1986, pp. A1 y A6; James LeMoyne, "U.S. Army Helicopters Carry Hondurans To Border Region", *The New York Times*, 27 marzo 1986, pp. A1 y A6; James LeMoyne, "Honduras Tells Of U.S. Presence. Says Aim Was to Buid Attack by Nicaragua Into a Crisis", *The New York Times*, 3 abril 1986, pp. A1 y A12; Associated Press, "Contra Presence in Honduras", *The New York Times*, 18 abril 1986, p.3; Stephen Kinzer, "Honduran Envoy Tells of Bombing of Nicaraguans", *The New York Times*, 11 diciembre 1986, p. A22; y James LeMoyne, "Hondurans in 3-Way Crossfire", *The New York Times*, 12 diciembre 1986, pp. A1 y A16.

⁹⁴ Gerald M. Boyd, "Duarte Says Nicaragua Helps Terrorist", *The New York Times*, 1 noviembre 1985, p. A3; y Lydia Chavez, "The C.I.A. Role in Salvador: Air Base Described as the Key", *The New York Times*, 15 octubre 1986, pp. A1 y A5.

⁹⁵ Véanse John M. Poindexter, "Meeting with Costa Rican Security Minister Benjamín Piza and Talking Points", White House, 17 marzo 1986, op. cit.; y U.S. Department of State, "U.S. Response to Costa Rica's Urgent Request For Security Assistance", First Draft, 5 mayo 1984, op. cit. Véanse también Marlise Simons, "Guerrilla Fires in Nicaragua Put the Heat on Costa Rica", *The New York Times*, 9 octubre 1983, p. IV 2; y James LeMoyne, "Border Incidents Strain Costa Rica- Nicaragua Ties", *The New York Times*, 27 agosto 1985, p. A9.

⁹⁶ Augusto Zamora, "Agotada vía de solución bilateral. Honduras y Costa Rica deben asumir su responsabilidad", resumen de la entrevista realizada por la Agencia Nueva Nicaragua, en *Barricada Internacional*, n° 216, 14 agosto 1986, pp. 8-9.

⁹⁷ "Primeros pasos hacia la distensión regional", *Barricada Internacional*, n° 251, 27 agosto 1987, p. 3.

La revolución nicaragüense significó un claro estímulo para los movimientos revolucionarios de Centroamérica y de toda América Latina; y en Managua encontraron refugio revolucionarios perseguidos en sus países, como había ocurrido durante la primera época de la revolución cubana. Pero las similitudes no van mucho más allá. El apoyo sandinista a estos movimientos fue principalmente moral y político, con la excepción ya citada del soporte logístico y militar prestado al FMLN salvadoreño, por cuyo triunfo los sandinistas habían apostado, como una forma de defensa de su propia revolución.

Las relaciones entre los sandinistas y la URNG fueron más distantes que en el caso salvadoreño. Las bases principales de apoyo de la URNG estaban situadas en México, y el gobierno nicaragüense mantenía una relación cuidadosa con Guatemala, en la medida que los gobiernos militares de este país no se habían posicionado en contra de la revolución sandinista de una forma tan abierta como el resto de los países vecinos.

En cuanto a Honduras, las amenazas del ministro sandinista de Defensa, Humberto Ortega, de colaborar con el incipiente movimiento guerrillero hondureño formaban parte de la retórica encendida utilizada en los frecuentes enfrentamientos verbales entre los dirigentes de ambos países⁹⁸, a la vez que servían de advertencia a los militares hondureños de que no estaban exentos de sufrir una medida similar a la que ellos estaban aplicando a Nicaragua. Y de hecho una columna de 96 guerrilleros del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Centroamérica entró en Honduras en julio de 1983, procedente de Nicaragua, penetración que difícilmente hubiera podido realizarse sin el consentimiento sandinista. Los resultados de esta aventura fueron desastrosos, pues la columna fue aniquilada en pocas semanas en una operación conjunta entre el ejército hondureño y tropas norteamericanas⁹⁹.

De los diversos grupos guerrilleros centroamericanos Nicaragua colaboró de manera activa con el FMLN, facilitando el envío de armamento desde su territorio en 1980, como he señalado anteriormente. Posteriormente y pese a las acusaciones de la administración Reagan no se pudo probar que hubiera continuado la cooperación logística entre Nicaragua y el FMLN. Confirman este hecho sólidas fuentes, como la sentencia de la Corte Internacional de Justicia de La Haya en el caso de Nicaragua versus Estados Unidos¹⁰⁰. Sin embargo al final de la década de los 80, según Sergio Ramírez, el presidente Ortega en uno de los encuentros de Esquipulas reconoció al

⁹⁸ Stephen Kinzer, "Nicaraguan Warns Honduras On Raids. Defense Minister Says Rebels Could Attack Its Forces", declaraciones de Humberto Ortega en *The New York Times*, 10 enero 1983, p A1 y A16.

⁹⁹ Donald E. Schulz, y Deborah Sundloff Schulz, *The United States, Honduras and the Crisis in Central America*, op. cit., p. 81.

¹⁰⁰ International Court of Justice, "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua v. United States)", *International Legal Materials*, op. cit., pp. 70-86. Véanse también las afirmaciones en el mismo sentido del encargado de la Oficina de Estados Unidos en La Habana, Wayne S. Smith, *The Closest of Enemies*, op. cit., pp. 242-244. Incluso se encuentra un cierto reconocimiento de este hecho, admitido por el secretario de Estado Alexander M. Haig, Jr., en su obra *Caveat: Realism, Reagan and Foreign Policy*, New York : MacMillan, 1984, p. 131.

presidente Duarte que “*existía el suministro de armas desde Nicaragua para el FMLN*”¹⁰¹.

El gobierno sandinista concedió también apoyo diplomático a la oposición salvadoreña, presentando las propuestas de ésta en Naciones Unidas, e incluyendo en una ocasión a Guillermo Ungo, presidente del Frente Democrático Revolucionario (FDR) dentro de la delegación nicaragüense presente en la Asamblea General de la ONU¹⁰².

Pero la colaboración sandinista no fue estrecha ni generosa, al menos desde el fracaso de la llamada "ofensiva final" de 1981, como señala Facundo Guardado, dirigente del FMLN. Guardado lamenta que en ningún momento hubo una estrategia centroamericana frente a la estrategia contrarrevolucionaria dirigida por Washington¹⁰³. Por su parte Valentín González, también dirigente del FMLN, califica este déficit "*como una debilidad del movimiento revolucionario*", de los sandinistas por su política pragmática, y del propio FMLN por falta de iniciativa¹⁰⁴.

Tampoco faltaron momentos de tensión y contradicciones entre el gobierno sandinista y el FMLN, como el ocurrido a partir del encuentro de presidentes centroamericanos en San Isidro de Coronado durante el proceso de Esquipulas. En ese encuentro los presidentes, incluido Daniel Ortega, firman un documento apoyando explícitamente al gobierno de Cristiani y exigen al FMLN "*en forma enérgica que cese las hostilidades, se reincorpore al proceso de diálogo... y renuncie públicamente a todo tipo de acción violenta que afecte directa o indirectamente a la población civil*"¹⁰⁵.

El gobierno sandinista pretendió en numerosas ocasiones buscar una solución a los enfrentamientos con sus países vecinos a través de la fórmula de encuentros bilaterales entre dirigentes. Lo hizo de manera especial con Costa Rica y Honduras, llegándose en el caso costarricense a crear una comisión mixta para supervisar y discutir los incidentes fronterizos, la cual sin embargo no se mostró operativa¹⁰⁶. En

¹⁰¹ Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos*, op. cit., p. 273.

¹⁰² Daniel Ortega, "Propuestas para la paz en Centroamérica", discurso en la XXXVI Asamblea General de la ONU, (7 octubre 1981), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 45-47.

¹⁰³ Facundo Guardado, *entrevista propia*, San Salvador, 20 agosto 1992. Véase también Facundo Guardado, entrevista en Marta Harnecker, *Con la mirada en alto: Historia de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí a través de entrevistas con sus dirigentes*, San Sebastián: Gakoa, 1991, p. 254.

¹⁰⁴ Valentín González, entrevista en Marta Harnecker, *Con la mirada en alto*, op. cit., p. 254.

¹⁰⁵ "Declaración de 'San Isidro de Coronado'", *Barricada Internacional*, n° 307, 23 diciembre 1989, p. 6. Véase la postura de rechazo del FMLN a esta declaración, en palabras del comandante del FMLN, Jesús Rojas, entrevista en IHCA, *Envío*, n° 101, enero 1990, p. 53.

¹⁰⁶ "Costa Rica y Nicaragua estrechan relaciones", *Barricada Internacional*, n° 1, 5 julio 1981, p. 6; "Autoridades establecen mejor comunicación en zona fronteriza", *Barricada Internacional*, n° 10, 30 enero 1982, p.7; "Costa Rica no será base de contrarrevolucionarios, asegura futuro gobierno", *Barricada Internacional*, n° 16, 30 abril 1982, p. 11; y "Reunión en San José: cancilleres discuten problemas fronterizos", *Barricada Internacional*, n° 23, 28 junio 1982, p. 3.

cuanto a Honduras los escasos encuentros entre gobernantes de ambos países no fueron más que pequeños paréntesis en un continuado enfrentamiento¹⁰⁷.

En un principio Nicaragua había preferido el esquema de relaciones bilaterales al de encuentros multilaterales, porque consideraba que en éstos se encontraría en una posición minoritaria, y ello terminaría siendo contraproducente para sus intereses y para su imagen internacional.

Pero aunque no renunció nunca al esquema bilateral, el gobierno sandinista ante las presiones de algunos gobiernos amigos y ante la propia constatación de la inutilidad de sus esfuerzos bilaterales, terminó aceptando la fórmula multilateral que la propia Contadora significaba y que, sobre todo, Esquipulas iba a consagrar¹⁰⁸.

Paradójicamente el conflicto entre la revolución nicaragüense y los países vecinos no se extendió a las relaciones económicas, aunque sin duda éstas resultaron afectadas por el mismo.

Pese a los enfrentamientos políticos, verbales e incluso militares, Nicaragua siguió manteniendo relaciones económicas y comerciales con Costa Rica, El Salvador y Honduras, y, por supuesto, también con Guatemala.

El conflicto bélico que afectó sobre todo a Nicaragua y El Salvador durante los años 80 redujo considerablemente estas relaciones, pero no las suprimió. Y ni siquiera el embargo comercial impuesto a Nicaragua por la administración Reagan en 1985 fue secundado por sus aliados centroamericanos. El motivo de la permanencia de los lazos económicos en medio del conflicto lo señala Alejandro Martínez Cuenca, ministro sandinista de Comercio Exterior: *"el grado de integración que ya tenían los países centroamericanos -recuerda Martínez Cuenca - hacía virtualmente imposible desconocer la existencia de tales vinculaciones económicas"*¹⁰⁹.

Ningún país podía renunciar, por más que quisiera, al intercambio comercial que habían forjado la propia realidad centroamericana y el proceso de integración desarrollado desde los años 60. La necesidad de que una buena parte de dicho intercambio se realizara vía terrestre, atravesando el territorio nicaragüense por la carretera panamericana, contribuyó asimismo a que Nicaragua no quedara aislada de la región centroamericana.

Como señal de que en este terreno la relación se mantuvo fluida incluso en los momentos de mayores tensiones, se puede señalar el hecho de que los ministros

107 "Nicaragua: factor de paz en Centroamérica", *Barricada Internacional*, n° 1, op. cit., p. 3; "Conversaciones D'Escoto-Paz Barnica. ¿Cooperará Honduras en la distensión?", *Barricada Internacional*, n°16, 30 abril 1982, p. 3; y "Honduras y Nicaragua buscan resolver problemas fronterizos", *Barricada Internacional*, n° 20, 31 mayo 1982, p. 4.

108 "Se acabaron las excusas", posicionamiento de la Dirección Nacional del FSLN y del Gobierno de Reconstrucción Nacional, *Barricada Internacional*, n° 72-73, 25 julio 1983, archivo, p. 6.

109 Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., p. 77.

responsables de la integración centroamericana se reunían dos veces al año para discutir temas económicos y a veces también políticos¹¹⁰.

Sin duda la persistencia de las relaciones económicas y comerciales basadas en una realidad centroamericana de integración e interpenetración imposible de modificar totalmente por el conflicto político, y en alguna medida también la perseverancia de los ministros responsables de estas relaciones por seguir cultivándolas, influyeron de forma importante, como apunta el ministro sandinista Martínez Cuenca, en la apertura del camino que conduciría al diálogo y a la negociación de Esquipulas¹¹¹.

IX.4.2. El proceso de Esquipulas, vía de normalización de la revolución Nicaragüense

Esquipulas, la instancia liderada por los gobiernos de Centroamérica para hallar una solución política a la crisis de la región, alcanzó su objetivo y además tuvo capacidad suficiente para empujar a los sandinistas, en una dinámica de concesiones, a un proceso electoral, al final del cual éstos acabaron perdiendo la mayor parte de las cuotas de poder conseguidas durante la década revolucionaria.

La vía política de Esquipulas, complementada con la permanencia de la ayuda "humanitaria" de Estados Unidos para la sobrevivencia de la contrarrevolución, terminó así convirtiéndose en un instrumento útil para el objetivo de Washington y de sus aliados centroamericanos de acabar con la revolución nicaragüense, al allanar el camino para la salida sandinista del gobierno.

La valoración sandinista sobre el proceso de Esquipulas fue, sin embargo, positiva tanto durante el desarrollo del mismo, como incluso después de la derrota electoral, aunque es posible advertir matices diferentes en sus apreciaciones.

Si el comandante Jaime Wheelock, ministro de Agricultura y uno de los principales teóricos del sandinismo, consideraba a Esquipulas como "*un acontecimiento histórico*"¹¹², y Aldo Díaz, funcionario del Departamento de Relaciones Internacionales del FSLN y participante en las reuniones de Sapoá, hablaba de "*bandera de lucha para los pueblos de Centroamérica*"¹¹³, el comandante Bayardo Arce, coordinador político del FSLN, se refería con más precisión y cautela al proceso de diálogo centroamericano como "*el escenario de la posibilidad de la paz*"¹¹⁴, el vicepresidente Sergio Ramírez lo calificaba como "*la maduración de una*

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 75-76.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 77.

¹¹² Jaime Wheelock, "Exposición ante militantes de la Región III (3 septiembre 1987)", *Barricada*, 7 septiembre 1987, p. 3.

¹¹³ Aldo Díaz, *Interpretación de los acuerdos de Sapoá*, Managua, mimeo. 24 marzo 1988, p. 3.

¹¹⁴ Bayardo Arce, "Por qué debemos estar en las calles", exposición ante militantes del FSLN de la III Región (15 enero 1988), *Barricada*, 17 enero 1988, p. 3.

conciencia" centroamericana¹¹⁵, y el ministro del Exterior D'Escoto afirmaba todavía en 1992 que los esfuerzos negociadores "*han valido muchísimo la pena*"¹¹⁶.

Estos posicionamientos explican en parte por qué los sandinistas (tras unos primeros momentos de vacilación e incluso de rechazo, durante los cuales contemplaron el plan del Presidente Arias, protagonista inicial de Esquipulas, como un intento de apartar a Contadora y de utilizar dicho plan en contra de Nicaragua¹¹⁷) con posterioridad no sólo lo aceptaron sino que incluso impulsaron la firma colectiva del mismo, y más tarde se convirtieron en los más interesados en que el proceso de paz saliera adelante, llegando a ser en algunos momentos, como afirma el viceministro del Exterior V. H. Tinoco, "*el motor principal*" del proceso de paz¹¹⁸.

El apoyo sandinista a Esquipulas se enmarca en un contexto nuevo, interno y externo, en el que aspectos favorables y también desfavorables para la revolución nicaragüense contribuyeron a que el proceso de paz pudiera producirse.

En Estados Unidos la administración Reagan pasaba por uno de los momentos de mayor debilidad de sus dos mandatos tras las implicaciones del Irangate y la pérdida de control del Congreso, que había pasado al Partido Demócrata¹¹⁹. Un sector de éste, liderado por los congresistas Dodd y Wright, abogaba y actuaba de forma abierta en pro de una salida política en Centroamérica¹²⁰.

En los escenarios internacionales comenzaba a producirse una atmósfera de entendimiento entre Estados Unidos y la URSS de Gorbachov que terminaría afectando de forma positiva a los llamados conflictos regionales en el mundo, y en concreto al conflicto de Centroamérica.

En esta región, una vez que Contadora realizó sin éxito sus postreros esfuerzos de mediación en enero de 1987, el presidente Arias de Costa Rica y el presidente Cerezo de Guatemala coincidían con los demócratas norteamericanos en la

¹¹⁵ Sergio Ramírez, "Esquipulas y el ocaso de la política de cañoneras", *Barricada Internacional*, n° 259, 21 diciembre 1987, p. 6.

¹¹⁶ Miguel D'Escoto, *entrevista propia*, op. cit.

¹¹⁷ Daniel Ortega calificaba el plan inicial del presidente Arias, como "*la más reciente demostración de la política intervencionista norteamericana*", citado en Martha Honey, *Hostile Acts*, op. cit., p. 485. Véanse también unas declaraciones similares, más moderadas, del viceministro del exterior, Víctor Hugo Tinoco, en "Ortega renueva su fe en Contadora", *Barricada Internacional*, n° 236, 29 enero 1987, p. 4.

¹¹⁸ Víctor Hugo Tinoco, *Conflicto y paz: el proceso negociador centroamericano*, México D.F.: Editorial Mestiza/CRIES, 1987, p. 124.

¹¹⁹ Linda Robinson, "Peace in Central America?", *Foreign Affairs*, vol. 66, n° 3, 1988, pp. 590-591.

¹²⁰ Sobre Christopher Dodd, el ministro del Exterior Miguel D'Escoto afirma que tuvo un protagonismo decisivo en la reelaboración del Plan Arias en una dirección alejada de los planteamientos de la administración Reagan (*entrevista propia*, op. cit.). Víctor Hugo Tinoco, viceministro del Exterior, destaca la importancia del llamado Plan Wright-Reagan ("*concesión significativa a los demócratas, al reconocer el derecho de Nicaragua a autodeterminar su forma de organización económica, política y social*"), como un factor decisivo para que se pusiera en marcha el proceso de Esquipulas. Véase Víctor Hugo Tinoco, *Conflicto y paz: el proceso negociador centroamericano*, op. cit. pp. 35 y 67.

necesidad de encontrar una salida política a la crisis centroamericana¹²¹. Y en especial Arias, con su iniciativa de paz, se distanciaba de la política de fuerza de la administración Reagan, y cortaba el apoyo que su antecesor, el presidente Monge, había proporcionado a la misma.

La propia realidad interna nicaragüense empujaba a los sandinistas a aceptar y promover el proceso de paz. La situación económica era crítica, como reconocen los ministros sandinistas Henry Ruiz y Alejandro Martínez¹²², y como reflejaba la inflación superior al 1300% en 1987. La URSS comenzaba a escatimar su apoyo económico y el envío de petróleo, y presionaba en pro de una salida negociada, cortando el suministro de equipo militar a Nicaragua.

Como único elemento positivo que influía en la decisión del gobierno sandinista, se hallaba su relativa victoria sobre la contrarrevolución. Ésta para 1987, aunque no se encontraba aplastada militarmente, como había sido la intención sandinista, había perdido toda posibilidad de derrocar al gobierno revolucionario, y ello había contribuido a reforzar las posiciones del mismo entre sus vecinos centroamericanos.

En esta coyuntura la apuesta del gobierno sandinista por Esquipulas se planteaba, como objetivos prioritarios y alcanzables, la desmovilización de la contra y el fin del enfrentamiento nicaragüense en el marco de una solución del conflicto centroamericano (objetivos que formalmente fueron aceptados por todos los demás gobiernos), así como el rechazo práctico de la política de fuerza de Estados Unidos, la supervivencia y la legitimación de la revolución (objetivos no compartidos por el resto)¹²³.

En el contexto del "vacío diplomático" dejado por Contadora, la iniciativa de Esquipulas había surgido, sin embargo, del presidente Arias de Costa Rica por preocupaciones e intereses bastante divergentes de los que perseguía el gobierno de Nicaragua¹²⁴.

Para Arias eran objetivos claves detener el conflicto bélico que azotaba la región centroamericana y hacer frente a los efectos negativos del mismo en Costa Rica (ola de refugiados, agravamiento de los problemas económicos, y polarización de la sociedad...)¹²⁵.

¹²¹ IHCA, "Larga marcha hacia la cumbre", *Envío*, n° 73, julio 1987, pp. 4-5; y "Centroamérica: entre la guerra y la paz", *Envío*, n° 81, op. cit., pp. 64-65. Véanse también Cynthia J. Arnson, *Crossroads: Congress, the President, and Central America, 1976-1993*, op. cit., pp. 220-223; y Martha Honey, *Hostile Acts*, op. cit., p. 482.

¹²² Henry Ruiz, *entrevista propia*, op. cit.; y Alejandro Martínez Cuenca, *Nicaragua: una década de retos*, op. cit., pp. 129-136

¹²³ Sergio Ramírez, "Esquipulas y el ocaso de la política de cañoneras", *Barricada Internacional*, n° 259, op. cit., pp. 6-7; y Víctor Hugo Tinoco, *Conflicto y paz: el proceso negociador centroamericano*, op. cit. pp. 22.

¹²⁴ Una de las descripciones más detalladas y documentadas del indiscutible papel jugado por Arias, del contexto en que se gestaron los acuerdos de Esquipulas, y de su evolución posterior se encuentra en Vegard Bye, *La paz prohibida: el laberinto centroamericano en la década de los ochenta*, San José: Editorial DEI, 1991, pp. 233-259.

¹²⁵ Oscar Arias Sánchez, "Que nadie se refugie en la guerra", discurso ante el Consejo Permanente de la OEA

El presidente costarricense consideraba, no obstante, que la paz no sería posible sin la democratización previa del régimen revolucionario de Nicaragua, en cuya existencia veía una de las principales causas de la crisis de la región¹²⁶. Arias difería de la administración Reagan en cuanto a la política de fuerza desplegada para desalojar a los sandinistas del poder, pero coincidía en este último objetivo, para cuya consecución juzgaba más apropiada la celebración de elecciones libres en Nicaragua¹²⁷. Y ése fue el punto central de sus presiones sobre Nicaragua durante el proceso de Esquipulas.

Un éxito de Esquipulas significaría, asimismo, para Arias la normalización de las conflictivas relaciones de su país con Nicaragua (esto incluía la retirada de la demanda nicaragüense contra Costa Rica ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya por su apoyo a la contrarrevolución), así como la mejoría de la imagen internacional del país deteriorada por la implicación del gobierno Monge en la estrategia de Washington contra Nicaragua. La concesión del Premio Nobel de la Paz a Arias vendría a avalar sus esperanzas y esfuerzos¹²⁸.

El presidente Cerezo de Guatemala, menos reactivo ante la realidad de la revolución nicaragüense (abogó con fuerza en un primer momento para que no se excluyera a Nicaragua del Plan Arias) veía en Esquipulas una plataforma adecuada para impulsar su idea del Parlamento centroamericano, y una extraordinaria oportunidad para restar legitimidad internacional a la insurgencia guerrillera liderada por la URNG, y para mejorar la imagen de Guatemala, sacándola del ostracismo internacional al que se había visto abocada por la política genocida de los gobiernos militares¹²⁹.

Duarte en El Salvador terminó aceptando Esquipulas, porque estos acuerdos marginaban a la guerrilla del FMLN y exigían que se cortara la ayuda que

(22 septiembre 1987)", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, 19-20, 2º y 3º trimestre 1987, pp. 114-116; "Démole una oportunidad a la paz", discurso ante el Congreso de los Estados Unidos, Washington D.C. (22 septiembre 1987), *Ibid.*, pp. 120-121; y "Un nuevo camino hacia la paz de Centroamérica", discurso en la LII Asamblea General de las Naciones Unidas (23 septiembre 1987)", *Ibid.*, pp. 124-126.

¹²⁶ En declaraciones para una cadena de televisión norteamericana en febrero de 1986 el presidente electo Arias exponía con claridad su juicio acerca del gobierno nicaragüense: "*América Latina es consciente -sostenía Arias- que nunca habrá paz en Centroamérica, mientras exista en Nicaragua un régimen marxista con las características de los nueve comandantes*", entrevista reproducida en Marc Falcoff, y Robert Royal (eds.), *The Continuing Crisis: U.S. Policy in Central America and in the Caribbean*, Lanham, MD: Ethics and Public Policy Center, University Press of America, 1987, p. 178.

¹²⁷ En la misma entrevista citada el presidente Arias al explicar su oposición a la ayuda norteamericana para la contra, afirmaba: "*¿Cuál es la intención de dar ayuda a los contras?. ¿Es la de conseguir que se libren de los sandinistas?. El principal objetivo del presidente Reagan es doblegar a los sandinistas, y conseguir que cedan, pero, en vez de eso, ¿qué ha sucedido?. La realidad es que ha ocurrido lo contrario. Los sandinistas se han cerrado más aún; y se han convertido en un régimen aún más autoritario y totalitario y menos dispuesto al diálogo... Nosotros tenemos que doblegar a los sandinistas no con ayuda militar (a los contras), sino más bien volviéndoles las espaldas, como el mundo latinoamericano está haciendo ahora... Vamos a conseguir que Nicaragua ceda, pero nunca armando a unos pocos contras*", *Ibidem*.

¹²⁸ Oscar Arias Sánchez, "Carta a Daniel Ortega", (14 enero 1988), *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, 22, 1º trimestre 1988, pp. 97-99.

¹²⁹ El protagonismo inicial de Vinicio Cerezo en el apoyo al proceso de paz es destacado por varios autores. Véanse Susanne Jonas, *The Battle for Guatemala*, op. cit., pp. 202-203; Tom Barry, *Central America Inside Out*, op. cit., p. 230; e IHCA, "Larga marcha hacia la cumbre", *Envío*, n° 73, op. cit., p.5; y "Centroamérica: entre la guerra y la paz", *Envío* n° 81, op. cit., pp. 27-28.

supuestamente la guerrilla recibía de Nicaragua¹³⁰. El apoyo a Esquipulas significaba también, para Duarte primero y para Cristiani más, tarde la legitimación internacional de sus gobiernos combatidos por los revolucionarios del FMLN durante toda la década de los 80¹³¹.

Y el presidente Azcona de Honduras, después de muchas vacilaciones, admitió los planteamientos de Esquipulas ante la incertidumbre producida por los cambios políticos en Estados Unidos y con la esperanza de que los acuerdos se convirtieran en la oportunidad para desembarazarse de la presencia del ejército contrarrevolucionario nicaragüense en su territorio. La contrarrevolución para ese momento se había transformado en una carga pesada de la que la mayoría de los sectores hondureños querían desprenderse¹³².

En los acuerdos firmados el 7 de agosto de 1987 en la ciudad de Guatemala los presidentes centroamericanos se comprometían a buscar la paz en la región, planteando el cumplimiento de una serie de puntos relacionados básicamente con los problemas políticos internos que habían estado en el origen y desarrollo de la crisis.

Entre esos puntos merecen destacarse la reconciliación nacional -que incluía el diálogo con los grupos políticos opositores y la amnistía-, el cese de hostilidades, el impulso de un proceso de democratización, la celebración de elecciones libres, el fin de la ayuda a las fuerzas irregulares, la no utilización del territorio para desestabilizar a los gobiernos de los países vecinos, la continuación de las negociaciones iniciadas en Contadora sobre seguridad, verificación, control y limitación de armamento, y por último la atención a los flujos de refugiados. Se aludía también a unos vagos "*acuerdos para acelerar el desarrollo*" económico. Y se creaba una Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento (CIVS) de los acuerdos. Estos debían ejecutarse "*de forma simultánea*" a partir de un plazo de 90 días¹³³.

En estos compromisos se hacía un énfasis especial en la democratización interna de cada país y en la celebración de elecciones libres y pluralistas, como el motor del cumplimiento de todos los acuerdos. Y a diferencia de Contadora, la fuerza del pacto

¹³⁰ El FMLN, sin embargo, consideró positivos los acuerdos de Esquipulas, calificándolos como "*una expresión de autonomía centroamericana frente a la obstinada política agresiva de intervención y guerra en que se encuentra empeñado el actual gobierno de Estados Unidos en esta región*", (FDR-FMLN, "Informe del FDR-FMLN sobre la tercera reunión de diálogo", Revista *Venceremos*, Especial, 16 octubre 1987). En una emisión especial de la Radio Venceremos del FMLN el 27 de agosto de 1987 se aludía a "*la ilusa pretensión de Duarte de crear un problema logístico y diplomático al FMLN (al firmar los acuerdos)*", en la medida que el FMLN tenía sus bases principales dentro del país. Sin embargo años después, Facundo Guardado, dirigente del FMLN, reconocía que Esquipulas les había presionado, hasta el punto que adoptaron la táctica de hacerse los desentendidos para ganar tiempo, (*entrevista propia*, op. cit.).

¹³¹ Cristiani persiguió y consiguió esta legitimación de parte de los restantes gobiernos centroamericanos, incluido el sandinista, en la reunión de San Isidro Coronado (Costa Rica), celebrada en el marco de Esquipulas. El FMLN, como he señalado, rechazó la declaración conjunta de los presidentes centroamericanos.

¹³² Véase Tom Barry, y Kent Norsworthy, *Honduras: A Country Guide*, op. cit., pp. 25-27.

¹³³ "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica (Ciudad de Guatemala, 7 de agosto de 1987)", reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, op. cit., pp. 448-455.

no estaba tanto en consideraciones jurídicas, cuanto en la voluntad política de los gobiernos firmantes para encontrar una solución negociada a la crisis.

Ahora bien el desarrollo del propio proceso de paz confirmó que ambos aspectos, democratización y voluntad política, en la práctica se centraban y reducían a un solo país, Nicaragua, por más que los compromisos afectaban por igual a todos los gobiernos centroamericanos.

Las primeras pruebas de ello fueron la eliminación de la exigencia de simultaneidad en el cumplimiento de los acuerdos y la disolución, en enero de 1988, de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento de los mismos (la cual había elaborado un informe muy favorable a Nicaragua y crítico con el resto)¹³⁴.

A partir de ese momento -la tercera reunión de los presidentes centroamericanos celebrada en San José- Esquipulas se orientó de manera exclusiva hacia Nicaragua. El gobierno sandinista aceptó este giro iniciando una estrategia de concesiones unilaterales en torno al diálogo con la contrarrevolución armada y a la celebración de elecciones, con la esperanza de que dicho planteamiento tuviera como contrapartida la implicación del resto de los gobiernos centroamericanos en la desmovilización del ejército contrarrevolucionario que tenía sus bases principales en Honduras. La estrategia funcionó formalmente en la medida que los gobiernos centroamericanos, incluido el hondureño, se comprometieron una y otra vez (en Esquipulas IV, V y VI¹³⁵) con plazos concretos, a promover acciones para la desmovilización de los contrarrevolucionarios de la Resistencia Nicaragüense¹³⁶. Pero en la práctica dicho compromiso no tenía ningún valor, pues Estados Unidos continuaba proporcionando "ayuda humanitaria" a la contrarrevolución, ésta siguió operando militarmente incluso durante el proceso electoral en 1990, y ningún gobierno -tampoco el hondureño- realizó actividad alguna dirigida a que el compromiso se cumpliera¹³⁷.

¹³⁴ Véanse "Declaración conjunta de los presidentes de Centroamérica (San José, Costa Rica, 16 de enero de 1988)", reproducido en *Pensamiento Propio*, Servicios Especiales-Actualidad Centroamericana, n° 13, 1-15 enero 1988, p.17; Daniel Ortega, "Discurso en el acto de celebración del 121 aniversario del nacimiento de Rubén Darío (Ciudad Darío, 17 de enero de 1988)", reproducido en *Pensamiento Propio*, op. cit., pp. 10-11; y CIVS, "Extractos del informe final de la CIVS", reproducido en *Pensamiento Propio*, Servicios Especiales-Actualidad Centroamericana, n° 14, 15-31 enero 1988, pp. 16-18. Véanse las atinadas críticas del profesor Herrera Cáceres a la decisión de suprimir la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento en H. Roberto Herrera Cáceres, *Democracia, desarrollo y paz en Centroamérica (Las Cumbres Presidenciales)*, Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, S.A., 1989, pp. 32-34.

¹³⁵ Denominación informal de las reuniones de los presidentes centroamericanos en Costa del Sol (El Salvador), 13 y 14 de enero de 1989, en Tela (Honduras), 5, 6 y 7 de agosto de 1989, y en San Isidro Coronado (Costa Rica), 10, 11, y 12 de diciembre de 1989.

¹³⁶ Véanse "Declaración conjunta de los presidentes centroamericanos", *Barricada Internacional*, n° 286, 25 febrero 1989, p. 3; "Declaración conjunta de los presidentes centroamericanos", *Barricada Internacional*, n° 298, 19 agosto 1989, p. 15; y "Declaración de San Isidro de Coronado", *Barricada Internacional*, n° 307, 23 diciembre 1989, p. 6.

¹³⁷ En una crítica unilateral, pero señalando una de las debilidades reales del proceso de Esquipulas, Petras y Morley califican la "falta de reciprocidad" de los gobiernos centroamericanos como "la característica más destacada" del mismo, (James Petras, y Morris Morley, *Latin America in the Time of Cholera. Electoral Politics, Market Economics, and Permanent Crisis*, New York: Routledge, 1992, p. 130). Con una visión también crítica sobre el proceso, Jonas reconoce, sin embargo, que éste "representó una ruptura con el pasado,...legitimando demandas en pro de la democracia y de la negociación" incluso en países como Guatemala, (Susanne Jonas, "Central America in the Balance: Prospects for the 1990s", *Monthly Review*, junio 1990, p. 16).

De un planteamiento inicial amplio (democratización, elecciones pluralistas, reconciliación nacional, acuerdos para el desarrollo...) para toda Centroamérica, el proceso de Esquipulas se había concentrado en lo que Norsworthy denomina "*un cambio de balas por votos*"¹³⁸, y sólo en Nicaragua.

Al final del proceso de paz se celebraron elecciones libres y pluralistas en Nicaragua, pero la contrarrevolución siguió disparando sus balas durante la campaña electoral con el propósito manifiesto de intimidar a los votantes e influir en su decisión, objetivos ambos sobradamente alcanzados.

La continuación del apoyo a la Resistencia Nicaragüense contrarrevolucionaria ejemplifica la posición de Estados Unidos frente al proceso de paz de Esquipulas y muestra una de las debilidades más graves de esta iniciativa.

Las discusiones, negociaciones y acuerdos de los gobiernos centroamericanos tenían un valor reducido en la medida que ni obligaban ni eran asumidos por un actor clave como Estados Unidos. La administración Reagan se oponía de una forma absoluta a los acuerdos, mientras la administración Bush lo hizo de una manera sutil y oportunista.

La oposición de la administración Reagan a Esquipulas, como he señalado en el capítulo quinto, se manifestaba de forma pública con sus declaraciones y sobre todo con sus hechos, al continuar con su política de soporte logístico a la contrarrevolución nicaragüense, a pesar de las exigencias de los acuerdos de paz¹³⁹, y al presionar a sus aliados centroamericanos, especialmente al gobierno Arias, para que aceptaran las directrices norteamericanas de apoyo a los contras¹⁴⁰.

La administración Bush, con el apoyo del Partido Demócrata, aceptaba la vía política de las elecciones para desplazar a los sandinistas del poder, pero, también en contra de las disposiciones de Esquipulas, imponía la supervivencia de la contrarrevolución hasta después de las elecciones, como forma complementaria de presión militar sobre el gobierno sandinista¹⁴¹.

¹³⁸ Kent Norsworthy, *Nicaragua: A Country Guide*, op. cit., p. 42.

¹³⁹ Steven V. Roberts, "Reagan Favors Contra Aid Until After Cease-Fire", *The New York Times*, 16 agosto 1987, p.5; Joel Brinkley, "Reagan, Faulting Peace Bid, Insists on New Contra Aid", *The New York Times*, 26 septiembre 1987, pp. 1 y 6; Joel Brinkley, "Reagan Adamant in Vowing to Push More Contra Aid", *The New York Times*, 8 octubre 1987, pp. A1 y A12; Elaine Sciolino, "Reagan Will Seek More Contra Aid Despite New Move", *The New York Times*, 18 enero 1988, pp. A1 y A8; Steven V. Roberts, "Reagan Presses Case for Aid to Nicaragua Rebels", *The New York Times*, 31 enero 1988, p. 16; y Robert Pear, "Aiding Contras: White House Weighs New Fight", *The New York Times*, 16 junio 1988, p. 8.

¹⁴⁰ Neil A. Lewis, "4 Latin Presidents cautioned by U.S. on Contras Fate", *The New York Times*, 13 enero 1988, pp. A1 y A12. Sobre las presiones a Honduras y Costa Rica véase asimismo Dario Moreno, *The Struggle for Peace in Central America*, Gainesville, FL: University Press of Florida, pp. 96-97.

¹⁴¹ Bernard Weinraub, "Bush, Uneasy About Latin Pact, Wants Contra Humanitarian Aid", *The New York Times*, 17 febrero 1989, p. A6; Robert Pear, "U.S. Envoy Urges Hondurans to Let the Contras Stay", *The New York Times*, 14 marzo 1989, pp. A1 y A5; Mark A. Uhlig, "Honduras, Shifting to U.S. Stand, Won't Evict Contras from Bases", *The New York Times*, 23 marzo 1989, pp. A1 y A8; Robert Pear, "Tentative Accord Set in Washington on Aid to Contras", *The New York Times*, 24 marzo 1989, pp. A1 y A2; Bernard Weinraub, "Bush and Congress Sign Accord on Aid to Contras. Bipartisan Effort", *The New York Times*, 25 marzo 1989, pp. 1 y 6;

A la lógica incapacidad de los países firmantes de Esquipulas para obligar a Estados Unidos a cumplir los acuerdos se añaden otras limitaciones del proceso de paz que explican tanto su dificultoso caminar como los contradictorios resultados del mismo.

La reducción de Esquipulas al conflicto nicaragüense -por más que fuera aceptada por el gobierno sandinista, obligado por las circunstancias- dejaba al descubierto la visión del resto de los gobiernos de la región: el problema de Centroamérica era la Revolución Sandinista, los conflictos en curso se originaban en ella, y podían terminar con ella. Y como recoge Debene, para esos gobiernos "*la salida de la crisis residía en el abandono del poder de los sandinistas*"¹⁴². De hecho, tras la salida de los sandinistas del gobierno, la iniciativa de Esquipulas prácticamente desapareció, aunque no cabe duda de que los esfuerzos realizados entonces terminaron por influir en los acuerdos de paz de 1992 en El Salvador, y en los de 1996 en Guatemala. Pero los graves problemas económicos y sociales, que habían sido un sustrato clave en el conflicto centroamericano y habían sido dejados de lado en el proceso de paz, persistían al final del mismo¹⁴³.

Otra de las debilidades del proceso de paz que influyeron en que los resultados finales del mismo no fueran tan diáfanos, como incluso los sandinistas pretenden hacer ver, fue la falta de independencia de los gobiernos de Centroamérica con respecto a las dos superpotencias.

Aunque se debe destacar la actitud inicial de dichos gobiernos de buscar una vía de negociación relativamente al margen de Washington, los hechos posteriores confirmaron que si Esquipulas se mantuvo vivo por las concesiones unilaterales de Nicaragua, éstas tenían bastante que ver no solo con la crítica situación económica del país, con el retroceso en los avances sociales del proceso revolucionario y con la sobrevaloración sandinista del apoyo interno a dicho proceso, sino también con las "presiones" reales de Moscú (reducción de ayuda económica y cese del envío de armamento), tras las discusiones entre las dos superpotencias sobre el conflicto centroamericano¹⁴⁴.

y Robert Pear, "U.S. Official Presses for an Extension for Contras", *The New York Times*, 3 agosto 1989, p. A11.

¹⁴² Olivier Debene, *América Latina en el siglo XX*, Madrid: Editorial Síntesis, p. 184.

¹⁴³ Sobre las diferencias, en relación a Esquipulas, entre los procesos de negociación de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, véase Pedro Ibarra, *Centroamérica: Conflicto y Negociación*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 1991, pp. 102-103. Una valiosa síntesis de los tres procesos de pacificación centroamericanos se halla en Patricia Ardón, *La paz y los conflictos en Centroamérica*, Guatemala: CIDECA/OXFAM, 1998, pp. 40-149. Un interesante análisis centrado en la evolución (dificultades y logros) de los tres procesos de paz una vez concluido el conflicto militar está presente en la obra colectiva editada por Cynthia Arnson, (ed.). *Comparative Peace Process in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1999, específicamente en el capítulo 2 (Rosa Spalding, "From Low-Intensity War to Low-Intensity Peace: The Nicaraguan Process", pp. 31-64), en el capítulo 3 (Antonio Cañas, y Héctor Dada, "Political Transition and Institutionalization in El Salvador", pp. 69-95), y en el capítulo 4 (Dinorah Azpuru, "Peace and Democratization in Guatemala. Two Parallel Processes", pp. 97-125).

¹⁴⁴ Véase el ya citado artículo sobre la colaboración entre Estados Unidos y la URSS en relación a la crisis centroamericana: Michael Kramer, "Anger, Bluff and Cooperation", *Time*, n° 23, op. cit., pp. 22-28. Véanse también Associated Press, "Soviets Said to Halt Arms Aid to Nicaragua", *The New York Times*, 16 mayo 1989; y Michael R. Gordon, "East-Bloc Is Said to Cut Managua Aid", *The New York Times*, 5 octubre 1989, p. 3.

Es unilateral plantear, como hace Wiarda, que Esquipulas sólo funcionó cuando Washington y Moscú llegaron a acuerdos sobre el conflicto¹⁴⁵, pero también lo es el pasar por alto este hecho y considerar que Esquipulas se debió sólo a la voluntad política de los gobiernos centroamericanos¹⁴⁶.

Controvertido y contradictorio es asimismo el resultado final del proceso de paz. Desde la perspectiva de la región centroamericana en su conjunto, Esquipulas continuó con la dinámica de negociación iniciada por Contadora para acabar con el conflicto, y contribuyó a concluirlo en Nicaragua, y menos en El Salvador y Guatemala. En cualquier caso ayudó a suavizar las tensiones regionales, y a que la opción diplomática estuviera por encima de la vía militar de Washington, consiguiendo cuestionar esta última, así como restablecer la comunicación y el diálogo entre gobiernos enfrentados durante toda la década.

Aprovechando la temporal debilidad de la administración Reagan y una coyuntura internacional favorable, Esquipulas supuso también un momento de cierto despeje de la histórica supeditación del área a los dictados de Washington.

Con Esquipulas ganaron legitimidad todos los gobiernos centroamericanos, y de forma especial el gobierno Arias como impulsor inicial del plan, y el propio gobierno sandinista, cuyas decisiones (diálogo directo con la contra, celebración de elecciones libres y limpias, y aceptación de los resultados...) otorgaron -bien que tardíamente- a la revolución un reconocimiento internacional negado durante los años anteriores.

Pero Esquipulas contemplado desde la intencionalidad sandinista de utilizarlo como una vía para -además de conseguir la paz- preservar la Revolución, no consiguió este último objetivo, sino que más bien se convirtió en lo que el Instituto Histórico Centroamericano llama "*una herramienta*" para domesticar y cooptar el proceso revolucionario nicaragüense¹⁴⁷.

¹⁴⁵ Howard J. Wiarda, *American Foreign Policy Toward Latin America in the 80s and 90s*, New York: New York University Press, 1992, p. 115.

¹⁴⁶ Diversos autores hacen excesivo hincapié en la autonomía que demostraron los países centroamericanos al llevar adelante el proceso de paz. Véanse Deborah Barry, y Rodolfo Castro, "Negotiations, the War and Esquipulas II", en Anjali Sundaram, y George Gelber (eds.), *A Decade of War*, New York: Monthly Review Press, 1991, p. 123; Luis G. Solís, "Collective Mediations in the Caribbean Basin", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems*, op. cit., p. 112; Francisco Rojas Aravena, "Esquipulas II: cuatro años de negociaciones por la paz", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, 36, 3º trimestre 1991, p. 10; James Dunkerley, *The Pacification of Central America*, London: Verso, 1994, pp. 40-46; y Francisco Rojas Aravena, y Luis Guillermo Solís, "Central America and the United States", en Heraldo Muñoz, y Joseph S. Tulchin (eds.), *Latin American Nations in World Politics*, Boulder: Westview Press, 1996, pp. 117-121. Para una visión más equilibrada sobre Esquipulas y la autonomía de los gobiernos centroamericanos véanse Gabriel Aguilera, Abelardo Morales y Carlos Sojo, *Centroamérica: de Reagan a Bush*, San José: FLACSO, 1991, pp. 22-26; Dario Moreno, *The Struggle for Peace in Central America*, op. cit., p. 135; y Alberto Van Klaveren, "Understanding Latin American Foreign Policies", en Heraldo Muñoz, y Joseph S. Tulchin (eds.), *Latin American Nations in World Politics*, op. cit., pp. 53-54.

¹⁴⁷ IHCA, "Centroamérica: entre la guerra y la paz", *Envío*, nº 81, op. cit., pp. 86 y 89. Augusto Zamora cuestiona a Esquipulas, "*ceremonia de autoengaño colectivo*", de una manera aún más rotunda, aunque unilateral: "*El acuerdo de Esquipulas -señala Zamora-, después de haber enterrado la revolución en Nicaragua, dejó a Centroamérica en el lugar que siempre le asignó el imperio: un triste rincón en el 'patio trasero'*": véase

Esquipulas en ese sentido fue un escenario ambivalente para la Revolución: en él se fraguaron tanto el final del conflicto nicaragüense, como las condiciones para que el FSLN perdiera el poder. Las continuas concesiones sandinistas sin contrapartida desde Washington crearon un ambiente propicio para la derrota electoral y, en cierto sentido, para el triunfo parcial de la estrategia estadounidense: la reintegración de Nicaragua al concierto de democracias parlamentarias latinoamericanas, aliadas de Estados Unidos.

No se había producido la victoria total, el aplastamiento militar de la revolución sandinista -objetivo primero de Washington-, pero al menos los sandinistas habían sido obligados por los votos a abandonar el gobierno.

Tras haber recuperado su hegemonía rota por la revolución nicaragüense en 1979, para Estados Unidos comenzaba una nueva etapa. Su objetivo en ella sería impedir que los sandinistas volvieran al poder, pero lo más importante estaba conseguido: lo habían perdido.

IX.5. Contadora y Esquipulas: reintegración de Nicaragua a la homogeneidad internacional

Pese a las contradicciones de Esquipulas y a las debilidades de Contadora, es necesario señalar también que ambos proyectos habían sido asumidos por el gobierno nicaragüense incluso con cierto protagonismo tras algunos momentos de vacilación. Esta apuesta sandinista por las dos alternativas citadas mostraba su voluntad de aceptar a los gobiernos de América Latina como marco de la resolución del conflicto propio, y el papel activo de la propia revolución nicaragüense en la búsqueda de una salida política al mismo, realizando una serie de concesiones políticas a cambio.

Si la aceptación del marco latinoamericano primero y centroamericano más tarde, era un índice también de la moderación de la política exterior sandinista (máxime, cuando en los inicios de la revolución, la preferencia sandinista se había inclinado por las soluciones bilaterales), una demostración aún mayor del creciente pragmatismo sandinista en sus relaciones con los gobiernos vecinos y en las políticas internas de la revolución fueron las medidas políticas (nueva ley electoral, diálogo

Augusto Zamora, "Contadora y Esquipulas 10 años después", <http://www.uca.edu.ni/revistas/envio/oct97>. Para una valoración de Esquipulas por parte de algunos de sus protagonistas con la perspectiva de una década, véase Jaime Ordóñez, y Nuria Gamboa (eds.), *Esquipulas, diez años después ¿Hacia dónde va Centroamérica?*, San José: EDUCA/CSUCA: Asociación Hombres de Maíz, 1997. Entre los entrevistados en esta obra (los ex presidentes Oscar Arias y Vinicio Cerezo, y el ex canciller Miguel D'Escoto entre otros) hay una amplia coincidencia tanto sobre los efectos positivos de Esquipulas para toda Centroamérica en lo político, al generar un proceso de diálogo, de paz y de democracia, como sobre la inexistencia de resultados económicos y sociales para la mayoría de la población. La respuesta de Luis Fley, ex comandante de la Resistencia Nicaragüense contrarrevolucionaria, representa una amarga síntesis de ello: "*Nicaragua ha cambiado, pero veo mayor distancia entre ricos y pobres, el país vive en condiciones de paz, pero no veo progresos en el tema de la pobreza...El campesino continúa marginado. A diez años de estos acuerdos, el campo nicaragüense carece de salud, educación, seguridad, crédito, tierra, capacitación técnica,(y) caminos*", (entrevista en Jaime Ordóñez, y Nuria Gamboa (eds.), *Esquipulas, diez años después*, op. cit., pp. 180-181).

directo con la contrarrevolución, libertad de expresión para los medios opositores...) derivadas de los compromisos contraídos en las cumbres de Esquipulas con el resto de países centroamericanos.

Esta mayor flexibilidad sandinista -conviene recordarlo- se producía a partir de la nueva atmósfera de entendimiento que el fin de la Guerra Fría generaba entre Estados Unidos y la URSS, de la influencia determinante de esta última sobre Nicaragua, y de la propia percepción del gobierno revolucionario acerca de la gravísima crisis económica en que se encontraba el país.

En esto también en cierto sentido la revolución nicaragüense seguía los pasos de revoluciones precedentes e incluso los sobrepasaba, cuando a finales de la década de los 80 aceleraba su acomodamiento al orden internacional establecido: la renuncia a un modelo de economía planificada y la aceptación definitiva del sistema democrático parlamentario con todas sus consecuencias, aún antes de que se hubieran derrumbado los regímenes del socialismo real de Europa oriental, reflejaban la profunda transformación ideológica de la dirección revolucionaria, su comprensión de la imposibilidad de hacer avanzar el proceso revolucionario según sus esquemas iniciales, y su capacidad para liderar la transición de una experiencia revolucionaria hacia un sistema político normalizado.

Desafortunadamente para Nicaragua este cambio tenía lugar demasiado tarde y en el momento de mayor debilidad interna y externa de la revolución. Y esta situación de debilidad, aprovechada por los gobiernos vecinos y por la oposición interna, fue el marco idóneo para la derrota electoral del sandinismo y el fin de la revolución.

X. CONCLUSIONES

Del análisis realizado sobre la política exterior revolucionaria durante el sandinismo (1979-1990) se desprenden algunas evidencias claras. Sólo se puede entender la evolución y la derrota final de la revolución nicaragüense en el contexto del acoso a que fue sometida por los gobiernos republicanos de Estados Unidos durante los 80. En ese escenario la revolución nicaragüense desarrolló una política exterior compleja, brillante en algunos momentos, contradictoria en otros, relativamente diferente a la de experiencias revolucionarias anteriores, y coincidente con éstas en algunos comportamientos, pero básicamente más pragmática.

Este pragmatismo, su presencia en foros y escenarios internacionales y su recurso, como defensa, a las leyes internacionales, no impidieron el final de la revolución pero en última instancia contribuyeron a que ésta no fuera destruida militarmente con todas las consecuencias de tabla rasa que ello hubiera significado para la sociedad nicaragüense. La derrota electoral significó la pérdida del poder, pero también dio paso a la retirada relativamente ordenada de los sandinistas a la oposición política.

Del estudio también fluye otra evidencia: las bondades de la política exterior -con sus muchas contradicciones- no pueden suplir las fallas y los errores de la política interna, que, estimulados por la intervención norteamericana, fueron decisivos para el fin de la revolución nicaragüense, anulando en buena parte los éxitos internacionales.

Varias conclusiones emergen, pues, del estudio de la política exterior de la revolución sandinista, arrojando luz sobre una experiencia que contribuyó a transformar la sociedad nicaragüense y centroamericana, desplegó importantes esfuerzos para relacionarse con el sistema internacional de una manera relativamente heterodoxa en la tradición revolucionaria, y alcanzó hitos a tener en cuenta en los enfrentamientos entre pequeños estados y grandes potencias. El alcance de estos logros, sin embargo, está limitado por las irrepetibles características del momento internacional en que se desarrolló la revolución en Nicaragua, así como por el hecho de que ésta se convirtió en la práctica en una de las últimas experiencias en que confluyeron el mito de la revolución y la realidad de un modelo agotado.

La conclusión inicial es que la revolución nicaragüense se vio mediatizada y finalmente truncada por la multilateral intervención de los gobiernos norteamericanos de Ronald Reagan y George Bush.

La revolución sandinista tuvo lugar en un contexto internacional especialmente difícil. Sus inicios discurren en medio de lo que se llamó la Segunda Guerra Fría. Nicaragua se convirtió en ese momento en uno de los blancos escogidos por el gobierno Reagan para lanzar su contraofensiva en contra del supuesto expansionismo soviético en el Tercer Mundo.

Para impedir la consolidación de la experiencia sandinista y, llegado el caso, destruirla, la administración Reagan utilizó de manera obsesiva y desproporcionada todos los recursos posibles: presiones diplomáticas, sanciones económicas, campañas propagandísticas y, preferentemente, la fuerza militar del ejército de la Resistencia contrarrevolucionaria.

Las consecuencias de esta intervención norteamericana y de la guerra por ella alimentada en suelo nicaragüense (destrucción de cuantiosos recursos económicos, dedicación de una gran parte del presupuesto nacional a la guerra, crisis económica casi insalvable, decenas de miles de víctimas entre muertos, desplazados, refugiados y emigrados, políticas sandinistas erradas con los campesinos y con los indígenas, descontento de la población por el servicio militar obligatorio...) llevaron a la revolución a una situación muy crítica, y empujaron al gobierno sandinista a aceptar una salida política al conflicto.

Esta salida política -diálogo con las fuerzas contrarrevolucionarias y elecciones libres- estuvo además propiciada por la nueva atmósfera de entendimiento del final de la Guerra Fría entre Washington y Moscú. Mientras el gobierno de G. Bush apostaba por presionar a los sandinistas dejando en un segundo plano la fuerza militar, la URSS de Gorbachov "instaba" al gobierno revolucionario a no rechazar tal solución.

La derrota electoral sandinista significó el fin del proceso revolucionario institucionalizado y una gran victoria, aunque no absoluta, para Estados Unidos. Los esfuerzos de los gobiernos norteamericanos (más centrados en las presiones militares durante la administración Reagan, y complementados con una mayor flexibilidad por parte de la administración Bush) dieron sus frutos, y Nicaragua se reintegró en 1990 a la órbita de Washington.

La intervención norteamericana, temida por los sandinistas aún antes de que se produjera, no solo permeó e infectó las decisiones y actuaciones del gobierno nicaragüense en política interior, así como el mismo desarrollo de la revolución, sino que también fue un factor clave para que el gobierno sandinista planteara desde el principio una estrategia de política exterior defensiva, a la vez que ambiciosa, centrada en hacer frente al acoso norteamericano.

Segunda conclusión: la acción de la política exterior de la revolución nicaragüense se basó fundamentalmente en la presencia pragmática y activa, con una perspectiva de no alineamiento, en los distintos espacios de la sociedad internacional.

Por primera vez en su historia Nicaragua desarrolló una política exterior sumamente visible y abierta con las dificultades y, paradójicamente, las oportunidades de hacerlo en el marco de una revolución asediada en la agonía de la Guerra Fría.

La política exterior del gobierno revolucionario, pese a sus coincidencias ideológicas con los países socialistas, fue no alineada en lo sustancial, como demuestran las declaraciones de sus dirigentes, sus votaciones en las Naciones Unidas y sobre todo el haber impulsado una estrategia exterior de relaciones múltiples, aprovechando los espacios favorables del contexto internacional. Sin embargo esta política de no alineamiento quedó oscurecida por la obligada dependencia militar con respecto a la Unión Soviética y por sus relaciones estrechas con Cuba.

El comportamiento exterior de la Nicaragua revolucionaria no discurrió por los caminos radicales de otras revoluciones. Pese a algunas coincidencias con éstas, el gobierno revolucionario optó por una presencia más convencional y normalizada en la escena internacional, con el fin de recabar diferentes y amplios apoyos frente a las políticas de acoso de Estados Unidos, y para asegurar así la existencia de la revolución.

A la Nicaragua revolucionaria le fue de gran utilidad el haber impulsado una estrategia multilateral de relaciones internacionales. De organizaciones como la ONU y la OEA y de movimientos como el de los No Alineados Nicaragua obtuvo numerosas declaraciones defendiendo la existencia de la revolución. Y en la Corte Internacional de Justicia de La Haya consiguió la condena de Estados Unidos por sus agresiones contra la revolución.

Estos apoyos, aunque limitados e incapaces de detener el intervencionismo norteamericano, tenían una gran significación política, primero porque demostraban que destacados actores de la comunidad internacional se posicionaban en contra de tales agresiones, y segundo porque con el amparo de las más altas organizaciones mundiales y regionales Nicaragua conseguía en alguna medida frenar las campañas de desprestigio lanzadas en contra de la revolución por Estados Unidos, y evitar así el aislamiento internacional.

En el bloque de los países socialistas, en especial en la URSS y Cuba, Nicaragua consiguió una estratégica ayuda para que la revolución no fuera aniquilada: el equipamiento militar y el suministro de petróleo fueron decisivos para su supervivencia hasta 1990, pero esto conllevó una dependencia excesiva con consecuencias importantes en momentos claves del final del proceso.

En los países capitalistas de Europa occidental -sobre todo en aquellos gobernados por partidos socialdemócratas- Nicaragua buscó y halló colaboración económica y cierto soporte político. Por debajo de sus expectativas y con más contradicciones de lo que hubiera deseado. Pero suficiente para proyectar la imagen de un gobierno revolucionario no ligado totalmente a la órbita de Moscú.

De América Latina Nicaragua consiguió que jugara un decisivo papel de mediación en el conflicto nicaragüense, dificultando con la alternativa de Contadora la intervención militar masiva de Estados Unidos contra la revolución.

El gobierno sandinista incluso no renunció a que sus hostiles vecinos de Centroamérica terminaran aceptando la existencia de la revolución, y lo consiguió durante las negociaciones de Esquipulas, aunque para ese momento estaban ya maduras las condiciones para la derrota revolucionaria: Esquipulas fue el marco en el que tuvo lugar dicha derrota, pero también posibilitó que el conflicto bélico nicaragüense concluyera.

Y finalmente ni siquiera con su enemigo principal, Estados Unidos, Nicaragua dejó de intentar el que pudiera producirse un cambio de actitud y el reconocimiento final del hecho revolucionario. Pero, como ha quedado planteado, lo hizo con muchas contradicciones, de manera intermitente y sin una convicción firme.

Fuera del marco convencional de las relaciones internacionales la revolución nicaragüense gozó de la solidaridad de distintos sectores de la sociedad civil internacional, en los que se apoyó para presionar al gobierno de Estados Unidos y a los gobiernos aliados de éste en pro de un cambio de la política norteamericana hacia Nicaragua.

Lo más destacable de este movimiento internacional fue su dimensión política traducida en múltiples actividades para denunciar la actuación de los gobiernos estadounidenses en contra de la revolución sandinista, informar y alertar a la opinión pública de sus países acerca de ello, y contribuir a que no se produjera una intervención masiva.

Sin embargo el esfuerzo de las redes de solidaridad también fue insuficiente para detener la política de los gobiernos estadounidenses. Además de limitaciones objetivas como la falta de recursos financieros, se pueden apuntar otros factores más importantes que contribuyeron a que el movimiento de solidaridad con Nicaragua no alcanzara la eficacia buscada: confusión entre objetivos políticos y humanitarios, falta de coordinación de los esfuerzos de todo el movimiento, incapacidad de llegar con sus mensajes de forma efectiva a los grandes medios de comunicación, dependencia de las directrices de Managua, y ausencia de espíritu crítico con la revolución a la que querían defender.

De los distintos logros de la estrategia internacional de la revolución sandinista quiero hacer énfasis en el que muestra mejor el protagonismo y el pragmatismo

desplegados internacionalmente por la revolución. Es decir, el recurso a la legalidad internacional como legado histórico de la revolución nicaragüense.

Esta es sin duda una de las principales aportaciones de su política exterior, supone una importante contribución al reforzamiento del predominio del derecho internacional incluso en momentos en que una gran potencia impulsa una política de agresión contra un estado débil, pequeño y revolucionario, y, de acuerdo con Augusto Zamora, consolida una tendencia de la sociedad internacional a *"fortalecer los medios pacíficos frente a quienes prefieren seguir esgrimiendo el big stick y las cañoneras como fundamento de las relaciones internacionales"*¹.

El recurso de la revolución sandinista a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) presupone dos planteamientos básicos: Primero, el gobierno revolucionario nicaragüense confiaba en la imparcialidad de este alto tribunal y no lo consideraba una prolongación del poder y de la hegemonía de Estados Unidos. Segundo, Nicaragua acudía a la Corte Internacional de Justicia en la medida que su comportamiento exterior se había atendido básicamente al respeto de las leyes internacionales.

La sentencia de la CIJ condenando varias de las políticas de agresión de EEUU tuvo un elevado valor político para Nicaragua: fortalecía su imagen en la sociedad internacional, se convertía en uno de los principales obstáculos para que la política de aislamiento contra la revolución alcanzara éxito, y en cierto modo justificaba indirectamente el que Nicaragua solicitara ayuda militar en los países socialistas para defender su soberanía y el derecho a decidir su destino.

Pese a esos aspectos positivos, la sentencia no garantizaba que la potencia condenada -Estados Unidos- se sometiera a la misma y aceptara indemnizar al país centroamericano. Y en este sentido el derecho internacional sufría una derrota moral en la medida que las instituciones internacionales que velan por su cumplimiento no tenían poder para obligar a esa gran potencia a la ejecución de la sentencia.

El mensaje derivado de estos hechos era, por tanto, ambivalente. El recurso a la legalidad internacional tiene un valor político y simbólico importante para un pequeño país agredido, pero no consigue detener la agresión.

En síntesis, la experiencia nicaragüense muestra que el apoyo de la justicia internacional no es suficiente. Por ello en un contexto de amenazas exteriores el buscar el amparo de las leyes internacionales, aunque deba ser una política obligada y llegue a conseguir resultados positivos, como en Nicaragua, tiene que formar parte de una estrategia integral de defensa que incluya el mantenimiento de relaciones políticas y económicas multilaterales, la defensa militar del estado amenazado, y, sobre todo, el acierto en las políticas internas.

¹ Augusto Zamora R., *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua 1979-1990*, op. cit., p. 500.

Tercera conclusión: el pragmatismo y la notoriedad internacionales de la revolución fueron dos factores importantes para impedir su derrota militar y la consiguiente eliminación de todas las transformaciones que se produjeron en Nicaragua en la década de los 80.

El objetivo principal de la política exterior sandinista había sido desde el principio la supervivencia de la revolución, y a esta meta el gobierno revolucionario había orientado su estrategia de mantener relaciones con gobiernos de todo el espectro político de la sociedad internacional, priorizando los vínculos con los más próximos ideológica y culturalmente, sin renunciar a establecer un mejor entendimiento con aquellos que eran hostiles a su propia existencia, como era el caso de Estados Unidos y de la mayoría de los gobiernos centroamericanos.

En esa estrategia el gobierno sandinista alcanzó algunos logros ya citados, como la condena de la Corte Internacional de Justicia de La Haya a Estados Unidos por su agresión a Nicaragua, y el apoyo a la revolución, con diferencias importantes, por parte de actores internacionales tan dispares como los países socialistas, los países de Europa Occidental (Comunidad Europea, incluida), la Internacional Socialista, el Movimiento de Países No Alineados, y los gobiernos de América Latina.

Sin duda la notoriedad y el impacto de la revolución nicaragüense en esos escenarios internacionales no se debieron solo a los esfuerzos del gobierno sandinista por hacerse visible en ellos y aprovechar sus potencialidades, sino también y en gran medida a la importancia que la Administración Reagan, principalmente, concedió a la revolución centroamericana, lo cual provocó que se concitara la atención internacional en el enfrentamiento subsiguiente. Sin el énfasis norteamericano, a la revolución sandinista le hubiera sido mucho más difícil despertar el interés y la preocupación de los diversos actores internacionales (gobiernos, organismos internacionales, corrientes políticas, organizaciones populares...) por el conflicto nicaragüense.

Los éxitos de su activa estrategia internacional y el perfil más prudente de la misma no consiguieron evitar la derrota política de la revolución en 1990, pero sí coadyuvaron a que la revolución nicaragüense no fuera aniquilada. La experiencia sandinista no había sido aplastada militarmente debido sobre todo a la fuerte resistencia del régimen revolucionario apuntalada con la colaboración militar exterior, pero en ese logro los apoyos conseguidos por el sandinismo en los diferentes espacios internacionales citados -todos ellos opuestos a la intervención directa y masiva de Estados Unidos por distintos motivos- habían servido también para dificultar y frenar la materialización de dicha intervención, la cual hubiera significado el final violento de la revolución, la erradicación total de sus logros y la persecución sangrienta de los sectores populares: los acontecimientos dramáticos de Guatemala tras la victoria contrarrevolucionaria de 1954, y los de Chile en 1973 son una demostración histórica de lo que hubiera podido implicar la derrota militar de la revolución.

En los dos factores señalados, pragmatismo y notoriedad, se encuentra también una de las razones por las que, concluida la revolución, permanecieron logros importantes de la misma en la sociedad nicaragüense. El prestigio obtenido por la revolución y la flexibilidad demostrada en sus múltiples relaciones internacionales, especialmente en su etapa final, ayudaron a que se produjera una transición no violenta ni radical del período revolucionario a una etapa de normalización y homogeneidad del sistema político nicaragüense con el del resto de Centroamérica y de América Latina. Esto permitió que algunas conquistas importantes de la revolución sobrevivieran a la propia derrota política de ésta.

Entre las conquistas que permanecen hasta el momento actual, sin duda, la más notable es el hecho mismo de la existencia de un régimen democrático que no había existido nunca antes, con una característica fundamental: refleja el mayor equilibrio político de la historia de Nicaragua.

Los distintos sectores de la derecha desde su control del gobierno y del poder legislativo han revertido parte de las transformaciones sociales y económicas del período revolucionario y han reintegrado a Nicaragua al orden económico y político internacional.

Estos sectores, sin embargo, se enfrentan a una situación nueva: un partido -el FSLN- de izquierdas poderoso y, pese a las crisis sufridas después de la derrota electoral de 1990, con apoyo de amplios sectores populares, unas organizaciones populares con un nivel de conciencia y una capacidad de movilización desconocidas antes de la revolución, y un tercer factor decisivo en ese equilibrio, la presencia de unas fuerzas armadas con una impronta revolucionaria patente (aún después de los cambios sufridos) que no están "normalizadas" ni cooptadas aún por la derecha en el gobierno. Este hecho ha impedido la represión del sandinismo y de los movimientos populares que lo apoyan, lo cual hubiera ocurrido de haberse producido la derrota militar de la revolución. La historia de América Latina, como he apuntado, no permite considerar esto como una mera especulación.

También en política exterior se observan todavía consecuencias positivas del protagonismo de la revolución. La notoriedad alcanzada en los años 80 le ha permitido a Nicaragua mantener en los escenarios internacionales un perfil bastante más elevado, plural y reconocido que el que había tenido en cualquier momento antes del proceso revolucionario.

Además Nicaragua, aunque los gobiernos de derecha lo quisieran, tampoco puede volver a la situación de sumisión total a las directrices de Washington, como en la época somocista. El equilibrio político interno, producto de la década revolucionaria, es un importante obstáculo para ello, y el propio contexto internacional actual tampoco exige de momento una actuación semejante.

Un tercer elemento derivado del hecho mismo de la revolución, y de cómo se abordó el final del conflicto en Nicaragua, esta hoy aún presente en el escenario de

Centroamérica. Me refiero al hecho de que la voluntad de diálogo y entendimiento entre los gobiernos de la región, que comenzó a manifestarse en Esquipulas, ha continuado expresándose -con lentitud y contradicciones- en las reuniones periódicas de los presidentes centroamericanos, en la conformación del Parlamento regional, y en la decisión de avanzar hacia una mayor unidad política de toda Centroamérica.

La revolución sandinista influyó de forma positiva en esta nueva atmósfera de comunicación, aunque paradójicamente contribuyó a ello desde la coyuntura de un conflicto en la que la mayor parte de los restantes gobiernos se habían marcado como objetivo el destruir la experiencia nicaragüense.

Cuarta conclusión: las carencias del pragmatismo de la política exterior de la revolución nicaragüense.

Aún cuando la política exterior sandinista no alcanzó los momentos de radicalismo de revoluciones anteriores, en su evolución se observan, sin embargo, fisuras que sugieren que dicha moderación fue aún escasa, y ello impactó negativamente en la implementación y en los resultados de la propia política exterior revolucionaria.

Algunas de las fallas más visibles son las siguientes: En primer lugar el gobierno revolucionario no pudo librarse del triunfalismo de los primeros momentos y de la sobrevaloración de las propias capacidades, lo cual le llevó a tomar algunas medidas unilaterales, aislacionistas y contraproducentes.

Este triunfalismo se sobrepuso a la conciencia de los graves problemas y de las limitaciones iniciales de la revolución, tales como la destrucción de importantes recursos económicos, las dificultades para poner en funcionamiento los mecanismos de la administración con normalidad, y la resistencia armada de algunos sectores del régimen derrotado...

En segundo lugar la revolución no llegó a comprender totalmente -con las consecuencias que ello implicaba- que la nueva situación de inestabilidad en el área iba a despertar la desconfianza y la oposición radical y decidida de los gobiernos vecinos y sobre todo de la potencia dominante en la región, Estados Unidos. Y más cuando los intereses hegemónicos de ésta se habían visto afectados por el triunfo sandinista. Históricamente la conjunción de este tipo de factores ha dado como consecuencia el estallido de un conflicto bélico en el que se ha visto envuelta la revolución victoriosa. Nicaragua no fue una excepción, y en este terreno siguió los pasos de las revoluciones anteriores.

En tercer lugar al gobierno sandinista le resultó difícil desentrañar las implicaciones del contexto internacional en que la revolución se produjo. Las circunstancias externas de la revolución eran extraordinarias y hasta cierto punto únicas, pues se desarrolló en los momentos finales de una época -la Guerra Fría- de

enfrentamientos entre dos grandes superpotencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Esta situación fue aprovechada por revolucionarios y contrarrevolucionarios -no solo de Nicaragua- para recabar el apoyo de aquellas. Pero al concluir la confrontación, el entendimiento entre las dos superpotencias contribuyó a que los sandinistas debieran aceptar una salida política al conflicto interno en unas circunstancias desfavorables para la revolución.

En cuarto lugar al gobierno sandinista le sobró intransigencia en algunas decisiones de política exterior tomadas durante los primeros años (como el rechazo de las propuestas de Enders...), cuando la revolución contaba aún con un amplio apoyo popular. Una mayor flexibilidad entonces le hubiera podido ahorrar enfrentamientos internos y externos a la revolución, y quizás incluso le hubiera podido garantizar su continuidad mejor que la estrategia opuesta.

Se echa especialmente en falta un mayor pragmatismo en las relaciones iniciales con los gobiernos de los países vecinos, los cuales contemplaban con gran recelo al nuevo régimen revolucionario, al que consideraban un factor distorsionador del orden regional. La necesidad de esta mayor moderación se acentuaba en la medida que el nuevo estado revolucionario tenía fronteras abiertas con dichos países, y además en algunos de ellos se desarrollaban movimientos insurgentes que podían ser apoyados por los sandinistas. El comportamiento radical de la revolución en ese tiempo contribuyó a consolidar una alianza contrarrevolucionaria de los países vecinos en contra de Nicaragua.

El pragmatismo en la política exterior sandinista se hizo fuerte, cuando la revolución se hallaba inmersa en una grave crisis en casi todos los órdenes. Pero en ese momento la moderación fue vista como debilidad, y los gobiernos vecinos opuestos a la revolución se aprovecharon de la situación para presionar con más descaro y obtener concesiones que pavimentaron la derrota de la revolución.

La experiencia nicaragüense muestra asimismo que, a pesar de la cautela con que la revolución sandinista impulsó sus relaciones con los países con los que tenía afinidades políticas e ideológicas (los países socialistas, y de manera prioritaria la URSS y Cuba), esa prudencia fue insuficiente no solo para impedir las acusaciones norteamericanas de ser un satélite de tales países y la oposición frontal de Estados Unidos al proyecto revolucionario, sino también para evitar la dependencia que la ayuda militar y energética de la URSS -absolutamente necesaria para la sobrevivencia de la revolución- iba a generar a Nicaragua.

Las relaciones con Estados Unidos tampoco fueron manejadas desde el principio con el pragmatismo adecuado, sino más bien con tensión y fatalismo. No cabe duda de que la necesidad de moderación de la política exterior del gobierno revolucionario en su trato con Estados Unidos se enfrentaba a experiencias históricas que

cuestionaban la viabilidad y la eficacia de una política pragmática que privilegiara el diálogo antes que la confrontación. Y ello tuvo un gran peso en la actitud sandinista.

En las relaciones del gobierno nicaragüense con Washington tuvo un mayor peso la visión ideológica de los dirigentes revolucionarios sobre el intervencionismo norteamericano que su propia voluntad de conseguir un cierto entendimiento con Estados Unidos.

Esta visión fruto tanto de una historia común de enfrentamientos como de un pensamiento latinoamericanista y de izquierdas que no diferenciaba suficientemente los matices de los diferentes gobiernos de Estados Unidos, influyó en que los sandinistas perdieran la ocasión de establecer una relación diferente con la administración Carter que hubiera podido reafirmar la relativa normalización que se produjo entre ambos gobiernos en los primeros meses de la revolución.

El peso de la historia intervencionista de Estados Unidos y la prepotencia de algunos dirigentes revolucionarios -vinculada a la cultura del caudillaje y al determinismo histórico sobre el triunfo de la Revolución- explican la actitud sandinista, pero no la justifican.

Teniendo claro que una gran potencia no necesita pretextos para intervenir contra un estado revolucionario que dañe sus intereses, proporcionarle casi gratuitamente dichos pretextos no parece una de las tácticas más inteligentes de la política exterior de una revolución.

Quinta conclusión: la eficacia de la política exterior sandinista estuvo gravemente limitada por la ejecución de unas políticas internas inadecuadas.

En primer lugar es necesario resaltar una vez más que la política exterior sandinista consiguió algunos triunfos tanto en sus objetivos tácticos (presencia notable, reconocimiento y defensa en los organismos internacionales, ayuda a partir de los vínculos bilaterales, respeto y cierto prestigio en la sociedad internacional...), como en una de sus metas estratégicas (evitar el aniquilamiento de la revolución); pero no pudo conseguir otro de sus objetivos más preciados: la supervivencia política de la misma.

Por ello sería inexacto afirmar que la política exterior sandinista había fracasado rotundamente. La derrota de la revolución no se produjo a partir del ejercicio inadecuado de la política exterior, sino como consecuencia de la estrategia de agresión seguida por Estados Unidos, y también como fruto de los errores en las políticas internas desplegadas por el gobierno sandinista para desarrollar la revolución y hacer frente a las agresiones norteamericanas.

De ahí que sea más preciso señalar que, pese a sus logros, la política exterior sandinista no tuvo fuerza y capacidad para impedir el final de la revolución debido a los dos factores citados.

Habiendo expuesto exhaustivamente cómo la intervención estadounidense fue uno de los elementos decisivos que condujeron a la derrota del proyecto revolucionario en Nicaragua, es obligado también recordar el peso determinante de los errores sandinistas en dicha derrota.

Estos errores se sitúan en tres grandes ámbitos de la política interna. Primero: el gobierno sandinista, aunque no repitió el patrón de otras revoluciones de reprimir o incluso aniquilar físicamente a los sectores de la burguesía, no llegó a comprender en la práctica la importancia de contar a todos los niveles con las fuerzas políticas y sociales que habían participado en el triunfo revolucionario. Así lo demuestran sus enfrentamientos con la burguesía y con la Iglesia Católica, con los grupos indígenas e incluso con un sector importante del campesinado del país.

Cierto que hubo elecciones y un desarrollo del pluralismo político, como no se había dado en otras revoluciones anteriores, pero no menos cierto que dicho desarrollo fue zigzagueante, estuvo plagado de contradicciones y en cierta medida se produjo como resultado de las presiones políticas y armadas.

Segundo: el gobierno sandinista se equivocó durante mucho tiempo al enfocar el conflicto con la contrarrevolución desde una perspectiva puramente militar, y como una mera prolongación del plan de agresión de Estados Unidos, despreciando los factores sociales y económicos que dieron fuerza y consistencia internas al ejército contrarrevolucionario.

El tardío reconocimiento de estos factores, si bien propició el final del conflicto, no pudo impedir las consecuencias negativas del mismo en la economía del país y en las conciencias de la población nicaragüense, como se comprobó en las elecciones de 1990.

Tercero: constreñido por la destrucción de importantes recursos económicos como resultado de la guerra contra Somoza y del enfrentamiento armado posterior durante la revolución, condicionado por el embargo económico impuesto por Estados Unidos y limitado por sus propias decisiones erradas, el gobierno sandinista fue incapaz de desarrollar un proyecto económico que garantizara unos mínimos de bienestar al pueblo nicaragüense.

Con estas tres grandes y fatales fallas recorriendo todo el entramado de la política interna, no es aventurado concluir que la política exterior -por más brillante, exitosa y moderada que fuera- no podía resultar suficiente para asegurar el mantenimiento del proyecto revolucionario. Los factores internos (decisiones y políticas equivocadas) provocados o agrandados por la presión externa (intervención de Estados Unidos) explican mejor los porqués del fin de dicho proyecto.

Conclusión final: más allá de la excepcionalidad del momento histórico.

Quiero cerrar estas reflexiones haciendo énfasis en la singularidad del momento histórico de la revolución nicaragüense y en algunos aspectos que atravesando las limitaciones de ese momento pueden conservar un cierto valor años después de concluida la revolución.

La revolución nicaragüense vive y muere en estrecha relación con el repunte agónico de la contienda entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Con el final de la Guerra Fría desaparecen el enfrentamiento entre dos modelos políticos, económicos e ideológicos contrapuestos, y la oportunidad para que en ese contexto los regímenes revolucionarios encuentren un apoyo exterior a su causa.

Con la Guerra Fría desaparece la Unión Soviética como aliado estratégico, y con ella un modelo de transformación de la sociedad, que había inspirado a los movimientos revolucionarios en el mundo desde 1917, y con especial éxito desde el final de la segunda Guerra Mundial.

Una opinión bastante generalizada plantea incluso que en 1989 se pone punto final a la Revolución concebida como mito y como paradigma globalizador para cambiar al mundo, y a la posibilidad de nuevas experiencias revolucionarias².

Pese a tener una mirada escéptica ante afirmaciones tan rotundas sobre el fin de las aspiraciones de millones de personas a cambiar radicalmente su sociedad (la Historia nos sorprende con alguna frecuencia, mostrando la fragilidad de tales profecías), es, no obstante, más que razonable afirmar que los modelos revolucionarios inspirados en la revolución de Octubre -como el nicaragüense- se han agotado y no volverán a ilusionar como lo han hecho en el siglo XX.

Es también evidente que cualquier movimiento revolucionario en el próximo futuro, si llega a triunfar, difícilmente podrá hallar un apoyo estratégico en potencias exteriores y deberá por ello valerse exclusivamente de sus propias fuerzas con las lógicas dificultades derivadas de este hecho.

Pero es asimismo razonable plantear que incluso en esas circunstancias no habrán desaparecido por completo aquellas experiencias de los estados revolucionarios que trasciendan su temporalidad. En este sentido, y a pesar de las limitaciones del caso nicaragüense (un país pequeño sin apenas significación en el sistema internacional, un momento histórico único y un proyecto revolucionario fugaz), la experiencia sandinista ofrece, además de los anteriormente citados, otros tres elementos de signo contrario dignos de ser recordados.

² Halliday acepta la primera tesis, pero cuestiona la validez de la segunda, recordando las lecciones de la Historia en sentido contrario, las actuales desigualdades del mundo capaces de tener “*consecuencias explosivas*” en el próximo siglo, y los sueños y necesidades insatisfechas de quienes buscan alternativas de cambio. Véase Fred Halliday, *Revolution and World Politics*, op. cit., pp. 331-338.

Primero, en el caso de Nicaragua se observa la contradicción presente en su modelo revolucionario que por un lado se aparta de comportamientos anteriores y gracias a la moderación de sus políticas internas y externas llega a conseguir el reconocimiento de la mayor parte de la comunidad internacional, y que por otro lado, a pesar de esa moderación, debe enfrentarse hasta el final a un sector hegemónico del sistema internacional, los Estados Unidos de América, que no acepta la heterogeneidad representada por la experiencia nicaragüense y consigue anularla.

Una lectura derivada de este hecho es que la decisión norteamericana de no permitir la alteración de su hegemonía “natural” en Centroamérica se mostró más eficaz que la voluntad de la revolución de presentar un rostro cordial y humano en lo interno y un comportamiento abierto y menos radical en la política exterior.

Cabe, sin embargo, recordar un segundo aspecto más positivo a pesar de su carácter simbólico: la existencia y el accionar de la revolución nicaragüense consigue a su vez hacer mella en el sistema internacional al haberse atrevido a llevar a la superpotencia norteamericana ante el banquillo de los acusados y condenados, lo cual marca una pauta orientadora en la solución de los conflictos entre grandes y pequeños estados, incluso si éstos son revolucionarios.

Tercero y por último, uno de los legados más valiosos de la revolución nicaragüense fue su contribución a la existencia de la democracia en la Nicaragua actual, y a que la idea de la democracia parlamentaria como sistema de gobierno comenzara a ser una parte obligada del ideario de movimientos revolucionarios, como los que en esos momentos existían en Centroamérica. Desde esa perspectiva difícilmente se podrá interpretar el hecho de la revolución como un error y como una desviación temporal del orden establecido, sino que habrá que entenderlo como un impulso histórico, radical y necesario -en casos como el nicaragüense- para la construcción y la modernización de una sociedad salida de la oscuridad y del atraso de un régimen autoritario y corrupto.

Pesimismo y esperanza, los dos mensajes se pueden encontrar en la revolución de Nicaragua. Pesimismo ante la “imposibilidad” de cambiar sustancialmente las estructuras del sistema internacional. Y esperanza por la posibilidad tanto de introducir pequeñas pero importantes transformaciones en dichas estructuras, como de acelerar el derribo de los modelos políticos autoritarios y de contribuir al nacimiento de sociedades democráticas, respetadas en la escena internacional. Mitos frente a experiencias concretas. Los primeros se desvanecen, mientras las segundas siguen poniendo en primer plano, en el inicio del siglo XXI, la vigencia de aspiraciones insatisfechas para una buena parte de la humanidad, tales como la libertad, la democracia y la igualdad ante la ley incluso en las relaciones internacionales.

ANEXO

Cuadro nº 1

RELACIONES DIPLOMÁTICAS DE NICARAGUA (1987)*

PAIS	Embajador residente	Embajador concurrente	Sólo relaciones
1. Afganistán			+
2. Albania			+
3. Angola		+	
4. Argelia	+		
5. Argentina	+		
6. Australia		+	
7. Austria	+		
8. Bangladesh			+
9. Barbados	+		
10. Bélgica	+		
11. Belice		+	
12. Benin			+
13. Bolivia		+	
14. Botswana		+	
15. Brasil	+		
16. Bulgaria	+		
17. Burkina Faso			+
18. Burundi		+	
19. Cabo Verde			+
20. Canadá.	+		
21. Colombia	+		
22. Congo			+
23. Corea del Norte	+		
24. Corea del Sur			+
25. Costa de Marfil			+
26. Costa Rica	+		
27. Cuba	+		
28. Checoslovaquia	+		
29. Chile			+
30. China	+		
31. Chipre			+
32. Dinamarca		+	
33. Dominica			+
34. Rep. Dominicana	+		
35. Egipto			+
36. El Salvador	+		
37. España	+		
38. Estados Unidos	+		
39. Etiopía	+		
40. Filipinas			+
41. Finlandia		+	
42. Francia	+		
43. Ghana			+
44. Grecia		+	
45. Guinea Bissau			+
46. Guinea Conakri			+
47. Guinea Ecuatorial			+
48. Guatemala	+		
49. Guyana		+	
50. Haití			+
51. Honduras	+		
52. Hungría	+		
53. India	+		
54. Irak			+
55. Irán	+		
56. Irlanda		+	
57. Islandia		+	

Cuadro nº 1 (cont.)

RELACIONES DIPLOMÁTICAS DE NICARAGUA (1987)

PAIS	Embajador residente	Embajador concurrente	Sólo relaciones
58. Islas Comores			+
59. Islas Mauricio			+
60. Islas Seychelles		+	
61. Italia	+		
62. Jamaica		+	
63. Japón	+		
64. Jordania			+
65. Rep. Kampuchea		+	
66. Laos		+	
67. Leshoto			+
68. Liberia			+
69. Libia	+		
70. Liechtenstein			+
71. Luxemburgo		+	
72. México	+		
73. Mónaco			+
74. Mongolia		+	
75. Mozambique	+		
76. Namibia (SWAPO)			+
77. Nepal			+
78. Noruega		+	
79. OLP			+
80. Países Bajos (Holanda)	+		
81. Panamá	+		
82. Polonia	+		
83. Portugal		+	
84. RDA	+		
85. RFA	+		
86. Reino Unido	+		
87. Rumania			+
88. Rep. Arabe Saharaui		+	
89. Santa Lucía			+
90. Santo Tomé y Príncipe			+
91. Siria			+
92. Soberana Orden Militar de Malta		+	
93. Suecia	+		
94. Suiza		+	
95. Surinam		+	
96. Países Bajos (Holanda)	+		
97. Perú	+		
98. Tailandia			+
99. Tanzania		+	
100. Trinidad y Tobago			+
101. Turquía			+
102. Uganda		+	
103. URSS	+		
104. Uruguay	+		
105. Vanuatu			+
106. Vaticano	+		
107. Venezuela.	+		
108. Vietnam	+		
109. Yemen			+
110. Rep. Pop. Yemen			+
111. Yugoslavia	+		
112. Zaire			+
113. Zambia			+
114. Zimbabwe	+		

Fuente: MINEX, *Informe Especial: Relaciones diplomáticas de Nicaragua a nivel mundial*, Managua, 1987.

* Las relaciones diplomáticas con Ecuador estuvieron suspendidas entre 1985 y 1988

Cuadro nº 2

VÍCTIMAS DIRECTAS DE LA GUERRA (1980-1989)

Victimas	Muertos	%	Heridos	%	Secuestrados	%	Detenidos	%	Total	total %
Sectores sandinistas	8.965	29	15.917	79	7.585	100			32.367	52
Resistencia contrarre volucionaria	21.900	71	4.147	21			3.470	100	29.517	48
TOTAL	30.865	100	20.064	100	7.585	100	3.470	100	61.884	100

Fuentes: Presidencia Nicaragua, INEC, tomado de MEDIPAZ, *La Guerra de Nicaragua*, Managua, mimeo., 1993, p. 134.

Cuadro nº 3

POBLACIÓN AFECTADA POR LA GUERRA (1980-1990)

CONCEPTO	TOTAL
Desplazados y reasentados dentro de Nicaragua	347.513
Repatriados de guerra desde Centroamérica y México	99.509
Refugiados de guerra ubicados en Centroamérica	38.158
Excombatientes desmovilizados de la Resistencia contrarrevolucionaria	22.413
Familiares de excombatientes desmovilizados de la Resistencia contrarrevolucionaria	58.721
Miembros activos del Ejército Popular Sandinista (EPS) (abril 1990)	96.000
Emigrantes formales registrados en los puestos migratorios de Nicaragua (hasta 1988)	155.000
Personas que cumplieron el Servicio Militar desde 1983 hasta 1990	250.000
Personas discapacitadas como consecuencia de los enfrentamientos militares	40.000
Niños huérfanos como consecuencia de los enfrentamientos militares	16.470
Muertos	30.865
Heridos	20.064
Secuestrados	7.585
Detenidos	3.470
Madres de combatientes víctimas de guerra con pensiones del INNSBI	9.000
Viudas de combatientes víctimas de guerra con pensiones del INNSBI	4.000
TOTAL DE PERSONAS AFECTADAS (1)	1.198. 668
Porcentaje de la población afectada por la guerra hasta 1990 respecto al total	30,97%

Fuentes: UNICEF, CIAV, ACNUR, OEA, Presidencia de Nicaragua, EPS, MINT, Federación de Organismos No Gubernamentales de Nicaragua, INNSBI, tomado de MEDIPAZ, *La Guerra de Nicaragua*, Managua, mimeo., 1993, p. 127.

(1) No están incluidos los familiares de los miembros activos del EPS en abril de 1990, ni los familiares de las personas que cumplieron el Servicio Militar, ni los familiares de los muertos, heridos, secuestrados, detenidos, y discapacitados, ni las viudas y madres de combatientes sin pensiones.

Cuadro n° 4

EJERCICIOS MILITARES DE EEUU EN CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE (1981-1988)

PERIODO	NOMBRE	LUGAR	TIPO	FUERZAS
1981				
7 octubre-9 octubre 1981	Haicón Vista 81	Cortéz y Atlántida (Honduras)	Aéreo naval	700 efectivos, 24 medios aéreos, 4 medios navales, 10 medios aéreos hondureños, 3 medios navales hondureños
1983-1984				
1 febrero-6 febrero 1983	Big Pine I	Comayagua, Cabo Gracias a Dios y Cortéz (Honduras)	Terrestre aéreo naval	1.660 efectivos de EEUU y 6.000 de Honduras
Agosto 1983-marzo 1984	Big Pine II	Valle Choluteca, Comayagua, Colón (Honduras)		5.000 efectivos de EEUU y 6.000 de Honduras
Abril-mayo 1984	Granadero I	Frontera entre Honduras y El Salvador	Aéreo naval	2.000 efectivos de EEUU, 3.000 de Honduras y 1.400 de El Salvador
Mayo-junio 1984	King Guard I	Golfo de Fonseca (Honduras)	Naval	600 efectivos de EEUU, 4.500 de Honduras y 60 de El Salvador
Julio-diciembre 1984	Operación Lempira	Comayagua, Francisco Morazán (Honduras)	Terrestre	3.500 efectivos de EEUU, 4.500 de Honduras y 300 de El Salvador
23 mayo-30 junio 1984	Granadero II	Honduras	Aéreo terrestre	1.500 efectivos de EEUU, y 3.000 de Honduras
1985				
11 febrero-21 abril 1985	Big Pine III	Honduras	Terrestre	3.000 efectivos de EEUU y 5.000 de Honduras
12 abril-27 abril 1985	Universal Trek	Atlántida, Olancho (Honduras)	Aéreo terrestre naval	6.500 efectivos de EEUU y 1.200 de Honduras
13 mayo-23 mayo 1985	Big Shot	Aldea de Zambrano, Francisco Morazán (Honduras)	Artillero	200 efectivos de EEUU y 300 de Honduras
7 junio-11 agosto 1985	Cabañas 85	Yoro (Honduras)	Ingeniero	2.000 efectivos de EEUU y 800 de Honduras
1986				
3 enero-15 junio 1986	Terencio Sierra	Yoro (Honduras)	Ingeniero	5.400 efectivos de EEUU rotativos
24 febrero-26 marzo 1986	Lempira 86	Olancho y el Paraiso (Honduras)	Antiguerrillero	300 efectivos de la Guardia Nacional de EEUU y 1.600 de Honduras
18 marzo-15 junio 1986	Vicente Tosta	Choluteca, Paraiso (Honduras)	Terrestre	500 efectivos de EEUU
4 marzo-15 junio 1986	Cabañas 86	Olancho y Gracias a Dios (Honduras)	Ingeniero	1.500 efectivos de EEUU
14 mayo-21 mayo 1986	Redeye	Palmerola y Comayagua (Honduras)	Anti-aéreo	50 efectivos de EEUU
9 julio-29 julio 1986	Guardianes del Rey	Golfo de Fonseca	Naval	20 efectivos de EEUU y 300 de Honduras y El Salvador
16 julio-29 julio 1986	Guardianes del Caribe	Puerto Cortéz (Honduras)	Naval	100 efectivos de EEUU y 200 de Honduras
5 agosto-19 agosto 1986	Aéreo 86	Base Aérea Howard-Palmerola (Honduras)	Aéreo	3 grupos aéreo-logísticos del Comando Sur
Agosto 1986	EDREX	Choluteca (Honduras)	Antiguerrillero	50 efectivos de la Fuerza de Tarea Bravo
Agosto-septiembre 1986	Medrete	Choluteca (Honduras)	Médico	45 médicos de EEUU
Octubre 1986	Vencedores 86	Choluteca (Honduras)	Aéreo terrestre	800 efectivos de Honduras, medios de transporte y tripulación de EEUU
Octubre 1986	Asalto Aéreo	Mokorón, Dpto. de Gracias a Dios (Honduras)	Aéreo terrestre	660 efectivos de EEUU
Octubre-diciembre 1986	Lempira	Honduras	Aéreo terrestre naval	300 efectivos de la Guardia Nacional de Florida y de Oklahoma, medios aéreos de transporte y de combate de EEUU

Cuadro nº 4 (cont.)

EJERCICIOS MILITARES DE EEUU EN CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE (1981-1988)

PERIODO	NOMBRE	LUGAR	TIPO	FUERZAS
1987				
Enero-junio 1987	Terencio Sierra (Blazing Trail)	Yoro (Honduras)	Ingeniero	4.500 efectivos de EEUU (800 de la Guardia Nacional rotativos cada 18 días)
Enero-abril 1987	Vicente Tosta (Ahuas Tara)	Paraiso, Valle (Honduras)	Ingeniero	1.100 efectivos de la Guardia Nacional de EEUU
7 febrero-23 febrero 1987	Ejercicio de Disposición y Emergencia (EDREX I)	Comayagua, Francisco Morazán (Honduras)	Aéreo terrestre	7500 efectivos de EEUU
7-25 marzo 1987	Ejercicio de Disposición y Emergencia (EDREX II)	Comayagua (Honduras)	Aéreo terrestre	750 efectivos de EEUU
30 marzo-4 abril 1987	Border Star 87	Choluleca, Paraiso, Olancho (Honduras)	Terrestre	4.100 efectivos de EEUU
1 abril-10 mayo 1987	Megaso 87	Palmerola, Ionconlin y Colosón (Honduras)	Aéreo terrestre	870 efectivos y 27 medios aéreos de EEUU
13-15 mayo 1987	Solid Shield 87	Costa Este de EEUU, Caribe, y Puerto Castilla (Honduras)	Aéreo naval terrestre	40.000 efectivos, flota del Atlántico
15 julio-20 agosto 1987	Kings Guard	Puerto Cortez, La Ceiba, Golfo de Fonseca (Honduras)	Naval	850 efectivos de EEUU
30 julio-12 agosto 1987	Ejercicio de Disposición y Emergencia (EDREX III)	Comayagua, Intibuca, El Paraiso, Olancho (Honduras)	Aéreo terrestre	750 efectivos de EEUU
13-23 septiembre 1987	Medreia	Base aérea de Palmerola (Honduras)	Médico	23 efectivos de la Guardia Nacional de Illinois
21 septiembre-23 octubre 1987	Ejercicio Anti-aéreo	Base aérea de Palmerola (Honduras)	Aéreo terrestre	100 efectivos de EEUU
18-30 noviembre 1987	Ejercicio de Evacuación y Emergencia	Olancho (Honduras)	Aéreo terrestre	330 efectivos de Policía militar, 15 helicópteros
16 noviembre 1987-junio 1988	Terencio Sierra Blazing Trail 88	Yoro (Honduras)	Ingeniero	15.000 efectivos de EEUU
1988				
20-26 enero 1988	Mayan Sword	Belice	Terrestre	Efectivos de las Fuerzas Armadas de Belice y del Comando Sur
11 enero-20 febrero 1988	FLETEX-1-88	Comayagua, Francisco Morazán (Honduras)	Naval	20.000 efectivos y 30 unidades de superficie de EEUU
15 febrero-15 mayo 1988	Puente de la Paz 88	Ingeniero	Provincia de Limón (Costa Rica)	450 efectivos de EEUU

Fuente: Dirección de Inteligencia Militar del Estado Mayor del EPS, tomado de MEDIPAZ. *La guerra de Nicaragua*, Managua, mimeo., 1993, pp. 86-94.

Cuadro nº 5

**AYUDA OFICIAL APROBADA POR EL CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS PARA LA
RESISTENCIA CONTRARREVOLUCIONARIA NICARAGÜENSE (en millones de dólares)**

AÑO	MILITAR	NO LETAL	TOTAL
1982	19,00		19,00
1983	29,00		29,00
1984	24,00		24,00
1985-1986		27,00	27,00
1986		13,00	13,00
1987	70,00	30,00	100,00
1988		32,90	32,90
1989		27,00	27,00
1989-1990		49,75	49,75
1982-1990	142,00	179,65	321,65

Fuente: Tomado de Nina M. Serafino, y Maureen Taft Morales, *Contra Aid*, Congressional Research Service/ The Library of Congress, 1989, p.17.

Cuadro nº6

**FINANCIAMIENTO ILEGAL DE LA RESISTENCIA NICARAGÜENSE, PROMOVIDO
POR EL NATIONAL SECURITY COUNCIL (NSC) DE EEUU**

AÑOS	DONANTE	MILLONES DÓLARES
1984-1986	NSC	(1) 4,70
	(2) NEPL	6,32
	Arabia Saudí	32,00
	Taiwan	2,00
	Brunei	10,00
	TOTAL	55,02

Fuente: L. E. Walsh (Independent Counsel), *Iran-Contra: The Final Report*, New York: Times Book, 1994, pp. 171, 187 y 190-191.

(1) Fondos procedentes de la venta de armas a Irán

(2) National Endowment for the Preservation of Liberty fue el nombre de la fundación privada que recolectó fondos para la contra nicaragüense en Estados Unidos.

Cuadro N° 7
 COOPERACIÓN DE LOS PAÍSES SOCIALISTAS CON NICARAGUA (1979-1989) (en millones de dólares)

CONCEPTO	URSS	RDA	CUBA	BULGARIA	CHECOSLOV.	R.P.D. COREA	CHINA	YUGOSLAVIA	POLONIA	HUNGRÍA	TOTAL
CREDITOS											
Proyectos de inversión	175, 1		3, 5	65, 0	20, 0						263, 6
Maquinaria y equipo	814, 8	225, 1	7, 0	20, 0	61, 0				10, 5	5, 0	1.163, 4
Materias primas	240, 0	124, 7	4, 5		39, 0	30, 0				5, 0	928, 3
Petróleo crudo y derivados	725, 1	54, 9			13, 0						307, 9
Bienes de consumo	377, 4	90, 0		89, 0	15, 0		28, 8				600, 2
Apoyo a balanza de pagos	127, 2	67, 3			8, 0						202, 5
TOTAL CREDITOS	2.459, 6	562, 0	15, 0	174, 0	156, 0	30, 0	28, 8	20, 0	10, 5	10, 0	3.465, 9
DONACIONES	262, 0	148, 0	(1) 563, 0	66, 9	36, 8	4, 6	1, 6	5, 0			1.087, 9
TOTAL CREDITOS Y DONACIONES	2.721, 6	710, 0	578, 0	240, 9	192, 8	34, 6	30, 4	25, 0	10, 5	10, 0	4.553, 8
AYUDA MILITAR	(2) 2.300, 0										(3) 2.700, 0
TOTAL	5.021, 6	710, 0	578, 0	240, 9	192, 8	34, 6	30, 4	25, 0	10, 5	10, 0	(4) 7.253, 8

Fuentes: Ministerio de Cooperación Externa, Banco Central de Nicaragua, Secretaría de Planificación y Presupuesto de Nicaragua, Departamento de Defensa de Estados Unidos, e INICAE. *Entre la agresión y la cooperación*, Managua, 1991, pp. 147-157.

(1) El Ministerio de Cooperación Externa calcula en 950 millones de dólares el valor de las donaciones de Cuba. Sin embargo INICAE cifra en un máximo de 1087,9 millones de dólares el valor total de las donaciones de los países socialistas, incluido Cuba. Esto significaría que las donaciones cubanas no pudieron sobrepasar los 563 millones señalados.

(2) Estimaciones del Departamento de Defensa de EEUU del valor del armamento enviado directamente por la URSS: véase US. Department of Defense, *Soviet Military Power*, Washington, 1988, citado en W. Raymond Duncan, y Carolyn McOflert Ekedahl, *Moscow and the Third World under Gorbachev*, Boulder: Westview Press, 1990, pp. 208 y 215.

(3) Estimaciones del Departamento de Defensa de EEUU del valor del armamento enviado por todos los países socialistas a Nicaragua entre julio de 1979 y diciembre de 1988: véase US. Department of Defense, *Soviet Bloc Military Equipment supplied to Nicaragua (Jul 1979-Dec 1988)*, Washington D.C., febrero 1989, (P.K.&N.S.A. n° 03145).

(4) Incluye los 400 millones de dólares a los que se elevaría el valor de la ayuda militar de los países socialistas, excepto la URSS, de acuerdo a la fuente anterior citada. No hay un desglose de dicha ayuda por país.

Cuadro n° 8

**COOPERACIÓN DE LA COMUNIDAD EUROPEA Y LOS PAISES NÓRDICOS
CON NICARAGUA (1979-1989)** (en millones de dólares)

CONCEPTO	COMUNIDAD EUROPEA		PAISES NÓRDICOS (SUECIA, FINLANDIA, NORUEGA)	TOTAL
	Cooperación multilateral	Cooperación bilateral de los Estados miembros		
CREDITOS		466,8	58,6	525,4
DONACIONES	230,2	285,0	301,9	817,1
TOTAL	230,2	751,8	360,5	1.342,5

Fuentes: Ministerio de Cooperación Externa, Banco Central de Nicaragua, Secretaría de Planificación y Presupuesto, INICAE, *Entre la agresión y la cooperación*, Managua, 1991, pp. 147-148, y Evert Visser/Cor J. Watter, "Las relaciones de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central", en Raul Ruben y Govert Van Oord (eds.), *Más allá del ajuste*, San José, Costa Rica: DEI, 1991, p. 105.

FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- ABC*. Madrid.
Adelphi Papers. London/Oxford.
Amanecer. Managua.
American Journal of International Law. Washington.
América Latina. Moscú.
Annales des Pays d'Amerique Centrale et des Caraibes. Aix-en-Provence.
Aussen Politik. Hamburg.
Barricada. Managua.
Barricada Internacional. Managua.
Canadian Yearbook of International Law. University of British Columbia.
Comparative Strategy. New York.
Cuadernos de Nuestra América. La Habana.
Cuadernos de Sociología. Managua.
Cuadernos Semestrales. México D.F.
Current Policy. Washington.
ECA. Estudios Centroamericanos. San Salvador.
El Nuevo Diario. Managua.
El País. Madrid.
Envío. Managua.
Foreign Affairs. New York.
Foreign Policy. Washington.
International Affairs. London.
International Affairs. Moscú.
International Legal Materials. Washington.
International Organization. Cambridge, Ma. (USA).
Journal of Interamerican Studies and World Affairs. Coral Gables. Fla. (USA).
Journal of International Affairs. New York.
Journal of Peace Research. London.
Keesing's Contemporary Archives. London.
La Crónica. Managua.
La Prensa. Managua.
Leviatán. Madrid.
Mientras Tanto. Barcelona.
Monthly Review. New York.
Mundo Nuevo. Revista de estudios Latinoamericanos. Caracas.
NACLA. Report on the Americas. New York.
Nicarahuac. Managua.
Nueva Sociedad. Caracas.
Orbis. Philadelphia.
Papeles para la Paz. Madrid.
Papers. Barcelona.
Pensamiento Iberoamericano. Madrid.
Pensamiento Propio. Managua.

Polémica. San José (Costa Rica).
Problemas Internacionales. Washington.
Public Papers of the Presidents. Washington.
Race & Class. London.
Radical America. Somerville, MA (USA).
Revista CIDOB d'Afers Internacionals. Barcelona.
Revista de Estudios Europeos. La Habana.
Revista de Historia. Managua.
Revista Española de Derecho Internacional. Madrid.
Revista Nicaragüense de Ciencias Sociales. Managua.
Revista RELACIONES INTERNACIONALES. Heredia (Costa Rica).
Review of International Studies. Cambridge.
Síntesis. Madrid.
Socialismo: Teoría y Práctica. Moscú.
Socialist Affairs. London.
The National Interest. New York.
The New York Times. New York.
Third World Quarterly. Oxford.
Tiempo. Madrid.
Tiempo de Paz. Madrid.
Tiempos Nuevos. Moscú.
Time. New York.
World Affairs. Washington.
Z Magazine. Boston.

ENTREVISTAS REALIZADAS

Daniel Ortega, presidente de Nicaragua, entrevista publicada en *Tiempo*, 8 julio 1985, pp. 106-107.

Miguel D'Escoto, ministro del Exterior. Managua, 6 agosto 1992.

Victor Hugo Tinoco, viceministro del Exterior. Managua, 5 agosto 1990.

Ruiz, Henry, ministro de Cooperación Externa. Managua, 24 agosto 1999.

Alejandro Bendaña, director general de Política Exterior. Managua, 1 agosto 1990.

Antonio Jarquín, embajador en Washington. Managua, 10 agosto 1992.

Facundo Guardado, comandante y secretario general del FMLN. San Salvador, 20 agosto 1992.

PÁGINAS WEB UTILIZADAS

<http://www.uca.edu.ni/revistas/envío>

<http://www.odci.gov/cia/publications/>

[gopher:// gopher. undp. org/](gopher://gopher.undp.org/)

[http:// unbisnet.un.org/](http://unbisnet.un.org/)

I. POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA

(Bibliografía general relacionada con los capítulos II, III, IV, V, VI, VII, VIII, y IX)

Libros, monografías y artículos

Barry, Tom. "Foreign Influence", en Kent Norsworthy, y Tom Barry. *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter- Hemispheric Education Resource Center, 1990, pp. 149-182.

Bendaña, Alejandro. "The Foreign Policy of the Nicaraguan Revolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua in Revolution*, New York: Praeger Publishers, 1982., pp. 319-327.

Borge, Tomás. *Ocho tesis equivocadas. Principales tesis del imperio*, Managua: MINT, 1986.

- "La Revolución Popular Sandinista", en Frida Modak (ed.), *25 años de Relaciones América Latina Estados Unidos*, México: El Día en libros, 1988, pp. 107-122.

- *Ganamos la guerra contra la paz de los sepulcros*, Managua: Editorial Vanguardia, 1989.

Cruz, Arturo. "The Origins of Sandinista Foreign Policy", en Robert S. Leiken (ed.), *Central America: Anatomy of Conflict*, New York: Pergamon Press, 1984, pp. 95-109.

Gorostiaga Xabier, "El patrimonio internacional y los retos del sandinismo", *La Crónica*, n° 36, julio 1989, pp.24-29.

Instituto Nicaragüense de Investigación, Capacitación y Asesoría Económica (INICAE). *Entre la agresión y la cooperación. La economía nicaragüense y la cooperación externa en el período 1979-1989*, Managua: Ediciones Multiformas, 1991.

Ramírez, Sergio. *Adios Muchachos: una memoria de la revolución sandinista*, México: Aguilar, 1999.

Rosset, Peter, y John Vandermeer (eds.). *The Nicaragua Reader: Documents of a Revolution under Fire*, New York: Grove Press, Inc., 1983.

- *Nicaragua: Unfinished Revolution. The New Nicaragua Reader*, New York: Grove Press, 1986.

Smith, Hazel. "Revolutionary diplomacy Sandinista style: lessons and limits", *Race & Class*, vol. 33, n° 1, julio-septiembre 1991, pp. 57-70.

"The conservative approach: Sandinista Nicaragua's foreign policy", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams, *Renegade States: The Evolution of Revolutionary Foreign Policy*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp.138-169.

Torres Pérez, Denis. "La política exterior de la Revolución Popular Sandinista", en *Cuadernos de Sociología*, n° 9-10, enero-agosto 1989, p.153-165.

Vanderlaan, Mary B. *Revolution and Foreign Policy in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1986.

Walker, Thomas W.(ed.). *Nicaragua in Revolution*, New York: Praeger Publishers, 1982.

- *Nicaragua: The First Five Years*, New York: Praeger Publishers, 1985.

- *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991.

Vanden, Harry E., "Foreign Policy", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution, in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 295-320.

Yopo, Boris. "Nicaragua: política exterior frente a una agresión externa", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp.223-244.

- "Nicaragua 1985: la política exterior como estrategia de sobrevivencia", en Heraldo Muñoz (ed.), *América Latina y el Caribe: políticas exteriores para sobrevivir*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986, pp. 365-401.

- "Nicaragua 1986: dilemas de la política exterior frente a la agresión externa", en Muñoz Heraldo (ed.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp. 379-408.

- "Nicaragua 1987: La política exterior en un año decisivo", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: Un balance de esperanzas*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp. 281-295.
- "La política exterior de Nicaragua: Principios y pragmatismo en un contexto internacional adverso", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución negociada*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 51-63.
- *La política exterior de Nicaragua*, documento de trabajo n° 12, Santiago de Chile: PROSPEL/ Universidad Académica de Humanismo Cristiano, 1988.
- "Nicaragua: diez años de política exterior", en Heraldo Muñoz (ed.), *El desafío de los 90: Anuario de políticas exteriores latinoamericanas 1989-1990*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad / PROSPEL, 1990, pp. 263-278.

Zamora, Augusto. "4000 días de soberanía: la política exterior sandinista", *Envío*, n° 110, diciembre 1990, pp.32-44.

Documentos y otras fuentes¹

Bendaña, Alejandro. "David resistió a Goliath: 10 años de política exterior", entrevista en *Envío*, n° 95, julio 1989, pp. 28-51.

D'Escoto, Miguel. *Discurso en el debate general del XXXV período ordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, Nueva York, 8 de octubre de 1980.

Invernizzi, Gabriele, Francis Pisani, y Jesús Ceberio. *Sandinistas*, (entrevistas con dirigentes sandinistas), Managua: Editorial Vanguardia, 1986.

Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional. "Programa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional", reproducido en CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, Santiago de Chile: Naciones Unidas, 1981, pp. 105-120.

MINEX (Ministerio del Exterior). *Gestión internacional 1985*, documento interno, Managua, mimeografiado, s.f.

- *El gobierno de Unidad Nacional y la lucha por la paz*, documento interno, mimeografiado, 1985.
- *Informe especial: relaciones diplomáticas de Nicaragua a nivel mundial al seis de agosto de 1987*, documento interno, Managua, mimeografiado, 6 agosto 1987.
- *Diez años de política exterior (elementos para un balance)*, documento interno, Managua, mimeografiado, 1988.
- *Cronología: Acciones políticas-diplomáticas del gobierno de Nicaragua 1986-1988*, documento interno, Managua, mimeografiado, s.f.

Ortega, Daniel. *Combatiendo por la paz*, (recopilación de 26 discursos), La Habana: Editora Política, 1988.

Ortega, Humberto. *Nicaragua: Revolución y Democracia*, (discursos y entrevistas), Organización Editorial Mexicana, 1993.

II. MARCO TEÓRICO Y CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA

(Bibliografía relacionada con el capítulo II)

Libros, monografías y artículos

Akhavan Kazemi, Masood. *Dimensions Internationales des Révolutions*, tesis doctoral, Université de Rennes I, Faculté de Droit et de Science Politique, 1995.

¹ Incluye documentos formales, discursos, entrevistas, informes y posicionamientos de entidades y personas relacionadas de manera significativa con la revolución nicaragüense y con su política exterior.

- Armstrong, David. *Revolution and World Order: The Revolutionary State in International Society*, Oxford: Clarendon Press, 1993.
- Ashby, Timothy. *The Bear in the Backyard: Moscow's Caribbean Strategy*, Lexington, Lexington Books, 1987.
- Blachman, Morris J., Douglas C. Bennet, William LeoGrande, y Kenneth E. Sharpe. "The Failure of the Hegemonic Strategic Vision", en Morris J. Blachman, Douglas C. Bennet, William LeoGrande, y Kenneth E. Sharpe (eds.), *Confronting Revolution: Security Through Diplomacy in Central America*, New York: Pantheon Books, 1986, pp. 328-350.
- Blight James G., y Thomas G. Weiss. "Must the grass still suffer? Some taughts on Third World conflicts after the Cold War", *Third World Quarterly*, vol. 13, n° 2, 1992, pp. 229-253.
- Boswell, Terry (ed.). *Revolution in the World-System*, Westport: Greenwood Press, 1989.
- Calvert, Peter. *The Foreign Policy of New States*, New York: St. Martin's Press, 1986 .
- *Revolution and International Politics*, London: Pinter, 2ª. ed., 1996.
- Carlsnaes, Walter. "The Agency-Structure Problem in Foreign Policy Analysis", *International Studies Quarterly*, vol. 36, n° 3, septiembre 1992, pp. 245-270.
- Cassels, Alan. *Ideology & International Relations in the Modern World*, London: Routledge, 1996.
- Chan, Stephen, y Andrew J. Williams (eds.). *Renegade States: The Evolution of Revolutionary Foreign Policy*, Manchester, Manchester University Press, 1994.
- Chomsky, Noam. *Turning the Tide: U.S. Intervention in Central America and the Struggle for Peace*, Boston: South End Press, 1985.
- *On Power and Ideology: The Managua Lectures*, Boston: South End Press, 1987. Edición en castellano, *La quinta libertad: La política internacional y de seguridad de Estados Unidos*, San Salvador: UCA editores, 1987.
- "U.S. Polity and Society: The Lessons of Nicaragua", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 285-310.
- *La cultura del terrorismo*, Barcelona: Ediciones B, 1989.
- Craig Harris, Lillian. *Lybya: Qadhafis Revolution and the Modern State*, Boulder: Westview Press, 1986.
- Commission on United States-Latin American Relations. *The Americas in a Changing World*, New York: Quadrangle Books, 1975 .
- Crocockatt, Richard. *The Fifty Years War*, London: Routledge, 1995.
- Der Derian, James. *On Diplomacy: A Genealogy of Western Estrangement*, Oxford: Basil Blackwell, 1987.
- Dessler, David. "What's at stake in the agent-structure debate?", *International Organization*, vol. 43, n° 3, Summer 1989, pp. 441-473.
- Domínguez, Jorge I. *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Ma.: Harvard University Press, 1989.
- Gold, Eva. "Military Encirclement", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 39-56.
- Goldstone, Jack A., Ted Robert Gurr, y Farrokh Moshiri (eds.). *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Boulder: Westview Press, 1991.
- Hahn, Walter F. (ed.). *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987.

- Halliday, Fred. *Génesis de la Segunda Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- *Revolution and Foreign Policy: The Case of South Yemen 1967-1987*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
 - "The sixth great power: on the study of revolution and international relations", *Review of International Studies*, vol. 16, nº 3, julio 1990, pp. 207-221.
 - *Rethinking International Relations*, London: MacMillan Press, 1994.
 - "The end of the Cold War and International Relations: Some Analytical and Theoretical Conclusions", en Ken Booth, y Steve Smith, *International Relations Theory Today*, Cambridge, UK: Polity Press, 1995, pp. 39-61.
 - *Revolution and World Politics: The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, London: MacMillan Press, 1999.
- Heine, Jorge. "The Foreign Policy of the People's Revolutionary Government", en Jorge Heine (ed.), *A Revolution Aborted: The Lessons of Grenada*, Pittsburg: Pittsburgh University Press, 1991, pp. 123-151.
- Hippler, Jochen. "Third World Conflicts after the End of the Cold War", en Chester Hartman, y Pedro Vilanova (eds.), *Paradigms Lost*, London: Pluto Press, 1992, pp. 59-74.
- *Pax Americana?: Hegemony o Decline*, London: Pluto Press, 1994.
- Insulza, Jose Miguel. "Estados Unidos y la nueva realidad internacional: límites y desafíos", en Carlos Portales (ed.), *El mundo en transición y América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, pp. 85-130.
- Jordan, David C. "U.S. Options -and Illusions- in Central America", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 227-246.
- Keddie, Nikki R., y Eric Hooglund (eds.). *The Iranian Revolution & the Islamic Republic*, Syracuse: Syracuse University Press, 1986.
- Kennedy, Paul. *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona: Plaza&Janes, 1988.
- Kirkpatrick, Jeane J. *Dictatorships and Double Standards*, New York: American Enterprise Institute/Simon & Schuster, 1982.
- "Introduction", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. xiii-xvi.
- Kornbluh, Peter. "The Covert War", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 21-38.
- "The U.S. Role in the Counterrevolution", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 323-349.
- Leiken, Robert S. (ed.). *Central America: Anatomy of Conflict*, New York: Pergamon Press, 1984.
- Maira, Luis (ed.). *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Buenos Aires: RIAL/Grupo Editor Latinoamericano, 1985.
- Mariñez, Pablo A. "El intervencionismo norteamericano en el Caribe: aspectos militares, políticos, económicos y sociales", en Marcos Roitman, y Gil Castro (eds.), *América Latina: entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 411-432.
- McColm, R. Bruce. "Central America: The Larger Regional Scenario", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 1-27
- Moneta, Carlos J. "La evolución de los espacios económicos regionales en el contexto de los cambios mundiales", en Luciano Tomassini, *La política internacional en un mundo postmoderno*, Buenos Aires: RIAL/ Grupo Editor Latinoamericano, 1991, pp. 113-118.
- Muravchik, Joshua. *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, Washington D.C.:The AEI Press, 1991.

- Norton Moore, John. *The Secret War In Central America: Sandinista Assault on World Order*, Frederick, Maryland: University Publications of America, 1987.
- Payne, Douglas W. "The 'Mantos' of the Sandinistas, en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine, Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 55-78.
- Philip, Philip G. "The Islamic Revolution in Iran: its impact on foreign policy", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams, *Renegade States: The Evolution of Revolutionary Foreign Policy*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 117-137.
- Ra'anan, Uri, Robert L. Pfaltzgraff, Richard H. Shultz, Ernst Halperin, e Igor Lukes. *Hydra of Carnage: International Linkages of Terrorism. The Witnesses Speak*, Lexington, MA: Lexington Books, 1984.
- Rico, Carlos F. "Crisis ¿y recomposición? de la hegemonía norteamericana. Algunas reflexiones en torno a la coyuntura internacional en la segunda mitad de los ochenta", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986, pp. 37-57.
- Sanchez D., Nestor. "Revolutionary Change and the Nicaraguan People", en Hahn Walter F. (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 105-118.
- Schultz, Richard M. "Recent Regional Patterns", en Uri Ra'anan, Robert L. Pfaltzgraff, Richard M. Schultz, Ernst Nalperin, e Igor Lukes, *Hydra of Carnage: International Linkages of Terrorism. The Witnesses Speak*, Lexington, MA: Lexington Books, 1984, pp. 95-124.
- Skockol, Theda. *Social revolutions in the modern world*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- Van Klaveren, Alberto. "La crisis de la hegemonía norteamericana y sus repercusiones en América Latina. Antecedentes y proyecciones futuras", *Cuadernos Semestrales*, n° 8, 2° semestre 1980, pp. 103-129.
- Wendt, Alexander E. "The agent-structure problem in international theory", *International Organization*, vol. 41, n° 3, Summer 1987, pp. 335-370.
- Westad, Odd Arne. "Rethinking Revolutions: The Cold War in the Third World", *Journal of Peace Research*, vol. 29, n° 4, 1992, pp. 455-464.
- Wight, Martin, *Power Politics*, London: Leicester University Press/Royal Institute of International Affairs, 1995.
- Wilhelmy, Manfred (ed.). *Política Internacional: Enfoques y realidades*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.
- Williams, Andrew J. "The French Revolution", en Stephen Chan, y Andrew J. Williams (eds.), *Renegade States: The Evolution of Revolutionary Foreign Policy*, Manchester: Manchester University Press, 1994. pp. 37-56.
- "The Russian Revolution", *Ibid.*, pp. 57-65.

Documentos y otras fuentes

- Comite de Santa Fe (L. Francis Bouchey, Roger W.Fontaine, David C.Jordan, Gordon Summer, y L.Tabs). "Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos", reproducido en *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1° semestre 1981, pp. 181-214.
- Partido Republicano. "Selección de la Plataforma del Partido Republicano", reproducido en *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1° semestre 1981, pp. 273-299.

III. ESTRATEGIA, OBJETIVOS, PRINCIPIOS Y ORGANIZACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA

(Bibliografía relacionada con el capítulo III)

Libros, monografías y artículos

Barahona, Amaru. "El gobierno de José Santos Zelaya y la fase inicial del proceso de acumulación originaria de Nicaragua", *Revista de Historia (UCA)*, n° 1, enero-junio 1990, pp. 83-96.

Beals, Carleton. *Banana Gold*, Filadelfia: Lipincott, 1932.

Bendaña, Alejandro. *La mística de Sandino*, Managua: Centro de Estudios Internacionales, 1994.

Borge, Tomás. *Carlos, el amanecer ya no es una tentación*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982.
- *La Paciente Impaciencia*, Managua: Editorial Vanguardia, 1989.

Castañeda, Jorge G. *Utopia Unarmed: The Latin America Left after the Cold War*, New York, Alfred A. Knopf, 1993.

CEPAL, *Nicaragua: el impacto de la mutación política*, Santiago de Chile: Naciones Unidas, 1981.

Conroy, Michael E. "Pautas del cambiante comercio exterior de la Nicaragua revolucionaria" en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 209-237.

Cummis, Lejeune. *Don Quijote en burro. Sandino y los marines, estudio para la formulación de una política de relaciones exteriores*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983.

Fonseca, Carlos. *Obras: Bajo la bandera del sandinismo*, tomo 1, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985.

- *Obras: Viva Sandino*, tomo 2, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982.

Guadamuz, Carlos. "Y... las casas quedaron llenas de humo", *Nicarahuac*, n° 6, diciembre 1981, pp. 21-50.

Hodges, Donald C. *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*, Austin: University of Texas Press, 1986.

Instituto de Estudio del Sandinismo. *Pensamiento antiimperialista en Nicaragua: antología*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982.

- *El Sandinismo: documentos básicos*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983, p. 29

- *Ahora sé que Sandino manda*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1986.

Lake, Anthony. *Somoza Falling: A Case Study of Washington at Work*, Amherst: The University of Massachusetts Press, 1990.

Leiken Robert S., y Barry Rubin (eds.). *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987.

Macauley, Neill. *The Sandino Affair*, Chicago: Quadrangle Books, 1971.

Martínez, José de Jesús. *Mi General Torrijos*, Panamá: Centro de Estudios Torrijista, 1987.

Meislin, Richard. "Nicaraguan Says Red Bloc Won't Be Asked for Arms", *The New York Times*, 13 agosto 1979, p. A3.

Morales Avilés, Ricardo. *Obras: No pararemos de andar jamás*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1985.

Nolan, David. *La ideología sandinista y la revolución nicaragüense*, Barcelona: Ediciones 29, 1986.

Pastor, Robert A. *Condemned To Repetition*, Princeton: Princeton University Press, 1987.

- Ortega, Humberto. *50 años de lucha sandinista*, Managua: Ministerio del Interior, 1980.
- Ramírez, Sergio. *El pensamiento vivo de Sandino*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1981.
- *El alba de oro*, México: Siglo XXI Editores, 1985.
- Ruiz, Henry. *Carlos Fonseca siempre*, Managua, Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, 1982.
- Somoza, Anastasio. *Nicaragua Betrayed*, Belmont, Mass.: Western Islands, 1980.
- Walker, Thomas W. (ed.). *Nicaragua: The Land of Sandino*, Boulder: Westview Press, 1986.
- Wheelock, Jaime. *Imperialismo y dictadura*, México: Siglo XXI Editores, sexta edición, 1982.

Documentos y otras fuentes

- Arias, Pilar. *Nicaragua: Revolución*, (entrevistas con dirigentes y militantes sandinistas), México: Siglo XXI Editores, 1980.
- Asamblea Nacional de Nicaragua. "Constitución de Nicaragua", *La Gaceta, Diario Oficial*, 9 enero 1987.
- FSLN, *Acerca de la plataforma general político-militar de lucha del FSLN para el triunfo de la Revolución Popular Sandinista*, Algún lugar de Nicaragua, mimeografiado, 1977.
- Comunicado en hoja volante, 30 agosto 1978.
 - "Comunicado de unificación (9 diciembre 1978)", en *Análisis de la coyuntura política actual*, editado por la representación del FSLN en Europa, febrero de 1979, pp. 38-39.
 - "Seventy-two Hours' Document", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 218-227.
- Ortega, Daniel. "Unidad de los trabajadores de América y el mundo", discurso en la clausura del Consejo General Extraordinario de la Conferencia Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina, Managua (11 noviembre 1982), en Daniel Ortega, *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp. 70-76.
- "La vocación de paz de Nicaragua y los acuerdos de Esquipulas", discurso ante organizaciones populares (5 noviembre 1987), *Combatiendo por la paz*, op. cit., pp. 208-217.
- Ortega, Daniel, Tomás Borge, Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal. *El sandinismo en Estados Unidos*, entrevista en *Playboy*, septiembre de 1983, reproducida como cuaderno de *Pensamiento Propio*, n°1, diciembre 1983.
- Ortega, Humberto. "La estrategia de la victoria", entrevista en Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985, pp. 15-49.
- Ramírez, Sergio. "Socialism cannot be instituted overnight", entrevista en *Cuadernos de Marcha*, México, enero-febrero 1980, reproducida en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, p. 214-218.
- *Las armas del futuro*, (discursos y entrevistas), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987.
- U.S. Department of Justice. *Suplement Statement (Reichler, Appelbaum & Wippman Lobbying Report for Six Month Period Ending 9 November 1987)*, 9 diciembre 1987, microficha en Peter Kornbluh, (ed.), *Nicaragua: The Making of U.S. Policy 1978-1990*, (Colección de 3500 documentos microfilmados del gobierno norteamericano), Washington D.C.: National Security Archive, 1991. A partir de ahora P.K. & N.S.A., más el número del documento. En este caso, P.K. & N.S.A., n° 03046.
- *Suplement Statement (Reichler, Appelbaum & Wippman Lobbying Report for Six Month Period Ending 9 November 1988)*, 12 diciembre 1988 (P.K. & N.S.A., n° 03140).

IV. INFLUENCIA DE LAS POLÍTICAS INTERNAS SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR SANDINISTA

(Bibliografía relacionada con el capítulo IV)

Libros, monografías y artículos

- Barahona, Amaru. "Auge y crisis del modelo de acumulación durante el somocismo", en INIES, *Nicaragua: Cambios estructurales y políticas económicas 1979-1987*, Managua: INIES, 1988, pp. 37-44.
- Bendaña, Alejandro. *Una tragedia campesina. Testimonios de la resistencia*, Managua: Editora de Arte, S.A., 1991.
- Black, George. *Triumph of the People: The Sandinista Revolution in Nicaragua*, London: Zed Press, 1981.
- Brundenius, Claes. "Estrategias del desarrollo industrial en la Nicaragua Revolucionaria", en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp.111-132.
- Cajina, Roberto J. *Transición política y reconversión militar en Nicaragua, 1990-1995*, Managua: CRIES, 1997.
- Casaldaliga, Pedro. *Nicaragua: Combate y profecía*, Madrid: Ayuso/Misión Abierta, 1986.
- Centro de Comunicación Internacional. *Nicaragua: 1986*, Managua: Centro de Comunicación Internacional, 1986.
- *Nicaragua: 1987*, Managua: Centro de Comunicación Internacional, 1987.
- Christian, Shirley. *Nicaragua: Revolution in the Family*, New York: Vintage Books, 1986.
- Cohn, Betsy, y Patricia Hynds. "The Manipulation of the Religion Issue", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 97-122.
- Denis Gilbert, *Sandinistas*, Cambridge, MA: Basil Blackwell, 1988.
- Díaz Lacayo, Aldo. *Gobernantes de Nicaragua (1821-1956)*, Managua: Aldilá Editor, 1996.
- Dickey, Christopher. *With the Contras*, New York: Simon&Schuster, 1987.
- Dijkstra, Geske. *La industria en la economía mixta de Nicaragua*, Managua: CRIES, 1987.
- Diskin, Martin. "The Manipulation of Indigenous Struggle", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 80-96.
- Dodson, Michael. "Religion and Revolution" en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 167-184.
- Dunbar Ortiz, Roxanne. *La cuestión miskita en la revolución nicaragüense*, México DF: Editorial Línea, 1986.
- Enríquez, Laura J. *Harvesting Change: Labor and Agrarian Reform in Nicaragua, 1979-1990*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1991.
- Ezcurrena Ana María, *Agresión ideológica contra la Revolución Sandinista*, México DF: Ediciones Nuevomar, 1983.
- Gibson, Bill. "Una panorámica estructural de la economía nicaragüense", en Rose J. Spalding (ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp. 31-61.

Girardi, Giulio. *Sandinismo, marxismo, cristianismo en la nueva Nicaragua*, México D.F.: Ediciones Nuevomar, 1986.

Gorostiaga, Xabier. "Economía mixta y Revolución Sandinista (7 años de experiencia)", *Polémica*, n° 21, sep-dic. 1986, pp. 23-35.

IEPALA. *El Papa en Nicaragua*, Madrid: IEPALA Editorial, 1983.

IHCA "La invasión ya no es silenciosa", *Envío*, n° 22, abril 1983, pp.9-21.

- " Los contrarrevolucionarios, ¿paladines de la libertad?", *Envío*, n° 29, noviembre 1983, pp. 1b-8b.
- " Ley electoral: nuevo paso hacia la institucionalización", *Envío*, n° 34, abril 1984, pp.1b-10b.
- " Partidos y movimientos políticos en Nicaragua", *Envío*, n° 38, agosto 1984, pp.1b-16b.
- " Ruptura o diálogo: La Iglesia Católica en Nicaragua (cronología: diciembre 83-julio 84)", *Envío*, n° 38, agosto 1984, pp. 6c-9c."
- " Análisis de los resultados electorales", *Envío*, n° 41, noviembre 1984, pp.1c-9c.
- " La economía de supervivencia desafía los planes norteamericanos", *Envío*, n° 52, octubre 1985, pp. 1b-11b.
- " La Iglesia de los pobres en Nicaragua", *Envío*, n° 58, abril 1986, pp. 1c-18c.
- " Los contras: una derrota anunciada", *Envío*, n° 68, febrero 1987, pp. 11-44.
- " Más cerca de la paz: 3000 días de revolución", *Envío*, n° 73, julio 87, pp.16-45.
- " La reforma monetaria: ¿inicio de una insurrección económica?, *Envío*, n° 82, abril-mayo 1988, p. 17-42.
- " Las medidas de junio: paquete sin pueblo", *Envío*, n° 85, julio-agosto 1988, pp.11-54.
- " Nicaragua: Concertación económica y socialismo", *Envío*, n° 92, marzo 89, pp. 57-95.
- " Ley de Autonomía: una camino nuevo en la Costa", *Envío*, Especial Elecciones, 1989, pp.40-59.
- " El FSLN en su laberinto", *Envío*, n° 103, mayo 1990, pp. 65-81.
- " Los contras de Franklin, ¿Cuál será su futuro?, *Envío*, n° 105, julio 1990, pp. 19-35.
- " La cosecha de los ochenta", *Envío*, n° 112-113, marzo 1991, pp 1-14.

INEC. *Nicaragua: Diez Años en Cifras*, INEC: Managua, 1989.

INIES, *Nicaragua: Cambios estructurales y políticas económicas 1979-1987*, Managua: INIES, 1988.

Maingot Anthony P. "Why Not a Diplomatic-Political Option in Nicaragua?, en David Ronfeldt, y Brian Jenkins (eds.), *The Nicaraguan Resistance and U.S. Policy. Report on a May 1987 Conference Prepared for the Office of the Secretary of Defense, the United States Air Force, and the United States Army*, Santa Monica, CA: The RAND Corporation, junio 1989, pp. 48-71.

Martí y Puig, Salvador. *La revolución enredada: Nicaragua 1977-1996*. Madrid: Los libros de la catarata, 1997.

MED/DEI (eds.), *Nicaragua triunfa en la alfabetización*, San José, MED/DEI, 1981

Medal, Jose Luis, *La Revolución Nicaragüense: balance económico y alternativas futuras*, Managua: CINASE, 1985.

- *Nicaragua: Estrategias de Desarrollo y Políticas de Ajuste (1950-1997)*, Managua: Editora de Arte, 1998.

Miranda, Roger, y William Ratliff. *The Civil War in Nicaragua*, New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1992.

Nietschmann, Bernard. "Statement to the Organization of American States (October 1983)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 271-273.

Norsworthy, Kennt. *Nicaragua: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990.

Núñez, Orlando (ed.). *La guerra en Nicaragua*, Managua: CIPRES, 1991.

Núñez Soto, Orlando. *Transición y lucha de clases en Nicaragua 1979-1986*, México: Siglo XXI Editores, 1987.

- Oquist, Paul. "Finalmente ¿quién tuvo la culpa de la derrota electoral?", *Envío*, n° 128, julio 1992, pp. 2 y 26-48.
- Pizarro, Roberto. "La nueva política económica: una reajuste necesario", en Rose J. Spalding, *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp. 263-280.
- Pozas, Víctor Santiago. *La Revolución Sandinista 1979-1988*, Madrid: Editorial Revolución, 1988.
- Randall, Margaret. *Cristianos en la revolución*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983.
- Reding, Andrew A. "The Evolution of Governmental Institutions", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 15-47.
- Ricciardi, Joseph. "Economic Policy", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 247-273.
- Samillán, César. "Dinámica de la economía nicaragüense", en INIES, *Nicaragua: cambios estructurales y políticas económicas 1979-1987*, Managua: INIES, 1988, pp. 45-66.
- Selser, Irene. *Cardenal Obando*, México DF: Centro de Estudios Ecuménicos, 1989.
- Smith, Hazel. *Nicaragua: Self-determination and Survival*, London: Pluto Press, 1991.
- Spalding, Rose J. (ed.). *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989.
- Stahler-Sholk, Richard. "Endeudamiento externo y políticas de estabilización económica en la Nicaragua revolucionaria", en Rose J. Spalding, *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp.187-205.
- Sutcliffe, Bob. "Sequins and the Nicaraguan Election", *Radical America*, vol. 23, n°. 2-3 octubre 1990, pp. 39-45.
- Torres-Rivas, Edelberto. *Centroamérica: La democracia posible*, San José: EDUCA/FLACSO, 1987.
- Vargas, Oscar-René. *¿Adónde va Nicaragua?: Perspectivas de una revolución latinoamericana*, Managua: Ediciones Nicarao, 1991.
- *Entre el laberinto y la esperanza (Nicaragua 1990-1994)*, Managua: Ediciones Nicarao, 1993.
- Vergara Meneses, Raul, José R. Castro, y Deborah Barry, *Nicaragua: país sitiado (Guerra de baja intensidad: agresión y sobrevivencia)*, Managua: CRIES, 1986.
- Vilas Carlos M. *Perfiles de la Revolución Sandinista*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987.
- "What Went Wrong", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XXIV, n°. 1, junio 1990, pp. 10-18.
- "Una patria para todos. Revolución, subdesarrollo y democracia en Nicaragua", en Pablo González Casanova, y Marcos Roitman (eds.), *La democracia en América Latina: Actualidad y perspectivas*, Madrid: Editorial Complutense, 1992, pp. 401-403.
- *Estado, clase y etnicidad: La Costa Atlántica de Nicaragua*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Walker, Thomas W.(ed.). *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*, Wilmington: SR Books, 1997.
- Weaver, Eric, y William Barnes. "Opposition Parties and Coalitions", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 117-142.
- Weisman, Steven R. "Reagan predicts Nicaragua Vote Will Be 'Sham'", *The New York Times*, 20 julio 1984, pp. A1 y A4.
- Wickham-Crowley, Timothy P. *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*, New Jersey:Princeton University Press, 1993.

Wheelock, Jaime. *Entre la crisis y la agresión: la Reforma Agraria Sandinista*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985.

Documentos y otras fuentes

Americas Watch. *Violations of the Laws of War by Both Sides in Nicaragua, 1981-1985*, New York: Americas Watch Committee, 1985.

- *Human Rights in Nicaragua: Reagan, Rhetoric and Reality*, New York: Americas Watch Committee, 1985.

Amnesty International. *Nicaragua: The Human Rights Record*, London: Amnesty International, 1986.

Borge, Tomás. "El nuestro es un proyecto enredado", entrevista en *Pensamiento Propio*, n° 24, junio-julio 1985, pp. 7-15.

- "Discurso inaugural en el Simposio Internacional sobre el Estado, Autonomía y Derechos Indígenas (13-15. julio 1986)", en Comisión Nacional de Autonomía, *Cerca de la Vigilia. Memorias de un sueño: autonomía de la Costa Atlántica*, Editorial Nuevo Amanecer, Managua, 1986, pp. 13-27.

- "Había que rescatar la patria...", entrevista de Patricia Obregón en *Pensamiento Propio*, n° 64, octubre 1989, pp. 28-31.

- "El pueblo apoya al proyecto revolucionario", entrevista de Anatoli Borovkov en *América Latina*, enero 1987, n° 1, pp. 37-42.

Cabestrero, Teófilo. *Ministros de Dios, Ministros del Pueblo: Testimonio de tres sacerdotes en el gobierno revolucionario de Nicaragua*, (entrevistas), Managua: Ministerio de Cultura, 1983.

Canadian Church and Human Rights Delegation. *Nicaragua 1984: Democracy, Elections and War*, Toronto, diciembre 1984.

Carrión, Luis. Entrevista en *Barricada Internacional*, n° 284, 19 enero 1989, pp. 4-5, separata.

- "Enfrentados con la realidad", entrevista de Ralf Leonhard en *Pensamiento Propio*, n° 61, julio 1989, pp. 26-28.

- "Revisión a fondo en el FSLN", entrevista de Sergio de Castro en *Barricada Internacional*, n° 319, 30 junio 1990, pp. 4-6.

Coloquio Teológico Dominicano. "Carta a las comunidades cristianas y pueblo de Nicaragua del primer Coloquio Teológico Dominicano Internacional", *Amanecer*, n° 45, noviembre- diciembre 1986, pp. 16-17.

Comisión de Justicia y Paz. "Informe de la Comisión de Justicia y Paz de Dominicanos españoles", *Amanecer*, n° 30-31, noviembre-diciembre 1984, pp.12-13.

Conferencia Episcopal de Nicaragua. *Mensaje al pueblo católico y a todos los nicaragüenses*, Managua, mimeografiado, 31 julio 1979.

- "Carta Pastoral del Episcopado Nicaragüense", 17 noviembre 1979, *Nicarahuac*, n° 5, abril-junio 1981, pp. 70-84.

- *Carta abierta a la Dirección Nacional del Frente Sandinista*, Managua, mimeografiado, 17 octubre 1980.

- *Carta Pastoral del Episcopado Nicaragüense sobre la reconciliación*, Managua, mimeografiado, 22 abril 1984.

Consejo Mundial de Iglesias. "Declaración sobre Nicaragua", *Amanecer*, n° 45, noviembre-diciembre 1986, p.16.

D'Escoto, Miguel. "Palabras del Padre D'Escoto al finalizar el Viacrucis (22 febrero 1986)", (discurso), *Amanecer*, n° 40-42, enero-mayo 1986, pp.30-31.

Dirección de Divulgación y Prensa de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, *Principios y políticas del Gobierno de Nicaragua*, Managua, 1982.

FSLN. "Comunicado oficial de la Dirección Nacional del FSLN sobre la religión", *Nicarahuac*, n° 5, abril-junio 1981, pp. 93-98.

Gurdián, Ramiro. "La empresa privada no permitirá la privatización", entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 54, octubre 1988, pp. 40-43.

International Human Rights Law Group and Washington Office of Latin America. *A Political Opening in Nicaragua, Report on the Nicaraguan Elections of November 4, 1984*, Washington, diciembre 1984.

Irish Inter-Party Parliamentary Delegation. *The Elections in Nicaragua, November 1984*, Dublin, 21 noviembre 1984.

Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, "1982: Unidad frente a la agresión", (saludo de Año Nuevo), *Barricada Internacional*, nº 10, 30 enero 1982, p. 2.

- "Declaratoria de Estado de Emergencia", *Barricada Internacional*, nº 40, 15 noviembre 1982, pp. 6-7.
- "Respuesta al mensaje episcopal sobre la Costa Atlántica (22 febrero 1982)", en Ana María Ezcurra, *Agresión ideológica contra la Revolución Sandinista*, México DF: Ediciones Nuevomar, 1983. pp. 242-246.
- "Once puntos para la paz", (declaración oficial), *Barricada Internacional*, nº 62, 9 mayo 1983, p.5.
- Comunicado de expulsión de Nicaragua del obispo Pablo Vega, *Barricada Internacional*, nº 211, 10 julio 1984, p.13.

Latin American Studies Association. *The Electoral Process in Nicaragua*, Austin, Tex.: LASA, 1984.

Martínez Cuenca Alejandro. *Nicaragua: una década de retos*, (entrevista), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1990.

- "Medidas para domar una economía desbocada", entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 52, julio-agosto 1988, pp.19-23.

Ministerio de Planificación, *Plan de reactivación económica en beneficio del pueblo*, Managua, 1980.

Obispos y pastores de América Latina y Africa. "Carta de 35 obispos y pastores de América Latina y Africa al pueblo de Nicaragua", *Amanecer*, nº 45, noviembre-diciembre 1986, p.15.

Organization of American States, Inter-American Commission on Human Rights. *Report on the Situation of Human Rights of a Segment of the Nicaraguan Population Of Miskito Origin*, Washington: General Secretariat, OAS, 16 mayo 1984.

Ortega, Daniel. "Reagan: el que agrade a Nicaragua", extractos del discurso en el III aniversario de la Revolución Sandinista, Masaya, 19 julio 1982, *Barricada Internacional*, nº 26, 2 agosto 1982, p. 7.

- "Preparan nueva escalada militar" (declaración oficial), *Barricada Internacional*, nº 61, 2 mayo 1983, pp. 6-7.
- "Construyendo el socialismo nica", entrevista en *Pensamiento Propio*, nº 61, julio 1989, separata, pp.1-8.
- "La democracia, la mayor obra del FSLN", (discurso), *Barricada Internacional*, nº 311, 10 marzo 1990, pp. 8-9.

Ortega, Humberto. "Tarea de todo el pueblo: aplastar la contrarrevolución", discurso en el acto de clausura de la campaña de alfabetización, 23 agosto 1980, en MED/DEI, *Nicaragua triunfa en la alfabetización*, San José, MED/DEI, 1981, pp. 179-184.

- "La defensa es una tarea del pueblo", entrevista en *Barricada Internacional*, nº 13, 26 marzo 1982, pp. 5-7.
- "Todo el país a empuñar el fusil", (declaración oficial), *Barricada Internacional*, nº 117, 11 junio 1984, pp. 6-7.
- "Los erróneos cálculos de la CIA", declaraciones en *Barricada Internacional*, nº 184, 28 noviembre 1985, p. 2 archivo.
- "La guerra se desplaza a las fronteras", (balance de la situación militar), *Barricada Internacional*, nº 188, 16 enero 1986, p. 4.

Parliamentary Human Rights Group. *Report of a British Parliamentary Delegation to Nicaragua to Observe the Presidential and National Assembly Elections*, London, noviembre 1984.

Téllez, Dora María. "El fin del fetiche", entrevista de Irene Selser en *Pensamiento Propio*, n° 82, julio 1991, pp. 28-31.

Vivas, Bosco. "Los vericuetos de una relación", entrevista de Nicholas Young en *Pensamiento Propio*, n° 61, julio 1989, pp. 51-53.

Wheelock, Jaime. *El gran desafío*, (entrevista), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985.

V. LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA. FACTOR DECISIVO EN LA INVOLUCIÓN DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

(Bibliografía relacionada con el capítulo V)

Libros, monografías y artículos

Aguilar, Alonso. *Pan-Americanism: From Monroe to the Present, A View from the Other Side*, New York: Monthly Review Press, 1968.

Aguirre, Mariano. "Guerras de Baja Intensidad: la definición después de Vietnam", en Mariano Aguirre, y Robert Matthews, *Guerras de Baja Intensidad*, Madrid: Editorial Fundamentos, 1989, pp. 89-118.

Arellano, Jorge Eduardo. *Historia básica de Nicaragua*, 2 vols., Managua: Fondo Editorial CIRA, 1997.

Arnson, Cyntia J. *Crossroads, Congress, The President and Central America, 1976-1993*, University Park, PA: The Pennsylvania State University Press, 2ª edición 1993.

Banco de América (ed.). *The War in Nicaragua (Frank Leslie's Illustrated Newspaper (1855-1857); Harpers's Weekly, Journal of Civilization (1857-1860))*, Managua: Banco de América, 1976.

Barahona, Amaru. "Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua", en Pablo González Casanova (ed.), *América Latina: historia de medio siglo*, Vol. 2: *México, Centroamérica y el Caribe*, México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 3ª edición, 1985, pp. 377-404.

Barón, Atilio. "La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1º semestre 1981, pp. 31-58.

Barry, Deborah, Raúl Vergara, y José Rodolfo Castro. "'Low Intensity Warfare': The Counterinsurgency Strategy for Central America", en Nora Hamilton, Jeffrey A. Frieden, Linda Fuller, y Manuel Pastor Jr., *Crisis in Central America*, Boulder: Westview Press, 1988, pp 77-96.

Barry, Tom, y Deb Preusch. *The Central America Fact Book*, New York: Grove Press, Inc., 1986.
- *The Soft War: The Uses and Abuses of U.S. Economic Aid in Central America*, New York: Grove Press, 1988.

Barry, Tom. *Conflicto de Baja Intensidad: un nuevo campo de batalla en Centroamérica*, The Resource Center, New Mexico: Albuquerque, 1987.

Bender, David L., y Bruno Leone. *Central America: Opposing Viewpoints*, Greenhaven Press: St. Paul, Minnesota, 1984.

Belausteguigoitia, Ramón de. *Con Sandino en la montaña*, Madrid: Espasa Calpe, 1934.

Benítez, Raúl, y Lilia Bermúdez. "Los 'combatientes de la libertad' y la Guerra de Baja Intensidad contra Nicaragua", en Raúl Benítez, Lucrecia Lozano, y Lilia Bermúdez (eds.), *EE. UU. contra Nicaragua: la guerra de baja intensidad en Centroamérica*, Madrid: Editorial Revolución, 1987, pp. 9-46.

Berman, Karl. *Under the Big Stick: Nicaragua and the United States Since 1848*, Boston: South End Press, 1986.

- Bermúdez, Lilia. *Guerra de Baja Intensidad: Reagan contra Centroamérica*, México: Siglo XXI Editores, 1987.
- Blachman, Morris J., Douglas C. Bennet, William LeoGrande, y Kenneth E. Sharpe (eds.). *Confronting Revolution: Security Through Diplomacy in Central America*, New York: Pantheon Books, 1986.
- Black, George. *The Good Neighbor: How the United States Wrote the History of Central America and the Caribbean*, New York: Pantheon Books, 1988.
- Blasier, Cole. *The Hovering Giant. U. S. Responses to Revolutionary Change in Latin America 1910-1985*, Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1985.
- Bode, William R. "The Reagan Doctrine in Outline", en Walter F. Hahn, *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 247-263.
- Bodenheimer, Thomas, y Robert Gould. *Rollback!, Right-wing Power in U.S. Foreign Policy*, Boston: South End Press, 1989.
- Boersner, Demetrio. *Relaciones internacionales de América Latina*, Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 4ª edición, 1990.
- Bolaños, Pío. *Génesis de la intervención norteamericana en Nicaragua*, primera edición en 1915 publicada con el título *La situación económica de Nicaragua (La intervención norteamericana y sus resultados. Los procedimientos del gobierno de Adolfo Díaz)* con el seudónimo de "Un nicaragüense". Reeditado en Managua por Editorial Nueva Nicaragua en 1984.
- Bradford, Burns E. *At War in Nicaragua: The Reagan Doctrine and the Politics of Nostalgia*, New York: Harper&Row Publishers, 1987.
- Central American Historical Institute Intercultural Center, *From Banana Cases to Contra Bases. A Chronology of US-Honduran Relations January 1977 to July 1986*, Washington: Georgetown University, mimeografiado, 1986.
- Chamorro, Edgard. *Packaging the Contras: A Case of CIA Disinformation*, New York: Institute for Media Analysis, Inc., 1987.
- Chomsky, Noam. *Deterring Democracy*, New York: Hill and Wang, 1992.
- Coatsworth, John H. *Central America and the United States: The Clients and the Colossus*, New York: Twayne Publishers, 1994.
- Coleman, Kenneth M., y George C. Hearing (eds.). *The Central American Crisis: Sources of Conflict and The Failure of U. S. Policy*", Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc., 1986.
- *Understanding the Central American Crisis* , Wilmington, Delaware: SR Books, 1991.
- Congressional Research Service, *"Public Diplomacy", "Project Democracy" and Contra Aid*, Washington D.C. : Library Congress, agosto 1987.
- Conroy , Michel E. "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Warfare", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 57-79.
- Daly Hayes, Margaret. "United States Security Interests in Central America in Global Perspective", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, New York:Holmes&Meier Publishers, 1982, pp. 85-102.
- Diederich, Bernard. *Somoza and the Legacy of U.S. Involvement in Central America*, New York: Dutton,1981.
- Di Giovanni, Cleto Jr. "U.S. Policy and the Marxist Threat to Central America", *Heritage Foundation Background*, nº 128, 15 octubre 1980, extracto reproducido en Rosset Peter, y John Vandermeer

- (eds.), *The Nicaragua Reader: Documents of a Revolution under Fire*, New York: Grove Press, Inc., 1983., pp. 190-191.
- Dillon, Sam. *Comandos: the CIA and Nicaragua's Contra Rebels*, New York: Henry Holt and Company, 1991.
- Dunkerley, James. *Power in the Isthmus. A Political History of Modern Central America*, London: Verso, 1988.
- Domínguez, Jorge. *U.S. Interests and Policies in the Caribbean and Central America*, Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1982.
- Farer, Tom J. *The Grand Strategy of the United States in Latin America*, New Brunswick: Transaction Books, 1988.
- Feinberg, Richard E. "The Recent Rapid Redefinitions of U.S. Interests and Diplomacy in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, New York: Holmes&Meier Publishers, 1982, pp. 58-84.
- Fitzgerald, E.V.K. "Una evaluación de los costos económicos de la agresión estadounidense para Nicaragua:1980-1984", en Rose Spalding J.(ed.), *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1989, pp. 238-260.
- Gámez, José Dolores. *Historia de Nicaragua*, Managua: Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, 1975.
- Garvin, Glenn. *Everybody Had His Own Gringo. The CIA & the Contras*, McLean, Virginia: Brassey (US), Inc., 1992.
- Gorostiaga, Xabier. "La coyuntura centroamericana", *Mientras Tanto*, nº 35, octubre 1988, pp. 91-104.
- Guerra Sergio, y Alberto Prieto. *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, La Habana: Casa de las Américas, 1978.
- Gutman, Roy. *Banana Diplomacy: The Making of American Policy in Nicaragua 1981-1987*, New York: Simon & Schuster Inc., 1988.
- Haig, Alexander M. *Caveat: Realism, Reagan and Foreign Policy*, New York: MacMillan, 1984.
- Hamilton Nora, Jeffry A. Frieden, Linda Fuller, y Manuel Pastor Jr. *Crisis in Central America: Regional Dynamics and U. S. Policy in the 1980s*, Boulder: Westview Press, 1988.
- Hartlyn, Jonathan, Lars Schoultz, y Augusto Varas (eds.). *The United States and Latin America in the 1990s. Beyond the Cold War*, Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press,1992.
- Hinckley, Ronald. "Public Diplomacy: Seeking Public Support for Contra Aid Policy", en Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy: The Controversia on Contra Aid*, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1993, pp. 158-162.
- Hunter, Jane. *Israeli Foreign Policy: South Africa and Central America*, Boston: South End Press, 1987.
- IHCA. "Centroamérica 1979-1985. El nuevo sujeto histórico. El callejón sin salida de la política de EE.UU. en el Tercer Mundo", *Envío*, nº 55-56, número monográfico, enero-febrero 1986.
- "Chilenización: el nuevo nombre de la guerra", *Envío*, nº 93, mayo 1989, pp. 1-6.
 - "Negociación cooptada o democracia participativa: Centroamérica 89-90", *Envío*, nº 103, número monográfico, mayo 1990.
- INIES, *Cronología de una guerra no imaginaria: Cronología de las relaciones Estados Unidos-Nicaragua 1979-1984*, Managua: Editorial de Ciencias Sociales,1986.

- Jauberth, H. Rodrigo, Gilberto Castañeda, Jesús Hernández, y Pedro Vuskovic. *La triangulación Centroamérica-México-EUA. ¿Una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, San José: Editorial DEI, 1991.
- Kagan, Robert. *A Twilight Struggle: American Power and Nicaragua, 1977-1990*, New York: The Free Press, 1996.
- Kinzer, Stephen. *Blood of Brothers: Life and War in Nicaragua*, New York: G. P. Putnam's Sons, 1991.
- Kirkpatrick, Jeane J. "U.N. 'Mugging' Fails", *The New York Times*, 31 marzo 1983, p. A23.
- Kolko, Gabriel. *Confronting The Third World: United States Foreign Policy 1945-1980*, New York: Panteon Books, 1988.
- Kornbluh, Peter. *The Price of Intervention: Reagan's War Against the Sandinistas*, Washington, Institute for Policy Studies, 1987.
- LaFeber, Walter. "The Reagan Policy In Historical Perspective", en Kenneth M. Coleman , y George C. Herring (eds.), *Understanding the Central American Crisis*, Wilmington, DE: SR Books, 1991, pp. 1-16.
- *Inevitable Revolutions*, New York: W.W. Norton & Company, 2ª edición, 1993.
- Landau, Saul. *The Dangerous Doctrine: National Security and U.S. Foreign Policy*, Boulder, Westview Press, 1988.
- LeMoyne, James. "Costa Rica's Return to Neutrality Strains Its Ties With Washington", *The New York Times*, 22 marzo 1987, p. IV2.
- LeoGrande, William M. "Una nota crítica sobre la política exterior de Ronald Reagan", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1º semestre 1981, pp. 141-156.
- "The Controversy over Contra Aid, 1981-1990: A Historical Narrative", en Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy: The Controversia on Contra Aid*, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1993, pp. 29-47.
- *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992*, Chapell Hill: The University of North Carolina Press, 1998.
- LeoGrande, William M., Douglas C. Benneth , Morris J. Blachman , y Kenneth E. Sharpe. "Grappling with Central America: From Carter to Reagan", en Morris J. Blachman et alt. (eds.), *Confronting Revolution: Security Through Diplomacy in Central America*, New York: Pantheon Books, 1986, pp. 295-328.
- Lowenthal, Abraham F. "Rediscovering Latin America", *Foreign Affairs*, Fall 1990, vol. 69, n° 4, pp. 27-41.
- *Exporting Democracy: The United States and Latin America. Case Studies*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1991.
- "Changing U.S. Interests and Policies in a New World", en Jonathan Hartlyn, Lars Schoultz, y Augusto Varas (eds.), *The United States and Latin America in the 1990s: Beyond the Cold War*, Chapell Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1992, pp. 64-85.
- Lozano, Lucrecia. *La política de Estados Unidos hacia Nicaragua (1981-1987). Entre la reversión y los esfuerzos de paz*, ponencia en la 1ª Reunión de Investigadores del Grupo de Trabajo de Relaciones Internacionales de CLACSO sobre el Caribe y Centroamérica, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Centro de Estudios Latinoamericanos, U.N.A.M., 1988.
- Maira, Luis. "América Latina, pieza clave en la política de contención de la administración Reagan", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1º semestre 1981, pp. 215-254.
- Martz, John D.(ed.) *United States Policy in Latin America*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1990.
- Matthews Robert, John Kerry, y Xabier Gorostiaga. *Nicaragua y el Irangate*, Papeles para la paz, n° 18, Madrid: CIP, 1987.

- Matthews, Robert. "Sowing Dragon's Teeth. The U.S. War against Nicaragua", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XX, nº 4, julio-agosto 1986, pp. 13-40.
- "El triunfalismo de la derecha: la doctrina Reagan y la contrarrevolución", en Mariano Aguirre, y Robert Matthews, *Guerras de Baja Intensidad*, Madrid: Editorial Fundamentos, 1989, pp. 63-88.
- Maynes Charles, William. "The Rise and Fall of the Reagan Doctrine", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, New Brunswick (U.S.A.): Transaction Publishers, 1990, pp. 265-275.
- MEDIPAZ (Sociedad Nicaragüense de Médicos por la Paz y la Defensa de la Vida). *La guerra de Nicaragua, conflicto de baja intensidad: efectos y consecuencias en un país subdesarrollado*, Managua, mimeografiado, 1993.
- Menges, Constantine C. *Inside the National Security Council: The True Story of the Making and Unmaking of Reagan's Foreign Policy*, New York: Simon & Schuster, 1988.
- Miles, Sarah. "The Real War. Low Intensity Conflict in Central America", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XX, nº. 2, abril-mayo 1986, pp.17-48.
- Millet, Richard. *The Guardians of the Dynasty: A History of the U.S.- Created Guardia Nacional de Nicaragua and the Somoza Family*, Maryknoll, N.Y.: Orbis Book, 1977.
- Morales Padrón, Francisco. *Historia de unas relaciones difíciles (EEUU-América española)*, Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1987.
- National Security Archive. *The Chronology: The Documental Day by day Account of the Secret Military Assistance to Iran and the Contras*, New York: Warner Books, 1987.
- Niess, Frank. *A Hemisphere To Itself*, London: Zed Books, 1990.
- North, Olivert L. *Under Fire*, New York: Harper Collins, 1991.
- Parry, Robert, y Peter Kornbluh. "Iran-Contras Untold Story", *Foreign Policy*, nº. 72, Fall 1988, pp. 3-30.
- Pastor, Robert. "The Carter Administration and Latin America: A Test of Principle", en John D. Martz (ed.), *United States Policy in Latin America*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1990, pp. 61-97.
- *Whirlpool: U.S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean*, Princeton: Princeton University Press, 1992.
- "Old Habits, New Opportunities in Nicaragua", en William Robinson, *A Faustian Bargain. U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, Boulder: Westview Press, 1992, pp. 177-184.
- "The War Between the Branches: Explaining U.S. Policy Toward Nicaragua, 1979-1989", en Richard Sobel (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy: The Controversia on Contra Aid*, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1993, pp. 221-240.
- Pearce, Jenny. *Under the Eagle: US Intervention in Central America and the Caribbean*, Boston: South End Press, 2ª edición, 1984.
- Pezullo, Lawrence, y Ralph Pezullo. *At the Fall of Somoza*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1993.
- Podhoretz, Norman. "El peligro presente", *Cuadernos Semestrales*, nº 9, op.cit., pp.115-140.
- Purcell, John F.H. "The Perceptions and Interests of United States Business in Relation to the Political Crisis in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, New York:Holmes&Meier Publishers, 1982, pp. 103-123.
- Riding, Alan. "U.S. in Role of Key Nicaragua Arbiter", *The New York Times*, 10 julio 1979, p. 3.
- Robinson, William I., y Kent Norsworthy. *David and Goliath: The U.S. War Against Nicaragua*, New York: Monthly Review Press, 1987.

- Robinson William I. *A Faustian Bargain. U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, Boulder: Westview Press, 1992.
- Selser, Gregorio. "La intensa guerra de baja intensidad", *Nueva Sociedad*, n° 89, mayo-junio 1987, pp. 100-125.
- Sanahuja, Jose Antonio. *Los EE.UU. en Centroamérica, 1980-1990: ¿Ayuda económica o seguridad nacional?*, Bilbao: Hegoa, 1992.
- Schlesinger, Stephen, y Stephen Kinzer. *Fruta Amarga. La CIA en Guatemala*, México: Siglo XXI Editores, 1982.
- Schultz, Lars. *National Security and United States Policy Toward Latin America*, Princeton: Princeton University Press, 1987.
- Scott, James M. *Deciding to Intervene: The Reagan Doctrine and American Foreign Policy*, Durham: Duke University Press, 1996.
- Scott, Peter Dale. *Cocaine Politics: Drugs, Armies and the CIA in Central America*, Berkeley: University of California Press, 1991.
- Selbin, Eric. *Modern Latin American Revolutions*, Boulder: Westview Press, 1993.
- Selser, Gregorio. *El pequeño ejército loco (Operación México-Nicaragua)*, Buenos Aires: Editorial Triángulo, 1958.
- *Sandino: General de Hombres Libres*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, dos volúmenes, 1981.
- Sen, María Isabel. "Los centros de pensamiento y las publicaciones conservadoras en Estados Unidos", *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1° semestre 1981, pp. 339-346.
- Serafino, Nina M., y Mauren Taft-Morales. *U.S. Assistance to Nicaraguan Guerrillas: Issues for the Congress*, Washington DC.: Congressional Research Service/The Library of Congress, 1 marzo 1988.
- *Contra Aid: Summary and Chronology of Major Congressional Action 1981-1989*, Washington D.C.: Congressional Research Service/The Library of Congress, 1 noviembre 1989.
- Shenon, Philip. "Meese Calls Nicaragua a 'Terrorist Country Club'", *The New York Times*, 15 septiembre 1985, p.A3.
- Shipler, David K. "Nicaragua, Victory for U.S. Fair Play", *The New York Times*, p. A27.
- Sklar, Holly. *Washington's War on Nicaragua*, Boston: South End Press, 1988.
- "Bipartisan Thrust Toward Nicaragua", *Z Magazine*, junio 1989, pp. 41-46.
- "Washington Wants to Buy Nicaragua's Elections Again", *Z Magazine*, diciembre 1989, pp. 49-64.
- Smith, Wayne S. "Reagan's Central American Policy: Disaster in the Making", en Donald E. Schultz, y Douglas H. Graham (eds.), *Revolution and Counterrevolution in Central America and the Caribbean*, Boulder: Westview Press, 1984, pp. 479-500.
- "Lies About Nicaragua", *Foreign Policy*, n° 68, Fall 1987, pp. 87-103.
- Sobel, Richard. "Public Opinion about U.S. Intervention in Nicaragua: A Polling Addendum", en Richard Sobel, (ed.), *Public Opinion in U.S. Foreign Policy: The Controversia on Contra Aid*, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1993., pp. 59-70.
- Spence, Jack. "The U.S. Media: Covering (over) Nicaragua", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, Boulder: Westview Press, 1987, pp 182-201.
- Storrs, K. Larry, y Nina Serafino. "The Reagan Administration's Efforts to Gain Support for Contra Aid", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 123-150.

- Tirado, Víctor L. *Sandino y la doctrina de liberación nacional*, Managua: Editorial Vanguardia, 1989.
- Treventon, Gregory F. *Covert Action: The Limits of Intervention in the Postwar World*, New York: Basic Books, 1987.
- Tulchin, Joseph S., y Walter Knut. "Nicaragua: The Limits of Intervention", en Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America. Case Studies*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1991, pp. 111-141.
- Vaky, Viron P. "Positive Containment in Nicaragua", *Foreign Policy*, nº 67, Summer 1987, pp. 42-58.
- Valdivia, Angharad N. "The U.S. Interventions in Nicaraguan and Other Latin American Media", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution in Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1991, pp.351-366.
- Vanden, Harry E., y Thomas W. Walker. "The Reimposition of U.S. Hegemony over Nicaragua", en Kenneth M. Coleman, y George Cherring (eds.), *Understanding the Central American Crisis*, Wilmington, DE: SR Books, 1991, pp. 153-177.
- Vuskovic, Pedro. "La desestabilización económica: arma agresiva del imperialismo", *El Nuevo Diario*, Managua, 4 Junio 1981, pp. 3B y 5B.
- Walker, Thomas W. "Nicaraguan-U.S. Friction: The First Four Years, 1979-1983", en Kenneth M. Coleman, y George C. Hearing (eds.), *The Central American Crisis: Sources of Conflict and The Failure of U. S. Policy*", Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc., 1986, pp.157-189.
- "The Armed Forces", en Thomas W. Walker (ed.), *Revolution & Counterrevolution*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 77-100.
- Wallop, Malcom. "Covert Action: A Substitute for Clear U.S. Policy", en Walter F. Hahn. (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 265-279.
- Walter, Knut. *The Regime of Anastasio Somoza, 1936-1956*, Chapell Hill: The University of North Carolina Press, 1993.
- Webb, Gary. *Dark Alliance: The CIA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosion*, New York, Seven Stories Press, 1998.
- Weinraub, Bernard. "Contras May Need to Seize Control, Reagan Declares", *The New York Times*, pp. A1-A2
- Whitaker, Arthur P. *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1954.
- Wiarda, Howard J. *American Foreign Policy Toward Latin America in the 80s and 90s*, New York: New York University Press, 1992.
- Wood, Brice. *The Making of the Good Neighbor Policy*, Norton & Company: New York, 1967.
- Woodward, Bob. *VEIL: The Secret Wars of the CIA, 1981-1987*, New York : Pocket Books, 1988.
- World Council of Churches, "The Sandinistas Are Not a Totalitarian Threat", en David L. Bender, y Bruno Leone, *Central America: Opposing Viewpoints*, Greenhaven Press: St.Paul, Minnesota, 1984, pp. 160-168.
- Wünderich, Volker. *Sandino: una biografía política*, Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1995.
- Zinn, Howard. *A People's History of the United States*, New York: Harper & Row Publishers, 1980.

Documentos y otras fuentes

- Abrams Elliot. "Permanent Dictatorship in Nicaragua?". Statement before the Subcommittee on Western Hemisphere Affairs of the House Foreign Affairs Committee. Washington D.C., 5 marzo, 1986, *Current Policy*, nº 802, United States Department of State, Bureau of Public Affairs, Washington D.C., marzo 1986.
- Acheson, Dean. "Memorandum to the President", 1 mayo 1952, *Foreign Relations of the United States 1952-1954*, vol. 4, pp. 1369-70, reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 96-97).
- Arce, Bayardo. *Sandinismo y política imperialista*, (discurso), Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985.
- Bush, George. "Excerpts From Remarks". Speech on the Contras before the Austin Council on Foreign Affairs. United States. Office of the Vice President, 28 febrero 1985. (P.K. & N.S.A., nº 02378).
- "Transcript of White House Remarks: Statement by Bush", *The New York Times*, 25 marzo 1989, p. A6.
- Carter, Jimmy. "Letter to Somoza (June 1978)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987. pp. 483-484.
- "Transcript of President's News Conference", *The New York Times*, 26 julio 1979, p. A14.
- Casey, William J. "Supplemental Assistance to Nicaragua Program". Memorandum to Robert C. McFarlane, Central Intelligence Agency, 27 marzo 1984, (P.K. & N.S.A. nº 02027).
- *Transcript: Speech before the Metropolitan Club*, New York City, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02460).
- Central Intelligence Agency (CIA). "Interview with Joe Fernandez", Executive Registry 8826-36, 24 enero 1987, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 154-164.
- "Sequence of Events". (Chronology of CIA Station Activities in Costa Rica), Executive Registry 12, 442-12, 449, febrero 1987, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 165-172.
- *Psychological Operations in Guerrilla Warfare*, New York: Vintage Specials, 1985.
- *The Freedom Fighter's Manual*, New York: Grove Press, s.f.
- Central Intelligence Agency Inspector General, *Report of Investigation, Allegations of Connections Between CIA and the Contras in Cocaine Trafficking to the United States (96-0143-IG)*, Volume II: *The Contra Story*, 8 octubre 1998, <http://www.odci.gov/cia/publications/cocaine2/>
- Chamorro, Edgard. "World Court Affidavit: Deposition before the International Court of Justice. September 5, 1985", reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution*, New York: Grove Press, Inc., 1983, pp. 235-255.
- Christopher, Warren. "MFM (Meeting of Foreign Ministers)-Resolution on Nicaragua". Unclassified Cable #163598 to all ARA (Buro of Inter-American Affairs), U.S. Department of State, 23 junio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00805).
- "Talk with Somoza". Secret Cable #166874 to U.S. Embassy, Nicaragua, 28 junio 1979, U.S. Department of State, (P.K. & N.S.A., nº 00835).
- "U.S. Policy and the Sandinista Regime", Department of State Bulletin, septiembre 1979, reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *Central American Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 500-502.
- Clark, William P. "Meeting with National Security Planning Group". Memorandum to Ronald Reagan. U.S. National Security Council, 16 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., nº 01821).

- Comisión Kissinger. *Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica*, México: Ediciones Diana, s.f.
- Defense Intelligence Agency. "Nicaragua: Challenge to Regime", Washington D. C., 1 diciembre 1977, (P.K. & N.S.A., n° 00024).
- Derian, Patricia. "Nicaragua". Secret Briefing Memorandum to Warren Christopher. U.S. Department of State. Bureau of Human Rights and Humanitarian Affairs, 18 junio 1979. (P.K.&N.S.A., n° 00779).
- District Court for the District of Columbia. *In the United States District Court for the District of Columbia, United States of America v. Oliverth L. North, Defendant*, Criminal No. 88-0080-02-GAG, 10 marzo 1989, (P.K. & N.S.A., n° 03157).
- Foster Dulles, John. "The Declaration of Caracas and the Monroe Doctrine", en U.S. Department of State, *Intervention of International Communism in Guatemala*, Washington D.C., 1954, pp. 10-11, reproducida en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp.112-113.
- Gates, Robert. "Nicaragua". Memorandum for Director of Central Intelligence Agency, (14 diciembre 1984), documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcom Byrne(eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 45-49.
- General Accounting Office. "Nicaragua: Country Summary", United States. General Accounting Office, 1988, (P.K. & N.S.A.. n° 03053)
- "Central America: Assistance to Promote Democracy and National Reconciliation in Nicaragua. Report to Congressional Requesters", Washington D.C., septiembre 1990, (P.K.&N.S.A., n° 03237).
- Gregg, Donald. "Proposed Covert Action Finding on Nicaragua". Secret Action Memorandum for William P. Clark, National Security Council, 12 julio 1982, (P.K. & N.S.A., n° 01268).
- "Scope of CIA Activities under the Nicaraguan Finding". Secret Scope Paper, National Security Council, 12 julio 1982, (P.K. & N.S.A., n° 01541).
- Haig, Alexander M. "Excerpts From Haig's Address at O.A.S. Meeting", *The New York Times*, 5 diciembre 1981, p. A4.
- Hamilton, Lee. "Rep. Lee Hamilton and Rep. Robert Michel: Debate on Contra Funding (April 1985)", *Congressional Record*, 23 abril 1985, reproducido en Robert S. Leiken, y Rubin Barry (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 602-614.
- Ikle, Fred. "US Policy for Central America - Can We Succeed?", discurso ante el Baltimore Council on Foreign Affairs, 12 septiembre 1983, reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer, *The Nicaragua Reader: Documents of a Revolution under Fire*, New York: Grove Press, Inc., 1983, pp. 21-26.
- Inouye, Daniel K., y Lee H. Hamilton. *Report of The Congressional Committees Investigating the Iran-Contra Affair*, New York: Times Books, edición abreviada, 1988.
- Jakowitz, Daniel "Jake". "Public Diplomacy Action Plan: Support for the White House Educational Campaign ", 12 Marzo 1985, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcom Byrne (eds), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 22-30.
- Kagan, Robert W. "Public Diplomacy Plan for explaining U.S. Central American Policy to the U.S. Religious Community". Confidential Memorandum to Walt Raymond (NSC), Office of Public Diplomacy For Latin America and the Caribbean, 18 septiembre 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02880).
- Kornbluh, Peter (ed.). *Nicaragua: The Making of U.S. Policy 1978-1990*, (Colección de 3500 documentos microfilmados del gobierno norteamericano), Washington D.C.: National Security Archive, 1991.

Kornbluh, Peter, y Malcolm Byrne (eds.). *The Iran-Contra Affair: The Making of a Scandal*, (colección de 4.600 documentos microfilmados del gobierno norteamericano), Washington D.C.: National Security Archive, 1989.

- *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, (selección de 101 documentos), New York: National Security Archive/The New Press, 1993.

McFarlane, Robert C. "Support for the Nicaraguan Democratic Opposition". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 7 noviembre 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01880).

- "Central American Legislative Strategy-Additional Funding for Anti-Sandinista Forces". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 21 febrero 1984. (P.K. & N.S.A., n° 01987).

- "Central American Trip: Observations and Conclusions". Secret Memorandum to Ronald Reagan, National Security Council, 31 enero 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02356).

- "Approach to the Hondurans regarding the Nicaraguan Resistance". Secret Action Memorandum for the President, 19 febrero 1985, reproducido en Peter Kornbluh, y Malcom Byrne (eds), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 83-84.

Miller, Johnathan S. "White Propaganda Operation". Memorandum to Pat Buchanan, Assistant to the President and Director of Communications. The White House, 13 marzo 1985, United States Department of State, (P.K. & N.S.A., n° 02396).

Monroe, Evangeline. "The Military Dimension of the Nicaraguan Resistance". Memorandum from Evangeline Monroe (U.S. Department of State. Bureau of Intelligence and Research) to Luigi R. Einaudi (U.S. Department of State. Bureau of Inter-American Affairs), 6 marzo 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02693).

National Security Council. "National Security Council Document on Policy in Central America and Cuba ('U.S. Policy in Central America and Cuba trough F.Y. 84, Summary Paper')", *The New York Times*, 7 abril 1983, p. A16.

- "Covert Action Proposal Concerning Central America". Memorandum for Director of Central Intelligence Agency, William J. Casey, 9 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01813).

- "National Security Planning Group Meeting", 25 junio 1984. (Subject: Central America). Secret Minutes. NSC/ICS 400616, (P.K. & N.S.A., n° 02127).

- "National Security Planning Group Meeting", 11 septiembre 1984. (Subject: Review of the (.....) and Central America Special Activities). Top Secret Minutes, NSC/ICS-400838. U.S Executive Office of the President, (P.K. & N.S.A., n° 02199).

North, Olivert L. "Notes on National Security Planning Group Meeting", 11 septiembre 1984, (P.K. & N.S.A., n° 02197).

- "(Contra Leader) Control". Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, NSC/ICS 402001, 27 febrero 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02375).

- "Meeting with (Arturo Cruz, Sr.)". Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, NSC/ICS 400298, 15 marzo 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02401).

- "Timing and the Nicaraguan Resistance Vote". Memorandum for Robert C. McFarlane, 20 marzo 1985, NSC/ICS 400300, (P.K. & N.S.A., n° 02408)

- "Chronological Events Checklist". Memorandum to Robert C. McFarlane, 20 marzo 1985, National Security Council, (P.K. & N.S.A., n° 02409)

- "Guatemalan Aid to the Nicaraguan Resistance". Memorandum for Robert C. McFarlane, National Security Council, 5 mayo 1985, reproducido en Peter Kornbluh , y Malcom Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal, The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993pp. 100-110.

- "FDN Military Operations". Secret Memorandum for Robert C. McFarlane, National Security Council, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02462).

- *Taking the Stand: The Testimony of Lieutenant Colonel Oliver L. North (The complete transcripts of his testimony before the Select Committee of the House and Senate)*, New York: Pocket Books, 1987.

- "Notebook Entries for September 6,1986", documento reproducido en Peter Kornbluh ,y Malcom Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, p. 179.

- North, Olivert L., y Constantine Menges. "Support for Nicaraguan Democratic Opposition". Memorandum to Robert C. McFarlane, National Security Council, 4 noviembre 1983.(P.K. & N.S.A., n° 01879).
- "Special Activities in Nicaragua". Memorandum to Robert C. McFarlane, National Security Council, 2 marzo 1984, (P.K. & N.S.A., n° 01994).
 - "Presidential Meeting with United Nicaraguan Opposition (UNO)". Secret Memorandum for John M. Poindexter, National Security Council, Washington, D.C., 28 febrero 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02679).
- Office of Public Diplomacy. "Themes for Op-Ed Pieces to Be Written by Outside Supporters", 1 febrero 1984, (P.K. & N.S.A., n° 01969).
- *Broken Promises: Sandinista Repression of Human Rights in Nicaragua*, Washington: U.S. Department of State, octubre 1984.
 - "FY 1985 Obligations for S/LPD (Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean)", 24 septiembre 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02579).
 - "Secret Contract with International Business Communications", 1 octubre 1985/ 2 octubre 1986, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 39-42.
- Ortega, Daniel. "El triunfo sandinista, ejemplo y alegría para los pueblos", discurso en la XXXIV Asamblea General de la ONU, 28 septiembre 1979, en Daniel Ortega, *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp.27- 32.
- Ortega, Humberto. "Avanzar hacia la paz", entrevista de Carlos Fernando Chamorro, *Barricada Internacional*, n° 308, 20 enero 1990, pp. 22-23.
- Owen, Robert W. "Overall Perspective". Memorandum to Olivert L. North, National Security Council, 17 marzo 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02712).
- Pezzullo, Lawrence. "Somoza-The First Visit". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua.# 02857, 28 junio 1979, (P.K. & N.S.A., n° 0833).
- "GON Backs Off From Agreement". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. # 03250, 17 julio 1979, (P.K. & N.S.A.,n° 00961).
 - "Borge Greeting at Airport". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. # 03382, 28 julio 1979. (P.K. & N.S.A., n° 01005).
 - "Nicaraguan Reaction to Hostages". Confidential Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #05591,16 noviembre 1979, (P.K. & N.S.A., n° 01095).
 - "Conversation With Junta Member Sergio Ramírez". Secret Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #00103, 9 enero 1981, (P.K. & N.S.A., n° 01250).
 - "Meeting with Borge". Secret Cable to U.S. Department of State.U.S. Embassy, Nicaragua. #00095, 9 enero 1981, (P.K. & N.S.A., n° 01248).
 - "Military Sales Request from Nicaragua". Confidential Cable to U.S. Department of State. U.S. Embassy, Nicaragua. #04966, 15 octubre 1979, (P.K. & N.S.A., n° 01081).
- Poindexter, John M. "Meeting with Costa Rican Security Minister Benjamín Piza and Talking Points", White House, 17 marzo 1986, documento reproducido en Peter Kornbluh, y Malcolm Byrne (eds.), *The Iran-Contra Scandal: The Declassified History*, New York: National Security Archive/The New Press, 1993, pp. 173-174.
- "Meeting with the National Security Planning Group". Memorandum to Ronald W. Reagan, National Security Council, 15 mayo 1986, (P.K. & N.S.A., n° 02776).
- President's Special Review Board (John Tower, Edmund Muskie y Brent Scowcroft). *The Tower Commission Report*, New York: Bantam Books/Times Books, 1987.
- Ramírez, Sergio. "¿Mediación o intervención?. El pacto de los zopilotes.Plan Washington: impedir que el FSLN tome el poder", entrevista de Guillermo Cortés Domínguez, *Barricada*, 20 octubre 1988, pp. 1 y 6.
- Reagan, Ronald. "Paz y seguridad en los ochenta", discurso ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Chicago, 17 marzo 1980, *Cuadernos Semestrales*, n° 9, 1° semestre 1981, pp. 301-307.
- "Presidential Finding". Executive Office of the President, 1 diciembre 1981, (P.K. & N.S.A., n° 01414).

- "President Reagan's Address on Central America to Joint Session of Congress", *The New York Times*, 28 abril 1983, p. A12
- "Transcript of President's News Conference on Foreign and Domestic Matters", *The New York Times*, 5 mayo 1983, p. D22.
- "Saving Freedom in Central America". Presidential Address before the International Longshoremen's Association, *Current Policy*, n° 499, United States Department of State, Bureau of Public Affairs, julio 1983.
- "National Security Decision Directive (NSDD 100) on Enhanced Military Activity and Assistance in the Central American Region", Executive Office of the President, 28 julio 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01781).
- "President's News Conference on Foreign and Domestic Matters", *The New York Times*, 27 julio 1983, p. A10.
- "Finding...Concerning Operations Undertaken by the Central Intelligence Agency in Foreign Countries". Executive Office of the President, 19 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01824).
- "Scope of CIA Activities under the Nicaraguan Finding". Executive Office of the President, 19 septiembre 1983, (P.K. & N.S.A., n° 01825).
- "United States Policy in Central America", *Public Papers of the Presidents*, Washington, D.C., United States Government Printing Office, 10 abril 1984, pp. 517-519, (P.K.& N.S.A., n° 02052).
- "Address by the President to the Nation", Office of the Press Secretary, The White House, 9 mayo 1984,(P.K. & N.S.A., n° 02092).
- "Transcript of Interview With President on a Range of Issues", *The New York Times*, 12 febrero 1985, p. A10.
- "Central America". Radio Address to the Nation, 16 febrero 1985, *Public Papers of the Presidents*, United States Government Printing Office, 21 (8): pp. 186-187, (P.K. & N.S.A., n° 02369).
- "President's News Conference on Foreign and Domestic Issues", *The New York Times*, 22 febrero 1985, p. A14.
- "Nicaragua Peace Proposal". Letter to the Presidents of Colombia, Mexico, Panama, and Venezuela, 4 abril 1985. *Public Papers of the Presidents*, Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 21 (17): pp. 490-491, (P.K. & N.S.A., n° 02444).
- "Transcript of President's News Conference on His Proposal for Nicaragua", *The New York Times*, 5 abril 1985, p. A8.
- "Excerpts From President's Address", *The New York Times*, 16 abril 1985, p. A8.
- "Nicaragua Peace Proposal". Radio Address to the Nation, 20 abril 1985. *Public Papers of the Presidents*, Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 21 (17): pp. 489-490, (P.K. & N.S.A., n° 02444).
- "Nicaragua Peace Proposal". Letter to the Majority Leader of the Senate, 23 abril 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.:Government Printing Office, 21 (17): pp. 508-510, (P.K. & N.S.A., n° 02447).
- "To the Congress of the United States", The White House. Office of the Press Secretary, 1 mayo 1985, (P.K. & N.S.A., n° 02464).
- "Nicaragua". Radio Address to the Nation, 8 junio 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 21 (24): pp. 765-766, (P.K. & N.S.A., n° 02500).
- "Establishment of Nicaraguan Humanitarian Assistance Office". Statement by the President, 30 agosto 1985, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.: Government Printing Office, 21 (35): pp. 1015-1016, (P.K. & N.S.A., n° 02546).
- "Assistance for Nicaraguan Democratic Resistance". Message to the Congress, 25 febrero 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 266-271, (P.K. & N.S.A., n° 02677).
- "Aid to the Contras". Radio Address to the Nation, 8 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.,United States Government Printing Office, 1: pp. 325-328, (P.K. & N.S.A., n° 02696).
- "Nicaragua". Radio Address to the Nation, 15 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C.: United States Government Printing Office, 1: pp. 369-371, (P.K. & N.S.A., n° 02710).
- "Text of the Reagan Message to Congress on Foreign Policy", *The New York Times*, 15 marzo 1986, pp. A4-A5.
- "Nicaragua". Televised Address to the Nation, 16 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 371-375, (P.K. & N.S.A., n° 02710).

- "Transcript of the President's Speech", *The New York Times*, 17 marzo 1986, p. 12.
- "Aid to the Contras". Message to the Congress, 19 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp. 391-393, (P.K. & N.S.A., nº 02721).
- "Aid to the Contras". Remarks at a White House Reception for Private Sector Supporters, 21 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: 397-398, (P.K. & N.S.A., nº 02727).
- "Aid to the Contras". Radio Address to the Nation, 22 marzo 1986, *Public Papers of the Presidents*, Washington D.C., United States Government Printing Office, 1: pp.403-404, (P.K. & N.S.A., nº 02728).
- "Remarks by the President to Supporters of Contra Aid", The White House. Office of the Press Secretary, 16 junio 1986, (P.K. & N.S.A., nº 02811).
- "Address by the President to the Nation", The White House. Office of the Press Secretary, 24 junio 1986, (P.K. & N.S.A., nº 02829).
- "Excerpts from President's Speech to Newspapers Publishers", *The New York Times*, 4 mayo 1987, p. A14.
- "Reagan on Contras: 'Strive and Struggle'", *The New York Times*, 8 octubre 1987, p. A12.

Reich, Otto J. "Request for a Presidential Commendation for the Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean". Memorandum to Walt Raymond (NSC), 10 marzo 1986 (P.K. & N.S.A., nº 02697).

Schotta Charles. "U.S. Votes on Loans to Nicaragua". Memorandum to Donald T. Regan. United States Department of Treasury, 1 julio 1983, (P.K. & N.S.A., nº 01748).

Schultz George P. "Letter to Antonio Ortiz Mena, President of the Inter-American Development Bank". United States Department of State. Office of the Secretary, 30 Enero 1985, (P.K. & N.S.A., nº 02353).

- "Nicaragua: Will Democracy Prevail?". Statement before the Senate Committee on Foreign Relations, Washington D.C., 27 Febrero 1986, *Current Policy*, nº 797, United States Department of State, Bureau of Public Affairs, Washington D.C., marzo 1986.
- "Guerra de baja intensidad: el desafío de la ambigüedad", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, 2º semestre 1985, (publicado en noviembre 1986), pp. 341-349.
- Discurso ante la American Bar Association, *Boletín de Noticias*, Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos, Embajada de los Estados Unidos en Managua, nº 87-13, 11 marzo 1987.
- "Excerpts From Shultz's Speech Contrasting Communism and Democracy", *The New York Times*, 23 febrero 1985, p. A4.
- "Excerpts from Speech by Schultz to Policy Group (the National Committee on American Foreign Policy)", *The New York Times*, 3 octubre 1985, p. A16.
- "Excerpts From Testimony by Shultz and McFarlane in House", *The New York Times*, 9 diciembre 1986, pp. A12-13.
- *Testimony before the Senate Foreign Relations Committee, 10 septiembre 1987*, United States Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, (P.K. & N.S.A., nº 03029).

U.S. Department of State. "U.S. Response to Costa Rica's Urgent Request For Security Assistance". (Secret Memo. First Draft), 5 mayo 1984, reproducido en Marc Edelman, y Joanne Kenen (eds.), *The Costa Rica Reader*, New York: Grove Weidenfeld, 1989, pp. 278-290.

- "Relations with Nicaragua". Secret Cable to all American Republic Diplomatic Posts, 22 agosto 1981, (P.K. & N.S.A., nº 01373).

Vaky, Viron. "Nicaraguan Scenario". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State.#179651, 12 julio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00908).

Vance, Cyrus. "Role of US Embassy in Nicaragua". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State. # 041757, 16 febrero 1978, (P.K. & N.S.A., nº 00064).

- "Alleged Israeli Arms Shipments to Nicaragua". Confidential Cable to U.S. Embassy. Israel. U.S. Department of State.# 151956, 13 junio 1979, (P.K. & N.S.A., nº 00758).
- "Somoza's Departure". Secret Cable to U.S. Embassy. Nicaragua. U.S. Department of State.# 183243, 14 julio 1979, (P.K. & N.S.A. nº 00932).

Van Cleve, Harry R. "Regarding the Legality of activities by Office of Public Diplomacy for Latin America and the Caribbean". Letter to Jack Brooks, Chairman of the Committee on Government Operations of the House of Representatives, and to Dante B. Fascell, Chairman of the Committee on Foreign Affairs of the House of Representatives, 30 septiembre 1987. United States. General Accounting Office. Comptroller General, (P.K. & N.S.A., nº 03031).

Walsh, Lawrence E. *Iran-Contra: The Final Report*, New York: Times Books, 1994.

Walters, Vernon A. "Statement made in a UN General Assembly plenary session on November 22, 1985", *Department of State Bulletin*, marzo 1986, pp. 54-56.

Weinberger, Caspar W. "Guerra de baja intensidad", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, 2º semestre 1985, pp. 351-360.

White House Press Secretary's Office. "Text of U.S. Plan on Central America", *The New York Times*, 25 marzo 1989, p. A6.

White House Office of Media Relations and Planning. "Nicaraguan Repression of Labor Unions" (*White House Digest*, 24 agosto 1983), reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution. The New Nicaragua Reader*, New York: Grove Press, 1986, pp. 374-377.

VI. NICARAGUA, ACTOR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES: MULTILATERALIDAD Y PRESENCIA SANDINISTA EN LA ESCENA INTERNACIONAL

(Bibliografía relacionada con el capítulo VI)

Libros, monografías y artículos

Abellán, Victoria. "El Derecho Internacional como marco de convivencia en las relaciones internacionales", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional. USA- Nicaragua: Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 11-15.

Argüello Gómez, Carlos. "Reflexiones sobre la crisis actual del Derecho Internacional, quiénes la ocasionan y qué puede hacerse para superar esta situación", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional. USA-Nicaragua: Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 113-125.

Armstrong, Robert. "Nicaragua: Sovereignty and Non-Alignment", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XIX, nº 3, mayo-junio 1985, pp. 15-21.

Barricada Internacional. "OEA: Prevalece posición latinoamericanista", *Barricada Internacional*, nº 162, 13 junio 1985, p. 1.

Barricada Internacional. "Revés de Estados Unidos en la OEA", *Barricada Internacional*, nº 154, 4 abril 1985, p. 1.

Bilder, Richard. "Judicial Procedures Relating to the Use of Force", en Lori F. Damrosch, y David. J. Sheffer (eds.), *Law and Force in the International Order*, Boulder: Westview Press, 1991, pp. 269-297.

Boyle, Francis Anthony. *Foundations of World Order: The Legalist Approach to International Relations, 1898-1922*, Durham: Duke University Press, 1999.

Carrillo Salcedo, Juan Antonio. "Reflexiones sobre el actual deterioro del Derecho Internacional y la necesidad de su respeto en las relaciones internacionales para la salvaguarda de la paz y de la seguridad internacional", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional*.

- USA- Nicaragua: *Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 101-108.
- Damrosch, Lori F., y David. J. Sheffer (eds.). *Law and Force in the International Order*, Boulder: Westview Press, 1991.
- Falk, Richard. "The World Court's Achievement", *American Journal of International Law*, vol. 81, enero 1987, n° 1, pp. 106-112.
- Franck, Thomas M. "Some Observations in the ICJ's Procedural and Substantive Innovations", *American Journal of International Law*, vol. 81, enero 1987, n° 1, pp. 116-121.
- Gill, Terry D. *Litigation Strategy at the International Court: a case study of the Nicaragua v. United States dispute*, Dordrecht: Martinus Nijhoff Publishers, 1989.
- Hight, Keith. "Evidence, the Court, and the Nicaraguan Case", *American Journal of International Law*, vol. 81., enero 1987, n° 1, pp. 1-56.
- Hilaire, Max. *International Law and the United States Military Intervention in the Western Hemisphere*, The Hague: Kluwer Law International, 1997.
- Lang, Caroline. *L'affaire Nicaragua/ Etats Unis devant la Cour Internationale de Justice*, Paris: Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1990.
- Laudy, Marion. *Nicaragua ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya*, México: Siglo XXI Editores, 1988.
- Macdonald, R. St. J. "The Nicaragua Case: New Answers to Old Questions", *Canadian Yearbook of International Law*, 1986, pp. 127-160.
- Mrazek, Joseph. "Prohibition of the Use and Threat of Force: Self-defense and Self-Help in International Law", *Canadian Yearbook of International Law*, 1989, pp.81-111.
- Norton Moore, John. "The Nicaragua Case and the Deterioration of World Order", *American Journal of International Law*, vol. 81, enero 1987, n° 1, p. 151-159.
- Nossiter, Bernard D. "Nicaragua Wins Council Seat, Dealing U.S. Diplomatic Lost", *The New York Times*, 20 octubre 1982, p. 4.
- Pérez González, Manuel. "Responsabilidad internacional de Estados Unidos por los actos ilícitos cometidos contra Nicaragua y por el no cumplimiento de la sentencia del TIJ", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional. USA- Nicaragua: Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 83-91.
- Piñoll i Rull, Joan. "Los asuntos de las actividades militares y paramilitares en Nicaragua y en contra de este estado (Nicaragua contra Estados Unidos de América)", *Revista Española de Derecho Internacional*, (R.E.D.I.), vol. XXXIX, n° 1, 1987, pp. 99-119.
- Remiro Brotons, Antonio. *La hegemonía norteamericana, factor de crisis de la O.E.A.*, Bolonia: Real Colegio de España, 1972.
- "Jurisdicción y competencia del TIJ, obligatoriedad y ejecución de la sentencia", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional. USA- Nicaragua: Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 73-81.
- Queiser, Waltraud, y Harry E. Vanden. "Relations with the Nonaligned Movement", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, New York: Praeger Publishers, 1985, pp.467-474.
- Rodríguez Carrión, Alejandro. "El Derecho Internacional en la sentencia de la Corte Internacional de Justicia en el asunto Nicaragua-Estados Unidos", *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria- Gasteiz*, Leioa: Universidad del País Vasco, 1987, pp. 17- 63.
- Scolino, Elaine. "Nicaragua's U.N. Voice", *The New York Times Magazine*, 28 septiembre 1986, pp. 29 y 94-101.

- Shipler, David K. "U.S. Assails Court Ruling and Closing of La Prensa", *The New York Times*, 28 junio 1986, p. 4.
- Sofaer, Abraham D. "International Law and the Use of Force", *The National Interest*, Fall 1988, n° 13, pp. 53-64.
- Taylor Jr., Stuart. "World Court Step Poses Test For U.S.", *The New York Times*, 27 noviembre 1984, pp. A1 y A12.
- Vinocur, John. "U.S. Loses Ruling in Nicaragua Case", *The New York Times*, 11 mayo 1984, pp. A1 y A8.
- Zamora, Augusto. *El conflicto Estados Unidos-Nicaragua 1979-1990*, Managua: Fondo Editorial CIRA, 1996.

Documentos y otras fuentes

- Astorga, Nora. *Discurso en la Asamblea General de Naciones Unidas*, 12 noviembre 1987, Managua: MINEX, mimeografiado.
- Chamorro Mora, Javier. "Cinco años en la ONU", entrevista de Robert Cohen en *Barricada Internacional*, n° 193, 27 febrero 1986, p.7.
- D'Escoto, Miguel. "Discurso en el 2º período extraordinario de la Asamblea General de las Naciones Unidas", *Barricada*, 17 junio 82, pp. 1 y 5.
- "Apoyo a participación de ONU en gestiones de paz", extractos del discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 9 mayo 1983, *Barricada Internacional*, n° 63, 16 mayo 1983, p 3.
 - "Statement upon filing Suit of Nicaragua vs. United States in the Hague", MINEX, 9 abril 1984.
 - "Discurso en la XLI Asamblea General de las Naciones Unidas", *Barricada*, 11 octubre 1986, p. 1.
 - "Discurso en la reunión ministerial extraordinaria del Movimiento de Países No Alineados", Georgetown, 10-12 marzo 1987, *Boletín especial*, Managua: MINEX, 6 abril 1987.
 - *Discurso en el seminario para embajadores de Nicaragua "Leonte Herdocia"*, Managua: Dirección de Información y Análisis del MINEX, mimeografiado, 20 julio 1987.
 - *La paz y el imperio de la ley en las relaciones internacionales*, discurso en la reunión ministerial extraordinaria del Movimiento de Países No Alineados, La Haya, 26-30 junio 1989, Managua: MINEX, mimeografiado.
 - *Discurso en la Asamblea General de la ONU*, Managua: MINEX, mimeografiado, 1989.
- International Court of Justice. "Case Concerning Military and Paramilitary Activities in and against Nicaragua (Nicaragua v. United States of America)", *International Legal Materials*, volumen XXV, n° 5, septiembre 1986, pp. 14-150.
- MINEX. *Evaluación de la reunión de Harare y perspectivas para la IX cumbre de los NOAL*, Managua: Dirección de Información, Documentación y Análisis del MINEX, documento interno, mimeografiado, 1986.
- NOAL. "Comunicado de Managua", *Barricada Internacional*, n° 48, 24 enero 1983, pp.1-7 archivo.
- Extractos de la Resolución de la Conferencia Cumbre de New Delhi, *Barricada*, 12 marzo 1983, p. 5.
 - "Resolución de la Conferencia Cumbre de Harare", *Boletín especial*, MINEX, 20 septiembre 1986.
- Ortega, Daniel. "Nicaragua se incorpora a los No Alineados", discurso en la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, 6 septiembre 1979, *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp. 17-26.
- "Denuncia ante el Consejo de Seguridad de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, (25 marzo 1982), *Ibid.*, pp. 48-64.
 - "Endeudamiento de los países pobres", discurso en la V Reunión Ministerial Extraordinaria del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados sobre América Latina y el Caribe. Managua, 12 enero 1983, *Ibid.*, pp. 77-87.
 - "La intervención militar de Estados Unidos en Centroamérica", discurso en la VII Cumbre del Movimiento de países No Alineados, Nueva Delhi, 9 marzo 1983, *Ibid.*, pp. 88-95.

- "Ante la escalada belicista estadounidense", discurso en la XL Asamblea General de las Naciones Unidas (21 octubre 1985), *Ibid.*, pp. 126-134.
- "El gobierno de Estados Unidos debe rectificar", discurso en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, 29 julio 1986, *Ibid.*, pp. 137-145.
- "Nicaragua es y será defensor de los principios de los No Alineados", discurso en la VIII Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, Harare, 4 septiembre 1986, *Ibid.*, pp. 146-153.
- "Una hora decisiva para América Latina: consolidar la autodeterminación de los pueblos", discurso ante la Asamblea General de la OEA, 11 noviembre 1987, *Ibid.*, pp. 193-207.
- "Discurso en el XLIII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas", Nueva York, 13 octubre 1988, *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 26, 1° trimestre de 1989, pp. 136-141.
- *Discurso en la IX Cumbre del Movimiento de Países No Alineados*, Belgrado, 6 septiembre 1989, MINEX, mimeografiado.

Partido Conservador de Nicaragua. *La revolución nicaragüense y la O.E.A.* (recopilación de documentos presentados por el partido Conservador de Nicaragua a los gobiernos miembros de la O.E.A. en 1981 y 1986), Managua, 1986.

Schultz, George P. *Text of Secretary of State's Note to U.N. Secretary General Perez de Cuellar*, (6 abril 1984), U.S. Department of State. (P.K.& N.S.A., n° 02040).

Security Council (U.N.). *Resolution 530 (1983)*, S/RES/530/, 19 mayo 1983, gopher:// gopher. undp. org: 70/00/ undocs/scd/scouncil/s83/2.

- *Resolution 562 (1985)*, S/RES/562, 10 mayo 1985, gopher:// gopher. undp. org: 70/00/ undocs/scd/scouncil/s85/3.

Tinoco, Víctor Hugo. "América Latina bajo la lupa de los No Alineados", entrevista en *Barricada Internacional*, n°46, 10 enero 1983, pp. 7-8.

- Extractos del discurso durante el XII período de sesiones de la OEA, *Barricada*, 19 noviembre 1982, p. 1.

- Extractos del discurso en el XIII período de sesiones de la OEA, *Barricada*, 17 noviembre 1983, p. 5.

VII. LAS LIMITACIONES DEL "NATURAL" APOYO DEL MUNDO SOCIALISTA

(Bibliografía relacionada con el capítulo VII)

Libros, monografías y artículos

Adams, Jan S. "Cambio y continuidad en la política soviética centroamericana", *Problemas Internacionales*, Washington, marzo-junio 1989, pp. 116-125.

- *A Foreign Policy in Transition: Moscow's Retreat from Central America and the Caribbean, 1985-1992*, Durham: Duke University Press, 1992.

(AP). "Nicaragua Orders 1,000 Cuban Military Advisers to Leave Country", *The New York Times*, 27 noviembre 1983, p. 15

- "Nicaraguan Leader Says 2,000 Cuban Have already Left", *The New York Times*, 4 diciembre 1983, p. 23.

- "Soviets said to Halt Arms Aid to Nicaragua", *The New York Times*, 16 mayo 1989, p. 7.

Barricada Internacional, "La cooperación URSS-Nicaragua", *Barricada Internacional*, n° 302, 14 octubre 1989, p.6.

Bendaña, Alejandro. "El colapso del comunismo a nivel internacional", en Centro Ecuménico Antonio Valdivieso (ed.), *Dando razón de nuestra esperanza*, Managua: Ediciones Nicarao, 1991, pp. 29-35.

Berridge G.R. "Diplomacy and the Angola/Namibia Accords", *International Affairs*, London, marzo 1989, pp. 463-479.

- Blasier, Cole. "The Soviet Union", en Morris J. Blachman, William M. LeoGrande, y Kenneth Sharpe, *Confronting Revolution*, New York: Panteon Books, 1986, pp. 256-270.
- Brenner Philip, William M. LeoGrande, Donna Rich, y Daniel Siegel D. (eds.). *The Cuba Reader*, New York: Grove Press, 1989.
- Brzezinski, Zbigniew. "Afghanistan and Nicaragua", *The National Interest*, Summer 1985, pp. 48-51.
- Campbell, Horace. "The Military Defeat of the South Africans in Angola", *Monthly Review*, vol. 40, n° 11, abril 1989, pp. 1-15.
- Cardenal Ch., Roberto. *Lo que se quiso ocultar: 8 años de censura sandinista*, San José, Costa Rica: Libro Libre, 1989.
- Centro Ecueménico Antonio Valdivieso (ed.). *Dando razón de nuestra esperanza: Los cristianos latinoamericanos frente a la crisis del socialismo y la derrota sandinista*, Managua: Ediciones Nicarao, 1991.
- Clement, Peter. "Moscow and Nicaragua: Two Sides of Soviet Policy", *Comparative Strategy*, vol. 5, n° 1, 1985, pp. 75-91.
- Clement, Peter, y W. Raymond Duncan. "The Soviet Union and Central America", en Eusebio Mujal-Leon (ed.), *The USSR and Latin America*, Boston: Unwin Hyman, 1989, pp. 273-296.
- Coll, Alberto R. "Soviet Arms and Central American Turmoil", *World Affairs*, vol. 148, n° 1, Summer 1985, pp. 7-17.
- Cruz J. Arturo. "The Sandinista Regime past the Watershed", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 79-104.
- Domínguez Reyes, Edmé. "La política soviética y cubana hacia Nicaragua: 1979-1989", *Papers*, n° 35, 1990, pp. 95-105.
- "La Unión Soviética y América Latina a finales de los 80: el fin de una era", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 35, 2° trimestre de 1991, pp. 13-30.
- Duncan, W. Raymond. *The Soviet Union and Cuba: Interests and Influence*, New York: Praeger, 1985.
- Duncan, W. Raymond, y Carolyn McGiffert Ekedahl. *Moscow and the Third World under Gorbachev*, Boulder: Westview Press, 1990.
- Edelman, Marc. "Lifelines: Nicaragua and the Socialist Countries", *NACLA, Report on the Americas*, vol. XIX, n° 3, mayo/junio 1985, pp. 33-53.
- "The Other Super Power: The Soviet Union and Latin America 1917-1987", *NACLA, Report on the Americas*, enero/febrero 1987, pp. 10-40.
- "EEUU-Nicaragua-URSS: un triángulo explosivo", *Nueva Sociedad*, n° 88, marzo-abril 1987, pp. 59-75.
- Evanton, Robert K. "Soviet Trade Relations with Latin America", en Eusebio Mujal-León (ed.), *The USSR and Latin America*, Boston: Unwin Hyman, 1989, pp. 233-253.
- Falk Pamela S. "The Costs of Cuba's Trade with Socialist Countries", en Brenner Philip, William M. LeoGrande, Donna Rich, y Daniel Siegel D. (eds.), *The Cuba Reader*, Grove Press, New York, 1989, pp. 307-315.
- Feinberg, Richard E. "Centroamérica: el punto de vista de Moscú", *Cuadernos Semestrales*, n° 12, 2° semestre 1982, pp. 375-380.
- González, Edward. "The Cuban and Soviet Challenge in the Caribbean Basin", *Orbis*, vol. 29, n° 1, Spring 1985, pp. 73-94.

- Gornov Mijail, y Yuri Koroliov. "La continuidad histórica y las particularidades del proceso revolucionario en América Central", en Mijail Kudachkin, y Yuri Koroliov (eds.), *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, tomo 1º, Moscú: Editorial Nauka, 1986, pp. 137-148.
- Gorostiaga, Xabier. *Los dilemas de la Revolución Popular Sandinista a tres años del triunfo*, Managua: CRIES, 1982.
- Gvozdiev, Yuri. "La nueva mentalidad política y América Latina", *Socialismo: Teoría y Práctica*, Moscú, nº 7, julio 1989, pp. 101-104.
- Jacobsen C.J. "Soviet Attitudes Towards, Aid to and Contacts with Central American Revolutionaries", en Bruce D.Larkin (ed.), *Vital Interests: The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1988, pp. 289-320.
- Jaster, Robert S. *The 1988 Peace Accords and the Future of South-Western Africa*. Adelphi Papers 253, London, 1990.
- Kennworthy, Eldon. "Central America: Beyond the Credibility Trap", en Kenneth M. Coleman, y George C. Herring (eds.), *The Central American Crisis: Sources of Conflict and The Failure of U. S. Policy*", Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc., 1986, pp. 111-135.
- King, Edward L. *Analysis of Military Situation in Nicaragua*, Boston: Unitarian Universalist Service Committee, abril 1985.
- Kridl Valkenier, Elizabeth. "El nuevo pensamiento soviético sobre el Tercer Mundo", *Papeles para la Paz*, nº 35, 1989, pp. 139-159.
- Kolosov, Andrei. "Reappraisal of USSR Third World Policy", *International Affairs*, Moscú, mayo 1990, pp. 34-42.
- Koroliov Yuri (ed.), *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, Moscú: Editorial Nauka, 1987.
- Koval, Boris. "Continuidad histórica en el proceso revolucionario moderno", en Yuri Koroliov (ed.), *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, Moscú: Editorial Nauka, 1987, pp. 147-164.
- Kozyrev, Andrei. "¿Por qué no funciona la política exterior soviética?", *Papeles para la Paz*, nº 35, 1989, pp. 208-212.
- "Puente sobre el Rubicón: a lo largo y a través", *Tiempos Nuevos*, nº 45, 1990, pp. 26-27.
- Kozyrev, Andrei, y Andrei Shumikhin. "East and West in the Third World", *International Affairs*, Moscú, marzo 1989, pp. 64-74.
- Kramer, Michael. "Anger, Bluff and Cooperation", *Time*, nº 23, 4 junio 1990, pp. 22-28.
- Kudachkin Mijail, y Yuri Koroliov (eds.). *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, dos volúmenes, Moscú: Editorial Nauka, 1986.
- Kudachkin, Mijail, y Yuri Galin. "La revolución nicaragüense", en Yuri Koroliov (ed.), *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, Moscú: Editorial Nauka, 1987, pp. 113-129.
- Larkin, Bruce D. (ed.). *Vital Interests: The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1988.
- LeoGrande, William M. "Cuba", en Morris J. Blachman, William M. LeoGrande, y Kenneth Sharpe, *Confronting Revolution*, New York: Panteon Books, 1986, pp. 229-255.
- López Segrera, Francisco. *El conflicto Cuba-Estados Unidos y la crisis centroamericana*, México: Editorial Nuestro Tiempo, 1985.
- Maidánik, Kiva, y Tatiana Vorozhéikina. "Teoría y práctica de la lucha de liberación", en Yuri Koroliov, *América Central: la lucha liberadora y la política de EE.UU.*, Moscú: Editorial Nauka, 1987, pp. 130-146.

- Marín, Raúl. *¿La hora de Cuba?*, Madrid: Editorial Revolución, 1991.
- McColm R., Bruce. "Castro's Ambitions Amid New Winds from Moscow", en Walter F. Hahn (ed.), *Central America and the Reagan Doctrine*, Boston: The Center for International Relations at Boston University/United States Strategic Institute Washington D.C., 1987, pp. 169-187.
- Meissner, Boris. "New Thinking and Soviet Foreign Policy", *Aussen Politik*, edición en inglés, vol. 40, febrero 89, Hamburg, pp. 101-118.
- Miller, Nicola. *Soviet Relations with Latin America 1959-1987*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- Mroz, John Edwin. "Soviet Foreign Policy and New Thinking", *International Affairs*, Moscú, marzo 1989, pp. 23-33.
- Mujal-León, Eusebio (ed.). *The USSR and Latin America*, Boston: Unwin Hyman, 1989.
- Pavlov, Yuri. *Soviet-Cuban Alliance 1959-1991*, New Brunswick: Transaction Publishers, 1994.
- Payne, Richard J. *Opportunities and Dangers of Soviet-Cuban Expansion*, Albany: State University of New York Press, 1988.
- Pearl Rabkin, Rhoda. "U.S.-Soviet Rivalry in Central America and the Caribbean", *Journal of International Affairs*, vol. 34, nº 2, Fall/Winter 1980/81, pp. 329-351.
- Pérez, Santiago. "La política soviética en el proceso negociador centroamericano", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. IX, nº 18, enero-junio 1992, pp. 139-157.
- Primakov, Yevgeny. "USSR Policy on Regional Conflicts", *International Affairs*, Moscú, junio 1988, pp. 3-9.
- Prizel, Ilya. "Latin America: The Long March", *The National Interest*, Summer 1988, pp. 109-120.
- Ramos Dalia (ed.). *La paz de Cuito Cuanavale: documentos de un proceso*, La Habana: Editora Política, 1989.
- Ramírez, Sergio. *Oficios compartidos*, México: Siglo XXI Editores, 1994.
- Ratliff, William. "East Confronts West in Central America", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests: The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1988, pp. 91-112.
- Razuvaev, Vladimir. "Entre geopolítica e ideología", *Tiempos Nuevos*, nº 19, 1990, p. 17.
- Smith, Wayne S. *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S.-Cuban relations Since 1957*, New York: W.W. Norton & Company, 1987.
- Suárez Salazar, Luis. "Las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe: posibilidades y retos", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. VII, nº 15, julio-diciembre 1990, pp. 144-169.
- Taboada, Alvaro. "The "New Thinking" and Central America", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, New Brunswick (U.S.A.): Transaction Publishers, 1990, pp. 237-261.
- Taubman, Philip. "U.S. Warns Soviet It Won't Tolerate MIG's in Nicaragua", *The New York Times*, 8 noviembre 1984, p. 1 y A10.
- Uhlig, Mark A. "Cuba Loses Allure for Nicaraguans: To Castro's Rage, Sandinistas Opt for Flexible Economy", *The New York Times*, 18 enero 1990, p. 1.
- Vacs, Aldo C. "Pragmatism and Rapprochement: Soviet Relations with Argentina and Brasil", en Eusebio Mujal-León (ed.), *The USSR and Latin America*, Boston: Unwin Hyman, 1989, pp. 320-347.

- Valdés Paz, Juan. "Cuba y la crisis centroamericana", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 125-144.
- "La política cubana hacia Centroamérica", *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, vol. VII, n° 15, julio-diciembre 1990, pp.196-207.
- Valenta, Jiri. "Soviet and Cuban Responses to New Opportunities in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America International Dimensions of the Crisis*, New York: Holmes & Meier Publishers, 1982, pp. 127-159.
- "Moscow's "New Thinking" and Third World Regional Conflicts: Some Conclusions", en Jiri Valenta, y Frank Cibulka (eds.), *Gorbachev's New Thinking and Third World Conflicts*, New Brunswick (U.S.A.): Transaction Publishers, 1990, pp. 291-319.
- Whelan, Joseph G., y Michael J. Dixon. *The Soviet Union in the Third World: Threat to World Peace?*, Washington: Pergamon-Brassey's, 1986.
- Wooten, James P. *The Nicaraguan Military Buildup: Implications for U.S. Interests in Central America*, Washington: Congressional Research Service, The Library of Congress, 18 diciembre 1985.
- Yopo, Boris. "La Unión Soviética y la crisis centroamericana: La asistencia militar a Cuba y Nicaragua", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 15-16, 2° y 3° trimestre de 1986, pp. 33-46.
- Zorina, Irina. "La URSS, el Tercer Mundo y los conflictos regionales. Nuevos enfoques de la política exterior soviética hacia el Tercer Mundo antes y después de Afganistán", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 19, pp. 41-46.

Documentos y otras fuentes

- Borge, Tomás. "El pueblo apoya al proceso revolucionario", entrevista de Anatoli Borovkov en *América Latina*, n° 1, enero 1987, pp. 37- 42.
- *Discurso de despedida del MINT*, Managua, mimeografiado, 1990.
- *Un grano de maíz: conversación con Fidel Castro*, Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económico, 1992.
- Castro, Fidel. *Fidel Castro Speeches: Cuba's Internationalist Foreign Policy, 1975-1980*, (editado por Michel Taber), New York: Pathfinder Press, 1981.
- *Nada podrá detener la marcha de la historia* (entrevista concedida a Jeffrey Elliot y Mervin Dymally), La Habana: Editora Política, 1985.
- Entrevista realizada por Patricia Sethi, reproducida parcialmente en Francisco Lopez Segrera, *El conflicto Cuba-Estados Unidos y la crisis centroamericana*, México: Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 215-216.
- Entrevista realizada por Ricardo Utrilla y Marisol Marín, reproducida parcialmente en Francisco Lopez Segrera, *El conflicto Cuba-Estados Unidos y la crisis centroamericana*, México: Editorial Nuestro Tiempo, 1985, pp. 219-245.
- *Un encuentro con Fidel* (entrevista realizada por Gianni Miná), La Habana: Oficina de publicaciones del Consejo de Estado, 1988.
- "Fragmentos de discurso en La Habana, 5 de diciembre de 1988", en Dalia Ramos (ed.), *La paz de Cuito Cuanavale: documentos de un proceso*, La Habana: Editora Política, 1989, pp. 1-24.
- Central Intelligence Agency. "Cuban Support for Central American Guerrilla Groups (May 1979)". Memorandum, 2 mayo 1979, reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 668-673.
- *Nicaraguan Military Buildup*, (Briefing Paper), 8 marzo 1982, (P.K.&N.S.A., n° 01458)
- Monroe, Evangeline. *Nicaragua-Military Deliveries, Cuban, Soviet Presence, Support for Salvadoran Rebels*. Secret Memorandum from U.S. Department of State, Bureau of Intelligence and Research to William Schofield, U.S. Department of Defense. Bureau of Inter-American Affairs, 4 junio 1986, (P.K.& N.S.A., n° 02798).

- Ortega, Daniel. "Denuncia ante el Consejo de Seguridad de la intervención de Estados Unidos en Centroamérica", discurso ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Nueva York, 25 marzo 1982, *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp. 48-64.
- "Centroamérica: Tema urgente en las Naciones Unidas", discurso en el XXXVIII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 27 septiembre 1983, *Ibid.*, p. 96-111.
 - "¿Están a favor o en contra de la paz?", discurso en el XXXIX período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 2 octubre 1984, *Ibid.*, pp. 117-125.
 - "La revolución popular sandinista ante los trabajadores del mundo", discurso en el XI Congreso Mundial de Sindicatos, 17 septiembre 1986, *Ibid.*, pp. 154-163.
 - "Ante el foro de la Revolución de Octubre", discurso en la celebración del 70 aniversario de la Revolución Socialista de Octubre, Moscú, 3 noviembre 1987, *Ibid.*, pp. 188-192.
 - *Discurso en el noveno aniversario de la revolución*, 19 septiembre 1988, Managua, mimeografiado.
 - "Nicaragua se prepara para negociar", entrevista en *Barricada Internacional*, n° 283, 22 noviembre 1988, pp. 12-15.

Ortega, Humberto. *Nuestra doctrina es el marxismo-leninismo* (discurso), México: DOCA, 1981.

Ruiz, Henry. "La utopía es de revolucionarios", entrevista en Sergio Ferrari, *Sembrando utopías*, Ediciones Nicarao, Managua, 1992, pp.82-88.

Shevarnadze, Eduard. "De la política exterior", entrevista en *Tiempos Nuevos*, n° 27, Moscú, 1990, pp.12-15.

U.S. Army Intelligence and Threat Analysis Center. *Army Intelligence Survey-Nicaragua*, Vol. III, Armed Forces, mayo 1984, (P.K.& N.S.A., n° 02078).

U.S. Department of Defense. *Soviet Block Military Equipment supplied to Nicaragua (Jul 1979-Dec 1988)*, febrero 1989, (P.K.&N.S. A., n° 03145).

U.S. Department of State and Department of Defense. *The Soviet-Cuban Connection in Central America and the Caribbean*, Washington, D.C., marzo 1985, (P.K.& N.S.A., n° 02379).

- *The Sandinista Military Build-up*, Washington, D.C., mayo 1985, (P.K.& N.S.A., n° 02459).

U.S. Department of State. *Cuban Participation in Combat Activities in Nicaragua*, Washington D.C., 6 diciembre 1985, (P.K.& N.S.A., n° 02632).

Vaky, Viron. "Testimony on Nicaragua", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin (eds.), *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 484-489.

VIII. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON EUROPA OCCIDENTAL-COMUNIDAD EUROPEA, LA INTERNACIONAL SOCIALISTA Y ESPAÑA. EL PAPEL DEL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

(Bibliografía relacionada con el capítulo VIII)

Libros, monografías y artículos

Aldecoa, Francisco. "Hacia una profundización en las relaciones políticas entre España y Centroamérica", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*. Barcelona: CIDOB/AIETI, 1989, pp. 73-80.

Arenal, Celestino del. *La política exterior de España hacia Iberoamérica*, Madrid: Editorial Complutense, 1994.

Assmann, Hugo (ed.). *El juego de los reformismos frente a la revolución en Centroamérica*, San José-Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1981.

- Balsen, Werner, y Karl Rössel. *Hoch die Internationale Solidarität: zur Geschichte der Dritte Welt Bewegung in der Bundesrepublik*, Köln: Kölner Volksblatt Verlag, 1986.
- Barraclough, Solon, Ariane Van Buren, Alizia Gariazzo, Anjali Sundaram, y Petter Utting. *Aid that Counts: The Western Contribution to Development and Survival in Nicaragua*, Amsterdam: Transnational Institute/ Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 1988.
- Bayo, Francesc. "Diez años de relaciones entre España y América Central", en Daniel Van EEuwen, y Yolande Pizetty Van EEuwen (eds.), *Caraibes Amerique Centrale 1980-1990: Le sang et les urnes*, Annales des Pays d'Amerique Centrale et des Caraibes, Institut d'Etudes Politiques, Aix-en-Provence, nº 10, 1990, pp. 305-320.
- Beinhardt, Gerd. "El papel de Europa en Centroamérica: desarrollo de la cooperación de la Comunidad Económica Europea con Centroamérica", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, 2º semestre 1985, pp. 65-70.
- Bulmer-Thomas, Víctor. "Relaciones económicas entre Centroamérica y Europa Occidental", *Cuadernos Semestrales*, nº 18, 2º semestre 1985, pp. 51-63.
- Butler, Judy. "Nicaragua en USA. Apuntes de un viaje", *Envío*, nº 74, agosto 1987, pp. 17-38.
- Cabello, Jacques. "Dix ans de politique française en Amerique Centrale", en Daniel Van EEuwen, y Yolande Pizetty Van EEuwen (eds.), *Caraibes Amerique Centrale 1980-1990: Le sang et les urnes*, Annales des Pays d'Amerique Centrale et des Caraibes, Institut d'Etudes Politiques, Aix-en-Provence, nº 10, 1990, pp. 293-304.
- Crawley, Andrew. "La Comunidad Europea y América Central", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*. Barcelona: CIDOB/AIETI, 1989, pp. 165-174.
- CRIES. "Las ONG: punto de apoyo para Nicaragua", *Pensamiento Propio*, nº 44, septiembre-octubre 1987, pp. 30-31.
- ECAI-CRIES. *La nueva situación mundial y el papel de los ONGs democráticos*, ponencia presentada en el seminario de ONGS internacionales, Managua, 8-9 febrero 1990.
- Edwards Geoffrey, y Elfriede Regelsberger (eds.). *Europe's Global Links: The European Community and Inter-Regional Cooperation*, London: Pinter Publishers, 1990.
- Eguizabal, Cristina. "Los partidos políticos europeos y la reconstrucción de Centroamérica", en Joaquín Roy (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, pp. 275-294.
- Fagot Avel, JoAnn. "El papel de España en el proceso de pacificación de Centroamérica", en Joaquín Roy (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, pp. 295-311.
- "Spanish Aid Policies", en Joaquín Roy, y Albert Galinsoga Jordá (eds.), *The Ibero-American Space: Dimensions and Perceptions of the Special Relationship between Spain and Latin America*, Coral Gables, Fla.: Iberian Studies Institute University of Miami/Jean Monet Chair for European Integration University of Lleida, 1997, pp. 173-186.
- Galinsoga i Jordá, Albert. "Centroamérica en el marco europeo de la política exterior española", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, Barcelona: CIDOB/AIETI, 1989, pp. 117-163.
- "La política centroamericana de la Comunidad Europea: Balance y perspectivas (una visión desde España)", en Joaquín Roy, (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, pp. 167-188.
- *España y la política centroamericana de la Comunidad Europea*, Madrid: IRELA, documento de trabajo nº 24, 1991.

- Gariazzo, Alicia y David E. Lewis. *Europa Comunitaria y Centroamérica. De la solidaridad a los negocios*, Managua: CRIES, 1989.
- "Europa y Centroamérica: la búsqueda del 'bilateralismo regional'", *Nueva Sociedad*, n° 106, marzo-abril 1990, pp. 156-165.
- Grabendorf, Wolf. "La crisis centroamericana: ¿Europa Occidental vs. Estados Unidos?", *Cuadernos Semestrales*, n° 12, 2º semestre 1982, pp. 293-304.
- "Western European Perceptions of the Turmoil in Central America", en Richard E. Feinberg (ed.), *Central America: International Dimensions of the Crisis*, New York: Holmes & Meier Publishers, 1982, pp. 201-212.
- "Relations with Central and Southern America: a question of over-reach?", en Geoffrey Edwards, y Elfriede Regelsberger. *Europe's Global Links: The European Community and Inter-Regional Cooperation*, London: Pinter Publishers, 1990, pp. 84-96.
- Grugel, Jean. "Spain's socialist government and Central American dilemmas", *International Affairs*, London, vol. 63, n° 4, 1987.
- "Spain and Latin America: The 'Special Relationship' in Democracy", en Joaquín Roy, y Albert Galinsoga Jordá (eds.). *The Ibero-American Space: Dimensions and Perceptions of the Special Relationship between Spain and Latin America*, Coral Gables, Fla.: Iberian Studies Institute University of Miami/Jean Monet Chair for European Integration University of Lleida, 1997, pp. 137-156.
- Hennig, Ottfried. "Western Europe and Central America", en Jiri Valenta, y Esperanza Durán (eds.), *Conflict in Nicaragua: A Multidimensional Perspective*, Boston: Allen & Unwin, 1987, p. 237.
- Hertogs, Erik-Jan. *Cities as a New Foreign Policy Actor: The Case of City Links Between Western Europe and Nicaragua*, ponencia presentada en el 46 Congreso Internacional de Americanistas, Amsterdam, 1988.
- IHCA. "Nicaragua o Estados Unidos: el dilema electoral", *Envío*, n° 94, junio 1989, pp. 1-12.
- Informationsbüro Nicaragua. *10 Jahre Revolution, 10 Jahre Solidarität*, Wuppertal, 1989.
- Insulza, Jose Miguel. "Europa, Centroamérica y la Alianza Atlántica", *Cuadernos Semestrales*, n° 18, 2º semestre, 1985, pp. 83-94.
- Kaimowitz, David. "El papel de la solidaridad y la opinión pública norteamericana en el conflicto Estados Unidos-Nicaragua", *Revista Nicaragüense de Ciencias Sociales*, n° 1, septiembre 1986, pp. 36-41.
- Kinzer, Stephen. "Disillusions With Nicaragua Grows in Europe", *The New York Times*, 16 noviembre 1983, p. 1-A6.
- Kristol, Irving. "Should Europe Be Concerned About Central America?", en Andrew J. Pierce (ed.). *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985, pp. 45-69.
- Lagos A., Ricardo. "El Parlamento Centroamericano y la Comunidad Europea", *Nueva Sociedad*, n° 106, op. cit., pp.166-171.
- Leahy Margaret A. "The Harassment of Nicaraguanists and Fellow Travelers", en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas: The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder: Westview Press, 1987, Boulder: Westview Press, 1987, pp. 228-243.
- Lewis, Antony. "Out of this Nettle", *The New York Times*, 2 marzo 1990, p. A33.
- López, José Roberto. *Las relaciones económicas entre la Comunidad Europea y América Central durante los años ochenta: balance y perspectivas*, documento de trabajo n° 24, Madrid: IRELA, 1990.
- Mac Donald, Mandy. *La Ayuda europea para Centroamérica: límites y posibilidades*, San José: CECADE, 1991.

- Malley, Nadia. "Relations With Western Europe and the Socialist International", en Thomas W. Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, New York: Praeger Publishers, 1985, pp. 485-498.
- Mandeville, Pablo José. *EECs Economic and Political Relations With Nicaragua: The Role of European Social Democracy*, University of Sussex: Institute for Development Studies, mimeografiado, 1985.
- Martínez, Miguel Angel. "Occidente y América Central", *Leviatán*, n° 16, verano 1984, pp. 57-63.
- McGinnis, James. *Solidarity with the People of Nicaragua*, New York: Orbis Books, 1985.
- Mertes, Alois. "Europe's Role in Central America: A West German Christian Democratic View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985, pp. 106-136.
- Miralpeix Güell, María Angels. "La cooperación española con Centroamérica: ¿voluntad política o transferencia de recursos?", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 31, 1995, pp. 167-197.
- Morán, Fernando. "Europe's Role in Central America: A Spanish Socialist View", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985, pp. 6-44.
- Mujal-León, Eusebio. "European Socialism and the Crisis in Central America", en Howard J. Wiarda (ed.), *Rift and Revolution: The Central American Imbroglia*, Washington: American Enterprise Institute, 1984, pp. 253-302.
- "The West German Social Democratic Party and the Politics of Internationalism in Central America", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Winter 1987-1988, vol. 29, n° 4, pp. 89-123.
- Murguía, Alejandro. "El movimiento de solidaridad en San Francisco, 1974-1979", *Barricada Internacional*, n° 295/296, 3 julio 1989, p. 39.
- Oduber, Daniel. "A Central American Perspective on European and American Roles in the region", en Andrew J. Pierce (ed.), *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985, pp. 137-148.
- Parker, Christian, y Pablo Salvat. *Europa Occidental frente a Nicaragua en el marco de la crisis centroamericana*, (trabajo preparado para el Tribunal Internacional de los Pueblos, Bruselas, 5-7 octubre 1984), Louvain-La Neuve: Centre Tricontinental, 1984.
- Peace III, Roger C. *A Just and Lasting Peace: The U.S. Peace Movement from the Cold War to Desert Storm*, Chicago: The Noble Press, Inc., 1991.
- Petras, James F. "La socialdemocracia en América Latina: un papel creciente, pero objetivos limitados", en Hugo Assmann (ed.), *El juego de los reformismos frente a la revolución en Centroamérica*, San José- Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1981, pp. 57-77.
- Pierce, Andrew J. (ed.). *Third World Instability: Central America as a European-American Issue*, New York: Council on Foreign Relations, 1985.
- Pinzón, Manuel. *Las Organizaciones No Gubernamentales en Centroamérica: contribución en las perspectivas de pacificación y desarrollo entre los pueblos*, Managua: INIES, 1989.
- Piñol i Rull, Joan. "Las relaciones españolas con Centroamérica: el período de los gobiernos socialistas (1982-1988)", *Revista CIDOB d' Afers Internacionals*, n° 14 y 15, 1988, pp. 5-40.
- "Las relaciones españolas con Centroamérica: el período de los gobiernos socialistas (1982-1989)", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, Barcelona: CIDOB/ AIETI, 1989, pp.31-63.
- Rathgeber, Theo. "Sozialdemokratische Solidarität mit Nicaragua und El Salvador", en VV.AA. *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, Berlin: FDCL, 1982, pp. 277-310 .

- Reuben, Debra/ Sylvia Sherman. "Diez años de solidaridad con Nicaragua", *Barricada Internacional*, n°295/296, op. cit., pp. 40-41.
- Rico, Carlos. "La influencia de factores extraregionales en el conflicto centroamericano. El socialismo europeo, la Alianza Atlántica y Centroamérica: ¿Una historia de expectativas frustradas?", *Pensamiento Iberoamericano*, n° 13, enero-junio 1988, pp. 117-134.
- Roitman, Marcos. *La política del PSOE en América Latina*, Madrid: Editorial Revolución, 1985.
- Roy, Joaquín (ed.). *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992.
- Roy, Joaquín, y Albert Galinsoga Jordá (eds.). *The Ibero-American Space: Dimensions and Perceptions of the Special Relationship between Spain and Latin America*, Coral Gables, Fla.: Iberian Studies Institute University of Miami/Jean Monet Chair for European Integration University of Lleida, 1997.
- Sanahuja, Jose Antonio. *Relaciones Europa -Centro-américa: ¿Continuidad o cambio?*, Cuaderno de Ciencias Sociales 70, San José: FLACSO, 1994.
- Schori, Pierre. *El desafío europeo en Centroamérica*, San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982.
- Schwarz, Ali, y Manfred Ernst, *Denn Sie Wissen Was Sie Tun: Zwischen Solidarität und Boykott, BDR & Nicaragua*, Berlin: FDCL, 1985.
- Sebastián, Luis de, Emili Sanchez Díaz, y Antoni Santamaría. "Las relaciones económicas entre España y América Central", en VV.AA., *Las relaciones entre España y América Central (1976-1989)*, Barcelona: CIDOB/ AIETI, 1989, pp. 81-110.
- Selser, Gregorio. "Internacional Socialista: Contradicciones e incoherencias de su presencia en América Latina y el Caribe", en Marcos Roitman, y Carlos Castro (eds.). *América Latina: Entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990, pp. 373-409.
- Shipler, David K. "Nicaragua, Victory for U.S. Fair Play", *The New York Times*, 1 marzo 1990, p. A27.
- Smith, Hazel. *European Union Foreign Policy and Central America*, New York: St. Martin's Press, 1995.
- Unceta Satrustegui, Koldo. "Centroamérica en el contexto de las relaciones entre la Comunidad Europea y América Latina: balance de una década", en Daniel Van Eeuwen, y Yolande Pizetty Van Eeuwen (eds.), *Caraïbes Amerique Centrale 1980-1990: Le sang et les urnes*, Annales des Pays d'Amerique Centrale et des Caraïbes, Institut d'Etudes Politiques, Aix-en-Provence, n° 10, 1990, pp. 245-265.
- Valenta Jiri, y Esperanza Durán (eds.). *Conflict in Nicaragua: A Multidimensional Perspective*, Boston: Allen & Unwin, 1987.
- Viñas, Angel. Viñas, Angel. *European-Latin American Relations in the East-West Conflict: A Spanish Perspective*, Madrid: IRELA, Working paper, n° 7, 1987.
- "El papel de Centroamérica en la política exterior de la Comunidad Europea", en Joaquín Roy, (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, pp. 69-79.
- Viser, Evert, y Cor J. Wattel. "Las relaciones de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central", en Raul Ruben, y Govert Van Oord, *Más allá del ajuste: la contribución europea al desarrollo democrático y duradero de las economías centroamericanas*, San José, Costa Rica: DEI, 1991, pp. 73-109.
- VV.AA. *Sozialdemokratie und Lateinamerika*, Berlin: FDCL, 1982.

Westdeutscher Informationsdienst für Mittelamerika, *La nueva línea de la socialdemocracia alemana occidental respecto a las elecciones en El Salvador y consecuencias para El Salvador y Nicaragua*, Münster: WIM, mimeografiado, 1984.

Whitehead, Laurence. "La identidad de la nueva Europa y el el proceso de San José", en Joaquín Roy (ed.), *La reconstrucción de Centroamérica: el papel de la Comunidad Europea*, Coral Gables, Fla.: North-South Center University of Miami/Instituto de Estudios Ibéricos/Instituto de Investigación sobre la Comunidad Europea, 1992, pp. 137-153.

Wiarda, Howard J. (ed.). *Rift and Revolution: The Central American Imbroglío*, Washington: American Enterprise Institute, 1984.

Documentos y otras fuentes

Arce, Bayardo. Discurso en el Primer Congreso Latinoamericano de Pensamiento Antiimperialista, *Barricada*, 22 febrero 1985, pp. 1 y 3.

- *Mensaje al Congreso Europeo de Solidaridad con Nicaragua*, Managua, mimeografiado, 25 octubre 1988.

- "Diez años de solidaridad", entrevista en *Barricada Internacional*, nº 289, 8 abril 1989, p. 11-14.

- "No podemos autoexcluirnos", entrevista en *Barricada Internacional*, nº 349, mayo 1992, pp. 14- 15.

Brandt, Willy. Entrevista de Sofía Montenegro en *Barricada*, 19 noviembre 1980, p. 2.

Comités Europeos de Solidaridad con Nicaragua. *La Comunidad Europea y Nicaragua*, (documento base para el Congreso Europeo de Solidaridad con Nicaragua, octubre 1989), Dublín, mimeografiado, 1989.

Comunidad Europea. "Comunicado conjunto de la primera conferencia ministerial entre los países de la Comunidad Europea, España y Portugal, Centro América y el grupo de Contadora (San Jose, Costa Rica, 28 y 29 de septiembre de 1984)", en Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), *Europa-América Latina: 20 años de documentos oficiales*, Madrid: IRELA, 1996, pp. 493-497.

- "Comunicado político conjunto de la conferencia ministerial de Luxemburgo sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de la Comunidad Europea, España y Portugal y los países de América Central y de Contadora, (San Jose II), (Luxemburgo, 11 y 12 de noviembre de 1985)", *Ibid.*, pp. 498-500.

- "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial de Luxemburgo sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de la Comunidad Europea y sus Estados miembros, los países de Centroamérica y los del grupo de Contadora (San Jose III), (Guatemala, 9 y 10 de febrero de 1987)", *Ibid.*, pp. 505-508.

- "Declaración política conjunta de la Comunidad Europea y los países parte del Tratado General de Integración Económica Centroamericana y Panamá: resultado de la conferencia sobre el diálogo político y la cooperación económica entre la Comunidad Europea y sus Estados miembros, los Estados de Centroamérica y los del Grupo de Contadora (San José IV), (Hamburgo, 29 de febrero y 1 de marzo de 1988)", *Ibid.*, pp. 515-519.

- "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial sobre el diálogo político y la cooperación económica entre los países de Centroamérica, la Comunidad Europea y sus Estados miembros, y los países del grupo de Contadora (San Jose V), (San Pedro Sula, 27 al 28 de febrero de 1989)", *Ibid.*, pp. 526-530.

- "Declaración política conjunta de la conferencia ministerial sobre el diálogo político y la cooperación económica entre la Comunidad Europea y sus Estados miembros, los países de Centroamérica, y Colombia, México y Venezuela como países cooperantes (San José VI), (Dublín, 9-10 de abril de 1990)", *Ibid.*, pp. 538-544.

Consejo Europeo. Extractos de la declaración, (sesión 22, Bruselas, 29-30 marzo 1982), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXVIII, 1982, p. 31644.

- Extractos de la declaración. (sesión 26, Stuttgart, 17-19 junio 1983), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXIX, 1983, p. 32404.

- Extractos de la declaración, (sesión 30, Dublin, 3-4 diciembre 1984), *Keesing's Contemporary Archives*, Vol. XXXI, 1984, p. 33595.
- "Declaración (del Consejo) sobre la reunión de ministros de Relaciones Exteriores de los países del Grupo de Contadora y de los países del Grupo de Apoyo en Caraballeda, Venezuela, los días 11 y 12 de enero (La Haya, 20 de enero de 1986)", en Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), *Europa-América Latina: 20 años de documentos oficiales*, Madrid: IRELA, 1996, p. 649.
- "Declaración sobre la reunión del Grupo de Contadora celebrada en Panamá del 5 al 7 de abril (La Haya, 11 de abril de 1986)", *Ibid.*, pp. 649-650.
- "Declaración sobre la cumbre celebrada en Esquipulas, Guatemala (La Haya, 23 de mayo de 1986)", *Ibid.*, p. 650.
- "Declaración sobre la cumbre de Guatemala (5 de agosto de 1987)", *Ibid.*, p. 651.
- "Declaración sobre América Central (23 de noviembre de 1987)", *Ibid.*, p. 652.
- "Declaración con ocasión de la cumbre de Jefes de Estado de ocho países latinoamericanos (27 de noviembre de 1987)", *Ibid.*, pp. 652-653.
- "Declaración en relación con la reunión de presidentes centroamericanos celebrada en San José el 15 de enero de 1988", *Ibid.*, p. 653.
- "Declaración relativa a América Central tras la celebración de la cumbre de San José los días 15 y 16 de enero de 1988 (26 de enero de 1988)", *Ibid.*, pp. 653-654.
- "Declaración sobre América Central" (13 de junio de 1988)", *Ibid.*, p. 654.
- "Declaración sobre América Central (29 de noviembre de 1988)", *Ibid.*, p. 655.
- "Declaración sobre América Central (9 de agosto de 1989)", *Ibid.*, p. 656.
- "Comunicado relativo a la declaración adoptada por los cinco presidentes centroamericanos con ocasión de la cumbre de El Salvador (16 de febrero de 1989)", *Ibid.*, p. 655.
- "Declaración sobre América Central y la misión de observadores de las Naciones Unidas (10 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 656.
- "Declaración sobre América Central (27 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 657.
- "Declaración sobre América Central (8-9 de noviembre de 1989)", *Ibid.*, p. 657.

Consejo Nicaragüense de Amistad, Solidaridad y Paz. *Documento base del III Encuentro de los Comités de Solidaridad con Nicaragua*, Managua, mimeografiado, julio 1989.

FSLN (DRI). *La Internacional Socialista*, documento interno, Managua, mimeografiado, s.f.

Gallent Manuel. "Occidente debe volcarse en la ayuda a Nicaragua", entrevista de Manuel Muñoz en *El País*, 6 diciembre 1984, p. 6.

Guerra, Alfonso. "EE UU, responsable del fracaso negociador con la 'contra'", entrevista de Antonio Caño en *El País*, 13 septiembre 1988, p. 4.

Incer, Heberto. "Nicht wir haben uns verändert", entrevista en *Mittelamerika Magazin*, Kiel, abril 1986, reproducida en *El Parcial*, Hamburgo, s.f., pp. 102-103.

Internacional Socialista. "Paz, Libertad y Solidaridad", resolución del XV Congreso de la Internacional Socialista, *Nueva Sociedad*, enero-febrero 1981, n° 52, pp. 201-206.

- "Resolución del Presidium de la IS en Bonn", *Barricada*, 3 abril 1982, p. 3.
- "Resolución del XVI Congreso de la IS", Albufeira, *Barricada*, 11 marzo 1983, p. 1.
- "Resolución del Buró de la IS", Basel, *Barricada*, 5 noviembre 1983, p. 1.
- "IS condena minado de puertos", resolución de condena del Buro de la IS al minado de los puertos nicaragüenses, *Barricada*, 27 abril 1984, p. 2.
- *Declaración del Comité para América Latina y El Caribe en Santo Domingo*, mimeografiado, 2-3 abril 1986.
- "Carta al Congreso de Estados Unidos", *Barricada*, 5 abril 1986, p. 1b.
- "Resolución del XVII Congreso de la IS en Lima", *Barricada*, 23 junio 1986, p. 2.
- "Resolutions adopted by the Council of the Socialist International", Dakar, *Socialist Affairs*, abril 1987, p. 34.

Ministerio de la Presidencia/Dirección de Asuntos Municipales y Regionales. *Propuesta de política global de hermanamientos*, Managua, mimeografiado, octubre 1987.

Organismos No Gubernamentales. "Solidaridad Internacional: fermento de unidad y paz entre los pueblos", documento base de discusión del Segundo Encuentro Internacional de Organismos No

- Gubernamentales, Managua, noviembre 1987.
- Ortega, Daniel. "Nos están obligando a apoyar a la guerrilla hondureña", entrevista de Rafael Fraguas en *El País*, 15 julio 1982, p. 8.
- "EE UU no está interesado en elecciones o cosas así", entrevista de Jesús Ceberio en *El País*, 21 octubre 1983, p. 2.
 - "Nicaragua difícilmente podrá parecerse a los regímenes parlamentarios", entrevista de Jesús Ceberio en *El País*, 4 febrero 1985, p. 2.
 - "Moscú coopera con Managua de forma respetuosa y oportuna", entrevista de Antonio Caño en *El País*, 15 mayo 1985, p. 2.
 - "Preservar y defender la vida, la paz la seguridad de la humanidad entera", discurso en la sesión inaugural de la 77 Conferencia de la Unión Interparlamentaria, Managua, 27 abril 1987, en Daniel Ortega, *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp. 166-173.
 - "Salvar Nicaragua cuesta 250 millones de dólares", entrevista de M.A. Bastenier en *El País*, 23 abril 1989, p. 9.
 - "Estas elecciones dan brío a la revolución", entrevista de Antonio Caño, y J.J. Aznárez en *El País*, 25 febrero 1990, p. 2.
 - *Discurso en el encuentro con representantes de los comités de solidaridad*, Managua, mimeografiado, 28 febrero 1990
 - "En busca de una alternativa", entrevista de Helge Fischer en *Barricada Internacional*, nº 349, mayo 1992, pp. 34-36.
- Parlamento Europeo. "Resolución sobre el proyecto de acuerdo de cooperación entre la Comunidad Europea y América Central (13 de junio de 1985)", Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA), *Europa-América Latina: 20 años de documentos oficiales*, Madrid: IRELA, 1996, pp. 659-662.
- "Resolución sobre la institución de una conferencia permanente CEE-Grupo de Contadora (24 de octubre de 1985)", *Ibid.*, pp. 662-663.
 - "Resolución sobre el mensaje de Caraballeda por la paz, la seguridad y la democracia en América Central (20 de febrero de 1986)", *Ibid.*, pp. 663-664.
 - "Resolución sobre Centramérica y la reunión del grupo de Contadora en Panamá del 6 de junio de 1986 (12 de junio de 1986)", *Ibid.*, pp. 664-665.
 - "Resolución sobre la conferencia de Esquipulas II y el plan de paz para América Central (17 de septiembre de 1987)", *Ibid.*, pp. 665-666.
 - "Resolución relativa al acuerdo de paz Arias de Guatemala (Esquipulas II), (30 de octubre de 1987)", *Ibid.*, p. 667.
 - "Resolución sobre la América Central (11 de febrero de 1988)", *Ibid.*, pp. 668-669.
 - "Resolución sobre la situación en América Central (11 de marzo de 1988)", *Ibid.*, pp. 669-674.
- Palme, Olof. "Los euromisiles son militarmente inútiles", resumen de una entrevista en *El País*, 6 noviembre 1983. p. 8.
- Pérez, Carlos Andrés. "Carta a Daniel Ortega", *ABC*, 6 febrero 1985, p. 31.
- "La posición de Reagan ha facilitado la radicalización de los sandinistas", entrevista de Alberto Míguez en *ABC*, 6 octubre 1983, p. 32.
- Ramírez, Sergio. *Discurso de apertura del primer encuentro internacional de Organismos no gubernamentales*, Managua: MINEX, mimeografiado, 1983.
- "Nicaragua firmará el Acta de Paz sólo si se aprueba su plan de desmilitarización", entrevista de Alberto Luengo en *El País*, 29 mayo 1986, p.4.
- Stoltenberg, Thorvald. *Report to Willy Brandt, President of the Socialist International, on the Nicaraguan Elections, November 4, 1984*, London, 12 noviembre 1984.
- US Embassy. "Brandt Visit to Nicaragua". Confidential Cable #05682 from US Embassy, Nicaragua to US Department of State, 15 octubre 1984, (P.K. & N.S.A., nº 02234).

IX. AMÉRICA LATINA: DE CONTADORA A ESQUIPULAS, LA VÍA DEL DIÁLOGO COMO MECANISMO DE NORMALIZACIÓN DE NICARAGUA

(Bibliografía relacionada con el capítulo IX)

Libros, monografías y artículos

Aguilar Zinser, Adolfo. "México y Centroamérica", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (eds.), *México ante la crisis*, México: Siglo XXI Editores, 1989, pp. 100-110.

Aguilera, Gabriel. *El fusil y el olivo: La cuestión militar en Centroamérica*, San José: FLACSO/DEI, 1989.

- "La concertación como dimensión paralela en el conflicto centroamericano", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 27, 2° trimestre 1989, pp. 33-43.

Aguilera, Gabriel, Abelardo Morales, y Carlos Sojo. *Centroamérica: de Reagan a Bush*, San José: FLACSO, 1991.

Aldecoa Luzárraga, Francisco. "El Grupo de Contadora y el Acta como medio de arreglo pacífico del conflicto centroamericano", en VV.AA., *I Foro en defensa del respeto del Derecho Internacional. USA-Nicaragua: Sobre la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia*, Gráficas Canigó: Barcelona, 1987, pp. 63-69.

- "El acuerdo de Guatemala, primera institucionalización del proceso de paz en Centroamérica", *Tiempo de Paz*, n° 9, diciembre 1987-enero 1988, pp. 4-10.

Ardón, Patricia. *La paz y los conflictos en Centroamérica*, Guatemala: CIDECA/OXFAM, 1998.

Arnson, Cynthia (ed.). *Comparative Peace Process in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1999.

Atkins, G. Pope. *Latin America in the International Political System*, Boulder: Westview Press, 3ª edición, 1995.

Azpuru, Dinorah. "Peace and Democratization in Guatemala. Two Parallel Processes", en Cynthia Arnson, (ed.), *Comparative Peace Process in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1999, pp. 97-125.

Barry, Deborah, y Rodolfo Castro. "Negotiations, the War and Esquipulas II", en Anjali Sundaram , y George Gelber (eds.), *A Decade of War: El Salvador Confronts the Future*, New York: Monthly Review Press, 1991, pp. 102-127.

Barry, Tom, y Kent Norsworthy. *Honduras: A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico: The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990.

Barry, Tom. *Central America Inside Out*, New York: Grove Weidenfeld, 1991.

Benítez Manaut, Raul, y Ricardo Córdova Macías (eds.). *Mexico en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989.

Benjamin, Alan. *Nicaragua: Dynamics of an Unfinished Revolution*, San Francisco: Walnut Publishing Co., Inc., 1989.

Bloomfield, Richard J., y Gregory F. Treverton (eds.). *Alternative to Intervention: A New U.S.-Latin American Security Relationship*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1990.

Boyd, Gerald M. "Duarte Says Nicaragua Helps Terrorists", *The New York Times*, 1 noviembre 1985, p. A3

Brinkley, Joel. "Presidents Orders Emergency Aid For The Honduran Armed Forces. Nicaraguan Units Said to Fight the Insurgents Beyond the Frontier", *The New York Times*, 26 marzo 1986, pp. A1 y A6.

- "Reagan, Faulting Peace Bid, Insists on New Contra Aid", *The New York Times*, 26 septiembre 1987, p. A1.

- "Reagan Adamant in Vowing to Push More Contra Aid", *The New York Times*, 8 octubre 1987, pp. A1y A12.
- Bye, Vegard. *La paz prohibida: el laberinto centroamericano en la década de los ochenta*, San José: Editorial DEI, 1991.
- Cañas, Antonio, y Héctor Dada. "Political Transition and Institutionalization in El Salvador", en Cynthia Arnson, (ed.). *Comparative Peace Process in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1999, pp. 69-95.
- Cardenal, Ana Sofía, y Salvador Martí i Puig (eds.). *América Central, las democracias inciertas*, Madrid: Tecnos/Universidad Autónoma de Barcelona, 1998.
- Castañeda Jorge G. "Mexican Foreign Policy", en Robert A. Pastor, y Jorge G. Castañeda, *Limits to Friendship*, New York: Alfred A. Knopf, 1988, pp. 167-192.
- Dabène, Olivier. *América Latina en el siglo XX*, Madrid: Editorial Síntesis, 1999.
- Díaz-Callejas, Apolinar. *Contadora: desafío al imperio*, Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985.
- Drekonja, Gerhard K., y Juan Tokatlian (eds.). *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana*, Bogotá: CEREC, 1983.
- Dunkerley, James. *The Pacification of Central America*, London: Verso, 1994.
- Edelman, Marc, y Joanne Kenen (eds.). *The Costa Rica Reader*, New York: Grove Weidenfeld, 1989.
- Eguizabal, Cristina (ed.). *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.
- EURAL. *La vulnerabilidad externa de América Latina y Europa*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985.
- Falcoff, Marc, y Robert Royal (eds.). *The Continuing Crisis: U.S. Policy in Central America and in the Caribbean*, Lanham, MD: Ethics and Public Policy Center, University Press of America, 1987.
- Ferris, Elizabeth G., y Jenny K. Lincoln. "Introduction to Latin American Foreign Policy: Latin American Governments as Actors in the International System", en Jenny K. Lincoln, y Elizabeth G. Ferris (eds.), *The Dynamics of Latin American Foreign Policies*, Boulder: Westview Press, 1984, pp. 3-19.
- Flores Olea, Víctor (ed.). *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Frohman, Alicia. "Regional Initiatives for Peace and Democracy: The Collective Diplomacy of the Rio Group", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems: The Case of Latin America and the Caribbean*, Cambridge, Ma.: American Academy of Arts and Sciences, 1994, pp. 129-141.
- Gettleman, Marvin E., Patrick Lacefield, Louis Menashe, y David Mermelstein (eds.). *El Salvador: Central America in the New Cold War*, New York: Grove Press, 1986.
- Giacalone, Rita. "La política centroamericana de Venezuela (1979-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 191-209.
- Gilbert, Alan. *Latin America*, London: Routledge, 1990.
- González Casanova, Pablo, y Héctor Aguilar Camín (eds.). *México ante la crisis*, México: Siglo XXI Editores, 1989.

398 Fuentes y referencias bibliográficas

- González Casanova, Pablo, y Marcos Roitman Rosenmann, (eds.). *La democracia en América Latina: Actualidad y perspectivas*, Madrid: Editorial Complutense, 1992.
- Gordon, Michael R. "East-Bloc Is Said to Cut Managua Aid", *The New York Times*, 5 octubre 1989, p.13.
- Grasa, Rafael. "Centroamérica en el sistema internacional de Posguerra Fría", en Ana Sofía Cardenal y Salvador Martí i Puig (eds.), *América Central, las democracias inciertas*, Madrid: Tecnos/Universidad Autónoma de Barcelona, 1998, pp. 33-61.
- Guillermoprieto Alma, y David Hoffman. "Document Describes How U.S. 'Blocked' a Contadora Treaty", *The Washington Post*, 6 noviembre 1984, reproducido en Peter Rosset, y John Vandermeer (eds.), *Nicaragua: Unfinished Revolution. The New Nicaragua Reader*, New York: Grove Press, 1986, pp. 326-328.
- Herrera Cáceres, H. Roberto. *Democracia, desarrollo y paz en Centroamérica (Las Cumbres Presidenciales)*, Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, S.A., 1989.
- Ho Kim, Sung, y Thomas W. Walker. *Perspectives on War and Peace in Central America*, Ohio: Ohio University, 1992.
- Honey, Martha. *Hostile Acts: U.S. Policy in Costa Rica in the 1980s*, Gainesville: University Press of Florida, 1994.
- Ibarra, Pedro. *Centroamérica: Conflicto y Negociación*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 1991.
- IHCA. "Larga marcha hacia la cumbre". *Envío*, n° 73, julio 1987, pp. 1-15.
- "Centroamérica: entre la guerra y la paz", *Envío*, n° 81, número monográfico especial, marzo 1988.
- IRELA. *Estados Unidos, América Central y Contadora*, Madrid, informe de conferencia, n°1/1986.
- Jacir, Evelyn. "Relaciones económicas entre Nicaragua y México. De la cooperación al trato económico empresarial", en Raul Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías, *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 366-374.
- Jauberth R., H. Rodrigo. "Alternativas de paz en Centroamérica. Esquipulas V. Un esfuerzo más por la paz", en Marcos Roitman, y Carlos Castro-Gil (eds.), *América Latina: entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp.435-456.
- "Procesos y alternativas de negociación y paz en la región en el marco de la triangulación México-Centroamérica-EUA", en H. Rodrigo Jauberth Rojas, Gilberto Castañeda Sandoval, Jesús Hernández Garibay, y Pedro Vuskovich Céspedes, *La Triangulación Centroamérica-México-EUA ¿una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, San José, Costa Rica: DEI/ CIDE/PACCA/CRIES, 1991, pp. 79-134.
- Jonas, Susann. "Central America in the Balance: Prospects for the 1990s", *Monthly Review*, junio 1990, pp. 11-24.
- *The Battle for Guatemala*, Boulder: Westview Press, 1991.
- Kaufman Purcell, Susan. "Demystifying Contadora", *Foreign Affairs*, Fall 1985, vol. 64, n° 1, pp. 74-95.
- Kaysen, Carl, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed, (eds.). *Collective Responses to Regional Problems: The Case of Latin America and the Caribbean*, Cambridge, Ma.: American Academy of Arts and Sciences, 1994.
- Lewis, Neil A. "4 Latin Presidents cautioned by U.S. on Contras Fate", *The New York Times*, 13 enero 1988, pp. 1 y A12.
- Lincoln, Jenny K., y Elizabeth G. Ferris (eds.). *The Dynamics of Latin American Foreign Policies*, Boulder: Westview Press, 1984.
- Lowenthal, Abraham F. *Partners in Conflict: The United States and Latin America in the 1990s*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1990.

- Lungo Uclés, Mario. *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*, San José: EDUCA-FLACSO, 1990.
- Madalengoitia U., Laura. "La política exterior peruana frente a Centroamérica", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 211-222.
- Maira, Luis. "Introducción: Una mirada histórica a los márgenes de hegemonía internacional de Estados Unidos", en Luis Maira (ed.), *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986, pp. 15-35.
- "El grupo Contadora y la paz en Centroamérica", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp. 375-383.
 - "Las relaciones EE.UU.-América Latina", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp. 411-432.
 - "El marco global de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", *Cuadernos Semestrales*, n° 15, 1° semestre 1984, pp. 17-28.
- Méndez Asensio, Luis. *Contadora: Las cuentas de la diplomacia*, México: Plaza y Janés, 1987.
- Moneta, Carlos J. "América Latina ante los escenarios de evolución del sistema mundial. Sus vinculaciones con los países desarrollados", en EURAL, *La vulnerabilidad externa de América Latina y Europa*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985, pp. 87-119.
- Moreno, Dario. *The Struggle for Peace in Central America*, Gainesville: University Press of Florida, 1994.
- Muñoz, Heraldo y Joseph Tulehin (eds.). *Entre la autonomía y la subordinación*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1984.
- Muñoz, Heraldo (ed.). *Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985.
- *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- Muñoz, Heraldo, y Joseph S. Tulchin (eds.). *Latin American Nations in World Politics*, Boulder: Westview Press, 1996.
- Ojeda, Mario. "La política de México hacia Centroamérica en el contexto de las relaciones México-Estados Unidos", en Olga Pellicer, y Richard R Fagen (eds.), *Centroamérica: futuro y opciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 73-96.
- Ordóñez, Jaime, y Nuria Gamboa (eds.). *Esquipulas, diez años después. ¿Hacia dónde va Centroamérica?*, San José: EDUCA/CSUCA/ Asociación Hombres de Maíz, 1997.
- Ortega Durán, Oydén. "La Iniciativa de Contadora. Surgimiento", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 253-262.
- Pardo, Rodrigo. "Contadora: balance de dos años", en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 262-268.
- Pastor, Robert A., y Jorge G. Castañeda. *Limits to Friendship*, New York: Alfred A. Knopf, 1988.
- Pear, Robert. "Aiding Contras: White House Weighs New Fighting", *The New York Times*, 16 junio 1988, p. A8.
- "U.S. Envoy Urges Hondurans to Let the Contras Stay", *The New York Times*, 14 marzo 1989, pp. A1 y A5.
 - "Tentative Accord Set in Washington on Aid to Contras", *The New York Times*, 24 marzo 1989, pp. A1 y A2.
 - "U.S. Official Presses for an Extension for Contras", *The New York Times*, 3 marzo 1989, p. A11.

- Pellicer, Olga, y Richard R. Fagen (eds.). *Centroamérica: futuro y opciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Perales Josu. *Guatemala Insurrecta*, Madrid: Editorial Revolución, 1990.
- Petras, James, y Morris Morley, *Latin America in the Time of Cholera. Electoral Politics, Market Economics, and Permanent Crisis*, New York: Routledge, 1992.
- Ramírez, Sergio. "Esquipulas y el ocaso de la política de cañoneras", *Barricada Internacional*, n° 259, 21 diciembre 1987, p. 6.
- Rico F., Carlos. "The Contadora Experience and the Future of Collective Security", en Richard J. Bloomfield, y Gregory F. Treverton (eds.), *Alternative to Intervention: A New U.S.-Latin American Security Relationship*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 1990, pp. 93-114.
- Roberts, Steven V. "Reagan Favors Contra Aid Until After Cease-Fire", *The New York Times*, 16 agosto 1987, p. 5.
- "Reagan Presses Case for Aid to Nicaragua Rebels", *The New York Times*, 31 enero 1988, p. 16.
- Robinson, Linda. "Peace in Central America?", *Foreign Affairs*, vol. 66, n° 3, 1988, pp. 591-613.
- Rodríguez Arriaga, Manuel. "The Problems of Peace in Central America: A Latin American Perspective", ponencia en el simposium sobre Centroamérica celebrado en la universidad de Ohio en noviembre de 1988, en Sung Ho Kim, y Thomas W. Walker. *Perspectives on War and Peace in Central America*, Ohio: Ohio University, 1992, pp. 73-87.
- Roitman, Marcos, y Carlos Castro-Gil (eds.). *América Latina: entre los mitos y la utopía*, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990.
- Schulz, Donald E., y Deborah Sundloff Schulz. *The United States, Honduras and the Crisis in Central America*, Boulder: Westview Press, 1994.
- Rojas Aravena, Francisco. "Esquipulas II: cuatro años de negociaciones por la paz", *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 36, 3° trimestre 1991, p.9-19.
- Rojas Aravena, Francisco, y Luis Guillermo Solís, "Central America and the United States", en Heraldo Muñoz, y Joseph S. Tulchin (eds.), *Latin American Nations in World Politics*, Boulder: Westview Press, 1996, pp. 105-128.
- Russell, Roberto, y Juan Tokatlian. "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 237-261.
- Sciolino, Elaine. "Reagan Will Seek More Contra Aid Despite New Move", *The New York Times*, 18 enero 1988, pp. 1 y A8.
- Soares de Lima, María Regina. "La crisis centroamericana y Brasil: política reactiva y solidaridad discreta", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988, pp. 223-235.
- Solís, Luis G. "Collective Mediations in the Caribbean Basin", en Carl Kaysen, Robert A. Pastor, y Laura W. Reed (eds.), *Collective Responses to Regional Problems: The Case of Latin America and the Caribbean*, Cambridge, Ma.: American Academy of Arts and Sciences, 1994, pp. 95-125.
- Solís Manuel. "The Fragmentation and Disappearance of the Costa Rican Left", en Marc Edelman, y Joanne Kenen (eds.), *The Costa Rica Reader*, New York: Grove Weidenfeld, 1989, pp. 307-315.
- Spalding, Rosa. "From Low-Intensity War to Low-Intensity Peace: The Nicaraguan Process", en Cynthia Arnson, (ed.), *Comparative Peace Process in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1999, pp. 31-64.
- Sundaram, Anjali, y George Gelber (eds.). *A Decade of War: El Salvador Confronts the Future*, New York: Monthly Review Press, 1991.

- Tinoco, Víctor Hugo. *Conflicto y paz: el proceso negociador centroamericano*, México D.F.: Editorial Mestiza/CRIES, 1989.
- Uhlig, Mark A. "Honduras, Shifting to U.S. Stand, Won't Evict Contras from Bases", *The New York Times*, 23 marzo 1989, p. 1 y A8.
- Van Klaveren, Alberto. "El lugar de Estados Unidos en la política exterior latinoamericana", en Gerhard Drekonja, y Juan Tokatlian (eds.), *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana*, Bogotá: CEREC, 1983, pp. 119-141.
- "Understanding Latin American Foreign Policies", en Heraldo Muñoz, y Joseph S. Tulchin (eds.), *Latin American Nations in World Politics*, Boulder: Westview Press, 1996, pp. 35-60.
- Villagrán Kramer, Francisco. *Encauzamiento y posible solución del conflicto centroamericano: el papel de Europa y de las superpotencias*, Madrid: IRELA, 1990.
- Villalobos, Joaquín. "A Democratic Revolution for El Salvador", *Foreign Policy*, n° 74, Spring 89, pp. 103-122.
- Weinraub, Bernard. "Bush, Uneasy About Latin Pact, Wants Contra Humanitarian Aid", *The New York Times*, 17 febrero 1989, p. A6.
- "Bush and Congress Sign Accord on Aid to Contras: Bipartisan Effort", *The New York Times*, 25 marzo 1989, pp. 1 y 6.
- Yopo Mladen, "Guatemala: política exterior en un frágil contexto democrático", en Heraldo Muñoz (ed.), *Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: continuidad en la crisis*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987, pp. 321-351.
- Zamora, Augusto. "Contadora y Esquipulas 10 años después", <http://www.uca.edu.ni/revistas/envío/oct97>.

Documentos y otras fuentes

- Arce, Bayardo. "Por qué debemos estar en las calles", exposición ante militantes del FSLN de la III Región (15 enero 1988), *Barricada*, 17 enero 1988, p. 3.
- Arias Sanchez, Oscar. "Carta a Daniel Ortega" (14 enero 1988), *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 22, 1° trimestre 1988, pp. 97-99.
- "Que nadie se refugie en la guerra", discurso ante el Consejo Permanente de la OEA (22 septiembre 1987), *Revista RELACIONES INTERNACIONALES*, n° 19-20, 2° y 3° trimestre 1987, pp. 113-116.
- "Démosle una oportunidad a la paz, discurso ante el Congreso de los Estados Unidos, Washington D.C. (22 septiembre 1987), *Ibid.*, pp. 120-121.
- "Un nuevo camino hacia la paz", discurso en la LII Asamblea General de las Naciones Unidas (23 septiembre 1987), *Ibid.*, pp. 123-126.
- Arias, Oscar, José Azcona, Vinicio Cerezo, Alfredo Cristiani, y Daniel Ortega. "Declaración de 'San Isidro de Coronado'", *Barricada Internacional*, n° 307, 23 diciembre 1989, p. 6.
- Castañeda, Jorge. "Discurso en la XVIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA", (21 junio 1979), reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdoba Rivas (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 35-38.
- CIVS. "Extractos del informe final de la CIVS", reproducido en *Pensamiento Propio*, Servicios Especiales-Actualidad Centroamericana, n° 14, 15-31 enero 1988, pp. 16-18.
- Díaz, Aldo. *Interpretación de los acuerdos de Sapoá*, Managua, mimeografiado, 24 marzo 1988.
- FSLN. "Se acabaron las excusas", posicionamiento de la Dirección Nacional del FSLN y del Gobierno de Reconstrucción Nacional, *Barricada Internacional*, n° 72-73, 25 julio 1983, archivo, p. 6.
- FDR-FMLN. "Informe del FDR-FMLN sobre la tercera reunión de diálogo", *Revista Venceremos*, Especial, 16 octubre 1987.

Gobiernos de Honduras, El Salvador y Costa Rica. "Tegucigalpa Draft of the Contadora Act (October 1984)", en Robert S. Leiken, y Barry Rubin. *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 647-652.

Gobierno de México. "Anuncio del rompimiento de las relaciones de México con Nicaragua, 20 de mayo de 1979", reproducido en Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 33-34.

Gobiernos de México y El Salvador. Declaración franco-mexicana sobre El Salvador (28 septiembre 1981), reproducida en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 45-46.

Gobierno de Nicaragua. Comunicado, *Barricada*, 28 febrero 1985, p. 5.

Grupo de Contadora. Comunicado conjunto de los ministros de Relaciones Exteriores de Panamá, Juan José Amado, de Colombia, Rodrigo Lloreda Caicedo, de México, Bernardo Sepúlveda Amor, y de Venezuela, Jose Roberto Zambrano Velasco, en la Isla de Contadora, Panamá, 9 enero 1983, reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 361-364.

- "Documento (del Grupo de Contadora) de 21 puntos básicos para la pacificación en Centroamérica, (9 septiembre 1983)", México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 370-373.

- "Tegucigalpa Draft of the Contadora Act (October 1984)", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 647-652.

- "Comunicado conjunto de los Cancilleres del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo (25 agosto 1985)", Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 209-212.

- "Proposed Compromise Draft of the Contadora Act (September 1985)", reproducido en Robert S. Leiken, y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, New York: Summit Books, 1987, pp. 653-660.

- "Mensaje de Caraballeda para la paz, la seguridad y la democracia en América Central (12 enero 1986)", reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 214- 217.

- "Acta de Contadora para la paz y la cooperación en Centroamérica (7.6.1986)", reproducida en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 390-435.

- "Comunicado de los cancilleres de los Grupos de Contadora y de Apoyo al concluir su visita a los países de América Central (21 enero 1987)", reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 436-438.

Harnecker, Marta, y Josu Perales. *Guerra en El Salvador: entrevistas con comandantes del FMLN*, Donostia: Gakoa, 1990.

Harnecker, Marta. *Pueblos en armas*, (entrevistas con dirigentes revolucionarios centroamericanos) Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985.

- *Con la mirada en alto: Historia de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí a través de entrevistas con sus dirigentes*, Donostia: Gakoa, 1991.

López, Julio. "No hay perspectivas de paz", entrevista en *Barricada Internacional*, nº 186, 12 diciembre 1985, pp. 4-5.

López Portillo, José. Discurso en Managua, 21 febrero 1982, reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 54-59.

Madrid, Miguel de la. Declaraciones a Excelsior, julio de 1984, reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.). *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, Mexico, D.F.: UNAM, 1989, pp. 69-72.

- Ortega, Daniel. "Propuestas para la paz en Centroamérica", discurso en la Asamblea General de la ONU, (7 octubre 1981), *Combatiendo por la paz*, La Habana: Editora Política, 1988, pp. 33-47.
- "Apoyo inalterado a Contadora. Para alcanzar la paz: que EUA acabe con su brutal guerra", carta y observaciones sobre el Acta de Paz (8 noviembre 1985), enviadas por el presidente Daniel Ortega a los presidentes de los países de los Grupos de Contadora y Apoyo, *Barricada Internacional*, n° 183, 21 noviembre 1985, pp. 7-10.
 - "Discurso en el acto de celebración del 121 aniversario del nacimiento de Rubén Darío (Ciudad Darío, 17 de enero de 1988)", reproducido en *Pensamiento Propio*, Servicios Especiales-Actualidad Centroamericana, n° 13, 1-15 enero 1988, pp. 10-11.
- Presidentes centroamericanos. "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica (Ciudad de Guatemala, 7 de agosto de 1987)", reproducido en Víctor Flores Olea (ed.), *Relación de Contadora*, México, D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores/ Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 448-455.
- "Declaración conjunta de los presidentes centroamericanos, San José, Costa Rica, 16 de enero de 1988", reproducida en *Pensamiento Propio*, Servicios Especiales-Actualidad Centroamericana, n° 13, 1-15 enero 1988, p.17.
 - "Declaración conjunta de los presidentes centroamericanos", reproducida en *Barricada Internacional*, n° 286, 25 febrero 1989, p. 3.
 - "Declaración conjunta de los presidentes centroamericanos", reproducida en *Barricada Internacional*, n° 298, 19 agosto 1989, p. 15.
 - "Declaración de San Isidro de Coronado", reproducida en *Barricada Internacional*, n° 307, 23 diciembre 1989, p. 6.
- Rojas, Jesús. "Al tope... para negociar: la estrategia del FMLN", entrevista en *Envío*, n° 101, enero 1990, pp. 36-56.
- Sepúlveda Amor, Bernardo. Conferencia en el Centro Roosevelt de Chicago, 28 octubre 1985, reproducida en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 99-102.
- Secretaría de Relaciones Exteriores de México. "Boletín informativo en torno al Programa de Cooperación Energética para países de Centroamérica y el Caribe", tomado de *Boletín Informativo*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 27 mayo 1985, y reproducido en Raúl Benítez Manaut, y Ricardo Córdova Macías (eds.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales*, México, D.F.: UNAM, 1989, pp. 128-130.
- The White House. *Report on Nicaragua: Efforts to Promote a Settlement in Central America and in Nicaragua*, Office of the Press Secretary, 6 noviembre 1985, (P.K.&N.S.A., n° 02614).
- U. S. Department of Defense. *Prospects for Containment of Nicaragua's Communist Government*, mayo 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02758).
- U. S. Department of State. *Fact Sheet: U.S. Efforts to Negotiate a Peaceful Settlement in Central America and in Nicaragua*, 1986, (P.K.&N.S.A., n° 02641).
- Villalobos, Joaquín. "La propuesta del FMLN: un desafío a la estrategia contrainsurgente", entrevista de Marta Harnecker en *ECA. Estudios Centroamericanos*, marzo 1985, pp. 211-228.
- Wheelock, Jaime. "Exposición ante militantes de la Región III (3 septiembre 1987)", *Barricada*, 7 septiembre 1987, p. 3.

